



LA PUERTA DE ABADÓN

JAMES S. A. COREY



Lectulandia

Durante generaciones, el Sistema Solar (Marte, la Luna y el cinturón de asteroides) ha conformado la gran frontera de la humanidad. Hasta ahora. El artefacto alienígena que realizaba su obra bajo las nubes de Venus ha aparecido en la órbita de Urano, donde ha construido una puerta enorme que se abre hacia un espacio sin estrellas.

Jim Holden y la tripulación de la Rocinante forman parte de una gran flotilla de naves militares y científicas que parten para examinar el artefacto. Pero, entre bambalinas, se empieza a desarrollar una trama intrincada que tiene como finalidad la destrucción de Holden. Mientras los emisarios de la especie humana intentan ponerse de acuerdo acerca de si la puerta constituye una oportunidad o una amenaza, ignoran que el mayor de los peligros se encuentra entre sus filas.

Lectulandia

James S. A. Corey

La puerta de Abadón

The Expanse - 3

ePub r1.0

NoTanMalo 16-10-2018

Título original: *Abaddon's Gate*
James S. A. Corey, 2013
Traducción: David Tejera

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para Walter Jon Williams, quien nos enseñó cómo hacerlo; y
para Carrie Vaughn, quien se aseguró de que no la cagáramos
demasiado.

Prólogo

Manéo

Manéo Jung-Espinoza —Néo para sus amigos de la estación Ceres— se acurrucó en la cabina de la pequeña nave que había bautizado *Et Quoi*. Después de casi tres meses, quedaban unas cincuenta horas para que hiciera historia. La comida se le había terminado dos días antes. El único líquido que le quedaba para beber era medio litro de orina reciclada que había pasado por su cuerpo más veces de las que podía contar. Había apagado todos los instrumentos que se podían apagar. El reactor estaba desconectado. Aún tenía los monitores pasivos, pero ningún sensor activo. La única iluminación de la cabina venía de los salpicaderos de las pantallas de los terminales. La manta en la que se había envuelto, que tenía las puntas atadas para que no saliera flotando, ni siquiera estaba encendida. Los transmisores de radio y de mensajes láser estaban desconectados, y había desmontado el transpondedor incluso antes de pintar el nombre de la nave en el casco. No había flotado hasta ahí para que una señal accidental avisara a las flotillas de que iba de camino.

Cincuenta horas (menos a estas alturas), y lo único que tenía que hacer era pasar desapercibido. Y no chocar contra nada, aunque eso ya quedaba en *as mãos de Deus*.

Su prima Evita había sido quien lo había introducido en la sociedad clandestina de las hondas. Eso había sido hacía tres años, muy poco antes de que cumpliera los quince. Él estaba pasando el rato en el hueco de su familia mientras su madre trabajaba en la planta de tratamiento de aguas y su padre asistía a una reunión del grupo de mantenimiento de la red eléctrica que supervisaba. Néo se había quedado en casa tras saltarse las clases por cuarta vez aquel mes. Cuando el sistema le avisó de que había alguien en la puerta, pensó que sería alguien de seguridad de la escuela que había ido a buscarlo por hacer novillos. Pero era Evita.

Era dos años mayor que él e hija de la hermana de su madre. Una auténtica cinturiana. Ambos tenían la misma complexión flaca y alargada, pero ella pertenecía de verdad al lugar. Evita le había gustado desde la primera vez que la vio. Manéo había soñado con ella sin ropa. Se había imaginado lo que se sentiría al besarla. Y ahora la tenía delante y estaban solos en el hueco. El corazón le latía el triple de rápido antes de abrir la puerta.

—*Esá, unokabátya* —dijo ella mientras sonreía y se encogía de hombros haciendo un gesto con las manos.

—*Hoy* —respondió él, intentando parecer tranquilo y sosegado. Al igual que ella, había crecido en la enorme ciudad espacial que era la estación Ceres, pero el padre de Manéo era bajo y achaparrado, como correspondía a los terrícolas. El chico había crecido allí y tenía el mismo derecho a usar la jerga del Cinturón, pero en ella sonaba mucho más natural. Cuando él lo pronunciaba, era como si imitase a alguien.

—Unos coyos han empezado a reunirse en el puerto. Silvestari Campos ha vuelto —dijo Evita con la cadera inclinada, su boca esponjosa como una almohada y sus labios resplandecientes—. *Mit?*

—*Ou non?* —respondió Manéo—. No tengo nada mejor que hacer.

Después se había dado cuenta de que Evita había ido a buscarlo porque Mila Sana, una marciana con cara de caballo y algo más joven, estaba colada por él y todos habían pensado que sería divertido ver cómo la chica fea del interior le tiraba los trastos al mestizo. Pero a él había terminado por darle igual. Iba a conocer a Silvestari Campos y ya había oído hablar de los lanzamientos de hondas.

La cosa era así: unos coyos conseguían una nave. Podía ser una que hubiesen rescatado. O quizás una construida. Y era probable que al menos alguna parte de ella fuera robada. No necesitaba tener mucho más que un motor de fusión, un asiento de colisión y aire y agua suficientes para terminar el viaje. Luego todo se basaba en calcular la trayectoria. Sin un Epstein, los motores de fusión quemaban bolas de combustible demasiado rápido como para que diera tiempo de llegar a cualquier parte. Al menos sin ayuda. El truco estaba en calcularlo todo para que el acelerón —y los mejores solo aceleraban una vez— colocara la nave en asistencia gravitatoria y consiguiera velocidad gracias a un planeta o una luna para luego llegar tan lejos como le permitiera ese empuje. Después había que encontrar la manera de regresar sin morir en el intento. Todo se monitorizaba en una red secreta con doble cifrado que era tan difícil de penetrar como los sistemas de los Loca Greiga o la

Rama Dorada. De hecho, quizá la red estuviera controlada por ellos. Era algo muy ilegal, y había alguien jugándose la detrás. También era peligroso, y ahí estaba la gracia. Y cuando volvías después, todo el mundo te conocía. Podías pasearte en las fiestas de los almacenes y beber lo que quisieras y hablar con quien quisieras y cogerle la teta derecha a Evita Jung sin que ella te apartara la mano.

Y fue así como Néó, que hasta entonces no se había interesado mucho por nada, desarrolló una ambición.

—Lo que la gente tiene que tener en cuenta es que el Anillo no es mágico —dijo la marciana. Durante los meses anteriores, Néó había pasado mucho tiempo viendo canales de noticias sobre el Anillo y el que más le gustaba era el de ella. Era guapa. Le gustaba su acento. No era tan fornida como una terrícola, pero tampoco pertenecía al Cinturón. Era como él—. Aún no lo comprendemos y puede que tengan que pasar décadas. Pero durante los últimos dos años hemos realizado los avances más prometedores e interesantes en ciencia de materiales desde la invención de la rueda. En los próximos diez o quince años, empezaremos a ver aplicaciones de todo lo que hemos aprendido gracias a observar la protomolécula, y será...

—Fruto. Del. Árbol. Envenenado —dijo la coyo de piel cuarteada que la mujer tenía al lado—. No podemos olvidar que todo esto procede de un asesinato en masa. Los monstruos y criminales de Protogen y Mao-Kwik soltaron esa arma en una población llena de inocentes. Fue esa matanza la que dio lugar a todo esto, y usarlo en nuestro beneficio nos convierte a todos en cómplices.

La imagen pasó al moderador, quien sonrió y negó con la cabeza mientras miraba a la de la cara cuarteada.

—Rabina Kimble —dijo el moderador—, hemos estado en contacto con un artefacto que, sin lugar a dudas, es alienígena y se apoderó de la estación Eros, pasó algo más de un año preparándose en la indómita estufa de presión que es Venus y luego lanzó una enorme cantidad de estructuras complejas más allá de la órbita de Urano para construir un anillo de miles de kilómetros de diámetro. No puede estar sugiriendo que tenemos la responsabilidad ética de ignorar esos acontecimientos.

—Los experimentos de Himmler con la hipotermia en Dachau... —empezó a decir la coyo de cara cuarteada mientras agitaba un dedo.

Pero le tocó el turno de interrumpir a la marciana guapa.

—¿Podemos, por favor, dejar atrás 1940? —preguntó con una sonrisa que parecía decir: «Intento ser amable, pero cerrad la puta boca»—. Esto no tiene nada que ver con nazis del espacio. Estamos hablando del acontecimiento más importante de la historia de la humanidad. Protogen hizo algo terrible y ya ha recibido lo que merecía. Pero ahora tenemos que...

—¡No son nazis del espacio! —gritó la anciana coyo—. Los nazis no son del espacio. Están aquí mismo, entre nosotros. Son el reflejo de nuestra peor naturaleza. Aprovechándonos de estos descubrimientos, legitimamos la manera en la que se realizaron.

La guapa puso los ojos en blanco y miró al moderador como si buscara ayuda. El moderador se encogió de hombros, lo que hizo que la anciana se enfadara más.

—¡El Anillo nos incita a pecar! —gritó la coyo. Tenía manchitas blancas de saliva en las comisuras de los labios, y el editor de vídeo había decidido dejarlas visibles.

—No sabemos lo que es —dijo la guapa—. Dado que tenía que realizar su misión inicial en la Tierra primordial y con organismos unicelulares, y acabó en Venus usando unos sustratos muchísimo más complejos, es muy probable que no sirva para nada. Pero debo dejar claro que no tiene nada que ver con la tentación ni con el pecado.

—Estamos hablando de víctimas. ¡Esos «sustratos complejos» son los cuerpos mancillados de inocentes!

Néo bajó el volumen del canal y se dedicó a ver cómo gesticulaban durante un rato.

Le había llevado meses calcular la trayectoria de la *Et Quoi* y encontrar el momento justo en el que Júpiter, Europa y Saturno estuvieran en la posición correcta. Las posibilidades eran tan reducidas que se parecía a tirar un dardo a medio clic de distancia y darle en el ala a una mosca de la fruta. La clave era Europa. Néo tenía que pasar muy cerca de la luna joviana y luego por debajo del gigante gaseoso, tan cerca que casi tiraría de él. Luego saldría de nuevo en dirección a Saturno, aprovechando la velocidad orbital para conseguir más impulso y lanzarse a la nada, donde no podría volver a acelerar, pero iría a una velocidad que nadie sería capaz de imaginar de un pequeño saltarrocas reconvertido. Atravesaría millones de clics en el vacío para acertar en una diana del tamaño del ojete de un mosquito.

Néo imaginó la cara que se les iba a quedar a todos los tripulantes de las naves científicas y militares que había alrededor del Anillo cuando una pequeña nave sin transpondedor y que seguía una trayectoria balística

apareciera de la nada y atravesara el Anillo a ciento cincuenta mil kilómetros por hora. Después de hacerlo, tendría que reaccionar rápido. No le quedaría combustible suficiente para desacelerar del todo, pero sí para reducir la velocidad lo suficiente como para que pudieran enviarle una nave de rescate.

Pasaría algo de tiempo en la trena, eso lo tenía claro. Quizá dos años, si los magistrados se ponían en plan tocapelotas. Pero merecía la pena. Solo por los mensajes de la red secreta en la que sus amigos seguían la pista al acontecimiento con frases como: «No jodas, le va a salir bien», ya había merecido la pena. Iba a pasar a la historia. Dentro de cien años, la gente aún recordaría el mayor lanzamiento con efecto honda que se había realizado. Había tardado meses en construir la *Et Quoi*, más tiempo que el que había pasado volando, y luego pasaría más tiempo aún en prisión. Pero merecía la pena. Iba a quedar inmortalizado.

Veinte horas.

El mayor peligro lo constituía la flotilla que rodeaba el Anillo. Meses antes, la Tierra y Marte se habían dado tantos palos que sus armadas habían quedado reducidas a dos ancianos decrepitos, pero gran parte de los efectivos que les quedaban se habían apostado alrededor del Anillo. Ahí o en algún lugar de los planetas interiores, pero esos a Néo no le importaban. Habría unas veinte o treinta naves militares grandes vigilando mientras todas las naves científicas del sistema observaban, escuchaban y flotaban tranquilas a pocos miles de clics del Anillo. Con todo el músculo del ejército alrededor para que nadie les hiciera nada. Y todos asustados. A pesar de todo el metal y la cerámica que había arracimados en aquella pequeña región del espacio y de los relativamente pocos miles de clics que los separaban de la cara interna del Anillo, las probabilidades de chocarse contra algo eran triviales. Había mucha más nada que cosas. Y si golpeaba una nave de la flotilla, no iba a sobrevivir y no tendría que preocuparse, así que se encomendó a la virgen y empezó a preparar la cámara de alta velocidad. Cuando pasara, sería tan rápido que ni siquiera sabría si había dado en el blanco hasta que analizara los datos. Y se estaba asegurando de que todo quedara registrado. Volvió a encender los transmisores.

—Hoy —dijo a la cámara—. Me llamo Néo. Néo a secas. Capitán y tripulación de la majestuosa nave de carreras cinturiana *Et Quoi*. *Mielista me*. Quedan seis horas para el mayor acontecimiento desde que Dios creó al hombre. *Eu dedico a minha mãe*, la maravillosa Sophia Brun y también a

Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. No perdáis detalle. Un parpadeo y habrá pasado. *Tu es prêt?*

Reprodujo el archivo. Tenía un aspecto de mierda. Seguro que le quedaba algo de tiempo. Al menos para afeitarse la barba rala y hacerse una coleta en el pelo. Le habría gustado haber seguido con su rutina de ejercicios para no tener los hombros tan caídos, pero ya era tarde. No obstante, podía trastear con el ángulo de cámara. Iba en trayectoria balística. No tenía que preocuparse por la gravedad de los propulsores.

Probó desde otros dos ángulos hasta que su vanidad quedó satisfecha y luego pasó a las cámaras exteriores. La presentación duraba poco más de diez segundos. Empezaría la retransmisión cuando quedaran veinte segundos y luego pasaría a las cámaras exteriores. A más de mil fotogramas por segundo y, aun así, era posible que las imágenes no llegaran a captar el Anillo. Tenía que confiar en que saldría bien. Ya no podía hacerse con una cámara mejor, si es que existía siquiera.

Bebió lo que le quedaba de agua y deseó haber cogido más comida. Un tubo de refresco de proteínas le habría venido genial. Ya quedaba menos. Acabaría en un calabozo terrícola o marciano con un baño decente, agua potable y comida para presos. Casi lo estaba deseando.

La batería de comunicaciones se activó y Néo oyó el graznido que avisaba de un mensaje láser. Aceptó la conexión. Tenía el cifrado propio de la red secreta y se había enviado en el momento exacto para que le llegara justo entonces. Había alguien además de él a quien también le gustaba fardar.

Evita seguía siendo guapa, pero tenía más aspecto de mujer que cuando él había empezado a ahorrar dinero y rescatar partes de naves para construir la *Et Quoi*. Cinco años más y se convertiría en una del montón. No obstante, aún le gustaba.

—*Esá, unokabátya* —dijo ella—. Ojos del mundo. *Augen de chacun*. También los míos.

Sonrió y, por un instante, Manéo pensó que se iba a levantar la camisa. Para desearle buena suerte. El mensaje terminó.

Dos horas.

—Repito. Fragata marciana *Lucien* a la nave no identificada que se acerca al Anillo. Responda de inmediato o abriremos fuego.

Tres minutos. Lo habían visto con demasiada antelación. El Anillo aún estaba a tres minutos de distancia y se suponía que no tenían que verlo hasta

que quedara menos de uno.

Néo carraspeó.

—Tranquilos. *Bien?* Tranquilos. Aquí la *Et Quoi*, nave de carreras procedente de la estación Ceres.

—Su transpondedor no está encendido, *Et Quoi*.

—Vaya, me habéis pillado. Puede que necesite ayuda.

—Su radio funciona bien, pero no hemos detectado la emisión de la baliza de emergencia.

—No hay emergencia —dijo él, arrastrando las sílabas para estirar al máximo los segundos. Tenía que darles conversación—. Estoy en trayectoria balística. Podría encender el reactor, pero me llevará unos minutos. ¿Podrías venir a echarme una mano?

—Se encuentra en una zona restringida, *Et Quoi* —dijo el marciano, y Néo notó cómo se le esbozaba una sonrisa en el rostro.

—No voy a hacer nada —dijo—. No voy a hacer nada. Me rindo. Solo tengo que reducir un poco la velocidad. Encendiendo motores en unos segundos, tranquis.

—Tiene diez segundos para cambiar de trayectoria y apartarse del Anillo o abriremos fuego.

El miedo era sinónimo de victoria. Lo iba a conseguir. Iba de camino al Anillo y había hecho que se cagaran de miedo. Un minuto. Empezó a calentar el reactor. Llegados a ese punto, ya no tenía ni que mentir. Activó la secuencia de inicio de todos los sensores.

—No disparen —dijo mientras gesticulaba una paja con la mano—. Por favor, señor, no me disparen. Estoy frenando lo más rápido que puedo.

—Le quedan cinco segundos, *Et Quoi*.

Le quedaban treinta segundos. El sistema de identificación amigo-enemigo de la nave se activó tan pronto como se encendió el resto de los sistemas. La *Lucien* iba a pasar muy cerca. Quizás a unos setecientos clics. Por eso lo habían visto. A una distancia así, la *Et Quoi* tenía que haberle iluminado los sistemas de amenaza como un árbol de Navidad. Había tenido mala suerte.

—Pueden disparar si es lo que quieren, pero estoy frenando lo más rápido que puedo —repitió.

Sonaron las alarmas. Aparecieron dos nuevos puntos en la pantalla. La *Fils de Pute* había lanzado torpedos.

Quince segundos. Iba a conseguirlo. Empezó a retransmitir con la cámara exterior.

El Anillo estaba ahí fuera, en alguna parte, y su diámetro de miles de kilómetros seguía siendo demasiado pequeño y oscuro como para distinguirlo a simple vista. Solo se veía una inmensa extensión de estrellas.

—¡No disparen! —gritó a la fragata marciana—. ¡No disparen!

Tres segundos. Los torpedos se acercaban cada vez más.

Un segundo.

En un parpadeo, todas las estrellas desaparecieron.

Néo tocó el monitor. Nada, no había señal alguna de amigo o enemigo. La fragata había desaparecido. Los torpedos habían desaparecido. Nada.

—Vaya —dijo a la nada y a nadie en particular—. Eso ha sido raro.

Algo brilló azul en el monitor y Néo se acercó a él, como si unos centímetros más de proximidad a la pantalla fuesen a hacer que todo cobrara sentido.

Los sensores que activaron la alerta por alta gravedad tardaron cinco centésimas de segundo en responder. La alarma, integrada en los sistemas de la nave, tardó otras tres centésimas en reaccionar y activar el led rojo y la bocina de emergencia. El pequeño aviso de la consola que advirtió de una desaceleración de 99 g tardó medio segundo en accionar los diodos luminosos. Pero para entonces Néo ya era poco más que una mancha roja en el interior de la cabina; la desaceleración de la nave lo había empotrado contra la pantalla y el mamparo que había detrás en menos tiempo del que las sinapsis tardan en enviar la información. Durante cinco largos segundos, la nave crujió y se tensó, no deteniéndose por sí sola, sino siendo detenida.

En aquella inabarcable oscuridad, la cámara de alta velocidad exterior siguió emitiendo y enviando miles de fotogramas por segundo de nada.

Y luego, de algo.

1

Holden

Cuando era niño y vivía en la Tierra bajo la inmensidad del cielo azul, una de sus madres había pasado tres años con unas migrañas incontrolables. Verla pálida y sudando a causa del dolor había sido muy duro, pero los síntomas previos a eso habían sido casi peores. Podía estar limpiando la casa o trabajando en contratos para su bufete cuando su mano izquierda empezaba a contraerse y se cerraba hasta dar la impresión de que las venas y los tendones chirriaban por la tensión. Luego los ojos dejaban de enfocar y las pupilas se le dilataban hasta que sus iris azules se volvían negros del todo. Era como ver a alguien sufrir convulsiones, y cada vez que ocurría Holden pensaba que esa vez sí que iba a morir.

Holden tenía seis años y nunca dijo a ninguno de sus padres lo nervioso que lo ponían las migrañas ni lo mucho que las temía, incluso cuando todo parecía ir bien. El miedo se había convertido en algo familiar. En algo que siempre esperaba. Aquello debería haberlo acostumbrado a sentir terror y quizá lo hiciera, pero lo que tenía en su lugar era la sensación de estar atrapado. El ataque podía llegar en cualquier momento y no tenía forma de evitarlo.

Lo envenenaba todo, aunque fuera solo un poco.

Era como sentirse perseguido.

—La casa siempre gana —gritó Holden.

Él y la tripulación (Alex, Amos y Naomi) estaban sentados a una mesa privada de la sala vip del hotel más caro de Ceres. Incluso allí, los tintineos, silbidos y voces digitalizados de las máquinas tragaperras se oían tan altos que ahogaban cualquier conversación relajada. Las pocas frecuencias que no se veían afectadas por el ruido estaban invadidas con esmero por el repiqueteo agudo de las máquinas de *pachinko* y el grave retumbar de la banda que

tocaba en uno de los tres escenarios del casino. Todo aquello conformaba una barrera de sonido que hacía que a Holden le vibraran las tripas y le zumbaran los oídos.

—¿Qué? —le gritó Amos como respuesta.

—¡Que al final la casa siempre gana!

Amos miró la enorme pila de fichas que tenía delante. Alex y él se dedicaban a contarlas y dividírselas para preparar su próxima incursión a las mesas de juego. De un vistazo, Holden dedujo que habían ganado unos quince mil neoyenes de Ceres en la última hora. Era una pila impresionante. Si se retiraran ahora, sacarían una buena pasta. Pero claro, no iban a hacerlo.

—Venga —dijo Amos—. ¿Qué pasa?

Holden rio y se encogió de hombros.

—Nada.

Si su tripulación quería perder unos miles en las mesas de *blackjack* para desahogarse, ¿quién era él para interferir? En realidad, era una minucia comparado con la paga que iban a recibir por su contrato más reciente, y ese tan solo era uno de los tres que habían completado en los últimos cuatro meses. Iba a ser un año muy bueno.

Holden había cometido muchos errores durante los últimos tres años. Pero la decisión de dejar su trabajo como recadero de la APE y convertirse en autónomo no había sido uno de ellos. En los meses posteriores a empezar a trabajar como mensajero y escolta independiente, la *Rocinante* había conseguido siete trabajos, y todos habían sido muy rentables. Habían gastado todo el dinero volviendo a equipar la nave de proa a popa. La pobre había pasado unos años un tanto duros y necesitaba un poco de amor.

Después de hacerlo, conservaban tanto dinero en la cuenta general que no sabían qué hacer con él, por lo que Holden había pedido a la tripulación que hicieran una lista de deseos. Naomi había pedido quitar un mamparo para unir dos camarotes. Ahora tenían una cama para dos personas y espacio de sobra para caminar. Alex había hecho hincapié en la dificultad de comprar nuevos torpedos de clase militar para la nave, y había pedido que montaran un cañón de riel en la quilla de la *Roci*. Así tendrían más potencia que con los cañones de defensa en punta y solo necesitarían proyectiles de wolframio de un kilo como munición. Amos había gastado treinta de los grandes durante una parada en Calisto para comprar piezas de segunda mano y mejorar el motor. Cuando Holden le indicó que la *Roci* ya era capaz de acelerar a una velocidad suficiente para matar a la tripulación y preguntó que para qué necesitaban

mejorarla, Amos había respondido: «Porque esto es mierda de la buena», así que Holden se había limitado a asentir, sonreír y pagar la factura.

Incluso después de aquel arrebato inicial de capitalismo descontrolado, les había quedado dinero suficiente para asignarse sueldos cinco veces superiores a los que tenían en la *Canterbury* y hacerse con reservas de agua, aire y bolas de combustible para al menos una década.

Era probable que fuera algo temporal. También llegarían las vacas flacas, momentos en los que no conseguirían ningún trabajo y tendrían que ahorrar para salir adelante. Pero aún no les había ocurrido.

Amos y Alex habían terminado de contar las fichas y gritaban a Naomi los trucos para jugar al *blackjack* y así convencerla de que fuera con ellos a las mesas. Holden hizo un gesto al camarero, que se acercó a toda velocidad para apuntar la comanda. En la sala vip no se pedía desde las pantallas de las mesas.

—¿Tienes algún *whisky* que se destile de granos de verdad? —preguntó Holden.

—Tenemos muchos destilados de Ganímedes —dijo el camarero. Había aprendido el truco de hacerse oír por encima del escándalo sin esfuerzo. Sonrió a Holden—. Pero para el refinado caballero terrícola también tenemos apartadas unas pocas botellas de Lagavulin de dieciséis años.

—¿Eso es *whisky* escocés de Escocia de verdad?

—De la isla de Islay, para ser exactos —respondió el camarero—. Cuesta mil doscientos la botella.

—Ponme ese.

—Sí, señor. Y cuatro vasos. —El camarero inclinó la cabeza y se dirigió al bar.

—Vamos a ir a jugar al *blackjack* —dijo Naomi entre risas. Amos separó un montón de fichas de su alijo y se las pasó a Naomi por encima de la mesa—. ¿Quieres venir?

La banda de la sala contigua dejó de tocar y el ruido de fondo volvió a un nivel casi tolerable, hasta que a los pocos segundos empezó a sonar una música enlatada por el sistema de altavoces del casino.

—Chicos, esperad un poco —pidió Holden—. He comprado una botella de algo muy bueno y me gustaría hacer un brindis antes de separarnos esta noche.

Amos esperó impaciente hasta que llegó la botella y luego se quedó varios segundos embobado con la etiqueta.

—Venga, vale. Ha merecido la pena esperar.

Holden sirvió un chupito para cada uno y luego levantó su vaso.

—Por la mejor nave y tripulación con las que nadie ha tenido jamás el honor de servir. Y por que nos paguen.

—¡Por que nos paguen! —repitió Amos, y luego los chupitos desaparecieron.

—Joder, capi —dijo Alex. Levantó la botella para mirarla—. ¿Podemos llevarnos un poco de esto a la *Roci*? Puedes comprarlo con mi sueldo.

—Lo mismo digo —afirmó Naomi. Luego cogió la botella y sirvió cuatro chupitos más.

Olvidaron por unos minutos las pilas de fichas y el atractivo de las mesas de cartas. Era lo único que Holden pretendía, que se quedaran juntos un rato más. En el resto de las naves en las que había servido, llegar a puerto era una oportunidad para olvidarte unos días de las mismas caras de siempre. Pero ya no. No con esta tripulación. Reprimió la necesidad de soltar un sensiblero «¡Os quiero, chicos!» mediante otro chupito de *whisky*.

—Uno más y nos vamos —dijo Amos mientras cogía la botella.

—Voy al baño —respondió Holden al tiempo que se levantaba. Se dirigió al baño tambaleándose un poco más de lo que esperaba. El *whisky* le había subido rápido.

Los baños de la sala vip eran un lujo. No había una hilera de orinales y lavamanos. En lugar de eso había media docena de puertas que daban a unas instalaciones individuales que tenían sus propios retretes y lavabos. Holden atravesó una y la cerró detrás de él. El ruido casi cesó del todo al cerrarla. Era un poco como quedar aislado del mundo. Seguro que lo habían diseñado pensando en ello. Le gustaba que quienquiera que diseñara el casino hubiera pensado en darle un lugar con cierta calma. Tampoco le habría sorprendido ver una tragaperras junto al lavabo.

Puso una mano en la pared para mantener el equilibrio mientras hacía sus cosas. Estaba a medio hacer cuando la estancia se iluminó durante un instante y el mango de cromo de la cisterna se iluminó con un leve resplandor azulado. Sintió que el miedo le atenazaba las entrañas.

Otra vez.

—Pero por Dios —dijo Holden, haciendo una pausa para terminar y subirse la cremallera—. Miller, será mejor que no estés ahí cuando me dé la vuelta.

Se dio la vuelta.

Miller estaba ahí.

—Hola —saludó el muerto.

—«Tenemos que hablar» —terminó Holden por él, y se dirigió al lavabo para lavarse las manos. Una pequeña luciérnaga azul lo siguió y se posó junto al grifo. Holden la aplastó con la palma de la mano, pero cuando la levantó no había nada.

En el espejo, el reflejo de Miller se encogió de hombros con un gesto de las manos. Se movía con una tosquedad muy desagradable, como un mecanismo de relojería. Era humano e inhumano al mismo tiempo.

—Todos estamos aquí a la vez —dijo el muerto—. No quiero hablar de lo que le ocurrió a Julie.

Holden sacó una toalla del cesto que había junto al lavabo y luego se dio la vuelta y se apoyó en él para encarar a Miller mientras se secaba las manos despacio. Temblaba, igual que siempre. Una sensación de amenaza y perversidad le recorría la espalda, igual que siempre. Holden la odiaba.

El inspector Miller sonrió, distraído por algo que Holden no alcanzaba a ver.

Aquel hombre había trabajado en el cuerpo de seguridad de Ceres, lo habían despedido y se había asignado a sí mismo la misión de buscar a una chica desaparecida. En una ocasión le había salvado la vida a Holden, y este había presenciado cómo la estación asteroide en la que Miller y muchas víctimas de la protomolécula alienígena habían quedado atrapados se estrellaba contra Venus. Víctimas entre las que se encontraba Julie Mao, la chica que Miller había estado buscando y que había encontrado demasiado tarde. Durante un año, el artefacto alienígena se había esforzado en desarrollar su plan incomprensible bajo las nubes de Venus. Cuando ascendió, arrastró consigo gigantescas estructuras de las profundidades y atravesó la órbita de Neptuno como una mastodónica criatura marina capaz de nadar en el vacío. Y Miller también salió de Venus con ella.

Y el muerto no decía más que locuras.

—Holden —dijo Miller, pero no hablaba con él. Estaba describiéndolo—. Sí, tiene sentido. No eres uno de ellos. Oye, tienes que hacerme caso.

—Pues algo tendrás que decirme. Esto se ha ido de madre. Llevas apareciéndote de forma aleatoria durante casi un año y nunca me has dicho nada que tenga sentido. Nunca.

Miller hizo caso omiso del comentario. El viejo había empezado a respirar más rápido y jadeaba como si acabara de participar en una carrera. El sudor perlaba su piel pálida y grisácea.

—Pues mira, en el sector dieciocho había un burdel sin licencia. Entramos pensando que nos encontraríamos con quince o veinte en aquel antro. Puede

que más. Pero llegamos y el sitio estaba desierto. Se supone que tengo que darle más vueltas. Tiene que tener algún significado.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó Holden—. Dime lo que quieres de una vez, por favor.

—No estoy loco —afirmó Miller—. Cuando estoy loco, me matan. Por Dios, ¿me han matado? —La boca de Miller formó un pequeño círculo y empezó a aspirar el aire. Se le oscurecieron los labios y la sangre bajo su piel se tornó negra. Puso una mano en el hombro de Holden, que la notó muy pesada. Demasiado sólida. Como si Miller se hubiera vuelto a formar con hierro en lugar de huesos—. Se ha torcido todo. Hemos llegado, pero está vacío. Todo el cielo, vacío.

—No sé a qué te refieres.

Miller se inclinó hacia él. El aliento le olía a acetato. Tenía la mirada fija en Holden, las cejas arqueadas en un gesto interrogante, preguntándole si lo entendía.

—Tienes que ayudarme —pidió Miller. Los vasos sanguíneos de sus ojos se le habían puesto casi negros—. Saben que encuentro cosas. Saben que tú me ayudas.

—Estás muerto —espetó Holden sin consideración alguna y sin rumiar las palabras.

—Todos están muertos —dijo Miller. Levantó la mano del hombro de Holden y se dio la vuelta. La confusión le frunció el ceño—. Casi. Casi.

Holden oyó un aviso de su terminal y se lo sacó del bolsillo. Naomi le había enviado un mensaje: ¿TE HAS CAÍDO? Holden empezó a escribir la respuesta, pero luego se detuvo cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué decirle.

Cuando Miller volvió a hablar, lo hizo en un hilillo de voz, que casi sonaba infantil a causa del asombro y la sorpresa.

—No me jodas. Ha ocurrido —dijo el inspector.

—¿Ha ocurrido el qué? —preguntó Holden.

Se oyó un portazo cuando alguien entró en el baño contiguo, y Miller desapareció. El único rastro que quedó de él fue el olor a ozono y compuestos orgánicos volátiles, como si se encontrara en una tienda de especias en la que todo se había podrido. Y quizá todo fuesen imaginaciones de Holden.

Holden se quedó quieto un instante mientras esperaba a que aquel sabor metálico se le fuera de la boca, a que las pulsaciones le volvieran a la normalidad. Era lo que hacía siempre después de las apariciones. Después de que pasara lo peor, se lavó la cara con agua fría y se la secó con esa toalla tan

suave. El sonido distante y quedo de las mesas de juego pasó a convertirse en histeria. A alguien le había tocado el premio gordo.

No lo iba a contar. Ni a Naomi ni a Alex ni a Amos. Merecían pasar un buen rato sin que esa cosa que se parecía a Miller se interpusiera. Holden reconoció que el impulso de ocultarlo era irracional, pero se sentía tan obligado a protegerlos que no era algo que se cuestionara a menudo. Sea lo que fuera eso en lo que Miller se había convertido, Holden se interpondría entre ello y la *Roci*.

Estudió su reflejo en el baño hasta que le pareció perfecto. El capitán despreocupado y algo borracho de una nave independiente y exitosa que estaba en franco de ría. Tranquilo. Feliz. Volvió a la algarabía del casino.

Por un instante sintió que era como volver atrás en el tiempo. A los casinos de Eros. A esa prisión mortal. Las luces resplandecían demasiado y los ruidos atronaban en exceso. Holden se abrió paso hasta la mesa y se sirvió otro chupito. Este lo bebería con más calma. Disfrutaría del sabor y de la noche. Alguien detrás de él lanzó unos alaridos. Solo eran carcajadas.

Naomi apareció unos minutos después de entre el caos y el ajetreo, como la personificación de la serenidad. El gran amor exagerado por los efluvios del alcohol que había sentido antes volvió a su cabeza mientras veía cómo la mujer se abría paso hasta él. Habían formado parte de la tripulación de la *Canterbury* años antes de que Holden se enamorara de ella. Ahora que echaba la vista atrás, cada mañana que se había despertado con otra persona había sido una oportunidad perdida de respirar el mismo aire que Naomi. En qué habría estado pensando. Se hizo a un lado para dejarle hueco.

—¿Ya te han desplumado? —preguntó.

—Alex —respondió Naomi—. Han desplumado a Alex. Le di mis fichas.

—Eres una mujer muy generosa —afirmó Holden mientras sonreía.

Naomi relajó el gesto y lo miró con cariño.

—¿Has vuelto a ver a Miller? —preguntó mientras se inclinaba hacia él para evitar el ruido.

—Es un poco incómodo no poder ocultarte nada.

—Eres muy predecible. Y tampoco es que sea la primera vez que Miller te asalta en el baño. ¿Has entendido esta vez algo de lo que te ha dicho?

—No —respondió Holden—. Es como hablar con un problema en el suministro eléctrico. La mitad del tiempo ni siquiera sé si es consciente de que estoy con él.

—No puede tratarse del auténtico Miller, ¿verdad?

—En realidad, me da más miedo que se trate de la protomolécula con el aspecto de Miller.

—Bien visto —dijo Naomi—. ¿Te ha dicho algo nuevo?

—Puede que sí. Dijo que había ocurrido algo.

—¿El qué?

—No lo sé. Se ha limitado a decir «ha ocurrido» y luego ha desaparecido de repente.

Se quedaron sentados en silencio durante unos minutos, una estampa de privacidad entre todo aquel desorden, y Naomi rodeó los dedos de Holden con los suyos. Se inclinó hacia él, le besó en la ceja derecha y luego lo levantó del asiento.

—Venga —dijo.

—¿Adónde vamos?

—Voy a enseñarte a jugar al póquer —respondió la cinturiana.

—Ya sé jugar al póquer.

—Eso es lo que tú te crees.

—¿Me acabas de llamar *fish*?

Naomi sonrió y le dio un empujón a Holden.

Holden negó con la cabeza.

—Si de verdad quieres jugar, volvamos a la nave. Podemos reunir un grupito y montar nosotros una partida. Hacerlo aquí no tiene sentido. La casa siempre gana.

—No hemos venido a ganar —dijo Naomi, y la seriedad de su voz hizo que las palabras parecieran más solemnes de lo que pretendía—. Hemos venido a jugar.

Se enteraron dos días después.

Holden estaba en la cocina, devorando comida para llevar de un restaurante cercano al muelle: arroz con salsa de ajo, tres tipos de legumbres y algo parecido al pollo, tan parecido que casi sabía al de verdad. Amos y Naomi supervisaban un cargamento de nutrientes y filtros para los sistemas de reciclado de aire. Alex dormía en el asiento del piloto. En el resto de las naves en las que Holden había servido, que la tripulación volviera a bordo antes de zarpar en el momento programado era toda una hazaña, ya que la mayoría pasaba varias noches en los hoteles del muelle antes de volver a casa. Pero ahora todos estaban en casa.

Holden echó un vistazo por los canales locales de noticias y entretenimiento con el terminal portátil. Un fallo de seguridad en el nuevo juego *Bandao Solice* había provocado que un servidor pirata que se encontraba en la órbita de Titán se hiciera con información personal y financiera de seis millones de personas. Los expertos en defensa de Marte pedían que se realizaran más inversiones para recuperar las pérdidas que habían sufrido en la batalla de Ganimedes. En la Tierra, una coalición agrícola de África desafiaba la prohibición de un tipo de cepa bacteriana fijadora de nitrógeno. Los integrantes de cada uno de los bandos habían salido a manifestarse en las calles de El Cairo.

Holden pasaba de un canal a otro y dejaba que su mente flotara por la superficie de toda aquella información, pero de improviso vio que aparecía una franja roja en uno de los canales. Y luego otra. Y otra. La imagen que aparecía encima del artículo le heló la sangre. Lo llamaban el Anillo. Se trataba de la gigantesca estructura alienígena que había salido de Venus y viajado hasta algo menos de dos unidades astronómicas de la órbita de Urano, para luego detenerse y ensamblarse por cuenta propia.

Holden leyó despacio la noticia mientras se le revolvía el estómago. Cuando levantó la cabeza, vio a Amos y Naomi en el umbral de la puerta. Amos había sacado su terminal. Holden vio que miraba las mismas franjas rojas que él.

—¿Has visto esto, capi? —preguntó Amos.

—Sí —respondió Holden.

—Un puto loco ha intentado atravesar el Anillo.

—Sí.

A pesar de la distancia que había entre Ceres y el Anillo, a pesar de esa enorme extensión de vacío, la noticia de que la nave cochambrosa de algún imbécil había entrado por un lado de aquella estructura alienígena y no había salido por el otro solo debería haber tardado unas cinco horas en llegar. Había ocurrido dos días antes. Fue el tiempo que los distintos gobiernos que vigilaban el Anillo habían sido capaces de encubrirlo.

—Se refería a esto, ¿verdad? —preguntó Naomi—. Esto es lo que ha ocurrido.

2 Toro

A Carlos c de Baca (Toro para sus amigos) no le gustaba el capitán Ashford. Nunca le había gustado.

El capitán era uno de esos tipos capaces de poner muecas de desprecio sin mover la boca. Antes de que Ashford se uniera a la APE a tiempo completo, había sacado la carrera de matemáticas en el Campus Lunar de la Universidad de Boston y nunca dejaba que nadie se olvidara de ello. Era como si quisiera dejar claro que, al tener un título de una universidad de la Tierra, era mejor que los demás cinturianos. También aprovechaba cualquier ocasión para hablar mal de gente como Toro o Fred, quienes de verdad habían crecido en el pozo de gravedad. Ashford no era cinturiano ni había crecido en la Tierra. La manera en la que se aferraba a cualquier cosa que lo hiciera parecer el mejor, ya fuera su educación, su asociación con la Tierra o haber crecido en el Cinturón, ponía difícil no burlarse de él.

Y era Ashford quien iba a estar al mando de la misión.

—También hay que tener en cuenta el tiempo —dijo Fred Johnson.

Fred tenía un aspecto horrible. Estaba demasiado delgado. Todos estaban demasiado delgados últimamente, pero la piel oscura de Fred había tomado cierto tono grisáceo que daba a Toro la impresión de que el hombre tenía una enfermedad autoinmune o un cáncer sin tratar. Seguro que no era más que estrés, la edad y malnutrición. Lo mismo que les pasaba a todos los que no tenían algo más serio. De hecho, a Toro le empezaban a asomar algunas canas en las sienes y no le gustaban esos leds de mierda que se suponía que simulaban la luz solar. Que él fuera más moreno que la cáscara de un huevo se debía más al color café de la piel de su madre mexicana que a los rayos ultravioleta.

Había vivido en el vacío desde los veintidós años. Ahora tenía más de cuarenta. Y Fred, que había sido su superior en dos gobiernos diferentes, era mayor que él.

La grúa de construcción ascendió delante de ellos y sus paredes flexibles brillaron como las escamas de una serpiente. Se oía un rumor grave y constante, las vibraciones del equipo de construcción al transportarlo por la estación. La gravedad rotacional del lugar era algo menor que el tercio de la habitual en la estación Tycho, y Ashford se las daba de que podía ir más rápido y luego hacía el paripé de tener que esperar a que los terrícolas lo alcanzaran. Toro empezó a ir un ápice más despacio para hacerlo esperar más.

—¿El tiempo? ¿Cuánto tenemos, coronel? —preguntó Ashford.

—Más de lo que podría parecer —respondió Fred—. El Anillo no ha sufrido ningún cambio aparente desde que ocurrió el incidente. No lo ha atravesado nadie más y nada ha salido de él. La gente ya ha dejado de cagarse por la pata abajo y ahora solo estamos en alerta máxima. Marte se ha tomado el asunto como un tema estrictamente militar y científico. De hecho, han enviado a toda potencia media docena de naves científicas al lugar.

—¿Con qué escolta? —preguntó Toro.

—Un destructor y tres fragatas —respondió Fred—. La Tierra avanza más despacio, pero con más efectivos. El año que viene tienen elecciones y el secretario general está recibiendo por todas partes por haber hecho la vista gorda con las empresas corruptas.

—Por qué será —añadió Toro con voz impasible.

Incluso Ashford sonrió. Entre Protogen y Mao-Kwikowski, el orden y la estabilidad del Sistema Solar habían quedado hechos unos zorros. La estación Ceres había caído en manos de una tecnología alienígena para luego estrellarse contra Venus. Ganímedes producía menos de la cuarta parte de alimento que antes, lo que obligaba a todos los centros de población de los planetas exteriores a usar recursos agrícolas de refuerzo. La alianza Tierra-Marte era poco más que el recuerdo evocador con el que un abuelo se ponía nostálgico después de muchas cervezas. Los viejos tiempos, antes de que todo se torciera.

—Está montando un numerito —continuó Fred—. Con los medios. Con líderes religiosos. Poetas. Artistas. Está enviándolos a todos hacia el Anillo para que todas las noticias que puedan surgir no lo tengan a él como protagonista.

—Típico —añadió Ashford, pero no dijo nada más. ¿Típico para un político? ¿Típico para un terrícola?—. ¿Qué es lo que tenemos que encontrar ahí fuera?

La grúa hizo un ruido durante un momento, un accidente de armónicos que la hizo tintinear y estremecerse hasta que las sordinas industriales

cumplieron su misión y detuvieron las vibraciones antes de que llegaran al punto de hacer daño.

—Todo lo que hemos podido confirmar es que algún idiota atravesó el Anillo volando a alta velocidad balística y no salió por el otro lado —dijo Fred mientras se encogía de hombros haciendo un gesto con las manos, como si fuese cinturiano—. Ahora ha aparecido una especie de anomalía en el material del Anillo. Puede ser que el Anillo se haya comido la nave de ese crío imbécil y la haya convertido en algo. Emitió gran cantidad de rayos X y rayos gamma, pero no lo que correspondería a la masa de la nave. Puede que lo haya roto. Puede que haya abierto una puerta y un nutrido grupo de pequeños hombrecillos verdes montados en platillos volantes estén a punto de atravesarlo para convertir el Sistema Solar en una estación de carretera.

—¿Qué se sup...? —empezó a preguntar Toro, pero Ashford lo interrumpió.

—¿Alguna noticia de Venus?

—Nada —dijo Fred.

Venus había muerto. Después de que la estación Eros corrompida atravesara la capa de nubes del planeta, los ojos de la humanidad habían pasado a observarlo durante años para ver cómo la protomolécula alienígena se afanaba entre aquellas altas temperaturas. Se erigieron torres de cristal de kilómetros de altura que luego se desmoronaron. Redes de fibra de carbono cubrieron el planeta y se degradaron hasta desaparecer. El arma tenía como objetivo apropiarse de los organismos simples que había en la Tierra hacía miles de millones de años. Pero en su lugar se había hecho con un complejo ecosistema de cuerpos humanos y las estructuras creadas por estos, para luego experimentar con todo ello en el horno tóxico que era Venus. Quizás había tardado más de lo esperado en llevar a cabo su plan. Quizás el hecho de trabajar con formas de vida complejas le había puesto las cosas más fáciles. Pero todo indicaba que ya no necesitaba Venus para nada. Y lo que importaba ahora era que había lanzado un anillo capaz de ensamblarse por sí mismo hacia el vacío que había más allá de la órbita de Urano, y el artefacto se había quedado ahí tan quieto como una piedra.

Hasta ahora.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —preguntó Toro—. Sin ofender, pero no es que tengamos las mejores naves científicas. Y la Tierra y Marte se han dado una buena tunda en los alrededores de Ganímedes.

—Estar ahí —afirmó Fred—. Si la Tierra y Marte envían sus naves, nosotros tenemos que enviar las nuestras. Si hacen una declaración, nosotros

también. Si reclaman el Anillo, nosotros también lo reclamamos. Todo lo que hemos hecho para convertir los planetas exteriores en una fuerza política viable nos ha proporcionado beneficios, pero si empezamos a dejar que ellos lideren, podría venirse abajo.

—¿Tenemos pensado disparar a alguien? —preguntó Toro.

—Esperemos no tener que llegar a eso —respondió Fred.

El suave ascenso de la grúa los llevó hasta el arco de una plataforma. Una gran extensión de acero y cerámica se curvaba sobre ellos en aquel vacío repleto de estrellas, iluminada por miles de luces. Mirarla era como contemplar un paisaje, demasiado grande para tratarse de algo construido por seres humanos. Se parecía al cañón de una montaña. A la caldera de un volcán que se había llenado de praderas. Ya de por sí, la escala que tenía hacía imposible que se la considerara una nave. Pero lo era. Los *mechas* de construcción que recorrían su eslora eran más grandes que la casa en la que Toro había vivido de pequeño, pero a esa distancia parecían jugadores de fútbol americano en un partido. La línea larga y delgada del ascensor de la quilla se extendía por la parte inferior para transportar tripulantes desde la cubierta de ingeniería, en un extremo, hasta el centro de mando en el otro. La cabina secundaria, que se encontraba en el exterior, tenía capacidad para una docena de personas. No parecía mayor que un grano de sal. La suave curva de su perfil estaba salpicada de armas de raíl colocadas en torretas y las protuberancias furibundas e irregulares de los tubos de los torpedos.

En el pasado había sido la *Nauvoo*. Una nave generacional cuya misión era partir hacia las estrellas con un destacamento de mormones devotos sin más que un ecosistema de diseño y una fe inquebrantable en que la gracia de Dios iba a estar de su parte. Ahora era la *Bégimo*. La plataforma de armas más grande y cañera del Sistema Solar. En su interior cabían cuatro acorazados de clase *Donnager* de forma holgada. Podía acelerar proyectiles magnéticos a una fracción medible de la velocidad de la luz. Era capaz de albergar más torpedos nucleares que el arsenal completo de la Alianza de Planetas Exteriores. Su láser de comunicaciones tenía la potencia suficiente para atravesar el acero si disponía del tiempo suficiente. Sin duda, todo en ella estaba construido de la mejor manera posible para intimidar; solo faltaba pintarle unos dientes y soldarle una aleta de tiburón del tamaño de un edificio de apartamentos.

Y mejor que fuera así, porque no dejaba de ser una mierda de nave renovada y, si en algún momento tenían que afrontar un combate de verdad, las iban a pasar canutas. Toro miró de reojo a Ashford. El capitán había

levantado la barbilla y los ojos le resplandecían con orgullo. Toro se pasó la lengua por los dientes.

Dejaron de sentir el peso cuando la plataforma y la grúa se adecuaron a la quietud de la *Bégimo*. Uno de los distantes *mechas* de construcción se convirtió en una llama blanca y resplandeciente cuando encendió el soldador.

—¿Cuánto queda para que podamos usarla? —preguntó Ashford.

—Tres días —respondió Fred.

—Los informes de ingeniería afirman que la nave estará lista en unos diez —aclaró Toro—. ¿Tienen intención de seguir trabajando en ella mientras viajamos?

—Esa era la idea, sí —dijo Fred.

—Porque claro, cómo íbamos a esperar unos días más, terminar el trabajo en el astillero y acelerar un poco más para llegar en el mismo momento que habíamos previsto.

Se hizo un silencio incómodo. Toro sabía que ocurriría, pero tenía que decirlo.

—La comodidad y la moral de la tripulación necesitan los mismos cuidados que la nave —espetó Fred, aunque su diplomacia alteró el peso de sus palabras. Toro lo conocía desde hacía mucho tiempo y notó el cambio. «Los cinturianos no toleran quemar a esa velocidad»—. Además, es más cómodo trabajar en la nave con la menor g posible. Todo está medido al milímetro, Toro. Zarpáis en tres días.

—¿Hay algún problema? —preguntó Ashford.

Toro le dedicó la sonrisa bobalicona que usaba cuando quería decir la verdad pero no meterse en problemas por hacerlo.

—Vamos de camino a ponernos gallitos con la Tierra y Marte mientras el Anillo hace cosas alienígenas y misteriosas de las que no tenemos ni idea. Contamos con una tripulación que nunca ha navegado junta, una nave cuya mitad de las piezas proceden de un rescate y no tenemos tiempo suficiente para comprobar que todo funciona como tiene que funcionar. Sin duda es un problema, pero no uno que podamos solucionar, así que vamos a hacerlo de todos modos. Lo peor que puede pasar es que muramos todos.

—Cuánto optimismo —dijo Ashford. El descontento irradiaba de sus palabras. Toro ensanchó la sonrisa y se encogió de hombros.

—Es algo que ocurrirá tarde o temprano.

La residencia de Toro en la estación Tycho era todo un lujo. Tenía cuatro habitaciones, techos altos y un baño privado con suministro de agua de verdad. No había vivido así de bien ni cuando era un niño en la Tierra. Se había pasado la juventud en una zona residencial de la Zona de Interés Colectivo de Nuevo México viviendo con sus padres, su abuela, dos tíos, tres tías y lo que le parecían millares de primos. Cuando cumplió los dieciséis y rechazó la ayuda básica, se dirigió hacia Alamogordo al sur y trabajó durante dos años desmontando antiguas estaciones eléctricas solares de los viejos y malos tiempos. En aquella época compartía habitación con otros diez tipos. Aún recordaba cómo eran, todos flacos y musculosos, sin camisa o con ella colocada alrededor de la cabeza. Aún podía sentir el sol de Nuevo México calentándole el pecho como si alguien le hubiera colocado la mano encima mientras él disfrutaba de la radiación y el calor de la energía de fusiones nucleares descontroladas, protegido tan solo por la distancia y la amplitud del cielo azul.

Cuando terminó su contrato de dos años, intentó entrar en una escuela técnica, pero solía distraerse con facilidad debido a las hormonas y el alcohol. Cuando abandonó, las únicas opciones que le quedaban eran unirse al ejército o limitarse a la ayuda básica. Había elegido la que se parecía menos a estar muerto. En el Cuerpo de Marines, nunca había tenido un catre más grande que el salón de su residencia en la estación Tycho. De hecho, ni siquiera había un lugar que pudiera considerar suyo hasta que abandonó el servicio militar. La estación Ceres no había sido un buen lugar para él. El hueco que tenía se encontraba cerca del centro de rotación, con muy poca *g* y un gran efecto Coriolis. No era mucho más que un lugar al que ir a dormir después de la borrachera de la noche anterior, pero era de su propiedad. Tenía las paredes desnudas de piedra pulida y la cama parecía sacada de los restos de una nave, con correas de sujeción para la baja gravedad. Algún propietario anterior había grabado las palabras *BESO O NADIE* en la pared. Era cinturiano y significaba «mejor o nada». No sabía si se trataba de un eslogan político de la época. Las cosas que había conseguido desde que había llegado a la estación Tycho —el marco que iba pasando por un montón de buenas fotos de familia de la Tierra, el portavelas de hojalata de santos que su exnovia no se había llevado cuando se marchó o las ropas de civil— habrían llenado su vieja casa de Ceres y no le habría quedado espacio para dormir. Tenía demasiadas cosas. Necesitaba reducirlas al mínimo.

Pero no necesitaría hacerlo durante aquella misión. La *suite* del segundo de a bordo de la *Bégimo* era más grande.

El sistema sonó para indicarle que había alguien en la puerta. Por costumbre, Toro miró la cámara de vídeo antes de abrirla. Fred se agitaba inquieto y cambiaba el pie de apoyo. Llevaba ropas de civil. Una camisa blanca de botones y unos pantalones de abuelo con los que intentaba disimular la tripa caída. Era una batalla que no podía ganar. Ni Fred ni Toro estaban en baja forma. Lo que ocurría era que se hacían viejos.

—¿Qué tal? —dijo Toro—. Coge una silla cualquiera. Me estoy preparando.

—¿Vas a salir?

—Quiero pasar algo más de tiempo en la nave antes de que partamos —respondió Toro—. Buscaré mormones perdidos.

Fred hizo una mueca de dolor.

—Estoy seguro de que los encontramos a todos la primera vez —dijo, siguiéndole el juego—. Pero el sitio es grande. Puedes buscar más si te apetece.

Toro abrió el armario y recorrió sus camisetas con los dedos. Tenía diez. Aquello era una señal de decadencia. ¿Quién necesitaba diez camisetas? Sacó cinco y las tiró sobre una silla que había junto a un arcón.

—Después de todos los cambios que le hemos hecho —afirmó—, esto se va a convertir en el peor de los infiernos si recuperan los derechos de la *Nauvoo*.

—No lo harán —aseguró Fred—. Requisar la nave fue del todo legal. Se trataba de una emergencia. Te podría citar casos en los que hay jurisprudencia durante diez horas.

—Sí, pero fuimos nosotros los que la rescatamos y nos la agenciamos —continuó Toro—. Es el mismo caso que pedirle prestado a alguien el camión, tirarlo en una zanja, sacarlo y luego decir que es tuyo.

—La ley es algo maravilloso, Toro —afirmó Fred. Sonaba cansado. Había algo que lo importunaba. Toro abrió otro cajón, tiró la mitad de sus calcetines al reciclador y colocó la otra mitad sobre a las camisetas.

—Pero si el juez no lo ve como tú, la situación puede llegar a complicarse.

—Los jueces de la Tierra no tienen jurisdicción aquí —dijo Fred—. Y los que pertenecen a nuestro sistema judicial son leales a la APE. Perciben el panorama general. No van a arrebatar nos la nave más grande que tenemos para devolverla. En el peor de los casos, pedirán que paguemos una indemnización a los mormones.

—¿Nos lo podemos permitir?

—Ahora mismo, no —respondió Fred.

Toro soltó una pequeña carcajada.

—¿Alguna vez te has preguntado qué hicimos mal para haber acabado aquí? Tú estás al mando en uno de los puestos más importantes de la APE, yo de segundo de a bordo de Ashford. No parece que hayamos aprovechado nuestras vidas, tío.

—Tengo pensado un pequeño cambio de planes al respecto —dijo Fred.

Toro abrió el armario y apretó los labios. Fred no solo había acudido a darle a la sin hueso. Había algún problema. Toro sacó del armario dos trajes que aún llevaban esa película transparente y pegajosa para conservarlos. No se los había puesto en años. Seguro que no le servían.

—Ashford pensó que sería más adecuado tener a Michio Pa de segunda de a bordo. Lo hemos hablado. Te he reasignado como jefe de seguridad.

—Ahora soy el tercero al mando —dijo Toro—. Entonces, ¿Ashford pensaba que me lo iba a cargar para quedarme con el puesto?

Fred se inclinó hacia delante con los dedos entrelazados. La seriedad de su expresión era indicativa de que sabía que era una situación de mierda, pero había que apechugar con ella.

—Las apariencias lo son todo —aclaró Fred—. Se trata del ejército de la APE. La *Bégimo* es la respuesta del Cinturón a los grandes pesos pesados de Marte y la Tierra. Tener a un terrícola en el puente no envía el mensaje adecuado.

—Muy bien —aceptó Toro.

—Yo me encuentro en la misma posición. Ya lo sabes. Incluso después de todo el tiempo que ha pasado, debido a mis orígenes tengo que trabajar el doble para conseguir lealtad y respeto. Hasta los que prefieren tenerme cerca porque creen que ayudo a dar la impresión de que la Tierra es débil rechazan acatar mis órdenes. Tengo que ganarme el respeto una y otra vez.

—De acuerdo —afirmó Toro. Ser jefe de seguridad era sinónimo de pasar menos tiempo con el uniforme puesto. Suspiró y colocó ambos trajes en la silla.

—No digo que tú no tengas que hacerlo también —aclaró Fred—. Sé muy bien que eres el mejor de los mejores. Es solo que tenemos que vivir con algunas limitaciones si queremos conseguir nuestros objetivos.

Toro se apoyó en la pared con los brazos cruzados. Fred lo miró desde debajo de aquellas cejas del color de la escarcha.

—Señor, llevo mucho tiempo volando con usted —empezó a decir Toro—. Si quiere pedirme algo, puede hacerlo sin problema.

—Necesito que lleves esta misión a buen puerto —confesó Fred—. Lo que ocurre ahí fuera es lo más importante de todo el sistema y ni sabemos qué es. Si hacemos el ridículo o permitimos que los planetas interiores se hagan con alguna ventaja decisiva, perderemos mucho terreno. Ashford y Pa son buena gente, pero son cinturianos. No tienen la misma experiencia con efectivos terrícolas que nosotros.

—¿Crees que van a meter la pata?

—No. Ashford intentará hacer lo correcto con todo lo que esté en su mano, pero reaccionará como un cinturiano y lo sorprenderán situaciones que quizás a otros no lo harían.

—Ashford solo hace lo correcto porque tiene miedo de hacer el ridículo. No es más que un bonito uniforme relleno de vacío. Y no puedes confiar en alguien así.

—No confío en él —aseguró Fred—. Te envío ahí fuera porque confío en que tú seas capaz de hacer que todo vaya bien.

—Pero no me pones al mando.

—Pero no te pongo al mando.

—¿Y qué tal un aumento de sueldo?

—Eso tampoco —respondió Fred.

—Venga ya —dijo Toro—. ¿Toda la responsabilidad y nada de poder? ¿Cómo voy a rechazar una oferta así?

—En serio. Sé que te estoy haciendo una putada y que las razones son políticas y de apariencias. Pero necesito que lo aceptes.

—Y por eso he aceptado —repuso Toro.

Por un instante, el único sonido que se oyó fue el tranquilo repiqueteo del reciclador de aire. Toro volvió a sumirse en la tarea de meter su vida en un arcón. En algún lugar sobre él, escondida entre toneladas de acero, cerámica, piedra sin pulir y vacío, la *Bégimo* aguardaba.

3

Melba

Cuando entró en la casa de apuestas, Melba sintió que la observaban. La habitación estaba iluminada por las pantallas de las mesas de juego, de color azul, dorado o rosado. La mayoría tenía temática sexual o violenta. O ambas. Pulsa un botón para gastarte el dinero y ver cómo las chicas se meten objetos humillantes y desconocidos mientras esperas a descubrir si has ganado. Máquinas tragaperras, de póquer o de lotería en tiempo real. Los hombres que las usaban emanaban una atmósfera de estupidez, desesperación y un odio casi tangible a las mujeres.

—Querida —dijo un hombre gordo e inmenso desde detrás de un mostrador—, no sé bien si sabes dónde has venido, pero sí sé que es al lugar equivocado. Quizá sea mejor que te marches.

—He quedado —afirmó ella—. Con Travin.

El gordo abrió los ojos como platos debajo de sus sebosos párpados. Melba oyó que desde la oscuridad alguien le dedicaba una vulgaridad para molestarla. Lo hizo, pero no mostró indicios de ello.

—Travin atrás, si quieres, guapita —dijo el gordo, asintiendo. Al fondo de la habitación, detrás de un laberinto de amenazas y miradas lascivas, había una puerta roja de metal.

Todos sus instintos procedían de antes, de cuando era Clarissa, por lo que estaban todos mal. La habían entrenado en defensa personal desde que había tenido edad para caminar, pero solo para evitar que la secuestraran. Para llamar la atención de las autoridades y reducir la intensidad de las situaciones con sus captores. También había hecho otras cosas, claro. Cosas entre las que se encontraba el entrenamiento físico, pero el objetivo siempre había sido escapar. Huir. Encontrar ayuda.

Ahora que no quedaba nadie para ayudarla, las cosas ya no funcionaban igual. Pero era lo que tenía, así que era lo que tenía que usar. Melba (no Clarissa, sino Melba) asintió en dirección al gordo y atravesó la estancia

abarrotada y poco iluminada. La gravedad completa de la Tierra tiraba tanto de ella que le parecía una enfermedad. En una mesa de juego, tres pequeños alienígenas grises abusaban sexualmente de una mujer con aspecto de dibujo animado mientras un platillo volante flotaba sobre ellos. Alguien se había llevado un premio decente. Melba apartó la mirada. Detrás de ella, un desconocido rio y la mujer sintió que se le tensaba la piel de la nuca.

De todos sus hermanos, ella era la que más había disfrutado del entrenamiento físico. Cuando terminó, empezó a estudiar taichí con el entrenador de defensa personal. Luego, cuando tenía catorce años, su padre había hecho un chiste al respecto en una reunión familiar. Había dicho que aprender a pelear tenía sentido (y era algo que respetaba), pero que bailar mientras hacías como que luchabas le parecía estúpido y una pérdida de tiempo. Nunca había vuelto a entrenar. Eso había ocurrido hacía diez años.

Abrió la puerta roja y la atravesó. El despacho casi parecía bien iluminado. Había un pequeño escritorio con una pantalla integrada que estaba conectada a un sistema de contabilidad barato. Un cristal blanco y esmerilado que dejaba atravesar la luz solar pero ocultaba las calles de Baltimore. Un sofá de plástico impreso tapizado con el logo corporativo de una marca de cerveza barata que se podían permitir hasta quienes vivían de la ayuda básica. En el sillón había dos hombres corpulentos sentados. Uno tenía implantadas unas gafas de sol que lo hacían parecer un insecto. El otro llevaba una camiseta que se estiraba demasiado debido a sus hombros, producto de los esteroides. Había visto antes a esos dos.

Travin estaba en el escritorio y tenía un muslo apoyado en él. Tenía el pelo rapado y unas canas empezaban a asomar por sus sienes. La barba no era mucho más larga. Llevaba puesto lo que en sus círculos podría pasar como un buen traje. El padre de Melba no lo habría llevado ni como disfraz.

—Vaya, mirad, la inimitable Melba.

—Sabías que estaba aquí —dijo ella. No había sillas. Ninguno de los asientos estaba libre. Se quedó de pie.

—Claro que sí —respondió Travin—. Desde el momento en que has entrado.

—¿Vamos a hacer negocios? —preguntó Melba con una voz que segó el aire.

Travis sonrió. No tenía los dientes alineados, y sus encías eran grises. Era una afección de la riqueza, una afirmación de que era tan poderoso que podía obviar la mera cirugía estética. Melba sintió un arrebato de desprecio. Era como un viejo cultista del cargo que imitaba antiguas demostraciones de

poder sin saber muy bien el significado que tenían. Melba se había rebajado a tratar con él, pero al menos tenía la decencia de sentirse avergonzada por ello.

—Todo listo, señorita —dijo Travin—. Melba Alzbeta Koh. Nacida en la Luna, hija de Alscie, Becca y Sergio Koh, todos fallecidos. Sin familiares. Sin declaración de impuestos. Técnica electroquímica con licencia. Tu nueva identidad te espera, ¿sí?

—¿Y el contrato?

—La *Cerisier* cuando zarpe, apoyo civil para la grandiosa misión en el Anillo. Nuestra señorita Koh irá a bordo. En un puesto que requiere experiencia. Poco personal al que supervisar, no tendrás que dar mucho el callo.

Travin sacó del bolsillo un sobre de plástico blanco. Dentro se podía percibir la silueta de un terminal portátil barato.

—Todo está aquí. Todo listo —dijo—. Lo coges y cuando salgas por la puerta serás una mujer nueva, ¿sí?

Melba sacó su terminal portátil del bolsillo. Era más pequeño que el que Travin tenía en la mano y de mejor manufactura. Lo iba a echar de menos. Pulsó el código, autorizó la transferencia y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Muy bien —dijo—. Ahí tienes el dinero.

—Ah, aún queda un problemilla —dijo Travin.

—Tenemos un acuerdo —aclaró Melba—. Ya he cumplido con mi parte.

—Y es algo que dice mucho de ti —dijo Travin—. Pero hacer negocios contigo me gusta. Creo. Se descubren cosas interesantes. Al crear esta nueva tú, tuvimos que poner el ADN en las tablas y eliminar registros duplicados. Creo que no has sido del todo sincera conmigo.

Melba tragó saliva para intentar deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. El hombre con ojos de insecto que había en el sillón se agitó, y el sillón rechinó bajo su peso.

—Ya te he pagado —aclaró ella.

—Bien, bien, es lo que tenías que hacer —afirmó Travin—. Clarissa Melpomene Mao, hija de Jules-Pierre Mao, de Mercancías Mao-Kwikowski. Un nombre muy interesante.

—Mao-Kwikowski se convirtió en empresa pública cuando mi padre entró en prisión —aclaró Melba—. Ya no existe.

—Una pena de muerte para una empresa —dijo Travin mientras dejaba el sobre encima de la pantalla del escritorio—. Es triste, pero no para ti, ¿eh? Los ricos conocen bien el dinero. Tienen formas de ocultarlo en sitios donde nadie fisgonea. De dárselo a sus esposas, quizá. A sus hijas.

Melba se cruzó de brazos y frunció el ceño. En el sillón, el culturista reprimió un bostezo. Quizás hasta no fuera fingido. Melba dejó que se alargara el silencio no porque quisiera presionar a Travin para que siguiera hablando, sino porque no sabía qué decir. Travin tenía razón, claro. Papi había tratado de ocuparse de ellos lo mejor que había podido. Siempre lo había hecho. Ni siquiera el hostigamiento de Naciones Unidas podía abarcarlo todo. Clarissa había tenido dinero suficiente para vivir una vida tranquila, retirada en la Luna o Marte, y morir de vieja antes de quedarse sin crédito. Pero ella ya no era Clarissa, y la situación de Melba era diferente.

—Puedo darte diez mil más —añadió—. Eso es todo lo que tengo.

Travin le dedicó una sonrisa gris.

—Todo tu bonito dinero se ha esfumado, ¿eh? ¿Qué es lo que hace que quieras salir al vacío? Quería saber. Así que investigué. Eres muy buena. Hasta con los gestos. No veo más que sombras. No oigo más que ecos. Pero...

—Puso el sobre delante de él en el escritorio y mantuvo un dedo encima como hacía Petyr, el hermano de Melba, cuando estaba casi seguro de un movimiento de ajedrez pero aún no se atrevía a realizarlo. Era un gesto que indicaba propiedad—. Pero sé algo que no sabe nadie más. Sé cuál es la manera correcta de mirar ese Anillo.

—Diez mil es todo lo que tengo. De verdad. Me he gastado el resto.

—¿Y no necesitarías más? —preguntó Travin—. Llámalo una inversión si quieres. Nuestra pequeña Melba puede tener diez mil si quiere. Cincuenta mil si los necesita. Pero tendrás que traerme más. Mucho más.

Melba sintió que se le cerraba aún más la garganta. Cuando movió la cabeza, le pareció que el gesto era demasiado rápido, demasiado forzado. Similar al de un ave. Como si tuviera miedo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, esperando que su voz sonara firme. Las amenazas vacías flotaban en el aire como un perfume malo: masculino y barato. Cuando el hombre volvió a hablar, la amistad impostada le retorció todas las vocales.

—Socios. Vas de camino a hacer algo grande. Algo con el Anillo y con la flotilla, ¿eh? Toda esa gente que se dirige hacia la oscuridad para enfrentarse a los monstruos. Vas con ellos. Diría que al arriesgarte tanto, esperas conseguir muchos beneficios. Es lo que uno esperaría de un Mao. Dime cuál es tu plan, te ayudo en lo que pueda y nos dividimos lo que saques de esto.

—No hay trato. —Pronunció las palabras como un acto reflejo. Salieron de su columna vertebral. Era una decisión tan obvia que no hacía falta que pasara por su cerebro.

Travin retiró el sobre, y el plástico siseó contra la mesa. El suave chasqueo de su lengua contra los dientes sonó compasivo y falso al mismo tiempo.

—Has removido cielo y tierra —empezó a decir—. Has robado. Has comprado. Has dispuesto acuerdos. Y cuando dices que no tienes reservas de dinero, te creo. ¿Y ahora vienes a mi mesa y me dices que no hay trato? Si no hay trato, no hay trato alguno.

—Te he pagado.

—No me importa. Somos socios. Socios a tiempo completo. Sea lo que sea lo que consigas con esto, yo también me voy a beneficiar. Si no, diría que puede haber otras personas interesadas en enterarse de lo que la infame Mao ha estado haciendo con tanta discreción.

Los dos hombres sentados en el sillón habían empezado a prestarle atención. La observaban con fijeza. Melba se giró para mirar por encima del hombro. La puerta que daba a la zona de juego era de metal y estaba cerrada. La ventana era amplia. El cable de seguridad que tenía era del tipo que se repliega en caso de querer abrir el cristal y dejar que la asquerosa brisa de la ciudad ensucie el aire. El hombre con ojos de insecto se levantó.

Los implantes de Melba se activaban frotando la lengua contra el cielo de la boca. Dos círculos en sentido contrario a las agujas del reloj. Era un movimiento privado, invisible. Interno. De una sensualidad peculiar. Casi tan sencillo como pensar. El grupo de glándulas manufacturadas que tenía en la garganta, la cabeza y el abdomen se estrujaron y vaciaron sus pequeñas vesículas para derramar en la sangre de Melba un complejo compuesto químico. La mujer se estremeció. Era como un orgasmo pero sin placer. Podía sentir cómo la conciencia y la inhibición se marchaban, como si todo hubiese sido una pesadilla. Ahora estaba viva y del todo despierta.

Todos los sonidos de la habitación, el bramido del tráfico, la cacofonía ahogada de las mesas de juego y la voz desagradable de Travin se apagaron, como si el cóctel que fluía por sus venas le hubiese tapado las orejas con espuma. Sus músculos se tensaron y se endurecieron. Notó un sabor metálico en la boca. El tiempo empezó a fluir más despacio.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Los matones del sillón eran la primera amenaza. Se acercó a ellos y se olvidó de la opresiva sujeción de la gravedad. Dio una patada en la rótula al culturista mientras este se levantaba, y ese pequeño posavasos hecho de hueso se desgarró de los tendones y le subió por dentro del muslo. La cara del hombre pasó a ser una máscara de sorpresa y espanto. Cuando empezaba a

desplomarse, Melba levantó la otra rodilla y la dirigió hacia la laringe del hombre, que empezaba a descender. En realidad había apuntado hacia la cara. «La laringe está igual de bien», pensó mientras el cartílago quedaba destrozado contra su rodilla.

El de los ojos de insecto embistió contra ella. Se movió rápido; al parecer el cuerpo de aquel hombre también contaba con algún tipo de modificación. Motoneuronas fusionadas, lo más probable. Algo que sirviera para llenar ese vacío que tiene lugar cuando los neurotransmisores flotan hacia las sinapsis. Algo para conseguir ventaja en las peleas contra otros matones. La mano del hombre atenazó el hombro de Melba, amplia y de dedos grandes. Ella se giró hacia él y se agachó para tirar del hombre hacia abajo. Le dio un golpe con la palma de la mano en la cara interna del codo para que perdiera fuerza, luego lo agarró por la muñeca con ambas manos y se la dobló. Ninguno de los ataques de la mujer era consciente o intencionado. Los movimientos fluían de una mente oculta que había quedado libre de sus ataduras y tenía el tiempo suficiente para planear todo aquel caos. Tenía lo mismo de arte marcial que de cocodrilo atacando a un búfalo en el agua: velocidad, fuerza y un par de miles de millones de años de instinto de supervivencia desatados al mismo tiempo. Su instructor de taichí habría apartado la vista, avergonzado.

El culturista se derrumbó en el suelo mientras la sangre se le derramaba por la boca. El de los ojos de insecto se apartó de ella, un craso error. La mujer agarró las rígidas articulaciones del aquel hombre y las apretó contra ella mientras balanceaba las caderas. El hombre era más grande y había vivido en aquel pozo de gravedad toda su vida. Estaba musculado gracias a esteroides y algunos aumentos baratos. Pero ella no necesitaba ser más fuerte que él, solo más fuerte que los frágiles huesos de su muñeca y su codo. Los rompió, y el hombre cayó de rodillas.

Melba (no Clarissa) se balanceó a su alrededor, le pasó el brazo derecho alrededor del cuello y luego lo atenazó con el izquierdo para proteger su cabeza de lo que estaba por venir. No necesitaba ser más fuerte que él, solo más fuerte que las débiles arterias que le llevaban sangre al cerebro.

Travin disparó su arma, que hizo un agujero en el sillón. La pequeña lluvia de espuma pareció una esponja al explotar. No había tiempo. Melba gritó y desplazó la energía de ese grito hacia los brazos y los hombros. Sintió cómo crujía el cuello del hombre de ojos de insecto. Travin volvió a disparar. Si le daba, iba a morir. Pero no sintió miedo. El miedo había quedado relegado a un lugar en el que no podía sentirlo. Eso sería después. Muy pronto. Tenía que hacerlo rápido.

El hombre debería haber intentado un tercer disparo. Era lo más inteligente. Lo más sensato. Pero Travin no era inteligente ni sensato. Hizo lo que su cuerpo le ordenó hacer e intentó escapar. Era un mono, y millones de años de evolución le exigieron escapar de su depredadora. No tenía tiempo de cometer otro error. Melba sintió cómo otro grito empezaba a formarse en la garganta.

Pasó un tiempo. Melba tenía los dedos alrededor del cuello de Travin. Había estado golpeándole el cráneo contra la esquina del escritorio, donde había sangre y pedazos de cuero cabelludo. Volvió a empujarla, pero el hombre era pesado y no consiguió golpearle con fuerza. Lo soltó y Travin cayó al suelo gimiendo.

Gimiendo.

Vivo, pensó ella. Volvía a tener miedo y sintió los primeros síntomas de las náuseas. Estaba vivo. No podía seguir vivo cuando llegara la crisis. Había visto que llevaba un arma. Tenía que descubrir dónde estaba. Los dedos empezaban a dormirse, pero consiguió coger la pistola de debajo del hombre.

—Socios —dijo Melba, y le disparó dos balas en la cabeza. Tenían que haberlo oído hasta en las mesas de juego. Se acercó rápido a la puerta de metal y comprobó la cerradura. Tenía el pestillo pasado. A menos que alguien tuviera la llave o la manera de cortarla, Melba estaba a salvo. Podía descansar. No llamarían a la policía. Esperaba que no llamaran a la policía.

Se dejó caer al suelo. El sudor le corría por la cara, y empezó a temblar. Parecía que había perdido algo de tiempo durante aquella violencia gloriosa y redentora y ahora tenía que aguantar para no caer inconsciente debido a la crisis fisiológica que venía después, pero no podía permitirse quedarse dormida. Allí no. Se abrazó a las rodillas y las apretó contra el pecho. No lloró porque sintiera pena o miedo, sino porque era lo que hacía su cuerpo cuando se desmoronaba. Alguien llamó a la puerta, pero sonaba inseguro. Vacilante. Unos minutos más y estaría... bien no, claro. Pero lo suficiente. Unos minutos más.

Aquella era la razón por la que la modificación glandular nunca había quedado arraigada en la cultura militar. Un pelotón de soldados sin dudas ni vacilación, tan hasta arriba de adrenalina que podían hasta rasgarse los músculos sin sentir nada. En efecto, así se podían ganar batallas. Pero que aquellos combatientes se hicieran un ovillo y gimotearan durante los cinco minutos siguientes significaba volver a perderlas. Era una tecnología fallida, pero no una que no estuviera disponible. Se podía conseguir con el dinero, los

favores y los científicos incautos suficientes. Era fácil. La parte más fácil de su plan, en realidad.

Los sollozos se intensificaron y luego cambiaron. Empezó a vomitar. Sabía por experiencia que no duraría mucho. Entre arcadas, vio que el pecho del culturista se movía para intentar conseguir algo de aire a través de su garganta destrozada, pero ya había muerto. El olor a sangre y a vómito inundó el ambiente. Melba intentó recuperar el aliento y se limpió la boca con el dorso de la mano. Le ardían las fosas nasales y no sabía si era por la peste o por las glándulas falsas que tenía en esa piel tan sensible. No importaba.

Los golpes en la puerta empezaron a sonar desesperados. Distinguió la voz del gordo de fuera. No quedaba tiempo. Cogió el sobre de plástico y se lo embutió en el bolsillo. Melba Alzbeta Koh se deslizó por la ventana y salió a la calle. Apestaba. Tenía las manos ensangrentadas. Temblaba a cada paso. La tenue luz del sol le hacía daño y se hizo sombra con las manos para ocultarla. En aquella zona de Baltimore podían verla mil personas, que no iba a ocurrir nada. La capa de anonimato que organizaban e imponían los traficantes de droga, chulos y esclavistas también le servía de ayuda.

No le iba a ocurrir nada. Lo había conseguido. La última de las piezas estaba en su lugar, y lo único que tenía que hacer era volver al hotel, beber algo para recuperar electrolitos y dormir un poco. Luego, en unos días, presentarse al servicio en la *Cerisier* y empezar un largo viaje hacia los confines del Sistema Solar. Se irguió y caminó por la calle evitando las miradas de la gente. La docena de bloques que había hasta su habitación le parecieron eternos. Pero lo iba a conseguir. Haría todo lo que tuviera que hacer.

Había sido Clarissa Melpomene Mao. Su familia había guiado el destino de ciudades, colonias y planetas enteros. Y ahora su padre estaba en una prisión anónima, tenía prohibido hablar con cualquiera que no fuese su abogado y vivía en desgracia. Su madre vivía en un complejo privado de la Luna y se medicaba mientras moría poco a poco. Sus familiares (los que seguían vivos) se habían desperdigado para ocultarse en cualquier refugio que les permitiera evitar el odio de dos mundos. Antes, el apellido de su familia había quedado grabado con sangre en las estrellas, pero de un tiempo a esa parte habían quedado reducidos a villanos. Los habían destruido.

Pero ella iba a arreglarlo. No había sido fácil y no lo sería a partir de ahora. Algunas noches, tanto sacrificio le parecía insoportable, pero iba a hacerlo. Haría que todo el mundo viera lo injusto que era lo que James Holden había hecho a su familia. Iba a ponerlo en evidencia. Iba a humillarlo.

Y luego iba a destruirlo.

4

Anna

Annushka Volovodov, la pastora Anna para su congregación de la luna Europa o reverenda doctora Volovodov para la gente que no le caía bien, estaba sentada en la silla de cuero de respaldo alto de su despacho cuando llegó el maltratador.

—Nicholas —dijo la mujer, intentando que su voz sonara lo más acogedora posible—. Gracias por tomarte la molestia.

—Nick —aclaró el hombre. Luego se sentó en una de las sillas de metal que había frente al escritorio de la mujer. Las sillas de metal eran más bajas, lo que daba a la estancia cierta sensación de juzgado, en el que ella quedaba como jueza. Esa era la razón por la que nunca usaba su silla cuando tenía cita con algún parroquiano suyo. En la pared contraria había un cómodo sofá que era mucho mejor para las conversaciones personales y la orientación. Pero de vez en cuando, aquel aire de autoridad de la silla grande y el escritorio pesado le resultaba útil.

Como en esos momentos.

—Nick —repitió la mujer. Unió las puntas de los dedos y colocó la barbilla encima—. Sophia ha venido a verme esta mañana.

Nick se encogió de hombros y apartó la mirada como un estudiante a quien pillan copiando en un examen. Era un hombre alto, con la constitución enjuta y huesuda que adquieren quienes realizan trabajos físicos en los planetas exteriores. Anna sabía que el hombre se dedicaba a la construcción en la superficie. Allí en Europa, aquello era sinónimo de muchos días sin poder quitarse el traje espacial. Las personas que realizaban ese tipo de trabajo eran duras como rocas. Nick tenía la actitud de un hombre que sabe la impresión que causa en los demás y usaba esas aptitudes físicas para intimidar.

Anna sonrió. «Conmigo no va a funcionar».

—Al principio no quería contarme lo que ocurrió —dijo—. Le ha costado mucho levantarse la camisa. Yo no necesitaba ver los moretones. Sabía que iban a estar ahí. Pero necesitaba sacarles fotos.

Al oír la palabra «fotos», el hombre se inclinó hacia delante con los ojos entornados y sin dejar de moverse de un lado a otro. Seguro que pensaba que aquello le hacía parecer más duro y amenazante, pero lo cierto era que le daba un aire a roedor.

—Se cayó... —empezó a decir el hombre.

—En la cocina. —Anna terminó la frase por él—. Lo sé. Me lo ha dicho ella. Y luego se ha pasado un buen rato llorando. Y luego me ha contado que has empezado a pegarle de nuevo. ¿Recuerdas qué dije que pasaría si volvías a hacerlo?

Nick se agitó en la silla y empezó a hacer rebotar las piernas largas delante de él con nerviosismo. Se estrechó las manos huesudas hasta que los nudillos se le pusieron blancos. No la miraba a los ojos.

—No quería hacerlo —respondió—. Ocurrió sin más. Supongo que podría volver a rehabilitarme.

Anna carraspeó, el hombre la miró y ella se lo quedó mirando hasta que él dejó de mover las piernas.

—No, es demasiado tarde. Ya pasaste por rehabilitación para librarte de esa rabia. La iglesia ha pagado para intentar que hicieras lo correcto, pero tú has abandonado. Lo intentamos. Pero eso se acabó.

El hombre se puso serio.

—¿Va a darme uno de esos discursitos sobre Jesús? Estoy hasta aquí de ellos. —Nick se puso la mano debajo de la barbilla—. Sophia siempre estaba con lo mismo. «¡Lo dice la pastora Anna!». Pues ¿sabe qué? Que le den por culo a todo lo que diga la puta pastora Anna.

—No —continuó Anna—. Nada de discursitos sobre Jesús. Eso también se ha acabado.

—Y entonces, ¿qué hacemos aquí?

—¿Recuerdas —repitió Anna— qué dije que pasaría si volvías a hacerlo?

El hombre volvió a encogerse de hombros y luego se levantó de improviso de la silla y se alejó dando la espalda a Anna. Hizo como que miraba un diploma de los que había colgados en las paredes y dijo:

—¿Por qué debería importarme una mierda lo que usted diga, pastora Anna?

Anna soltó un leve suspiro de alivio. Mientras se preparaba para aquella reunión, había dudado si de verdad sería capaz de hacer lo que había que

hacer. Sentía una aversión impetuosa y muy visceral por la falta de honestidad y estaba a punto de destruir a una persona por haberle mentado. Quizá no mentado, pero sí engañado. Lo justificaba creyendo que el auténtico propósito de aquello era salvar a alguien. Pero sabía que no sería suficiente. Pagaría por lo que estaba a punto de hacer con largas noches de dudas e insomnio. Pero al menos, la ira lo haría más llevadero en un primer momento.

Anna recitó en su mente una pequeña oración: «Por favor, ayúdame a salvar a Sophia de este hombre que va a asesinarla si no lo detengo».

—Dije —continuó Anna a la espalda de Nick— que me aseguraría de que acabaras en la cárcel si volvía a ocurrir.

Nick se giró al oírlo y en su gesto volvió a aparecer aquella expresión maliciosa de roedor.

—¿Ah, sí?

—Así es.

El hombre se acercó a ella despacio, a paso tranquilo pero en baja gravedad. Pretendía parecer amenazador, pero a Anna, quien había crecido en el pozo de gravedad de la Tierra, le parecía ridículo. Reprimió una carcajada.

—Sophia no dirá una mierda —continuó Nick mientras se acercaba al escritorio para mirarla desde arriba—. Sabe lo que le conviene. Se cayó en la cocina, y eso es lo que dirá a los jueces.

—Eso es cierto —afirmó Anna. Luego abrió el cajón del escritorio y sacó el táser. Se lo dejó en el regazo para que Nick no lo viera—. Le das muchísimo miedo. Pero a mí no. Y ya no me importas.

—No me diga —replicó Nick, inclinándose hacia delante para internarse en el espacio personal de la mujer y asustarla. Anna también se inclinó hacia él.

—Pero Sophia es miembro de esta congregación y también es mi amiga. Sus hijos juegan con mi hija. Los quiero. Y si no hago algo, vas a matarla.

—¿Algo como qué?

—Voy a llamar a la policía y diré que me has amenazado. —Extendió la mano izquierda hacia el terminal del escritorio. Lo hizo para provocar. Venía a ser como decirle: «Prueba a detenerme».

El hombre le dedicó una sonrisa de depredador, la agarró por el brazo y le estrujó los huesos de la muñeca con fuerza suficiente para hacer que le doliera. Suficiente para dejarle un moretón. Anna le apuntó con el táser que tenía en la otra mano.

—¿Qué es eso?

—Gracias por ponérmelo más fácil —respondió.

Le disparó, y el hombre cayó al suelo entre espasmos. Anna sintió un tenue eco de la sacudida a través del brazo que tenía agarrado Nick. Hizo que el vello se le erizara. Abrió el terminal del escritorio y llamó a Sophia.

—Sophia, cielo, soy la pastora Anna. Escucha, por favor. La policía irá pronto a tu casa para preguntar por Nick. Tienes que enseñarles los moretones. Tienes que decirles lo que ha pasado. Nick ya estará en una celda. Estarás a salvo. Pero él se ha enfrentado a mí cuando le he preguntado sobre lo ocurrido y, si quieres que estemos a salvo las dos, tienes que ser sincera con ellos.

Después de persuadirla durante unos minutos, consiguió que Sophia asegurara que hablaría con la policía cuando llegaran. Nick ya empezaba a mover un poco los brazos y las piernas.

—No te muevas —le dijo Anna—. Ya casi hemos terminado.

Llamó al departamento de policía de Nueva Dolinsk. La empresa de la Tierra que antes se encargaba de la seguridad ya no existía, pero al parecer había agentes en los túneles, así que alguien parecía haber tomado el relevo. Quizás una empresa cinturiana. O la propia APE. No importaba.

—Hola. Soy la reverenda doctora Annushka Volovodov. Soy la pastora de la Hermandad de San Juan. Llamo para informar de que he sufrido un ataque. Un hombre llamado Nicholas Trubachev ha intentado agredirme cuando le he reprochado que pegara a su esposa. No, no me ha hecho nada, solo tengo algún moretón en la muñeca. Tenía un táser en el escritorio y lo he usado antes de que me hiciera algo peor. Sí, estaré encantada de hacer una declaración cuando lleguen. Gracias.

—Zorra —espetó Nick mientras intentaba sin éxito levantarse del suelo debido a sus temblorosas extremidades.

Anna volvió a disparar.

—¿Un día duro? —preguntó Nono cuando Anna llegó al fin a casa. Nono tenía a la hija de ambas en el regazo, y la pequeña Nami soltó un grito y extendió los brazos hacia ella tan pronto como Anna cerró la puerta.

—¿Cómo está mi niña? —preguntó Anna mientras se desplomaba en el sofá junto a ellas con un hondo suspiro.

Nono le pasó al bebé, y al instante Nami se afanó en deshacer el moño de Anna e intentar tirarle del pelo. Anna estrujó con los brazos a su hija y le olió con fuerza la cabeza. Aquel aroma tan fuerte y sutil que desprendía Nami la primera vez que entró en casa se había esfumado, pero aún quedaba cierto

vestigio. Los científicos aseguraban que los humanos no tenían la capacidad de interactuar a nivel de feromonas, pero Anna sabía que era mentira. Las sustancias químicas que Nami había expulsado cuando era recién nacida eran la droga más potente que Anna había probado jamás. Le daban ganas de tener otro hijo con solo volver a olerlas.

—Namono, nada de tirar del pelo —dijo Nono mientras intentaba desenredar la larga melena pelirroja de Anna de la mano del bebé—. ¿No quieres hablar del tema? —preguntó a Anna.

El nombre completo de Nono también era Namono, pero se había quedado en Nono cuando su gemela mayor había empezado a hablar. Cuando Anna y Nono le pusieron el mismo nombre a la niña, de alguna manera se había transformado en Nami. Era probable que poca gente se hubiese dado cuenta de que el bebé tenía el mismo nombre que una de sus madres.

—Más tarde, sí —respondió Anna—. Pero primero necesito pasar tiempo con la niña.

Besó a Nami en esa especie de hocico que tenía por nariz. La misma nariz plana que tenía Nono y que estaba debajo de unos ojos verdes iguales a los de Anna. Tenía el mismo tono de piel color café de Nono, pero el mentón prominente de Anna. Anna podía quedarse sentada mirando a Nami durante horas, empapándose de la sorprendente mezcla de facciones suyas y de la mujer que amaba. Era una experiencia tan intensa que rozaba lo divino. Nami se metió un mechón de pelo de Anna en la boca, y la mujer volvió a retirarlo para luego hacerle una pedorreta.

—¡El pelo no se come! —exclamó, y Nami rio como si fuera la cosa más graciosa que hubiese oído jamás.

Nono cogió la mano de Anna y la apretó con fuerza. No se movieron durante largo rato.

Nono estaba cocinando champiñones y arroz. También había añadido algo de cebolla reconstituida, y el aroma inundaba la cocina. Anna cortaba manzanas en la mesa para hacer una ensalada. Las manzanas eran pequeñas y no estaban muy frescas. No eran agradables de masticar, pero quedarían bien en una ensalada Waldorf, con tantos otros sabores y texturas para ocultar las imperfecciones. Tenían mucha suerte de disponer de ellas. La fruta era parte de la primera cosecha que llegaba de Ganímedes desde los problemas que había habido allí. A Anna no le gustaba pensar en lo hambrientos que estarían todos sin la grandiosa recuperación que había tenido lugar en esa luna.

—Nami dormirá al menos una hora más —dijo Nono—. ¿Te apetece hablar ahora de tu día?

—Hoy he hecho daño a alguien y mentido a la policía —respondió Anna. Empujó el cuchillo con tanta fuerza que atravesó la manzana y acabó cortándole el pulgar. No era una herida muy profunda y no sangró.

—Bueno... Bien, eso me lo tienes que explicar —dijo Nono mientras añadía un pequeño cuenco de caldo en la mezcla de arroz y champiñones.

—No puedo, de verdad. Algunas cosas que me han dicho son confidenciales.

—Esa mentira que has dicho, ¿fue para ayudar a alguien?

—Diría que sí. O eso espero —respondió Anna mientras tiraba al cuenco los últimos pedazos de manzana y luego añadía nueces y pasas. Removió el aliño.

Nono se detuvo y se giró para mirarla.

—¿Qué vas a hacer si descubren la mentira?

—Pedir perdón —respondió Anna.

Nono asintió y se volvió de nuevo hacia la olla de arroz.

—Hoy he encendido el terminal de tu escritorio para revisar mi correo. No habías desconectado tu cuenta. Había un mensaje de las Naciones Unidas sobre el proyecto del comité humanitario del secretario general. Sobre todas las personas que están enviando a ese Anillo.

Anna sintió que la culpa le retorció las entrañas, como si la hubieran pillado haciendo algo malo.

—Mierda —dijo. No le gustaban las palabrotas, pero había ocasiones en las que eran necesarias—. Todavía no he respondido. —Sintió como si estuviera mintiendo de nuevo.

—¿Pensabas contarme algo antes de decidirlo?

—Claro que sí. Yo...

—Nami tiene casi dos años —dijo Nono—. Llevamos aquí dos años. Llegará el momento en que la decisión de asentarnos será también la que determine quién será Nami durante el resto de su vida. En Rusia y en Uganda tiene familia que nunca la ha visto. Si nos quedamos mucho tiempo aquí, nunca lo harán.

Nami tomaba el mismo cóctel de medicamentos que todos los recién nacidos de los planetas exteriores. Mejoraba el crecimiento óseo y contrarrestaba los peores efectos de los entornos de baja gravedad en el desarrollo infantil. Pero Nono tenía razón. Si se quedaban mucho más, Nami empezaría a desarrollar la complexión alargada y enjuta que acompañaba al

hecho de vivir allí fuera. De vivir en baja gravedad. Anna la sentenciaría a vivir para siempre fuera de su planeta natal.

—Se suponía que lo de Europa era temporal —respondió Anna—. Era un buen destino. Hablo ruso y la congregación de aquí es pequeña y frágil...

Nono apagó el fogón, se acercó para sentarse junto a ella y le sostuvo la mano contra la mesa. Por primera vez, a Anna la madera falsa del tablero le pareció cutre. Vio con una alarmante claridad un futuro en el que Nami nunca viviría rodeada por madera de verdad. Lo sintió como un golpe en la boca del estómago.

—No estoy enfadada contigo por haber venido —aclaró Nono—. Era nuestro sueño. Venir a lugares como este. Pero cuando pediste el cambio de destino, estabas embarazada de tres meses.

—Era poco probable que me eligieran —explicó Anna. Se dio cuenta de que hablaba con tono defensivo.

Nono asintió.

—Pero sí que te eligieron. Y luego está esto de la ONU. Partir hacia el Anillo como parte del grupo de consejeros del secretario general. Y la niña no llega ni a los dos años.

—Creo que hay unos doscientos candidatos para la misma plaza —dijo Anna.

—Te elegirán a ti. Quieren que vayas.

—Era tan poco probable... —empezó a replicar Anna.

—Siempre te eligen —la interrumpió Nono—. Porque eres muy especial. Todos se dan cuenta. Yo lo sé. Lo vi cuando te conocí mientras dabas aquel discurso en la conferencia de fe de Uganda. Estabas tan nerviosa que tiraste al suelo los apuntes, pero se hizo un silencio sepulcral en ese auditorio mientras dabas tu discurso. No pudiste evitar destacar tanto.

—Te aparté de tu país —dijo Anna. Es lo que siempre decía cuando Nono sacaba el tema de cómo se habían conocido—. A la iglesia de Uganda le habría venido muy bien una pastora joven como tú.

—Yo te robé a ti —rebatía Nono, como siempre hacía. Solo que en aquella ocasión, las palabras tenían una sonoridad formal y desconcertante. Como si todo aquello no fuera más que un ritual por el que había que pasar deprisa—. Pero es lo que dices siempre: «Había tantos candidatos. Era poco probable que me eligieran».

—Es cierto.

—Es la excusa que pones siempre. Eres de esas personas que piden perdón en lugar de permiso.

—No iré —dijo Anna, enjugándose los ojos para evitar las lágrimas que amenazaban con salir. Golpeó el cuenco de ensalada con el codo y estuvo a punto de tirarlo de la mesa—. No les he dicho que sí. Diré que todo ha sido un error.

—Annushka —dijo Nono mientras le apretaba la mano—. Vas a ir. Pero yo me voy a llevar a Nami a Moscú. Conocerá a sus abuelos y crecerá en una gravedad normal.

Anna sintió que una fuerte punzada de terror le atravesaba el estómago.

—¿Vas a dejarme?

La sonrisa de Nono era una mezcla de amor y desesperación.

—No. Eres tú la que nos dejas. Por un tiempo. Y cuando vuelvas, estaremos esperándote en Moscú. Tu familia estará esperándote. Buscaré una casa bonita para que vivamos allí, y Nami y yo la convertiremos en un hogar. Será un lugar en el que todas podamos ser felices. Pero ahora no vamos a ir contigo.

—¿Por qué? —Era lo único que Anna fue capaz de articular.

Nono se levantó y sacó dos platos de la alacena. Luego sirvió en ellos la cena y los puso en la mesa. Mientras echaba un poco de ensalada Waldorf en su plato, dijo:

—Le tengo mucho miedo a esa cosa. A eso de Venus. Tengo miedo de lo que puede llegar a hacerle a todo lo que nos importa. A la humanidad, a Dios, a nuestro lugar en su universo. Tengo mucho miedo de lo que puede hacernos, pero más aún de lo que puede llegar a significar.

—Yo también lo tengo —confesó Anna. Era la verdad. De hecho, en parte era la razón por la que había pedido unirse a la expedición cuando se había enterado de que la estaban preparando. Era el mismo miedo al que acababa de referirse Nono. Anna quería mirarlo cara a cara. Darle a Dios una oportunidad de ayudarla a comprenderlo. Solo así sería capaz de ayudar a todos los demás a superarlo.

—Márchate y encuentra las respuestas —dijo Nono—. Tu familia te estará esperando cuando regreses.

—Gracias —respondió Anna, un tanto sorprendida por lo que le ofrecía Nono.

—Diría —dijo Nono con la boca llena de champiñones y arroz— que es posible que necesiten a gente como tú ahí fuera.

—¿Como yo?

—Gente que no pida permiso.

5 Toro

—No está en el presupuesto —dijo Michio Pa, segunda de a bordo de la *Bégimo*. De haber nacido en la Tierra, sería una mujer menuda, pero una vida en microgravedad la había cambiado igual que a todos los demás. Tenía los brazos, las piernas y la espalda algo estirados, porque delgados tampoco sería la manera correcta de describirlos. Eran diferentes. Tenía la cabeza un poco más larga de lo que debería haber sido y, al caminar a los leves 0,3 g de la aceleración, parecía igual de alta que Toro pero de una perturbadora apariencia infantil. Hacía que el hombre se sintiera más bajo de lo que era.

—Pues quizá tengamos que ajustarlo —respondió él—. Cuando pusieron el cañón de riel lo hicieron como si la nave tuviera mamparos y soportes normales. El problema es que los mormones hicieron un gran esfuerzo para reducir la masa de la nave. Usaron mucha cerámica y silicatos en lugares donde se suelen usar metales. En elementos direccionales. Si disparásemos ahora un proyectil, podría arrancar un pedazo de la nave.

Pa recorrió el pasillo largo y curvado. El techo formaba un arco sobre ella, blanco y con el doble de altura de la necesaria, un acabado estético obra de unos diseñadores que no tenían ni idea de que lo que construían terminaría siendo una nave de guerra. Los pasos de la mujer eran un poco más largos que los de él, algo más cómodos en la baja gravedad, y eso lo obligaba a ir un poco más rápido para mantener su ritmo. Era una de los millares de maneras en que los cinturianos recordaban a los hombres y mujeres nacidos en la Tierra que no se encontraban en casa. La segunda de a bordo negó con la cabeza.

—Hemos zarpado con un plan operativo —afirmó—. Si empezamos a cambiar cosas cada vez que vemos un ajuste que nos gustaría hacer, ¿para qué molestarnos en hacer ningún plan?

Toro pensaba lo mismo, pero con una pequeña diferencia. De haber sido él el segundo de a bordo, el plan operativo se habría llamado guía de

sugerencias y solo lo habría abierto de haber querido echarse unas risas. Era probable que Pa lo supiera. Llegaron a la rampa de tránsito, una pequeña cuesta que llevaba hasta los niveles del puesto de mando y de control que recorrían la parte delantera de la *Bégimo* y llegaban hasta la inmensa parte inferior. Desde los dominios de Pa hasta los de Toro.

—Mira —dijo Pa mientras su boca esbozaba una sonrisa conciliadora—. Apuntaré la necesidad de ese ajuste, pero no daré órdenes de empezar hasta que tenga mejor idea de cómo está la nave en general. Es que si empiezo a retirar recursos de control ambiental para arreglar esto y la semana que viene descubrimos algo que falta por hacer allí, lo único que conseguiremos será retrasarlo todo. ¿Te parece?

Toro miró rampa abajo. Había luces tenues empotradas en las paredes que daban al lugar un ambiente sin sombras que lo hacía parecer una versión cutre del cielo. Pa le puso la mano en el hombro. Seguro que lo hacía con la idea de parecer simpática, pero parecía condescendencia.

—Sí, muy bien —respondió él.

—Todo irá bien, jefe —dijo Pa mientras le daba un pequeño apretón en el trapecio. Él asintió y bajó por la rampa hasta la plataforma de transbordo. Los pasos de la mujer desaparecieron detrás hasta confundirse con el zumbido de los recicladores de aire. Toro reprimió las ganas de escupir.

Cuando era la *Nauvoo*, la *Bégimo* se había construido con un futuro muy distinto en mente. La mayoría de las naves que se construían para viajar entre planetas eran como edificios gigantes, pisos superpuestos con el propulsor del motor Epstein debajo del todo, para dar sensación de peso durante todo el viaje salvo el par de horas a la mitad en las que la nave daba la vuelta para dejar de acelerar y empezar la desaceleración. Pero tuviera Epstein o no, ninguna nave podía permitirse los requerimientos de energía o el calor generado por una aceleración constante. Además, Einstein tenía alguna que otra cosa que decir sobre intentar mover masa a velocidades relativistas. La *Nauvoo* había sido una nave generacional, por lo que su travesía iba a medirse en años luz en lugar de en minutos luz. El porcentaje de su vida útil que podía pasar en aceleración era minúsculo en comparación. El puesto de mando y la cubierta de control, de la parte superior de la nave, y los motores principales y las zonas relacionadas con ingeniería, de la parte inferior, podrían haber pasado por los de una nave normal, pero estaban conectados entre sí por unos huecos de kilómetros de longitud: en uno de ellos estaba el ascensor de la quilla para transportar a la tripulación y otro que daba acceso al casco.

Todo lo demás estaba construido para rotar.

El resto de la *Nauvoo* estaba preparado para girar durante los siglos que iba a durar el viaje a Tau Ceti: los diez niveles de ingeniería ambiental, los camarotes de la tripulación, los templos, las escuelas, las zonas de tratamiento de aguas residuales, los talleres, la fundición y la amplia zona interior que había en el centro. Era como una pequeña región de la Tierra que se curvaba hasta volver a encontrarse consigo misma. La tierra, el terreno de labranza, la ilusión de estar al aire libre con un núcleo central a energía de fusión y la temperatura cálida y agradable de un día de verano.

Todas las estancias y los pasillos de la zona central, que conformaba la mayor parte de la nave, estaban construidas con ese período de tiempo largo, lento e infinito en mente. Los escasos períodos de aceleración y desaceleración al final del viaje casi ni importaban. Pero habían pasado a ser básicos para la nave. Los lugares que deberían haber sido suelos ahora eran paredes y lo serían por siempre. Las grandes cubiertas reforzadas, capaces de cargar con un pequeño mundo lleno de tierra, eran las paredes de un pozo prácticamente inútil. Alguien que resbalara en la parte de la nave que conectaba el puente de mando y los niveles de control con la gran estancia podía caer de manera ininterrumpida durante dos kilómetros. Los sistemas de agua, construidos para aprovechar la gravedad rotacional y el efecto Coriolis, también estaban a ambos lados y eran inservibles. La *Nauvoo* había sido una maravilla del optimismo y la ingeniería creada por el hombre, una prueba de fe en el poder combinado de Dios y la ingeniería más rigurosa. La *Bégimo*, en cambio, era el producto de un rescate con unos aceleradores de masa enganchados a ambos lados que harían más daño a la propia nave que a sus enemigos.

Y a Toro ni siquiera se le permitía solucionar los problemas de los que era consciente.

Cruzó la estación de transbordo y bajó a su despacho. Los pasillos y las habitaciones estaban construidas de lado, preparadas para la gravedad rotacional que nunca llegaría. Había tramos con metales y conductos al descubierto, indicio de las prisas con las que se había terminado la nave, y también de las prisas con que luego se había rescatado y reconstruido. El simple hecho de recorrer aquellas estancias deprimía a Toro.

Samara Rosenberg, mandamás de las reparaciones de la estación Tycho durante mucho tiempo y ahora jefa de ingeniería de la *Bégimo*, le esperaba en el vestíbulo hablando con el nuevo asistente de Toro. Se llamaba Serge, y Toro sabía muy bien qué pensar de él. Serge había pertenecido a la APE antes de que fuese una afiliación segura. Tenía la típica insignia con el círculo

dividido tatuada en el cuello y la lucía con orgullo. Pero, al igual que el resto de las fuerzas de seguridad, había sido reclutado por Michio Pa, y Toro no sabía muy bien qué pensar al respecto. Aún no confiaba en él, y esa desconfianza le impedía tener muy buena opinión de aquel hombre.

En cambio, Sam sí que le caía bien.

—¿Qué tal, Toro? —saludó la jefa de ingeniería mientras él se desplomaba en el asiento de espuma—. ¿Has podido hablar con la segunda?

—Hemos hablado —respondió Toro.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Sam, cruzando los brazos de una manera que implicaba que ya conocía la respuesta.

Toro se atusó el pelo. Cuando era joven lo había tenido suave, pero ahora era como si pudiera sentir cada hebra con la punta de los dedos. Sacó su terminal portátil y le echó un vistazo. Tenía cinco informes pendientes y dos imprevistos: un informe de lesiones y una queja por latrocinio. Nada que no pudiera esperar.

—Oye, Serge —llamó Toro—. ¿Puedes encargarte de todo por mí durante una hora?

—Lo que mandes, jefe —respondió Serge sonriendo. Seguramente, el tono de desprecio que percibió Toro era solo producto de su paranoia.

—Muy bien. Vamos, Sam. Te invito a una copa.

Una nave de la Coalición, cuando aún existía la Coalición Tierra-Marte, habría tenido cafetería. En la APE había un bar, algún que otro restaurante familiar y un suministro de comidas preparadas, apenas suficientes para salir del paso, que se daban a cualquiera con solo pedir las. El bar se encontraba en una zona amplia que bien se podría haber usado para un gimnasio o un estadio, pues tenía el tamaño suficiente para albergar a cien personas, pero Toro nunca había visto en el lugar a más de una docena. Habían cambiado la iluminación a leds blancos y azulados protegidos por un plástico rugoso. Las mesas eran negras y estaban magnetizadas para sostener las burbujas de cerveza o licor. Nada se servía en vasos.

—¡*Che-che!* —gritó el camarero cuando Toro y Sam atravesaron la puerta—. ¡*Moergen! Alles-table*, tú.

—*Meh-ya* —respondió Sam, que parecía igual de cómoda con aquel batiburrillo de dialecto cinturiano que Toro con los idiomas que dominaba. Era la lengua materna de Sam.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Toro mientras se metía en una de las cabinas. Le gustaban aquellas desde las que se podía ver la puerta. Era una vieja costumbre.

—Estoy de servicio —respondió ella mientras se sentaba frente a él.

Toro se inclinó hacia delante para llamar la atención del camarero y levantó dos dedos.

—Unas limonadas —pidió.

—¡Sa sa! —respondió el camarero, levantando el puño para asentir.

Toro se acomodó en la silla y miró a Sam. Era una mujer atractiva. Guapa, de pelo corto y sonrisa fácil. La primera vez que la vio había dudado durante un minuto sobre si la consideraba o no atractiva. Pero si ella había echado las mismas cuentas al verlo, ya era agua pasada.

—¿No ha ido bien? —preguntó Sam.

—No.

La mujer arqueó las cejas y apoyó los codos en la mesa. Toro le hizo un repaso de los inconvenientes y las razones que había comentado Pa, y la expresión de Sam cambió poco a poco a una de entretenimiento resignado.

—Esperar a reacondicionarla me parece muy bien —dijo ella cuando Toro terminó—, pero como nos dé por probar a ese grandullón en combate, vamos a hacerle una pupa terrible.

—¿Estás segura de eso?

—Tampoco al cien por cien —respondió ella—. Pero quizá sí al ochenta y mucho.

Toro resopló una obscenidad mientras el camarero les llevaba las burbujas de limonada. Tenían más o menos el tamaño de un puño cerrado de Toro, eran de un tono amarillo cítrico y tenían grabada a un lado en letras rojas una inscripción que rezaba: подоовощ мальша потехи.

—Quizá debería hablar yo con ella —dijo Sam—. Puede que si se lo explico directamente...

—Si se lo explicas tú directamente, es probable que funcione —dijo Toro—. Y después podrán negarse a todo lo que proponga yo a partir de ahora. «¿Lo ha pedido Toro? Bueno, si fuera importante, habría mandado a la cinturiana». ¿No crees?

—¿De verdad piensas que es por no haber nacido aquí arriba?

—Sí.

—Bueno, puede que tengas razón —concedió Sam—. Lo siento.

—Es lo que tiene vivir aquí —dijo Toro, fingiendo que no le molestaba.

Sam arrancó la limonada de la mesa y le dio un sorbo largo y reflexivo. La burbuja dio un chasquido cuando volvió a adherirse a la superficie.

—No tengo nada contra la gente de los planetas interiores. He trabajado con muchos de los vuestros y no me he topado con un porcentaje de gilipollas

mayor que cuando trato con cinturianos. Pero tengo que conseguir que se refuercen los soportes de ese cañón de riel. Si hay alguna manera de hacerlo sin socavar tu autoridad, cuenta con mi ayuda.

—Pero habrá que ver si afecta a otros problemas de la nave —dijo Toro, asintiendo—. Dame un poco de tiempo. Pensaré en algo.

—Piensa en cuándo vas a querer dispararle a alguien y cuenta dieciocho días hacia atrás —sugirió Sam—. Esa es mi fecha límite. Aunque consiga que todo el mundo se mantenga sobrio y se deje la espalda trabajando, no podremos hacerlo en menos tiempo.

—Pensaré en algo —repitió Toro.

La denuncia de latrocinio resultó provenir del equipo de reparación y mantenimiento, que no eran capaces de ponerse de acuerdo en cómo guardar las herramientas. El informe de lesiones era sobre un chaval que se había quedado atrapado entre el enchapado de una cubierta y alguien que conducía un *mecha* de rescate. El cartílago de la rodilla del chico había quedado hecho papilla, y según el médico habría sido mucho mejor una rotura limpia en un hueso. El hombre herido se recuperaría, pero iba a estar de baja durante al menos un mes mientras le pegaban bien todas las piezas.

Los informes de seguridad eran sobre lo mismo de siempre, lo que podía significar que las cosas iban bien o que se estaba haciendo muy poco caso a los problemas, aunque seguro que era que las cosas iban bien. El viaje al Anillo era una expedición de prueba, lo que siempre significaba que habría un período muy bonito mientras la tripulación se afanase en sacar adelante el trabajo codo con codo. Todos sabían que habría problemas, por lo que había un período de gracia en el que la moral no se veía afectada.

Ser jefe de seguridad de una nave de la APE significaba ser medio policía, medio experto en eficiencia y niñera a tiempo completo de una tripulación de miles de personas con sus propios intereses, insignificantes peleas por el poder y opiniones sobre cómo podrían estar haciendo mejor su trabajo. El trabajo a tiempo completo de un buen jefe de seguridad consistía en que toda esa mierda no salpicara al capitán.

Pero la peor parte era que todas las funciones oficiales de Toro se centraban en el interior de la propia nave. En aquel mismo momento, una flotilla de naves de la Tierra aceleraba en las profundidades del vacío. Una fuerza equiparable de naves de guerra marcianas (restos de la fuerza naval que había sobrevivido a dos guerras que no querían llamar guerras) también

aceleraba hacia el mismo lugar. La *Bégimo* también se dirigía hacia allí, despacio pero con la ventaja de empezar más alejada del Sol, a pesar de que tenía que mantener una aceleración baja. El lugar al que se dirigían todos era el Anillo.

Los informes no tardarían en rebosar la cola del capitán Ashford, y su segunda de a bordo, Pa, también los leería. Toro tendría que esperar a las sobras que quisieran contarle o contentarse con la mezcla de miedo e insípido pábulo que inundaba los canales de noticias. Ashford y Pa pasarían la mayor parte de sus turnos metidos en reuniones para sacar adelante estrategias, considerar opciones y simular escenarios de lo que podría ocurrir cuando llegaran al Anillo. Toro tendría que preocuparse de los asuntos triviales para quitárselos a ellos de encima.

Y, de alguna manera, él iba a hacer que la misión saliera adelante. Porque era lo que Fred le había pedido.

—Oye, jefe —dijo Serge. Toro levantó la vista del terminal de su escritorio. Serge se encontraba en el umbral de la puerta de su despacho—. Se ha acabado mi turno y me marchó.

—Muy bien —respondió Toro—. A mí aún me quedan cosas que hacer. Cerraré cuando termine.

—Bien, *alles* —respondió Serge mientras asentía haciendo un ademán con las manos. Sus pasos ligeros y apresurados resonaron en la estancia contigua.

En el pasillo, Gutmansdottir se atusó la barba blanca y Casimir dijo algo que los hizo reír a ambos. Corin levantó la cabeza al ver que Serge salía de la habitación. La puerta se cerró detrás de él. Cuando estuvo seguro de haberse quedado a solas, Toro abrió el plan operativo y empezó su búsqueda. No tenía autoridad para cambiarlo, pero algo sí que podría hacer.

Dos horas después, cuando hubo terminado, apagó la pantalla y se levantó. El despacho estaba oscuro y más frío de lo que le parecía agradable. El zumbido de los sistemas de ventilación lo reconfortaba. No oír nada habría sido muy preocupante. Se estiró, y las vértebras entre los omóplatos crujieron como la gravilla.

Lo más probable era que siguieran en el bar. Serge, Corin y Casimir. Macondo y Garza, que eran tan parecidos que podrían ser hermanos. Jojo. Eran su gente, igual que él lo era para ellos. Debería ir. Pasar el rato con ellos. Hacer amigos.

Adonde debería ir era al catre.

—Venga, viejo —se dijo—. Es hora de descansar un poco.

Había cerrado y pasado el pestillo de la puerta de su despacho, y en ese momento recordó la voz de Sam: «Aunque consiga que todo el mundo se mantenga sobrio y se deje la espalda trabajando, no podremos hacerlo en menos tiempo». Dudó, con sus anchos dedos por encima del teclado numérico. Era tarde. Necesitaba comer, dormir y al menos una hora para revisar el agregador de contenidos que su primo había montado tres años antes para que toda la familia pudiera estar al día de dónde estaban viviendo los demás. En la Tierra tenía un recipiente lleno de chiles verdes congelados instantáneamente de Hatch, esperándolo. Todo el trabajo pendiente seguiría allí por la mañana, e incluso más. No tenía que hacer más de lo que le correspondía. Nadie iba a agradecersele.

Volvió a entrar y encendió el escritorio para leer de nuevo el parte de lesiones.

Sam tenía una buena risa. Era una de esas que salía de las entrañas, que inundaba la sala de máquinas y rebotaba por el techo y las paredes hasta que parecía que había muchas Sam riéndose a la vez. Dos técnicos que estaban en el otro extremo de la estancia se volvieron para mirarla y sonrieron sin saber muy bien la razón.

—¿Asistencia técnica? —preguntó Sam—. Será una broma.

—El cañón de riel en realidad es parte del equipo técnico —afirmó Toro—. Y necesita asistencia.

—Así que has redefinido mi función como asistencia técnica.

—Así es.

—No va a colar —aseguró Sam.

—Pues mejor que lo hagas rápido —dijo Toro.

—Ashford tomará medidas disciplinarias contra ti —dijo ella mientras se ponía más seria, aunque no del todo.

—Tiene derecho a hacerlo. Pero quería hablar contigo de otra cosa. Ayer comentaste algo sobre el tiempo que llevaría hacer el trabajo si todo tu equipo se mantenía sobrio.

Fue como si pulsara un interruptor. La sonrisa desapareció del gesto de Sam como si nunca hubiese estado allí. La mujer se cruzó de brazos y aparecieron en las comisuras de sus labios unas pequeñas arrugas con forma de medias lunas que hacían que pareciera mayor de lo que era. Toro asintió como si ella hubiese dicho algo.

—Tienes técnicos que se presentan colocados al trabajo —dijo Toro.

—A veces —respondió ella. Y luego añadió de mala gana—: Algunos beben alcohol, pero la mayoría le da al polvo de hadas para compensar la falta de sueño.

—Tengo el parte de un chaval que se ha destrozado la rodilla. No había nada en su sangre, pero al parecer no se le han hecho pruebas al tipo que conducía el *mecha*. En el informe ni siquiera figura el nombre del conductor. Qué raro, ¿verdad?

—Si tú lo dices —dijo Sam.

Toro bajó la mirada. Hacia las botas de seguridad negras y grises. Al suelo immaculado.

—Necesito ese nombre, Sam.

—Sabes que no puedo hacerlo —respondió ella—. Esos gilipollas son mis compañeros. Si me pierden el respeto, se acabó todo.

—No voy a ir a por tus chicos a menos que estén traficando.

—No puedes obligarme a elegir un bando. Y no me gusta decirlo, pero tampoco es que tengas muchos amigos por aquí. Deberías tener cuidado con la manera en que tratas a la gente.

Al otro lado de la sala, los dos técnicos levantaron un *mecha* roto hasta un montacargas de acero para reparaciones. El murmullo de su conversación era como oír palabras sin las palabras propiamente dichas. Si él no alcanzaba a oírlos bien, seguro que ellos a él tampoco.

—Vale. Entonces, ¿qué hacemos, Sam?

—Toro.

—Voy a necesitar que elijas un bando.

Vio que la mujer titubeaba. Solo fueron unos segundos. Luego Toro miró hacia el fondo de la sala. Los técnicos habían abierto el *mecha* y extraído el motor eléctrico de la espalda. Era más pequeño que un paquete de seis cervezas y estaba fabricado para generar la torsión suficiente para partir el acero. No era el tipo de herramienta con la que jugar cuando uno estaba borracho. Sam siguió su mirada y su hilo de razonamiento.

—Para ser un tipo que retuerce tanto las normas, a veces te pasas de intransigente, joder.

—Soy un firme defensor de hacer todo lo que sea necesario.

Tardó un minuto más, pero Sam terminó por darle el nombre.

6

Holden

—Urano está muy lejos —dijo Naomi mientras recorrían el pasillo que llevaba al muelle. Era el tercer inconveniente que le veía al contrato, y algo en su voz indicaba a Holden que no sería el último de la lista. En otras circunstancias, habría pensado que era solo que estaba enfadada por que Holden hubiese aceptado el trabajo. Y en efecto, estaba enfadada. Pero no era solo eso.

—Sí —afirmó Holden—. Sí que lo está.

—Y Titania es una lunita de mierda en la que solo hay una pequeña base científica —continuó Naomi.

—Así es.

—Es que hasta podríamos comprar Titania por el dinero que le ha costado a esta gente contratarnos para volar hasta allá —siguió ella.

Holden se encogió de hombros. Aquella parte de Ceres era un laberinto de túneles de almacenaje baratos y de oficinas más baratas aún. Las paredes eran del blanco mugriento y desgastado de la espuma aislante de aerosol. Alguien con una navaja y un par de minutos libres podría llegar a tocar el lecho de roca de Ceres sin mucho esfuerzo. El aspecto andrajoso del pasillo era indicativo de que había muchas personas que tenían navajas y también tiempo libre.

Un pequeño montacargas se dirigía hacia ellos por el pasillo emitiendo un rechinar eléctrico y un pitido agudo y constante. Holden se apoyó en la pared y tiró de Naomi para apartarla del camino de la máquina. La conductora se lo agradeció a Holden con un leve asentimiento mientras pasaba de largo.

—Entonces, ¿para qué nos contratan? —preguntó Naomi. Exigía saberlo.

—¿Porque somos muy buenos?

—¿Cuántas personas viven en esa base científica de Titania? ¿Unos cientos? —preguntó Naomi—. ¿Sabes lo que suelen hacer para enviar allí los

suministros? Los cargan en un retrocohetes de un solo uso y lo lanzan hacia la órbita de Urano con un cañón de riel.

—Suelen —convino Holden.

—¿Y la empresa? Exportaciones de Confines Periféricos. ¿Sabes cómo llamaría yo a una empresa fantasma barata y prescindible?

—¿Exportaciones de Confines Periféricos?

—Exportaciones de Confines Periféricos —dijo Naomi.

Se detuvieron en la escotilla de entrada que daba al muelle de alquiler y a la *Rocinante*. El cartel que tenían encima indicaba la empresa que lo alquilaba en ese momento: Exportaciones de Confines Periféricos. Holden empezó a extender la mano hacia los controles que iniciaban el ciclo de apertura de las puertas presurizadas, pero Naomi le agarró el brazo.

—Estos tíos han contratado una nave de guerra para transportar algo a Titania —dijo, bajando la voz como si temiese que alguien la oyera—. ¿Cómo es que se lo pueden permitir? Nuestra bodega es del tamaño de un sombrerero.

—¿Porque les hemos ofrecido una buena tarifa? —respondió Holden con intención de hacer un chiste, pero sin éxito alguno.

—Armada, rápida y sigilosa. ¿Para qué necesitaría alguien enviar algo a Titania en una nave así? ¿Les has preguntado qué es lo que hay en esas cajas que hemos aceptado transportar?

—No —respondió Holden—. No lo he hecho. Y suelo hacerlo, pero de verdad que intento evitar al máximo saber lo que hay.

Naomi lo miró y frunció el ceño con un gesto que oscilaba entre iracundo y preocupado.

—¿Por qué?

Holden sacó el terminal portátil y abrió un mapa orbital del Sistema Solar.

—Mira. ¿Ves eso que recorre todo este borde? Es el Anillo. —Movié la pantalla hasta el otro extremo del Sistema Solar—. Y aquí está Urano. Son, sin lugar a dudas, los dos puntos más alejados entre sí de todo el universo que tienen humanos cerca.

—¿Y? —preguntó Naomi.

Holden respiró hondo. Notó que la ansiedad que siempre intentaba obviar empezaba a acumularse en su interior, pero la reprimió.

—Y sé que tiendo a no sacar mucho el tema, pero hay algo muy grande y desagradable que ha matado a mucha gente y sabe mi nombre. Y está relacionado con ese Anillo.

—Miller —dijo Naomi.

—El Anillo se ha abierto, y él *lo supo* cuando ocurrió. Es lo más cerca que ha estado de decir algo con sentido desde que...

«Desde que despertó de entre los muertos». Las palabras no llegaron a su boca, y Naomi no hizo que las pronunciara. Se limitó a asentir. Lo entendía. En un acto de una cobardía legendaria, Holden quería huir al otro lado del Sistema Solar para evitar a Miller, al Anillo y todo lo que estuviese relacionado con ellos. Estaba dispuesto a transportar órganos humanos para el mercado negro, drogas, robots sexuales o lo que fuera que hubiese en esas cajas. Lo estaba porque tenía miedo.

La mirada de Naomi era indescifrable. Después de tanto tiempo, aún era capaz de no mostrar sentimiento alguno en su gesto cuando quería evitarlo.

—Muy bien —respondió Naomi. Y luego le abrió la puerta de entrada.

En la zona exterior de Ceres, donde la gravedad rotacional era mayor, Holden casi se sentía como si estuviera en la Luna o en Marte. Las grúas pórtico se internaban en la superficie de la estación como si fueran venas gruesas, esperando a que los *mechas* depositaran en ellas los cargamentos. En las paredes se entreveían remiendos torpes en los lugares donde habían ocurrido accidentes. El aire olía a refrigerante y al tipo de filtros cutres que para Holden tenían el mismo olor que los ambientadores de orinales baratos. Amos se asomó por un pequeño ascensor eléctrico con los ojos cerrados.

—¿Hemos conseguido el trabajo?

—Lo hemos conseguido —dijo Naomi.

El mecánico entreabrió un ojo mientras se acercaban. Le apareció una única arruga en su amplia frente.

—¿Y nos parece todo bien? —preguntó Amos.

—Sí, todo bien —respondió Naomi—. Vamos a calentar el ascensor. El cargamento llega en diez minutos y quizá queramos sacarlo de la estación tan deprisa como podamos sin levantar sospechas.

La eficiencia de una tripulación que había volado junta tanto tiempo como ellos era algo digno de ver. Hacían gala de una fluidez, intimidad y gracia que eran fruto de la experiencia. Ocho minutos después de que Holden y Naomi hubiesen entrado, la *Roci* estaba lista para almacenar el cargamento. Diez minutos después no ocurrió nada. Luego fueron veinte. Después una hora. Holden deambuló por la cocina cerca de la escotilla de entrada mientras empezaba a notar un incómodo hormigueo en la nuca.

—¿Seguro que nos dieron el trabajo? —preguntó Amos.

—Esos tipos me parecieron muy sospechosos —afirmó Naomi por el canal de comunicaciones desde su puesto en el centro de mando—. Creería

que nos han estafado, de no ser porque no hemos dado a nadie nuestros números de cuenta.

—Deberíamos irnos, capi —dijo Alex desde la cabina—. Estos muelles de carga cobran por minuto.

Holden reprimió el enfado y dijo:

—Los volveré a llamar.

Sacó el terminal y se conectó a la oficina de la empresa de exportaciones. Recibió respuesta del sistema de mensajería, igual que las tres veces anteriores que había llamado. Esperó el pitido tras el que podía dejar un mensaje. Antes de hacerlo, se le encendió la pantalla al recibir una solicitud de conexión de la misma oficina. La aceptó.

—Aquí Holden.

—Esta es una llamada de cortesía, capitán Holden —dijo la voz al otro lado de la línea. En la imagen aparecía el logo de Exportaciones de Confines Periféricos sobre un fondo gris—. Hemos retirado el contrato, y le aconsejo que se marchen de ese muelle lo más pronto posible.

—No pueden dejarme colgado ahora —dijo Holden, intentando mantener la voz calmada y profesional a pesar del pánico cada vez mayor que sentía—. El trato está firmado. Nos han pagado la fianza. No la devolvemos.

—Quédesela —dijo la persona al otro lado de la línea—. Pero consideramos que usted ha infringido primero los términos del contrato al no habernos informado de su situación actual.

«¿Situación?», pensó Holden. No podían saber nada de Miller. Imposible.

—Yo no...

—El grupo que le sigue acaba de salir de nuestras oficinas hace unos cinco minutos, por lo que es probable que quiera marcharse de Ceres cuanto antes. Saludos, señor Holden...

—¡Un momento! —lo interrumpió Holden—. ¿Quién ha estado ahí? ¿Qué está pasando?

La llamada se cortó.

Amos se frotó el pelo rapado con las dos manos, suspiró y dijo:

—Tenemos un problema, ¿verdad?

—Eso parece.

—Ahora vengo —dijo el mecánico antes de subir al montacargas.

—¿Alex? ¿Cuánto tardaríamos en salir del muelle? —preguntó Holden. Luego corrió hacia la escotilla de entrada. No vio ninguna manera de cerrarla desde ese lado. ¿Para qué? Los muelles eran zonas de alquiler temporal para carga y descarga. No era necesaria mucha seguridad.

—La nave está caliente ya —respondió Alex sin hacer la pregunta más obvia. Holden lo agradeció—. Dame diez minutos para desanclar. Con eso bastará.

—Empieza ya —apuró Holden mientras volvía a toda prisa a la esclusa de la nave—. Déjala abierta hasta el último minuto. Amos y yo nos quedaremos fuera para asegurarnos de que nadie se entrometa.

—Recibido, capi —respondió Alex antes de desconectarse.

—¿Entrometerse? —preguntó Naomi—. ¿Qué está pasan...? Vaaale, ¿qué hace Amos saliendo con una escopeta?

—¿Te acuerdas de esos tipos sospechosos y siniestros con los que firmamos el contrato?

—¿Sí?

—Pues acaban de dejarnos tirados. Y las personas que les han metido el miedo en el cuerpo para hacerlo están viniendo hacia aquí. No creo que las armas sean una reacción exagerada.

Amos bajó corriendo por la rampa con su escopeta automática en la mano derecha y un rifle de asalto en la izquierda. Tiró el rifle a Holden y luego se cubrió detrás del montacargas apuntando hacia la escotilla de entrada al muelle. Al igual que Alex, tampoco pidió explicaciones.

—¿Quieres que salga? —preguntó Naomi.

—No, pero prepárate para defender la nave si nos superan a Amos y a mí —respondió Holden. Se acercó a la estación de recarga del montacargas. Era la única otra cobertura que quedaba en el muelle, por lo demás vacío.

Con tono coloquial, Amos preguntó:

—¿Tienes idea de con qué vamos a encontrarnos?

—Ni idea —respondió Holden. Puso el rifle en modo de fuego automático y sintió que las náuseas le atenazaban la garganta.

—Pues muy bien —dijo Amos con voz animada.

—Ocho minutos —anunció Naomi por el terminal portátil. No era mucho tiempo, pero si tenían que defender el muelle de fuego enemigo, les parecería una eternidad.

La luz de aviso de entrada del muelle de carga parpadeó en amarillo tres veces y la escotilla se abrió.

—No dispaes hasta que lo haga yo —ordenó Holden en voz baja. Amos soltó un gruñido como respuesta.

Una mujer alta y rubia entró en el muelle. Tenía complexión terrícola, cara de estrella de televisión y ni por asomo más de veinte años. Cuando vio

que había dos armas apuntando hacia ella, levantó las manos y meneó los dedos.

—No estoy armada —dijo. Unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas cuando sonrió. Holden intentó buscar una razón para que lo estuviera buscando una supermodelo.

—Hola —dijo Amos, que también sonrió a la mujer.

—¿Quién eres? —preguntó Holden sin dejar de apuntarla.

—Me llamo Adri. ¿Eres James Holden?

—Si quieres puedo serlo yo —respondió Amos. La mujer sonrió. Amos le devolvió la sonrisa, pero mantuvo el arma en una posición neutral y precavida.

—¿Qué está pasando ahí abajo? —preguntó Naomi con voz tensa por el comunicador—. ¿Es una amenaza?

—Aún no lo sé —respondió Holden.

—Eres tú, ¿verdad? Eres James Holden —dijo Adri mientras caminaba hacia él. Parecía obviar por completo el rifle de asalto que Holden tenía en las manos. De cerca olía a fresas y a vainilla—. El capitán James Holden de la *Rocinante*.

—Sí —repuso él.

La mujer le extendió un terminal portátil menudo y desechable. Holden lo cogió por puro acto reflejo. En el terminal había una foto suya con su nombre y sus números de identificación como ciudadano y del ejército de la ONU.

—Tiene una citación —dijo la mujer—. Lo siento. Ha sido un placer conocerte, eso sí.

Se dio la vuelta hacia la puerta y echó a andar.

—Pero ¿qué coño? —soltó Amos mientras bajaba el cañón del arma hacia el suelo y volvía a rascarse la cabeza.

—¿Jim? —preguntó Naomi.

—Dame un minuto.

Echó un vistazo a la citación y pasó siete páginas de cháchara legal hasta que llegó a la parte importante: los marcianos querían que les devolviera la nave. Habían iniciado el procedimiento tanto en los juzgados de la Tierra como de Marte, desafiando la declaración de rescate de la *Rocinante*. Aunque ellos la llamaban *Tachi*, claro. La nave tenía una orden de incautación pendiente de adjudicación y con efecto inmediato.

La corta conversación que Holden había mantenido con Exportaciones de Confines Periféricos acababa de cobrar mucho más sentido.

—¿Capi? —llamó Alex por el comunicador—. Tenemos luz roja para desenganchar el cepo de atraque del muelle. Acabo de realizar una consulta. Cuando lo solucionemos, podremos descorchar la botella.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó Naomi—. ¿Nos vamos al final?

Holden respiró hondo y muy despacio, suspiró y soltó un taco.

La mayor parada que había realizado la *Rocinante* desde que Holden y los otros se habían hecho autónomos era de cinco semanas y media. Los doce días que la *Roci* había pasado almacenada le habían parecido más. Naomi y Alex pasaban la mayor parte del tiempo en la nave consultando a abogados y a sociedades de asistencia legal de todo el sistema. A medida que recibían respuestas, se dieron cuenta de que todos llegaban a la misma conclusión. Marte había sido lista al iniciar procesos legales en juzgados de la Tierra además de en los propios. Incluso si Holden y la *Roci* lograban escabullirse de Ceres, los detendrían en cualquier puerto importante. Tendrían que ir deambulando por los puertos del mercado gris cinturiano y, aunque encontrarán trabajo suficiente, no podrían reabastecerse para seguir volando.

Si acudían a la citación, podrían perder o no perder la nave, pero averiguarlo les saldría caro. Las cuentas que Holden creía que contenían una cantidad de dinero que les aseguraba comodidad de pronto le parecían un orden de magnitud demasiado pequeño. Quedarse en la estación Ceres le ponía de los nervios, pero estar en la *Roci* hacía que se pusiera triste.

Durante sus viajes en la *Roci* no eran pocas las veces que había imaginado (e incluso esperado) que todo iba a terminar de una manera trágica, pero eran situaciones en las que había refriegas, monstruosidades alienígenas o caídas en picado por la atmósfera de algún planeta. Se había imaginado la sensación desesperante de angustia que sentiría en caso de que murieran Alex o Amos. O Naomi. También se había preguntado qué harían los tres en caso de que Holden no estuviera. Pero no se había planteado que al final de todo los cuatro quedasen indemnes. Que lo que perderían sería la *Rocinante*.

La esperanza, cuando llegó, fue en la forma del equipo de retransmisión de documentales de la Cadena Pública de la ONU. Monica Stuart, su líder, era una mujer de pelo caoba con pecas y de una belleza esculpida por la profesionalidad, que a Holden le sonó de algo cuando la vio en la pantalla de la cubierta del piloto. La mujer no había acudido en persona.

—¿De cuántas personas estamos hablando? —preguntó Holden.

—Cuatro —respondió ella—. Dos cámaras, mi encargado de sonido y yo. Holden se pasó la mano por la barba de ocho días.

—Al Anillo —dijo.

—Al Anillo —confirmó la mujer—. Necesitamos quemar en serio para llegar antes que los marcianos, la flotilla de la Tierra y la *Bégimo*. Y querríamos algo de seguridad una vez que estemos allí, que es justo lo que nos podría aportar la *Rocinante*.

Naomi carraspeó y la presentadora de documentales pasó a atenderla.

—¿Está segura de que puede levantar el embargo de la *Roci*? —preguntó Naomi.

—Estoy protegida por el Acta de Libertad de Prensa. Tengo derecho a hacer un uso razonable de material y personal de alquiler para conseguir un reportaje. De no ser así, cualquiera podría impedir que se publicara una noticia poniendo un requerimiento como el que tiene la *Roci*. Tengo un contrato antedatado que afirma que os contraté hace un mes, antes de que llegarais a Ceres. También cuento con un equipo de abogados bien surtido que puede inundar de documentación durante toda la vida a cualquiera que se oponga.

—O sea, que llevamos todo ese tiempo trabajando para usted —dijo Holden.

—Solo si queréis libraros de ese cepo de ataque. Pero busco algo más que un paseo, lo que vuelve razonable que no pueda contratar cualquier nave.

—Sabía que habría un pero —dijo Holden.

—También me gustaría entrevistar a la tripulación. Aunque hay media docena de naves similares que me podrían haber servido para llegar, la vuestra es la única que tiene en el interior a los supervivientes de Eros.

Naomi miró a Holden. Se aseguró de mantener los ojos neutros. ¿Qué era mejor? ¿Quedarse allí atrapados en Ceres mientras les arrebataban la *Roci* poco a poco o volar directos hacia el abismo con su tripulación? Hacia el Anillo.

—Tengo que pensármelo —respondió Holden—. Estaremos en contacto.

—Lo respeto —dijo Monica—, pero no tarde mucho, por favor. Si no podemos ir con usted, tendremos que encontrar a otro.

Holden se desconectó. En aquel silencio, la cubierta parecía más grande de lo que era.

—No ha sido una coincidencia —dijo Holden—. ¿Ha dado la casualidad que los marcianos nos impiden volar y lo único que nos puede sacar de los

cepos de ataque se dirige hacia el Anillo? Ni de broma. Nos están manipulando. Algo está detrás de todo. Tiene que ser él.

—Jim...

—Es él. Es cosa de Miller.

—No es Miller. Él casi ni puede pronunciar una frase con sentido —replicó Naomi—. ¿Cómo va a ser capaz de preparar algo así?

Holden se inclinó hacia delante y el asiento crujió bajo su peso. Tenía la cabeza embotada.

—Si nos vamos, igualmente podrán arrebatarnos la nave —dijo Holden—. Cuando acabe todo esto, no estaremos en una situación mucho más favorable que la de ahora.

—La diferencia es que quizá no estemos atrapados en Ceres —dijo Naomi—. Y el camino es muy largo. Para ir y para volver. Podrían cambiar muchas cosas.

—Eso no ha sonado tan reconfortante como pretendías.

Naomi esbozó una sonrisa leve pero no amarga.

—Bien visto —dijo.

La *Rocinante* zumbaba alrededor de ambos mientras los sistemas de la nave realizaban las comprobaciones rutinarias y el aire circulaba despacio por los conductos. Era como si respirara y estuviera soñando. Era su hogar y estaba descansando. Holden estiró una mano y entrelazó los dedos con los de Naomi.

—Aún nos queda algo de dinero. Podemos pedir un préstamo —dijo ella—. Podríamos comprar otra nave. No sería muy buena, pero... al menos, no tendría por qué ser el final.

—Pero lo sería.

—Es probable, sí.

—Pues no tenemos elección —afirmó Holden—. Vayamos a Nínive.

Monica y su equipo llegaron temprano por la mañana y cargaron en la nave las pequeñas cajas de equipo que necesitaban. Monica era más delgada en persona que en las pantallas. Los cámaras eran una terrícola corpulenta llamada Okju y un marciano de piel oscura apodado Clip. Las cámaras que llevaban parecían armas pesadas portátiles, y estaban recubiertas por carcasas de aleación que podían desplegarse casi dos metros o replegarse para caber en los rincones más angostos de la nave.

El técnico de sonido era ciego. El pelo le empezaba a canear y llevaba unas gafas negras opacas. Tenía los dientes amarillentos como el marfil envejecido y una sonrisa amable y compasiva. Según la documentación se llamaba Elio Casti, pero por alguna razón los miembros del equipo de documentales lo llamaban Cohen.

Los cuatro tripulantes de Holden y los compañeros de Monica se reunieron en la cocina. Holden vio que ambos grupos se estudiaban con detenimiento. Iban a vivir hacinados durante meses. Desconocidos encerrados en una caja de metal y cerámica que surcaría el vasto océano del vacío. Holden carraspeó.

—Bienvenidos a bordo —dijo.

Melba

Si la alianza Tierra-Marte no se hubiese ido al traste, si no hubiese tenido lugar una guerra —o dos, según se delimitaran las batallas—, las naves civiles como la *Cerisier* no habrían podido formar parte de aquella enorme caravana. Se habían perdido naves en Ganímedes y en el Cinturón, en las escaramuzas por el control de los asteroides mejor situados para presionar a los pozos de gravedad. Se habían perdido cientos de naves, tanto auténticas máquinas de guerra como la *Donnager*, la *Agatha King* y la *Hiperión* como incontables pequeñas naves de apoyo para tres o cuatro tripulantes.

Pero Melba sabía que esas no eran las únicas heridas. Fobos y su estación de escucha se habían convertido en un anillo estrecho y casi invisible que rodeaba Marte. Eros había desaparecido. Febe había sido objetivo de un prolongado infierno nuclear y salido impelido hacia Saturno. Las granjas de Ganímedes habían quedado destruidas. La protomolécula alienígena había usado y abandonado Venus. Protogen y el imperio Mao-Kwikowski, que había sido una de las grandes empresas de transporte y mercancías del sistema, habían sido destrozadas, saqueadas y vendidas.

La *Cerisier* inició su vida útil como nave de exploración. En tiempos recientes, había pasado a ser un cobertizo flotante. Los compartimentos de equipo científico ahora eran talleres. Lo que antes habían sido laboratorios sellados tenían todas las cubiertas hasta arriba de necesidades rutinarias de las redes de control medioambiental: estropajos, conductos, selladores y sistemas de alarma. Se desplazaba a trompicones por el vacío gracias al penacho que dejaba el motor Epstein. La tripulación estaba formada por ciento seis personas y contaba con una pequeña élite que constituía el mando de la nave (que no eran más de una docena) y un amplio grupo de técnicos, maquinistas y químicos industriales.

En el pasado, pensó Melba, aquella nave había sido la vanguardia de la exploración humana. Había atravesado los cielos de las lunas jovianas y visto

cosas que la humanidad nunca había visto antes. Ahora era poco más que la criada del gobierno y lo poco que descubría no era más exótico que lo que se había tirado por el retrete a los tanques de reciclado de aguas. Aquella degradación hacía que Melba se identificara con las estrechas estancias y las escaleras de plástico gris de la nave. En el pasado, Clarissa Melpomene Mao había sido la mejor de la escuela. La más popular y guapa, y bañada por el poder y la influencia del apellido de su padre. Ahora su progenitor era un número de prisionero más en una prisión anónima al que solo le permitían hablar con el exterior unos minutos al día, y con su abogado, no con su mujer ni sus hijos.

Y ahora ella era Melba Koh y dormía en un asiento de gel que olía a otra persona, en un camarote más pequeño que un armario. Lideraba un equipo de cuatro técnicos electroquímicos: Stanni, Ren, Bob y Soledad. Stanni y Bob eran décadas mayores que ella. Soledad, tres años más joven y había estado en dos viajes de dieciséis meses. Ren, su segundo al mando, era cinturiano y, como a todos los cinturianos, le apasionaban los sistemas de control medioambiental tanto como a la gente normal el sexo o la religión. No le preguntó cómo había terminado por formar parte de la tripulación de una nave terrícola, y él tampoco dijo nada al respecto.

Sabía que los meses de camino hacia el Anillo serían duros, pero había deducido mal cuáles serían los peores momentos.

—Es una puta zorra, ¿verdad? —dijo Stanni. Fue a través de un canal privado entre Ren y él. Si Melba fuera quien aseguraba ser, no habría sido capaz de oírlo—. No tiene ni repajolera idea de nada.

Ren gruñó, sin defenderla ni unirse al ataque.

—Si no hubieras pillado a tiempo aquel búfer intermedio cortocircuitado de la *Macedonia* la semana pasada, habría provocado otro error en cascada, *ou non?* Habríamos tenido que rehacer el horario para volver y arreglarlo.

—Quizá —dijo Ren.

Melba estaba un piso por encima de ellos. El destructor *Seung Un* murmuraba a su alrededor. La tripulación realizaba un barrido de mantenimiento. Todo estaba planeado, era rutinario y predecible. Habían dejado la *Cerisier* diez horas antes en una de las docenas de transportes que se anclaban al casco de la nave de mantenimiento. Pasarían allí otras quince horas para cambiar los estropajos de alto rendimiento y comprobar el estado del suministro de aire. Había aprendido que el mayor peligro era que la condensación degradara los sellos.

Era el tipo de cosa que debería haber sabido.

Atravesó el hueco de entrada. Llevaba el juego de herramientas colgando por delante y le pesaba mucho debido a la gravedad de la aceleración, que era de un g. Imaginó que aquello sería lo que se siente al estar embarazada. A menos que estuviera ocurriendo algo extraño, Soledad y Bob estaban durmiendo en la nave. Ren y Stanni estaban un piso más abajo y bajarían uno más cada hora. Esperaban que fuera ella la que realizara la inspección final del trabajo que habían hecho. Y por lo visto, esperaban que lo hiciera fatal.

Era cierto, sin duda. Melba no sabía por qué la avergonzaba tanto que un técnico electroquímico de verdad se diera cuenta de su ineptitud. Había leído algunos manuales y revisado algunos tutoriales. Lo único que importaba era que se habían creído que era una supervisora poco competente de verdad. Daba igual que la respetaran o no. No eran sus amigos.

Debería haber pasado a las frecuencias privadas de Soledad y Bob para asegurarse de que no se habían despertado por casualidad y la estuviesen buscando. Aquella parte del plan era importante. No podía dejar que ninguno de ellos la encontrara. Pero por alguna razón, no se hacía el ánimo de abandonar la conversación de Ren y Stanni.

—Es que esa mujer no hace nada. Se queda en su camarote y no ayuda en el proyecto. Solo sale al final, echa un vistazo rápido, firma y vuelve al camarote.

—Cierto.

El empalme era fácil de ver. El mamparo estaba reforzado y bien marcado con avisos de seguridad de color naranja fosforescente en cinco idiomas distintos. Melba se detuvo delante con las manos en las caderas y esperó a sentirse realizada. Lo sintió, aunque no fue una sensación tan pura como esperaba. Miró el pasillo arriba y abajo, aunque las probabilidades de que la interrumpieran eran escasas.

Llevaba el explosivo amarrado contra la tripa y el calor de su piel lo mantenía maleable y de un color verde refulgente. Cuando se enfriara a temperatura ambiente, la masilla se endurecería y se volvería de un tono gris. Se volvió a sorprender con su densidad. Mientras la presionaba contra las uniones del empalme, sintió que moldeaba plomo con las manos desnudas. El esfuerzo hizo que le dolieran los nudillos cuando solo había hecho la mitad del trabajo. Había planeado que tardaría media hora, pero le llevó casi el doble. El detonador era un punto negro de cuatro milímetros de diámetro con diez contactos de cerámica negros, que Melba presionó contra la masilla mientras empezaba a endurecerse. Parecía una garrapata.

Al terminar, se limpió las manos dos veces con toallitas húmedas para asegurarse de que no se le quedaba nada de explosivo debajo de las uñas ni en la ropa. Esperaba saltarse la inspección de un solo piso, pero Ren y Stanni habían trabajado de prisa y tuvo que bajar dos pisos en el ascensor. Los hombres seguían hablando, pero ya no era sobre ella. Stanni no sabía si encapricharse con Soledad. Usando medias frases lacónicas impregnadas de acento cinturiano, Ren le aconsejó que no lo hiciera. El segundo al mando era un hombre inteligente.

El ascensor se detuvo y subieron a él tres soldados. Todos hombres. Melba retrocedió para hacerles hueco, y el que iba delante se lo agradeció con un educado gesto de la cabeza. Su uniforme lo identificaba como Marcos. Ella le devolvió el saludo y se quedó mirándose los pies con la esperanza de que los hombres no se fijaran en ella. Su uniforme le daba la sensación de ser un disfraz. Aunque no fuera a ocurrir, le preocupaba que los soldados pudiesen descubrir que se trataba de un disfraz al fijarse en ella. Como si llevara el pasado grabado en la piel.

«Me llamo Melba Koh —pensó—. Siempre he sido la misma persona».

El ascensor se detuvo en su piso y los tres soldados le abrieron paso. Se preguntó si Marcos iba a morir cuando llegara el momento.

Nunca había estado en la prisión de su padre y, aunque se hubiesen permitido visitas, seguro que habría tenido lugar en una estancia preparada con vigilancia de vídeo y sonido. El peso de la atención oficial se habría encargado de eliminar cualquier emoción humana. Nunca le habrían permitido ver los pasillos que recorría su padre ni la celda en la que dormía, pero después de que la ONU lo encarcelara había investigado el diseño de la prisión. El cuarto de Melba era tres centímetros más estrecho y un centímetro y medio más largo. El asiento de colisión en el que dormía tenía cardanes para adaptarse a los cambios de aceleración, mientras el de él seguro que estaba soldado al suelo. Ella podía salir de allí en cualquier momento e ir a las duchas públicas o a la cantina. La puerta se cerraba desde dentro, y en su habitación no había cámaras ni micrófonos.

Era indudable que gozaba de más libertad que su padre. Pasar tanto tiempo sola era decisión suya, y era justo eso lo que marcaba la diferencia. Al día siguiente habría una nueva rotación. Otra nave, otra ronda de mantenimiento que tendría que fingir que supervisaba. Pero esa noche podría pasarla tumbada en el asiento, vestida solo con la ropa interior de algodón que

había comprado porque era lo que se supone que le gustaba a Melba. Tenía quince tutoriales en la memoria local del terminal portátil y muchos más en la memoria compartida de la nave. Abarcaban desde el reciclado de nutrientes microorgánicos hasta las especificaciones de los sistemas de refrigeración, pasando por las políticas de dirección. Debería estar leyéndolos de cabo a rabo. O como mínimo, no debería estar revisando sus archivos secretos.

En la pantalla, Jim Holden tenía aspecto de zángano. Lo había creado a partir de decenas de horas de emisiones en las que aparecía y que se habían grabado a lo largo de los años, aunque asignando un peso mayor a los vídeos y fotos más recientes. El programa que había usado para crear aquel simulacro visual de Holden le había costado más que la identidad falsa de Melba. El Holden falso tenía que ser lo bastante bueno para engañar a personas y ordenadores, al menos durante un rato. El Holden de la pantalla entornó los ojos castaños con cara de idiota. Se le marcaban un poco los carrillos, pero la microgravedad evitaba que fuera a más. Aquella sonrisa adulatora era más que suficiente para demostrarle todo lo que quería saber del hombre que había destruido su familia.

—Aquí el capitán James Holden —dijo—. Lo que acaban de ver no es más que una demostración del peligro que corren. Mis socios han colocado dispositivos similares en todas las naves que se encuentran en las proximidades del Anillo. Reclamo el control total y absoluto del Anillo en nombre de la Alianza de Planetas Exteriores, así que retírense. Cualquier nave que se acerque al Anillo sin mi permiso personal será destruida sin...

Hizo una pausa y congeló a aquel Holden artificial mientras gesticulaba. Le pasó los dedos por un hombro, luego por una mejilla y luego hizo como si se los clavara en los ojos. Le habría gustado usar unas palabras más provocadoras. Mientras urdía su plan en la Tierra, a Melba le había parecido suficiente que Holden tomara el control del Anillo de manera unilateral. Ahora le parecía más comedido cada vez que lo veía.

Matar a Holden habría sido más sencillo. En comparación, los asesinatos eran más baratos, pero sabía suficiente de imagen pública y dinámica social para entrever lo que habría conseguido. Se habría convertido en un mártir, lo habrían canonizado, habría llegado a ser alguien querido. Una multitud de teorías conspiratorias habrían apuntado a cualquiera, desde el padre de Melba hasta la APE. Era justo lo que no quería. Tenía que humillar a Holden de una manera que afectara también a lo que había hecho en el pasado, que cualquiera que revisara sus acciones viera todo lo que había hecho hasta ese momento, todos los dictámenes que había pronunciado, todas las decisiones

injustas y egoístas que había tomado en nombre de los demás para no perder el control de la situación; que quedara claro que todo eso era lo que había hecho que las cosas terminaran así. Quería que su nombre acabara entre el de los grandes traidores, estafadores y ególatras megalómanos de la historia. Cuando hubiese terminado, todo lo que Holden había tocado quedaría mancillado por su contacto, incluida la destrucción de la familia de Melba. La de su padre.

En algún lugar de las profundidades de la estructura de la *Cerisier*, un tripulante realizó un pequeño acelerón para corregir la trayectoria y la gravedad rotó medio grado. El asiento se movió debajo de ella y Melba procuró no hacer caso. Prefería los momentos en los que podía imaginar que se encontraba en un pozo de gravedad a los instantes que le recordaban que no era más que una marioneta para la aceleración y la inercia.

Le sonó el terminal portátil para indicarle que había llegado un mensaje. Para cualquiera que no se fijara bien, podría haber pasado por un anuncio más. Una oportunidad de inversión que sería absurdo ignorar, con una presentación adjunta en vídeo que parecería un archivo corrompido para quien no tuviera la clave de descifrado. Melba se sentó con las piernas colgando del asiento y se inclinó sobre el terminal.

El hombre que apareció en la pantalla llevaba gafas tan oscuras que eran casi opacas. Tenía el pelo rapado casi hasta el cuero cabelludo, pero su movimiento reveló a Melba que estaba sometido a una aceleración muy pronunciada. El técnico de sonido carraspeó.

—El paquete se ha entregado y está listo para la prueba. Agradecería recibir la transferencia tan pronto como lo haya confirmado. Tengo algunas facturas pendientes y estoy un poco hasta el cuello. —Se oyó cómo algo siseaba de fondo y una risa en la lejanía. Una mujer. El vídeo terminó.

Volvió a reproducirlo cuatro veces. El corazón le latía con fuerza y sentía pequeñas descargas eléctricas que le recorrían los dedos. Tenía que confirmar la recepción, por supuesto. Pero ese era el último paso y también el más peligroso. La *Rocinante* ya era tecnología de vanguardia militar cuando cayó en manos de Holden. Y además, podrían haber hecho cambios en los sistemas de seguridad durante los años transcurridos desde entonces. Abrió una conexión remota sencilla a través de una cuenta comercial desechable en la estación Ceres. Podía tardar días en recibir confirmación de la *Rocinante* de que la puerta trasera estaba instalada y activada, de que la nave era de Melba. Pero si la recibía...

Era el último paso. Todo lo demás estaba listo. Sintió que la embargaba un bienestar casi religioso. Aquella pequeña estancia con las paredes arañadas y esos leds tan molestos nunca le había parecido tan complaciente. Se incorporó en el asiento. Quería celebrarlo, pero no podía contárselo a nadie. Tendría que conformarse con hablar con alguien.

Las estancias de la *Cerisier* eran tan estrechas que era imposible caminar junto a alguien o adelantar a otra persona que caminaba en sentido contrario sin ponerse de lado. En la cantina había espacio para veinticinco personas sentadas y hacinadas. Lo más parecido a un espacio abierto que había visto era el gimnasio, al lado de la enfermería. Las cintas y las máquinas de ejercicios requerían espacio para que nadie quedara atrapado en las juntas o los amarres. Los reglamentos de seguridad lo habían convertido en el lugar más amplio y desocupado de la nave, y en consecuencia era un buen lugar en el que estar con gente.

Ren era el único de su equipo que estaba allí. A la microgravedad normal, seguro que habría preferido estar en una cuba de gel amortiguador, pero con una aceleración de un g se encontraba en una cinta de correr. La piel pálida le brillaba más de lo normal a causa del sudor y llevaba amarrado el pelo de color zanahoria en una coleta encrespada. Tenía una apariencia extraña. Su cabeza era grande, el pelo hacía que pareciera más grande aún y lo enjuto de su cuerpo se parecía a algo salido de un programa de entretenimiento infantil.

La saludó con la cabeza cuando la vio entrar.

—Ren —dijo Melba mientras se dirigía a la máquina en la que estaba el hombre. Sintió cómo la miraban otros tripulantes, pero cuando estaba en la *Cerisier* no se sentía tan desprotegida. O quizá fuesen las buenas noticias lo que le daba alas—. ¿Tienes un minuto?

—Jefa —respondió el hombre en lugar de asentir, pero luego redujo la intensidad de la máquina a un paseo relajado—. *O que há?*

—He oído algunas cosas que va diciendo Stanni sobre mí —dijo. La expresión de Ren se congeló—. Solo quería... —Frunció el ceño, bajó la mirada y se rindió al impulso que crecía en su interior—. Tiene razón —dijo—. Este trabajo me queda grande. Me lo dieron porque se trataba de un favor político. No estoy cualificada.

El hombre parpadeó rápido. Echó un vistazo alrededor de ella para comprobar que no la había oído nadie. A ella le traía bastante sin cuidado, pero le gustó que él lo hiciera.

—No lo haces tan mal —dijo el hombre—. Te despistas con algunas cosas, pero los he visto peores.

—Necesito ayuda —dijo ella—. Ayuda para hacer el trabajo como hay que hacerlo. Necesito a alguien en quien pueda confiar. Alguien con el que pueda contar.

Ren asintió, pero se le arrugó la frente. Soltó el aire y se bajó de la cinta.

—Quiero hacer bien el trabajo —continuó Melba—. No quiero fallar. Y quiero que el equipo me respete.

—Muy bien. Claro.

—Sé que deberían haberte dado mi puesto a ti.

Ren volvió a resoplar con los carrillos inflados. Se había puesto más expresivo que nunca que ella hubiera visto. Se apoyó en la pared. Cuando la miró, fue como si la estuviera viendo por primera vez.

—Te agradezco que lo digas, jefa, pero aquí los dos somos forasteros —dijo—. Nos ayudamos entre nosotros, *bem*?

—Bien —respondió ella apoyándose en la pared junto a él—. A ver. El búfer intermedio cortocircuitado. ¿Qué hice mal?

Ren suspiró.

—Los búferes intermedios son listos, pero están mal diseñados —respondió—. Se comunican entre ellos, por lo que también forman parte de una red independiente, *certo*? La cosa es que si colocas uno mal, funciona bien, pero cuando se vuelve a *resetear*, la señal que envía después parece errónea. Se activa un proceso de diagnóstico en el siguiente, y luego en el siguiente. La red empieza a fallar como una escopeta de feria. Si hay demasiados errores y se apaga por seguridad, tumba la red eléctrica entera. Así que nos hiciste ir uno a uno, comprobándolos a mano. Con linternas y la supervisora encima tocándonos las narices.

—Eso... eso es terrible —dijo ella—. ¿En serio? ¿Podría haber desconectado la red eléctrica?

—Sí, lo sé —dijo Ren, sonriendo—. Y lo único que habría que hacer es cambiar el diseño para que no pueda colocarse mal, pero nunca lo hacen. Es algo que pasa a menudo por aquí, jefa. Intentamos solucionar los pequeños errores antes de que vayan a más. Si se hacen mal algunas cosas, no pasa nada. Pero hay otras con las que se arma una buena.

Melba sintió las palabras como el tañido de una campana. Resonaron. Ella había sido ese desperfecto, ese error. No sabía bien lo que estaba haciendo y no pasaría nada. Colaría. Hasta que dejara de colar, momento en que todo se iría al traste. Se le cerró la garganta. Casi deseó no haber dicho nada.

Ella era un búfer intermedio mal colocado. Un problema que era fácil obviar y que tenía el potencial de destruirlo todo.

—Y lo que han dicho los demás... no te lo tomes muy en serio. Solo se estaban desahogando. No les importa en realidad. Es para superar el miedo.

—¿Miedo?

—Claro —respondió el hombre—. En esta nave todo el mundo está cagado de miedo. Intentamos que no se note y cumplimos con el trabajo, pero todos tenemos pesadillas. Es normal, ¿no?

—¿De qué tenéis miedo? —preguntó.

Detrás de ellos, la puerta comenzó el ciclo de apertura y se abrió. Un hombre dijo algo en una lengua que ella desconocía. Ren ladeó la cabeza, y ella tuvo la nauseabunda y amenazante impresión de que había hecho algo mal. No había actuado con normalidad y no sabía cuál era el error que había cometido.

—El Anillo —respondió Ren al fin—. Es lo que acabó con Eros. Podría haber acabado con Marte. En Venus hizo esas cosas raras que nadie sabía lo que eran. Mató a ese chico que lo atravesó con efecto honda. Hay muchos que piensan que deberíamos lanzarle bombas nucleares, y el resto cree que lo único que conseguiríamos así sería hacerlo enfadar. Vamos a ser los que más se acerquen hasta ahora para mirar al diablo a los ojos. ¿Stanni, Solé y Bob? Están cagados por lo que podemos ver en ellos. Y yo también.

—Vaya —dijo ella—. Claro. Lo entiendo.

Ren intentó sonreír.

—¿Y a ti? ¿No te da miedo?

—No es que piense mucho en ello.

8

Anna

Nami y Nono se habían marchado a la Tierra una semana antes en la lanzadera de Anna. Los últimos días que había pasado viviendo sola en aquellas habitaciones y con la constancia de que no iba a volver jamás (que ninguna de ellas iba a volver jamás) fueron como el ligero presentimiento que anuncia una muerte: de una profunda melancolía y, aunque le diera vergüenza, un poco emocionante.

La lanzadera que partía de Europa sería una de las últimas en unirse a la flotilla, lo que significó que Anna tuvo que pasar dieciocho horas a una aceleración muy fuerte. Cuando llegó a la cubierta de la AONU *Thomas Prince*, lo único que quería era un catre y doce horas de sueño. El joven administrativo al que habían enviado para recibirla y escoltarla tenía otros planes, y a Anna no le quedaban fuerzas para llevarle la contraria y ponerse antipática.

—La *Prince* es un acorazado de clase *Jerjes*, o lo que a veces llamamos un acorazado de tercera generación —dijo mientras gesticulaba hacia los recubrimientos de cerámica y gel de las paredes interiores del hangar. La lanzadera en la que había llegado Anna estaba estacionada en el muelle y parecía pequeña en comparación con la enorme bóveda catedralicia que tenía encima—. Los llamamos de tercera generación porque son el tercer rediseño desde que tuvo lugar el primer conflicto Tierra-Marte.

Tampoco es que se lo pudiera considerar un conflicto, pensó Anna. Los marcianos habían empezado a hablar de independencia, la ONU había fabricado muchas naves y Marte unas pocas. Luego, Solomon Epstein había pasado de ser un marciano al que le gustaba volar a convertirse en el inventor del primer motor de fusión que resolvía los problemas de sobrecalentamiento y consumo de combustible de la aceleración constante. De improviso, Marte consiguió unas naves que viajaban rapidísimo. Dijeron: «Oye, ¿qué tal si colonizamos el resto del Sistema Solar? ¿Vais a seguir enfadados con

nosotros u os unís a la fiesta?». La ONU había tomado la decisión más sensata, con la que la mayoría de la gente estuvo de acuerdo: perder Marte a cambio de la mitad del Sistema Solar había sido un buen trato.

Aquello no significaba que ambos bandos no siguieran diseñando nuevas maneras de matarse entre ellos. Solo por si acaso.

—... De algo más de medio kilómetro de eslora y doscientos metros de manga en la zona más amplia —estaba diciendo el funcionario.

—Impresionante —respondió Anna, intentando recuperar su vacilante atención.

El administrativo tiraba del equipaje de Anna en un pequeño carrito hacia los ascensores.

—Estos ascensores recorren la nave a lo largo —dijo mientras pulsaba un botón en el panel de control—. Los llamamos ascensores de quilla...

—Porque recorren la nave por la panza, ¿verdad? —preguntó Anna.

—¡Eso es! Es porque así se llamaba la parte inferior de los barcos, y las naves espaciales han adoptado la misma nomenclatura.

Anna asintió. El entusiasmo de aquel hombre era agradable y encantador al mismo tiempo. Quería impresionarla, así que ella se dejó impresionar. No le costaba nada y él lo iba a agradecer.

—Pero claro, decir que algo es la panza de la nave es una distinción un tanto arbitraria —continuó mientras subía al ascensor—. Como usamos la gravedad de la aceleración, el suelo siempre está hacia el lugar del que viene la aceleración, la popa de la nave. «Arriba» siempre significa lejos de los motores. En realidad hay pocas cosas que ayuden a distinguir las otras cuatro direcciones entre sí. Algunas naves más pequeñas pueden atracar en superficies planetarias, y en esas naves, la panza tiene sistemas de aterrizaje y propulsores para el despegue.

—Supongo que la *Prince* es demasiado grande para algo así —dijo Anna.

—¡Con mucho, en realidad! Pero contamos con lanzaderas y corbetas que pueden aterrizar en superficies planetarias. Aunque es algo que no ocurre muy a menudo.

Sonó un carrillón, se abrieron las puertas del ascensor y el administrativo sacó el equipaje de Anna hacia el pasillo.

—Continuaremos con la visita cuando dejemos el equipaje en su camarote.

—¿Administrativo? —preguntó Anna—. ¿Está bien que lo llame así?

—Claro. O señor Ichigawa. O Jin, si quiere, ya que es usted una civil.

—Jin —continuó Anna—. ¿Le parecería bien que me quede en mi camarote? Estoy muy cansada.

El hombre dejó de tirar del equipaje y parpadeó dos veces.

—Pero el capitán dijo que todos los invitados vips tienen que hacer una visita completa que incluya el puente, lugar al que normalmente no puede entrar el personal que no está de servicio.

Anna puso una mano en el brazo del chico.

—Entiendo que es todo un privilegio, pero prefiero verlo cuando pueda mantener los ojos abiertos. Me entiende, ¿verdad? —Le dio un apretón en el brazo y le dedicó su mejor sonrisa.

—Sin duda —respondió el hombre, devolviéndole la sonrisa—. Venga por aquí, señora.

Anna miró a su alrededor y se dio cuenta de que quizá no tenía tantas ganas de ver el resto de la nave. Todos los pasillos le parecían iguales: las paredes estaban fabricadas con un material gris y resbaladizo que cubría otro más mullido. Anna supuso que sería algún tipo de superficie de protección para evitar que los tripulantes se hicieran daño si perdían el equilibrio durante una maniobra. Y todo lo que no fuera tela gris era metal gris. Lo que más debía de llamar la atención a la mayoría serían sus diversos mecanismos para destruir otras naves. Eran las partes en las que ella estaba menos interesada.

—¿Le parece bien? —preguntó Ichigawa un instante después. Anna no tenía ni idea de a qué se refería—. Que la llame señora, quiero decir. Algunas personas importantes que vienen tienen títulos como pastor, reverendo o monseñor. No quisiera ofenderla.

—Bueno, si no me cayera bien, le pediría que me llamara reverenda doctora, pero resulta que me cae muy bien, así que no lo haga, por favor —respondió Anna.

—Gracias —dijo Jin ruborizándose.

—Y si fuera un miembro de mi congregación le pediría que me llamara pastora Anna. ¿Es budista?

—Solo cuando estoy en casa de mi abuela —respondió Jin con un guiño—. El resto del tiempo no soy más que un miembro de la armada.

—¿Ahora es una religión? —preguntó Anna con sorna.

—Eso creen en la armada.

—Muy bien —respondió ella entre risas—. ¿Por qué no me llama Anna y listos?

—Sí, señora —respondió Jin. Se detuvieron en una puerta gris que estaba marcada con el identificador CO-297-11 y le dio una pequeña tarjeta de metal

—. Este es su camarote. Con llevar la tarjeta encima es suficiente para abrir la puerta. Permanecerá cerrada mientras se encuentre dentro a menos que pulse el botón amarillo de la consola de pared.

—Parece muy seguro —dijo Anna mientras cogía la llave que le tendía Jin y le estrechaba la mano.

—Este es el acorazado *Thomas Prince*, señora, el lugar más seguro de todo el Sistema Solar.

El camarote individual de Anna tenía tres metros de ancho por cuatro de largo. Era muy lujoso para los estándares de la armada, normal para un europeo pobre y un ataúd para un terrícola. Anna sintió un poco de vértigo cuando las dos personas diferentes que había sido en el pasado también reaccionaron al espacio que le habían asignado. Había sentido la misma sensación de disociación que cuando había entrado en la *Prince* y sentido cómo la gravedad la impulsaba hacia abajo. La terrícola que había sido durante la mayor parte de su vida se sintió eufórica al notar que, por primera vez en años, tenía el peso que le correspondía. La europea de su interior se sintió cansada, exhausta a causa del excesivo tirón sobre sus huesos.

Se preguntó cuánto tardaría Nono en recuperar la costumbre de estar en la Tierra. Cuánto tardaría Nami en caminar en el planeta. Ambas pasarían todo el viaje con estimuladores de crecimiento para músculos y huesos, pero las drogas no podían hacerlo todo por ellas. Pasarían semanas o meses doloridas mientras sus cuerpos se adaptaban a la nueva gravedad. Anna casi podía imaginarse a Nami esforzándose para ponerse a cuatro patas como había hecho en Europa. Casi podía oírla llorar de frustración mientras recuperaba la fuerza para moverse de nuevo por su cuenta. Qué cosita más cabezota. Se enfadaría mucho al ver que había perdido las aptitudes físicas que había desarrollado durante los últimos dos años.

Pensar en todo aquello hacía que a Anna le doliera el pecho justo detrás del esternón.

Tocó la superficie negra y resplandeciente de la consola de su habitación y el terminal se encendió. Pasó un momento desentrañando la interfaz de usuario. Lo único que podía hacer era navegar por la biblioteca de la nave y enviar o recibir mensajes de texto, audio o vídeo.

Tocó el botón para grabar un mensaje y dijo:

—Hola, Nono. ¡Hola, Nami! —Saludó a la cámara—. Estoy en la nave. Ya vamos de camino. Yo... —Se detuvo y echó un vistazo a su alrededor, a

las áridas paredes grises y a la cama tan austera. Cogió la almohada y volvió a mirar a la cámara—. Ya os echo de menos. —Abrazó la almohada fuerte contra el pecho—. Estas sois vosotras. Las dos.

Apagó la grabación antes de echarse a llorar. Cuando se estaba lavando la cara, la consola emitió un sonido al recibir un aviso de mensaje. Aunque parecía imposible, Nami podría haber recibido el mensaje y respondido al instante. El estómago le dio un vuelco. Se apresuró para abrirlo. Era un simple mensaje de texto que la invitaba a un comité de bienvenida en la cantina de oficiales a las 19.00. El reloj indicaba que eran las 13.00.

Anna tocó el botón de respuesta afirmativa y luego se metió debajo de las sábanas de la cama con la ropa puesta y lloró hasta dormirse.

—Reverenda doctora Volovodov —saludó una grave voz masculina tan pronto como Anna entró en la cantina de oficiales.

La estancia estaba preparada para una fiesta, con mesas llenas de comida por todas partes y cien o más personas hablando en grupos por el centro. En una esquina había un bar improvisado con cuatro camareros muy ajetreados. Un hombre alto, de piel oscura, con pelo blanco muy bien peinado e impecable traje gris salió de la multitud como Venus surgiendo de entre la espuma. Anna se preguntó cómo había conseguido causarle esa impresión. Extendió la mano y cogió la de la mujer.

—Qué bien verla por aquí. He oído tanto del magnífico trabajo que ha realizado en Europa que no me cabe duda de que el Consejo Metodista Mundial ha elegido a la persona adecuada para este viaje tan importante.

Anna le estrechó la mano y luego la soltó tan pronto como pudo. Era el doctor Hector Cortez, también llamado padre Hank en las retransmisiones de su canal en directo, que tenía más de cien millones de espectadores cada semana, y también amigo personal y consejero espiritual del propio secretario general. A Anna no le entraba en la cabeza que aquel hombre supiera algo de ella. Su pequeña congregación de menos de cien personas en la luna Europa era poco más que un error de redondeo en comparación con la audiencia que tenía ese hombre a lo largo y ancho del Sistema Solar. No sabía si sentirse halagada, incómoda o sospechar un poco.

—Doctor Cortez —saludó Anna—. Encantada de conocerle. He visto su programa, claro.

—Claro —dijo el hombre, dedicándole una ligera sonrisa y ya mirando a su alrededor en busca de otra persona con quien hablar.

A Anna le dio la impresión de que, más que por el placer de saludarla, se había acercado a ella para poder librarse de la conversación en la que estuviera antes de su llegada, por lo que Anna no supo si sentirse ofendida o aliviada. Decidió dejarlo en algo divertido.

Como si de un pequeño objeto atraído por un gran pozo de gravedad se tratara, un anciano con el hábito de la Iglesia católica se alejó de la multitud central y se dirigió hacia el doctor Cortez.

Cuando Anna estaba a punto de presentarse, el doctor Cortez la interrumpió con una voz atronadora y dijo:

—Padre Michel, salude a mi buena amiga la reverenda doctora Annushka Volovodov, sierva de la gracia de Dios para la congregación metodista de Europa.

—Reverenda Volovodov —saludó el católico—. Soy el padre Michel de la archidiócesis de Roma.

—Vaya, encantada de... —empezó a decir Anna.

—No deje que la engañe con esa apariencia de cura de pueblo —la volvió a interrumpir Cortez—. Es obispo, y firme candidato a cardenal.

—Enhorabuena —dijo Anna.

—No, qué va. Son todo exageraciones y humo —respondió el hombre—. No ocurrirá nada hasta que encaje con el gran plan de Dios.

—No estaría usted aquí si eso fuese cierto —dijo Cortez.

El obispo rio entre dientes.

Una mujer que llevaba un vestido caro de color azul seguía a un camarero que llevaba una bandeja con copas de champán. El padre Michel y ella extendieron la mano para coger una al mismo tiempo. Anna sonrió para rechazar la copa que le ofrecía el camarero, y este desapareció entre la multitud del centro de la habitación.

—Por favor —dijo la mujer a Anna—, no me deje beber sola con un católico. No creo que mi hígado lo soporte.

—Gracias, pero...

—¿Y tú, Hank? He oído que aguantas bien unos tragos. —Enfatizó la frase con un sorbo de su copa, y Cortez le dedicó una sonrisa que podría haber significado cualquier cosa.

—Me llamo Anna —dijo Anna, ofreciéndole la mano a la mujer—. Me encanta su vestido.

—Gracias. Soy la señorita Robert Fagan —respondió la mujer con una formalidad impostada—. Tilly, si no va a pedirme dinero.

—Encantada de conocerla, Tilly —dijo Anna—. Lo siento, pero no bebo.

—Que Dios me libre de estar sobria —dijo Tilly—. No habrá estado en una buena fiesta hasta que haya visto a un grupo de anglicanos y otro de católicos peleándose por ver quién llega antes al fondo de una botella.

—Qué descortés por su parte, señorita Fagan —dijo el padre Michel—. Nunca he conocido a ningún anglicano que sea capaz de aguantar mi ritmo.

—Hank, ¿por qué te ha dejado suelto Esteban? —Anna tardó un momento en comprender que Tilly hablaba del secretario general de las Naciones Unidas.

Cortez negó con la cabeza y puso gesto lastimero y fingido sin perder la amplia sonrisa.

—Señorita Fagan, el secretario general ha puesto en mí toda su fe y su confianza, ya que nos dirigimos hacia el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad desde la muerte de nuestro Señor.

Tilly resopló.

—Querrás decir que tiene fe y confianza en los cientos de millones de votantes que puedes conseguirle para junio.

—Señora —dijo Cortez mirando a Tilly a la cara por primera vez; su sonrisa no había cambiado, pero algo se enfrió en el ambiente—, ¿no ha tomado ya mucho champán?

—Qué va. Ni de lejos es suficiente.

El padre Michel acudió al rescate, cogió la mano de Tilly y dijo:

—Creo que nuestro querido secretario general está mucho más agradecido por todas las contribuciones a la campaña que ha hecho su marido. Algo que convierte este viaje en el más caro de la historia para usted.

Tilly volvió a resoplar y apartó la mirada de Cortez.

—Joder, es que Robert se lo puede permitir.

Aquella palabra malsonante dio lugar a un silencio incómodo que duró unos instantes, y el padre Michel sonrió a Anna a modo de disculpa. Ella le devolvió la sonrisa.

—Me pregunto qué es lo que gana con esto —dijo Tilly, desviando la atención de su persona—. Con estos artistas, escritores y actores. ¿Cuántos votos puede cosecharle un artista de *performance*? ¿Acaso votan ellos mismos, siquiera?

—Es simbólico —repuso el padre Michel con un practicado gesto reflexivo—. Todos somos humanos que nos reunimos para explorar la mayor incógnita de nuestra era. Lo secular y lo divino se unen ante un misterio abrumador: ¿qué es el Anillo?

—Muy bien —dijo Tilly—. Lo tienes bien ensayado.

—Muchas gracias —dijo el obispo.

—¿Qué es el Anillo? —repitió Anna frunciendo el ceño—. Es una puerta que da a un agujero de gusano. De eso no hay duda, ¿verdad? Hemos teorizado sobre ellas desde hace siglos. Tienen un aspecto similar. Cuando algo las atraviesa, no aparece al otro lado. Las señales de transmisión empiezan a desaparecer hasta que se pierden del todo. Es un agujero de gusano.

—Sin duda es una posibilidad —dijo el padre Michel. Tilly sonrió ante la seriedad de la voz del hombre—. ¿Qué opina de nuestro lugar en todo esto, Anna?

—Lo que sea o deje de ser no es el problema —dijo ella, contenta porque al fin la conversación fuera por unos derroteros que conocía—. Lo que importa es lo que significa. Esto lo cambia todo y, aunque se trate de algo maravilloso, será difícil de asumir. La gente tendrá que aprender cómo encaja algo así en su comprensión del universo. O cuál es su relación con Dios y qué nos dice esa cosa sobre él. Al estar aquí, podemos ofrecer un consuelo que no podríamos de ninguna otra manera.

—Estoy de acuerdo —añadió Cortez—. Nuestro trabajo es ayudar a que la gente comprenda los grandes misterios, y este es algo único.

—No —empezó a decir Anna—. No me refería a explicarles nada, sino a...

—Juega bien tus cartas y puede que consigas cuatro años más para Esteban —dijo Tilly alzando la voz por encima de ella—. Eso sí que sería un milagro.

Cortez dedicó una amplia sonrisa a una persona al otro lado de la habitación. Un hombre de un grupo pequeño que llevaba una túnica ancha y naranja levantó una mano para saludarlos.

—Hay que ver qué pintas —dijo Tilly.

—Creo que son representantes de la Iglesia del Ascenso de la Humanidad —dijo Anna.

Tilly negó con la cabeza.

—Ascenso de la Humanidad. Venga ya, ¿en serio? Es como inventarnos nuestra propia religión y fingir que somos dioses.

—Cuidado —advirtió Cortez—. No son los únicos.

Al ver la incomodidad de Anna, el padre Michel intentó rescatarla:

—Doctora Volovodov, conozco a la más anciana de ese grupo. Una mujer maravillosa. Me gustaría presentársela. Si nos disculpan...

—Un momento —empezó a decir Anna, pero se quedó callada al ver que de improviso toda la estancia se quedaba en silencio.

El padre Michel y Cortez se habían quedado mirando hacia algo en el centro del grupo de personas que estaban reunidas junto al bar, y Anna rodeó a Tilly para ver mejor qué era. Al principio le costó distinguirlo porque todo el mundo se estaba apartando hacia las paredes, pero al poco quedó al descubierto un joven vestido con un espantoso traje rojo. Se había derramado algo encima: de su pelo y los hombros de su chaqueta chorreaba hacia el suelo un fluido transparente. Un fuerte olor a alcohol inundó el lugar.

—¡Eso es por la gente del Colectivo Ashtun! —gritó el hombre con una voz que destilaba miedo y emoción—. ¡Etienne Barbara libre! ¡El pueblo afgano libre!

—Ay, Dios mío —dijo el padre Michel—. Va a...

Anna no vio cómo se inició el fuego, pero de repente el joven estaba envuelto en llamas. Tilly gritó. La mente conmocionada de Anna solo fue capaz de sentirse molesta ante aquel ruido. ¿Cuándo ponerse a gritar había servido para resolver un problema? Se dio cuenta de que centrarse en lo molesta que se sentía era su manera de evitar el horror que tenía enfrente, pero solo de una manera distante y onírica. Estaba a punto de decir a Tilly que cerrara la boca, pero justo en ese momento se activó el sistema antiincendios y cinco chorros de espuma salieron disparados de unas torretas ocultas en las paredes y el techo. El hombre en llamas quedó cubierto por burbujas blancas y el fuego se apagó en cuestión de segundos. El olor a pelo quemado pugnaba con el del alcohol para dominar el ambiente.

Antes de que reaccionara nadie más, el personal de la armada comenzó a entrar en la habitación. Hombres y mujeres jóvenes, de gesto adusto y con armas ligeras enfundadas, dijeron a todo el mundo con voz calmada que se mantuvieran tranquilos mientras trabajaba el personal de emergencia. Unos paramédicos se acercaron al aspirante a suicida para quitarle la espuma. El hombre parecía estar más sorprendido que herido. Luego le colocaron unas esposas y lo subieron a una camilla. En menos de un minuto se lo habían llevado de la estancia. Cuando desapareció, los que llevaban armas se relajaron un poco.

—La verdad es que lo han solucionado muy rápido —dijo Anna a la mujer armada que tenía más cerca—. Qué bien.

La joven, que parecía solo algo mayor que una estudiante, rio.

—Está usted en un acorazado, señora. Nuestros sistemas antiincendios son muy fiables.

Cortez se había acercado a toda velocidad al otro lado de la sala y hablaba con el oficial superior en voz muy alta. Parecía molesto. El padre Michel rezaba en silencio, y Anna sintió la necesidad de hacer lo propio.

—Muy bien —dijo Tilly haciendo un gesto hacia la estancia con la copa vacía de champán. Tenía la cara pálida a excepción de dos brillantes marcas rojas en las mejillas—. Quizás este viaje no vaya a ser tan aburrido como pensaba.

9

Toro

Todo habría sido más rápido si Toro hubiese pedido más ayuda, pero hasta que no supiera bien lo que tenía que hacer no quería confiar en mucha gente. O mejor dicho, en nadie.

Que la tripulación estuviera conformada por unas mil personas hacía que las cosas fueran algo más complicadas de lo que habrían sido en otras circunstancias. Con un equipo tan grande, el jefe de seguridad tenía que estar pendiente de cosas como que algunos miembros de departamentos que no tenían nada que ver se reunieran a horas intempestivas. Tenía que buscar desviaciones de las pautas que se establecían en todas las naves. Como aquella era una travesía de prueba, la *Bégimo* aún no tenía ninguna pauta que seguir. Todo era un caos aún, ya que la tripulación y la nave se estaban conociendo. Faltaba tomar decisiones, crear rutinas, costumbres, cultura. Aún no había nada normal, por lo que tampoco había nada extraño.

Por otra parte, solo eran mil personas.

En toda nave había un mercado negro. Seguro que había alguien en la *Bégimo* que intercambiaba sexo por favores. Y otra persona montaría una partida de cartas, un salón de *pachinko* o estaría organizando una mafia que cobrara a cambio de protección. Habría sobornos para que alguien hiciera algo o para que no lo hiciera. Era lo que ocurría cuando juntabas a tanta gente. El trabajo de Toro no era arrancarlo de raíz, sino mantenerlo a un nivel con el que la nave pudiera salir adelante. Y establecer límites.

Alexi Myerson-Freud era nutricionista. Había tenido trabajos corrientes en Tycho, la mayor parte de ellos en las cubas de levadura, en las que se encargaba de ajustar la bioingeniería para producir la mezcla correcta de compuestos químicos, minerales y sales que mantenían vivos a los humanos. Se había casado dos veces, tenido un hijo al que no veía desde hacía cinco años y formaba parte de un grupo de juegos de guerra que simulaba batallas antiguas para enfrentarse a los grandes generales de la historia. Era ocho años

más joven que Toro. Tenía el pelo marrón, del color de la porquería, una sonrisa incómoda y un segundo trabajo en el que se dedicaba a vender una mezcla de drogas estimulantes y eufóricas que los cinturianos llamaban polvo de hadas. Toro le había seguido la pista hasta estar seguro del todo.

Pero incluso después de confirmarlo, esperó unos días. No mucho. Lo suficiente para poder seguir a Alexi mediante los sistemas de seguridad. Necesitaba asegurarse de que no había un pez más gordo por encima de él, un compañero que pasara más desapercibido o un vínculo con el equipo del propio Toro. O peor, Dios no lo quisiera, con Ashford. No lo había.

Lo cierto era que no quería hacerlo. Sabía lo que iba a ocurrir y siempre era más fácil retrasarlo quince minutos más, o hasta después del almuerzo, o hasta el día siguiente. El problema era que cada vez que lo posponía, significaba que alguien más haría su turno colocado y era posible que cometiera un error muy estúpido, que dañara la nave, que se hiciera daño o que se matara.

El momento llegó a mitad del segundo turno. Toro bajó su consola, se levantó, cogió unas pocas pistolas de la armería y realizó una llamada con el terminal portátil.

—¿Serge?

—Jefe.

—Voy a necesitarte a ti y a uno más. Vamos a por un traficante.

El silencio que se hizo en la línea parecía fruto de la sorpresa. Toro esperó. De ahí también podía sacar información.

—Claro —respondió Serge—. Ahora voy.

Serge llegó a la oficina diez minutos después con otra empleada de seguridad, una mujer de sonrisa adusta y hombros anchos que se llamaba Corin. Era una buena elección. Toro hizo una nota mental a favor de Serge y les dio armas a los dos. Corin comprobó el cargador de su pistola, la enfundó y esperó. Serge se la pasó entre las manos para calibrar el peso y el tacto del arma antes de encogerse de hombros con un gesto de las manos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó.

—Venid conmigo —respondió Toro—. Si alguien intenta que no haga mi trabajo, dadle un aviso y luego disparad.

—Muy directo —dijo Serge con un tono con el que parecía aprobar las palabras de Toro.

El complejo de procesamiento de alimentos estaba en una de las zonas más profundas de la nave, cerca de la enorme y vacía superficie interior. En su largo periplo hacia las estrellas, la *Nauvoo* habría tenido terrenos de labranza

en aquel pequeño mundo interno, pero en la *Bégimo* no había nada en particular. Lo que antes era lógico había pasado a ser una estupidez con solo cambiar el contexto. Toro conducía el pequeño carrito eléctrico y las ruedas de espuma chirriaban contra las rampas. En las estancias y los pasillos, los tripulantes se detenían a mirar. Algunos fijamente. Llamaba la atención que tres agentes de seguridad armados viajaran juntos. Toro no estaba seguro de si era algo bueno.

Cerca de las cubas el aire olía diferente. Allí había más partículas volátiles sin filtrar. El complejo de procesado era una red de tubos, cubas y columnas de destilación. La mitad de los instrumentos del lugar estaban apagados, abandonados a la espera de una población más numerosa a la que alimentar. O a la espera de que los arrancaran para hacer hueco.

Encontraron a Alexi con el agua hasta las rodillas en una tina de tratamiento de aguas, con unas botas de goma naranjas que le cubrían las piernas y las manos llenas de unas algas verdes y frondosas. Toro señaló a Alexi y luego a la pasarela en la que estaban Serge, Corin y él. Le pareció notar un asomo de inquietud en la expresión del hombre. Era difícil de decir.

—No puedo salir ahora —dijo el traficante mientras levantaba una hoja grande y húmeda—. Estoy ocupado.

Toro asintió y se volvió hacia Serge.

—Quedaos aquí. No dejéis que vaya a ninguna parte. Vuelvo en un momento.

—*Sa sa*, jefe —respondió Serge.

Para llegar al vestuario había que bajar una escalerilla y atravesar otra estancia. La hilera de taquillas de color verde guisante para los efectos personales se había arrancado de la pared, girado noventa grados y colocado de nuevo para que casara con la gravedad de impulso. En las partes en las que la hilera no se alineaba bien con la pared habían quedado manchas y filamentos, restos de cuando habían calafateado las taquillas. Había otros dos técnicos de tratamiento de aguas sentados en los bancos medio desvestidos, hablando y flirteando. Se quedaron en silencio cuando Toro entró en la estancia. Él les sonrió, saludó con la cabeza y se digirió hacia una taquilla que había al fondo. Al llegar, se dio la vuelta.

—¿Esta es de alguien? —preguntó.

Los dos técnicos se miraron.

—No, señor —dijo la mujer mientras se cerraba un poco más el mono—. La mayoría están vacías.

—Muy bien —dijo Toro.

Tecleó su código de anulación y abrió la portezuela. El morral que había en el interior era verde y gris, la típica bolsa en la que uno mete la ropa cuando va al gimnasio. Pasó un dedo por el cierre. Había unos cien viales de polvo amarillo blancuzco, algo más granuloso que la leche en polvo. Cerró la bolsa y se la echó al hombro.

—¿Hay algún problema? —preguntó el técnico varón. Lo dijo con tono vacilante, pero no asustado. Con curiosidad, quizás. Inquieto. Bueno, a Dios le gustaban los mirones, y a Toro también.

—Que sepáis que Myerson-Freud acaba de dejar de vender polvo de hadas —afirmó Toro—. Decídselo a todos vuestros amigos, ¿vale?

Los técnicos se miraron con las cejas arqueadas mientras Toro salía de la estancia. Cuando volvió a la cuba de algas, soltó el bolso y señaló a Alexi y luego a la pasarela, justo lo mismo que había hecho antes. En esa ocasión, el técnico se quedó pálido. Toro esperó mientras Alexi se afanaba para salir de las aguas profundas y subir a la pasarela.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alexi—. ¿Qué hay en esa bolsa?

Toro negó con la cabeza despacio y solo una vez. El desasosiego en la expresión de Alexi valía casi como una confesión. Aunque tampoco es que Toro la necesitara.

—Oye, güey —dijo Toro—, solo quería que supieras que lo siento mucho.

Dio un puñetazo a Alexi en la nariz. El cartílago y el hueso cedieron bajo sus nudillos y un chorro de sangre roja y resplandeciente bajó despacio por el gesto sorprendido del hombre.

—Ponedlo en la parte de atrás del carrito —dijo Toro—. Donde todo el mundo lo pueda ver.

Serge y Corin intercambiaron una mirada muy parecida a la de la pareja del vestuario.

—¿Vamos al calabozo, jefe? —preguntó Serge con un tono que denotaba que ya sabía la respuesta.

—¿Tenemos calabozo? —preguntó Toro mientras recogía la bolsa de lona.

—No lo creo.

—Pues entonces, no.

Toro había planeado una ruta que pasaba por las zonas públicas más concurridas entre la parte interior de la nave y la más cercana al casco. Los rumores ya habían empezado a correr y había espectadores a lo largo de todo el recorrido. Alexi emitía agudos gemidos cuando no estaba gritando, suplicando o pidiendo ver al capitán. A Toro le vino de improviso a la mente

un recuerdo instintivo de su juventud en el que llevaban un cerdo al matadero. No sabía cuándo había ocurrido, pero el recuerdo estaba ahí, flotando sin relación alguna junto al resto de su vida.

Tardaron casi media hora en llegar a la esclusa de aire. Se había congregado un grupo, un pequeño mar de caras, muchas de ellas delgadas y sobre cuerpos alargados. Los cinturianos querían ver cómo el terrícola mataba a uno de los suyos. Toro los ignoró. Pulsó el código en el panel, abrió la puerta interior, volvió al carrito y levantó a Alexi con un brazo. En baja gravedad debería haber sido algo sencillo, pero Toro empezó a jadear antes de llegar de nuevo a la esclusa. No ayudaba que Alexi no dejara de forcejear. Toro lo empujó dentro, cerró la puerta interior, pulsó el código de control manual y abrió la puerta exterior sin evacuar antes el aire. La explosión resonó por la cubierta de metal como una campana distante. En el monitor, la esclusa estaba vacía. Toro cerró la puerta exterior. Mientras el compartimento se llenaba de aire, volvió de nuevo al carrito. Se quedó de pie en la parte trasera en la que Alexi había estado hacía un momento y cogió el morral con ambas manos. Tenía sangre en una manga y en la rodilla izquierda.

—Esto es polvo de hadas, ¿de acuerdo? —dijo a la multitud. No usó el terminal para amplificar la voz. No lo necesitaba—. Voy a dejarlo en la esclusa de aire durante dieciséis horas y luego lo lanzaré al vacío. Si cuando lo vaya a hacer hay más de ese polvo en la esclusa, pues bienvenido sea. No pasará nada. Si desaparece algo de lo que hay dentro, habrá problemas. Id a contárselo a todo el mundo. Y el próximo pendejo que empiece su turno colocado tendrá que vérselas conmigo.

Volvió a la esclusa despacio para que lo viera todo el mundo. Abrió la puerta interior, tiró dentro el morral, se dio la vuelta y se marchó dejando abierta la esclusa. Al ponerse al volante del carrito, sintió la tensión entre la multitud, pero no le molestó en absoluto. Otras cosas sí le molestaban. Lo que acababa de hacer era la parte sencilla. Lo que venía a continuación era lo complicado, porque iba a tener menos control sobre la situación.

—¿Quieres que apostemos una guardia en la puerta, jefe? —preguntó Serge.

—¿Crees que es necesario? —preguntó Toro. No esperaba respuesta y no la obtuvo. El carrito empezó a moverse mientras los espectadores se apartaban a su paso como una manada de antílopes ante un león. Toro condujo de nuevo hacia las rampas que llevaban a la oficina del departamento de seguridad.

—Qué fuerte —dijo Corin. Sonó como algo bueno.

El despacho del capitán estaba decorado con obras de arte religioso. Ángeles cerúleos y áureos que sostenían las parábolas de los arcos que se elevaban sobre sus cabezas hasta la figura de Dios, juicioso y barbudo. Un Jesucristo benefactor miraba desde las alturas en la pared de detrás del escritorio de Ashford, con sus rasgos caucásicos tranquilos y sosegados. No se parecía en nada al hombre sanguinolento, retorcido y crucificado al que Toro estaba acostumbrado. Junto a la figura del Salvador había imágenes de abundancia: trigo, maíz, cabras, vacas y estrellas. El capitán Ashford deambulaba con parsimonia delante de las rodillas de Jesús, con gesto lúgubre, exaltado e iracundo. Michio Pa estaba sentada en la otra silla de invitados y se preocupaba de no mirar a Ashford ni a Toro. Fuera cual fuese la situación de las naves científicas marcianas y su escolta militar, o la de la enorme flotilla de la Tierra, quedó olvidada de momento.

Toro no permitió que el desasosiego se hiciera patente en su expresión.

—Esto es inaceptable, señor Baca.

—¿Por qué lo dice, señor?

Ashford se detuvo, colocó sus grandes manos en el escritorio y se inclinó hacia delante. Toro miró los ojos inyectados en sangre del capitán y se preguntó si dormiría lo suficiente.

—Ha matado a un miembro de mi tripulación —afirmó Ashford—. Lo ha hecho con evidente premeditación. Y delante de cientos de testigos.

—Venga, tener testigos es lo mejor, además de las cámaras de vigilancia —respondió Toro. No fue una buena respuesta.

—Queda relevado de su cargo, señor Baca. Y confinado en su camarote hasta que regresemos a la estación Tycho, donde se le juzgará por asesinato.

—Ese hombre vendía drogas a la tripulación.

—¡En ese caso, debería haberlo arrestado!

Toro respiró hondo y soltó el aire poco a poco por la nariz.

—¿Considera que lo que tenemos a nuestro cargo es una estación espacial o una nave de guerra, señor? —preguntó. Ashford frunció el ceño y negó con la cabeza. A la derecha de Toro, Pa se agitó en su asiento. Al ver que no decían nada, Toro continuó—. Lo pregunto porque, si estoy haciendo de policía, pues sí, debería haberlo llevado al calabozo, si tuviéramos. Y él debería haber contratado a un abogado. Podríamos haber hecho todo ese paripé. Pero lo que creo es que no estamos en una estación espacial. Esto es un acorazado y mi misión aquí es mantener la disciplina militar en una

potencial zona de combate. No la disciplina naval de la Tierra, ni la de Marte, sino la disciplina de la APE. Hacerlo a la manera cinturiana.

Ashford enderezó la espalda.

—No somos anarquistas —dijo con un tono de voz rebosante de desprecio.

—Quizá me equivoque, pero la tradición de la APE es que cuando alguien hace algo que pone en peligro directo la nave, se le manda a tomar viento donde no corre el aire —dijo Toro.

—Lo ha sacado por la fuerza de una cuba de agua. ¿Cómo estaba poniendo en peligro la nave? ¿Qué iba a hacer, tirarle algas? —preguntó Pa con voz crispada.

—La gente está trabajando de colocón —respondió Toro mientras cerraba la mano alrededor de la rodilla—. Si no me creen, pregunten por ahí. Y venga ya, es hasta normal, ¿verdad? Tenemos por delante tres veces el trabajo que somos capaces de hacer. El polvo de hadas evita que se sientan agotados. Así no se toman descansos. No bajan el ritmo. Hacen más. Pero el problema que tiene la irresponsabilidad es que hace falta responsabilidad para fijarse en ella. Ya tenemos heridos. Era cuestión de tiempo que muriera alguien. O peor.

—¿Está diciendo que este hombre era el responsable del mal rendimiento en el trabajo de los demás y que por eso lo ha matado? —preguntó Ashford, pero se le notaba agotado. Estaba a punto de ceder como cartón mojado. Toro se dio cuenta de que la debilidad de Ashford iba a jugar a su favor en esa ocasión, pero seguía sin gustarle.

—Lo que digo es que ese hombre estaba poniendo la nave en peligro para mejorar su situación financiera. Es como si se dedicara a robar filtros de aire. Algo que seguro que hacía también. Había una demanda y él la satisfacía. De encerrarlo, lo único que habría conseguido es incrementar el riesgo y que los precios subieran. Si te pillan, la única consecuencia sería arriesgarte a ir a la cárcel cuando volvámos a Tycho.

—Y por eso ha decidido usted que el riesgo va a ser la muerte.

—No —negó Toro—. Bueno, sí, pero no le he disparado. He hecho lo que ustedes hacen a quienes ponen en peligro la nave. Los cinturianos entienden lo que significa que lancen a alguien al vacío. Es una buena manera de controlarlos.

—Ha sido un error.

—Tengo una lista con cincuenta compradores suyos —dijo Toro—. Algunos son técnicos muy buenos. Hay unos pocos supervisores intermedios. No podemos encerrarlos a todos porque no tenemos gente suficiente para

mantener la nave, pero ya no lo harán más. Ya no hay material. Si quiere, puedo hablar con ellos. Les puedo hacer saber que los vigilo.

Pa rio entre dientes sin ganas.

—Eso sería complicado si estuvieras detenido en el calabozo —dijo.

—No tenemos calabozo —repitió Toro—. El plan iba a ser que los ancianos religiosos convencieran a todos de no volver a hacerlo. —Intentó que el tono de voz no sonara sarcástico.

Ashford titubeó. Era como ver un gato intentando decidir si saltaba de una rama de un árbol a otra. Tenía una expresión calculadora, precavida, indecisa. Toro esperó.

—Que no vuelva a ocurrir —dijo Ashford—. La próxima vez que decida que tiene que lanzar a alguien por la esclusa de aire, venga a preguntarme. Yo seré el que pulse el botón.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo, qué? —espetó Ashford. Toro bajó la cabeza para mirar la cubierta. Había logrado lo que pretendía. Podía permitir que Ashford sintiera que había conseguido una pequeña victoria también.

—Quiero decir, sí, señor, capitán, recibido. Entendido y cumpliré con ello.

—Más le vale hacerlo —dijo Ashford—. Y ahora, vuelva al trabajo de una vez.

—Sí, señor.

Cuando se cerraron las puertas detrás de él, Toro se apoyó en la pared y respiró hondo varias veces. Era muy consciente de los sonidos de la nave: el quedo retumbar de los recicladores de aire, el murmullo distante de las voces, los pitidos y repiqueteos de miles de sistemas de alarma diferentes. El aire olía a plástico y a ozono. Había tomado una decisión arriesgada y se había salido con la suya.

Mientras descendía piso a piso, notó que todo el mundo centraba su atención en él. En el ascensor, un hombre evitó su mirada. En el recibidor que había fuera de la oficina de seguridad, una mujer le sonrió y asintió, nerviosa como el ratón que huele un gato. Toro le devolvió la sonrisa.

En la oficina de seguridad, Serge y otro hombre del equipo (un europeo llamado Casimir) levantaron los puños para saludarlo en el idioma corporal de los cinturianos. Toro les devolvió el gesto y paseó por la estancia.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

—Varias docenas de personas han ido a dejar más —respondió Serge—. Supongo que habrá como medio kilo adicional de polvo que ha salido de la

nada.

—Perfecto.

—Tengo un registro de todos los que han entrado. ¿Quieres que los marque en el sistema?

—Qué va —respondió Toro—. Les he dicho que no pasaría nada. Puedes borrar el archivo.

—Como mandes, jefe.

—Estaré en mi despacho —dijo Toro—. Avisadme si ocurre algo. Y que alguien ponga el café al fuego.

Se sentó en su escritorio con los pies apoyados en el respaldo de la silla y se inclinó hacia delante. De improviso estaba muy cansado. Había sido un día muy largo y horrible, y haber podido soltar el lastre que llevaba agobiándole desde hacía semanas le hacía sentir como si hubiese salido de la cárcel. Le llevó un minuto o dos darse cuenta de que Michio Pa le había enviado un mensaje. La segunda de a bordo no había solicitado una llamada. Por tanto, no quería hablar con él. Solo quería decirle algo.

En la grabación, la cara de la mujer estaba iluminada desde abajo con la luz de la pantalla del terminal portátil. Esbozaba una sonrisa fina, forzada y que se desvanecía en dirección a los pómulos.

—Sé por qué lo has hecho. Ha estado muy bien. Eres muy listo. Has conseguido ondear la bandera de la APE y que el viejo tenga miedo de que la tripulación se ponga de tu parte. Como si fueras más cinturiano que él. Muy elegante.

Toro se rascó la barbilla. Las uñas le raspaban contra la barba que le había crecido desde la mañana. Supuso que no ganarse ningún enemigo con aquello sería demasiado pedir, pero lamentó que esa enemiga fuese Pa.

—A mí no me la vas a dar con queso. Los dos sabemos que matar a alguien no te convierte en una persona admirable. Esto no lo voy a olvidar. Espero que aún quede en ti algo de conciencia y que te reconcome lo que acabas de hacer.

La grabación terminó y Toro sonrió con tristeza a la pantalla apagada.

—Siempre me reconcome —dijo al terminal portátil—. Y también lo hará la próxima vez.

10

Holden

La *Rocinante* no era una nave pequeña. La tripulación normal de la nave era de más de una docena de personal de la armada y oficiales, y en muchas misiones también podía transportar a seis marines. Tripular la *Roci* con cuatro personas significaba que todo el mundo tuviera que hacer más de un trabajo y que no dispusieran de mucho tiempo libre. También significaba que al principio les resultara bastante fácil evitar a los cuatro desconocidos que viajaban en la nave. El equipo de documentales no podía entrar al centro de mando, ni en la cubierta de esclusas, ni en el taller ni en ingeniería; estaban confinados a las dos cubiertas de tripulación y solo tenían acceso a sus camarotes, el tigre, la cocina y la enfermería.

Monica era una persona encantadora. Tranquila, amigable y carismática. Si era capaz de incluso una fracción de ese encanto a través de la cámara, no era difícil adivinar la razón de su éxito. El resto, Okju, Clip y Cohen, se esforzaron por entablar amistad y hacer chistes con la tripulación de la *Rocinante*, y también prepararon algunas comidas. Era todo un gesto, pero Holden no sabía si se trataba del típico período feliz que había siempre que una tripulación empezaba a trabajar junta en un viaje largo o, en cambio, era una actitud más calculada. Quizá fuese un poco de ambas.

Pero lo que vio Holden fue cómo su propia tripulación se apartaba. Dos días después de que el equipo de documentales subiera a bordo, Naomi se retiró sin más a la cubierta del centro de mando para aislarse de los demás. Amos se había insinuado con poco entusiasmo a Monica y con algo más de ganas a Okju, pero cuando vio que ambos intentos fracasaban, empezó a pasar la mayor parte del tiempo en el taller. De todos, Alex fue el que dedicó más tiempo a socializar con los pasajeros, y tampoco es que lo hiciera demasiado. A veces se quedaba a dormir en el asiento del piloto.

Todos habían accedido a que los entrevistaran, y Holden sabía que no podría evitarlo por mucho tiempo. Llevaban menos de una semana de viaje y,

a pesar de mantener una buena aceleración, tardarían meses en llegar a su destino. Además, era algo que había quedado estipulado en el contrato. La incomodidad que le causaba casi era suficiente para distraerlo del hecho de que cada día se encontraban más cerca del Anillo y de lo que fuese que Miller quisiera de él. Casi.

—Es domingo —dijo Naomi. Estaba echada en un asiento de colisión cerca del puesto de comunicaciones. Llevaba tiempo sin cortarse el pelo y le había crecido hasta el punto de que empezaba a molestarle. Llevaba diez minutos intentando hacerse una trenza. Los tupidos y negros rizos se le resistían y parecían moverse por voluntad propia. La experiencia decía a Holden que en nada se lo cortaría a la mitad de su longitud. A Naomi le gustaba la idea de dejarse el pelo muy largo, pero no la realidad de tener que hacerlo. Holden se sentó junto al panel de operaciones de combate, miró cómo forcejeaba y dejó que su mente vagara.

—¿Me has oído? —preguntó Naomi.

—Que es domingo.

—¿Vamos a invitar a cenar a los visitantes?

Se había convertido en una costumbre de la nave que, sin importar lo que pasara, todo el mundo intentaba cenar en grupo una vez a la semana. Por acuerdo tácito, solía ser los domingos. El día concreto no importaba demasiado en una nave, pero Holden veía bien hacerlo en domingo porque era una manera de celebrar el fin de la semana y el inicio de otra. Un dulce recuerdo de que aún había todo un Sistema Solar allí fuera, además de ellos cuatro.

Pero lo que no había pensado era invitar al equipo de documentales. Le parecía una invasión. La cena del domingo era para la tripulación.

—No podemos apartarlos —suspiró—. ¿Verdad?

—No, a menos que quieras que comamos aquí arriba. Les has dado permiso para estar en la cocina.

—Joder —dijo Holden—. Deberíamos haberlos dejado confinados en sus camarotes.

—¿Durante cuatro meses?

—Podríamos haberles pasado barritas de raciones y bolsas de suero por debajo de la puerta.

Naomi sonrió y dijo:

—Le toca cocinar a Amos.

—Bien. Lo llamaré y le diré que haga cena para ocho.

Amos preparó pasta con champiñones con mucho ajo y mucho parmesano. Era su plato favorito, y siempre insistía en comprar dientes de ajo de verdad y también parmesano de verdad para gratinar. Un pequeño lujo que tampoco podrían permitirse si acababan teniendo que enfrentarse a Marte en los juzgados.

Mientras Amos salteaba los champiñones y el ajo, Alex puso la mesa y preguntó las bebidas. Holden estaba sentado junto a Naomi a un lado de la mesa y el equipo de documentales se sentó al otro lado. La charla fue educada y agradable, y si la situación tenía algún trasfondo incómodo, Holden no habría sabido explicar por qué.

Holden les había pedido que no llevaran cámaras ni equipo de grabación a la mesa, y Monica había aceptado la petición. Clip, el marciano, hablaba de acontecimientos deportivos históricos con Alex. Okju y Cohen, sentados frente a Naomi, contaban historias del último trabajo que habían realizado, cubriendo la inauguración de una nueva estación científica en órbita geoestacionaria alrededor de Mercurio. Debería haber sido una situación agradable, pero no lo era.

Holden dijo:

—No solemos comer así de bien cuando volamos, pero siempre intentamos preparar algo especial para la cena semanal de la tripulación.

Okju sonrió y dijo:

—Huele que alimenta.

La mujer llevaba media docena de anillos, una blusa de botones, un pendiente de plata y una peineta de color marfil que usaba para sujetar su pelo castaño y encrespado. El encargado de sonido tenía la cabeza apuntando hacia la nada y estaba tranquilo, con unas gafas oscuras que le cubrían la parte superior de la cara y una expresión apacible y campechana. Monica se fijó en cómo Holden miraba a los suyos, esbozó una ligera sonrisa y no dijo nada.

—A zampar —anunció Amos, y empezó a llenar cuencos de comida en la mesa. Mientras se pasaban los cuencos, Okju agachó la cabeza y murmuró algo. Holden tardó un instante en darse cuenta de que rezaba. No había visto a nadie hacerlo desde hacía años, desde que se había marchado de casa. Uno de sus padres, Caesar, rezaba a veces antes de las comidas. Holden esperó a que terminara antes de empezar a comer.

—Está muy bueno —dijo Monica—. Gracias.

—De nada —respondió Holden.

—Hace una semana que partimos de Ceres —dijo la mujer—, y creo que ya estamos todos cómodos en la nave. Me preguntaba si podríamos empezar a

programar algunas entrevistas preliminares. Sería más que nada para probar nuestro equipo.

—Puedes entrevistarme a mí —propuso Amos sin esconder una mirada lasciva.

Monica le sonrió, atravesó un champiñón con el tenedor y miró al mecánico mientras se metía la comida en la boca y empezaba a masticarla muy despacio.

—De acuerdo —respondió la mujer—. Podemos empezar con algo de trasfondo profesional. ¿Baltimore?

El silencio que siguió a la pregunta se volvió electrizante. Amos empezó a ponerse en pie, pero la mano apaciguadora de Naomi en su brazo lo detuvo. El mecánico abrió la boca, la cerró y miró su plato ruborizado. El cuero cabelludo y la nuca se le habían puesto de un rojo resplandeciente. Monica miró su plato con un gesto que era mezcla de vergüenza y enfado.

—No es una buena idea —dijo al fin Holden.

—Capitán, puedo tener en cuenta los delicados temas personales de tu tripulación, pero habíamos llegado a un acuerdo. Y, con todo el respeto, nos has tratado a los míos y a mí como a extraños.

La comida empezaba a enfriarse en la mesa. Casi nadie la había tocado.

—Lo entiendo. Vosotros habéis cumplido vuestra parte del trato —dijo Holden—. Nos habéis sacado de Ceres y nos habéis pagado. Nosotros no hemos cumplido con la nuestra. De acuerdo. Mañana reservaré una hora y empezaremos. ¿Vale?

—Claro —respondió la mujer—. Vamos a comer.

—Conque Baltimore, ¿eh? —dijo Clip a Amos—. ¿Te gusta el fútbol americano?

Amos no respondió, y Clip no insistió en el tema.

Lo único que quería Holden después de la incómoda cena era meterse en la cama, pero mientras se cepillaba los dientes en el tigre, Alex fingió que entraba por casualidad y dijo:

—Sube al centro de mando, capi. Me gustaría decirte algo.

Holden lo siguió y, al llegar, vio que Amos y Naomi ya estaban esperando. Naomi estaba reclinada con las manos detrás de la cabeza, pero Amos se había sentado al borde de un asiento de colisión con ambos pies en el suelo y las manos entrelazadas formando un gran puño delante de su cara. Aún tenía una expresión sombría y llena de rabia.

—Bueno, Jim —empezó a decir Alex mientras se dirigía hacia otro asiento de colisión y se derrumbaba en él—, la cosa no ha empezado bien.

—Está hurgando en nuestro pasado —dijo Amos a nadie en particular, sin levantar la vista del suelo—. Sabe cosas que no debería saber.

Holden sabía a qué se refería Amos. La referencia de Monica a Baltimore era una alusión a la infancia de Amos, resultado de una red de prostitución ilegal particularmente desagradable. Pero Holden no podía reconocer que lo sabía. Él mismo solo estaba enterado porque había oído sin permiso una conversación. No tenía interés alguno en humillar más a Amos.

—Es periodista. Hacen ese tipo de investigaciones —afirmó.

—No solo es periodista —replicó Naomi—. Es buena persona. Es encantadora y amigable, y a todos nosotros nos gustaría que nos cayera bien.

—¿Y eso es un problema? —preguntó Holden.

—Es un problema de cojones —respondió Amos.

—Yo estaba en la *Canterbury* por una razón, Jim —intervino Alex. Su acento del Valles Marineris había dejado de sonar absurdo y solo parecía algo triste—. No necesito alguien que se ponga a airear mi mierda.

La *Canterbury*, el carguero de hielo en el que todos habían trabajado juntos antes del incidente de Eros, era un trabajo de la peor calaña para los que se querían ganar la vida volando. Atraía a la gente que había fracasado por su incompetencia o a quienes no habían podido superar la revisión de antecedentes necesaria para acceder a un trabajo mejor. O, como en el caso de Holden, a aquellos que tenían su expediente mancillado por una expulsión deshonrosa del ejército. Después de haber servido con aquella pequeña tripulación desde hacía años, Holden sabía que la incompetencia no era lo que los había llevado a la *Canterbury*.

—Lo sé —dijo Holden.

—Yo también, capi —convino Amos—. Mi pasado está lleno de cosas pasadas.

—También el mío —dijo Naomi.

Cuando empezaba a articular una respuesta, Holden se detuvo al percibir el impacto de lo que acababa de oír. Naomi ocultaba algo que la había llevado a aceptar un trabajo que en esencia era de simple mecánica en la *Canterbury*. En fin, por supuesto que así era. Holden nunca había querido pensar en ello, pero era evidente. Era la ingeniera con más talento que había conocido jamás. Sabía que tenía títulos de dos universidades diferentes y había terminado el entrenamiento de oficial de vuelo de tres años en dos. Había empezado su carrera con pretensiones de llegar a puestos de mando. Pero había ocurrido

algo y Naomi nunca le había contado lo que era. Holden frunció el ceño con gesto inquisitivo y la miró, pero ella hizo una leve negación con la cabeza para que no le preguntara nada.

La fragilidad de su pequeña familia le afectó mucho. Los caminos que habían hecho que se juntaran eran tan diversos, improbables y absurdos como podían llegar a ser. Y el universo podía separarlos con la misma facilidad. Todo aquello le hacía sentir pequeño, vulnerable y un poco a la defensiva.

—Todos recordáis por qué hacemos esto, ¿verdad? —preguntó Holden—. ¿El bloqueo? ¿Marte intentando reclamar la *Rocinante*?

—No teníamos elección —respondió Naomi—. Lo sabemos. Todos estuvimos de acuerdo en aceptar el trabajo.

Amos asintió. Luego Alex dijo:

—Nadie dice que no deberíamos haberlo aceptado. Lo que decimos es que el cantante de este grupo eres tú.

—Sí —dijo Naomi—. Tienes que mostrarte muy interesante para que esa gente de los documentales se olvide del resto de nosotros. Ese es tu trabajo durante el resto del viaje. Es la única manera de hacer que todo funcione.

—No —dijo Amos sin levantar aún la cabeza—. Hay otra manera, aunque la verdad es que nunca he lanzado a un ciego por una esclusa de aire. No sé qué se sentirá. Puede que no sea muy divertido.

—Muy bien —aceptó Holden haciendo gestos tranquilizadores con las manos—. Entendido. Intentaré que las cámaras se centren en mí tanto como pueda, pero es un viaje largo. Tened paciencia. Cuando lleguemos al Anillo, quizá se hayan cansado de nosotros y podamos deshacernos de ellos y colárselos a otra nave.

Se quedaron un instante en silencio, y luego Alex negó con la cabeza.

—Bueno —dijo el piloto—, creo que acabamos de encontrar el único motivo para que tenga ganas de llegar allí.

Holden despertó sobresaltado y se rasco con fuerza la nariz. Recordó que acababa de notar como si algo intentara metérsele dentro. En la nave no había bichos, así que tenía que ser un sueño. Aunque el picor era real.

Mientras se rascaba dijo:

—Lo siento. Ha sido una pesadilla o algo así. —Y tocó el lado de la cama junto a él. Estaba vacío. Naomi habría ido al tigre. Respiró y soltó el aire poco a poco por la nariz varias veces para intentar librarse de la sensación de

escozor. La tercera vez que soltó el aire, una luciérnaga azul apareció de repente y se alejó volando. Holden notó el ligero aroma a acetato en el aire.

—Tenemos que hablar —dijo una voz familiar en la oscuridad.

A Holden se le cerró la garganta. El corazón empezó a latirle con fuerza. Se puso la almohada en la cara e intentó reprimir las ganas de gritar por la frustración y la rabia que sentía por ese conocido pánico que le atenazaba el pecho.

—Mira, una vez llegó un novato —empezó a decir Miller—. Era un buen chico, aunque tú lo habrías odiado.

—Estoy harto de esta mierda —dijo Holden mientras se quitaba la almohada de la cara y la arrojaba a un lado, en dirección a la voz de Miller. Dio un manotazo a la consola de la cama y encendió las luces de la habitación. Miller estaba junto a la puerta, con la almohada detrás, vestido con el mismo traje gris arrugado y el sombrero *pork pie* de siempre. Se removía como si tuviese un sarpullido.

—Nunca aprendió del todo a tener controlada una habitación, ¿sabes? —continuó Miller. Tenía los labios negros—. Esquinas y puertas. Es lo que siempre intentaba decirle. Lo importante siempre son las esquinas y las puertas.

Holden extendió el brazo hacia la consola de comunicaciones para llamar a Naomi, pero se detuvo. Quería que Naomi se presentara allí para que el fantasma desapareciera como siempre hacía. Pero también se temía que en esa ocasión no sería así.

—Escucha, es necesario que tengas controlada la habitación —dijo Miller con el gesto contorsionado por la confusión y el entusiasmo, como una persona drogada que intenta recordar algo importante—. Si no tienes controlada la habitación, la habitación se te come.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Holden—. ¿Por qué me haces ir a ese lugar?

Una profunda desesperación se apoderó de la expresión de Miller.

—Pero ¿qué coño te acabo de decir? Cuando ves una habitación llena de huesos, la única certeza es que algo ha muerto. Eres el depredador hasta que te conviertes en la presa. —Se quedó en silencio mirando a Holden, como si esperara una respuesta. Al ver que no llegaba, Miller dio un paso hacia la cama. Algo en la expresión del inspector recordó a Holden las ocasiones en que lo había visto disparar a alguien. El capitán abrió un armario que había junto a la cama y sacó un arma.

—No te acerques más —advirtió sin apuntar a Miller con la pistola aún—. Pero dime una cosa, ¿si te disparo, morirás?

Miller rio. Su gesto se volvió casi humano.

—Depende.

La puerta se abrió y Miller desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Naomi entró con una bata y una burbuja de agua en las manos.

—¿Estás despierto?

Holden asintió, abrió el armario y volvió a dejar el arma. Al parecer, su expresión bastó para que Naomi supiera lo que acababa de ocurrir.

—¿Estás bien?

—Sí. Se ha esfumado cuando has abierto la puerta.

—Tienes pinta de estar aterrorizado —dijo Naomi. Dejó el agua a un lado y se metió bajo las sábanas con él.

—Ahora da más miedo. Antes, pensaba que... No sé lo que pensaba, la verdad. Pero desde que sabe lo de la puerta, no dejo de darle vueltas a lo que quiere decir. Era más fácil cuando no eran más que balbuceos. Palabras que... palabras que no tenían sentido.

Naomi se acurrucó a su lado y lo rodeó con los brazos. Holden sintió que se le relajaban los músculos.

—No podemos dejar que Monica y los suyos sepan nada de esto —dijo Holden. Naomi esbozó una sonrisa un poco apenada—. ¿Qué pasa?

—Que James Holden no se lo va a contar todo a todo el mundo —respondió ella.

—Esto es diferente.

—Lo sé.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Naomi—. ¿Tenía sentido?

—No, pero guardaba relación con la muerte. Todo lo que dice tiene que ver con la muerte.

A lo largo de las semanas siguientes, la vida en la nave entró en una rutina que, si bien no era del todo cómoda, al menos era soportable. Holden pasó mucho tiempo con el equipo de documentales realizando grabaciones, enseñándoles la nave y respondiendo a sus preguntas. ¿Cómo había sido su juventud? Llena de amor, complicada y agrisada. ¿De verdad había salvado la Tierra convenciendo a esa chica medio inconsciente que se había convertido en el cristal semilla para que cambiara de rumbo y se dirigiera a

Venus? No, aquello a grandes rasgos se había resuelto solo. ¿Se arrepentía de algo?

Sonrió y respondió a todo como si en realidad no ocultase nada. Como si lo único que lo llevara hacia el Anillo fuera el contrato que tenía con esa gente. Como si la protomolécula no lo hubiese elegido a él para otra cosa que aún no era capaz de comprender.

En ocasiones, Monica se sentaba con los demás, pero Alex y Naomi le daban solo respuestas educadas, amables y superficiales. Amos salpicaba sus respuestas de efusivas y malsonantes palabrotas, de forma que fuese casi imposible editar el vídeo para un público civilizado.

Cohen resultó ser algo más que el ingeniero de sonido. Las gafas oscuras que llevaba también eran un sistema de retroalimentación por sonar que le permitía crear modelos tridimensionales de cualquier espacio en el que se encontrara. Cuando Amos le preguntó por qué no se había puesto ojos prostéticos, Cohen le había dicho que el accidente en el que los había perdido también le había quemado los nervios ópticos. La terapia de regeneración nerviosa había fallado y estuvo a punto de matarlo al formarle un tumor cerebral descontrolado. Pero la interfaz que permitía a su cerebro transformar los datos del sonar en un entorno tridimensional practicable también lo convertía en un magnífico modelador de efectos visuales. Mientras Monica montaba la historia de la vida de Holden posterior a la destrucción de la *Canterbury*, Cohen creó unas preciosas imágenes renderizadas de todas las escenas. En una ocasión, llegó incluso a mostrar a la tripulación un pequeño vídeo en el que Holden describía el escape de Eros después de la primera infección de la protomolécula, mientras las imágenes mostraban al capitán recorriendo los pasillos llenos de cuerpos del lugar renderizados a la perfección.

A una parte de Holden casi llegaban a gustarle las entrevistas, pero después de ver tan solo unos segundos de aquel Eros generado por ordenador, tuvo que pedir a Cohen que lo apagara. Estaba seguro de que, de alguna manera, verlo podría invocar a Miller, pero no había ocurrido. A Holden no le gustaban los recuerdos en los que aparecía el inspector. El equipo de documentales se adaptó para no forzarlo más de lo que estaba dispuesto a hablar. Que lo comprendieran, por algún motivo, solo hacía que se sintiera aún peor.

Cuando quedaba una semana para llegar al Anillo, alcanzaron a la *Bégimo*. Monica estaba sentada en la cubierta del centro de mando con la tripulación cuando la gigantesca nave de la APE por fin se acercó lo

suficiente a los telescopios de la *Roci* para verla bien. Holden había permitido que fuesen diluyéndose las restricciones de los lugares a los que tenía acceso el equipo de documentales.

Alex silbó y señaló una protuberancia en un costado mientras contemplaban un lento recorrido por el casco de la *Bégimo*.

—Vaya, jefe, esos mormones están mejor armados de lo que recordaba. Eso es una torreta de cañón de riel. Y me apuesto el postre de una semana a que eso son lanzatorpedos.

—Me gustaba más cuando era una nave generacional —respondió Holden. Se conectó con operaciones de combate y ordenó a la *Rocinante* que clasificara el nuevo casco como un acorazado de clase *Bégimo* y añadiera todas sus particularidades y armas al perfil de amenaza.

—Ese es el tipo de robo que solo pueden permitirse hacer los gobiernos —dijo Amos—. Parece que la APE ya va en serio.

—Ya te digo —respondió Alex entre risotadas.

—Marte está intentando más o menos lo mismo con nosotros —dijo Holden.

—Y si nosotros hubiésemos hecho estallar su acorazado antes de largarnos en esta nave, hasta podrían argumentarlo —afirmó Amos—. Pero que yo sepa, lo hicieron los malos.

Naomi no entró en la conversación. Estaba trabajando en algo en la consola de comunicaciones. A Holden le pareció que debía de ser un problema muy complejo, porque la cinturiana estaba muy concentrada y murmuraba en voz baja.

—Habíais estado en la *Nauvoo*, ¿verdad? —preguntó Monica.

—No —respondió Holden. La *Rocinante* empezó a mostrar datos en la pantalla a toda velocidad. Eran los cálculos de la nave sobre la potencia de fuego de la *Bégimo*—. La primera vez que fui a la estación Tycho, aún la estaban construyendo. Cuando empecé a trabajar para Fred Johnson, ya habían disparado la *Nauvoo* contra Eros y la nave iba hacia fuera del Sistema Solar. Sí que pude caminar por la nave que enviaron para recuperarla.

Los datos que mostraba la *Rocinante* eran desconcertantes. La nave parecía creer que la *Bégimo* no tenía la fuerza estructural necesaria para soportar el número y el tamaño de las armas que llevaba. De hecho, parecía indicar que, si el acorazado de la APE llegaba a disparar a la vez dos de sus seis armas de riel de tamaño buque capital, había un treinta y cuatro por ciento de probabilidades de que se resquebrajara el casco. Para entretenerse, Holden ordenó a la *Roci* que creara un paquete táctico para un enfrentamiento

contra la *Bégimo* y se lo enviara a Alex y a Naomi. Lo más probable era que nunca lo necesitaran.

—¿No te gustaba trabajar para la APE? —preguntó Monica. Esbozó la sonrisilla que ponía cuando hacía una pregunta de la que ya conocía la respuesta. Holden sospechó que la periodista sería muy mala jugadora de póquer, pero hasta el momento no había conseguido que jugara con ellos.

—Pues sí y no —respondió, obligándose a sonreír. A ser el James Holden que Monica quería y esperaba. A sacrificarse para acaparar la atención de Monica y que dejara en paz a los demás.

—¿Jim? —llamó Naomi, levantando al fin la cabeza de la consola—. ¿Te acuerdas de la fuga de memoria en comunicaciones que llevo investigando desde hace un mes? Ha empeorado. Me está volviendo loca.

—¿Ha empeorado mucho? —preguntó Alex.

—Fluctúa entre un 0,0021 y un 0,033 —respondió ella—. Ahora tengo que descargar y reiniciar cada par de días.

Amos rio.

—¿Y eso es importante? Porque lo veo y subo una fuga de energía en el tigre que casi llega al uno por ciento.

Naomi se volvió para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Y no me lo habías dicho?

—Te apuesto la paga de un mes a que es por una guía desgastada en las luces. Me encargaré de esa cabrona cuando tenga un momento.

—¿Pasan mucho estas cosas? —preguntó Monica.

—Ni de coña —respondió Alex antes de que lo hiciera Holden—. La *Roci* es de muy buena calidad.

—Sí —convino Amos—. Está tan bien montada que tenemos que obsesionarnos con mierdas del tipo hilillos de memoria o bombillas chungas para tener algo que hacer. —La sonrisa falsa que dedicó a Monica fue indistinguible de una auténtica.

—Aún no has respondido a mi pregunta sobre la APE —señaló Monica mientras giraba su silla hacia la de Holden. Señaló el mapa de amenaza de la *Bégimo* que había creado la *Roci*, en el que los anclajes de las armas aparecían como ampollas rojas y resplandecientes a lo largo del casco—. ¿Va todo bien entre vosotros?

—Sí. Aún seguimos siendo amigos —dijo Holden—. No hay nada por lo que preocuparse.

Se encendió un indicador de proximidad cuando la *Bégimo* lanzó un láser de cálculo de posición al casco de la *Roci*. La *Roci* hizo justo lo mismo. No

eran láseres de objetivo. Solo eran dos naves asegurándose de que no corrían peligro por acercarse demasiado.

No había nada por lo que preocuparse.

«Ya, claro».

11

Melba

Stanni se encontraba justo detrás del hombro izquierdo de Melba, mirando la pantalla. Se frotaba la palma de la mano contra la tela resbaladiza de sus pantalones de trabajo como si intentara aliviarse unos doloridos cuádriceps. Melba había llegado a la conclusión de que el gesto indicaba que el hombre estaba nervioso. La angosta estructura de la *Cerisier* lo situaba tan cerca de ella que Melba notaba en la nuca el sutil calor que desprendía el cuerpo de Stanni. En una situación diferente, estar a esa distancia de un hombre podría ser sinónimo de intimidad. Pero en ese momento no significaba nada. A ella ni siquiera le molestaba.

—*Regarde* —dijo Stanni, agitando la mano—. *Là*. Justo ahí.

El monitor era viejo y tenía un píxel verde y reluciente en la esquina inferior izquierda, un error irreparable y por el que no merecía la pena cambiar la pantalla. Aun así, la definición era mejor que la de un terminal portátil. A ojos inexpertos, el perfil de requerimiento de energía de la AONU *Thomas Prince* podría haber sido un encefalograma, una lectura sismográfica o la representación visual de una canción de bhangra, pero tras unas semanas (que ya eran meses) los ojos de Melba ya no eran inexpertos.

—Lo veo —respondió mientras ponía el dedo en el pico de la gráfica—. ¿Y no sabemos a qué se debe?

—No, joder —dijo Stanni sin dejar de frotarse el muslo—. Está ahí, pero no sé qué es.

Melba se pasó la lengua por la cara interna de los dientes mientras se concentraba para recordar lo que decían los tutoriales sobre picos de energía. De alguna manera, su inexperiencia se había convertido en una cualidad valiosa para el equipo. Stanni y Ren, Bob y Soledad, todos tenían más experiencia, pero ella acababa de aprender lo más básico. En ocasiones, era la única que recordaba algo muy simple que todos los demás ya habían

olvidado. Su análisis de las situaciones era más lento, pero no se saltaba pasos porque no sabía qué pasos se podían saltar.

—¿Ya hemos empezado la vuelta de desaceleración? —preguntó.

Stanni gruñó como si acabara de sentir un dolor repentino.

—Al llegar a gravedad cero, se ha reiniciado un regulador —respondió—. Al menos no es nada serio. Tiene que ser una vergüenza hacer saltar por los aires a todos esos predicadores, *et sa*. Vamos a tener que volver ahí para revisarlos, eso sí.

Melba asintió y tomó nota mental para volver a leer los requisitos de ese proceso. Lo único que sabía era la perogrullada que se repetía en tres de los tutoriales: que cuando una nave dejaba de quemar a mitad de un viaje, giraba sobre sí misma y empezaba a acelerar en dirección contraria, había que ir con mucho cuidado.

—Lo apuntaré en la rotación —dijo Melba mientras sacaba el horario de su equipo. Había un hueco al cabo de diez días en el que tendrían el tiempo suficiente para volver a echarle un vistazo a la gran nave. Reservó la hora, la marcó y se la envió a todo el grupo. Todo le parecía sencillo y natural, como si llevara toda la vida haciéndolo. Algo que, en cierto sentido, era cierto.

La flotilla se acercaba a la última parte del viaje. Habían atravesado la órbita de Urano hacía una semana, y el Sol era poco más que una estrella resplandeciente en el abrumador abismo del oscuro vacío. Los penachos de los motores salían todos en dirección al Anillo y desaceleraban un poco más a cada minuto que pasaba. A pesar de que era una maniobra normal de los motores Epstein, Melba no podía quitarse de la cabeza la sensación de que lo que hacían en realidad era intentar escapar de su destino mientras esa cosa los arrastraba en contra de la voluntad de la nave.

A menos que hablaran de trabajo, el único tema de conversación (ya fuera en la cantina, las máquinas de ejercicios o en las lanzaderas que los transportaban entre todas las naves a las que hacían mantenimiento) era el Anillo. Las naves científicas marcianas y su escolta ya habían llegado allí y observaban el vacío. Aún no habían emitido ningún informe oficial, por lo que empezaron a aflorar los rumores. Los rayos de luz que atravesaban el Anillo y daban contra algo rebotaban, como en el espacio normal. Pero a medida que uno se acercaba a la estructura, tenían lugar algunos cambios. Las microondas que emitía el interior del Anillo eran más antiguas que el *Big Bang*. La gente decía que si se escuchaba con atención la estática que venía del otro lado del Anillo, se oían las voces de los muertos de Eros, o de los condenados. Melba notó el terror que irradiaban aquellos comentarios, vio a

Soledad persignarse cuando pensaba que nadie la estaba mirando, sintió la presión que ejercía aquella estructura. Comprendió el miedo cada vez mayor que se cernía sobre todos los demás no porque ella también lo sintiera, sino porque el momento crucial para ella también estaba a punto de llegar.

El monstruoso acorazado de la APE estaba de camino y a punto de llegar, casi al mismo tiempo que la flotilla de la Tierra. Todavía no era cuestión de días, pero tampoco iban a tardar mucho. La *Rocinante* ya había adelantado a la lenta *Bégimo*. Holden y ella se alejaban cada vez más de los dominios del Sol y pronto se iban a encontrar. En ese momento tendría lugar el ataque y la humillación pública de James Holden, y también su muerte. Y después...

Pensar en el futuro le resultaba extraño. Cuanto más se lo imaginaba, más a gusto se veía disfrutando de la vida de Melba. A Clarissa Mao no le quedaba nada ni controlaba nada. No era nadie. Melba Koh al menos tenía trabajo. Tenía un pasado. Era un pensamiento bonito, más si cabe por su imposibilidad. Volvería a casa, volvería a ser Clarissa y haría lo que hiciese falta para restituir el nombre de su familia. Era lo que le pedía el honor. Quedarse allí sería rebajarse al nivel de Julie.

De pequeña, Clarissa había admirado y envidiado a su hermana mayor. Julie, la guapa. La inteligente. La campeona de las pinzas de carreras. Julie, la que hacía reír a padre. La que nunca se equivocaba. Petyr era más joven que Clarissa, por lo que siempre estaría por debajo. Los gemelos Michael y Anthea siempre habían tenido su propio mundo alternativo en el que compartían chistes y comentarios que solo ellos entendían, por lo que muchas veces daba más la impresión de que eran invitados de larga duración de la familia que parte de ella. Julie era la mayor, la hermana a la que Clarissa siempre había querido parecerse. La hermana a derrotar. Pero Clarissa no había sido la única que veía de ese modo a Julie. Era algo que también sentía su madre. En eso sí que se parecían las dos.

Luego ocurrió algo. Julie se separó de todos, se cortó el pelo, abandonó los estudios y desapareció en la oscuridad. Clarissa recordaba a su padre oyendo las noticias en la cena. Estaban tomando *kaju murgh kari* en el comedor para cenas informales con vistas al parque. Ella acababa de regresar de clase de equitación y aún olía un poco a caballo. Petyr había vuelto a ponerse a hablar de matemáticas y estaba aburriendo a todo el mundo, pero en ese momento su madre levantó la vista del plato con una sonrisa y anunció que Julie había escrito una carta para comunicar que abandonaba la familia. Clarissa se quedó con la boca abierta. Era como decir que el Sol había

decidido hacerse político o que cuatro habían decidido ser ocho. No era del todo incomprensible, pero sí estaba al borde de serlo.

Su padre se había echado a reír. Dijo que no era más que una fase, que Julie se había marchado a vivir como la gente corriente porque estaba en la edad del pavo y que ya volvería a casa cuando quisiera asentarse. Pero Clarissa había visto en los ojos de su padre que ni él se creía aquellas palabras. Su niñita perfecta se había marchado. No solo lo había rechazado a él, sino a toda la familia. A su apellido. A partir de ese momento, a Clarissa el curri y los anacardos siempre le supieron a victoria.

Y por esa razón, cuando acabara lo que tenía que hacer allí, renunciaría a Melba. La metería en un ataúd y la enterraría o la quemaría. Clarissa se marcharía a vivir con algún pariente. Ahora Petyr tenía su propia nave. Podría trabajar en ella como ingeniera electroquímica, pensó esbozando una sonrisa. O, en el peor de los casos, podría quedarse con su madre. Si le contaba lo que había hecho, que había salvado el nombre de la familia, Clarissa podría empezar a reconstruir la empresa. A rehacer el imperio bajo sus órdenes. Y puede que hasta liberar a su padre de la prisión y del exilio.

Pensar en ello la dejaba exhausta pero llena de esperanza.

Un estruendoso sonido metálico y una risa distante la devolvieron a la realidad. Comprobó el horario de mantenimiento del siguiente ciclo de diez días (revisión de los sistemas eléctricos de tres naves de guerra pequeñas y un inventario de los circuitos eléctricos), miró la hora de la nave y apagó el terminal. Cuando llegó, la cantina estaba llena de miembros de una docena de equipos diferentes que comían, hablaban, veían las noticias del Anillo y comentaban que estaban a punto de llegar. Soledad estaba sentada con la mirada fija en su terminal portátil mientras comía una pasta marrón verduzca de aspecto similar a las heces pero que olía a la carne mejor cocinada del mundo. Melba se obligó a pensar que se trataba de paté y que seguro que no sabía nada mal.

Cogió un plato y una burbuja de agua con sabor a limón y se sentó enfrente de Soledad. La otra mujer levantó un poco la vista y esbozó una sonrisa genuina.

—¿Qué tal, jefa? —saludó—. ¿Cómo va la cosa?

—Todo bien. —Melba sonrió. Sonreía más que Clarissa. Era interesante saberlo—. ¿Me he perdido algo?

—Un informe de Marte. Esta vez han sido datos. ¿Recuerdas la nave que lo atravesó? Pues no flota a la deriva.

—¿En serio? —dijo Melba. Después de haber recibido la tenue transmisión de la pequeña nave chatarra que lo había empezado todo, se daba por sentado que lo que fuera que habitaba al otro lado del Anillo la había destrozado y dejado flotando a la deriva—. ¿Tiene propulsión?

—Puede ser —respondió Soledad—. Los datos indican que se mueve, y mucho más despacio que al entrar. Luego están las sondas que enviaron al Anillo. Una también quedó atrapada. Llevaba una aceleración normal y después, pum, se detuvo. La señal es un desastre, pero al parecer lleva el mismo curso que la nave. Como si... como si algo las arrastrara hacia el mismo lugar. O eso parece.

—Qué raro —dijo Melba—. Pero supongo que tenemos que acostumbrarnos a las cosas raras. Después de lo de Eros.

—Mi padre estaba en Eros —dijo Soledad, y Melba sintió que se le cerraba la garganta sin que pudiera evitarlo—. Trabajaba en un casino. Era de seguridad y se encargaba de que nadie pirateara los juegos, ¿sabes? Llevaba allí quince años. Dijo que se iba a jubilar allí, que compraría un pequeño hueco en el que no pesara mucho y pasaría allí el resto de su vida.

—Lo siento.

Soledad se encogió de hombros.

—Todo el mundo muere —dijo con brusquedad. Luego se enjugó los ojos con el dorso de la mano y volvió a mirar la pantalla.

—Mi hermana también estaba allí —dijo Melba. Era cierto, muy cierto—. Mi hermana fue una de las primeras a las que afectó esa cosa.

—Mierda —dijo Soledad, que volvió a levantar la cabeza para mirarla y dejó a un lado el terminal.

—Ya ves.

Las dos se quedaron un rato en silencio. En otra mesa, un cinturiano de poco más de veinte años golpeaba las rodillas contra el borde de la mesa y empezaba a quejarse con improperios de los diseñadores terrícolas que las habían fabricado, mientras sus amigos se reían de él.

—¿Crees que siguen ahí? —preguntó Soledad en voz baja mientras hacía un gesto con la cabeza hacia su terminal—. Había unas voces. Las transmisiones que salían de Eros. Ya sabes. Las de después. Era gente, ¿verdad?

—Están muertos —afirmó Melba—. En Eros murieron todos.

—O cambiaron, al menos —dijo Soledad—. Un tipo dijo que lo que había hecho era usarlos como modelo, ¿no? Sus cuerpos y sus cerebros. Yo creo

que quizá nunca llegaron a morir, sino que los rehicieron, ¿sabes? ¿Y si sus cerebros no dejaron de funcionar, sino que...?

Soledad volvió a encogerse de hombros, buscando una palabra para definirlo, pero Melba sabía a qué se refería. El cambio, aunque fuese de raíz, no era lo mismo que la muerte. Ella misma era buena prueba de ello.

—¿Importa, en realidad?

—¿Y si sus almas no se liberaron? —preguntó Soledad con voz muy apenada—. ¿Y si los recuperamos a todos? A tu hermana. A mi padre. ¿Y si no están muertos y el Anillo aún guarda todas sus almas?

«Las almas no existen —pensó Melba con amargura—. No somos más que sacos de carne a los que recorre un poco de electricidad. No hay fantasmas ni espíritus ni almas. Lo único que sobrevive de ti es lo que la gente cuenta cuando has muerto. Lo único que importa es tu nombre». Era lo que pensaría Clarissa. Lo que le habría dicho su padre. Pero no lo pronunció en voz alta.

—Quizá por eso la Tierra ha enviado a tantos sacerdotes —dijo Soledad, dando una cucharada a su comida—. Para que todos puedan descansar en paz.

—Alguien debería hacerlo —convino Melba, y se puso a comer.

Le sonó el terminal portátil: era Ren solicitando una conversación privada. Melba frunció el ceño y aceptó la llamada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

La voz del hombre sonó fatigada.

—He descubierto algo y me preguntaba si podrías echarle un vistazo. Es una anomalía.

—Voy para allá —dijo Melba.

Se desconectó y deglutió la pasta de carne que le quedaba de dos enormes bocados. Luego, de camino a la salida, tiró el plato en el reciclador. Ren estaba en un cubículo de un almacén. Era uno de los nuevos espacios en los que podía trabajar, con la altura suficiente para que el hombre no tuviera que estar siempre encogido. A su alrededor había cajas de plástico azul enganchadas al suelo o entre sí mediante potentes electroimanes. Lo único que se oía eran los pasos de Melba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al llegar.

El hombre miró hacia atrás y señaló el monitor con la cabeza.

—Los datos de los filtros de aire de la *Seung Un* —respondió.

A Melba se le heló la sangre.

—¿Qué les pasa? —preguntó con demasiada brusquedad, demasiada impaciencia.

—Está filtrando muchas irregularidades. Se ha activado un aviso. Le he echado un vistazo al informe y es un cóctel de altas energías. Nitroetenos *et sa*.

Melba no lo había pensado. Sabía que las naves realizaban monitorizaciones pasivas de gases, pero no se le había ocurrido que las moléculas sueltas de sus explosivos pudieran acabar en los filtros, ni que alguien se daría cuenta. Ren interpretó el silencio de Melba como confusión.

—He creado un perfil —dijo—. Coincide en un noventa y nueve por ciento con un explosivo plástico.

—O sea que hay explosivos a bordo —dijo Melba—. Bueno, es una nave de guerra. Hacen explotar cosas, ¿no? —La desesperación y la vergüenza empezaron a atenzarle el pecho. La había cagado. Solo quería que Ren se callara y no dijera nada más. Que no dijera lo que estaba a punto de decir.

—Se parece más a los que usan en minería o excavaciones —dijo—. Esa cubierta la revisaste tú. ¿Recuerdas ver algo extraño? Quizás estuviera bien escondido. Esa cosa no es más que masilla hasta que le da el aire.

—¿Crees que es una bomba? —preguntó ella.

Ren se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos.

—Interianos trayendo todo un cargamento de gekke. El tipo que intentó prenderse fuego. Una mujer en huelga de hambre. El coyo que hizo aquello con la cámara.

—Ese último no tenía motivos políticos —dijo ella—. Era un espectáculo.

—Me refiero a que aquí tenemos juntas a todo tipo de personas con maneras muy diferentes de pensar sobre temas muy variados. Eso no saca lo mejor de la gente. De niño, vi a mi *pai* romper su matrimonio por una discusión sobre si el *madhi* iba a ser cinturiano o no. Y todo el mundo sabe que pozo abajo están todos mirando. Ese tipo de atención cambia a la gente y no les hace actuar mejor. Quizás alguien pretenda enviar un mensaje, *oui non?*

—¿Has avisado a seguridad de la nave? —preguntó Melba.

—Quería decírtelo a ti primero. Pero una cosa así *shikata ga nai*. Hay que hacerlo.

«Tengo que matarlo», pensó Melba como si alguien le hubiese susurrado al oído. Se imaginó cómo lo haría. Le haría mirar su pantalla para que se encorvara un poco, lo suficiente para dejar al descubierto la nuca. Luego ella presionaría la lengua contra el cielo de la boca, notaría la ligera rugosidad de las papilas gustativas contra el paladar y en ese momento sentiría la fuerza. Destrozaría al hombre y... lo llevaría a su camarote. Podría vaciar la taquilla

para meterlo dentro. Y luego podría usar el sellador para evitar que el olor del cuerpo saliera al exterior. Informaría sobre su desaparición. Podría hacerse la confundida, como los demás. Para cuando dejara la habitación y encontraran el cadáver, Melba ya no estaría allí. Incluso si llegaban a la conclusión de que Melba también era culpable de colocar la bomba, darían por sentado que era una agente de Holden.

Ren la miraba, con ojos marrones y apacibles y el pelo anaranjado atado hacia atrás en una cola tiesa que dejaba al descubierto la piel de su nuca. Melba recordó la explicación que le había hecho Ren sobre los búferes intermedios. La dulzura de su gesto. Su amabilidad.

«Lo siento —pensó—. No es culpa mía. Tengo que hacerlo».

—Volvamos a comprobar los datos —dijo mientras giraba el cuerpo hacia el monitor—. Enséñame dónde están esas anomalías.

El hombre asintió y se giró como ella. Al igual que el resto de los elementos de la *Cerisier*, los controles estaban fabricados para una persona algo más baja que Ren, que tuvo que inclinarse un poco para alcanzarlos. Melba notó como si un líquido viscoso le subiera por la garganta hasta casi la boca. El terror daba la misma sensación que el ahogamiento. La coleta de Ren se movió a un lado. Tenía un lunar marrón y ovalado justo donde la columna se unía al cráneo, como si fuera una diana.

—Este es el informe que estaba mirando —dijo Ren, tocando la pantalla.

Melba presionó la lengua contra el cielo de la boca. ¿Y qué pasaba con Soledad? Estaba con Melba cuando Ren la había llamado. Sabía que Melba había ido a verlo. Puede que también tuviera que matarla. ¿Dónde dejaría el cadáver de la mujer? Tendría que hacer que pareciera un accidente, que fuera algo plausible. No podía permitir que la detuvieran. Estaba demasiado cerca.

—Pero no sube —dijo el hombre—. Mantiene un nivel constante.

Melba hizo un círculo con la lengua en sentido antihorario y se detuvo. Se sentía mareada. Le faltaba el aliento. Una de las glándulas artificiales había empezado a soltar el líquido, quizá preparándose para cuando tuviese que expulsarlo del todo. Solo oía el fuerte zumbido de su respiración y el de la sangre.

«Tengo que matarlo». Le temblaban los dedos. El corazón le latía con fuerza. El hombre se giró hacia ella y soltó aire por la nariz. No era una persona. No era más que un saco de carne al que recorría un poco de electricidad. Melba podía hacerlo. Por su padre. Por su familia. Tenía que hacerlo.

Cuando Ren habló, su voz pareció llegar desde lejos.

—*Was denk tu?* ¿Quieres que llame yo? ¿Qué hago?

Melba pensaba demasiado rápido y demasiado lento. Ren estaba preguntando si quería que avisara a la *Seung Un* de los explosivos. A eso se refería.

—¿Ren? —dijo ella. Su voz sonó débil y quejumbrosa. Parecía la voz de alguien mucho más joven. Alguien muy asustada o muy triste. La preocupación inundó su gesto e hizo que frunciera el ceño.

—Oye, ¿estás bien, jefa?

Melba tocó la pantalla con la punta de un dedo.

—Vuelve a mirar —dijo en voz baja—. Confírmalo del todo.

El hombre se volvió e inclinó la cabeza hacia los datos como si contuviesen algo más que descubrir. Melba miró su cuello estirado como si tuviese delante una estatua de un museo: como un objeto. Nada más. Hizo dos círculos con la lengua contra el cielo de la boca y la inundó la calma.

El cuello crujió al romperse, los discos cartilagosos se soltaron y la maraña de nervios y tejido conjuntivo por los que había circulado la vida de Ren se resquebrajaron. Melba no dejó de golpearle la base del cráneo hasta que sintió que el hueso cedía debajo de la palma de su mano, y luego llegó el momento de mover el cadáver. Rápido. Antes de que entrara alguien y la pillara. Antes de que le diera el bajón.

Por suerte, solo hubo un poco de sangre.

12

Anna

Después de dos horas en una reunión interreligiosa, por primera vez en toda su vida, Anna estaba cansada de rezar. La oración siempre la había reconfortado. Le había aportado una conexión a algo mucho más grande y profundo que su misma existencia. Sus amigos ateos lo definían como un temor reverencial al cosmos infinito. Ella lo llamaba Dios. Que quizás estuvieran hablando de lo mismo no le importaba en absoluto. Tal vez dirigiera sus plegarias a un universo frío e insensible que no las escuchaba, pero ella no lo sentía así. La ciencia había aportado muchos dones a la humanidad, y ella los agradecía. Pero también había eliminado el valor de la experiencia personal y subjetiva. Lo había reemplazado por la idea de que lo único válido eran los conceptos medibles, comprobables. Pero los humanos no funcionaban de esa manera, y Anna sospechaba que el universo tampoco. Después de todo, «a imagen y semejanza de Dios» era uno de los dogmas de su fe.

Al principio, la reunión había sido agradable. El padre Michel tenía una voz grave y encantadora que se había suavizado con la edad, como un buen vino. La oración larga y sentida en la que pidió a Dios que guiara a los que iban a estudiar el Anillo hizo que se le erizaran los pelillos de la nuca. A continuación intervino un anciano de la Iglesia del Ascenso de la Humanidad, que dirigió varios ejercicios de meditación y respiración que llenaron de energía y refrescaron a Anna. Tomó nota en su terminal portátil para descargar un ejemplar del libro sobre meditación que había escrito el hombre y leerlo. No participaron todos los credos y tradiciones que había a bordo, claro. El imán no iba a rezar delante de personas no musulmanas, aunque sí dio un breve discurso en árabe que alguien tradujo y que Anna oyó por los auriculares. Cuando terminó con las palabras «*Allah hu akbar*», varios de los presentes las repitieron. Anna fue una de ellos. ¿Por qué no? Le parecía un gesto educado, y era un sentimiento con el que estaba de acuerdo.

Pero después de dos horas de reunión, incluso las oraciones más sentidas y poéticas habían empezado a resultarle pesadas. Empezó a contar las pequeñas cúpulas de plástico que ocultaban las torretas antiincendios. Se le daba bien localizarlas desde el intento de suicidio de la primera fiesta. Su mente vagó hacia el mensaje que iba a enviar a Nono más tarde. La silla en la que estaba sentada tenía una ligera vibración que casi alcanzaba a oír si se quedaba muy quieta. Seguro que se debía al inmenso motor de la nave y, mientras intentaba escucharlo, empezó a desarrollar un pulso rítmico. Las pulsaciones se convirtieron en música y Anna empezó a tararear en voz muy baja. Se detuvo cuando un episcopaliano que estaba sentado junto a ella carraspeó intencionadamente.

Hank Cortez ocupaba el último lugar en el programa, por supuesto. A lo largo de las semanas y los meses que Anna había pasado en la *Prince*, le había quedado claro que, aunque al parecer no había nadie a cargo del grupo interconfesional de la expedición al Anillo, todos trataban al doctor Hank como una especie de *primus inter pares*. Anna sospechaba que se debía a su estrecha relación con el secretario general, que era quien había hecho posible aquella expedición. También parecía tener muy buena relación con muchos de los artistas, políticos y asistentes financieros importantes del contingente civil del grupo.

A ella no la molestaba. Por muy igualitario que fuera un grupo, siempre había alguien que acababa tomando el liderazgo. Mejor el doctor Hank que ella.

Cuando la sacerdotisa neowiccana que estaba en el estrado por fin terminó su ceremonia, el doctor Hank no estaba a la vista. Anna sintió una leve esperanza al pensar que el servicio de oraciones terminaría pronto.

Pero no. El doctor Hank entró en el auditorio seguido por varias cámaras y se abrió camino hasta el estrado como un actor que llega a un escenario. Dedicó al público una sonrisa resplandeciente y se aseguró de terminar mirando hacia la zona en la que se habían colocado las cámaras.

—Hermanos y hermanas —proclamó—, inclinémonos, demos gracias al Todopoderoso y pidamos su consejo y guía ahora que nos acercamos al final de este histórico periplo.

Se las ingenió para seguir hablando en ese plan durante veinte minutos más.

Anna empezó a tararear de nuevo.

Más tarde, Anna fue a almorzar con Tilly a la cantina de oficiales, donde no se permitía la entrada a los civiles. Anna no tenía muy claro cómo había llegado a convertirse en la mejor y única amiga de Tilly durante el viaje, pero la mujer se le había pegado como una lapa desde su primer encuentro. No era algo que le hiciera mucha gracia, la verdad. Lo único que Tilly y ella tenían en común era ser formas de vida basadas en el carbono, aunque tampoco es que Anna hubiese hecho muchos amigos en la nave. Tilly podía parecer una mujer caprichosa e irritante, pero Anna había conseguido ver a través de la máscara que llevaba y se había encontrado con una persona muy solitaria. Las exacerbadas contribuciones de su marido a la campaña de reelección del secretario general le habían conseguido una plaza en la nave como asistente civil. Su única misión durante el viaje era que la gente viera que estaba allí, tan solo ser un recordatorio más del enorme poder y riqueza de su marido. Que no tuviera nada más que ofrecer al grupo no hacía sino hacerlo aún más evidente. Tanto ella como todos los demás lo sabían. La mayor parte del resto de los civiles de la nave la trataba con disimulado desprecio.

Mientras esperaban a que llegara la comida, Tilly se metió una pastilla en la boca y empezó a masticar. Un ligero aroma a menta y nicotina inundó el ambiente. Fumar estaba prohibido en las naves militares, por supuesto.

—¿Qué tal va todo? —preguntó la mujer mientras jugueteaba con la caja de pastillas de adornos plateados y echaba un vistazo por la estancia. Llevaba una combinación de pantalones y blusa que casi seguro costaba más que la casa que Anna tenía en la luna Europa. Era la ropa que se ponía para ir informal.

—¿El servicio de oraciones? —dijo Anna—. Bien, aunque se ha ido haciendo un poco pesado. Ha sido largo. Demasiado largo.

Tilly la miró, curiosa por la sinceridad de Anna.

—Dios, sé a qué te refieres. Nadie parlotea como un religioso ante un público atrapado. Bueno, quizá los políticos.

Llegó la comida. La trajo un marine que trabajaba de camarero para los civiles vips. Anna se preguntó cuál sería la opinión del chico al respecto. El cuerpo militar de la ONU estaba formado del todo por voluntarios. Seguro que la imagen que el chico se había formado de cómo sería su vida militar no incluía el papel que estaba desempeñando en aquella nave. Colocó la comida delante de ellas con cuidado y, con el tipo de facilidad que nace de la práctica, les dedicó una sonrisa a ambas para luego volver a desaparecer hacia la derecha, en dirección a la cocina.

Hacia estribor. En las naves se llamaba estribor.

Tilly cogió con poco entusiasmo el tomate cultivado y la *mozzarella* de verdad, algo que Anna solo se hubiera podido permitir en Europa a cambio de un riñón, y dijo:

—¿Sabes algo de Namono?

Anna asintió mientras terminaba de masticar un pedazo de tofu frito.

—Me envió otro vídeo anoche. Nami cada vez está más grande. Se está acostumbrando a la gravedad, pero los medicamentos la ponen algo gruñona. Estamos pensando en quitárselos un poco antes de lo recomendado, aunque tenga que ir más tiempo a fisioterapia.

—Oooh —exclamó Tilly, sonando a respuesta calculada para ese tipo de conversaciones. Anna esperó a que cambiara de tema—. Robert no se ha puesto en contacto conmigo desde hace justo una semana —dijo Tilly. Parecía más resignada que triste.

—No creerás que...

—¿Que me es infiel? —dijo Tilly entre risas—. Ojalá. Eso al menos sería interesante. ¿Sabes qué lo he pillado haciendo cuando se encierra en su despacho a las dos de la madrugada? Leer informes de negocios, cotizaciones y hojas de cálculo. Robert es la criatura menos sexual que he conocido jamás. A menos que alguien invente una manera de follarse el dinero.

Las obscenidades espontáneas de Tilly habían dejado de molestar a Anna muy pronto. No las decía con rabia. Como casi todo lo que hacía Tilly, no era más que otra manera de llamar la atención. Una manera de hacerse notar entre los demás.

—¿Qué tal va la campaña? —preguntó Anna.

—¿La de Esteban? A saber. El trabajo de Robert es ser rico y tener amigos ricos. Estoy segura de que eso le va muy bien.

Comieron en silencio durante un rato y luego Anna dijo sin pensar:

—Creo que no debería haber venido.

Tilly asintió con tristeza.

—Ninguno deberíamos haberlo hecho.

—Rezamos, nos hacen fotos y acudimos a reuniones interconfesionales de cooperación —continuó Anna—. Pero ¿sabes de qué no hablamos nunca?

—¿Del Anillo?

—No. O sea, sí. Me refiero a que hablamos todo el tiempo de él. De su naturaleza, de para qué podría servir, de por qué lo ha fabricado la protomolécula.

Tilly apartó su ensalada y empezó a masticar otra pastilla.

—¿Entonces?

—Nunca hablamos de cuál es nuestro papel aquí. No hablamos del significado de nuestra presencia. Hay casi cien líderes espirituales y teólogos en esta nave. Y ninguno hemos comentado nada del significado del Anillo.

—¿En lo que se refiere a Dios?

—Bueno, al menos a su relación con Dios. La antropología teológica es mucho más simple cuando los humanos somos los únicos que tenemos alma.

Tilly hizo un gesto al camarero y pidió un cóctel que Anna desconocía. El camarero al parecer sí, porque salió disparado a prepararlo.

—Esta parece el tipo de conversación para la que se necesita una copa —afirmó—. Continúa.

—La cuestión es cómo encajamos la protomolécula en nuestras ideas. ¿Está viva? Nos asesina, pero también es capaz de construir estructuras formidables de una tecnología asombrosa. ¿Es una herramienta que usa alguien que se parece a nosotros pero es mucho más inteligente? Si es así, ¿cuentan esas criaturas con sentido de la divinidad? ¿Tienen fe? ¿Cómo abordan ellos todo esto?

—Y todo eso, si proceden del mismo Dios siquiera —dijo Tilly mientras removía la copa con una pajita pequeña y luego daba un sorbo.

—Bueno, para algunos de nosotros solo hay uno —respondió Anna. Luego pidió un té al camarero. Después de que el hombre se marchara, dijo —: Es algo que pone en duda la propia definición de Gracia. Bueno, no del todo, pero sí que la complica. Sea lo que sea, lo que ha creado la protomolécula es inteligente. ¿Eso quiere decir que tiene alma? Han invadido el Sistema Solar, nos han matado indiscriminadamente y han robado nuestros recursos. Todo ello se consideraría pecado si lo hiciésemos nosotros. ¿Quiere decir que ellos son unos impíos? ¿Jesús también murió por ellos? ¿O acaso son inteligentes pero no tienen alma, y todo lo que ha hecho la protomolécula no es más que un virus que hace aquello para lo que está programado?

Un grupo de trabajadores con monos de civiles entró en la cantina y se sentó. Pidieron comida al camarero y empezaron a hablar en voz alta. Anna dejó que la distrajeran durante un rato mientras seguía dando vueltas en la cabeza a las preocupaciones que no había pronunciado en voz alta antes de ese día.

—Y la verdad es que todo este tema es muy teórico, incluso para mí —continuó—. Quizá ninguna de esas cuestiones importe en referencia a lo que es nuestra fe, aunque yo tengo la sensación de que sí que importará. De que importará para muchísima gente.

Tilly no dejaba de dar sorbos a la bebida, algo que Anna sabía por experiencia que significaba que estaba muy pendiente de la conversación.

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó Tilly con intención de que siguiera hablando.

—Cortez actúa como si estuviera al mando —respondió Anna. Llegó su té y ella se puso a soplarlo para que se enfriara—. Supongo que debería hablarlo con él.

—Cortez es un político —advirtió Tilly mientras esbozaba una sonrisa condescendiente—. No dejes que ese simplón del padre Hank te engañe. Está ahí porque, mientras Esteban sea el líder, Cortez es un hombre poderoso. Toda esa parafernalia no es más que para conseguir votos.

—Odio ese tipo de cosas —afirmó Anna—. Te creo. Tú lo entiendes mucho mejor que yo. Pero odio que tengas razón. Qué desperdicio.

—¿Qué querrías decirle a Cortez?

—Me gustaría organizar varios grupos para hablar sobre el tema.

—¿Necesitas que te dé permiso él? —preguntó Tilly.

Anna pensó en la última conversación que había tenido con Nono y rio. Habló con una voz que le sonó reflexiva incluso a ella misma.

—No —respondió—. Supongo que no.

Esa noche, Anna se despertó de un sueño en el que llevaba a Nami a la Tierra y veía cómo los huesos de la niña se rompían y la gravedad la aplastaba mientras atronaba una alarma. Solo duró unos segundos y luego cesó. De la consola de comunicaciones surgió una voz que dijo:

—Todos a sus puestos.

Anna dio por hecho que no se refería a ella, porque no tenía ni idea de cuál era su puesto. Ya no sonaba ninguna alarma y la voz de la consola no volvió a alzarse, pero el hecho de haberse despertado sobresaltada por la pesadilla la había dejado nerviosa y muy despierta. Se levantó del catre, envió un mensaje de vídeo corto a Nono y a Nami y luego se vistió.

No había mucho movimiento en los pasillos ni en los ascensores. Los militares con los que tropezó parecían tensos, pero la alivió ver que no demasiado asustados. Solo cautelosos. Vigilantes.

Como no tenía ningún lugar al que ir, deambuló hasta la cantina de oficiales y pidió un vaso de leche. Cuando se lo sirvieron, la sorprendió que se tratara de leche de verdad, salida de una vaca. ¿Cuánto dinero se gastaba la ONU en toda aquella «parafernalia» civil?

En la cantina solo había unos pocos militares con uniforme de oficial y un pequeño grupo de contratistas civiles que bebían café y estaban despatarrados en los asientos como trabajadores en mitad del turno de noche. En el lugar había una docena de mesas de metal soldadas al suelo, rodeadas por sillas con patas magnéticas. Las consolas de pared mostraban información dirigida a los oficiales de la nave y de la que ella no entendía nada de nada. Había también varias aberturas que daban a la cocina, a través de las que se veían platos de comida, se oía el sonido de los lavavajillas industriales y se olía el friegasuelos. Era como sentarse cerca de la cocina de un limpiísimo restaurante.

Anna bebió la leche despacio y saboreó la apetitosa textura y el lujo tan exorbitante que suponía. Oyó que a alguien le sonaba el terminal portátil y dos trabajadores civiles se levantaron y se marcharon. Se quedó solo una: una mujer guapa pero con cara apenada que no dejaba de mirar el terminal portátil que tenía en la mesa con expresión distante y nostálgica.

—Perdone, señora —llamo una voz detrás de ella que casi hizo brincar a Anna en su asiento. Un joven vestido con uniforme de oficial de la marina entró en su campo de visión e hizo un gesto torpe para señalar la silla que había junto a ella—. ¿Le importa si me siento?

Anna recuperó la compostura y sonrió, lo que el hombre se tomó como una afirmación y tomó asiento encorvándose de una manera un tanto rígida. Era muy alto para tratarse de un terrícola, tenía el pelo corto y rubio, y los hombros anchos y la cintura estrecha que parecían característicos de los oficiales jóvenes, independientemente de su género.

Anna extendió la mano por encima de la mesa para estrechársela y dijo:

—Anna Volovodov.

—Chris Williams —respondió el joven oficial, estrechándosela con firmeza—. Y ya sé quién es, señora.

—¿Ah, sí?

—Sí, señora. Mi familia de Minnesota es metodista desde hace mucho tiempo. Cuando vi que estaba entre el pasaje civil me aseguré de recordar su nombre.

Anna asintió y dio un sorbo de leche. Si el chico se había acercado a ella porque la consideraba una pastora de su credo, entonces querría tener con ella una conversación como miembro de la congregación. Cambió el chip mental para convertirse en la pastora Anna y dijo:

—¿Qué puedo hacer por ti, Chris?

—Me encanta su acento, señora —respondió Chris. Necesitaba tiempo de preparación para lo que fuese que quería decirle, y Anna no tuvo reparos en concedérselo.

—Crecí en Moscú —le dijo—. Aunque después de pasar dos años en Europa casi puedo fingir que soy cinturiana, *sa sa?*

Chris rio y se alivió parte de la tensión que había en su gesto.

—No está mal, señora, pero cuando se ponen a hablar a toda velocidad, no pillo ni una palabra de lo que dicen esos escuchimizados.

Anna decidió ignorar el insulto.

—Por favor, no me llames señora, me hace sentir que tengo cien años. Llámame Anna, o pastora Anna si lo prefieres.

—De acuerdo —afirmó Chris—. Pastora Anna.

Se quedaron sentados juntos en cómodo silencio durante unos momentos mientras Anna veía cómo Chris preparaba lo que fuera que tuviera que decir.

—Ha oído la alarma, ¿verdad? —preguntó al fin—. Supongo que la habrá despertado.

—Estoy aquí por ella —respondió Anna.

—Sí. Todos a sus puestos. Es por culpa de los arenosos... de los marcianos, quiero decir. Ya sabe.

—¿Marcianos? —A Anna le apeteció otro vaso de deliciosa leche, pero supuso que distraería a Chris, por lo que no hizo un gesto al camarero.

—Ya estamos al alcance de sus armas —dijo el chico—. Por lo que ahora estamos en alerta. No podemos compartir cielo con los arenosos sin estar en alerta. No desde aquello, ya sabe, desde Ganímedes.

Anna asintió y esperó a que continuara.

—Y luego está ese Anillo, que ya ha matado a alguien. O sea, solo era un imbécil escuchimizado y cabeza de chorlito de la sociedad clandestina de las hondas, pero no deja de ser alguien.

Anna le agarró la mano. El hombre se estremeció un poco, pero se relajó al ver la sonrisa de la mujer.

—¿Y te da miedo?

—Claro. Por supuesto. Pero eso da igual.

Anna esperó y mantuvo el gesto inexpresivo. La guapa civil que estaba al otro lado de la estancia se levantó de improviso, como dispuesta a marcharse. Movi6 los labios, hablando en voz baja consigo misma y luego se volvió a sentar, puso los brazos en la mesa y volvió la cabeza hacia ellos. No era más que otra persona asustada, esperando durante las largas guardias nocturnas, sola en una habitación llena de gente.

—Me refiero a que... —continuó Chris, que interrumpió el ensimismamiento de Anna—. A que no es lo único.

—¿Qué más? —preguntó Anna.

—El Anillo no es lo que ha activado las alarmas —dijo—. Son los marcianos. A pesar de que tenemos ahí fuera esa cosa, aún seguimos pensando en dispararnos entre nosotros. Es una puta mierda. Lo siento. Es una locura.

—Deberíamos ser capaces de zanjar las diferencias entre los humanos cuando nos enfrentamos a algo así, ¿verdad?

Chris asintió y le estrechó la mano con más fuerza, pero no dijo nada.

—Chris, ¿te apetece rezar conmigo?

El chico asintió, agachó la cabeza y cerró los ojos. Cuando Anna terminó, él dijo:

—Sé que no soy el único metodista de la nave. Me gustaría preguntarle si da misas.

«Ahora sí».

—El domingo a las diez de la mañana, en la sala de reuniones cuarenta y uno —respondió Anna mientras tomaba nota mental de preguntarle a alguien si podría usar la sala de reuniones cuarenta y uno los domingos por la mañana.

—Intentaré estar libre —dijo Chris, sonriendo—. Gracias, señora. Pastora Anna.

—Me ha gustado mucho hablar contigo, Chris —«Me acabas de dar una razón para estar en esta nave».

Cuando Chris se marchó, Anna se encontró muy cansada y lista para regresar a la cama, pero la chica guapa del otro lado de la estancia no se había movido. Seguía con la cabeza enterrada entre los brazos. Anna se acercó a ella y le tocó el hombro con cuidado. La cabeza de la chica se agitó y abrió los ojos como platos, muy asustada.

—Hola —saludó Anna—. Me llamo Anna. ¿Y tú?

La chica miró hacia arriba, como si se tratara de una pregunta difícil. Anna se sentó frente a ella.

—Te he visto aquí sentada —empezó a decir Anna—. Me ha dado la impresión de que te vendría bien tener compañía. No pasa nada por tener miedo. Lo entiendo.

La chica se puso en pie de un salto, como una máquina averiada. Tenía la mirada inexpresiva y la cabeza algo ladeada. Anna sintió miedo de improviso. Era como si se hubiese acercado a acariciar a un perro pero se hubiera

encontrado frente a un león. Algo en su subconsciente le advirtió: «Esta es mala. Esta te hará daño».

—Lo siento —dijo Anna mientras se levantaba, con las manos a medio alzar—. No pretendía molestarte.

—No me conoce —respondió la chica—. No sabe nada. —Tenía las manos cerradas, los puños le colgaban por los costados y los tendones del cuello se le agitaban como si fueran cuerdas de guitarra que alguien acabara de rasguear.

—Tienes razón —dijo Anna, que empezó a retirarse mientras meneaba las manos en el aire—. Mis disculpas.

El resto de las personas que había en la estancia se las habían quedado mirando, y Anna se sintió aliviada al ver que no estaba sola con la chica. La chica la miró con fijeza unos segundos más, temblando, y luego se marchó a toda prisa.

—Pero ¿qué coño ha sido eso? —preguntó alguien en voz baja detrás de Anna.

Quizá la chica también se había despertado después de tener una pesadilla, pensó Anna. O quizá no.

13

Toro

Llegar al Anillo era una ficción política, pero no por ello dejaba de ser real. No había ninguna frontera física que indicara el paso a los dominios del objeto. No había muelle en el que atracar. La batería de sensores de la *Bégimo* se había pasado todo el viaje desde su partida de Tycho recopilando datos. Las naves científicas marcianas y las fuerzas militares terrícolas presentes antes de que ese maldito chico cinturiano se hubiese convertido en la primera víctima aún seguían en el mismo lugar que antes, solo que reabastecidas. Las naves marcianas que acababan de llegar se habían unido a ellas, ajustando su órbita, y flotaban tranquilas en el espacio. La flotilla de la Tierra, como la *Bégimo*, se encontraba en la última parte de la maniobra de desaceleración, para detenerse a la distancia que habían previsto. Todo para decir: «Hemos cruzado el vasto abismo para flotar a esta distancia y ya estamos aquí. Hemos llegado».

Que todos supieran, al Anillo aquello le importaba bien poco.

La estructura en sí misma era inquietante. La superficie tenía una serie de rugosidades que formaban una espiral alrededor de su armazón. De un primer vistazo, las espirales parecían desordenadas y hasta liosas. Los matemáticos, arquitectos y físicos aseguraron que detrás de todo aquello había una regularidad más profunda: la altura de las rugosidades guardaba una compleja consonancia con la anchura y el espacio entre las cimas y los valles. Los informes lo dejaban a uno sin aliento, las complicaciones se superponían unas a otras, y los indicios de los propósitos y el diseño del artefacto estaban a simple vista, aunque no hubiera señal alguna de lo que podían significar.

—Los informes de los oficiales marcianos son muy conservadores —dijo el oficial científico. Se llamaba Chan Bao-Zhi y, en la Tierra, habría sido chino. Allí era un cinturiano de la estación Palas—. Ofrecen muchos resúmenes y puede que un diez por ciento de los datos que han recabado. Por

suerte, hemos podido observar la mayor parte de sus experimentos y hemos llevado a cabo nuestro propio análisis.

—Algo que también habrán hecho los terrícolas —afirmó Ashford.

—Sin duda alguna, señor —respondió Chan.

Como cualquier ritual que se preciara, aquella reunión de personal era más significativa que informativa. Los líderes de todas las ramas principales de la estructura en árbol de la *Bégimo* se encontraban presentes: Sam de ingeniería, Toro de seguridad, Chan de los equipos de investigación, Bennie Cortland-Mapu de servicios médicos, Anamarie Ruiz de infraestructuras, y así hasta dos docenas de puestos alrededor de la enorme mesa de reuniones. Ashford estaba sentado en el asiento principal y un Jesús caritativo adornaba la pared que tenía detrás. Pa estaba sentada a su derecha y Toro, como mandaba la tradición, a su izquierda.

—¿Qué tenemos? —preguntó Ashford—. Sed breves.

—Es raro de cojones, señor —dijo Chan, y todos rieron entre dientes—. Nuestros mejores análisis indican que el Anillo es un puente de Einstein-Rosen que se sostiene de manera artificial. Cuando uno atraviesa el Anillo, no sale por el otro lado.

—Por tanto, es una puerta —dijo Ashford.

—Sí, señor. Al parecer, la protomolécula, el virus de Febe o como quiera llamarlo se lanzó hace varios miles de millones de años hacia el Sistema Solar con el objetivo de caer en la Tierra y apropiarse de la vida primitiva para construir una puerta. Hemos presupuesto que quienquiera que creara la protomolécula la planteó como un primer paso para, más adelante, viajar de manera más conveniente y práctica a nuestro Sistema Solar.

Toro respiró hondo y soltó el aire poco a poco. Era lo que todos habían pensado, pero oírlo de boca de aquel oficial lo hacía parecer aún más real. El Anillo era un medio para que algo llegara hasta allí. No era solo una puerta. Era una cabeza de puente.

—Cuando la *Et Quoi* la atravesó, la masa y la velocidad de la nave activaron algún mecanismo del Anillo —dijo Chan—. Los marcianos cuentan con un buen conjunto de datos del momento exacto en el que ocurrió, y hemos comprobado que tuvo lugar un enorme flujo de energía en el interior de la estructura y toda una cascada de cambios de configuración a niveles muy específicos. El Anillo subió de temperatura unos cinco mil grados Kelvin y se ha enfriado poco a poco a partir de entonces. Al parecer, ponerlo en marcha requiere mucho esfuerzo, pero mantenerlo es más sencillo.

—¿Qué sabemos de lo que hay al otro lado? —preguntó Pa. Tenía el gesto inexpresivo y habló con voz agradable e impasible. No muy diferente a la que habría usado en caso de estar pidiéndole que justificara una entrada de su presupuesto.

—Es complicado saber mucho más —respondió Chan—. Es como mirar a través de una cerradura, y encima el Anillo parece generar interferencias y radiaciones que hacen que mantener una lectura constante sea complicado. Sabemos que la *Et Quoi* no quedó destruida. Tenemos la retransmisión de vídeo que el chico emitía cuando lo atravesó, pero aun así no es que hayamos visto mucho en ella.

—¿Estrellas? —preguntó Ashford—. ¿Algo con lo que empezar a orientarnos?

—No, señor —dijo Chan—. Al otro lado del Anillo no hay estrellas, y la radiación de fondo de microondas es de un tipo muy diferente a la que esperábamos.

—¿De qué tipo? —dijo Ashford.

—Del tipo «vaya, qué raro» —respondió Chan—. Señor.

Ashford esbozó una sonrisa impasible mientras indicaba con un gesto al oficial científico que continuara. Chan carraspeó y siguió hablando.

—Tenemos algunas anomalías más de las que no sabemos qué pensar. Parece que al otro lado hay un máximo de velocidad.

—¿Puede explicarse mejor? —preguntó Pa.

—La *Et Quoi* atravesó el Anillo a mucha velocidad —explicó Chan—. Unas siete décimas de segundo después de hacerlo, realizó una desaceleración masiva. Perdió casi toda la velocidad en unos cinco segundos. Al parecer, esa desaceleración casi instantánea fue lo que mató al piloto. Desde ese instante, la nave parece haber continuado alejándose del Anillo y adentrándose en lo que quiera que haya al otro lado.

—Sabemos que, cuando la protomolécula está activa, ha sido capaz de... alterar todos los efectos que podíamos esperar de la inercia —apuntó Sam—. ¿Es así como ha detenido la nave?

—Es muy posible —respondió Chan—. Marte se ha dedicado a enviar sondas al otro lado del Anillo y, al parecer, el efecto se empieza a hacer patente a partir de los seiscientos metros por segundo. Por debajo de esa velocidad, la masa se comporta de forma normal. Al superarla, se detiene de improviso y empieza a flotar hacia la misma dirección a la que se dirige la *Et Quoi*.

Sam silbó por lo bajo.

—Eso es muy lento —afirmó—. Los motores principales serían casi inservibles.

—Es una velocidad inferior a la del disparo de un rifle —explicó Chan—. La buena noticia es que solo afecta a la masa por encima del nivel cuántico. El espectro electromagnético parecer comportarse con normalidad, incluida la luz visible.

—Gracias a Dios por esas pequeñas cosas —dijo Sam.

—¿Qué más hemos sacado de las sondas?

—Que hay algo ahí fuera —respondió Chan, y por primera vez se pudo percibir cierto temor en su tono de voz—. Las sondas han detectado objetos. Grandes. Pero no hay mucha luz, tan solo la que atraviesa el Anillo o la de las propias sondas. Y, como decía, el Anillo siempre devuelve datos inconsistentes. Quién sabe si lo que hay en el interior está fabricado con el mismo material.

—¿Naves? —preguntó Ashford.

—Quizá.

—¿Cuántas?

—Más de cien y menos de cien mil. Probablemente.

Toro se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. Ashford y Pa miraron las caras cenicientas de los congregados a su alrededor. Ellos dos lo sabían desde antes, ya que no iban a esperar a una reunión de personal para recibir la información. Lo que estaban haciendo era juzgar las reacciones, por lo que Toro les proporcionaría una reacción. Controlaría el derrumbe.

—Sería más raro que ahí no hubiese nada. Si fuera una flota de ataque, ya habría atacado.

—Cierto —afirmó Ruiz, rumiando las palabras.

Ashford abrió el turno de preguntas. ¿Cuántas sondas había lanzado Marte? ¿Cuánto se tardaría en alcanzar una de esas estructuras a seiscientos metros por segundo? ¿Había alguien intentado enviar pequeñas sondas hacia ellas? ¿Había tenido lugar algún contacto con la propia protomolécula o esas voces de humanos, tal y como había ocurrido en Eros? Chan dio lo mejor de sí para sonar tranquilizador, a pesar de que no tenía más información que pudiera compartir. Toro asumió que había un informe más detallado al que Ashford y Pa habrían tenido acceso y se preguntó qué diría en él. Que lo mantuvieran al margen le irritaba.

—De acuerdo. Todo es muy interesante, pero no es en lo que debemos centrar nuestra atención —dijo Ashford para dar por concluida la sesión de preguntas y respuestas—. No estamos aquí para enviar sondas al otro lado del

Anillo. Tampoco para empezar una batalla. Solo hemos venido para que, hagan lo que hagan los planetas interiores, vean que nosotros también estamos en el tablero de juego. Ya nos preocuparemos cuando algo salga del Anillo.

—Sí, señor —dijo Toro para respaldar las palabras de Ashford. No le parecía que hubiese una estrategia más adecuada. Lo mejor era que la tripulación viese que estaban unidos. En aquel mismo momento, había gente observando cómo se desarrollaban las cosas, y no solo la tripulación.

—¿Señora Pa? —prosiguió Ashford. La segunda de a bordo asintió y miró a Toro. El instinto le anudó el estómago.

—Ha habido irregularidades en contabilidad de la nave —afirmó Pa—. ¿Ingeniera jefe Rosenberg?

Sam asintió, con gesto sorprendido.

—¿Segunda? —preguntó.

—Me temo que voy a tener que confinarla en su camarote y revocarle sus privilegios de acceso hasta que todo esto se haya aclarado. El jefe Watanabe se hará cargo de su puesto. Señor Baca, usted lo supervisará.

La estancia se quedó en silencio, pero el mutismo tenía ahora un significado diferente. Sam abrió los ojos como platos y la rabia empezó a supurar de ellos.

—¿Perdón? —dijo.

Pa la miró impassible, pero Toro lo entendió todo al instante.

—Tenemos registros que indican que ha estado sustrayendo recursos y presupuesto para material que no le correspondían —explicó Pa—. Y hasta que se resuelva este asunto...

—Si es por la asistencia técnica, yo soy el responsable —anunció Toro—. Soy el que lo autorizó. No tiene nada que ver con Sam.

—Voy a realizar una auditoría completa, señor Baca. Si descubro que ha desviado recursos de manera inapropiada, tomaré las acciones que considere oportunas. Como su segunda de a bordo, le informo que Samara Rosenberg queda confinada en su camarote y se ha bloqueado su acceso a los sistemas de la nave. ¿Tiene alguna pregunta al respecto?

La segunda de a bordo había esperado a terminar el viaje, a llegar adonde tenía que llegar, y ahora era su momento de dejar claro que era ella quien estaba al mando. De vengarse de él por el traficante que había lanzado al vacío y castigar a Sam por ser su aliada. Habría sido estúpido hacerlo antes de que concluyera el vuelo de prueba, pero ya había terminado.

Toro entrelazó los dedos. Tenía una negativa en la punta de la lengua, esperando. Supondría insubordinación, pero le habría costado lo mismo pronunciarla que respirar. Años atrás, e incluso décadas atrás, lo habría hecho y aceptado las consecuencias como una medalla al honor. Había sido decisión suya, y hacerse a un lado mientras castigaban por ello a Sam era más que deshonroso, era desleal. Pa lo sabía. Cualquiera que hubiese leído su historia laboral lo sabría. De haber estado solo en juego su misión, su propia carrera, lo habría hecho, pero Fred Johnson le había pedido que se ocupara de que todo aquello saliera bien. Por tanto, solo podía hacer una cosa.

—No hay preguntas —dijo mientras se levantaba de la silla—. Sam, venga conmigo ahora mismo.

El resto se quedó en silencio mientras Toro la sacaba de la sala de reuniones. Todos parecían aturcidos y confundidos excepto Ashford y Pa. Ella tenía cara de póquer, y Ashford, un ligero gesto de petulancia en las comisuras de los labios. Sam empezó a jadear. Se había quedado pálida a causa de la rabia y la adrenalina. Toro la ayudó a sentarse en el asiento de copiloto del carrito de seguridad y luego se puso a los mandos. Empezaron a avanzar de golpe, con los zumbidos y chirridos de los cuatro motores. Cuando estaban a punto de llegar a los ascensores, Sam rio. Fue un sonido breve y triste, más parecido a un quejido que a otra cosa.

—Hostia puta —dijo.

A Toro no se le ocurrió nada que responder, por lo que prefirió cerrar la boca y limitarse a asentir y conducir el carrito hasta el amplio montacargas. Sam lloró, pero en su expresión no había nada parecido a la pena. Toro lo achacó a que Sam nunca había sufrido ese tipo de humillación disciplinaria. O quizá sí, pero no tan a menudo como para haber desarrollado callo. La deshonra de haber permitido que se llevara ella el golpe era una sensación similar a tragarse algo antes de haber masticado lo suficiente, y ahora no conseguía hacerlo bajar.

Cuando llegaron a la oficina de seguridad, Serge se encontraba en el escritorio principal. El hombre arqueó las cejas cuando Toro entró en la estancia.

—Anda, jefazo —dijo el oficial de guardia, un matón muy comprometido con la APE que se llamaba Jojo—. *Que se passe-t-il?*

—Nada bueno. ¿Qué me he perdido?

—Una queja de una *boucherie* de ingeniería por una cabra que habían perdido. Hemos recibido un mensaje de una nave terrícola, informando de que han perdido a un tripulante, por si descubrimos un polizón. Un par de coyos

se han cogido una buena tranca, los hemos encerrado en los camarotes y les hemos dicho que les íbamos a tirar al toro.

—¿Cómo se lo han tomado?

—Hemos tenido que obligarlos a fregar el suelo después.

Toro rio entre dientes antes de suspirar.

—Bueno. He dejado a Samara Rosenberg en el carrito ahí fuera —dijo—. La segunda quiere que la dejemos confinada en su camarote por uso no autorizado de recursos.

—Pues yo quiero un poni en un traje de neopreno —repuso Jojo con una amplia sonrisa.

—Es una orden de la segunda —dijo Toro—. Quiero que lleves a Samara a su camarote. Yo le restringiré el acceso. Tendremos que ponerle guardia, ya puestos. Está muy enfadada.

Jojo se rascó la nuca.

—¿Vamos a hacerlo?

—Así es.

La cara de Jojo perdió toda expresión. Toro hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. Jojo se marchó y Toro ocupó su lugar en el escritorio, se identificó en el sistema e inició el procedimiento para aislar a Sam de su propia nave. Mientras el sistema de seguridad realizaba las comprobaciones en todos los subsistemas de la *Bégimo*, Toro se apoyó sobre los codos y observó el proceso.

La primera vez que Fred Johnson le había salvado la vida, lo había hecho con un rifle y una unidad médica portátil. La segunda, con un chip de crédito. Toro se había dado de baja a los treinta y se había llevado su pensión a Ceres. Se había dedicado a vivir durante tres años. Comía barato, bebía mucho y dormía en su propia cama sin saber muy bien si lo que le mareaba era el alcohol o la rotación. No le importaba. Se había metido en alguna que otra pelea y tuvo algunas discusiones con las autoridades locales. No vio que tuviera un problema hasta que fue imposible no verlo, y para entonces ya se había convertido en un problema de los gordos.

La depresión era algo común en su familia. La automedicación, también. Su abuelo había muerto a causa de ambas. Su madre había ido a terapia en varias ocasiones. Su hermano tenía un máster en heroína y llevaba cinco años en el centro de drogodependencia de Roswell. Ninguno de ellos tenía nada en común con Toro. Él pertenecía a la armada. Había renunciado a la ayuda básica para vivir en las estrellas, o si no en las estrellas, al menos en las rocas

que flotaban libres en el cielo nocturno. Había matado a personas. La bebida no podía con él. Pero había estado cerca de hundirlo en la miseria.

Cuando Fred Johnson se había plantado en su puerta, la situación le había parecido más extraña que un sueño. Su antiguo comandante tenía un aire diferente. Mayor, más fuerte. Lo cierto era que tenían casi la misma edad, pero Johnson siempre había sido el Viejo. Toro había visto las noticias del desastre de la estación Anderson y de cómo Fred había cambiado de bando. Alguno de los otros marines que conocía en Ceres se habían molestado mucho. Él tenía claro que el Viejo sabía lo que se hacía, que no lo haría sin una buena razón.

«Toro», había dicho Fred. Fue lo único que le dijo en un primer momento. Aún recordaba cómo lo habían mirado los ojos negros del comandante. La vergüenza había hecho que Toro intentara alzarse más erguido, meter un poco de tripa. En ese momento fue cuando se dio cuenta de lo bajo que había caído. Solo necesitó verse durante dos segundos desde la perspectiva de Fred Johnson.

«Señor», había respondido Toro. Luego se había hecho a un lado para dejar pasar a Johnson al hueco. El lugar apestaba a levadura de cerveza y a tofu estropeado. A miedo al fracaso. Fred lo ignoró todo. «Necesito que vuelva al servicio activo, soldado».

«Muy bien», había dicho Toro. Y el secreto que se llevaría a la tumba, el que nunca contaría a nadie, era el siguiente: no lo había dicho en serio. En ese momento, lo único que había querido era que Fred Johnson se marchara y volverse a olvidar de él. Mentirle a su antiguo comandante, al hombre que había evitado que se desangrara en aquella refriega, le salió tan natural como tomar aliento. No tenía nada que ver con la Tierra, con el Cinturón ni con la estación Anderson. No lo hizo porque le debiera lealtad. E incluso en ese momento, sentado a solas en la oficina de seguridad después de haber traicionado a Sam, pensó que Fred Johnson lo había sabido. O lo había supuesto.

Fred le había puesto un chip de crédito en la palma de la mano. Era uno de los baratos, de esos con cierto tono iridiscente que había usado la APE en los viejos y malos tiempos para que sus fondos no pudieran rastrearse. «Cómprate un uniforme nuevo». Toro había dedicado un saludo militar a Fred, pero ya estaba pensando en el bebercio que podía comprar con el dinero.

El pagaré tenía el salario de seis meses de su antiguo trabajo. De haber sido menos, Toro no habría movido un dedo. Pero lo que hizo fue afeitarse

por primera vez en días, comprar un uniforme nuevo, preparar una maleta y tirar a la basura todo lo que no cabía en ella. No había bebido más desde aquel momento, ni siquiera las noches en que lo necesitaba como respirar.

El sistema de seguridad emitió un sonido cuando terminó de cerrar el acceso a Sam. Toro lo comprobó y luego se reclinó en la silla para leer el aviso de alerta que les había enviado la *Cerisier* y dejar que su mente vagara. Cuando llegó Gathoni para relevarlo en el puesto, recorrió dos pasillos para ir a una pequeña bodega familiar, compró un paquete de cuatro burbujas de cerveza y se dirigió al camarote de Sam. El guarda que estaba de servicio lo saludó con la cabeza. La ley no obligaba a Toro a llamar a la puerta: como jefe de seguridad, podía entrar en los aposentos de Sam en cualquier momento, fuera o no bienvenido. Llamó con los nudillos.

Sam solo llevaba puesto un jersey y unos pantalones de uniforme con bandas magnéticas por los costados. Toro levantó la cerveza. Sam se quedó mirándolo durante un rato. Dio un paso atrás y se hizo a un lado. Toro entró y la siguió.

La habitación estaba limpia, ordenada y llena de cosas. El aire olía a lubricante industrial y ropa vieja y sucia. Se apoyó en el reposabrazos de un asiento de espuma.

—¿Eso es una oferta de paz? —preguntó Sam con amargura.

—Algo así —respondió Toro—. Pa está cabreada conmigo y por eso la paga contigo. Sabía que o bien yo lo aceptaba y perdía a mi mejor aliada o bien no y era yo el que terminaba confinado en su camarote. Hiciera lo que hiciese, era una victoria para ella.

—Menuda mierda.

—Sí que lo es —afirmó Toro—. Y de verdad que lo siento muchísimo.

La respiración de Sam se agitó a causa de la rabia. Toro lo aceptó. Sabía que ocurriría. La mujer se acercó a él, le arrancó las cervezas de la mano y dobló el plástico para arrancar una burbuja.

—¿Quieres una? —preguntó.

—Para mí solo agua —respondió él.

—Lo que me fastidia —explicó Sam— es la manera en la que Ashford se queda ahí tan tranquilo, como si todo le divirtiera. Sabe de qué va esto. Es tan responsable como Pa. O como tú. No creas que puedes comprarme con unas cervezas baratas. Eres igual de culpable que ellos.

—Sí que lo soy.

—Me dedico a la ingeniería porque paso de todo ese politiquero de mierda. Y ahora mírame.

—Ya te digo —afirmó Toro.

Sam se desplomó en el asiento, suspiró y pronunció una obscenidad muy florida. Toro se sentó frente a ella.

—Venga, déjalo ya —dijo Sam.

—¿Que deje el qué?

—Eso de hacerte el arrepentido. Me hace sentir que debería hacerte una reverencia o algo así. Da un poco de grima. —Dio un sorbo muy largo a la burbuja, y el plástico se arrugó para luego recuperar un poco la forma cuando la cerveza liberó los gases—. Mira, Pa y tú habéis hecho lo que creéis necesario, pero la que está jodida soy yo. Lo entiendo, pero eso no quiere decir que me guste. El tema es que tienes razón. Quiere que pierdas aliados. Por lo que, aunque tenga unas ganas terribles de mandarte a meter la polla en un tornillo de banco, no voy a hacerlo, porque eso significaría darle la victoria a Pa.

—Muchas gracias, Sam.

—Anda y mete la polla en un tornillo de banco, Toro.

El terminal de Toro emitió un pitido.

—¿Señor Baca? —llamó la voz de Gathoni—. Es posible que quiera volver a la oficina.

Sam se puso serio y dejó a un lado la burbuja. Toro notó cómo el estómago le daba un vuelco.

—¿Qué está pasando? —preguntó a Gathoni.

La voz de la mujer sonó tranquila y controlada, como la de una cirujana que pide más presión.

—¿Conoce el destructor terrícola *Seung Un*? Pues acaba de explotar.

14

Melba

Mientras había estado pensando y planeando la última parte y el final de su venganza, Melba se había imaginado como la directora de una sinfonía privada que movía la batuta frente a un caos ordenado. Pero la realidad fue muy diferente. La mañana en la que llegó a la *Thomas Prince*, no sabía que por fin había llegado el día.

—Todo el mundo a sus puestos —anunció la voz de un hombre por el canal general de comunicaciones.

—Estoy hasta los ovarios de esto —imprecó Melba—. Siempre me hace sentir que debería ponerme a hacer algo.

—Yo igual, jefa. Pero bueno, cuando empiece a cobrar un sueldo de la armada, ya me preocuparé de hacerle caso —respondió Soledad con voz distorsionada por el altavoz del terminal portátil—. No he visto nada en este acoplamiento. A menos que Stanni tenga algo, bajaremos un piso y volveremos a intentarlo.

—Entendido —dijo Melba—. Stanni, ¿qué ves?

El canal se quedó en silencio. Melba miró el medio kilómetro de nada que tenía alrededor por el pasillo de servicio: conductos, cañerías y la rejilla de acceso que podía moverse para adecuarse a cualquier dirección de propulsión. Lo único que oía eran los chasquidos, los zumbidos y los murmullos de la *Thomas Prince*. Los segundos le parecían eternos.

—¿Stanni? —llamó Soledad con miedo en la voz. El canal chasqueó.

—*Pardon* —respondió Stanni—. Le estaba echando un ojo a un cableado un poco raro, pero no es con lo que estamos ahora. Me he distraído. Estoy bien. Estoy aquí.

Soledad soltó un taco en voz baja.

—Lo siento —repitió Stanni.

—No pasa nada —dijo Melba—. ¿Has comprobado los búferes intermedios?

—Hecho.

—Pues a continuar. Siguiendo piso.

Lo que la sorprendió, lo que no vio venir, fue que todo el mundo en la *Cerisier* diera más importancia al Anillo que a la desaparición de Ren. Era extraño que alguien se perdiera en una nave. La *Cerisier*, como cualquier otra nave de larga distancia, era un sistema cerrado. No había ningún lugar al que escapar. Supuso que la gente sospecharía, como era de esperar. Que Ren había enfadado a alguien, robado algo, se había acostado con la persona equivocada y se habían deshecho de él. Quizá lo hubiesen tirado por una esclusa. O a los recicladores, para quedar reducido a sus nutrientes básicos y luego pasar a formar parte del agua o de los suministros de comida. No es que no hubiese maneras de ocultar o deshacerse de un cuerpo, pero sí había muy pocas que no llamaran la atención. El viaje interplanetario no había hecho desaparecer los asesinatos. Si se metía a primates tan evolucionados durante meses en la misma caja, era de esperar que hubiera una cierta tasa de mortalidad.

Pero en esa ocasión fue diferente. Para la gente tenía sentido que alguien se perdiera y desapareciera mientras se acercaban al Anillo. Les parecía normal. El propio viaje era funesto, y se suponía que tenían que ocurrir cosas extrañas cuando la gente se acercaba demasiado a lo insólito, lo peligroso, lo embrujado. La gente estaba al límite y eso también la ayudaba a disimular. Si se echaba a llorar, pensarían que sabían la razón. Pensarían que era miedo.

Melba guardó la batería de diagnóstico en la manga, se puso en pie y se dirigió hacia el ascensor. Los ascensores internos de servicios eran pequeños y a duras penas cabía en ellos una persona y el equipo. Viajar entre las cubiertas en aquel lugar era como meterse en un ataúd. Mientras descendía al piso inferior, imaginó que fallaba el suministro eléctrico y se quedaba allí atrapada. Titubeó un instante y por un momento se imaginó su taquilla de almacenamiento. La que había en su camarote. La que estaba llena de espuma selladora y de Ren. Se estremeció y se obligó a pensar en otra cosa.

La *Thomas Prince* era una de las naves más grandes de la flotilla de la Tierra, hogar de la horda civil que la ONU había sido capaz de reunir. Artistas, poetas, filósofos, sacerdotes. Incluso sin cambiar la estructura física de la nave, le daba menos impresión de ser una nave de guerra y más de ser un crucero incómodo y mal preparado. Clarissa había estado en yates y barcos de lujo en las muchas ocasiones en que había viajado fuera del pozo de gravedad de la Tierra, y se podía imaginar las miles de quejas que habría recibido el capitán sobre el tamaño de las estancias y la baja calidad de las

pantallas de las paredes. Era el tipo de cosas que siempre la habían preocupado en su antigua vida. Ahora no podían importarle menos.

No debería estar tan afectada. Una muerte más, una muerte menos. Debería darle igual. Pero se trataba de Ren.

—En posición —dijo Stanni.

—Dame un segundo —pidió Melba al tiempo que salía del ascensor.

El pasillo en el que se encontraba era casi idéntico al del piso superior. Todas aquellas cubiertas estaban dedicadas a camarotes y almacenes, con muy poca de la variedad que tendría cuando llegara a los pisos inferiores: ingeniería, talleres, hangares. Habían empezado a seguir la pista a una anomalía eléctrica por allí porque era más fácil. Cuanto más tiempo les llevara, más difícil se volvería. Como todo.

Encontró la caja de distribución, se sacó la batería de diagnóstico de la manga y la conectó.

—¿Solé?

—Lista —respondió Soledad.

—Muy bien —dijo Melba—. Comienza el rastreo.

Después de hacerlo, había llevado a Ren a su camarote y lo había tumbado en el suelo. Ya sentía acercarse el bajón, así que se había tumbado en su catre para dejar que pasara. Puede que solo fuese su imaginación, pero notó que aquel era peor que los anteriores. Durante un instante terrorífico, pensó que se lo había hecho todo encima, pero comprobó que tenía limpio el uniforme. Después, con Ren tumbado en el suelo, se había preparado una burbuja de café, había dejado el terminal portátil de Ren en un compartimento del baño del grupo y había ido a buscar al oficial de seguridad. Era un marciano enjuto llamado Andre Commenhi, que había escuchado sin mucho interés el informe escueto que le había dado Melba. Ren la había llamado para pedirle que fuera a verlo y consultarle una cosa. Cuando había ido al puesto de trabajo habitual del hombre, no lo había encontrado allí. Había buscado por toda la nave, pero no lo había encontrado, y tampoco respondía a las solicitudes de llamada. Melba empezaba a preocuparse.

Mientras el personal de seguridad registraba la nave, ella había conseguido los tubos de espuma selladora y vuelto a su camarote para dar sepultura a Ren. El pelo del hombre le había parecido más resplandeciente, como si aquel naranja hubiese salido de un arrecife coralino. Tenía la piel pálida como la luz del sol en los lugares donde la sangre se había retirado de ella. Púrpura como moretones en los lugares donde se había acumulado. El *rigor mortis* aún no le había afectado, por lo que Melba pudo colocarlo en

posición fetal y llenar los espacios que quedaban alrededor del cadáver con espuma, que había tardado minutos en endurecerse. La espuma estaba creada para ser hermética y resistente a la presión, por lo que si lo había hecho bien, el olor del cadáver nunca saldría al exterior.

—*Rien* —dijo Soledad con resignación—. ¿Vosotros tenéis algo?

—¡Un momento! —exclamó Stanni—. Creo que yo sí. En esta caja tengo una fluctuación del diez por ciento.

—Muy bien —dijo Melba—. Reiniciémoslo, a ver si se arregla solo.

—Voy —respondió Stanni—. ¿Comemos algo mientras tanto?

—Nos vemos en la cocina —dijo Melba. Su voz parecía casi normal. Como si perteneciera a otra persona.

La cocina estaba casi vacía. Según el reloj de la nave, era mitad de la noche y solo había unos pocos oficiales en las mesas mirando a los civiles pasar. Los términos del contrato de servicio los obligaban a usar la cantina de oficiales. Había oído que parte del personal de la armada tenía cierto nivel de desconfianza con el personal civil, como ella y su equipo. Le habría molestado más de no ser la prueba fehaciente de que dichas sospechas estaban justificadas. Soledad y Stanni ya se encontraban en una mesa, bebiendo unas burbujas de café y compartiendo un plato de rollos de canela.

—Voy a echarlos de menos cuando dejemos de acelerar —dijo Stanni mientras levantaba un rollo—. La mejor comida no se cocina bien sin aceleración. ¿Cuánto crees que nos vamos a quedar flotando?

—Tanto como haga falta —respondió Melba—. Tienen planeado que sean dos meses.

—Dos meses en ingravidez —dijo Soledad, pero el tono funesto de su voz quedó patente tanto en ella como en su expresión. Dos meses junto al Anillo.

—Sí —dijo Stanni—. ¿Sabes algo de Bob?

Era el quinto del equipo (ahora el cuarto) y aún se encontraba en la *Cerisier*. Resultó que tanto Ren como él habían tenido una relación con un hombre del equipo médico, y los de seguridad estaban reuniendo a los sospechosos habituales. Cuando alguien desaparecía, la mayor parte de las veces era debido a un problema con alguien cercano. Melba volvió a sentir cómo se le cerraba la garganta.

—Aún nada —respondió—. Lo soltarán. Seguro que no ha hecho nada.

—Claro —afirmó Soledad—. Bob no le haría daño a nadie. Es un buen hombre. Todo el mundo lo sabe. Además, quería mucho a Ren.

—¿Podrías dejar de hablar en *passato*? —pidió Stanni—. Aún no sabemos si ha muerto.

—Con *esse coisa* ahí fuera, la muerte es lo mejor que podría haberle ocurrido —dijo Soledad—. He tenido pesadillas desde que la nave dio la vuelta. No creo que regresemos de este viaje. Ninguno de nosotros.

—Hablar así no ayuda nada —replicó Stanni.

Una mujer entró en la cocina. Era de mediana edad y tenía una tupida melena pelirroja atada en una coleta muy formal, a juego con su sonrisa. Melba la miró y deseó no estar sentada a aquella mesa. Luego apartó la mirada.

—Sea lo que sea lo que le ha pasado a Ren, tenemos un trabajo que hacer. Y vamos a hacerlo —zanjó.

—Pues claro que sí —dijo Stanni, y luego volvió a repetirlo en voz baja—. Claro que sí.

Se quedaron sentados en silencio por un instante mientras el hombre mayor lloraba. Solé le tocó el brazo, y la respiración entrecortada de Stanni se tranquilizó. Asintió. Tragó saliva. Parecía todo un símbolo de pena y valentía. Parecía noble. Por primera vez, a Melba le llamó la atención que Stanni podía tener la edad de su padre y que nunca había visto a su padre llorar por otra persona.

—Lo siento —se disculpó. No había pensado en decir esas palabras, pero lo hizo, escupió las palabras sobre la mesa. Parecían un insulto.

—No pasa nada —dijo Stanni—. Estoy bien. Toma, jefa, coge un rollo de canela.

Melba extendió el brazo y tuvo que volver a reprimir el llanto. Tuvo que evitar hablar. No sabía qué decir y tenía miedo de sí misma. Sonó un aviso en su terminal portátil. El diagnóstico había terminado. Solo tardó unos segundos en ver que el problema no se había solucionado. Stanni soltó un improperio y se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos.

—No hay paz para los malvados ni descanso para los buenos —dijo mientras se ponía en pie.

—Id delante —pidió Melba—. Ahora os alcanzo.

—*Pas problème* —dijo Soledad—. Aún ni te has puesto a beberte el café, *sa sa?*

Los vio marchar, aliviada por haberse quedado sola pero al mismo tiempo con ganas de que le hicieran compañía. La cerrazón que había notado en la garganta le había bajado al pecho. Los rollos de canela tenían un aspecto delicioso y nauseabundo. Se obligó a respirar hondo varias veces.

Casi se había terminado. Las flotas habían llegado. La *Rocinante* estaba allí. Todo iba tal y como lo había planeado, no a la perfección, pero casi. Ren

debería haberle dado igual. Había matado a otros hombres. Era casi inevitable que muriera gente cuando explotara la bomba. La venganza siempre se cobraba una deuda de sangre. Era su naturaleza, y ella se había convertido en su instrumento.

Lo de Ren no era culpa de ella, era culpa de Holden. Había sido Holden el que lo había matado al obligarla a ella a estar ahí. Si ese hombre hubiese respetado el honor de su familia, nada de todo aquello habría ocurrido. Se puso en pie, se tranquilizó y se preparó para volver al trabajo de solucionar el problema de la *Thomas Prince*, tal y como habría hecho la Melba de verdad.

—Lo siento, Ren —dijo, pensando que sería por última vez, pero la pena que sintió la obligó a volver a sentarse.

Algo iba mal. Se suponía que no tenía que sentirse así. Estaba perdiendo el control. Se preguntó si, después de todo lo que había hecho, quizá no tendría la fuerza necesaria. O si se debía a otra cosa. Quizá las glándulas artificiales habían empezado a expulsar toxinas en su torrente sanguíneo sin que ella las hubiese activado. Cada vez tenía más cambios de humor. Quizá fuera un síntoma. Apoyó las manos en la cabeza e intentó relajarse.

Ese hombre había sido amable con ella. Solo había sido amable. La había ayudado, y ella lo había matado. Aún sentía cómo el cráneo había cedido bajo su mano, blando y crujiente, como estar de pie a la orilla de un río y sentir que el suelo se desmorona. Los dedos le olían a espuma selladora.

Ren le tocó el hombro, y ella levantó la mirada de improviso.

—Hola —dijo alguien—. Me llamo Anna. ¿Y tú?

Era la pelirroja que había estado hablando con el oficial hacía un momento.

—Te he visto aquí sentada —dijo la mujer mientras se sentaba—. Me ha dado la impresión de que te vendría bien tener compañía. No pasa nada por tener miedo. Lo entiendo.

«Lo sabe».

El pensamiento recorrió el cuerpo de Melba con la presteza de un relámpago. Incluso sin llegar a tocarse el paladar con la lengua, notó que se hinchaban las glándulas y las vesículas que tenía ocultas en la carne. Sintió la cara y las manos frías. Antes de que los ojos de la mujer se abrieran de par en par, la pena y la culpa de Melba se convirtieron en una rabia impasible. Esa mujer lo sabía, iba a dejar su plan al descubierto y echaría por tierra todo lo que ella había preparado.

No recordaba el momento en el que se había puesto en pie, pero así era como estaba ahora. La mujer también se puso en pie y dio un paso atrás.

«Tengo que matarla».

—Lo siento. No pretendía molestarte.

La mujer tenía las manos a medio alzar, como si con eso fuese a bastar para protegerse de un golpe. Sería muy fácil. No parecía una persona robusta. No sabía pelear. Solo tenía que coserla a patadas en el vientre hasta que se desangrara. Muy sencillo.

Una vocecilla en la conciencia de Melba dijo: «Es una de esas estúpidas religiosas que solo buscan una persona a la que salvar. No sabe nada. Estás en un lugar público. Si la atacas, te pillarán».

—No me conoce —dijo Melba, intentando mantener la calma—. No sabe nada.

En una mesa que había cerca de la puerta, un joven oficial se levantó y dio dos pasos hacia ellas, listo para interponerse. Si acababa en el calabozo por culpa de esa mujer, investigarían la identidad de Melba. Encontrarían el cuerpo de Ren. Descubrirían quién era ella. Tenía que contenerse.

—Tienes razón. Mis disculpas —dijo la mujer.

El odio se apoderó de Melba, un odio puro y negro allí donde no era rojo. Una andanada de obscenidades le subió por la garganta, lista para salir despedida hacia la estúpida párroca que acababa de ponerlo todo (absolutamente todo) en peligro. Melba lo reprimió y se marchó.

Los pasillos de la *Thomas Prince* eran poco más que una presencia vaga en su mente acelerada. Había dejado que lo de Ren la superara. Había perdido la concentración y asumido riesgos que no necesitaba asumir. No había pensado con cabeza, pero eso se había acabado. Subió en el ascensor y eligió el piso en el que Stanni y Soledad estaban comprobando el sistema eléctrico para localizar aquel componente estropeado. Luego cambió de idea y eligió el hangar.

—¿Stanni? ¿Solé? —llamó por el terminal portátil—. Seguid vosotros aquí. Tengo que hacer algo importante.

Esperó la pregunta inevitable, la curiosidad y la sospecha.

—Sin problema —afirmó Soledad. Y no dijo nada más.

En el hangar, Melba autorizó el vuelo a su lanzadera, esperó diez minutos a que llegara la respuesta afirmativa y se lanzó al vacío por un costado de la *Thomas Prince*. Los monitores de la lanzadera eran baratos y pequeños: la inmensidad del espacio quedaba comprimida en un cuadrado de cincuenta por cincuenta centímetros. Hizo que el ordenador calculara el acelerón que le permitiera llegar más rápido a la *Cerisier*. Le llevaría menos de una hora. Se reclinó a causa de la propulsión como si estuviera en una montaña rusa y dejó

que los motores aceleraran. La *Cerisier* apareció entre el polvo de estrellas, con el aspecto de un punto gris que se dirigía hacia ella. La nave, como el resto de las que componían la flotilla, se encontraba en el último tramo de la maniobra de desaceleración antes de llegar al Anillo. Aquella cosa los esperaba en algún lugar detrás de los penachos de todos esos motores. Melba dejó de pensar en ello. Le hacía recordar a Stanni y a Soledad y sus silenciosos miedos. No podía permitirse pensar en ellos.

La impaciencia que sentía por llegar le puso más difícil realizar el giro y empezar la desaceleración. Quería llegar cuanto antes, estar ya allí. Quería acelerar hacia la *Cerisier* como una bruja subida a una escoba, gritando a velocidades que habría sido imposible alcanzar en atmósfera. Esperó demasiado y realizó la última mitad del trayecto a casi dos g. Cuando atracó, tenía dolor de cabeza y le dolía la mandíbula como si alguien le hubiese dado un puñetazo.

Nadie le preguntó por qué había vuelto sola y con tanta antelación. En el informe, apuntó que se debía a razones personales. Caminar por aquellos pasillos estrechos apretándose contra otros tripulantes le resultó familiar, opresivo y reconfortante. Había tenido que volver para darse cuenta de cuánto la incomodaban los espacios abiertos de la *Thomas Prince*. Se parecía demasiado a la libertad, cuando ella estaba actuando por necesidad.

Su camarote estaba hecho un desastre. Todas sus cosas, su ropa, los tampones, una clavija para el terminal, el equipo de comunicaciones y el cepillo de dientes, estaban tiradas por el suelo. Tenía que encontrar la manera de asegurarlas antes de que terminara la aceleración o, de lo contrario, acabarían flotando en el pasillo y la gente se preguntaría por qué no lo tenía todo bien guardado. Echó un vistazo a la puerta de metal que había debajo de su asiento de colisión. Había un rizo dorado de espuma selladora que sobresalía por una esquina. Tendría que conseguir una bolsa de malla y algunos imanes. Eso sería suficiente. Pero no importaba. Lo haría después. Y todo lo de después no era importante.

Cogió el equipo de comunicaciones y lo encendió. El retraso de los mensajes a la *Rocinante* había descendido por debajo de los treinta segundos. Melba cargó la secuencia que llevaba meses queriendo cargar. Años. Era un programa corto. El mensaje que le solicitaba confirmación no tardó ni un segundo en aparecer.

Dejó de sentir miedo. También dejó de sentir odio. Por un instante, sintió que toda la estancia estaba impregnada de la sensación de haber despertado de un sueño y se relajó. Casi llegó a sentirse ligera. Había llegado muy lejos y

trabajado muy duro y, a pesar de los errores, las cagadas y las improvisaciones de último minuto, lo había conseguido. Toda su vida la había encaminado hacia aquel momento y, habiéndolo alcanzado, era difícil liberarse de todo. Sentía como si se estuviese graduando en la universidad o casándose. Era un instante, un hecho, que resumía todas las cosas por las que había luchado en su vida, uno después del que nada volvería a ser lo mismo.

Con cuidado y saboreando cada pulsación, introdujo el código de confirmación (JULES-PIERRE MAO) y pulsó el botón de enviar. El led del equipo de comunicaciones brilló de color ámbar. Un pequeño paquete de información que era difícil de distinguir del ruido de la estática se envió a la velocidad de la luz. Pero los sistemas de la *Rocinante* lo reconocerían. La batería de comunicaciones de la nave de Holden quedaría a merced de la máquina virtual que ya tenía instalada y sería imposible librarse de ella sin formatear el sistema al completo. La *Rocinante* enviaría un código de activación muy reconocible a la *Seung Un*, esperaría cincuenta y tres segundos y daría a conocer la responsabilidad de Holden y sus exigencias. Luego, la máquina virtual activaría el armamento y los sistemas de objetivo. Y nada, nada de nada en el universo, podría evitar que ocurriera.

El equipo de comunicaciones recibió la confirmación, y el led ámbar pasó a rojo.

15

Toro

El terminal portátil de Toro estaba en el estrecho salpicadero de plástico del carrito y rebotaba con cada bache del suelo del pasillo. La bocina atronaba con su característico sonido bitonal y hacía que la gente se apartara a su paso y que todos supieran de su presencia. Si aún no se habían enterado, lo harían en breve. La destrucción de la *Seung Un* no era un acontecimiento que pudiera pasarse por alto.

En la pequeña y ajetreada pantalla, el destructor volvió a explotar. Al principio solo se percibían unos leves parpadeos de luz naranja en medio de la nave, algo que bien podrían haber sido descargas eléctricas o cañones Gauss que terminaban una secuencia de mantenimiento. Medio segundo después, luces amarillas irradiaron del mismo lugar. Dos segundos después, llegó la gran detonación.

Entre un fotograma y el siguiente, el costado de la nave había quedado abierto desde dentro a causa de la explosión. Luego, no ocurría nada durante diez segundos hasta que el núcleo del reactor de fusión empezaba a iluminarse en la parte trasera y resplandecía más que el sol. Toro vio cómo empezaba a esparcirse una gran cantidad de gases blancos que se convertían en una enorme aurora dorada, una gota de oro que sobresalía en aquel negro pelágico.

Levantó la cabeza para girar en la rampa que lo llevaría de nuevo hasta la oficina. Un joven se apartó con parsimonia de su camino, y Toro se apoyó en la bocina del carrito.

—¡La sirena está para algo! —gritó al pasar junto al joven, que asintió con insolencia.

—Muy bien —dijo Serge por el terminal—. Ya hemos recibido el primer análisis de seguridad. Nuestra hipótesis más factible es que ha estallado algo en un conducto de energía y ha destrozado los sistemas de seguridad, por lo

que no se ha podido apagar a tiempo. Eso ha causado que se derrita todo el sistema principal de estribor.

—¿Qué ha estallado? —preguntó Toro.

—Es probable que haya sido un propulsor de maniobra. Ha sido justo en el lugar en el que se encuentran. Con el calor suficiente, el agua se salta el estado gaseoso y se convierte en plasma, lo que habrá hecho que atravesase todos los mamparos que tenía alrededor.

Toro giró el carrito en una curva cerrada y frenó para que media docena de peatones se apartaran de su camino.

—¿Por qué han liberado el núcleo?

—Ni idea, pero es probable que pensarán que iban a perder contención. En este momento hay seis naves desviándose para no chocar contra esa *merda*.

—De haber perdido contención, habría sido peor. Se estarían desviando para evitar escombros y metralla. ¿Algún superviviente?

—Sí. Han enviado la señal de auxilio. Ayuda médica y de evacuación. Parece que están bien jodidos, *ou non*?

—¿Qué indican los datos de trazado? ¿Sabemos quién les ha disparado?

—Nadie les ha disparado. O ha sido un accidente o...

—¿O?

—O no lo ha sido.

Toro se mordió el labio. Un accidente ya sería algo terrible. Los integrantes de todas las facciones que formaban parte de la estructura de poder del sistema estaban al límite, y un recordatorio de que la flota de la Tierra era antigua y tenía problemas de mantenimiento no habría ayudado en nada. Pero un sabotaje sería peor. Lo más cercano a una buena noticia era que todo el mundo lo había visto y no habría acusación alguna de ataque enemigo. De haber sido un proyectil Gauss o un misil fortuito que había sido capaz de atravesar las defensas de la *Seung Un* sin ser detectado, aquella misión científica podía acabar a tiros más rápido de lo que a Toro le gustaba pensar.

—¿Vamos a ofrecer ayuda? —preguntó Toro.

—Danos un respiro, jefe —imprecó Serge—. Ashford se está enterando de todo al mismo tiempo que nosotros.

Toro se inclinó hacia delante y apretó los puños contra los controles hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Serge tenía razón. Lo que ocurriese fuera de la nave era problema de Ashford. Y de Pa. Él era el jefe de seguridad y tenía que encargarse de lo que había que hacer en el interior de la *Bégimo*. La tripulación estaría asustada, y su trabajo era asegurarse de que ese miedo

no se convertía en histeria. Ver cómo estallaba una nave (aunque se tratara de una enemiga) era un recordatorio de lo efímera que era la vida cuando solo te separaba del vacío una fina capa de acero y cerámica. También lo era para él. El carrito tropezó con un bache más grande de lo habitual y el terminal portátil resbaló hasta quedar de costado.

—Muy bien —respondió Toro—. Mira, vamos a necesitar tener listos suministros de asistencia, por si el capitán decide ofrecer ayuda. ¿Cuántos supervivientes podemos llevar?

La risa de Serge rechinó por los altavoces.

—Pues a todos. Somos la pinche *Bégimo*. Aquí hay espacio suficiente para una ciudad entera.

—Vale —dijo Toro, sonriendo un poco a pesar de la situación—. Ha sido una pregunta muy estúpida.

—Lo único por lo que tenemos que preocuparnos es...

La línea se quedó en silencio.

—¿Serge? Deja las bromas —llamó Toro. Y luego añadió—: Dime algo, colega.

—Tenemos algo. Nos ha llegado una comunicación desde una corbeta privada llamada *Rocinante*.

—Ese nombre me suena —comentó Toro.

—Normal —dijo Serge—. Te la reenvío.

La pantalla portátil se puso en negro, se iluminó de golpe y apareció en ella una cara familiar. Toro frenó el carrito mientras la cara de James Holden, el hombre cuyo anuncio de la destrucción del carguero de hielo *Canterbury* había desatado la primera guerra entre la Tierra y Marte, volvía a empeorar las cosas.

—... Nave que se acerque al Anillo sin mi permiso personal será destruida sin previo aviso. No pongan a prueba mi determinación.

—Oh, no —dijo Toro—. No, joder.

—Siempre he considerado mi misión conseguir que la información y los recursos sean libres para todo el mundo. Los esfuerzos individuales y corporativos quizá nos hayan ayudado a colonizar los planetas de nuestro Sistema Solar, y quizás hayan posibilitado la vida en lugares que antes eran inconcebibles, pero es un peligro terrible que el Anillo caiga en manos de alguien sin escrúpulos. He demostrado ser digno de la confianza de los habitantes del Cinturón. Es un imperativo moral que se proteja este artefacto resplandeciente, y derramaré tanta sangre como sea necesaria para hacerlo.

Toro cogió el terminal portátil y solicitó una conexión con Ashford. En la pantalla parpadeó un trébol rojo, y luego el sistema lo llevó a un menú en el que se le daba la opción de grabar un mensaje. Lo intentó con Pa, pero le ocurrió lo mismo. El mensaje de Holden se estaba retransmitiendo en bucle, y sus palabras sonaban igual de tóxicas y estúpidas la segunda vez que se escuchaban.

Toro soltó un improperio entre los dientes apretados. Giró el volante del carrito hasta donde le permitían las ruedas y pisó a fondo el acelerador. Los ascensores centrales solo estaban a un minuto o dos de distancia. Le daría tiempo de llegar. Solo pedía a Dios que Ashford no hiciese ninguna estupidez antes de que él llegara al puente.

—¿Has visto lo mismo que yo, jefe? —preguntó Serge—. ¿Holden acaba de reivindicar el control del Anillo?

—Quiero a todo el personal de seguridad movilizado ahora mismo —ordenó Toro—. Activa los protocolos de asalto enemigo. Pasillos despejados y mamparos cerrados. Despierta a todos los del equipo de armas y de control de daños y que se vistan. Te dejo al cargo de eso.

—Recibido, jefe —respondió Serge—. Si alguien pregunta por ti, ¿qué le digo?

—Que intento evitar que sean necesarios.

—*Bem.*

Aquellos pasillos tan familiares le resultaron mucho más largos. La incomodidad de los suelos pensados para ser paredes y de las paredes pensadas para ser techos hacía que todo pareciese más irreal. De haberse encontrado en un acorazado de verdad, solo habría tenido que recorrer un camino simple y directo. Si el inmenso tambor de la *Bégimo* hubiese estado rotando, todo habría sido más sencillo. Puso el carrito al límite y aceleró por encima de lo que el motor podía aguantar. Sonó la bocina de alarma: era Serge, que indicaba a todo el mundo que se preparara para la batalla.

En el ascensor se había formado una multitud: hombres y mujeres que intentaban regresar a sus puestos. Toro, que era el más bajo de todos, se abrió camino entre ellos. Era un terrícola, como Holden. Cuando llegó a las puertas, activó el control de seguridad, llamó a la primera cabina y se subió en ella. Un hombre alto y de piel negra intentó subir detrás de él, pero Toro le puso una mano en el pecho para detenerlo.

—Coja el siguiente —dijo—. No voy a un lugar en el que vaya a querer estar.

Subir al puente le pareció como ascender a los cielos y, de camino, Toro usó el terminal portátil para intentar recabar más información. No tenía acceso a los canales de seguridad (algo que solo tenían el capitán y la segunda de a bordo), pero la gente no dejaba de hablar en los públicos. Abrió algunos para hacerse con una mejor idea de la situación y echó un vistazo rápido en varios.

El equipo científico de Marte y su escolta estaban furiosos con Holden en todos ellos y no dejaban de llamarlo terrorista y criminal. La reacción de la flotilla de la Tierra era más comedida. La mayor parte de las comunicaciones públicas estaban dedicadas a coordinar el rescate de la *Seung Un*. Los gases de alta energía que expulsaba el núcleo creaban algunas interferencias en las comunicaciones de los equipos de rescate, y alguien había tenido la idea inteligente de usar los canales públicos para coordinarse. Tenía la lúgubre eficiencia de una operación militar. Toro esperaba que la tripulación de la armada terrícola siguiera viva en la *Seung Un*, pero también sentía pánico por todo lo que vendría a continuación.

El mensaje de Holden no había dejado de repetirse en los canales públicos. Al principio solo lo emitía la *Rocinante*, pero no tardó en repetirse por otros canales, acompañado de comentarios. Cuando la señal llegara al Cinturón y a los planetas interiores, se iba a convertir en el único tema de conversación. Toro ya se podía imaginar las negociaciones que tendrían lugar en la Tierra y Marte, casi podía oírlos llegar a la conclusión de que la APE estaba muy segura de sí misma y necesitaban bajarle un poco los humos.

Alguien de la *Bégimo* emitió una copia del mensaje de Holden con el símbolo del círculo dividido sobre la imagen y un comentario de fondo en el que se decía que ya era hora de que el Cinturón se pusiera en su lugar y exigiera el respeto que merecía. Toro pidió a Serge que encontrara la emisión y la apagara.

Después de lo que le parecieron horas y que probablemente no fuesen más de cuatro minutos, el ascensor llegó al puente. Las puertas se abrieron en silencio ante él, y Toro se bajó.

El puente no estaba diseñado para la batalla. En lugar del sistema de guerra habitual en el que había varios puestos y una marcada cadena de mando, el puente de la *Bégimo* se parecía al remolcador más grande que se había construido jamás, solo que las paredes estaban adornadas con ángeles que tocaban trompetas doradas. Los puestos (que eran solo para una persona y se ocupaban con un sistema de turnos rotativos) estaban ocupados por cinturianos que se miraban entre ellos y no dejaban de hablar. El puesto de

seguridad se encontraba en una zona apartada al otro lado de una puerta y estaba vacío. Los tripulantes del puente se comportaban como niños o como civiles, con expresiones radiantes o emocionadas en los rostros. Eran personas incapaces de reconocer el peligro cuando lo tenían delante y que creían que todo se iba a resolver al final, fuera cual fuese el problema.

Ashford y Pa estaban en el puesto de mando. Ashford hablaba a través de una cámara con alguien de alguna otra nave. Pa se dirigía hacia Toro con el ceño fruncido. Tenía los ojos entornados y apretaba los labios.

—¿Qué coño hace aquí, señor Baca?

—Tengo que hablar con el capitán —respondió Toro.

—El capitán Ashford está ocupado en estos momentos —dijo Pa—. Quizá sepa que tenemos una crisis entre manos. Esperaba que estuviera usted en su puesto de trabajo.

—Sí, segunda, pero...

—Su puesto no está en el puente. Debería marcharse ahora mismo.

Toro apretó los dientes. Le dieron ganas de gritarle, pero no era el momento de hacerlo. Su cometido era conseguir que la misión tuviera éxito y gritar no serviría para nada.

—Tenemos que dispararle, señora —afirmó Toro—. Tenemos que disparar a la *Rocinante*. Ahora mismo.

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Ashford terminó de hablar y se dirigió hacia ellos. La incertidumbre le daba un aspecto arrogante. El capitán desvió la mirada un instante hacia los miembros de la tripulación que estaban en sus puestos. Toro se dio cuenta de que Ashford era muy consciente de que todo el mundo lo miraba. Afectaría a todas sus decisiones, pero no había tiempo de ir a un lugar privado.

—Tengo la situación bajo control, señor Baca —afirmó Ashford.

—Con el debido respeto, capitán —empezó a decir Toro—, deberíamos disparar a Holden y deberíamos hacerlo antes que cualquier otro.

—No vamos a hacer nada de nada hasta que sepamos lo que ocurre, caballero —respondió Ashford con un tono que sonó peligroso a oídos de Toro—. He enviado una solicitud de aclaración a Ceres para comprobar si los altos mandos han autorizado las acciones de Holden y estoy vigilando la actividad de la flota terrícola.

Aquel desliz aclaraba muchas cosas. No la flota de la ONU, sino la terrícola. Toro sintió cómo la sangre le subía a la cabeza. El racismo involuntario y la incompetencia de Ashford estaban a punto de matarlos a todos. Apretó los dientes, bajó la cabeza y alzó la voz.

—Señor, ahora mismo tanto la Tierra como Marte están evaluando si...

—La situación puede descontrolarse en cualquier momento, señor Baca...

—... Toman represalias aquí y ahora o dejan que Holden se salga con la suya...

—... Y no voy a ser yo quien eche más gasolina al fuego. Si intensificamos la violencia llegados a este punto...

—... Y cuando empiecen a dispararle a él, empezarán también a dispararnos a nosotros.

La voz de Pa los interrumpió como una flauta travesera en una sinfonía de contrabajos.

—Tiene razón, señor.

Toro y Ashford se volvieron hacia ella, ambos con gesto igual de sorprendido. El hombre que se encontraba en el puesto de localización murmuró algo a la mujer que tenía al lado y el siseo de su voz atravesó el repentino silencio.

—El señor Baca tiene razón. Holden se ha identificado como representante de la APE y ha actuado con violencia contra la armada terrícola. Seguro que ahora mismo los almirantes de las otras facciones nos consideran sus refuerzos.

—Holden no es representante de la APE —afirmó Ashford. Su tono de bravata solo consiguió hacer más patente su inseguridad.

—Usted ha llamado a Ceres —dijo Toro—. Si no está seguro, ellos tampoco lo estarán.

Ashford se puso muy rojo.

—Holden no tiene ninguna posición oficial en la APE desde que Fred Johnson lo despidió por la manera en la que se comportó durante la crisis de Ganímedes. Si alguien pregunta, seguro que podré asegurar a los otros comandantes que Holden no nos representa, pero nadie nos ha preguntado nada. Lo mejor que podemos hacer es esperar y dejar que se enfríe la situación.

Pa agachó la cabeza y luego la volvió a levantar. No importaba que hubiese humillado a Toro y a Sam delante del personal de mando. Lo único que importaba era hacer las cosas bien a partir de ese momento. Toro quiso extender la mano y tocarle el brazo, prestarle algo de su coraje para que hiciese frente a Ashford.

Pero resultó que la mujer no lo necesitaba.

—Señor, si no tomamos la iniciativa, alguien lo hará, y entonces será demasiado tarde para hacer ninguna aclaración. Las negaciones son buenas si

alguien se las cree, pero se sabe que Holden y su tripulación han trabajado con nosotros y ahora aseguran que nos representan. Tenemos cuatro horas de retraso con respecto a Ceres. No hay tiempo de esperar una respuesta. Tenemos que dejar muy claro que no tenemos nada que ver con Holden. El señor Baca tiene razón. Tenemos que atacar la *Rocinante*.

Ashford torció el gesto.

—No voy a liarme a tiros —dijo.

—¿Ha escuchado los mismos canales que yo, capitán? —preguntó Toro—. Todo el mundo cree que ya lo hemos hecho.

—La *Rocinante* es solo una nave. Podemos acabar con ella —aseguró Pa—. Si nos enfrentamos a la Tierra o a Marte, perderemos.

Las cartas estaban sobre la mesa. Ashford se llevó la mano a la barbilla. No dejaba de mirar de un lado a otro, como si leyera algo que nadie más veía. Cada segundo que pasaba sin responder, su cobardía se hacía más patente, y Toro sabía que el hombre era consciente de ello. Que le molestaba. Ashford era el responsable y no quería esa responsabilidad. Tenía más miedo de quedar mal que de perder.

—Señor Chen —dijo Ashford—, envíe un mensaje láser a la *Rocinante*. Dígale al capitán Holden que se trata de un asunto urgente.

—Sí, señor —repuso el oficial de comunicaciones. Luego añadió—: La *Rocinante* no acepta la llamada, señor.

—¿Capitán? —dijo el que se encontraba en el puesto de localización—. La *Rocinante* está cambiando de rumbo.

—¿Adónde se dirige? —preguntó Ashford sin dejar de mirar a Toro.

—Pues... hacia nosotros, señor.

Ashford cerró los ojos.

—Señor Corley —gruñó—, cargue la batería de misiles de babor. Señor Chen, quiero que envíe mensajes láser a las naves insignia de las armadas de la Tierra y de Marte. Ahora mismo.

Toro se permitió relajarse. La sensación de urgencia dio paso al alivio y también a cierta melancolía. «Otra vez, coronel Johnson. Hemos esquivado la bala otra vez».

—Armas preparadas, señor —dijo la oficial de armamento con voz clara y emocionada como la de un niño en un salón recreativo.

—Fije objetivo —pidió Ashford—. ¿Qué hay de esos mensajes láser?

—Aceptados y pendientes, señor —dijo Chen—. Saben que queremos hablar.

—Muy bien —dijo Ashford mientras empezaba a deambular por el puente como un viejo capitán por un alcázar de madera. Tenía las manos entrelazadas a la espalda.

—Objetivo fijado —informó el oficial de armas. Y añadió—: La *Rocinante* está activando sus sistemas de armamento.

Ashford se derrumbó en su asiento. Tenía gesto amargo. Toro se dio cuenta de que el hombre tenía la esperanza de que fuera cierto, de que la APE de verdad estuviera posicionándose para controlar el Anillo.

Ese hombre era un imbécil.

—¿Disparamos, señor? —preguntó la oficial de armamento, con la voz tensa como un perro tirando de su correa. Quería disparar, y Toro no la respetó más por ello. Miró a Pa, pero la segunda de a bordo evitaba mirar hacia él.

—Sí —afirmó Ashford—. Adelante. Fuego.

—Primer torpedo fuera, señor —informó la oficial de armamento.

—Tenemos un código de error —dijo el oficial de operaciones—. Estamos recibiendo un informe de la batería.

Toro notó un regusto metálico en la boca. Si Holden también había puesto una bomba en la *Bégimo*, quizá sus problemas solo estuvieran empezando.

—¿Ha salido el misil? —casi gritó Pa—. Díganme que no tenemos un misil activo atascado en un tubo.

—No, señor —dijo el oficial de armas—. El misil se ha lanzado. Tenemos confirmación.

—La *Rocinante* está realizando maniobras evasivas.

—¿Nos ha devuelto el fuego? —preguntó Ashford.

—No, señor. Aún no.

—Tenemos errores en la red eléctrica, señor. Creo que es algún cortocircuito. Puede que...

El puente se quedó a oscuras.

—... Que perdamos energía. Señor.

Los monitores se apagaron. Las luces, también. Solo se oía el zumbido de los recicladores de aire, que aún funcionaban, supuso Toro, gracias a las baterías de reserva. La voz de Ashford surgió de la oscuridad.

—Señora Pa, ¿se llegó a realizar en algún momento una prueba de los sistemas de misiles?

—Creo que estaba programada para la semana que viene, señor —respondió la segunda de a bordo.

Toro subió el brillo de la pantalla de su terminal portátil al máximo y lo levantó como una antorcha. Miró las luces de emergencia que había en las paredes por toda la estancia, igual de apagadas que todo lo demás. Otro sistema que tampoco se había comprobado aún.

Unos segundos después, la mitad de la tripulación del puente sacó linternas de las taquillas de emergencia empotradas. El nivel de iluminación empezó a aumentar a medida que aparecían haces. Nadie dijo nada. No era necesario. Si la *Rocinante* devolvía el fuego, no podrían hacer nada para evitarlo, pero había muchas probabilidades de que no perdieran la nave del todo. De haberse tenido que enfrentar en batalla contra la Tierra, Marte o ambas, la *Bégimo* habría quedado destruida. En lugar de eso, tan solo habían dejado claro a todo el sistema lo poco preparados que estaban. Era la primera vez que Toro se alegraba de ser un simple jefe de seguridad.

—¿Segunda de a bordo? —llamó Toro.

—Sí.

—¿Permiso para levantar el arresto domiciliario a la ingeniera jefe?

La cara de Pa tenía una tonalidad grisácea a la luz tenue de la estancia, solemne como una tumba. No obstante, Toro creyó distinguir cierta chispa de regocijo oscuro en su mirada.

—Permiso concedido —respondió.

16

Holden

—Vale —dijo Amos—, esto es raro de cojones.

El mensaje empezó a repetirse.

—Aquí el capitán James Holden. Lo que acaban de ver no es más que una demostración del peligro que...

Se hizo un silencio sepulcral en el centro de mando, y Naomi se puso a trabajar en la consola principal con silenciosa rabia. Con el rabillo del ojo, Holden vio que Monica hacía un gesto a su equipo y Okju levantaba una cámara. La decisión tácita de obviar la regla de «no permitir civiles en el centro de mando» de pronto empezó a cobrar apariencia de error.

—Es falso —dijo Holden—. Yo no he grabado eso. Ese no soy yo.

—Pues como que suena un poco igual que tú —dijo Amos.

—Jim —llamó Naomi con la voz empezando a distorsionarse por el pánico—. Somos nosotros los que estamos emitiendo el mensaje. Sale de la *Roci*.

Holden agitó con la cabeza con rotundidad para negarlo. Si podía haber algo aún más absurdo que el propio mensaje, era la idea de que fuera su nave la que lo estuviese emitiendo.

—La emisión sale de nosotros —dijo Naomi, dando un manotazo a la pantalla—. ¡Y no puedo pararla!

Holden sintió como si todo se alejara de él, como si los ruidos de la estancia vinieran de muy lejos. Sabía que era una reacción provocada por el pánico, pero cedió y aceptó el pequeño momento de paz que le brindaba. Monica le gritaba preguntas que casi ni podía oír. Naomi no dejaba de golpear la consola con rabia mientras navegaba por los menús a más velocidad de la que Holden podía seguirla. Por el canal de comunicación de la nave, Alex le gritaba exigiendo órdenes suyas. Amos no dejaba de mirarlo con una perplejidad que casi le parecía cómica. Los dos cámaras, equipo en mano, se afanaban para ayudarse entre sí y amarrarse en asientos de colisión. Cohen

flotaba en medio del centro de mando, con un ligero gesto de desaprobación esbozado en los labios.

—Me la han jugado —afirmó Holden—. Esto es lo que querían.

Todo: la demanda de los marcianos, la pérdida del contrato de Titania, el equipo de documentales que se dirigía al Anillo, todo le había llevado a aquello. Lo único que no podía imaginar era la razón.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mónica, acercándose a él para que los dos entraran en el plano—. ¿Cómo que te la han jugado?

Amos puso una mano en el hombro de la mujer y negó una vez con la cabeza.

—Naomi —llamó Holden—, ¿solo hemos perdido el control del sistema de comunicaciones?

—No lo sé. Eso parece.

—Pues apágalo. Si no puedes, ayuda a Amos a aislarlo del suministro eléctrico. Arrancadlo de cuajo de la nave si es necesario.

Ella volvió a asentir y se volvió hacia Amos.

—Alex —dijo Holden. Monica empezó a hablar, pero Holden levantó un dedo para silenciarla y ella cerró la boca de golpe—. Empieza a acelerar hacia la *Bégimo*. No queremos hacernos con el control del Anillo en nombre de la APE, pero mientras todo el mundo lo crea, la APE es la facción que con menos probabilidad va a dispararnos.

—¿Qué puedes decirme sobre lo que está ocurriendo? —preguntó Monica—. ¿Estamos en peligro? ¿La situación es peligrosa? —La sonrisilla que solía tener siempre en los labios había desaparecido para dar paso a una de terror manifiesto.

—Amárrate —ordenó Holden—. Todos. Ahora mismo.

Okju y Clip ya estaban amarrados en los asientos de colisión, y Monica y Cohen no tardaron en hacer lo propio. El equipo de documentales al completo tuvo la decencia de quedarse en silencio.

—Capi —llamó Alex. Su voz había pasado a tener el tono casi somnoliento del que siempre hacía gala en situaciones de mucho estrés—. La *Bégimo* nos acaba de bañar con su láser de objetivo.

Holden se amarró en el puesto de batalla y lo encendió. La *Roci* empezó a contar las naves que se encontraban en su radio de amenaza. Resultaron ser todas ellas. La nave le preguntó si debía marcar alguna como hostil.

—Tienes la misma idea que yo, cielo.

—¿Cómo? —preguntó Naomi.

—Esto... —empezó a decir Alex—. ¿Estáis calentando las armas?

—No —respondió Holden.

—Pues menuda faena —dijo Alex—. Los sistemas de armamento se están encendiendo.

—¿Vamos a disparar a alguien?

—Creo que aún no.

Holden ordenó a la *Roci* que marcara como hostil todo lo que les apuntara con un sistema de objetivo, y se sintió aliviado cuando vio que el sistema le hacía caso. La *Bégimo* cambió a color rojo en la pantalla. Luego, después de un momento de reflexión, Holden ordenó a la nave dividir todas las naves de los marcianos y los terrícolas en dos grupos. Si acababan enfrentándose a una nave de cualquiera de los dos grupos, tendrían que luchar contra todas.

Había demasiadas. La *Roci* estaba atrapada entre la desproporcionada nave de la APE de Fred Johnson, de dos kilómetros de eslora, y la mayor parte de la armada restante de Marte. Y detrás de los marcianos, el Anillo.

—Muy bien —dijo mientras intentaba a la desesperada pensar qué hacer a continuación. Se encontraban lo más lejos que podían estar de cualquier lugar en el que esconderse en todo el Sistema Solar. Había un viaje de dos meses a la roca más cercana con un tamaño mayor que su nave. Dudaba que pudiesen escapar de las tres flotas y todos sus torpedos durante dos meses. Ni durante dos minutos siquiera, llegados al caso—. ¿Cómo va con las comunicaciones?

—Apagadas —respondió Amos—. Ha sido tan fácil como quitar el enchufe.

—¿Tenemos alguna manera de asegurar a todo el mundo que la emisión no ha sido nuestra? Firmaría ahora mismo una rendición completa e incondicional sin problema —dijo Holden.

—Imposible sin volver a encenderlas —respondió Amos.

—Seguro que todos están intentando ponerse en contacto con nosotros —continuó Holden—. Cuanto más tardemos en responder, peor quedaremos. ¿Qué hay de las armas?

—Preparadas, pero aún no se han disparado —respondió Amos—. Y no tenemos control sobre ellas.

—¿Podemos dejarlas también sin energía?

—Podemos —respondió Amos con cara compungida—. Pero no jodas, no creo que debamos.

—¡Movimiento rápido! —gritó Naomi.

—¡Hostia puta! —exclamó Alex—. La APE acaba de dispararnos un torpedo.

En la consola de Holden, un punto amarillo se separó de la *Bégimo* y pasó a naranja a medida que aceleraba.

—¡Maniobra evasiva! —gritó Holden—. Naomi, ¿puedes cegararlo?

—No. No tenemos láser —respondió ella con voz sorprendentemente calmada—. Ni radio. Las contramedidas no responden.

—Joder —dijo Amos—. ¿Por qué nos haría venir alguien hasta aquí solo para matarnos? Podrían haberlo hecho en Ceres y ahorrarnos el viaje.

—Alex, esta es la ruta. —Holden envió al piloto unos vectores que los llevarían a atravesar el corazón de la flota marciana. Que él supiera, los marcianos solo querían detenerlos. Ahora no le parecía tan mal—. ¿La *Bégimo* ha vuelto a disparar?

—No —respondió Naomi—. Se han quedado a ciegas. No tienen sensores ni motores activos.

—Diría que es un poco demasiado grande para intentar pasar desapercibida —comentó Alex sin una gota de humor en la voz—. Picando zumo.

Mientras los asientos les inyectaban el cóctel de drogas para evitar que los matara la alta aceleración, Cohen dijo sin venir a cuento:

—Menuda zorra.

Antes de que Holden pudiera preguntarle a qué se refería, Alex aceleró la *Rocinante* y la nave salió despedida como un caballo de carreras al que le acabaran de picar las espuelas. La repentina aceleración hundió a Holden en el asiento con la fuerza suficiente como para dejarlo aturdido durante un segundo. La nave lo devolvió a la realidad cuando la alarma de proximidad de misiles indicó que el torpedo de la *Bégimo* estaba cerca. Sin poder hacer nada al respecto, Holden vio cómo el punto naranja que presagiaba la muerte de su tripulación se acercaba cada vez más a la *Rocinante*, que intentaba escapar. Miró a Naomi y vio que ella también le miraba, tan indefensa como él y sin poder usar ninguno de sus trucos, ya que la batería de comunicaciones estaba desconectada.

La gravedad bajó de improviso.

—Tengo una idea —anunció Alex por el canal de comunicaciones.

La nave realizó varias maniobras bruscas y luego volvió a desaparecer la gravedad. La *Rocinante* había añadido una nueva alarma a su coral. Estaba sonando también el aviso de colisión. Holden cayó en la cuenta de que solo lo había oído en los simulacros. No era normal que las naves se embistieran unas a otras.

Encendió las cámaras exteriores y solo vio la inmensidad del vacío. Por un momento, pensó que se habían roto, pero luego Alex tomó el control de ellas e hizo un barrido por el casco de un enorme crucero marciano. La alarma de objetivo quedó en silencio cuando el misil los perdió.

—Voy a poner este gigante marciano entre nosotros y el torpedo —dijo, casi susurrando, como si el misil pudiera oírlo si alzaba demasiado la voz.

—¿A qué distancia estamos de la nave? —preguntó Holden en tono similar al de Alex.

—A unos diez metros —respondió el piloto con la voz henchida de orgullo—. Más o menos.

—Se van a cabrear de verdad como el misil no pare —terció Amos. Luego, con voz casi reflexiva, añadió—: Ni siquiera sé cuánto daño hacen los cañones de defensa en punta a esta distancia.

Como en respuesta, el crucero los marcó con un láser de objetivo. Luego lo hizo también el resto de las naves marcianas, lo que añadió una docena de alarmas más a la cacofonía imperante.

—¡Mierda! —exclamó Alex, y Holden sintió que la gravedad le golpeaba en el pecho con la fuerza de una roca. Ninguna nave marciana disparó, pero el misil original volvió a aparecer en la mira. Ahora que la *Bégimo* parecía fuera de juego, eran los marcianos quienes lo guiaban. Holden se sorprendió de haber vivido lo suficiente como para ver una auténtica cooperación entre Marte y la APE. No fue tan gratificante como había esperado.

Las naves marcianas pasaban zumbando a ambos lados mientras la *Rocinante* aceleraba a lo largo del grupo principal de la flota. Holden se imaginó las baterías de objetivo y los cañones de defensa en punta rotando de un lado a otro para seguirles la pista. Cuando salieron de entre ellas, lo único que les quedó cerca fue el Anillo y un vacío infinito moteado de estrellas.

El plan le vino a la mente como la sensación terrorífica y enfermiza de algo espantoso que hubiera sabido desde siempre pero intentara olvidar. El misil no había dejado de seguirlos y, aunque lo evitaran, les dispararían más. No podían esquivarlos para siempre. No podía rendirse. Que él supiera, el armamento de su propia nave podía empezar a disparar en cualquier momento. Por un instante, la cubierta del centro de mando pareció quedar sumida en el silencio y el tiempo se detuvo como cuando sucedía una catástrofe. Tenía muy presente a Naomi, apretada contra su asiento. A Monica y a Okju, con los ojos muy abiertos debido al miedo y a la aceleración. A Clip, con los brazos estrujados contra el gel del asiento a ambos lados del cuerpo. A Cohen, con la boca abierta y la cara pálida.

—Pues... —balbució Holden en voz muy baja mientras la gravedad de la aceleración le estrujaba las cuerdas vocales. Hizo un gesto a Alex para que dejara de acelerar, y la gravedad cesó de nuevo—. El Anillo. Vamos al Anillo. Venga.

Sintió como si le hubiesen dado un tortazo cuando la gravedad volvió. Luego rotó la silla hacia su puesto y abrió la consola de navegación. Sin dejar de tener presente la velocidad a la que se acercaba el punto naranja con el rabillo del ojo, creó un paquete de navegación para Alex con el que acelerarían a toda potencia hacia el Anillo, realizarían un giro y luego una maniobra casi suicida de desaceleración justo antes de entrar. Holden podía hacerlos pasar por debajo de la velocidad que había hecho detenerse a la *Et Quoi* y a todas las sondas rápidas que habían enviado desde entonces. Si tenían suerte, lo que quiera que hubiese al otro lado atraparía el misil mientras la *Roci*, que iría más despacio, se libraría. La nave le advirtió que a las g que iban a estar durante la maniobra tenían un tres por ciento de probabilidades de matar a algún miembro de la tripulación, aunque no durara mucho tiempo.

El misil los mataría a todos.

Holden envió el paquete a Alex, casi deseando que el piloto lo rechazara. Casi esperándolo. Pero en vez de eso, la *Roci* aceleró durante unos interminables veintisiete minutos, realizó un desagradable giro en gravedad cero que duró menos de cuatro segundos y luego una maniobra de desaceleración de cuatro minutos y medio que dejó inconscientes a todos los que se encontraban en la nave.

—Despierta —dijo Miller en la oscuridad.

La nave flotaba a la deriva. Holden empezó a toser con fuerza a medida que sus pulmones intentaban recuperar el tamaño normal después de la devastadora maniobra de desaceleración. Miller flotaba junto a él. No parecía haber nadie más despierto aún. Naomi no se movía. Holden se quedó mirando hasta que distinguió el suave mecer de sus costillas. Estaba viva.

—Puertas y esquinas —dijo Miller. Hablaba en voz baja y tono grave—. Te dije que hay que comprobar las puertas y las esquinas, y tú vas y te lanzas en medio de la habitación con la polla por fuera. Hijo de puta con suerte. Tengo que admitir que eres consistente, eso sí.

Había algo en su forma de hablar que lo hacía parecer más cuerdo que antes. Más contenido. Como si le leyera la mente, el inspector se volvió para mirarlo. Sonrió.

—¿Estás aquí? —preguntó Holden. Aún estaba confundido y tenía el cerebro seco debido a la aceleración y la falta de oxígeno—. ¿Eres real?

—No estás pensando con claridad. Tómate tu tiempo. Coge aire. No hay prisa.

Holden abrió las cámaras exteriores y soltó un largo suspiro que casi terminó en un gemido. El misil de la APE flotaba en el exterior junto a la nave, solo a unos cientos de metros de la proa de la *Roci*. El motor del torpedo no había dejado de acelerar, y su cola era un penacho blanco y resplandeciente que dejaba detrás una estela de casi un kilómetro. Pero el misil estaba quieto en el espacio, inerte.

Holden no sabía si el misil había estado así de cerca cuando entraron en el Anillo. Sospechaba que no. Lo más seguro era que se hubiesen acercado tanto cuando ambos habían dejado de moverse. No obstante, ver el motor de un arma tan enorme acelerando como si fuera a impactar contra ellos le hizo estremecerse y le puso los huevos por corbata. Diez metros más y habría entrado en el alcance de proximidad. Habría detonado.

Mientras Holden miraba, el misil se alejó poco a poco, arrastrado vete a saber dónde por esa energía desconocida que marcaba el límite de velocidad a ese lado del Anillo.

—Lo hemos conseguido —dijo Holden—. Lo hemos atravesado.

—Sí —dijo Miller.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? Lo hacías por esto.

—Me das más crédito del que merezco.

Amos y Naomi gruñeron cuando empezaron a despertar. El equipo de documentales no se había movido. Quizás incluso estuvieran muertos. Holden no podía estar seguro sin desabrocharse, y aún no tenía el cuerpo para hacerlo. Miller se inclinó sobre la pantalla y la miró con los ojos entornados, como si buscara algo. Holden abrió los datos de los sensores y llegó un montón de información. Había muchísimos elementos apiñados en un radio de un millón de kilómetros, como semillas en una vaina. Y más allá de ellos, nada. Ni siquiera la luz de las estrellas.

—¿Qué son? —preguntó Holden—. ¿Qué hay ahí fuera?

Miller bajó la vista a la pantalla con gesto inexpresivo.

—Nada —dijo el muerto. Y luego añadió—: Me da un miedo de cojones.

17
Toro

—¿Qué coño somos? —dijo Serge, flotando con suavidad junto al mostrador de seguridad—. ¿De seguridad o unas putas niñeras?

—Somos lo que requiera la situación —respondió Toro, pero no consiguió que las palabras sonaran muy convincentes.

Habían pasado treinta horas desde que la *Bégimo* se había quedado a oscuras y él solo había dormido durante seis de ellas. Serge, Casimir, Jojo y Corin se habían turnado en las oficinas para coordinarlo todo mientras la nave volvía a la normalidad. El resto del personal de seguridad había formado grupos improvisados con los que habían conseguido sofocar dos pequeñas revueltas causadas por el pánico, coordinar a varias personas para liberar a una docena de tripulantes que habían quedado atrapados en los almacenes, donde los recicladores de aire no habían vuelto a funcionar, y arrestar a unos pocos operarios de *mechas* que se habían aprovechado del caos para ajustar cuentas personales.

Las luces habían regresado a toda la nave. Los sistemas de control de daños habían despertado del coma y trabajaban al doble de velocidad para ponerse al día. La tripulación estaba exhausta, asustada y al límite, y el puto James Holden había escapado a través del Anillo y acabado en lo que fuese que había al otro lado. La oficina de seguridad olía a sudor rancio y a la crema de judías con masala que Casimir había llevado el día anterior. Durante el primer día, habían hecho un esfuerzo inconsciente por mantener una orientación física coherente: los pies hacia el suelo y la cabeza hacia el techo. Pero habían pasado a flotar todos sin orden ni concierto. Para los cinturianos era algo casi natural, pero en ocasiones Toro aún sentía algo de vértigo.

—Amén *alles* amén —dijo Serge entre carcajadas—. Nosotros *sommes* lubricante para la máquina.

—Es lo menos divertido que he hecho jamás con lubricante —apuntó Corin. Toro sabía que cuando Corin estaba cansada, se ponía obscena. La

experiencia le había demostrado que todos se enfrentaban al cansancio excesivo de una manera diferente. Algunos se enfadaban y se ponían más irritables. Supuso que, en general, lo que ocurría era que se desinhibían. Si se desgastaba demasiado la fachada con demasiado trabajo, miedo o ambas cosas, la persona que esperaba debajo terminaba por salir a la luz.

—Muy bien —dijo Toro—. Vosotros dos necesitáis un descanso. Yo mantendré el fuerte hasta que vuelvan los demás. Habéis hecho más de lo que...

El escritorio de la oficina de seguridad pitó. Sam había realizado una solicitud de llamada. Toro levantó un dedo hacia Serge y Corin y se acercó.

—¿Sam? —respondió.

—Toro —dijo ella, dos sílabas cortas y concisas que tenían tal carga de enfado e irritación que rozaban la furia—. Necesito que bajes.

—Puedes llamar a quien quieras —se oyó la voz de un hombre de fondo—. No me importa. ¿Me has oído? Ya me da lo mismo. Haz lo que te dé la gana.

Toro miró la ubicación de la llamada. Sam estaba cerca de los talleres. No era muy lejos.

—¿Me hará falta un arma? —preguntó Toro.

—No seré yo la que te detenga, cielo —respondió Sam.

—Voy para allá —dijo él mientras se desconectaba.

—*Gehst du* —dijo Corin a Serge—. Tú llevas más tiempo despierto. Yo me encargo de que el lugar no se venga abajo.

—¿Vas a estar bien? —preguntó Serge, y Toro tardó un instante en darse cuenta de que se lo había preguntado a él.

—De lujo —respondió Toro, intentando que sonara sincero.

Estar agotado en ingravidez no era lo mismo que estarlo en aceleración o en un pozo de gravedad. De joven, Toro solía acabar cansado muy a menudo, y aquella sensación de peso, de sentir los músculos desgajándose de los huesos como si fuera un pollo asado era el verdadero significado de sentirse exhausto. Ahora llevaba fuera de la Tierra más años de los que había estado en ella y aún le confundía casi a nivel celular estar agotado hasta el punto de desmayarse y no sentir nada en las articulaciones. A nivel mental, sabía que le daba la sensación de poder aguantar más de lo que era capaz en realidad. Había otras señales: la sensación de arenilla en los ojos, el dolor de cabeza que se expandía despacio desde el centro del cráneo, una ligera náusea. Pero ninguna era tan convincente ni determinante.

Los pasillos no estaban vacíos, pero tampoco abarrotados. A pesar de encontrarse en alerta máxima y de que todos los equipos estuviesen trabajando el doble de horas y partiéndose el lomo, la *Bégimo* estaba casi vacía. Atravesó la nave lanzándose de asidero en asidero, surcando con presteza las distancias como en un sueño. Estuvo tentado de ir más rápido dando palmadas en los asideros y las escalerillas junto a las que pasaba para ganar algo de energía cinética, tal y como habían hecho sus compañeros y él en el Cuerpo de Marines. Aquel juego le había granjeado más de un moretón, y en la *Bégimo* no tenía tiempo para juegos. Además, ya no era joven.

Encontró a Sam y los suyos en una enorme zona de servicio. Cuatro hombres con equipo de soldadura que flotaban junto a una pared arreglando secciones de los conductos del mamparo, mientras lluvias de chispas y luces más resplandecientes que un sol iluminaban el lugar. Sam levitaba cerca con el cuerpo en un ángulo de cuarenta y cinco grados con relación a los demás. Un joven cinturiano flotaba junto a ella con el cuerpo en un ángulo en el que dejaba los pies apuntando hacia ella. Toro sabía que aquello era un insulto.

—Toro —dijo Sam. La cara del chico era una máscara de rabia implacable—. Este es Gareth. Ha decidido que arreglar conductos es un trabajo asqueroso.

—Soy ingeniero —afirmó Gareth, escupiendo las palabras con tanta violencia que incluso rotó un poco—. ¡Estuve ocho años en la estación Tycho! No voy a acabar haciendo el trabajo de un puto técnico.

Los demás soldados mantuvieron los ojos fijos en el trabajo, pero Toro se dio cuenta de que estaban escuchando. Miró a Sam, que tenía un gesto inescrutable en el rostro. Toro no sabía del todo si pedirle ayuda a él le había resultado difícil o si era la forma en que esperaba que Toro le compensara lo que había ocurrido con Pa. Que hubiera sido la detención más corta de la historia de la nave no aliviaba el escozor de haberse visto atrapada en las rencillas políticas de su superior. Sea como fuere, Sam había elevado el problema hasta él, y por tanto había pasado a ser asunto de Toro.

Toro respiró hondo.

—¿En qué trabajamos por aquí? —preguntó, no tanto porque le interesara la respuesta, sino más bien por apurar algún segundo más para pensar bien en la situación, ya que no tenía la cabeza para muchos trotes.

—Un fallo en una línea principal —respondió Sam—. Puedo dedicar tres días a hacer un diagnóstico completo o veinte horas en parchearlo.

—¿Y esto de los conductos es para el parche?

—Lo es.

Toro levantó el puño para asentir como un cinturiano y luego se volvió hacia el chico. Gareth era joven, estaba cansado y era un cinturiano de la APE, lo que significaba que nunca había recibido ninguna clase de adoctrinamiento militar. Toro daba por hecho que Sam le había gritado mucho antes de verse obligada a pedir refuerzos.

—Venga, tranquilo —dijo Toro.

—Oye, lo *est*. Esto es mierda —dijo el hombre, perdiendo el control sobre la gramática.

—Entiendo —afirmó Toro—. Puedes marcharte. Pero antes ayúdame a ponerme tu equipo.

Gareth parpadeó. A Toro le pareció entrever los indicios de una sonrisilla en los ojos inyectados en sangre de Sam, pero podía significar cualquier cosa. Quizá fuese placer por oír la voz agotada de Toro o la confusión de Gareth, o quizás había entendido la jugada de Toro y le había parecido muy inteligente.

—Hablaré con los responsables de otras naves —dijo Toro—. De la Tierra o de Marte. Seguro que alguien enviará una nave de vuelta hacia el Sol. A ver si alguna puede dejarte aunque sea en Ceres.

La boca de Gareth se abrió y se cerró como la de un besugo. Sam se impulsó, cogió el equipo de soldadura con una mano, se lo acercó para acelerar el giro y luego extendió el brazo para ralentizarlo. Toro lo cogió de su mano y empezó a amarrarse las correas.

—¿Sabes cómo se hace? —preguntó Sam.

—Lo suficiente para soldar conductos —respondió Toro.

—¿En seguridad no te necesitan?

—Ya he hecho mi turno —dijo Toro—. Iba de camino al catre, pero alguien tiene que hacer esto. Yo me encargo.

—Muy bien —dijo Sam—. Coge aquel extremo y yo me ocupo de que alguien lo una con el de Marca. Vendré en un rato para ver qué tal vas.

—Perfecto —respondió Toro. Giraba unos grados cada segundo y dejó que el impulso le diera la vuelta hasta encontrarse frente a frente con el chico. Su rabia no había desaparecido, pero estaba hundiéndose bajo una marea de vergüenza. Se había deshecho en quejas y bravatas para no hacer el trabajo porque no era digno de él, y ahora el jefe de seguridad iba a dedicar su tiempo libre a hacer ese mismo trabajo. Toro notaba la atención de los demás soldados en ellos. Encendió la llama para probarla y el aire que había entre ellos se tornó blanco por un instante—. Muy bien. Todo listo. Puedes marcharte si quieres.

El chico se dio la vuelta y se preparó para impulsarse por la estancia y salir de allí. Toro intentó recordar la última vez que había usado un soldador en ingravidez. Estaba muy seguro de que podía hacerlo, pero tendría que empezar con cuidado. En ese momento, Gareth hizo un gesto con los hombros que le indicó que no tendría que hacerlo. Toro empezó a quitarse las correas y Gareth se acercó para ayudarlo.

—Estás cansado —dijo Toro, en voz baja para que no lo oyera nadie más—. Has trabajado demasiado y te ha afectado un poco. Nos pasa a todos.

—*Bem*.

Dio el soplete al chico y se lo apretó con fuerza en las manos.

—Esto es un privilegio —dijo Toro—. Estar aquí fuera. Hacer esta mierda. Dejarnos los cuernos trabajando y que a nadie le importe un carajo. Es un privilegio. La próxima vez que menoscabas la autoridad de la ingeniera jefe Rosenberg, te enviaré perdiendo el culo a casa con una notita diciendo que no podías con todo esto.

El chico murmuró algo que Toro no llegó a comprender. Las llamas del resto de los sopletes hicieron que su cara pasara del blanco al marrón y al blanco de nuevo. Toro le puso una mano en el brazo.

—Sí, señor —dijo Gareth.

Toro lo soltó y el chico se impulsó hacia la pared para colocarse junto al conducto que le correspondía. Sam apareció junto al hombro de Toro, descendiendo desde el punto ciego que tenía arriba y atrás.

—Ha funcionado —dijo.

—Sí.

—Tampoco ha venido mal que seas terrícola.

—No. ¿Qué tal la nave?

—Se viene abajo —respondió Sam—. Pero la arreglaremos aunque tengamos que usar chicle.

—Al menos no nos ha disparado nadie.

La risa de Sam sonó entrañable.

—Con una vez tendrían de sobra.

La alarma sonó a la vez en el terminal portátil de ambos y en el sistema de altavoces de la nave. Toro apretó los labios de manera inconsciente.

—Menudo momento de mal agüero han elegido —dijo Sam antes de que la voz del capitán Ashford atronara en toda la nave. La amplitud de los espacios y la gran cantidad de altavoces hizo que las palabras rebotaran como si se tratara de la voz de Dios.

—Al habla el capitán. Acabo de recibir confirmación de la autoridad central de la APE de que las acciones llevadas a cabo por el criminal James Holden no están autorizadas de ninguna manera por la Alianza de Planetas Exteriores. Dichas acciones no solo han puesto en peligro esta nave, sino la reputación y el renombre de la alianza. He informado a la autoridad central de que hemos reaccionado con presteza y decisión contra Holden, que solo ha podido escapar de nosotros a través del Anillo.

—Gracias por lo que has hecho, por cierto —dijo Sam.

—*Bienvenue*.

—He solicitado y recibido —continuó Ashford— permiso para seguir tomando las medidas que considere oportunas para confrontar esta injuria. Los datos de nuestros sensores y los de las flotas de la Tierra y Marte a los que hemos tenido acceso parecen indicar que la *Rocinante* ha atravesado el Anillo en buenas condiciones y no ha recibido daños sustanciales, a pesar de las anomalías físicas del otro lado.

»A la luz de los hechos, he tomado la decisión de seguir a Holden a través del Anillo y detenerlos a él y a su tripulación. Enviaré instrucciones específicas a los jefes de todos los departamentos esbozando los preparativos que necesitaremos realizar antes de empezar a acelerar, pero espero que podamos dar comienzo a la persecución a lo largo de las próximas seis horas. Es un imperativo para el orgullo, la dignidad y el honor de la APE que esta afrenta no quede impune y seamos nosotros quienes llevemos a Holden ante la justicia.

»Quiero que todos sepan que me siento honrado de servir junto a una tripulación tan valiente, y que juntos haremos historia. Me gustaría que todos se tomaran las próximas horas para descansar y prepararse. Que Dios los bendiga a todos y a la Alianza de Planetas Exteriores.

Ashford se desconectó con un chasquido que resonó a través de cientos de altavoces. La luz blanca y reluciente de los soldados había desaparecido y el lugar se había quedado más a oscuras. La risa batalló contra la desesperación en las entrañas de Toro.

—Yo digo que está borracho. ¿Tú? —dijo Sam.

—Peor. Está avergonzado. Intenta quedar bien —afirmó Toro.

—¿La *Bégimo* se rajó como una nenita a ojos de Dios y de todo el mundo, y ahora tenemos que ser los más machotes del sistema para compensarlo?

—Algo así.

—¿Vas a convencerlo para que no lo haga?

—Voy a intentarlo.

Sam se rascó una mejilla.

—Va a ser difícil echarse atrás después de este discursito en plan «somos los salvadores del mundo».

—No lo hará —dijo Toro—, pero tengo que intentarlo.

Los planetas interiores salían al espacio con la idea de que eran soldados a los que enviaban a territorio desconocido. Toro recordó lo que sintió la primera vez que se había subido a una nave: la noción de que dejaba atrás su hogar. Para los interianos, la expansión hacia el Sistema Solar siempre había tenido un trasfondo militar.

Era algo que los cinturianos no sentían. Ellos eran los nativos del lugar. Las avanzadillas en las que sus ancestros habían llegado al Cinturón tenían raíces en el comercio, los oficios artesanales y la abrumadora promesa de la libertad. La APE había empezado su andadura como un sindicato, no como una nación. La diferencia era sutil pero muy importante y derivaba en todo tipo de ramificaciones.

De haberse encontrado ahora mismo en una de las naves de la Tierra o Marte que flotaban en la oscuridad junto al Anillo, Toro habría reaccionado a la rigurosa e intensa bronca que le acababa de echar el capitán tratando de localizar a la segunda de a bordo Pa en la cocina o la cantina. Pero estaba en la *Bégimo*, así que la encontró en un bar.

Era un lugar pequeño lleno de burbujas de alcohol, chocolate, café y té, todas con control de temperatura en la boquilla, para que las bebidas que se servían a una temperatura templada uniforme pudieran salir casi hirviendo o al borde de la congelación. Tenía una decoración parecida a la de un club nocturno barato, con luces de colores y capas gráficas cutres para ocultar las paredes. Había media docena de personas que flotaban junto a asideros o con cables, y Pa era una de ellas.

Lo primero que pensó Toro al acercarse a la mujer fue que necesitaba un corte de pelo. Sin la falsa gravedad de la aceleración, el pelo flotaba a su alrededor, demasiado corto para atarlo pero tan largo que le tapaba los ojos y se le metía en la boca. Lo segundo que pensó fue que tenía aspecto de estar tan cansada como él.

—Señor Baca —saludó Pa.

—Segunda, ¿puedo quedarme por aquí?

—Te estaba esperando. ¿Has ido a ver al capitán?

Toro deseó poder sentarse, no por ninguna razón de peso, sino más bien por el leve contexto que habría aportado a la conversación.

—He ido. No se ha alegrado mucho de verme. Me ha enseñado la propuesta que has ido acumulando para relevarme de mi puesto.

—Era un plan de emergencia —dijo ella.

—Claro. ¿Y esa idea de que la *Bégimo* atravesase el Anillo? No podemos hacerlo. Si aceleramos en serio, acabaremos con dos armadas pegadas al culo. Además, no sabemos qué hay al otro lado excepto que es algo mucho más poderoso que nosotros.

—¿Quieres que una civilización alienígena tenga a James Holden como ejemplo de la humanidad?

Ashford había dicho lo mismo, palabra por palabra. Había sido su argumento más convincente, y por fin Toro sabía de dónde lo había sacado. Toro había dedicado el largo descenso en ascensor a conseguir que su mente privada de sueño encontrara una réplica válida.

—Eso no habrá ni que tenerlo en cuenta si nos vuelan los huevos antes de llegar allí —dijo Toro—. ¿De verdad crees que la Tierra y Marte se van a tragar eso de que «vamos como representantes de la ley»? Entre ellos aún habrá gente que crea que estamos relacionados con lo que pretendía Holden, fuera lo que fuese. Pero, incluso si no, es inviable que se hagan a un lado y nos dejen ponernos al mando. Puedes apostar lo que quieras a que el líder del ejército de Marte está preguntando a su segundo de a bordo si quiere que una civilización alienígena tenga a Ashford como ejemplo de la humanidad.

—Ahí has estado bien —respondió Pa—. ¿Usar mis palabras contra mí? Muy inteligente.

—Puede que los planetas interiores aún no nos hayan amenazado —dijo Toro—, pero...

—Sí que lo han hecho. Marte nos ha amenazado con abrir fuego si nos acercamos a cien mil kilómetros del Anillo.

Toro se llevó la mano a la boca. Podía sentir cómo su mente se esforzaba en buscar todas las implicaciones de lo que acababa de oír. La armada marciana ya les había enviado un ultimátum. Ashford ni se lo había mencionado.

—Y entonces, ¿qué leches estamos haciendo?

—Prepararnos para acelerar dentro de cuatro horas y tres cuartos, señor Baca —respondió Pa—. Porque es lo que nos han ordenado hacer.

La amargura no estaba solo en la voz de Pa, sino también en sus ojos y en el ángulo de sus labios. La empatía y la rabia se enfrentaron en la mente de

Toro y, por debajo de ellas, crecía el pánico. Estaba demasiado cansado para mantener esa conversación. Demasiado cansado para hacer lo que había que hacer. Ya no quedaba en él ninguna de las protecciones que habrían evitado que hablara. De haber tenido al menos un buen ciclo de sueño, quizá podría haber encontrado otra manera, pero aquellas eran las cartas que le habían tocado, así que eran las únicas que podía jugar.

—Y tú no estás de acuerdo —dijo Toro—. Si estuvieras al mando, no lo harías.

Pa dio un largo sorbo a la burbuja y el recipiente flexible se arrugó a causa de la succión. Toro estaba muy seguro de que Pa no bebía por el sabor, y las ganas de beber *whisky* que sintió le propinaron un golpe inesperado.

—Lo que haría o dejara de hacer yo da igual —respondió Pa—. No estoy al mando, así que no es mi decisión.

—A menos que al capitán le ocurra algo —corrigió Toro—. En ese caso, sí que lo sería.

Pa se quedó en silencio. La música y los confusos patrones de las luces parecieron esfumarse. Era como si Toro y Pa se hubiesen quedado solos en su propio universo. Pa encendió con el pulgar el imán de la burbuja y la pegó a la pared que tenía al lado.

—Aún quedan horas para que empecemos a acelerar. Y luego mucho recorrido. La situación puede cambiar, pero yo no participaré en un motín —dijo Pa.

—Quizá no haga falta. Esto no tiene por qué tener nada que ver contigo. Pero a menos que me des la orden concreta de no hacerlo...

—Le doy la orden concreta de no hacerlo, señor Baca. Le ordeno no llevar a cabo ninguna acción contra el capitán. Le ordeno respetar la cadena de mando. Y si para ello tengo que seguir al pie de la letra las órdenes de Ashford, me comprometeré a ello. ¿Entendido?

—Claro —respondió Toro despacio—. O morimos todos o atravesamos el Anillo.

18

Anna

Once personas acudieron a la primera misa de Anna. El contraste con su congregación de Europa la incomodó en un primer momento. En Europa había tenido unas veinte familias que ya deambulaban por el lugar media hora antes de empezar, y unas pocas más llegaban tarde. Eran de todas las edades: desde abuelos que se presentaban rodando en dispositivos motorizados a niños gritones y bebés. Algunos iban vestidos con su mejor traje de los domingos y otros con ropa informal y andrajosa. El murmullo de las conversaciones que precedían a la misa estaba en ruso, inglés y el idioma de los planetas exteriores. Al final de la misa, algunos seguían roncando en los bancos.

Su congregación de la AONU estaba formada por un único grupo que acudió justo a las 9.55 de la mañana. En lugar de entrar a pie y tomar asiento, entraron flotando y formaron un grupo disgregado para luego quedarse delante del estrado como una nube desconcertante. Llevaban uniformes impolutos, tan planchados que seguro que les hacían rozaduras. No dijeron nada, solo se quedaron mirándola con expectación. Eran todos muy jóvenes. El mayor no tendría más de veinticinco años.

Las circunstancias extraordinarias no casaban con los servicios habituales en sus misas: no tenía que dar ningún mensaje para los niños ni realizar ningún anuncio de la iglesia, por lo que Anna se limitó a empezar a rezar. Después realizó una lectura de las escrituras y dio un pequeño sermón. Se había planteado que el sermón versara sobre las obligaciones y los sacrificios, pero le pareció inapropiado en un entorno militar. En lugar de ello, se dedicó a hablar sobre el amor de Dios. Sintió que se trataba de la mejor opción, teniendo en cuenta los temores que Chris había expresado unos días antes.

Para terminar, rezó una oración más y luego dio la comunión. Aquel atento ritual pareció aliviar la tensión que sentía que había en la estancia. Todos y cada uno de los once soldados jóvenes se acercaron a su mesa

improvisada, cogieron una burbuja de zumo de uva y una hostia y volvieron flotando a su posición anterior. Anna leyó las conocidas palabras de Mateo y Lucas y les dio la bendición. Todos se comieron el pan y bebieron de la burbuja. Y, tal y como ocurría desde la primera misa que podía recordar, Anna sintió que algo enorme y apacible la reconfortaba. También sintió el estremecimiento que ascendía por su espalda y competía con una amenazadora carcajada. Mientras miraba a su pequeña congregación que flotaba en microgravedad y bebía zumo de uva rehidratado en burbujas de succión, tuvo una repentina visión de Jesús, quien había pedido a sus discípulos que no dejaran de hacer aquello para que se le recordara. Le pareció que era estirar un poco los límites de las intenciones del Hijo de Dios.

Una oración más y la misa concluyó. Ningún integrante de la congregación se apresuró hacia la puerta para marcharse. Las caras de los once jóvenes la miraban, expectantes. El aura opresiva de miedo que había conseguido espantar durante la comunión volvió a colarse en la habitación.

Anna rodeó el estrado y se unió a esa nube disgregada.

—¿Volveréis la semana que viene? Me estáis poniendo nerviosa, chicos.

Chris fue el primero que habló.

—No, si ha estado genial.

Anna tuvo la impresión de que el chico quería decir algo más, pero en lugar de eso se quedó en silencio y se miró las manos.

—Cuando vivía en la luna Europa, la gente traía un tentempié y café para después de la misa —dijo Anna—. Si queréis, podemos hacer lo mismo la próxima vez.

Algunos asintieron sin estar del todo convencidos. Una joven musculosa con uniforme de marine sacó el terminal portátil del bolsillo para mirar la hora. Anna sintió que los perdía. Necesitaban algo más de ella, pero no iban a pedirlo. Y sabía muy bien que no se trataba de un tentempié ni un café.

—Tenía preparado un sermón sobre David —dijo con tono casual. Conversacional—. Era sobre la carga que ponemos a hombros de nuestros soldados. Los sacrificios que os pedimos que hagáis por todos nosotros.

Chris levantó la vista de las manos. La joven marine guardó el terminal portátil. Ahora que no estaba detrás del estrado, la estancia era poco más que una caja gris e insulsa. El pequeño grupo de soldados flotaba delante de ella y, de improviso, su perspectiva cambió y los vio como si se encontrara sobre ellos, cayendo hacia ellos. Parpadeó al instante para quitarse la idea de la cabeza y tragó la arcada que le había subido del estómago.

—¿David? —preguntó un joven de piel oscura y pelo castaño. Por el acento, Anna pensó que quizá procediera de Australia.

—El rey de Israel —dijo otro de ellos.

—Esa es la versión bonita —replicó la marine—. Es el tipo que asesinó a uno de los suyos para acostarse con su mujer.

—Luchó por su país y por su fe —interrumpió Anna con la voz de profesora que usaba en las clases sobre la Biblia que daba a adolescentes. La que indicaba a todo el mundo que en aquel momento la autoridad era ella—. Eso es lo que me importa ahora. Antes de ser rey, fue soldado, y a menudo poco apreciado por aquellos a los que servía. Se sacrificó una y otra vez ante el peligro por aquellos que había jurado proteger, incluso cuando sus superiores no eran dignos de que lo hiciera.

Algunos más asintieron. Nadie miró su terminal portátil. Anna sintió que los había recuperado.

—Nosotros hemos exigido cosas a nuestros soldados desde el principio de los tiempos —continuó—. Todos los presentes habéis sacrificado algo para llegar hasta aquí. En la mayoría de los casos, no somos dignos de vosotros, y vosotros lo hacéis de igual manera.

—¿Y por qué no? —preguntó Chris—. Por qué no nos ha dado el sermón de David, quiero decir.

—Porque tengo miedo —respondió Anna al tiempo que cogía la mano de Chris con su mano izquierda y la del chico australiano con la derecha. Sin que nadie dijera nada, todos los que formaban la nube disgregada se cogieron de la mano para formar un círculo—. Tengo mucho miedo y no quiero hablar ni de soldados ni de sacrificio. Quiero hablar de Dios y de cómo me observa. De cómo se preocupa por lo que me pasa. Y he pensado que quizás otras personas también querrían.

Más de ellos asintieron. Chris dijo:

—Cuando los escuchimizados destruyeron esa nave, pensé que todos íbamos a morir.

—Ya lo creo, joder —dijo la marine. Luego miró a Anna con expresión avergonzada—. Lo siento, señora.

—No pasa nada.

—Dicen que no fueron ellos —dijo otra mujer—. Que disparaban a Holden.

—Ya, y luego su nave al completo se quedó a oscuras en plan misterioso. Si los arenosos no hubieran marcado a Holden, se habría escapado de rositas.

—Van a seguirlo —dijo la joven marine.

—Los arenosos dicen que los volatilizarán si siguen a Holden dentro del Anillo.

—Que se jodan los arenosos —dijo el australiano—. Como se atrevan a hacer algo, nosotros les daremos cera.

—Vale, vale —interrumpió Anna manteniendo un tono amable—. Los arenosos son marcianos. Prefieren que los llamen marcianos. Y llamar a la gente de los planetas exteriores escuchimizados también es de mala educación. Los adjetivos como esos no son más que intentos de deshumanizar a un grupo de personas para no sentirnos tan mal por matarlos.

La marine bufó y apartó la mirada.

—Y además —continuó Anna—, enfrentarnos entre nosotros aquí fuera es lo último que deberíamos hacer. ¿Tengo razón?

—Sí —dijo Chris—. Si nos pegamos aquí fuera, moriremos todos. No tenemos apoyo, ni refuerzos, ni nada tras lo que escondernos. Tres flotas armadas hasta los dientes y nada mayor que un átomo de hidrógeno perdido para cubrirnos. Es lo que solemos llamar un matadero.

Se hizo el silencio por un momento, y luego el australiano suspiró y dijo:

—Así es.

—Y podría salir algo del Anillo.

Decirlo en voz alta y luego aceptarlo hizo que la tensión desapareciera del ambiente. Como todos flotaban en microgravedad, nadie podía desplomarse en su asiento y relajarse. Pero los hombros y las frentes se distendieron. También se esbozó alguna que otra sonrisa triste. Incluso la marine joven y enfadada se pasó una mano por el pelo rubio y rapado y asintió sin mirar a nadie.

—Repitémoslo la semana que viene —propuso Anna mientras todos seguían haciéndole caso—. Podemos celebrar la comunión y quizá charlar un rato después. Y hasta entonces, mi puerta siempre está abierta. Llamadme si necesitáis hablar, por favor.

El grupo empezó a disgregarse y a dirigirse hacia la puerta. Anna no soltó la mano de Chris.

—¿Podrías esperar un momento? Querría preguntarte una cosa.

—Chris va a tener un poco de cañita clerical —dijo la marine con voz cantarina y socarrona.

—No tiene gracia —replicó Anna con todo el peso de su voz de profesora. La marine tuvo la decencia de ruborizarse.

—Lo siento, señora.

—Puedes marcharte —dijo Anna, y la marine lo hizo—. Chris, ¿recuerdas a la joven que estaba en la cantina de oficiales el día que nos conocimos?

Él se encogió de hombros.

—Había muchas personas entrando y saliendo.

—Esta tenía el pelo largo y negro. Parecía muy triste. Llevaba ropas de civil.

—Ah, sí —dijo Chris con una sonrisa—. La guapa. Sí, la recuerdo.

—¿La conoces?

—No. Solo es una empleada civil que se ocupa de la fontanería, supongo. Tenemos varias naves llenas de gente así en la flota. ¿Por qué?

Era una buena pregunta. Anna no estaba segura de por qué aquella mujer enfadada se le había quedado tan grabada en la cabeza durante los últimos días, pero había algo en ella que se aferraba a la memoria de Anna. Cuando se sentía irritada o ansiosa, la cara de aquella chica aparecía de improviso en su cabeza. Sentía la ira y la sensación de amenaza que había emitido. La proximidad de ese encuentro con las repentinas hostilidades, las naves dañadas y los disparos entre facciones. No había nada que relacionara todo ello, pero Anna no se quitaba de encima la sensación de que estaban conectados.

—Porque estoy preocupada por ella —respondió Anna al fin. Al menos, no era mentira.

Chris jugueteaba con su terminal portátil. Unos segundos después dijo:

—Melba Koh. Ingeniera electromecánica. Se pasará todo el viaje a casa entrando y saliendo de la nave, supongo. Quizá se la vuelva a encontrar.

—Genial —respondió Anna, preguntándose si de verdad quería encontrársela.

—¿Sabes lo que es una mierda? —preguntó Tilly. Antes de que Anna pudiese decir nada, Tilly se respondió a sí misma—: Esto es una mierda.

La mujer no tuvo que explicarse. Flotaban una junto a la otra cerca de una mesa de la cafetería para civiles. Había una pequeña caja de plástico sujeta a la mesa por patitas magnéticas. Dentro había toda una variedad de tubos llenos de pasta de proteínas y carbohidratos, de todos los colores y sabores. Junto a la caja había dos burbujas. La de Anna contenía té. La de Tilly, café. La cantina de oficiales, con sus camareros educados, sus almuerzos personalizados y su barra libre, era poco más que un recuerdo distante. Tilly

llevaba varios días sin beber alcohol. Ninguna de ellas había comido nada que requiriese masticar desde hacía mucho tiempo.

—El de avena y pasas no está mal. Diría que hasta puede que tenga miel de verdad —dijo Anna mientras levantaba un paquete de plástico blanco. Tilly no era ajena a los viajes espaciales. Su marido tenía propiedades en todas las grandes rocas del Sistema Solar. Pero Anna sospechaba que aquella era la primera vez en toda su vida que se veía obligada a comer de un tubo de plástico. Era muy posible que cualquier piloto que hubiese tenido la mala suerte de dejar la nave en gravedad cero mientras Tilly comía hubiese acabado despedido al llegar al siguiente puerto.

Tilly cogió un paquete de la papilla de avena, arrugó el gesto y lo lanzó a un lado. Se quedó rotando junto a su cabeza como un helicóptero en miniatura.

—Annie —dijo Tilly—, si quisiera chupar fluidos repugnantes de un tubo flácido e insensible, me habría quedado en la Tierra con mi marido.

En algún momento, para Tilly, Anna se había convertido en Annie, y su rechazo ante el apelativo no había logrado que Tilly dejara de usarlo.

—Vas a tener que comer en algún momento. No sabemos el tiempo que pasaremos aquí fuera.

—No mucho más, si depende de mí —dijo una voz grave detrás de Anna.

De haber estado tocando el suelo, Anna habría dado un brinco, pero en el aire lo único que consiguió fue dar un gañido y hacer un aspaviento poco dignos.

—Perdón por asustarla —continuó Cortez, entrando en su campo de visión—. Pero esperaba poder hablar con usted.

El hombre raspaba el suelo con las botas magnéticas que había repartido la armada. Anna se las había probado, pero que todo el cuerpo flotara mientras se tenían los pies clavados le daba una sensación desagradable de estar debajo del agua, que la ponía incluso más enferma que estar flotando del todo. Nunca se las había vuelto a poner.

Cortez saludó con la cabeza a Tilly, y su sonrisa demasiado blanca contrastó con el color oscuro de su piel. Sin preguntar si podía quedarse con ellas, el hombre usó la pantalla de la mesa para pedir un agua con gas. Tilly le devolvió la sonrisa. Era la misma sonrisa falsa que significaba «en realidad ni te veo» que empleaba con las personas que le llevaban el equipaje o le servían en las mesas. Después de haberse declarado su desprecio mutuo, Tilly dio un sorbo al café e ignoró la presencia del hombre. Cortez posó una manaza sobre el hombro de Anna y dijo:

—Doctora Volovodov, voy a reunir a una coalición de importantes asesores civiles de la nave para realizar una petición al capitán, y me gustaría contar con usted.

Anna tuvo que admirar la absoluta sinceridad con que Cortez había conseguido transmitir una frase compuesta casi por completo de adulación. Cortez estaba allí porque era el consejero espiritual del secretario general de la ONU. Anna estaba allí porque el Consejo de la Iglesia Metodista Unida podía permitirse su ausencia y había dado la casualidad de que su hogar pillaba de camino a la nave. Si había acabado formando parte de una lista de asesores importantes, era que el listón estaba muy bajo.

—Encantada de que hablemos sobre ello, doctor Cortez —dijo Anna. Extendió la mano hacia la burbuja de té, lo que le dio una excusa para zafar su brazo del agarre de Cortez—. ¿En qué puedo ayudar?

—Primero, me gustaría felicitarla por la iniciativa que ha tomado de dar misas para los hombres y mujeres de la nave. Me avergüenzo de no haberlo pensado yo mismo antes, pero me alegrará seguir su ejemplo. Ya estamos preparando reuniones similares con los líderes de varias de las creencias que hay a bordo.

Anna sintió que empezaba a ruborizarse, aunque sospechaba que todo lo que le decía Cortez tenía la finalidad de manipularla. Al hombre se le daba tan bien que conseguía la reacción que buscaba aunque la otra persona supiese lo que estaba tramando. Anna no pudo evitar admirarlo un poco.

—Estoy segura de que la tripulación lo agradece.

—Pero podríamos hacer algo más —afirmó Cortez—. Algo más importante. Y es eso lo que he venido a pedirle.

Tilly se giró hacia ellos y miró con fijeza a Cortez.

—¿Qué pretendes, Hank?

Cortez no le hizo caso.

—Anna, ¿puedo llamarla Anna?

—Aquí viene, Annie —advirtió Tilly.

—¿Annie?

—No —interrumpió Anna—. Anna está bien. Llámeme Anna, por favor.

Cortez asintió con su enorme cabeza blanca y marrón y la cegó con su sonrisa.

—Gracias, Anna. Lo que quería pedirle era que firmara una petición que estoy haciendo circular y que una su voz a la nuestra.

—¿La nuestra?

—¿Sabía que la *Bégimo* ha empezado a acelerar hacia el Anillo?

—Algo he oído.

—Nos gustaría pedir al capitán que haga lo mismo.

Anna parpadeó dos veces y abrió la boca para hablar, pero no supo qué decir. La cerró de golpe cuando se dio cuenta de que Cortez y Tilly se la habían quedado mirando. ¿Entrar en el Anillo? Holden lo había conseguido y, al parecer, seguía vivo. Pero entrar en el Anillo nunca había formado parte de la misión, al menos no para el contingente civil.

Nadie tenía ni idea de qué eran las estructuras que esperaban al otro lado ni de qué cambios conllevaría para los humanos atravesar un agujero de gusano. Ni siquiera si el Anillo se mantendría abierto. Quizá tuviese un límite de masa preestablecido, o una reserva de energía limitada, o cualquier otra cosa. Puede que se cerrase de repente cuando lo atravesaran las suficientes naves. Anna se imaginó la *Prince* partida por la mitad, las dos partes a la deriva en el espacio a mil millones de años luz de distancia y soltando humanos al vacío por ambas.

—También vamos a pedir a los marcianos que vengan con nosotros — continuó Cortez—. Escúcheme. Si nos unimos en esta empresa...

—Sí —respondió Anna antes de saber que iba a decirlo. No sabía por qué Cortez apoyaba aquella idea, y no le importaba. Quizá fuera para conseguir votos en las elecciones de la Tierra. Quizás era una manera de ejercer control sobre los líderes militares. Quizá sentía que era su cometido. Lo cierto era que no habían llegado hasta allí como meros exploradores, o al menos no del todo. Habían ido para que quienes estaban en sus casas los vieran. Por ese motivo habían tenido lugar tantas protestas y calamidades de camino. Antes todo se había hecho en pos del espectáculo, pero la situación había cambiado, y aquello era la respuesta al miedo que había visto en la misa.

El peligro más inmediato no era el Anillo. Al menos no en aquel momento. Eran los humanos descargando su ansiedad contra el enemigo más cercano que alcanzarán a ver: ellos mismos. Si la APE seguía adelante con su plan de seguir a Holden al interior del Anillo y las fuerzas de la ONU y los marcianos se unían para seguirlos, nadie tendría motivo para disparar a nadie. Todos volverían a ser lo que habían sido en un principio: un cuerpo conjunto de exploradores a punto de realizar el mayor descubrimiento de la historia de la humanidad. Si se quedaban allí, no serían más que unas flotas rabiosas intentando evitar que las demás tomaran la delantera. El plan de Cortez hizo que Anna se sintiera mucho más aliviada.

—Sí —repitió—. Lo firmaré. Tenemos mucho que averiguar, mucho que aprender para volver a casa y compartirlo con todos los nuestros, que están

allí asustados. Y la única manera de hacerlo es cruzando al otro lado, no quedarnos aquí. Gracias por pedírmelo, doctor Cortez.

—Hank, Anna. Llámeme Hank, por favor.

—Vaya —dijo Tilly mientras la burbuja de café flotaba olvidada en el aire junto a ella—. Estamos bien jodidos.

—Hola, Nono —dijo Anna a la cámara de vídeo del panel de comunicaciones que había en su habitación—. ¡Hola, Nami! Mamá te quiere mucho. Muchísimo. —Abrazó la almohada contra su pecho con mucha fuerza—. Esta eres tú. Sois vosotras.

Dejó la almohada y se quedó en silencio un momento para recuperar la compostura.

—Nono, te llamo para volver a pedirte perdón.

19

Melba

Lo injusto de la situación era un chillido en el interior del cráneo de Melba que le impedía dormir. ¡Había estado tan cerca de conseguirlo! Casi todo había salido a pedir de boca. Pero entonces Holden se había metido en el Anillo, algo lo había salvado y ella había sentido cómo un puño enorme e invisible se hundía en sus entrañas. Y no había dejado de sentirlo.

Había visto cómo se desarrollaba todo desde su camarote, sentada con las piernas cruzadas en el asiento de colisión mientras buscaba novedades en todos los canales con su terminal portátil. La red había estado tan saturada de personas que hacían lo mismo que ella que no había llamado la atención. Nadie iba a cuestionar por qué había estado haciendo lo mismo que el resto del mundo. Cuando la APE había abierto fuego, oyó que las fuerzas de la Tierra se preparaban para una sucesión de explosiones de sabotaje que no se llegó a producir. La rabia que sentían hacia Holden, el odio y el reproche, todo había sido como echar agua fría en una quemadura. Habían llamado a su equipo para atender una emergencia en la *Seung Un*, para reparar el daño que ella misma había causado, pero Melba había aprovechado todos los momentos libres para ponerse al día. Cuando Marte había vuelto sus láseres de objetivo hacia la *Rocinante*, para guiar el misil en dirección a Holden, se había reído en voz alta. Holden había conseguido detener la emisión del mensaje, pero a costa de desconectar por completo su batería de comunicaciones. Era imposible que le diera tiempo de retractarse.

Mientras él atravesaba el Anillo, ella mantenía tres conversaciones simultáneas y vigilaba un medidor de electricidad por si mostraba fluctuaciones peligrosas. Hasta que ya estaban de regreso a la *Cerisier*, no se había enterado de que Holden no había muerto, que no iba a morir. El misil no había acabado con Holden; el enemigo había sobrevivido.

De vuelta en su nave, había ido directa al camarote y se había hecho un ovillo en el asiento de colisión, intentado no entrar en pánico. Sentía como si

se le hubiera deshilachado la mente, como si sus pensamientos salieran en direcciones aleatorias. Si los marcianos hubiesen lanzado algunos misiles propios en lugar de esperar a que el de la APE hiciera su trabajo, Holden estaría muerto. Si la *Rocinante* hubiera estado unos pocos miles de kilómetros más cerca de la *Bégimo* cuando esta disparó, Holden estaría muerto. Los cardanes de debajo del asiento se mecieron de un lado a otro con el último impulso de la desaceleración, y Melba se dio cuenta de que había empezado a temblar y su espalda golpeaba contra el gel. Si lo que fuese que había creado la protomolécula —aquella cosa malvada y desconocida que se agazapaba en la oscuridad del otro lado del Anillo— no hubiese cambiado las leyes de la física, Holden estaría muerto.

Pero Holden estaba vivo.

Siempre había sabido que la destrucción de James Holden era un asunto delicado. Habría discrepancias si alguien investigaba con minuciosidad. Melba no había tenido forma de hacer casar su anuncio con la aceleración exacta que llevaría la *Rocinante* en el momento en que saltara la trampa, y en la imagen habría incoherencias que no podían escapar a un análisis detallado. Pero cuando alguien se diera cuenta, ya sería demasiado tarde. El futuro de James Holden habría quedado sellado. Las pruebas que surgieran luego podrían considerarse locuras o teorías conspiratorias. Pero eso requería que Holden y su tripulación estuvieran muertos. Era algo que siempre había oído decir a su padre. Si el otro está muerto, el juez solo tendrá una versión de los hechos para decidir. Cuando Holden volviera a activar su sistema de comunicaciones, empezaría la investigación. La iban a pillar. Descubrirían que era obra suya.

Y (al recordarlo notó un regusto metálico en la boca) también descubrirían lo de Ren. Sabrían que fue ella quien lo mató. Su padre lo sabría. Las noticias de que había acabado matando a golpes a Ren llegarían hasta la celda donde se encontraba, y eso era lo peor de todo. No el hecho en sí, pensó Melba. Sino que la hubiesen pillado.

Se oyó un sonido en la puerta. Tres golpes secos y fuertes ante los que no pudo evitar un chillido. Se le aceleró el pulso, la sangre le palpitó en la garganta y le azotó las costillas.

—¿Melba? —llamó la voz de Soledad—. ¿Estás ahí? ¿Puedo...? Necesito hablar, si tienes...

Oír el miedo en la voz de otra persona le dio sensación de vértigo. Melba se puso en pie. O el piloto estaba reposicionando la nave o ella estaba inestable, no estaba segura de qué provocaba sus tambaleos. Se miró en el

espejo y la mujer que le devolvió la mirada casi parecía una persona normal que se acabara de despertar de un profundo sueño.

—Un minuto —respondió mientras se pasaba los dedos por el pelo y presionaba los mechones negros contra el cuero cabelludo. Sentía la cara pegajosa. No podía hacer más. Abrió la puerta.

Soledad estaba en el angosto pasillo. Los músculos de la mandíbula de la mujer se movían como si masticara algo. Tenía los ojos abiertos como platos y su mirada caía en Melba y se apartaba, caía y se apartaba.

—Lo siento, pero no puedo... No puedo hacerlo. No puedo ir. Que me despidan si quieren, pero no puedo ir.

Melba extendió la mano y la puso sobre el brazo de la mujer. El contacto pareció sobresaltarlas a las dos.

—Tranquila —dijo Melba—. Todo saldrá bien. ¿No puedes ir adónde?

La nave se movió. No había sido su imaginación, porque vio que Solé también reaccionaba al giro.

—A la *Prince* —respondió—. No quiero... No quiero ser voluntaria.

—¿Voluntaria para qué? —preguntó Melba. Sentía como si estuviese ayudando a la mujer a salir de algún tipo de conmoción. Le quedaba la suficiente consciencia para captar la ironía.

—¿No has recibido el mensaje? El del supervisor del contrato.

Melba miró hacia atrás por encima del hombro. Había dejado el terminal portátil encima del asiento de colisión, y una banda verde y roja en la pantalla indicaba que tenía un mensaje prioritario sin abrir. Levantó un dedo para mantener a Soledad fuera del camarote, lejos de la taquilla, y cogió el terminal. El mensaje había llegado diez horas antes y estaba marcado como URGENTE Y DE RESPUESTA INMEDIATA. Melba se preguntó cuánto tiempo llevaba en el asiento presa del pánico. Aceptó el mensaje con el pulgar y un texto lleno de jerga legal inundó la pantalla en una exhalación.

Trabajos Temporales Danis, propietaria y responsable de la mitad del apoyo civil a las naves de la flota, incluida la *Cerisier*, había aplicado la cláusula de acciones especiales de los contratos estándar. Cada equipo tenía que designar un voluntario para realizar tareas temporales en la AONU *Thomas Prince*. La remuneración seguiría siendo la acordada hasta terminar el contrato, momento en el que se podría añadir desgravaciones o bonificaciones por situaciones peligrosas.

Melba tuvo que leer el mensaje tres veces para comprenderlo.

—No puedo entrar ahí —dijo Soledad desde algún lugar a su izquierda. Su voz había adquirido un matiz de lamento irritante—. Mi padre. Te he

hablado de él. Ya me entiendes. Tu hermana también estaba allí. Tienes que decirles a Bob o a Stanni que lo hagan. Yo no puedo.

Iban a ir a por Holden. Iban a atravesar el Anillo para perseguir a Holden. Su pánico, más que desaparecer, se centró de repente.

—No irá ninguno de vosotros —dijo Melba—. Iré yo.

El traslado oficial fue lo más sencillo que había hecho desde que había subido a bordo. Envío un mensaje al supervisor del contrato con su número de identificación y un texto corto en el que afirmaba que aceptaba el traslado a la *Prince*. Recibió las órdenes dos minutos después. Tenía tres horas para ocuparse de sus asuntos en la *Cerisier*, subir al transporte y se acabó. Se suponía que era un tiempo para reunirse con su equipo y facilitar la transición, pero ella tenía otras cosas que hacer.

Llenar una taquilla de sellador industrial era una cosa. La espuma estaba fabricada para aplicarse rápidamente y quedaba maleable durante unos segundos antes de que la plasta amarilla se pusiera de color dorado y se asentara. El exceso se podía cortar con un cuchillo afilado a lo largo de la hora siguiente. Después de eso, quedaba tan rígida que solo se podía eliminar con el disolvente adecuado y, aun así, era un proceso arduo y complicado.

Pero dejar el cuerpo donde pudieran encontrarlo no era una opción. Asignarían a alguien su camarote y esa persona tendría que usar la taquilla. Además, por algún motivo, le parecía que dejar atrás a Ren estaba mal. Por eso empleó las dos horas y media que le quedaban en la nave para llevar a su habitación dos guantes de látex que le cubrían todo el brazo, tres latas de disolvente, un rollo de toallas absorbentes y una gran caja de herramientas apta para el vacío, y luego cerró la puerta.

Al principio le costó abrir la taquilla, atascada por una gota de sellador que se había secado y que Melba había pasado por alto. Unas rociadas de disolvente bastaron para poder abrir la taquilla con la mano. El sellador del interior era una única capa dorada y rugosa parecida a un ataúd en miniatura. Abrió la caja de herramientas, respiró hondo y se enfrentó a él.

—Lo siento —dijo—. Lo siento muchísimo.

Al principio, el aerosol de disolvente pareció tener como único efecto un olor muy fuerte, pero el sellador no tardó en empezar a gotear con un ruido similar al que harían miles de insectos al caminar sobre piedra. Empezaron a formarse grietas y fisuras en la pared del sellador, y luego un pequeño reguero

de cieno. Enrolló algunas toallas y las colocó en el suelo para que no se manchara.

Lo primero que quedó a la vista fue la rodilla de Ren, la forma redondeada de los huesos y la piel negruzca del cadáver al abrirse paso como un fósil a través de la espuma que se disolvía. La tela de su uniforme estaba empapada en los fluidos de la podredumbre de su cuerpo. Le llegó el olor, pero no era tan terrible como había esperado. Se imaginó que le daría arcadas y haría que le lloraran los ojos, pero era un olor suave. Cuando tiró de las piernas para sacarlo, las arrancó de la pelvis, por lo que le cortó los pantalones, enrolló las piernas en toallas y las metió en la caja de herramientas. Estaba calmada y en silencio, como una arqueóloga desenterrando un cadáver que llevara siglos oculto. Luego sacó la columna vertebral. Luego los fluidos repugnantes del ácido clorhídrico del estómago que, fuera del control de los mecanismos de la vida, le habían digerido el propio estómago, el hígado y los intestinos. Lo último que sacó fue la cabeza; la resplandeciente melena pelirroja se había oscurecido y estaba moteada por una sustancia similar a una bayeta de cocina demasiado usada.

Metió los huesos en la caja de herramientas, los envolvió junto a las toallas llenas de tripas y putrefacción y luego cerró ese nuevo ataúd. Pasó el pestillo e introdujo la combinación de la cerradura. Le quedaban cuarenta minutos.

Pasó diez minutos más limpiando la taquilla en la que había encerrado el cadáver de Ren, luego se quitó los guantes y los tiró en el reciclador. Se bañó para intentar eliminar el hedor y se dio cuenta de que había empezado a sollozar. Lo ignoró, y cuando se había puesto el nuevo uniforme ya parecía haber dejado de llorar. Cogió sus últimas pertenencias, las metió en una maleta, se hizo una cola con el pelo, que aún tenía húmedo, y llevó a Ren al muelle de carga, de donde pasaría a la *Prince* junto con los suministros. No tuvo tiempo de despedirse de Soledad, Bob ni Stanni. Le daba pena, pero resultaba soportable.

Eran unas treinta personas, en total. Hombres y mujeres que había visto por la nave, de los que había oído el nombre una o dos veces o a los que había saludado con la cabeza en la cocina o en las máquinas de ejercicio. Cuando llegaron a la *Prince*, los llevaron a todos a una sala de reuniones blanca y pequeña con asientos atornillados al suelo como los bancos de una iglesia. La nave ya estaba acelerando y se acercaba hacia el Anillo y lo que fuese que había al otro lado. Mientras un administrativo hablaba sin cesar sobre la *Thomas Prince*, Melba se fijó en las caras que la rodeaban. Había un anciano

de barba blanca y descuidada y ojos azul claro. Una rubia corpulenta que tenía pinta de ser más joven que ella, con la raya de los ojos mal hecha y cara de pocos amigos. Todos habían ido por voluntad propia. O al menos, todo lo propia que podía ser, teniendo en cuenta sus contratos. Todos iban a atravesar el Anillo, las fauces de lo que hubiera al otro lado. Melba se preguntó qué era lo que los motivaba a hacer algo así, qué clase de secretos ocultarían en sus cajas de herramientas.

—Tendréis que llevar encima vuestra tarjeta de identificación en todo momento —estaba diciendo el administrativo mientras levantaba una tarjeta de plástico blanco sujeta a un cordel—. Además de ser la llave para vuestros camarotes, también os servirá para obtener comida en la cafetería civil. Y os permitirán saber si estáis donde debéis.

La rubia se giró hacia Melba y la fulminó con la mirada. Melba apartó los ojos, ruborizada. No había pretendido quedarse mirando a la mujer. Nunca seas irrespetuosa si no es justo lo que quieres, decía siempre su padre.

La tarjeta blanca del administrativo cambió a un rojo carmesí.

—Si veis esto —dijo—, significa que os encontráis en una zona restringida y tenéis que marcharos de inmediato. Tampoco pasa nada. La nave es grande y todos nos perdemos a veces. A mí me ocurrió en cuatro ocasiones la primera semana que estuve aquí. Nadie va a poner el grito en el cielo si de verdad os habéis equivocado, pero los de seguridad estarán pendientes, así que es bueno que lo sepáis.

Melba miró su tarjeta blanca. Tenía su nombre y una fotografía de su cara sin sonrisa alguna. El administrativo empezó a hablar de lo mucho que el personal de la nave apreciaba lo que iban a hacer y el honor que suponía para la nave y para los voluntarios. Todos juntos formaban un gran equipo. Empezó a sentir una ira visceral hacia aquel hombre, así que intentó distraerse.

No sabía lo que haría una vez que estuviese al otro lado, pero tenía que encontrar a Holden. Tenía que destruirlo. Y también al encargado de sonido. Todo lo que la pusiera a ella en peligro tenía que desaparecer o quedar en entredicho. Se preguntó si habría alguna manera de conseguir una tarjeta falsa o perteneciente a otra persona con más privilegios de seguridad de los que tenía Melba Koh. Quizá con permiso para usar una lanzadera. Necesitaba investigar al respecto. Ahora estaba improvisando, y conseguir las mejores herramientas posibles sería crucial.

Todo el mundo empezó a levantarse a su alrededor. Las miradas desganadas y el silencio le indicaron que iba a empezar el recorrido a pie. No

era la primera vez que estaba en la *Thomas Prince*. Aquellos techos altos y pasillos amplios en los que la gente podía caminar en grupos le eran familiares. Quizá no supiera dónde estaba todo, pero podía hacer como que sí. Siguió a los demás.

—En caso de emergencia, lo único que tenéis que hacer es volver a vuestro camarote y amarraros —dijo el administrativo mientras caminaba hacia atrás para poder hablar con ellos mientras todos se movían y entrechocaban como si fueran ganado. Detrás de Melba, alguien imitó un mugido y otra persona rio entre dientes. El chiste había llegado a las profundidades del cosmos a pesar de que allí no había vacas.

—A este lado tenemos la cafetería de civiles —dijo el administrativo mientras atravesaban unas puertas corredizas de acero—. Los que hayan trabajado aquí antes estarán acostumbrados a comprar la comida y el café en la cantina de oficiales, pero ahora que estamos en una operación militar, tendréis que venir aquí.

La cafetería de civiles era una caja gris de techo bajo, con mesas y sillas atornilladas al suelo y una docena de personas de todas las edades y con todo tipo de ropa desperdigada por el lugar. Un hombre flaco con el pelo de un blanco imposible estaba apoyado en una pared acolchada y bebía algo de una burbuja. Dos hombres mayores con túnicas negras y alzacuellos estaban sentados juntos como si fuesen los chicos menos populares de la cafetería. Melba ya había empezado a cerrarse en sí misma otra vez, pero algo le llamó la atención de improviso. Una voz familiar.

A unos seis metros, Tilly Fagan se inclinó hacia un anciano que parecía estar entre molesto y flirteando. La mujer tenía el pelo encrespado, y su risa cáustica le recordó en cierta manera a las cenas largas e incómodas que Melba había tenido que aguantar con su familia. Sintió una repentina vergüenza atávica al notar que estaba vestida de manera tan vulgar. Por un momento desolador, su identidad falsa desapareció y volvió a ser Clarissa.

Se obligó a moverse despacio y con calma y regresó a la parte trasera de la fila, tratando de llamar la atención lo menos posible. Tilly desvió un instante la mirada hacia el administrativo parlanchín y su manada de técnicos con manifiesta contrariedad, pero no vio a Melba. No esa vez. El administrativo los sacó de la cafetería y emprendió el inmenso pasillo que llevaba a sus nuevos camarotes. Melba se quitó la coleta del pelo y se lo pegó más a la cara. Sabía de antemano que en la *Prince* había una delegación de la Tierra, pero no los había tenido en cuenta. En ese momento se preguntó cuántas otras personas de la nave conocían a Clarissa Mao. Se imaginó una

escena horrible en la que doblaba una esquina y se topaba con Micha Krauss o Steven Comer. Vio cómo los ojos de esas personas se abrían como platos, sorprendidos, y se preguntó si sería capaz de matarlos también. Si no lo hacía, le esperaban el calabozo, las noticias y una celda como la de su padre.

El administrativo les hablaba sobre los camarotes y se los asignaba uno a uno a todos los técnicos voluntarios. Eran minúsculos, pero como cada persona necesitaba un asiento de colisión individual en caso de emergencia, no tendrían que compartirlos en turnos distintos. Podría quedarse allí y sobornar a alguien para que le trajera comida. Pero quedarse encerrada como una rata dificultaba de forma exponencial la tarea de encontrar a Holden. Tenía que haber una forma...

El administrativo pronunció su nombre, y Melba cayó en la cuenta de que no era por primera vez.

—Presente —afirmó—. Lo siento.

Se metió en su habitación a toda prisa después de que la puerta reconociera su tarjeta blanca y se abriera, para luego cerrarse a su espalda. Se quedó allí en pie un rato, rascándose el brazo. El camarote era luminoso, limpio y tan diferente de la *Cerisier* como Nepal de Colombia.

—¿No has venido a improvisar? —dijo con una voz que parecía provenir de otra persona—. Pues aquí estás. Empieza a improvisar.

20

Holden

En lugar de tranquilizarlo, las semanas y meses de entrevistas habían otorgado a Holden una nueva identidad. Una versión de sí mismo que se plantaba delante de una cámara y respondía a preguntas. Que explicaba cosas y contaba historias de maneras lo bastante entretenida como para mantener la atención sobre él. Nunca habría esperado que algo así tuviera aplicaciones prácticas.

Una sorpresa más entre muchas.

—Esto —dijo Holden, señalando el gran monitor de vídeo que tenía detrás en el centro de mando— es lo que llamamos la zona lenta.

—Qué nombre más horrible —dijo Naomi. Estaba en la consola de operaciones de la nave, justo fuera del encuadre de las cámaras del equipo de documentales—. ¿Zona lenta? ¿En serio?

—¿Tienes un nombre mejor? —preguntó Monica. Susurró algo a Clip, quien se giró un poco hacia la izquierda, movimiento que la cámara imitó despacio. La sangre del capilar reventado en un ojo ya empezaba a desaparecer. El acelerón a alta velocidad para atravesar el Anillo les había pasado factura a todos.

—Me gusta más el nombre que le puso Alex —dijo Naomi.

—¿El cielo diente de león? —bufó Monica—. Para empezar, solo la gente de la Tierra y de Marte tiene la menor idea de lo que es un diente de león. Y para seguir, es que no, suena estúpido.

Holden sabía que la cámara no había dejado de enfocarlo, por lo que se limitó a sonreír y a dejar que ellas dos siguieran discutiendo. La verdad era que a él el nombre de Alex le convencía más. Desde donde estaba, mirando hacia fuera, sí que daba la impresión de que estaban en el centro de un diente de león: el cielo estaba lleno de estructuras enormes y de apariencia frágil que formaban una esfera gigantesca a su alrededor.

—¿Nos dejás que terminemos? —preguntó Monica a Naomi sin mirarla.

—Siento la interrupción —dijo Naomi sin un atisbo de disculpa en su voz. Guiñó un ojo a Holden y él le respondió con una sonrisa.

—Venga, tres... dos... —Monica lo señaló.

—La zona lenta, basándonos en los datos de los sensores que hemos podido obtener, tiene sobre un millón de kilómetros de diámetro. —Holden señaló la representación tridimensional de la pantalla que tenía detrás—. No hay estrellas visibles, por lo que es imposible determinar dónde se encuentra. El borde está formado por mil trescientos setenta y tres anillos individuales, separados entre sí de manera regular para formar una esfera. Por ahora, el único que hemos encontrado «abierto» es el anillo por el que llegamos aquí. Las flotas con las que viajábamos aún son visibles al otro lado, aunque el Anillo parece distorsionar los datos visuales y los de los sensores, lo que hace que las lecturas sean poco fiables.

Holden tocó el monitor y el centro de la imagen se agrandó.

—A falta de un nombre mejor, a esto lo llamamos Estación Anular. Al parecer, se trata de una esfera sólida de una sustancia metálica que mide unos cinco mil kilómetros de diámetro. A su alrededor hay un anillo de pequeños objetos que se mueven despacio, entre ellos todas las sondas que hemos lanzado a la zona lenta y la nave cinturiana *Et Quoi*. El torpedo que atravesó el Anillo tras nosotros se mueve hacia la estación con una trayectoria que hace pensar que no tardará en formar parte de ese anillo de basura.

Volvió a tocar la pantalla y la esfera del centro pasó a ocuparla por completo.

—Lo llamamos estación sobre todo porque se encuentra en el centro de la zona lenta, y nos basamos en la totalmente infundada suposición de que, si hubiera algún tipo de estación de control para las puertas, estaría ahí. La estación no tiene aberturas visibles en la superficie. No hay nada que se parezca a una esclusa de aire, una antena o una batería de sensores. A nada. Solo esa bola plateada de resplandor azulado.

Holden apagó la pantalla y los dos operadores de cámara se giraron para colocarlo en el centro de sus encuadres.

—Pero lo más intrigante de la zona lenta, y justo lo que le da su nombre, es el límite de velocidad absoluta fijado en seiscientos metros por segundo. Cualquier objeto por encima del nivel cuántico que vaya a más velocidad queda atrapado por lo que parece un campo de amortiguación inercial que luego lo arrastra hacia la basura que rodea la estación central. Suponemos que es algún tipo de sistema defensivo que protege la Estación Anular y las propias puertas. La luz y los radares funcionan con normalidad, pero la

radiación de partículas grandes como la alfa y la beta no existe dentro de la zona lenta. Al menos fuera de la nave. Sea lo que sea lo que controla la velocidad en este lugar, solo parece importarle el exterior de los objetos, no el interior. Hemos hecho pruebas de velocidad con radiación y objetos dentro de la nave y, de momento, todo funciona con normalidad. Pero la última sonda que disparamos quedó atrapada de inmediato en el campo y ahora va hacia el anillo de desperdicios. La ausencia de partículas alfa y beta me lleva a pensar que hay una nube dispersa de electrones perdidos y núcleos de helio que orbita alrededor de esa estación, formando parte del anillo de desperdicios.

—¿Puede decirnos qué tiene pensado hacer ahora? —preguntó Monica fuera del encuadre. Cohen dirigió el micro hacia ella y luego de nuevo hacia Holden.

—Nuestro plan es mantenernos quietos, evitar llamar la atención de la Estación Anular y continuar investigando la zona lenta con los instrumentos que tenemos. No podemos marcharnos hasta que reparemos la batería de comunicaciones y hagamos saber a todos los de fuera que no somos unos asesinos psicóticos que quieren apropiarse del Anillo.

—¡Maravilloso! —exclamó Monica, levantando un pulgar.

Clip y Okju se pasearon por la habitación para hacer tomas que montar después. Grabaron las consolas, el monitor que Holden tenía detrás y hasta a Naomi echada en el asiento de colisión del puesto de operaciones. La cinturiana sonrió con dulzura y las apartó con la mano.

—¿Cómo está todo el mundo después del acelerón? —preguntó Holden. El ojo sanguinolento de Clip le seguía llamando la atención.

Cohen se tocó un costado e hizo un gesto de dolor.

—Creo que esta mañana se me ha vuelto a poner en el sitio una costilla. Nunca había estado en una nave que hace maniobras tan bruscas. Ahora le tengo un poco más de respeto a la armada.

Holden se impulsó en el mamparo y flotó hacia Naomi. Le dijo en voz baja:

—Hablando de la armada, ¿qué tal vas con la batería de comunicaciones? Me gustaría empezar a declararme inocente antes de que a alguien se le ocurra una manera de lanzarnos un torpedo de velocidad reducida aquí dentro.

Naomi resopló con hastío y empezó a tirarse del pelo, como solía hacer cuando se enfrentaba a un problema complicado.

—¿Sabes ese pequeño troyano que no para de tomar el control? Vuelve a aparecer por mucho que formatee y reinicie. He aislado por completo las comunicaciones del resto de los sistemas y, aun así, siempre vuelve.

—¿Y las armas?

—No dejan de encenderse, pero no disparan.

—Por tanto, tiene que estar relacionado de alguna manera.

—Sí —respondió Naomi, y se quedó esperando. Holden sintió una incomodidad cohibida.

—No te he dicho nada que no supieras ya.

—No.

Holden se impulsó hacia el asiento de colisión que había junto a ella y se amarró las correas. Intentaba tomárselo con calma, pero la verdad era que cuanto más tiempo pasaran sin un plan defensivo contra las naves de fuera o una manera de desmentirlo todo, más riesgo habría de que alguien encontrara la forma de destruir la *Roci*, estuviese en la zona lenta o no. Que Naomi no supiese resolverlo solo agravaba la preocupación. Si el responsable de todo aquello era capaz de poner a Naomi en un aprieto con un problema de ingeniería, estaban en serios apuros.

—¿Cuál es el siguiente plan? —preguntó, intentando evitar que la impaciencia se le notara en la voz. Naomi la notó de todos modos.

—Vamos a tomarnos un descanso —respondió ella—. Tengo a Alex haciendo barridos con el radar láser al resto de los anillos que delimitan la zona lenta. Solo para verificar si alguno tiene algo diferente. Y he pedido a Amos que arregle esa luz del tigre. No hay nada más que hacer, y no quiero que me incordie mientras se me ocurre otra forma de atacar este problema con las comunicaciones.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Holden. Ya había revisado todos los sistemas de la nave tres veces en busca de programas ocultos o maliciosos. No había encontrado ninguno, y no se le ocurría nada más que pudiera ser útil.

—Ya lo estás haciendo —respondió Naomi, señalando con la cabeza a Monica sin mirarla.

—Tengo la sensación de que me ha tocado el trabajo de mierda.

—¡Venga ya! —exclamó Naomi con una sonrisa—. Si te encanta ser el centro de atención.

La escotilla de la cubierta se abrió con estruendo y Amos subió por la escalerilla de la tripulación.

—¡Puto cabrón! —gritó mientras la escotilla se cerraba detrás de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Holden, pero Amos no había dejado de gritar.

—Cuando he abierto ese circuito eléctrico impertinente del tigre, he encontrado este pequeño hijo de puta que nos estaba chupando la sangre,

escondido en el plafón del led.

Amos lanzó algo y Holden logró atraparlo por los pelos antes de que le diera en la cara. Parecía un pequeño transmisor con acoples de energía sobresaliendo por un extremo. Se lo enseñó a Naomi, que frunció el ceño.

—Es eso —dijo ella, extendiendo la mano para quitárselo a Holden.

—¡Pues claro que es eso, joder! —bramó Amos—. Alguien lo escondió en el tigre y ha estado subiendo esos programas maliciosos a nuestro sistema cada vez que reiniciábamos.

—Alguien que tiene acceso al tigre de la nave —dijo Naomi mirando a Holden, que ya lo había pensado y se estaba desabrochando las correas.

—¿Estás armado? —preguntó Holden a Amos. El mecánico grandullón sacó una pistola de gran calibre del bolsillo y se la apoyó en el muslo. La microgravedad haría que Amos saliese disparado en caso de utilizarla, pero estando rodeado de mamparos tampoco sería un gran problema.

—Eh, eh —dijo Monica, cuyo gesto estaba pasando de la confusión al miedo.

—Uno de vosotros se ha infiltrado en mi batería de comunicaciones —acusó Holden—. Uno de vosotros trabaja para quienquiera que sea el responsable de esto. Sea quien sea, debería decírmelo ahora mismo.

—Has olvidado amenazarnos —dijo Cohen con una voz que casi sonó enferma.

—No, no lo he olvidado.

Naomi también se había desabrochado el arnés y flotaba junto a él. Tocó una consola de pared y dijo:

—Alex, baja.

—Mirad —dijo Monica, haciendo aspavientos con las manos—. Cometéis un error al culparnos de esto.

Clip y Okju se colocaron detrás de ella y arrastraron a Cohen hacia allí. El equipo de documentales se quedó formado en un pequeño círculo mirando hacia fuera, creando por instinto un perímetro defensivo. Otro comportamiento del pleistoceno que los humanos aún llevaban en su interior. Alex bajó de la cabina, su habitual expresión amistosa reemplazada por un gesto adusto. Llevaba una llave inglesa pesada.

—Decidme quién lo ha hecho —repitió Holden—. Juro por lo más sagrado que os lanzaré a todos al vacío, si es necesario para proteger esta nave.

—No hemos sido nosotros —dijo Monica mientras el terror de su rostro eliminaba la belleza televisiva y la hacía parecer mayor y más demacrada.

—A la mierda —dijo Amos, apuntando hacia ellos con el arma—. Deja que agarre a uno de ellos para lanzarlo ahora mismo por la esclusa. Aunque solo uno sea el responsable, tengo un veinticinco por ciento de posibilidades de acertar. Con el segundo tendré un treinta y tres. Y con el tercero ya será un cincuenta, una probabilidad a la que apuesto sin pensármelo.

Holden no aceptó la amenaza de Amos, pero tampoco la rechazó. Que sudaran.

—Mierda —dijo Cohen—. Supongo que os dará igual que a mí me la hayan jugado igual que a vosotros, ¿verdad?

Monica puso los ojos como platos. Okju y Clip se volvieron para mirar al hombre ciego.

—¿Tú? —preguntó Holden. No tenía sentido no hacerlo, ninguno, pero lo cierto era que no había sospechado del ciego. Lo hizo sentirse traicionado y culpable de sus prejuicios al mismo tiempo.

—Me pagaron para colocar ese equipo en la nave —dijo Cohen al tiempo que salía del círculo defensivo para flotar medio metro más cerca de Holden. Se apartaba del grupo para que, en caso de que ocurriera algo, los demás no sufriesen daño. Holden lo respetó por hacerlo—. No tenía ni idea de lo que haría. Supuse que alguien iba a espiaros el sistema de comunicaciones, nada más. Cuando salió ese vídeo y empezaron a volar los misiles, me quedé igual de sorprendido que vosotros. Y estaba igual de vendido.

—Puto cabrón —volvió a imprecarse Amos, algo más relajado. Holden lo conocía lo suficiente para saber que el Amos cabreado era muchísimo menos peligroso que el Amos tranquilo—. Pensaba que me iba a costar lanzar por la esclusa a un ciego, pero resulta que me va a parecer bien y todo.

—Aún no —dijo Holden, haciendo un gesto hacia Amos—. ¿Quién te ha pagado por hacerlo? Miénteme y daré permiso a Amos para que haga lo que quiera.

Cohen levantó ambas manos en gesto de rendición.

—Tranquilo, jefe. Ya me tienes. Sé que ahora mismo pendo de un hilo. No tengo razón para no ser sincero.

—Pues venga.

—Solo la vi una vez —continuó Cohen—. Era una mujer joven. Con voz bonita. Tenía mucho dinero. Me pidió que colocara ese chisme. Yo le dije: «Claro, méteme en esa nave y yo coloco lo que tú quieras». Cuando quise darme cuenta, Monica había conseguido el trabajo de grabar este documental sobre ti y el Anillo. No tengo ni puta idea de lo que hizo esa mujer para conseguirlo.

—Hijo de puta —imprecó Monica, tan sorprendida por aquella revelación como los demás. Hizo que Holden se sintiera un poco mejor.

—¿Quién era esa mujer joven y rica? —preguntó Holden. Amos no se había movido, pero ya no apuntaba a nadie con el arma. El tono de Cohen no tenía ni el menor matiz de engaño. Sonaba como un hombre que sabía que su vida dependía de cada palabra.

—No me dijo su nombre, pero puedo esculpirla sin problemas.

—Hazlo —dijo Holden, y se quedó mirando mientras Cohen abría su programa de modelado en el monitor grande.

Durante los minutos siguientes, se formó poco a poco la imagen de una mujer. Solo tenía un color y el pelo estaba esculpido en un solo bulto, no en mechones individuales. Pero cuando Cohen hubo terminado, Holden no tenía dudas de quién era. Estaba cambiada, pero no tanto como para que Holden no identificara a la chica muerta.

Julie Mao.

La nave estaba en silencio. Monica y los dos cámaras habían vuelto a quedar confinados en las cubiertas de la tripulación. La última vez que Holden había mirado, estaban juntos en la cocina sin hablar. La traición de Cohen también los había pillado por sorpresa y aún la estaban digiriendo. El propio Cohen estaba en la esclusa de aire. Era lo más parecido que tenían a un calabozo. Holden tenía que suponer que el hombre estaba siendo presa de un silencioso pánico.

Alex había vuelto a la cabina. Después de que Amos metiera a Cohen en la esclusa, el mecánico había regresado a su taller para estar solo y rumiar. Holden lo había dejado ir. Amos era el que peor se tomaba las traiciones de todos ellos. Holden sabía que la vida de Cohen dependía de que Amos lo superara o no. Si decidía actuar, Holden no sería capaz de detenerlo, y ni siquiera sabía si le apetecería intentarlo.

Naomi y él estaban sentados juntos en el centro de mando mientras ella realizaba los últimos ajustes para reactivar la batería de comunicaciones. Con el dispositivo de Cohen desactivado, habían podido reiniciarla sin perder el control de ella.

Naomi esperaba a que Holden dijera algo. El capitán podía sentir la tensión en los hombros de la mujer desde el otro lado de la estancia. Pero no tenía ni idea de qué decir. Durante un año, Miller había sido un fantasma confundido que aparecía a intervalos aleatorios para soltar chorradas sin

sentido. En ese momento, las palabras que Miller había dicho a lo largo del último año se convirtieron en oscuros presagios. En acertijos proféticos de los que había que descubrir el significado o, de lo contrario, arriesgarse a que ocurriera una catástrofe. Y Miller no era el único espíritu que acechaba a Holden.

Julie Mao se había unido a la partida.

De alguna manera, mientras Miller se había dedicado a seguir a Holden por todo el Sistema Solar, la protomolécula había usado a Julie para tramitar sus propios planes secretos. Julie había preparado la denuncia de Marte que los había dejado sin trabajo ni ningún lugar en el que poder atracar. Se las había ingeniado para meter a un equipo de documentales en la nave que los enviara al Anillo. Y, por lo visto, había urdido una traición muy elaborada que lo había obligado a atravesar el Anillo para sobrevivir. El fantasma de Julie no se parecía al de Miller en nada. Trabajaba con un propósito muy específico. Tenía dinero y contactos muy poderosos. La única similitud que guardaba con Miller era que también parecía estar obcecada con Holden. Y, de ser cierto, todo lo que había hecho había sido con un único propósito.

Traerlo allí. Obligarlo a atravesar el Anillo.

Un escalofrío le recorrió la espalda e hizo que se le erizara el vello de los brazos y de la nuca. Se volvió hacia el puesto más cercano y abrió los telescopios externos. En aquel vacío sin estrellas no había nada a excepción de muchos anillos inactivos y la gigantesca bola azul del centro. Mientras miraba, el misil que los había perseguido a través de la puerta entró en su campo de visión y se unió al resto de los desperdicios que orbitaban despacio alrededor de la estación.

«Todo termina por venir a mí», parecía que afirmaba la estación.

—Tengo que ir ahí —dijo en voz alta cuando aquel pensamiento apareció en su mente.

—¿Adónde? —preguntó Naomi, que dejó de trabajar con las comunicaciones. El alivio que Holden le vio en la cara al oírlo hablar no duró demasiado. Holden sintió una punzada de culpabilidad.

—A la estación. O lo que quiera que sea. Tengo que ir allí.

—No. No tienes que hacerlo —dijo ella.

—Todo lo que ha ocurrido durante el último año ha sido para que acabe aquí. —Holden se frotaba la cara con ambas manos, para quitarse el picor de los ojos y librarse de la mirada de Naomi al mismo tiempo—. Y esa cosa es lo único que hay en este lugar. No hay nada más. No hay más puertas abiertas, no hay planetas ni otras naves. Nada.

—Jim —dijo Naomi con tono de advertencia—. Eso de que siempre seas el tipo que va hacia...

—No sabré por qué me habla la protomolécula hasta que esté allí, cara a cara con ella.

—Eros, Ganimedes, la *Agatha King* —continuó Naomi—. Siempre crees que eres tú el que tiene que ir.

Holden dejó de frotarse la cara y la miró. Ella le devolvió la mirada, bonita, enfadada, triste. Holden sintió que la garganta amenazaba con cerrársele, por lo que dijo:

—¿Acaso me equivoco? Dime que me equivoco y pensaremos en otra cosa. Dime que todo lo que ha pasado significa alguna otra cosa y que lo que pasa es que no me doy cuenta.

—No —dijo ella de nuevo, con un significado diferente en esa ocasión.

—Muy bien —suspiró él—. Pues muy bien.

—Empiezo a acostumbrarme a ser la que se queda atrás.

—No vas a quedarte atrás —dijo Holden—. Eres la que va a mantener viva a la tripulación mientras yo hago una idiotez de las gordas. Por eso formamos un equipo fantástico. Ahora eres la capitana.

—Sabes muy bien que es un trabajo de mierda.

Las últimas horas antes de salir disparados hacia el Anillo, la *Bégimo* se sumió en una especie de tranquilidad. La gente hablaba en las estancias y los pasillos, pero lo hacía con voz controlada, tranquila y frágil. Los canales independientes, que siempre eran un problema, estaban bastante relajados. Las quejas que solían llegar a todas horas a la oficina de seguridad desaparecieron. Toro no dejó de vigilar los lugares en los que la gente podía emborracharse y ponerse tonta, pero no ocurrió nada destacable. El tráfico que se enviaba por los láseres de comunicaciones hacia la estación Tycho y cualquier otro lugar en dirección al Sol llegó a multiplicar por seis el ancho de banda habitual. Muchos querían decir algo a alguien (a un hijo, una hermana, un padre, un amante) antes de que atravesaran esa circunferencia que distorsionaba las señales y llegaran a lo que fuera que había al otro lado.

A Toro también se le había ocurrido hacerlo. Se había conectado al agregador de contenidos de la familia por primera vez en meses y había leído las pequeñeces que habían sucedido a la familia Baca. Un primo suyo que se había comprometido y otro que se iba a divorciar intercambiaban mensajes y puntos de vista. Su tía de la Tierra tenía problemas en la cadera, pero como dependía de la ayuda básica la habían metido en una lista de espera hasta que un médico pudiese echarle un vistazo. Su hermano había dejado un mensaje para informar de que había conseguido un trabajo en la Luna, pero no decía cuál era ni nada sobre él. Toro escuchó las voces de algunos miembros de la familia que solo conocía en imágenes, vidas que no se habían cruzado con la suya. El amor que sentía por todos ellos le sorprendió y tuvo que reprimirse para no enviar un mensaje y decir qué tal le iba todo a él. Solo habría conseguido asustarlos, y no lo entenderían. Ya podía oír a sus primos diciéndole que saliera de ahí y se subiera en otra nave que no fuese a atravesar el Anillo. Aun así, cuando les llegara el mensaje ya lo habría atravesado.

En lugar de ello, grabó un vídeo privado para Fred Johnson y lo único que dijo fue:

—Después de esto, me debes una tú a mí.

Cuando quedaba una hora para que la nave atravesara el Anillo, Toro ordenó a toda la tripulación que se preparara para la batalla. Cada cual en su asiento, uno por persona. Nada de compartir. Todas las herramientas y objetos personales asegurados, los carritos en los aparcamientos y bien cerrados, los mamparos entre las grandes secciones de la nave cerrados para que, si ocurría algo, solo se perdiera aire en una cubierta a la vez. Recibió alguna que otra queja, pero nada importante.

El tránsito se realizó despacio, con la gravedad de impulso convertida en poco más que una leve tendencia de las cosas a flotar hacia el suelo. Toro no sabía si se debía a una decisión consciente de Sam para evitar que la nave se moviese demasiado rápido en la velocidad exageradamente lenta del otro lado del Anillo o a una de Ashford para dar tiempo a las naves de la Tierra y Marte de alcanzarlos y atravesarlo más o menos al mismo tiempo. Aunque si era eso, seguro que no había sido idea de Ashford. Esa manera tan diplomática de pensar se parecía más a la de Pa.

Lo más probable era que, simplemente, el motor principal no pudiera ir tan despacio y se estuvieran desplazando con los propulsores de maniobra a potencia máxima.

A Toro no le preocupaba mucho la armada de la Tierra. Habían propuesto el acuerdo ellos, y tenían civiles a bordo. En cambio, por mucho que Marte definiera su misión como científica, llevaba una escolta sin duda militar, y hasta que la Tierra se había interpuesto, los marcianos habían estado dispuestos a abrir agujeros en la *Bégimo* hasta dejarla sin aire.

Había demasiadas personas con demasiados intereses, todas ellas preocupadas por si las demás les disparaban por la espalda. De todas las maneras posibles de ir al encuentro de las deidades alienígenas o lo que fuera que había creado la protomolécula, aquella era la más estúpida, la más peligrosa y, a ojos de Toro, también la más humana.

El tránsito conllevó una cantidad medible de tiempo: a la enorme mole de la *Bégimo* le costó unos segundos atravesar el Anillo. Un quejido agudo y escalofriante recorrió la nave, y Toro, en el asiento de colisión de las oficinas de seguridad esperando a que sucediera el próximo desastre, sintió que se le ponía la carne de gallina en los brazos y la nuca. Echó un vistazo por los monitores de seguridad como un padre que recorre la casa para comprobar que todas las ventanas están cerradas y los niños duermen tranquilos en sus

camas. Lo atosigaron recuerdos de los vídeos de Eros: zarcillos de filamentos negros que cubrían los pasillos, cuerpos de inocentes y culpables por igual que cambiaban, se deshacían y se transformaban en algo muy diferente después de haber muerto, el brillo azulado de las luciérnagas que nadie había sido capaz de explicar aún. Cada vez que miraba un monitor, esperaba ver esa misma luz en el interior de la *Bégimo*, y cada vez que no la veía, sus miedos se enfocaban en el siguiente monitor.

Cambió al vídeo de los sensores externos. Había un objeto azul y luminoso en el centro de una esfera de anomalías, que los ordenadores habían calculado que tenían el mismo tamaño aproximado del Anillo. Puertas hacia Dios sabría dónde.

—No sé qué carajo estamos haciendo aquí —masculló.

—*A-chatté-men*, hermano —dijo Serge desde su escritorio con la cara pálida.

Apareció una solicitud de llamada en el terminal portátil de Toro, con la alerta roja del personal más veterano. El miedo le atenazó la garganta, pero aceptó la llamada. Sam apareció en la pantalla.

—Oye —dijo—, ¿a qué viene eso de prepararse para la batalla si después no podemos salir de los asientos de colisión? Agradecería que aflojaras lo suficiente para dejarnos comprobar que la nave no se está cayendo a cachos.

—¿Te ha saltado algún aviso?

—No —admitió Sam—, pero acabamos de meter la *Bégimo* en una región del espacio con... leyes de la física que son diferentes, y tal. La verdad es que me gustaría echar un ojo.

—Tenemos ocho naves entrando justo detrás —dijo Toro—. Aguanta hasta que veamos cómo les va.

Sam sonrió de una manera que manifestaba a la perfección su disgusto con él.

—Mira que te pones paternalista a veces, ¿eh, Toro? ¿Lo sabías?

Apareció una nueva alerta junto a la cara de Sam. Un mensaje de alta prioridad que acababa de llegar a la batería de comunicaciones. Procedía de la *Rocinante*.

—Sam, tengo otra cosa. Ahora te llamo.

—Me quedaré aquí sentada en mi asiento sin hacer nada —respondió ella.

Toro cambió al mensaje entrante. Era una emisión. De una mujer cinturiana con una melena negra que tenía apartada de la cara de una manera que dio a Toro la impresión de que acababa de soldar algo antes de empezar

la emisión y que volvería a ello justo después de terminarla. La mujer estaba mirando a la cámara.

—... Nagata, segunda de a bordo de la *Rocinante*. Quiero dejar muy claro que la emisión anterior, en la que reclamábamos el control del Anillo, era falsa. Nuestra batería de comunicaciones estaba pirateada y no podíamos acceder a ella. El saboteador que tenemos a bordo ha confesado, y adjuntaré un archivo de datos al final de esta transmisión con todas las pruebas que tenemos sobre el verdadero criminal. También incluiré un pequeño documental sobre lo que hemos descubierto durante el tiempo que llevamos aquí, realizado por Monica Stuart y su equipo. Quiero reiterar que el capitán Holden no ha recibido órdenes de nadie para reclamar el Anillo, ni tenía la menor intención de hacerlo, y ninguno de nosotros tiene relación ni sabía nada de la bomba en la *Seung Un* o en ninguna otra nave. Solo estamos aquí en calidad de transporte y apoyo al equipo de documentales, y no tenemos intención alguna de resultar una amenaza para ninguna nave.

Serge gruñó, escéptico.

—¿Crees que se la han jugado?

—¿Para impedir que Jim Holden salga en cámara? O se la han jugado bien jugada o lo tienen atado —respondió Toro. Era un chiste, pero también tenía algo de cierto. ¿Por qué no era el capitán de la *Rocinante* quien realizaba el anuncio?

—No vamos a entregar nuestra nave —dijo la cinturiana—, pero estaremos encantados de invitar a bordo a inspectores para que puedan confirmar nuestras afirmaciones. Eso sí, con las siguientes condiciones: primera, los inspectores deberán aceptar las medidas básicas de seguridad...

Aparecieron en la pantalla cinco comunicaciones más de naves diferentes. Todo eran emisiones. Si iban a entrar volando en las fauces de una enorme y maléfica inteligencia alienígena, por Dios que lo harían peleándose entre ellos.

—... Inaceptable. Exigimos la rendición inmediata de la *Tachi* y de toda nave...

—... Qué confirmación pueden aportar de que...

—... A James Holden de inmediato para interrogarlo. Si comprobamos que lo que dicen es cierto...

—... Mensaje se repite. Por favor, confirme y aclare esas actividades extravehiculares, *Rocinante*. ¿Quién ha salido y adónde se dirige?

Toro abrió la batería de sensores e inició un meticuloso barrido de la zona que rodeaba a la nave de Holden. Encontrarlo le llevó medio minuto. Un traje

extravehicular que se alejaba de la nave con los propulsores en dirección a la estructura azul resplandeciente del centro de la esfera. Toro soltó un taco. Cinco minutos después, la segunda de a bordo de la *Rocinante* volvió a hablar para confirmar las peores sospechas de Toro.

—Aquí Naomi Nagata —dijo—, segunda de a bordo y capitana en funciones de la *Rocinante*. En estos momentos, el capitán Holden no se encuentra disponible para responder a sus preguntas, reunirse con ningún representante ni someterse a arresto alguno. Está... —Bajó la mirada. Toro no fue capaz de discernir si era miedo, vergüenza o un poco de ambos. La cinturiana respiró hondo y continuó—: Está en avance extravehicular hacia la base del centro de la zona lenta. Tenemos razones para creer que... ha sido llamado allí.

La risa de Toro llamó la atención de Serge, quien levantó una mano e hizo un gesto inquisitivo en el lenguaje físico de los cinturianos. Toro negó con la cabeza.

—Intentaba imaginar alguna forma en que pudiéramos estar haciendo esto peor —dijo.

Ashford insistió en que se reunieran en persona, por lo que, aunque Toro había ordenado a todos los miembros de la tripulación que no realizaran tareas esenciales que se quedasen en sus asientos, él mismo tuvo que abandonarlo, flotar hasta el ascensor y dirigirse al puente.

El silencio de la tripulación era disonante. Todos los puestos combinaban la telemetría con el examen de señales y los datos de los sensores, aunque en realidad a grandes rasgos no ocurría nada. El nerviosismo demandaba mantenerse ocupado, serio y tenso. El nerviosismo o, si no, el miedo. Los monitores mostraban la pantalla táctica: los terrícolas de azul, los marcianos de rojo, la *Bégimo* de naranja y el artefacto de en medio de la esfera de un verde fuerte. El anillo de desperdicios estaba marcado en blanco. Y también había dos puntos dorados: uno era la *Rocinante*, que estaba más adelantada que el resto de las naves, y el otro era su capitán. La escala era tan pequeña que Toro podía ver las siluetas de las otras naves, feas y cuadradas como cualquier otra estructura pensada para el vacío. El universo entero reducido a un punto más pequeño que el Sol y, aun así, de una inmensidad abrumadora.

Y en esa burbuja de oscuridad, misterio y amenaza había dos puntos iguales, uno rojo y otro azul, que se movían sin cesar hacia el pequeño Holden dorado. Unos esquifes de la armada que eran poco más que un sillón

fijado en la punta de un motor de fusión. Toro había llevado naves como esas hacía tanto tiempo que parecía otra vida, pero si cerraba los ojos podía sentir el traqueteo de los propulsores atravesando su armadura. Había cosas que no olvidaría jamás.

—¿Cuánto tiempo necesitaríamos para imitarlos? —preguntó Ashford.

Toro se rascó la palma de la mano en la barbilla y se encogió de hombros.

—¿Cuánto tardaríamos en volver a Tycho?

La cara de Ashford se puso roja.

—No me interesa nada su sentido del humor, señor Baca. La Tierra y Marte han lanzado equipos de intercepción contra ese criminal de James Holden. Si no enviamos a algunos de los nuestros ahí fuera, daremos la impresión de ser débiles. Estamos aquí para asegurarnos de que la APE queda a la altura de los planetas interiores y es lo que vamos a hacer, cueste lo que cueste. ¿Entendido?

—Entendido, señor.

—Entonces, ¿cuánto tardaríamos?

Toro miró a Pa. La cara de la mujer era una máscara inexpresiva. Sabía la respuesta tan bien como él, pero no iba a pronunciarla. Que la mierda salpicara al terrícola. Pues vale.

—No podemos hacerlo —respondió Toro—. Cada esquiife de esos lleva media docena de marines equipados para la batalla. Con servoarmaduras. Quizá de clase Goliath en el caso de los marcianos y de clase Expoliador en el de los terrícolas. En cualquier caso, no tengo nada a ese nivel. Y los soldados que hay dentro de las armaduras han entrenado para este preciso tipo de combate todos los días durante años. Yo solo tengo fontaneros con rifles y una lanzadera en la que meterlos.

El puente se quedó en silencio. Ashford se cruzó de brazos.

—Fontaneros. Con rifles. ¿Es lo que piensa de nosotros, señor Baca?

—No cuestiono la valentía ni el compromiso de ningún miembro de esta tripulación —respondió Toro—. Sé que cualquier equipo que enviemos estará dispuesto a sacrificar su vida por la causa. Pero claro, esa vida solo duraría unos quince segundos, y no estoy dispuesto a enviar a nadie en esas condiciones.

Lo que estaba implicando flotó en el aire con la misma suavidad que ellos: «Tú eres el capitán. Puedes dar la orden, pero tendrás que asumir tú las consecuencias. Y todos sabrán que el terrícola te dijo lo que iba a pasar». Pa entornó los ojos y apartó la mirada.

—Gracias, señor Baca —agradeció Ashford—. Puede marcharse.

Toro hizo un saludo militar, se volvió y se impulsó hacia el ascensor. Detrás de él, la tripulación del puente empezó a hablar de nuevo, pero no tan alto como antes. Era probable que se hubieran ganado una buena reprimenda cuando Toro se marchara, solo por encontrarse en la misma estancia que él cuando había avergonzado a Ashford. Había pocas posibilidades de que enviaran a alguien hacia aquella cosa. Hacia ese núcleo, o base, o lo que quiera que fuese. A Toro no se le ocurrió ningún posible resultado mejor, de modo que tendría que considerarlo una victoria.

De regreso a su puesto, miró por encima los archivos de datos que había enviado la *Rocinante*. El saboteador parecía sincero. Toro había visto las suficientes confesiones falsificadas para reconocer las señales, y en esa no había ninguna. Sin embargo, después la condenada historia se convertía en un cuento de hadas. Una mujer misteriosa, capaz de manipular gobiernos y civiles, dispuesta a matar a decenas de personas y arriesgar la vida de otros miles para... ¿para qué? ¿Hacer que James Holden entrara en el Anillo y se dirigiera hacia el lugar al que estaba yendo?

La imagen que había creado el saboteador detenido parecía esculpida en hielo. Nadie le había añadido color. Toro le incorporó un tono de piel oliva y pelo castaño, y la cara no le resultó nada familiar. Juliette Mao, decían. No había sido la primera persona en infectarse con la protomolécula, pero todos sus predecesores habían acabado de alguna manera en una autoclave. Ella había sido el cristal semilla que Eros había usado para formarse, para crear el Anillo. ¿Por qué no iba a estar en esos momentos correteando por ahí, contratando a traidores y poniendo bombas?

El problema de vivir entre milagros era que hacían que todo pareciera plausible. Un arma alienígena llevaba miles de millones de años acechando en órbita alrededor de Saturno. Se había alimentado de miles de personas, se había apropiado de los mecanismos que conformaban sus cuerpos para sus propios fines. Había construido un agujero de gusano que daba a una especie de esfera endemoniada. ¿Por qué no debería ser posible todo lo demás? Si eso lo era, podía serlo cualquier cosa.

Toro no se lo creyó.

Al llegar a su escritorio de la oficina de seguridad, comprobó cómo estaba la situación. El esquife de los marines terrícolas había ido demasiado rápido en su intento de adelantar al de Marte. La zona lenta lo había capturado y estaba flotando hacia el anillo de desperdicios. Lo más probable era que todos los tripulantes hubiesen muerto. El esquife marciano seguía de camino, pero Holden iba a llegar a la estructura antes de que lo alcanzaran. En cierta

manera, era una lástima. Los marcianos siempre habían sido los de gatillo más fácil. La probabilidad de que alguien llegara a interrogar a Holden parecía bastante escasa.

Toro se pasó la lengua por los dientes mientras daba vueltas a varias ideas que no terminaban de cristalizar. Los marcianos no interrogarían a Holden, pero eso no significaba que nadie pudiese hacerlo. Comprobó sus códigos de seguridad. Ashford no le había bloqueado el acceso al láser de comunicaciones. Según el protocolo, debería haberlo hablado antes con Ashford, o al menos con Pa, pero los dos estaban demasiado ocupados. Además, si su idea funcionaba, les resultaría difícil plantear objeciones. Iba a proporcionarles una moneda de cambio muy valiosa.

La segunda de a bordo de la *Rocinante* apareció en la pantalla.

—¿Qué podemos hacer por ustedes, *Bégimo*?

—Soy Carlos Baca, jefe de seguridad. Quizá pueda ayudarles a quitarse de encima un problema.

La mujer levantó las cejas y agitó la cabeza como si intentara mantenerse despierta. Tenía cara de lista.

—Ahora mismo tengo muchos problemas —dijo—. ¿De cuál estamos hablando?

—Tiene un puñado de civiles en su nave y uno de ellos está bajo arresto. Marte aún afirma que esa nave le pertenece. La Tierra aún se cuestiona si han sido ustedes los que hicieron explotar una de las suyas. Yo podría custodiar a su prisionero y proporcionar a los demás civiles un lugar más seguro que ese.

—Que yo sepa, la APE es la única que nos ha disparado por ahora —dijo la mujer. Tenía una sonrisa bonita. Era demasiado joven para él, pero diez años antes estaría invitándola a cenar a esas alturas—. No son precisamente los primeros de mi lista de amigos.

—Eso fue culpa mía —dijo Toro—. Esta vez no lo haré. —La respuesta hizo que la mujer riera entre dientes, pero era una risa lúgubre, de esas que salen de alguien que lo está pasando fatal—. Mire, sé que está muy ocupada y que tiene en la nave a muchas personas que no forman parte de su tripulación. Tiene que mantenerlas a salvo, y es una distracción más. Envíemelos y todo el mundo sabrá que no intenta restringir el acceso a ellos. Será más fácil que todo el mundo se crea que no han sido los responsables de la destrucción de la *Seung Un*.

—Algo me dice que los gestos de buena voluntad ya no van a servir de mucho —respondió la mujer.

—Yo creo que los gestos de buena voluntad son lo único que les queda para evitar que la situación escale —afirmó Toro—. Han enviado asesinos a por su capitán. Asesinos de los buenos. Las cosas se han desmadrado. Usted y yo podemos empezar a enfriarlas. Podemos actuar como adultos. Si lo hacemos, quizás ellos también lo hagan. No tiene por qué morir nadie más.

—Una somera esperanza.

—Es la única esperanza que me queda. Si no tienen nada que ocultar, háganselo ver. Muéstrelo a todos.

La mujer tardó veinte segundos.

—Muy bien —respondió—. Puede quedárselos.

22

Holden

—Vaya —dijo Holden para sí mismo—. No me apetece nada hacer esto.

La voz resonó en su casco, compitiendo solo con el tenue siseo de la radio.

—He intentado disuadirte —respondió Naomi, logrando que su voz sonara íntima a pesar de que estaba distorsionada y comprimida por los pequeños altavoces del traje de Holden.

—Perdón. Creía que no estabas escuchando.

—Ya —dijo ella—. Dulce ironía.

Holden apartó los ojos de la esfera a la que se dirigía, cada vez era más grande, y se giró hacia atrás para buscar la *Rocinante*. La nave no se hizo visible hasta que Alex encendió un propulsor de maniobra y un fino cono de vapor reflejó parte del resplandor azulado de la esfera. El traje le indicó que la *Roci* se encontraba a más de treinta mil kilómetros (más del doble de la distancia que dos personas podían separarse en la Tierra) y cada vez se alejaba más. Y allí estaba él, en un traje espacial y con una mochila extravehicular desechable a la que le quedaban unos cinco minutos de propulsión. Había gastado un minuto acelerando hacia la esfera y necesitaría otro para reducir la velocidad al llegar, lo que le dejaba el suficiente para regresar a la *Roci* después de terminar.

Optimismo expresado en términos de conservación de delta-uve.

Las naves de las tres flotas habían empezado a atravesar la puerta incluso antes de que él comenzara el viaje. Lo único que protegía ahora a la *Roci* era el límite de velocidad absoluta vigente en la zona lenta. La nave se desplazaba a poco menos de ese límite para poner tanto espacio como le era posible entre ella y las flotas. Tenían una esfera de un millón de kilómetros de diámetro en la que jugar, y eso sin probar a rebasar el límite que señalaban las puertas. Entre puerta y puerta había unos cincuenta mil kilómetros de espacio vacío, pero la idea de volar fuera de la zona lenta al espacio sin estrellas de detrás

daba repelús a Holden. Naomi y él habían decidido relegarlo a un último recurso.

Mientras nadie fuera capaz de disparar un arma balística, la *Roci* debería estar bastante a salvo con su más de medio trillón de kilómetros cúbicos por los que desplazarse.

Holden volvió a darse la vuelta con dos chorros de un cuarto de segundo de la mochila extravehicular y calculó la distancia hasta la esfera. Aún le quedaban horas para llegar. El chorro de un minuto con el que había iniciado la salida le había hecho acelerar muy poco, en términos astronómicos, y la *Roci* había anulado su velocidad relativa antes de que él saliera. Si la nave lo hubiera arrojado a la velocidad máxima de la zona lenta, Holden no habría tenido combustible suficiente en la mochila para detenerse.

Delante de él, en medio de aquel vacío sin estrellas, la esfera azul lo esperaba.

Si los investigadores tenían razón sobre el tiempo que Febe llevaba orbitando Saturno, había esperado allí durante dos mil millones de años a que alguien atravesara esa puerta en particular. Pero los extraños acontecimientos recientes relacionados con la protomolécula y el Anillo preocupaban a Holden y le hacían pensar que quizá todas las suposiciones que habían hecho sobre sus orígenes y su cometido estaban equivocadas.

El nombre de la protomolécula venía de Protogen, quienes habían decidido que se trataba de una herramienta capaz de redefinir la propia naturaleza humana. Jules-Pierre Mao la había tratado como un arma. Pero la radiación mataba humanos, y las máquinas médicas de rayos X no se fabricaban con la intención de matar en mente. Holden empezaba a sentir que no eran más que monos jugando con un microondas: al pulsar un botón se encendía una luz en el interior, de modo que servía para alumbrar. Pero si metías una mano dentro y tocabas otro botón, quemaba, por lo que era un arma. Si se aprendía a abrir y cerrar la puerta, era un lugar donde esconder cosas. Pero nunca llegaban a comprender su verdadera utilidad y quizá ni siquiera tenían el marco de conocimientos necesarios para hacerlo. Ningún mono había recalentado jamás un burrito.

En este caso, los monos se habían dedicado a tocar una caja brillante y a intentar adivinar cuál era su utilidad. Holden podía decirse a sí mismo que era la caja la que quería que él la tocara, pero incluso esa idea enmascaraba muchas suposiciones. Miller parecía humano, había sido humano en el pasado, por lo que era fácil asumir que tenía motivaciones humanas. Miller quería comunicarse. Quería que Holden supiera o hiciera algo. Pero era igual

de probable —más de hecho— que Holden estuviese antropomorfizando algo mucho más extraño.

Se imaginó el momento en el que aterrizaba en la estación y a Miller diciendo: «¡James Holden, tú y solo tú en todo el universo posees la composición química adecuada para convertirte en el combustible perfecto para el agujero de gusano!», antes de meterlo en una máquina para procesarlo.

—¿Todo bien? —preguntó Naomi en respuesta a su risilla nerviosa.

—No puedo parar de pensar en lo estúpido que parece esto. ¿Por qué no he dejado que me convenzas para no hacerlo?

—Bueno, parece que sí me has dejado, pero procesarlo te ha costado unas horas. ¿Quieres que vayamos a por ti?

—No, si lo dejo ahora nunca tendré los cojones de volver a intentarlo —respondió Holden—. ¿Cómo va la cosa por ahí?

—Las flotas han atravesado el Anillo con cerca de dos docenas de naves, la mayoría pesadas. Alex ha hecho los cálculos para que los torpedos vuelen con encendidos cortos y se mantengan por debajo del límite de velocidad, lo que significa que en esas naves también habrán hecho lo mismo. Por ahora no nos ha disparado nadie.

—¿Es posible que tu testimonio sobre mi inocencia haya funcionado?

—Quizá —respondió Naomi—. Algunas naves pequeñas han salido de la flota y llevan rumbo de intercepción hacia ti. La *Roci* las ha marcado como esquifes de aterrizaje.

—Mierda. ¿Han enviado marines a por mí?

—Han acelerado hasta el límite de velocidad, pero la *Roci* calcula que llegarás a la estación antes de que te alcancen. Pero muy poco antes.

—Joder —renegó Holden—. Espero que haya una puerta.

—La nave de la ONU está perdida. La que queda es marciana. Quizás hayan enviado a Bobbie. A lo mejor, convence a los demás para que se porten bien contigo.

—No —dijo Holden con un suspiro—. No, estos van a ser de los que siguen cabreadísimos conmigo.

Saber que los marines iban a por él hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Que fuese justo en esos momentos, metido en un traje espacial, solo añadió más enjundia a su lista de problemas irresolubles.

—También hay buenas noticias. El equipo de Monica va a ser transferido a la *Bégimo*.

—Nunca te gustó.

—No mucho, no.

—¿Por qué no?

—Porque se dedica a desenterrar el pasado —respondió Naomi con un tono desenfadado que casi logró ocultar sus ansiedades—. Y desenterrar el pasado lleva a cagadas como la que estamos viviendo.

Cuando Holden tenía nueve años murió *Rufus*, el labrador de la familia. Ya era un perro adulto cuando nació Holden, por lo que para él siempre fue un enorme y negro cúmulo de amor y babas. Holden había dado algunos de sus primeros pasos agarrado al pelo del perro con su mano regordeta. *Rufus* había sido su única niñera mientras corría por aquella granja de Montana cuando era poco más que un bebé. Holden quería a ese perro con esa simple intensidad que solo comparten los niños y los perros.

Pero cuando Holden tenía nueve años, *Rufus* cumplió quince, una edad muy avanzada para un perro de ese tamaño. Empezó a bajar el ritmo. Dejó de correr con Holden: al principio apenas lograba alcanzarlo al trote, y luego empezó a caminar cada vez más despacio. Dejó de comer. Y una noche se desplomó junto a un conducto de calefacción y empezó a jadear. Madre Elise había dicho a Holden que era posible que muriera durante la noche y que, incluso si no lo hacía, tendrían que llamar al veterinario por la mañana. Holden juró entre lágrimas que se quedaría junto al perro. Lloró durante las primeras dos horas con la cabeza de *Rufus* en el regazo mientras el animal intentaba respirar y de vez en cuando daba un lánguido golpe al suelo con el rabo.

La tercera hora, en contra de su voluntad y a pesar de que lo había evitado a toda costa, Holden se había aburrido.

Había sido una lección que no olvidaría en la vida, que los humanos tenían una energía emocional limitada. Que por muy intensa que fuera una situación y por muy poderosos que fueran unos sentimientos, era imposible quedarse para siempre en un estado de alta emotividad. Poco a poco, uno se cansaba y quería que todo terminara.

Las primeras horas que pasó flotando hacia la estación de brillo azulado, Holden se había sentido sorprendido por la inmensidad del espacio vacío y sin estrellas que lo rodeaba. Había sentido miedo por lo que la protomolécula quería de él, por los marines que lo seguían y por haber tomado la decisión equivocada y llegar a la estación y que no hubiese nada.

Pero después de pasar cuatro horas solo en el traje espacial, se le agotó el miedo. Solo quería que todo terminara.

La negra e imperturbable infinitud que lo rodeaba y el único punto de luz visible procedente de la esfera azul hacían que fuera sencillo imaginarse que se encontraba en un túnel enorme y que flotaba despacio hacia la salida. A la mente humana no se le daba bien interpretar espacios infinitos. Necesitaba paredes, horizontes, límites. Los creaba si era necesario.

El traje emitió un sonido para hacerle saber que era hora de rellenar el suministro de oxígeno. Sacó una botella de las cinchas de la mochila extravehicular y la conectó a la boquilla del traje. La barra del visor del traje volvió a subir hasta cuatro horas y se detuvo. Le próxima vez que tuviese que rellenar el aire, estaría en la estación o en manos de los marines.

Sea como fuere, ya no estaría solo, y era un alivio. Se preguntó qué habrían pensado de aquello sus madres, si habrían aceptado las decisiones que había tomado, cómo iba a conseguir que sus hijos tuvieran perro si Naomi no podía vivir en un pozo de gravedad. La atención empezó a flaquearle y su mente, a divagar.

Lo despertó un fuerte zumbido y durante unos segundos hizo aspavientos con el brazo como si pretendiera apagar un despertador. Cuando abrió los ojos legañosos vio que en el visor refulgía una alerta de proximidad. Se las había ingeniado de alguna manera para quedarse dormido hasta que le faltaban ya pocos kilómetros para llegar a la estación.

A esa distancia, tenía aspecto de amenazante muro curvado de color azul metálico que brillaba con luz propia. No se habían activado las alarmas de radiación, por lo que, fuera lo que fuese lo que la hacía brillar, su traje no lo consideraba peligroso para él. El programa de vuelo que Alex le había preparado se desplegó en el visor y comenzó una cuenta atrás desde diez para indicarle el momento exacto en el que tenía que realizar la maniobra de desaceleración. Haber agitado la mano nada más despertarse había hecho que empezara a rotar un poco, y el programa de vuelo le pedía permiso para realizar las correcciones pertinentes. Confiaba del todo en Alex en temas de navegación, así que Holden autorizó al traje realizar el descenso de manera automática.

Después de unos pocos chorros de gas comprimido, se quedó mirando hacia la inmensidad con la esfera a la espalda. Luego la mochila encendió los propulsores un minuto para reducir la velocidad hasta medio metro por segundo y así aterrizar con suavidad. Dio un golpe con los pies a las botas

magnéticas sin saber si le iban a servir o no (la esfera parecía metálica, pero eso no era indicativo de nada) y luego se dio la vuelta.

La resplandeciente pared azulada se encontraba a menos de cinco metros. Holden dobló las rodillas y se preparó para el impacto con la esperanza de absorber la energía suficiente para no rebotar. Los medios metros fueron pasando, y los segundos duraban demasiado y también eran demasiado breves. Cuando solo quedaba un metro para el impacto, se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración y soltó el aire.

—Allá vamos —dijo al vacío.

—Oye, jefe —dijo Alex entre chasquidos de interferencias.

Antes de que pudiese responder, la superficie de la esfera se abrió como una espiral de nautilo y se tragó a Holden.

Después de que Holden atravesara el portal que llevaba al interior de la esfera, aterrizó con suavidad en un suelo curvado, en una estancia con forma de cúpula invertida. Las paredes eran del mismo azul metalizado del exterior de la esfera. La textura de las superficies era muy parecida al moho y había unas pequeñas luces parpadeantes parecidas a luciérnagas. El traje le informó de que había una ligera atmósfera formada en su mayor parte por derivados de benceno y neón. El techo se cerró en espiral y en la superficie lisa e impoluta no quedó rastro alguno de que se hubiese abierto alguna vez.

Miller estaba de pie a unos metros de donde había aterrizado Holden, con su traje gris arrugado y su sombrero *porkpie*, una vestimenta que aportaba un contraste exótico y mundano en el ambiente alienígena. Que no hubiese aire respirable no parecía importarle.

Holden se irguió y se sorprendió al sentir algo parecido a la resistencia de la gravedad. Conocía el peso de la rotación y del impulso, y también el profundo tirón que se siente en un pozo de gravedad. La mochila extravehicular le pesaba en la espalda, pero era un peso diferente. Casi daba la impresión de que algo lo empujara hacia abajo desde arriba en lugar de sentir el suelo subiendo hacia él.

—¿Jefe? —repitió Alex con cierto tono de preocupación en la voz. Miller levantó una mano para indicar que no le importaba, como dando permiso a Holden para responder.

—Te recibo, Alex. Adelante.

—La esfera se te acaba de tragar —dijo el piloto—. ¿Todo bien ahí dentro?

—Sí, afirmativo. Pero me habías llamado antes de entrar. ¿Qué ha pasado?

—Solo quería advertirte de que tu compañía se estaba acercando mucho. Calculo que llegarán ahí en unos cinco minutos.

—Gracias por el informe. Espero que Miller no les deje entrar.

—¿Miller? —preguntaron Alex y Naomi al mismo tiempo. Al parecer ella también escuchaba la conversación.

—Llamaré cuando sepa algo más —dijo Holden con un gruñido mientras terminaba de quitarse la mochila extravehicular. El aparato cayó al suelo con un ruido sordo.

Qué raro.

Holden encendió los altavoces externos del traje y dijo:

—¿Miller?

Oyó cómo el sonido de su propia voz rebotaba en las paredes por toda la estancia. La atmósfera no debería haber tenido la densidad suficiente para algo así.

—Hola —repuso Miller, con una voz que no sonaba amortiguada por un traje espacial, como si estuvieran en la cubierta de la *Roci*. Asintió despacio con su gesto de sabueso triston, y sus labios se torcieron en lo que pareció una sonrisa—. Se acerca más gente. ¿Son de los tuyos?

—No, no son de los míos —respondió Holden—. Debe de ser ese esquife lleno de marines de reconocimiento marcianos que vienen a arrestarme. O quizás a dispararme. Es complicado.

—Veo que has hecho amigos en mi ausencia —dijo Miller con tono sarcástico y vivaracho.

—¿Cómo te va? —preguntó Holden—. Veo que dices cosas más coherentes que de costumbre.

Miller se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos, a la manera cinturiana.

—¿A qué te refieres?

—Hasta ahora, cuando hablábamos parecía como si la señal no llegara a plena potencia.

Las cejas del viejo inspector se arquearon por la sorpresa.

—¿Me habías visto antes?

—De vez en cuando durante el último año.

—Vaya, qué raro —dijo Miller—. Si tienen intención de dispararte, será mejor que nos pongamos en marcha.

Miller desapareció en un suspiro y volvió a aparecer junto a las paredes de apariencia mohosa. Holden lo siguió mientras su cuerpo se enfrentaba a la desagradable sensación de sentirse ligero y pesado al mismo tiempo. Cuando se acercó, vio las espirales que formaba el moho en las paredes. Había visto algo parecido en los lugares en los que había protomolécula, pero aquello era exuberante en comparación. Era complejo, opulento e intenso. Una pequeña onda parecía recorrer toda la pared como cuando alguien tira una piedra a un lago y, a pesar de contar con una reserva aislada de aire, Holden olió algo parecido a lluvia y gajos de naranja.

—Oye —llamó Miller.

—Perdona —dijo Holden—. ¿Qué?

—Que deberíamos ponernos en marcha —repitió el muerto. Hizo un gesto hacia lo que parecía una doblez en el extraño moho, pero que cuando Holden se acercó resultó ser una fisura. El agujero relucía y era carnosos por los bordes. Supuraba.

—¿Adónde vamos?

—Más adentro —respondió Miller—. Ya que estamos aquí, hay algo que deberíamos hacer. Pero me gustaría decirte que los tienes cuadrados.

—¿Por hacer qué? —preguntó Holden, y apoyó la mano en la pared. Una capa de cieno se le pegó a los dedos del traje.

—Por venir aquí.

—Tú me dijiste que viniera —afirmó el capitán—. Tú me has traído. Julie me ha traído.

—No quiero hablar de lo que le ocurrió a Julie —dijo el muerto.

Holden lo siguió por el túnel estrecho. Las paredes eran resbaladizas y orgánicas. Era como si atravesaran una cueva profunda o la garganta de un animal enorme.

—No cabe duda de que estás siendo más coherente que nunca.

—Aquí hay herramientas —dijo Miller—. No están... No están bien, pero al menos están aquí.

—¿Eso significa que aún cabe la posibilidad de que digas algo enigmático y desaparezcas entre una nube de luciérnagas azules?

—Es posible.

Miller no siguió hablando del tema, y Holden lo siguió varias decenas de metros a lo largo del túnel hasta que el camino volvía a girar y Miller lo llevó hasta una estancia mucho más amplia.

—Hala, vaya —consiguió decir.

Como el suelo de la primera estancia y del túnel que salía de ella daba la impresión de estar «abajo», Holden había dado por hecho que se movían lateralmente justo por debajo del casco de la estación. Pero no era posible, ya que el techo del túnel al que llegaron era mucho más alto de lo que podría haber sido en ese caso. El túnel se abría a una estancia catedralicia de cientos de metros de largo. Las paredes se curvaban hacia dentro para acabar en un techo abovedado que alcanzaba los veinte metros de altura en el centro. Desperdigadas por la estancia sin orden aparente había unas columnas de dos metros de ancho fabricadas con algo que parecía ser cristal azul atravesado por unos filones negros. Las columnas emitían una luz pulsante, y cada latido iba acompañado de una emisión subsónica que Holden sentía en los huesos y los dientes. Era una energía tremenda, contenida con mucho cuidado. Un gigante que susurraba.

—Hostia puta —dijo al fin Holden cuando consiguió recuperar el aliento—. Tenemos un problema de los gordos, ¿verdad?

—Sí —respondió Miller—. No deberías haber venido.

Miller caminó por la estancia, y Holden se apresuró a seguirlo.

—Espera, ¿qué? —dijo el capitán—. ¡Pensaba que querías que viniese!

Miller rodeó algo que desde la distancia se parecía a la estatua azul de un insecto, pero de cerca era un amasijo enorme de extremidades y protuberancias metálicas, como un *mecha* de construcción doblado sobre sí mismo. Holden intentó sin suerte adivinar para qué servía.

—¿Por qué ibas a creer algo así? —preguntó Miller mientras caminaban—. Ni siquiera sabes lo que hay aquí dentro. Puertas y esquinas. Nunca entres en un escenario del crimen sin asegurarte de que no hay nadie esperando para abalanzarse sobre ti. Primero hay que tener controlado el lugar. Pero quizás hayamos tenido suerte. Por el momento. Eso sí, no te recomendaría repetirlo.

—No entiendo.

Llegaron a un lugar en el que el suelo estaba cubierto por lo que parecían cilios y tallos de plantas que se mecían con suavidad en una brisa inexistente. Mientras andaban, un enjambre de luciérnagas azules salió despedido del suelo y voló hasta un conducto que había en el techo antes de desaparecer.

—Pues mira, en el sector dieciocho había un burdel sin licencia. Entramos pensando que nos encontraríamos con quince o veinte en aquel antro. Puede que más. Pero llegamos y el sitio estaba desierto —dijo Miller—. Pero no era porque supieran que íbamos a ir. Los Loca Greiga habían oído hablar del lugar y enviaron a sus chicos para limpiarlo. Nos costó una semana encontrar los cuerpos. Según los forenses, a todos les habían disparado dos veces en la

cabeza más o menos mientras nos tomábamos el último café antes de entrar. De haber sido un poco más rápidos, los hubiésemos pillado en el acto. No hay putada mayor que abrir la puerta pensando que vas a encontrar a un puñado de chavales que pensaban que se iban a forrar al instante con la industria del sexo para, en su lugar, toparnos con un pelotón de asesinos organizados listos para saludarnos.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Que este lugar es igual —respondió Miller—. Aquí tenía que haber algo. Mucho de ese algo. Tenía que haber... mierda, no encuentro las palabras adecuadas. Un imperio. Una civilización. Un hogar. Más que un hogar, un maestro. Pero en vez de eso, hay puertas cerradas y luces en un temporizador. No me gustaría que irrumpieras en un sitio así. Acabarías muerto.

—Pero ¿a qué coño te refieres? —preguntó Holden—. Tú, o la protomolécula, o Julie Mao, quien sea, fuiste el que preparó todo esto. La obra, el ataque, todo.

Al pronunciar las palabras, Miller se quedó quieto. Se dio la vuelta hacia él con el ceño fruncido.

—Julie está muerta, chico. Miller está muerto. Yo no soy más que una máquina de encontrar objetos perdidos.

—No lo entiendo —dijo Holden—. Si tú no eres responsable de esto, ¿quién lo es?

—¿Ves? Esa sí que es una buena pregunta. A varios niveles. Dependiendo de a qué te refieras con «esto». —Miller levantó la cabeza como un perro que advierte un olor extraño en el ambiente—. Tus amigos están aquí. Deberíamos irnos. —Empezó a caminar más rápido hacia la pared del otro lado de la estancia.

—Los marines —dijo Holden—. ¿Puedes detenerlos?

—No —respondió Miller—. Yo no protejo nada. Puedo indicar a la estación que son una amenaza. Pero habrá consecuencias.

Holden sintió una punzada de terror en las entrañas.

—Eso no suena bien.

—Y tampoco será nada bueno. Venga. Si vamos a hacerlo, tenemos que ser más rápidos que ellos.

Las estancias y las paredes se ampliaron y se estrecharon, se unieron y se separaron como los vasos sanguíneos de un enorme organismo. Las luces del traje de Holden casi ni se apreciaban en la inmensa oscuridad, y los parpadeos de las luciérnagas azules llegaban en oleadas que luego desaparecían. Por el

camino pasaron junto a varias de aquellas estructuras de color azul metálico con forma de insecto.

—¿Qué son? —preguntó Holden, señalando a una especialmente grande y de apariencia peligrosa.

—Lo que haga falta que sean —respondió Miller sin volverse.

—Bien, ya veo que te has vuelto a poner críptico.

Miller se dio la vuelta con gesto preocupado y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Holden también se dio la vuelta.

En la lejanía de la gran estancia, una silueta empezaba a emerger de un túnel. Holden había visto armaduras similares antes. Todas las servoarmaduras de los marines de Marte estaban fabricadas con la misma cantidad de eficiencia y amenaza.

No tenía escapatoria. Alguien con esa armadura podía acabar con él sin esfuerzo alguno. Holden encendió las comunicaciones del traje espacial y habló por una frecuencia abierta.

—¡Aquí! Estoy aquí. Vamos a hablar —dijo, y echó a caminar hacia el grupo.

Como si fuesen una sola persona, los ocho marines levantaron los brazos derechos y abrieron fuego. Holden se preparó para morir, incluso mientras una parte de su mente sabía que no debería tener tiempo de prepararse para morir. A la distancia a la que estaban, las balas de sus armas de alta velocidad impactarían en una fracción de segundo. Estaría muerto mucho antes de oír el sonido de los disparos.

Oyó el sonido atronador y ensordecedor de las armas al disparar, pero no recibió ningún impacto.

Una nube gris y difuminada se formó delante de los marines. Cuando dejaron de disparar, la nube se desplazó hacia las paredes de la estancia. Eran balas. Se habían detenido a centímetros de los cañones de las armas, y algo se las estaba llevando como a los objetos de fuera de la estación.

Los marines empezaron a correr a toda velocidad por la estancia, y Holden hizo lo que pudo para escapar. Era una escena bonita a su manera; la fuerza letal de las armaduras, unida a años de entrenamiento, hacía que los movimientos fueran parecidos a los de una coreografía. Incluso sin las armas, los marines podían arrancarle las extremidades una a una. Un puñetazo de esa armadura era capaz de romperle todos los huesos y convertir sus vísceras en papilla. Su única oportunidad era correr más rápido que ellos, y no podría correr más rápido que ellos.

Casi no captó el movimiento cuando ocurrió. Estaba concentrado en los marines, en el peligro conocido. No fue consciente de que una de las construcciones insectiles había empezado a moverse hasta que los marines se giraron hacia ella.

Los movimientos de esa cosa alienígena eran rápidos y entrecortados, como un mecanismo de relojería que solo es capaz de ir a máxima velocidad o detenerse. Chasqueó hacia los marines, se sacudió a cada paso y se colocó junto a ellos. Le sacaba casi medio metro al más alto.

Entraron en pánico, pero de la manera en que lo hace la gente entrenada para la violencia. Dos empezaron a disparar, pero ocurrió lo mismo que antes. Se movió algo en el brazo del traje de uno de los marines y apareció un cañón más grande. Holden se alejó de la confrontación. Estaba seguro de que dentro de las armaduras había gritos, pero no tenía acceso a la frecuencia. El cañón grande resplandeció con un destello blanco y un proyectil lento de metal del tamaño del puño de Holden surcó el extraño aire.

Una granada.

Aquel monstruo que se movía a trompicones la ignoró y se acercó a los marines, y la granada estalló al topar contra sus patas insectiles. La cosa alienígena dio un paso atrás y sus apéndices se agitaron mientras le caía de sus miembros cercenados una especie de polvo similar a una nube de esporas fúngicas. La compleja capa de moho del suelo brilló de un resplandor naranja en el lugar donde la había quemado la explosión.

Y, alrededor de los marines, una docena más de esas estructuras alienígenas cobraron vida. Esa vez se movieron más rápido. Antes de que los marines tuviesen tiempo de reaccionar, levantaron con cuidado al que había lanzado la granada y lo descuartizaron. La sangre se dispersó por los aires, y a Holden le dio la impresión de que tardó demasiado tiempo en caer al suelo. Los marines supervivientes empezaron a retirarse sin dejar de apuntar a las criaturas alienígenas que se habían abalanzado sobre el muerto. Mientras Holden miraba, los marines se retiraron por el túnel del fondo para reagruparse.

Las entidades alienígenas fueron a por su colega herido y empezaron a arrancarle pedazos y a clavarle las garras, destrozándolo como si fuese tan enemigo como los marines. Y luego, después de que el fuego se hubiese apagado, cinco monstruos se colocaron sobre la zona quemada. Se estremecieron, se quedaron inertes, volvieron a estremecerse y luego de los cinco surgió un estrecho hilillo de cieno amarillo opaco que cayó al suelo chamuscado. Holden se sintió fascinado y asqueado, y vio cómo el moho

empezaba a adherirse a la sustancia para volver a crecer como si nunca hubiese ocurrido nada. Como si el ataque no hubiera tenido lugar.

—Consecuencias —dijo Miller junto a él. Sonaba cansado.

—¿Acaban... acaban de convertir a ese pobre desgraciado en masilla?

—Eso es —respondió Miller—. Pero se lo merecía. Ese tipo de gatillo fácil con su lanzagranadas acaba de matar a muchísima gente.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Ha hecho saber a la estación que algo que se mueve a la velocidad de un buen lanzamiento de béisbol también puede ser una amenaza.

—¿Se va a vengar?

—No —respondió Miller—. Solo va a protegerse. A reevaluar lo que considera peligroso. Tomará el control de todas las naves que considere que pueden darle problemas.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que va a ser un mal día para mucha gente. Cuando la estación te ralentiza, no es suave.

Holden sintió que una mano fría le atenazaba el corazón.

—La *Roci*...

El gesto del inspector se torció en un gesto de tristeza, casi empático.

—Quizá. No lo sé —dijo Miller, haciendo un gesto de lamento con las manos—. De una forma u otra, acaba de morir mucha gente.

23

Melba

Julie la había salvado. No había otra explicación.

Fiel a su estilo, el proxy de Holden había emitido la información en abierto. Cohen, al ser descubierto, había soltado todo lo que sabía y emitido también la imagen que había robado. Melba la tenía en su terminal portátil: el retrato de una mujer joven similar a una escultura de hielo. No sabía si el encargado del sonido le había robado los datos cuando se habían reunido, pero debería haber supuesto que lo haría. Era un error demasiado obvio ahora que pensaba en la situación.

Aquello debía de haber dado por terminada la persecución. La gente que estaba en el poder debería de haberla visto para luego encogerse de hombros y tirarla por una esclusa de aire. Pero al parecer se habían confundido: «Es Julie Mao», había dicho Holden, y todo el mundo se había quedado con esa idea. Las diferencias que para ella eran tan obvias eran invisibles para el resto. Esa gente esperaba que la protomolécula se infiltrara, los amenazara y acabara con ellos, y eso es lo único que habían visto.

Hizo todo lo que estuvo en su mano para evitar que los demás se dieran cuenta del parecido. Se había reunido con Cohen en la Tierra con un g de gravedad. Ahora que la *Thomas Prince* se acercaba al límite de velocidad del Anillo no había gravedad artificial. Tenía las mejillas más grandes y la cara más redonda. En aquel momento, el pelo le caía por los hombros, y ahora lo tenía atado en una cola. La imagen no tenía color, por lo que se había puesto un poco de maquillaje para disimular la forma de los labios y ojos. Hacer algo radical solo llamaría la atención, aunque cambió algunos detalles. Y puede que ni siquiera fuese necesario.

Tenía el horario completo en la *Thomas Prince*. Iban (todos) a trabajar hasta quedar exhaustos. No le importaba. Las grúas y los pasillos de servicio eran seguros. Nadie pensaría que Clarissa Mao se escondería ahí. Se alejaría

de las zonas públicas de la nave todo lo posible y, de vez en cuando, podría pedir a otros técnicos que le trajeran un tubo de algo de la cocina.

Cuando no trabajase, prepararía su arsenal.

Holden iba a quedar fuera de su alcance por un tiempo. Hasta le hacía gracia. Ella se había esforzado mucho para hacerlo quedar como un megalomaniaco obstinado, pero él se las había ingeniado para erigirse embajador de toda la especie humana. Julie también lo había engañado. Con suerte, moriría en un tiroteo o lo mataría la protomolécula. Ahora su trabajo consistía en borrar las pruebas de la inocencia de Holden. No sería muy complicado.

La *Rocinante* había empezado su carrera como una corbeta de escolta en el acorazado *Donnager*. Estaba bien diseñada y bien construida, pero también habían pasado años desde su última actualización. Las debilidades de sus sistemas de defensa eran simples: las puertas de la bodega más cercanas al reactor habían quedado dañadas y se habían reparado, y seguro que eran menos resistentes que las originales. La esclusa de aire delantera se había diseñado con un error de sistema que la hacía vulnerable al pirateo, las naves de la armada marciana se habrían actualizado al instante, pero quizás a Holden se le había pasado.

Su primer objetivo era la esclusa. Se había hecho con un transmisor de acceso de corto alcance para solucionar problemas de funcionamiento de esclusas de aire. Si eso fallaba, entrar por ahí iba a ser más complicado. Esperaba conseguir algún explosivo, pero en la *Thomas Prince* se vigilaba la munición con mucho esmero. Los manifiestos de equipamiento incluían un *mecha* exoesqueleto de medio cuerpo. Podría ponérselo en el torso y los brazos (no estaba diseñado para las piernas) y con un soplete abrir la primera grieta para luego doblar el enchapado lo suficiente para poder pasar. También era pequeño y ligero, por lo que era fácil de cargar, y la tarjeta de acceso de Melba tenía la autorización suficiente para que el sistema le dejara llevarse uno.

Cuando estuviese dentro sería sencillo. Solo tendría que matar a todo el mundo, sobrecargar el reactor y reducir la nave a átomos. Con suerte, la situación volvería a avivar las sospechas sobre la bomba de la *Seung Un*. Si conseguía escapar, pues bien. Y si no, pues bien también.

El único problema ahora era llegar hasta allí, y esperar como todos los demás a enterarse de lo que había ocurrido en la estación.

Cuando ocurrió la catástrofe estaba soñando.

En el sueño, atravesaba el patio por fuera de una escuela. Sabía que estaba en llamas y que tenía que encontrar la manera de entrar. Melba oyó las sirenas del camión de bomberos, pero nunca llegó a verlos descender del cielo. Había gente atrapada en el interior y se suponía que tenía que llegar hasta ellos. Tenía que liberarlos o evitar que escaparan o ambas cosas.

Estaba en la azotea y bajaba por un agujero. El humo la rodeaba, pero aún podía respirar porque estaba inmunizada contra las llamas. Descendió y rozó con los dedos asideros para baja gravedad. Se dio cuenta de que alguien la cogía por la muñeca y la sostenía mientras ella intentaba lanzarse hacia el fuego y la oscuridad. Ren. No podía mirarlo. Le sobrevino un aluvión de pena y culpa, y cayó en un bar iluminado de color azul con asientos de colisión en lugar de mesas. Las parejas cenaban, hablaban y follaban a la luz tenue que las rodeaba. El hombre que tenía enfrente era, al mismo tiempo, Holden y su padre. Intentó hablar para decir que no quería hacerlo. El hombre la agarró por los hombros y la empujó contra el suave gel. Por un momento, tuvo miedo de que se le subiese encima, pero abalanzó los puños hasta su pecho y le propinó un fuerte golpe que hizo que se despertara entre sonidos de bocinas y gotas de sangre que flotaban en el aire.

Notaba un dolor tan grande e inexplicable que no lo sentía como si fuese dolor, solo era la sensación de que algo iba mal. Tosió y escupió un reguero de sangre por la estancia. Pensó que de alguna manera había activado sus glándulas artificiales durmiendo, que ella era el problema, pero las alarmas de la nave le demostraron que se trataba de algo aún peor. Extendió la mano para coger el terminal portátil, pero no lo tenía en la funda. Vio que flotaba a medio metro de la puerta y rotaba en el aire. Una fractura con forma de estrella en la carcasa de resina indicaba el lugar en el que había golpeado algo con la fuerza suficiente para romperse. El acceso a la red mostraba una barra roja y resplandeciente. No había señal. Sistemas desconectados.

Melba se impulsó hacia la puerta y activó el ciclo de apertura.

La mujer muerta que flotaba en el pasillo tenía los brazos extendidos hacia ella, con el pelo desparramado a su alrededor como si se hubiese ahogado. La parte izquierda de su cara tenía una forma extraña, más blanda, redondeada y azulada de lo que debería. Tenía los ojos entreabiertos, con la esclerótica roja a causa de los vasos sanguíneos reventados. Melba se impulsó y pasó junto al cadáver. Al fondo del pasillo, una esfera de sangre del tamaño de una pelota de fútbol y que no se sabía de dónde había salido flotaba despacio hacia un conducto de aire.

En los pasillos más amplios que había por el centro de la nave, la cosa estaba peor. Había cuerpos flotando junto a cada puerta, en cada pasillo. Todos los objetos que no estaban atornillados flotaban por las paredes en dirección hacia la proa. El tono grisáceo de las paredes estaba cubierto de muescas en los lugares en los que los terminales portátiles, las herramientas y las cabezas las habían golpeado. El aire olía a sangre y a algo más, un olor más fuerte y más íntimo.

Fuera de la cafetería, tres soldados aplicaban espuma selladora para sostener los cadáveres en las paredes y apartarlos de los caminos. De haber gravedad, los hubiesen amontonado como si fueran troncos.

—¿Estás bien? —preguntó una de ellos. Melba tardó un segundo en darse cuenta de que la mujer le hablaba a ella.

—Estoy bien —respondió Melba—. ¿Qué ha ocurrido?

—A saber, me cago en todo. Tú eres de mantenimiento, ¿no? —preguntó la mujer con brusquedad.

—Lo soy —respondió Melba—. Melba Koh. Electroquímica.

—Bueno, pues será mejor que muevas ese culo hacia los sistemas medioambientales, Koh —dijo la mujer—. Apuesto lo que sea a que te necesitan.

Nunca había estado en una batalla ni en el lugar de un desastre natural. La situación más parecida había sido un huracán que asoló São Paulo cuando tenía ocho años, y su padre había ocultado a la familia en los refugios de la empresa hasta que pasaron las inundaciones. Se había enterado de lo ocurrido más por las noticias que en persona. La *Thomas Prince* parecía una escena apocalíptica. Pasó junto a grupos de personas que trabajaban a toda prisa, pero los muertos y los heridos estaban por todas partes. Había gotas de sangre y cúmulos de trozos de plástico en los lugares hacia los que los arrastraban los recicladores. En ingravidez, la sangre se acumulaba en las heridas y las tapaba. Las inflamaciones eran peores. Los pulmones se llenaban de líquidos con más facilidad. Ya habían muerto muchos, pero morirían muchos más. Pronto. De no haber estado en su asiento de colisión, se habría golpeado contra una pared a seiscientos metros por segundo, al igual que los demás. No, algo iba mal. Nadie puede sobrevivir a algo así.

No había pasado mucho tiempo en las cubiertas de los sistemas medioambientales. La mayor parte de su trabajo antes de estar con Stanni y Soledad estaba relacionado con enrutamiento de energía. El aire y la red de abastecimiento de agua tenían sus propios técnicos, especialistas que contaban con un sueldo mayor que el suyo. La arquitectura de las estancias

hacía que todo estuviese cerrado, pero sin llegar a agobiar como en la *Cerisier*. Flotó con alivio, como si llegar al lugar al que se dirigía fuese de por sí un éxito. Como si así consiguiera controlar un poco más la situación.

El aire olía a ozono y a pelo quemado. Un joven con la cara cubierta de moretones púrpura estaba unido al mamparo por una cuerda y dos electroimanes. Agitaba algo similar a una escoba con una enorme red de tela en el otro extremo, como si fuese un matamoscas gigante. Se dedicaba a limpiar la sangre. Su cara llena de moretones estaba impasible, conmocionada. Una gruesa película de lágrimas le cubría los ojos y lo cegaba.

—¡Tú! ¿Quién coño eres?

Melba se volvió. El nuevo llevaba un uniforme de la armada. Tenía la pierna derecha en un yeso inflable de presión. El pie que sobresalía por el extremo era de un púrpura azulado y le costaba respirar, tanto que a Melba le recordó a la neumonía o a una hemorragia interna.

—Melba Koh. Técnica electroquímica. Civil. De la *Cerisier*.

—¿Quién te envía?

—Mikelson es el supervisor de mi grupo —respondió ella después de esforzarse para recordar el nombre. Solo lo había visto una vez, y tampoco es que le hubiese causado mucha impresión.

—Me llamo Nikos —dijo el hombre de la pierna rota—. Ahora trabajas para mí. Venga.

Se impulsó con más gracilidad de la que parecía capaz. Melba lo siguió demasiado rápido y tuvo que agarrarse a un asidero para evitar chocarse contra su espalda. El hombre la guio por largos pasillos hasta la zona de ingeniería. En una pared había una enorme formación de finas láminas de metal y cerámica, con advertencias en ocho idiomas grabadas en ellas. Tenían marcas de quemaduras con forma circular en la parte exterior, y el aire apestaba a plástico quemado y a algo más. Algo había abierto un agujero de sesenta centímetros en el centro. Había un cuerpo humano clavado entre fragmentos de metal.

—¿Sabes lo que es eso, Koh?

—La unidad de procesado de aire —respondió.

—Es la unidad principal de procesado atmosférico —dijo el hombre como si ella no hubiese respondido—. Y es un problema de los gordos. El procesador secundario sigue en llamas en estos momentos, y las reservas del terciario nos mantendrán durante unas setenta horas. Todo mi equipo está herido o muerto, por lo que te ha tocado arreglar este. ¿Entendido?

«No puedo hacerlo —pensó—. No soy una técnica electroquímica de verdad. No sé cómo hacerlo».

—Iré... iré a por mis herramientas.

—No quiero retrasarte —dijo él—. Si encuentro a alguien capaz de ayudar, lo haré venir.

—Eso estaría bien —afirmó—. ¿Y usted? ¿Está bien? ¿Puede ayudar?

—Así a ojo, tengo la pelvis rota o quizás algo aún peor en mis entrañas. Me desmayo de vez en cuando —afirmó con una sonrisa—. Pero la adrenalina me mantiene a tope y hay trabajo que hacer. Así que venga.

Melba se impulsó. Se le había cerrado la garganta y podía sentir cómo su conciencia empezaba a divagar. Sobreestimulación. Conmoción. Se abrió paso entre la carnicería y los escombros hasta el almacén, donde estaban las cajas de herramientas de la *Cerisier*. Las desbloqueó con la tarjeta. Una estaba rota, y los restos de los recambios de una cubierta flotaban en el aire, pedazos de cerámica verde y trozos de cable dorado. Ren estaba allí. Su caja de herramientas ataúd se agitó a pesar de los cepos electromagnéticos. Por un momento soñó que la ola de fuego se abalanzaba sobre ella. Se preguntó si no estaría durmiendo aún, y aquella oleada de muerte solo fuera culpa de su abotargada mente. Posó la mano en la caja de Ren y esperó que él respondiera desde el interior. La atenazó un vértigo repentino y la sensación de que tanto ella como la nave caían, que le iba a caer encima y aplastarla. Toda la sangre, todo el miedo, todas las personas sujetas para evitar que los cadáveres flotaran, todo nacía en aquel lugar. Todos los pecados que había cometido en el pasado, como los que cometería en el futuro, provenían de aquellos huesos que sostenía en la mano.

—Quieto —dijo—. Estate quieto.

Cogió la caja de herramientas, la de verdad, y volvió a toda prisa a ingeniería y a la destrozada unidad de procesado de aire. Nikos había encontrado a dos personas más, un hombre con ropa de civil y una anciana con traje de la armada.

—¿Eres Koh? —preguntó la mujer—. Bien. Cógelo por las piernas.

Melba apoyó la caja de herramientas en la cubierta y activó los imanes, luego se impulsó hacia el agujero en el sistema de procesado atmosférico. La máquina se había soltado del armazón, por lo que el cadáver tenía un poco más de espacio para moverse. Melba colocó las manos en los muslos del muerto y agarró con fuerza la tela de los pantalones. Se apoyó contra el revestimiento de metal de la unidad.

—¿Lista? —preguntó el hombre.

—Lista.

La mujer contó hasta tres, y Melba tiró. Pasó un rato y pensó que no iban a conseguir desatascar el cadáver, pero en ese momento algo se rasgó, y las vibraciones se transfirieron hasta sus manos. El cuerpo se había soltado.

—Un punto para los buenos —dijo Nikos desde el otro lado de la cubierta. La cara había empezado a tornársele grisácea. Como si se estuviese muriendo. Le dieron ganas de enviarlo a la enfermería, pero seguro que allí estaban hasta arriba. El hombre podía morir ahí haciendo su trabajo o en la enfermería esperando a que hubiera un hueco libre—. Limpiadlo y sacadlo de ahí, no queremos que se ponga a flotar.

Melba asintió, luego se afianzó y se impulsó en una trayectoria que la llevaría a aterrizar en el mamparo más alejado. La parte trasera del cráneo del cadáver estaba destrozada y casi plana, pero la muerte había llegado muy rápido y casi no había sangre. En la pared, la mujer lo sujetó con espuma y lo sostuvo un momento mientras se secaba. La cara del muerto quedó cerca de la suya. Le vio los pelillos que se había dejado al afeitarse. El marrón de sus ojos inertes. Sintió la imperiosa necesidad de besarlo y luego obvió la sensación y le dio asco.

Al fijarse en su uniforme vio que se trataba de un oficial. Quizá teniente. La tarjeta de identidad blanca que colgaba de su cuello en un cordel mostraba una fotografía del hombre con gesto solemne. La agarró. No era teniente, era capitán de fragata. Capitán de fragata Stepan Arsenau, quien nunca habría tenido que atravesar el Anillo de no ser por ella. Quien nunca habría muerto en aquel lugar. Intentó no sentirse culpable, pero en ella ya no había lugar para sentir pena por ese hombre. Se había derramado mucha sangre a su costa.

Extendió la mano para volver a dejar la tarjeta en su sitio, pero una vocecilla en su cabeza le dijo: «Seguro que este hombre tenía acceso a las mochilas extravehiculares». Melba parpadeó. Le dio la impresión de que su mente se había vuelto a despejar, miró alrededor mientras los últimos vestigios oníricos y desvaríos se disipaban de su cabeza. Esa era la manera de conseguir acceso al equipo que necesitaba. La nave era un caos. Ya está. Esa era la oportunidad que había estado esperando. Arrancó la tarjeta del cordel, se la metió en el bolsillo y luego miró a su alrededor con nerviosismo.

Nadie se había dado cuenta.

Se humedeció los labios.

—Voy a necesitar algo para romper esto —dijo el joven—. La cabeza del tornillo está pasada y no puedo sacarlo.

La anciana soltó un taco y se giró hacia ella.

—¿Tienes algo para sacarlo?
—Aquí no —respondió Melba—. Pero creo que sé dónde conseguirlo.
—Venga, rápido. No queremos empezar a asfixiarnos aquí dentro.
—Muy bien. Vosotros haced lo que podáis. Vuelvo enseguida —mintió
Melba.

24

Anna

La escatología siempre había sido la rama menos interesante de la teología para Anna. Cuando se le preguntaba por el Apocalipsis, siempre había respondido a los parroquianos que Dios había sido muy prudente con el tema, por lo que no había que preocuparse demasiado por eso. Había que tener fe en que Dios siempre haría lo adecuado y evitar Su venganza contra el mal debía ser la última razón para adorarlo.

Pero la verdad era que siempre había tenido muchas discrepancias con la mayor parte de las interpretaciones futuristas y milenaristas. No con la teología en sí, ya que su suposición sobre el significado de las profecías del fin del mundo era igual de válida que cualquiera. La discrepancia era más bien con el nivel de felicidad que les aportaba la destrucción del mal y que a veces se entreveía en sus enseñanzas. Era algo muy común sobre todo en algunas sectas milenaristas que llenaban sus discursos con imágenes del Apocalipsis. Imágenes de gente aterrorizada que huía de una maldición amorfa y llameante que hacía arder el mundo a su paso mientras los petulantes devotos (de la religión adecuada, claro) observaban todo desde la seguridad que les proporcionaba ese castigo de Dios. Anna no entendía cómo había personas que no eran capaces de ver una imagen así como algo trágico.

Le hubiera gustado poder enseñarles la *Thomas Prince*.

Cuando ocurrió estaba leyendo. Tenía el terminal portátil apoyado en una almohada sobre su pecho y las manos detrás de la cabeza. Sonó una alarma de tres tonos a causa de una fuerte aceleración, pero le pareció que lo hacía tarde. Anna ya se sentía aplastada contra el asiento de colisión con tanta fuerza que podía sentir el plástico de la base a través de los veinte centímetros de gel amortiguador. Le pareció interminable, pero lo más probable era que solo durase unos segundos. Su terminal portátil se le había caído del pecho a causa del peso, mayor incluso que el de Nami la última vez que la había cogido en brazos. Le dejó un rastro de moretones púrpura en el esternón y le golpeó en

la barbilla con la fuerza suficiente para abrirle una brecha. La almohada le presionó el abdomen como una bolsa de arena de diez kilos, y la boca se le llenó del regusto ácido de los flujos gástricos.

Pero lo peor de todo fue el dolor de los hombros. Tenía ambos brazos apretados contra el asiento en una posición incómoda. Cuando pasaron los interminables segundos de desaceleración, ambas articulaciones volvieron a su lugar y sintió un dolor incluso peor que cuando se le habían dislocado. El gel del asiento se había comprimido mucho más de lo que estaba fabricado para soportar y no la había protegido como debía. En lugar de hacerlo, había vuelto a su forma original y la había lanzado despacio hacia el techo del camarote. Al intentar poner las manos delante para cubrirse, había sentido un dolor terrible en los hombros, por lo que no pudo evitar chocar contra el techo con la cara. Su barbilla dejó un rastro de sangre en la espuma cubierta de tela.

Anna era una persona amable. Nunca se había metido en una pelea. Nunca había sufrido un accidente grave. El peor dolor que había sentido jamás era el del parto, y las endorfinas posteriores lo habían borrado de su recuerdo casi por completo. Sentir tanto en tantas partes diferentes del cuerpo a la vez la había dejado aturdida y con una rabia que no sabía a quién dirigir. No era justo que una persona sintiese tanto dolor. Quería gritar al asiento de colisión que la había traicionado y dejado que le ocurriese, y también quería darle un puñetazo al techo por haberle hecho daño en la cara, aunque nunca en su vida había dado un puñetazo y casi no podía mover los brazos.

Cuando al fin pudo moverse sin que le doliera la cabeza, fue a buscar ayuda y descubrió que el pasillo al que daba su camarote estaba mucho peor.

A unos metros de la puerta, un joven había quedado aplastado. Parecía como si un malvado gigante le hubiese pisoteado contra el suelo con el talón. El chico no solo estaba aplastado, sino maltrecho y retorcido de una manera que hacía que casi ni pareciese humano. La sangre salpicaba el suelo y las paredes, y también flotaba alrededor de su cadáver en forma de bolas rojas que parecían macabros adornos de Navidad.

Anna gritó para pedir ayuda. Alguien le respondió con otro grito y la voz llena de flemas y dolor. Alguien al fondo del pasillo. Anna se impulsó con cuidado en el marco de la puerta de su camarote y flotó hacia la voz. A dos puertas de distancia, había otro hombre con la mitad del cuerpo por fuera de su asiento de colisión. La desaceleración tenía que haberlo pillado levantándose de la cama, y tenía el cuerpo desde la pelvis hacia abajo destrozado y retorcido. Su torso seguía en el asiento y no dejaba de agitar los brazos hacia ella con un gesto de dolor en la cara.

—Ayuda —dijo, y luego tosió una burbuja de sangre roja y verdosa que salió flotando.

Anna se impulsó hasta la consola de comunicaciones de la pared sin usar el hombro. No funcionaba. Las luces que tenía encendidas eran las de emergencia en caso de problemas de energía. El resto no daba señales de funcionar.

—Ayuda —repitió el hombre. Su voz sonó más débil y flemática. Anna lo reconoció: era Alonzo Guzman, un famoso poeta de la región de América del Sur de la ONU. El favorito del secretario general, según le habían comentado.

—Lo haré —dijo Anna sin intentar reprimir las lágrimas que empezaban a cegarla. Se enjugó los ojos en el hombro y dijo—: Voy a buscar ayuda. Tengo los brazos malheridos, pero encontraré a alguien.

El hombre sollozó en voz baja. Anna se volvió a impulsar hacia el pasillo con la punta de los dedos y atravesó la carnicería para encontrar a alguien que no estuviese herido.

Aquella era la imagen que los milenaristas nunca iban a representar en sus cuadros.

Les gustaban las escenas de justicia y venganza divinas sobre la pecaminosa humanidad. Les gustaba representar a los elegidos de Dios a salvo de cualquier mal y mirando con caras felices al descubrir que eran merecedores del mundo. Pero nunca mostraban las consecuencias. Nunca mostraban humanos sollozantes aplastados y que morían en medio de charcos formados con sus propios fluidos. Jóvenes aplastados hasta formar montañas de carne roja. Una joven partida por la mitad porque cuando llegó la catástrofe pasaba por una escotilla.

Aquello era el Apocalipsis. Así era como había que representarlo. Sangre, carne desgarrada y gritos de ayuda.

Anna llegó a una intersección de pasillos y se quedó sin fuerzas. El cuerpo le dolía demasiado para continuar. En todas direcciones, los suelos y las paredes de los pasillos estaban llenas de rastros de muertes violentas. Era demasiado. Anna se quedó en el espacio vacío durante unos minutos y luego empezó a flotar despacio hacia la pared y se quedó pegada a ella. Había movimiento. La nave se movía. Despacio, pero lo suficiente como para impulsarla hacia la pared. Se separó de ella y se volvió a quedar flotando. Aún no había acelerado.

Se dio cuenta de que su interés en el movimiento relativo de la nave se debía a que su mente intentaba encontrar una distracción de la escena que tenía alrededor. Empezó a llorar de nuevo. La idea de que nunca volvería a

casa del viaje la golpeó de lleno. Por primera vez desde que se había embarcado hacia el Anillo vio un futuro en el que nunca volvería a coger a Nami. En el que nunca volvería a oler su pelo. En el que nunca volvería a besar a Nono ni a meterse en una acogedora cama junto a ella para abrazarla con fuerza. El dolor que le hacía sentir que le arrebataran todo eso era peor que cualquier dolor físico de los que había sentido. No se enjugó las lágrimas, que brotaron de sus ojos y la cegaron. Daba igual. Tampoco había nada que ver.

Algo la agarró por detrás y le dio la vuelta. Se puso tensa, esperaba encontrarse con algo horrible.

Era Tilly.

—Gracias a Dios —dijo la mujer mientras abrazaba a Anna con la fuerza suficiente para que el dolor volviera a recorrerle los hombros—. He ido a tu habitación, pero había sangre en las paredes y no estabas y había un muerto justo delante de la puerta...

Anna no le pudo devolver el abrazo, pero apoyó la mejilla en Tilly por un momento. Tilly la apartó un poco sin soltarla.

—¿Estás bien? —No dejaba de mirar la brecha de la barbilla de Anna.

—La cara bien, solo es un rasguño. Pero me duelen los brazos. Casi no puedo moverlos. Tenemos que buscar ayuda. Alonzo Guzman está herido en su camarote. Muy herido. ¿Sabes lo que ha ocurrido?

—No he encontrado a nadie que lo sepa —respondió Tilly mientras hacía rotar a Anna a un lado y luego a otro mientras la observaba con atención—. Mueve las manos. Bien. Dobla los codos. —Tocó los hombros de Anna—. No están dislocados.

—Creo que lo estuvieron unos segundos —dijo Anna después de superar la punzada de dolor que había sentido—. Y me duele todo. Pero tenemos que darnos prisa.

Tilly asintió y acercó una mochila blanca y roja que llevaba al hombro. Cuando la abrió, Anna vio que estaba llena de decenas de paquetes de plástico con un texto en letra negra y pequeña grabado. Tilly sacó unos pocos, los leyó y los volvió a meter. Después de varios intentos, abrió un paquete que contenía tres pequeñas ampollas de inyección.

—¿Qué es? —preguntó Anna, pero la respuesta de Tilly fue inyectarle las tres.

Anna sintió que la embargaba la euforia. Dejaron de dolerle los hombros. Todo dejó de dolerle. Incluso el miedo por no volver a ver a su familia se tornó distante y se convirtió en un problema menor.

—Cuando ocurrió yo estaba durmiendo —explicó Tilly mientras tiraba las ampollas vacías a la mochila botiquín—. Pero cuando me desperté sentí como si me hubiese atropellado un montacargas. Creo que se me dislocaron las costillas. Casi no podía respirar. Por eso saqué esta mochila de la taquilla de emergencia de mi camarote.

—A mí no se me ocurrió mirar ahí —dijo Anna, sorprendida de no haberlo hecho. Tenía un vago recuerdo de haberse sentido muy desorientada por el dolor, pero ahora estaba genial. Mucho mejor que nunca. Y muy despierta. Consciente de todo a su alrededor. Había sido estúpido no pensar en los suministros de emergencia. Al fin y al cabo, aquello era una emergencia. Quería darse un tortazo en la frente por haber sido tan estúpida. Tilly volvió a agarrarla por los brazos. ¿Por qué lo hacía? Tenían cosas que hacer. Tenían que encontrar a los médicos y llevarlos hasta el poeta.

—Oye, niña —dijo Tilly—, espera unos segundos a que se te pase el primer subidón. Yo me pasé un minuto intentando resucitar una pila de papilla roja antes de darme cuenta de lo nerviosa que estaba.

—¿Qué era eso? —preguntó Anna sin dejar de mover la cabeza de lado a lado, lo que hacía que los bordes de la cara de Tilly se difuminaran.

Tilly se encogió de hombros.

—Anfetaminas y analgésicos de categoría militar, supongo. También te he dado un antiinflamatorio. Porque ya ves tú.

—¿Eres doctora? —preguntó Anna.

—No, pero sé leer lo que pone en los paquetes.

—Muy bien —asintió Anna con gesto serio—. Muy bien.

—Vayamos a buscar a alguien que sepa qué ha ocurrido —dijo Tilly mientras tiraba de Anna detrás de ella por el pasillo.

—Y después tengo que encontrar a los míos —añadió Anna mientras dejaba que la arrastrara.

—Quizá te he administrado demasiado. Nono y Nami están en casa, en Moscú.

—No, me refiero a los míos. A mi congregación. Chris, ese otro chico y la marine. Está enfadada, pero creo que puedo hablar con ella. Tengo que encontrarlos.

—Claro —afirmó Tilly—. Bueno, quizá solo haya sido una pequeña sobredosis. Pero los encontraremos. Primero busquemos ayuda.

Anna pensó en el poeta y sintió que las lágrimas amenazaban con regresar. Si se sentía triste era porque a lo mejor el subidón inicial de las drogas había empezado a remitir. No le gustaba nada.

Tilly se detuvo junto a un mapa impreso de la cubierta que había en la pared. Estaba justo junto a una consola de pared apagada que no funcionaba. Era lógico que las naves militares tuviesen ambas, pensó Anna. Estaban fabricadas con la idea de que las cosas podían dejar de funcionar cuando dispararan a la nave. Eso también puso triste a Anna. Una parte distante de su conciencia se dio cuenta de la montaña rusa emocional en la que se encontraba a causa de las drogas, pero no podía hacer nada al respecto. Empezó a llorar otra vez.

—La estación de seguridad —dijo Tilly, tocando un punto del mapa. Luego tiró de Anna por el pasillo detrás de ella. Giraron dos veces y llegaron a una pequeña estancia llena de personas, armas y ordenadores que aún funcionaban. Un hombre de mediana edad con pelo canoso y gesto adusto las ignoró a conciencia. Las otras cuatro personas que había por allí eran más jóvenes, pero tampoco les hicieron caso.

—Abre primero el 35C —dijo el mayor a los dos jóvenes que flotaban a su izquierda. Señaló algo en un mapa—. Ahí había una docena de civiles.

—¿Mandamos a los de emergencias? —preguntó uno de los jóvenes.

—No nos sobran, y esa cocina no tiene asientos de colisión. Todos los de ahí dentro estarán hechos papilla, pero el teniente ha dicho que lo comprobemos a pesar de todo.

—Recibido —respondió el joven, y luego su compañero y él se impulsaron fuera de la habitación y pasaron junto a Tilly y Anna casi sin mirarlas.

—Vosotros dos, peina los pasillos —dijo el anciano a otros dos jóvenes de la tripulación—. Coged todas las placas que podáis o haced fotos y recoged muestras si no las veis.

—Recibido —dijo uno de ellos, y luego salieron flotando de la estancia.

—El hombre de la 295 necesita ayuda —dijo Anna al oficial de seguridad—. Está muy herido. Es poeta.

El anciano tocó algo en la consola de su escritorio y dijo:

—Muy bien. Lo pondré a la cola. Los de emergencias irán lo más pronto que puedan. Estamos montando una zona de emergencia temporal en la cafetería de oficiales. Les sugiero que vayan hacia allí ahora mismo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tilly, y se agarró a un asidero de la pared como si pretendiera quedarse allí un rato. Anna se agarró a lo que tenía más a mano, que resultó ser un estante de armas.

El oficial de seguridad miró a Tilly una vez de arriba abajo y al parecer llegó a la conclusión de que darle lo que pedía era la mejor solución.

—No tengo ni idea. Hemos realizado la maniobra de desaceleración hasta quedarnos quietos en menos de cinco segundos. Todo los daños y las heridas del personal han sido causados por la alta aceleración. Sea lo que sea lo que nos ha cogido, solo ha agarrado el casco de la nave, sin importarle una mierda lo que había dentro.

—¿Eso significa que la zona lenta ha cambiado? —preguntó Tilly.

Anna miró las armas que había en el estante. Ya era capaz de controlar las emociones, pero su cabeza no dejaba de divagar. El estante estaba lleno de pistolas de todo tipo. Grandes y cuadradas con cañones alargados y cargadores voluminosos. Unas más pequeñas que se parecían más a las que se suelen ver en series de policías. Y un estante especial y especializado con táasers como el que había usado ella en la luna Europa. Bueno, no exactamente igual. Aquellos eran modelos militares. Grises, elegantes, de aspecto eficiente y con un cargador de energía mucho más grande que el suyo. A pesar de que no estaban fabricados para matar, eran muy amenazadores. El viejo táser que tenía en casa se parecía más a un pequeño secador de pelo.

—No las toque —dijo el oficial de seguridad. Anna ni se había dado cuenta de que había empezado a extender la mano hacia ellos.

—La lista de bajas que puede haber dejado algo así es horrible —afirmó Tilly. Anna tuvo la impresión de que se reincorporaba a la conversación después de una larga pausa.

—Cientos en la *Prince* —afirmó el oficial de seguridad—. Y eso que aquí ni nos acercamos al antiguo límite de velocidad. Al contrario que algunas de las otras naves. No hemos recibido ningún mensaje de ellas.

Anna miró varios de los terminales que funcionaban a su alrededor en la oficina. Había informes de daños, datos de seguridad y órdenes. Ella no entendía mucho. Usaban un montón de acrónimos y números para las cosas. Jerga militar. En un pequeño monitor había imágenes de personas. Anna reconoció a James Holden en una pantalla, y luego otra versión de él con una barba desigual. ¿Carteles de se busca quizá? No reconoció a ninguna de las otras personas hasta que vio la escultura de la chica a la que Naomi, segunda de a bordo de Holden, había culpado del ataque.

—Quizás haya sido la chica del espacio —dijo Anna antes de darse cuenta de que iba a hacerlo. Aún estaba colocada, y reprimió una risilla.

El oficial de seguridad y Tilly la miraban.

Anna señaló hacia la pantalla.

—Julie Mao, la chica de Eros. La de la *Rocinante* le ha echado la culpa a ella. Quizá sea así.

Tanto el oficial de seguridad como Tilly se volvieron para mirar la pantalla. Unos segundos después, la imagen se reemplazó por una persona que Anna no reconocía.

—Alguien va a meter a James Holden en una sala de interrogatorios durante unas horas, y luego podremos hacernos una idea mejor de quién ha tenido la culpa.

Tilly se rio.

—¿Le han echado la culpa a esa? —dijo después de que hablara Anna—. Esa no es Julie Mao. Y es imposible que Claire esté aquí.

—¿Claire? —preguntaron Anna y el oficial al mismo tiempo.

—Es Claire. Clarissa Mao. La hermana pequeña de Julie. Lo último que supe de ella es que aún vivía en la Luna con su madre. Pero sin duda esa no es Julie.

—¿Estás segura? —preguntó Anna—. Porque la segunda de a bordo de la *Rocinante* acaba de decir que...

—Tuve a esas niñas en mi regazo cuando eran pequeñas. Los Mao eran invitados habituales de nuestra casa en Baja California. Traían a los niños los veranos para nadar y comer tacos de pescado. Y esa de ahí es Claire, no Julie.

—Vaya —dijo Anna ahora que su mente drogada había procesado la información. La chica enfadada que había visto en la cocina, la explosión de la nave de la ONU, el mensaje ridículo de la *Rocinante* para luego asegurar que era inocente—. Es ella. Ella ha puesto la bomba en la nave.

—¿En qué nave? —preguntó el oficial.

—En la nave de la ONU que ha explotado. La explosión que hizo que la nave cinturiana disparara a Holden. Y que luego todos atravesáramos el Anillo. ¡Está aquí! ¡Está ahora mismo en esta nave! La vi en la cocina y sabía que tramaba algo raro. Me asustó y sabía que debería haber dicho algo, pero no lo hice. ¿Por qué iba a hacerlo?

Tilly y el de seguridad se la quedaron mirando. Anna sintió que su mente divagaba y que su boca parecía moverse por su cuenta. La miraban como si se hubiese vuelto loca.

—Está aquí —repitió Anna, esforzándose por quedarse en silencio.

—¿Claire? —preguntó Tilly con el ceño fruncido.

—La vi en la cocina. Me amenazó. Está en la nave.

El de seguridad frunció el ceño y tocó algo en su terminal, pronunció un impropio y luego volvió a tocar algo.

—Me cago en mis muertos. Un reconocimiento facial por toda la nave acaba de dar positivo. En el hangar B.

—Tiene que ir a arrestarla —gritó Anna.

—El hangar B se ha habilitado como una zona de emergencia —dijo el oficial—. Seguro que se encuentra allí con otros supervivientes y está malherida. Eso si es que es ella de verdad. Una reproducción cutre como esa da muchos falsos positivos.

—¿Tenía medios para encontrarla? —preguntó Tilly, incrédula—. ¿Los tenía y no lo había comprobado?

—Señora, tampoco nos tiramos por un puente cuando Holden nos dice que lo hagamos —respondió con un rugido el oficial.

—En ese lugar hay una esclusa de aire —dijo Anna, apuñalando la pantalla con un dedo—. Podría escapar. Podría ir a cualquier parte.

—¿Sí? ¿Adónde? —preguntó el oficial.

Como si le respondiese, la señal verde del ciclo de apertura de la esclusa apareció en la pantalla.

—Tenemos que ir a por ella —afirmó Anna mientras tiraba del brazo de Tilly.

—Donde tienen que ir es a la cafetería de oficiales —dijo el de seguridad—. Enviaré gente a por ella para que la interroguen tan pronto como todo se haya calmado. No se preocupen. Hay otras muchas cosas de las que preocuparse. Esa puede esperar.

—Pero...

Un joven entró flotando en la estancia. Tenía la parte izquierda del rostro cubierta de sangre.

—Necesito al equipo de emergencias en el seis-alfa, señor. Tenemos diez civiles.

—Veré a cuántos puedo conseguir —respondió el oficial—. ¿Sabemos en qué estado se encuentran los heridos?

—Se les salen los huesos, pero no están muertos.

Anna tiró de Tilly hasta el pasillo.

—No podemos esperar. Es peligrosa. Ya ha matado a gente cuando hizo estallar la otra nave.

—Estás colocada —aseguró Tilly, que se soltó del agarre de Anna y salió despedida hacia la pared del pasillo—. No estás actuando de una manera racional. ¿Qué vas a hacer en caso de que Claire Mao esté en esta nave y se haya convertido en una especie de terrorista? Ha hecho estallar una nave. ¿Le darás un golpetazo con la Biblia?

Anna se sacó medio táser del bolsillo. Tilly inspiró con fuerza y el aire silbó al pasar entre los dientes.

—¿Lo has robado? ¿Estás loca? —gritó entre susurros.

—Voy a encontrarla —respondió Anna ahora que las drogas ya se habían asentado en su flujo sanguíneo. Sintió que podía detener a esa tal Claire, que podía salvarse de perder para siempre a su familia. Sabía que era una manera de pensar algo irracional, pero se dejó llevar por ella—. Tengo que hablar con ella.

—Te va a matar —aseguró Tilly. Anna tuvo la impresión de que estaba a punto de romper a llorar—. Ya se lo has dicho a los de seguridad. Has hecho tu parte. Déjalo estar. Eres pastora, no policía.

—Necesito una mochila extravehicular. ¿Sabes dónde las guardan? ¿Hay cerca de las esclusas?

—Estás loca —respondió Tilly—. No puedo ayudarte a hacerlo.

—No pasa nada —aseguró Anna—. Volveré.

25

Holden

—Naomi —repitió Holden—. Responde. Por favor. Naomi, por favor.

El silencio de la radio tenía cierto aire de amenaza. Miller se había quedado callado, con gesto lúgubre y afligido. Holden se preguntó cuántas personas habrían visto esa misma expresión en la cara de Miller. Parecía diseñada para acompañar frases como: «Ha sido un accidente» o «El ADN concuerda con el de su hijo». Holden sintió que empezaban a temblarle las manos. Daba igual.

—*Rocinante*. Naomi, responde.

—No tiene por qué ser algo malo —afirmó Miller—. Quizás esté bien pero la batería de comunicaciones se haya desactivado. O a lo mejor está ocupada arreglando algo.

—O quizás esté muriéndose ahora mismo —añadió Holden—. Tengo que ir. Tengo que volver con ella.

Miller negó con la cabeza.

—El viaje de vuelta es más largo que el que hacía falta para llegar aquí. Ya no puedes ir a la misma velocidad. Para cuando estés allí, ella ya habrá solucionado lo que hubiese que solucionar.

«O estará muerta», no llegó a decir Miller. Holden se preguntó cuáles eran las implicaciones de que la protomolécula usara a Miller como una marioneta y el inspector tuviese la conciencia suficiente como para omitir que la tripulación de la *Rocinante* pudiese haber muerto.

—Tengo que intentarlo.

Miller suspiró. Durante un instante, sus pupilas resplandecieron azuladas, como peces batipelágicos que nadasen en las profundidades de sus globos oculares.

—¿Quieres ayudarla? ¿Quieres ayudarlos a todos? Pues ven conmigo. Ya. Si vuelves corriendo a casa, no descubriremos qué es lo que ocurre. Y puede que no tengas la posibilidad de volver aquí. Además, puedes estar seguro de

que tus amigos de ahí al lado se están reagrupando y te arrancarán los brazos con suavidad cuando te pillen.

Holden sintió que dos versiones de su voluntad se enfrentaban en su mente. Naomi podía estar herida. Podía estar muerta. Alex y Amos también. Tenía que estar ahí para ellos. Pero también había una parte pequeña y silenciosa de su conciencia que sabía que Miller tenía razón. Era demasiado tarde.

—Puedes decirle a la estación que hay gente en esas naves —dijo Holden—. Pídele que les ayude.

—También puedo decirle a una roca que tiene que ser el secretario general, pero eso no significa que me vaya a oír. ¿No ves esto? —Miller abarcó con las manos la oscuridad y las paredes—. No hay conciencia. Es utilitario. No tiene creatividad ni puede realizar análisis complejos.

—¿En serio? —preguntó Holden, cuya curiosidad empezó a asomar por encima de la rabia y el pánico—. ¿Por qué no?

—Es mejor que algunas cosas sean predecibles. Nadie quiere que a la estación se le ocurran sus propias malas ideas. Deberíamos darnos prisa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Holden, haciendo una pausa para respirar hondo un par de veces. Llevaba mucho tiempo a una baja gravedad sin haber tenido la posibilidad de hacer ejercicio. Su resistencia había empeorado. Los peligros de hacerse rico y vago.

—Voy a tener que pedirte que hagas algo por mí —respondió Miller—. Necesito acceder a los... Mierda, no sé cómo llamarlo. Vamos a dejarlo en registros.

Holden dejó de jadear, se enderezó y asintió para que Miller continuara caminando. Mientras recorrían un pasillo un tanto inclinado, dijo:

—¿No estás conectado ya?

—Soy consciente. La estación está bloqueada y no me han dado la contraseña de administrador. Necesito que me ayudes a abrirla.

—No estoy seguro de poder hacerlo si tú no puedes —dijo Holden—. Aquí soy poco más que un invitado.

Miller se detuvo en lo que parecía otro callejón sin salida, tocó la pared y esta se abrió siguiendo una espiral de nautilo. Hizo un gesto a Holden para que avanzara y luego fue detrás de él y cerró la puerta. Se encontraban en otra estancia grande, de forma algo octogonal y cuyas paredes podían medir con facilidad unos cincuenta metros de largo cada una. En el lugar había muchos de esos *mechas* insectiles, pero no había columnas de cristal a la vista. En lugar de eso, en el centro había una construcción enorme de metal azulado.

Era octogonal, una versión más pequeña de la forma de la estancia, pero de solo unos pocos metros de largo cada lado. No brillaba más que el resto de la habitación, pero Holden podía sentir que salía algo de ella, una presión casi física que hacía más difícil caminar por ahí. Su traje indicó que la atmósfera había cambiado, que era más rica, con sustancias químicas orgánicas complejas y nitrógeno.

—A veces, el simple hecho de tener un cuerpo es indicativo de que tienes una posición social determinada. Si no confían en ti, no se te permite caminar por el mundo caído.

—¿El mundo caído?

Miller se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos y apoyó una de ellas en la pared. Era un gesto muy humano que indicaba aflicción. El moho resplandeciente de la pared no respondió de manera alguna. Los labios de Miller empezaron a ponerse negros.

—El mundo caído. El sustrato. La materia.

—¿Estás bien? —preguntó Holden.

Miller asintió, pero parecía que fuese a vomitar.

—Hay momentos en los que puede que tenga conocimientos demasiado vastos para mi cabeza. Aquí dentro es mejor, pero aun así habrá preguntas que no quepan en mi interior. Pensar con toda esta mierda conectada a la nuca es poco menos que un deporte de contacto, y si lo hago mucho estoy seguro de que... ay... de que me reiniciarán. Seguro, pero ya ves, la conciencia es una ilusión y todo ese rollo, pero mejor no empiezo con el tema si puedo evitarlo. No sé cuánto será capaz de recordar el siguiente.

Holden dejó de caminar, se volvió y le dio un empujón fuerte a Miller. Ambos se tambalearon hacia atrás.

—A mí me pareces muy real.

Miller levantó un dedo.

—Parecer. Es una buena palabra. ¿No te has preguntado por qué desaparezco cada vez que hay alguien más?

—¿Porque soy especial?

—Venga, tampoco te pases.

—Bueno —continuó Holden—. Me rindo. ¿Por qué nadie más puede verte?

—No estoy seguro de que tengamos tiempo para esto, pero... —Miller se quitó el sombrero y se rascó la cabeza—. Tu cerebro tiene cientos de miles de millones de neuronas y unos quinientos trillones de sinapsis.

—¿Esto es pregunta de examen?

—No seas gilipollas —dijo Miller con tono coloquial mientras volvía a ponerse el sombrero—. Y toda esa mierda crece por su cuenta. No hay dos cerebros iguales. ¿Te imaginas cuánta energía de procesamiento se necesita para modelar un cerebro humano? Más de la que todos los ordenadores de la humanidad pueden generar al mismo tiempo, y luego faltaría toda la mierda que hay dentro de las células.

—Muy bien.

—Ahora imagínate todas esas sinapsis como las teclas de un teclado. Quinientos trillones de botones. Y luego que el hecho de que un cerebro mire algo y piense «eso es una flor» sea como pulsar varios miles de millones de esas teclas con un patrón determinado. Pues no es tan sencillo. No es solo una flor, es todo un montón de asociaciones. Olores, el tacto del tallo en tus dedos, la flor que le diste una vez a tu madre, la flor que te dio tu chica. Una flor que pisaste por accidente y que te puso triste. Y el hecho de estar triste hace surgir otro montón de asociaciones.

—Lo pillo —dijo Holden, levantando las manos en gesto de rendición—. Es complicado.

—Ahora imagina que necesitas pulsar las teclas adecuadas para que alguien piense en una persona, la oiga hablar, recuerde la ropa que llevaba, el olor que tenía y la manera en la que a veces se quitaba el sombrero para rascarse la cabeza.

—Un momento —interrumpió Holden—. ¿Hay rastros de protomolécula en mi cerebro?

—No exactamente. Ya te habrás dado cuenta de que no estoy en tu cabeza.

—¿Y entonces qué coño significa eso?

—Bueno —continuó Miller—. Lo que me pides ahora es que le explique las microondas a un mono.

—Esa es una metáfora que yo mismo usé en voz alta. Si intentas que no me asuste con todo esto, deberías esforzarte un poco más.

—Venga, vale. En estos instantes se está ejecutando la simulación más compleja de la historia de tu sistema estelar para que podamos encontrarnos juntos ahora mismo en esta habitación. La reacción más normal sería estar halagado. Y también hacer lo que te pido, joder.

—¿Y eso es?

—Tocar esa cosa grande que hay ahí en el centro.

Holden volvió a mirar la estructura y casi sintió esa presión subliminal que emitía.

—¿Por qué?

—Porque —empezó a decir Miller como si hablara con un niño estúpido— este lugar está bloqueado. No acepta conexiones remotas sin un nivel de autorización del que yo no dispongo.

—¿Y yo sí?

—Tú no tienes que conectarte en remoto. Tú puedes estar aquí de verdad. En el sustrato. En algunas de las estancias. Eso ya es mucho decir.

—Pero he podido entrar.

—Has tenido ayuda. He aplacado parte de la seguridad para que llegaras hasta aquí.

—¿Entonces también dejaste entrar a los marines?

—Si está abierto, se queda abierto. Venga ya.

Cuanto más se acercaba al octógono, a Holden se le hacía más difícil. No era solo miedo, aunque podía sentir el pánico en las entrañas y bajándole por la columna. Era difícil a nivel físico, como si tuviese que empujar contra un campo magnético.

La estructura tenía muescas en los bordes, marcas del grosor de un cabello que formaban extraños dibujos que podían ser ideogramas o patrones de crecimiento de hongos o ambas cosas. Extendió la mano y le picaron las encías.

—¿Qué va a pasar? —preguntó.

—¿Cuánto sabes de mecánica cuántica?

—¿Cuánto sabes tú? —respondió Holden.

—Pues da la casualidad de que mucho —respondió Miller con una sonrisa asimétrica—. Pero venga ya.

—No me voy a prender fuego ni nada de eso, ¿verdad?

Miller se encogió de hombros con un gesto de las manos.

—No lo creo. Tampoco es que controle todos los sistemas defensivos, pero no lo creo.

—Bueno... —dijo Holden—. ¿Eso es que cabe la posibilidad?

—Pues sí.

—Muy bien. —Holden suspiró y empezó a extender la mano hacia la superficie. Hizo una pausa—. En realidad no me has respondido la pregunta, ¿sabes?

—Ya te has vuelto a parar —imprecó Miller. Luego añadió—: ¿Qué pregunta?

—He entendido por qué los demás no pueden verte. Pero la pregunta de verdad es: ¿por qué yo? Vale, entiendo que tengas que estrujarme el cerebro y

que sea complicado, y que si interactúo con otras personas pase a ser demasiado complicado. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no Naomi o el secretario general de la ONU o yo qué sé?

Miller asintió al comprender la pregunta. Frunció el ceño. Suspiró.

—Se podría decir que le gustabas a Miller. Pensaba que eras un chaval decente.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres?

Holden apoyó la palma de la mano contra la superficie más cercana. No se prendió fuego. A través de los guantes del traje extravehicular sintió una especie de cosquilleo eléctrico y luego nada, porque flotaba en el espacio. Intentó gritar sin éxito.

«Lo siento —dijo una voz en su cabeza. Sonaba como Miller—. No pretendía traerte aquí. Solo intenta relajarte, ¿vale?».

Holden intentó asentir, pero tampoco lo consiguió. No tenía cabeza.

La sensación de su propio cuerpo había cambiado, variado, se había expandido más allá de lo que jamás hubiese imaginado. La extensión en sí era paralizante. Sintió las estrellas en su interior, la amplitud del vacío del espacio dentro de él. Con tan solo pensarlo, podía poner su atención en un sol rodeado de planetas que no conocía de la misma manera que podía mirarse un dedo o la nuca. Todas las luces sabían diferentes, olían diferentes. Quería cerrar los ojos y obviar esa andanada de información, pero era incapaz. No tenía algo tan simple como podían ser unos ojos. Había adquirido un tamaño, una copiosidad y una extrañeza inconmensurables. Miles de voces, millones, miles de millones, se elevaron para formar un coro del que él era la canción. Y en su centro, un lugar en el que confluían todos los hilos de su ser. No reconoció la estación por su apariencia, sino por el grave latido de su corazón. Por la energía de un millón de soles que contenía, que canalizaba. Era el nexo entre dos mundos, un milagro de conocimiento y poder que le abría las puertas del cielo. Su Babel.

Y se apagó una estrella.

No era una estrella única. No era bonita. De los cuatrillones de voces, unas pocas se quedaron en silencio y el gran coro de su ser dejó de contar con ellos, pero no era algo perceptible. No obstante, lo sintió en su interior. Los colores de su conciencia se arremolinaron y se oscurecieron. Una preocupación, curiosidad, alarma. Incluso placer. Algo nuevo había ocurrido por primera vez en milenios.

Otra estrella titiló y se desvaneció. Otras pocas voces se quedaron en silencio. En ese momento, poco a poco y sin ruido alguno, todo cambió. Sintió que un gran debate se libraba en su interior y que era como una fiebre, como una enfermedad. Llevaba tanto tiempo sin conocer amenaza alguna que sus reflejos de supervivencia se habían debilitado, atrofiado. Holden sintió un miedo que sabía que formaba parte de él (del hombre atrapado en la máquina) porque la cosa más grande de la que formaba parte se había olvidado de lo que era. El gran cónclave se agitó, pensamientos y opiniones, análisis y poesía que se entremezclaban y se separaban. Tenía la belleza de un amanecer reflejado en aceite y también era terrorífico.

Tres soles se desvanecieron, y ahora Holden sintió cómo se hacía más pequeño. Aún era casi imperceptible, muy poco. Un punto blanco en el dorso de su mano, un dolor que jamás iba a sanar. La plaga aún era poco más que un síntoma, pero uno que su ser superior no podía ignorar.

Desde el núcleo de la estación se extendió hacia lugares en los que había estado, hacia sistemas oscuros que no conocía y también atravesó las puertas entre llamas. Las estrellas apagadas, que ahora solo eran materia vacía y muerta, se hincharon. Llenaron sus sistemas con la furia de la radiación y de calor, esquilaron los electrones de todos los átomos y detonaron. Su muerte definitiva resonó, y Holden notó una sensación de luto, pero también de paz. El cáncer había brotado para luego ser destruido. La pérdida de esas mentes sería irrecuperable. La mortalidad había vuelto de su exilio, pero se había purificado con fuego.

Cientos de estrellas se desvanecieron.

Lo que había sido una canción se tornó en alarido. Holden notó cómo su cuerpo se agitaba dentro de sí mismo, rabioso como un enjambre de abejas atrapado y moribundo. Los soles ardieron con desesperanza, y la estación arrojó destrucción a través de las puertas tan rápido como aparecía esa oscuridad, pero era imposible detener la sombra creciente. Su carne hizo que las estrellas se apagasen poco a poco, que las voces se quedaran en silencio. La muerte recorrió el vacío, implacable y a más velocidad que la luz.

Notó que había tomado una decisión, una que adquirió la forma de un cristal semilla que se constituye a partir del caos que tiene alrededor, sólido, consistente, determinado. Desesperanza, luto y un millón de despedidas entre ellas. Le vino a la cabeza la palabra cuarentena y, con la lógica de los sueños, transportó la insoportable pesadumbre del terror. Pero en el interior, como si se tratase de la última voz de la caja de Pandora, resonó la promesa de una reunión. Algún día, cuando se encuentre la solución, todo lo que se ha perdido

volverá a recuperarse. Las puertas se volverán a abrir. La dilatada mente volverá a restaurarse.

Llegó el momento de la disolución, de forma imprevista e inesperada, y Holden estalló en pedazos.

Estaba en la oscuridad. Vacío y pequeño y perdido, esperaba la promesa de volver a recomponerse, esperaba a que el coro silencioso le volviera a susurrar que el Apocalipsis se había detenido, que no todo se había perdido. Y reinó el silencio.

«Vaya —comentó la voz de Miller en su interior—. Eso ha sido raro».

Holden sintió como si lo arrastraran hacia atrás en un túnel de luz inmenso y volvió a su cuerpo. Durante un instante vertiginoso se sintió insignificante, como si el pequeño envoltorio de piel y carne fuese a explotar al intentar contenerlo.

Luego solo se sintió cansado y se dejó caer en el suelo con un ruido sordo.

—Muy bien —dijo Miller mientras se frotaba una mejilla con la palma de la mano abierta—. Supongo que está bien para empezar. Eso más o menos lo explica todo, pero en cierto modo tampoco explica nada. Menuda mierda.

Holden se puso bocarriba. Se sintió como si alguien lo hubiese atropellado con una trituradora y luego lo hubieran reconstruido mal. Intentar recordar lo que se sentía al ser del tamaño de una galaxia le dio un punzante dolor de cabeza, por lo que dejó de hacerlo.

—Cuéntame todo eso que dices que explica —dijo cuando consiguió recordar la manera de hablar. Verse obligado a mover unas solapas húmedas de carne para articular palabras le parecía obsceno y sensual.

—Han puesto los sistemas en cuarentena. Han bloqueado la red para detener a lo que fuera que estuviese limitando cada una de las zonas.

—¿Eso quiere decir que detrás de cada una de esas puertas hay un sistema estelar lleno de lo que sea que ha fabricado la protomolécula?

Miller rio. Algo en aquel sonido hizo que a Holden se le erizaran los pelillos de la nuca.

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Esta estación ha estado esperando la señal de vía libre para abrir la red desde hace dos mil millones de años. De haber encontrado una solución, no seguirían esperando. Fuera lo que fuese, creo que ha afectado a todos.

—A todos menos a ti —dijo Holden.

—Qué va, chico. Mi relación con ellos es la misma que la vuestra con la *Rocinante*. La *Roci* es inteligente para ser una máquina. Sabe mucho sobre

vosotros. Seguro que podría crear un esbozo de simulación de vosotros si alguien le pidiera hacerlo. ¿Esas cosas? ¿Las que sentiste? Comparado con ellos, yo soy una especie de terminal portátil sofisticado.

—¿Y a qué te referías con que tampoco explica nada? —preguntó Holden—. Te refieres a que no sabes qué los ha matado.

—Bueno, para ser sincero, tampoco es que no explique nada —dijo Miller al tiempo que se cruzaba de brazos—. Sabemos que se ha comido una mente colmena del tamaño de una galaxia como si fuesen palomitas, así que algo de información tenemos. Y también sabemos que ha sobrevivido a una esterilización del tamaño de varios cientos de sistemas estelares.

Holden tenían un recuerdo muy vívido de ver la estación lanzando fuego a las puertas anulares, de ver cómo las estrellas del otro lado estallaban como globos y de que esas puertas quedaran abandonadas al fuego para luego desaparecer. Notar poco más que el eco de lo que había sido aquello casi conseguía cegarlos de dolor.

—¿De verdad han hecho estallar esas estrellas para detenerlo?

La imagen que Holden se hacía de Miller tocó la columna que se encontraba en el centro de la estancia, aunque ahora sabía que no era Miller de verdad el que la tocaba. Era algo que tocaba las teclas precisas de sus sinapsis y que le hacía pensar que se trataba de Miller.

—Eso es. Como si hubiesen usado una autoclave con todas. Insuflarles un poco más de energía para hacerlas estallar como globos.

—No siguen haciéndolo, ¿verdad? Si las cosas que lo hacían ya no existen, no hay nadie que apriete ese gatillo, ¿no? No nos harán lo mismo a nosotros.

A Holden se le puso la piel de gallina al ver la sonrisa funesta de Miller.

—Es lo que te he dicho desde el principio. La estación está en modo de guerra, chico. Lucha por su supervivencia.

—¿Hay alguna manera de que podamos hacerle ver que todo está bien?

—Claro. Ahora que estoy aquí puedo solucionar lo del bloqueo —respondió Miller—, pero vas a tener que...

Miller desapareció.

—¿Voy a tener que qué? —gritó Holden—. ¡Que voy a tener que qué!

Detrás de él resonó una voz amplificadora.

—James Holden, queda bajo arresto en nombre de la República Congresual de Marte. Arrodílese y ponga las manos sobre la cabeza. Cualquier intento de resistencia tendrá una respuesta letal.

Holden obedeció, pero giró la cabeza para mirar hacia atrás. Siete marines con armadura de reconocimiento habían entrado en la estancia. Ni siquiera se habían molestado en apuntarle con las armas, pero Holden sabía que podían capturarlo y hacerlo picadillo solo con la fuerza de sus armaduras.

—Chicos, ¿de verdad que no podíais haberme dejado cinco minutos más?

Toro

Voces. Luz. La sensación de que algo iba mal en lugares que no podía identificar. Toro intentó apretar los dientes, pero descubrió que ya apretaba la mandíbula y que le dolía. Alguien gritó, pero no supo de dónde venía el sonido.

La luz llamó su atención. Un led blanco y simple con un plafón granulado que la difuminaba. Una luz de emergencia. De las que se solían encender cuando no había electricidad. Le hacía daño mirar, pero lo hizo para conseguir centrarse. Si podía centrarse en algo así, conseguiría hacerlo en todo lo demás. El repiqueteo de una alarma no dejaba de llamar su atención, venía de fuera. Del pasillo. La mente de Toro intentaba fijarse en esa dirección, salir al pasillo, salir a ese caos vasto e informe, pero consiguió centrarse en la luz. Era como intentar despertar a pesar de que ya estaba despierto.

Poco a poco, se dio cuenta de que la alarma era algo que había oído en la enfermería. Estaba en la enfermería, amarrado a una camilla. Lo que notaba que le tiraba del brazo era una vía intravenosa. Sintió un vértigo muy desagradable y su percepción del mundo cambió: no estaba de pie, estaba tumbado. Una distinción que carecía de sentido sin gravedad, pero el cerebro humano es incapaz de evitar intentar orientarse hasta en los lugares en los que es imposible. Le dolía el cuello. La cabeza. Había algo más que no iba bien.

Estaba con más personas en la enfermería. Hombres y mujeres llenaban las camillas, la mayoría de ellos con los ojos cerrados. Sonó una nueva alarma, la presión sanguínea de la mujer que tenía enfrente había descendido. Del todo. Se moría. Toro gritó, y un hombre con uniforme de enfermero se acercó a flote. Ajustó algo en la consola de control de la cama y luego se impulsó de nuevo para marcharse. Intentó agarrarle mientras pasaba a su lado, pero no pudo.

Estaba en su despacho. Serge había terminado su turno y se había marchado. Algunos incidentes menores se habían acumulado durante el día, la fricción constante de una tripulación grande y poco disciplinada. Como todos los demás, estaba esperando a que Holden o los marcianos salieran de la estación. O a que saliera cualquier cosa. Había dormido mal a causa del miedo. Empezó a ver la presentación que había enviado la *Rocinante*, de un Holden joven y encantador que decía: «Es lo que llamamos la zona lenta». Recordó darse cuenta de que todos habían aceptado el nombre que Holden le había puesto al lugar, y se preguntó si se debía a que era él el que había entrado primero o tenía que ver con el carisma que transmitía a través del vacío.

Y luego había aparecido en aquel lugar. Alguien había atacado. O un torpedo había atravesado sus defensas o era algún tipo de sabotaje. Quizá toda la nave se estaba viniendo abajo.

En la cama, vio una interfaz de comunicaciones. La abrió, se conectó y usó el control manual de seguridad para acceder a todos los canales y no solo al de enfermería. Realizó una solicitud de llamada a Sam, y unos instantes después la mujer apareció en la pantalla. El pelo le flotaba alrededor de la cabeza. La ingravidez siempre le recordaba a gente ahogada. La esclerótica de su ojo izquierdo resplandecía de un rojo sanguinolento.

—Toro —dijo con una sonrisa que le pareció de alivio—. Por Dios y la Virgen, nunca pensé que me alegraría de oír tu voz.

—Necesito un informe de estado.

—Claro —dijo ella—. En esta ocasión, será mejor que vaya en persona. ¿Estás en tu oficina?

—En la enfermería —respondió Toro.

—En un segundo estaré allí —dijo.

—Sam, ¿qué ha ocurrido?

—¿Recuerdas al gilipollas que se disparó hacia el Anillo y se hizo papilla cuando su nave llegó a la zona lenta? Pues lo mismo.

—¿Íbamos muy rápido? —preguntó Toro.

—No. Algo ha cambiado las reglas. He mandado a unos técnicos a realizar unos diagnósticos rápidos para descubrir cuál es la nueva velocidad máxima, pero hemos quedado atrapados en ese enorme anillo de naves. Junto a todos los demás.

—¿Toda la flotilla?

—Todos se han unido a la fiesta —respondió Sam. La simplicidad de sus palabras destilaba una funesta desesperanza—. Ya nadie se mueve por su

cuenta excepto las lanzaderas que había dentro de las naves cuando ocurrió, y nadie quiere hacer que aceleren por si acaso. Es probable que la *Bégimo* fuese la que iba más despacio. El resto de las naves estará peor.

La pregunta «cómo de mal» le vino a la mente durante unos instantes, pero algo en las palabras hizo que no la articulara. Obvió la pregunta, que desapareció al poco. La sensación de que algo iba muy mal se incrementó en su interior.

—Primera habitación.

—Voy de camino —aseguró Sam, y luego se desconectó. Le dieron ganas de agarrarse a una almohada, de sentir cómo la reconfortante mano de la gravedad lo empujaba hacia abajo. Quería sentir el sol de Nuevo México al difuminarse a través de una ventana, y el espacio abierto y el cielo azul. Pero allí no había nada de eso.

«Ya descansarás cuando mueras», pensó, y luego volvió a tocar el terminal de comunicaciones. Ashford y Pa no aceptaban llamadas, pero sí que recibieron los mensajes. Cuando estaba a punto de llamar a la oficina de seguridad, entró una doctora que empezó a hablar con él. Se llamaba Mihn Sterling. La asistente de Bennie Cortland-Mapu. La escuchó a medias. Un tercio de la tripulación se encontraba descansando y seguro en sus asientos de colisión cuando ocurrió. Los otros dos tercios (entre los que se encontraba él) se habían golpeado contra las paredes o las cubiertas, y los terminales portátiles se habían convertido en proyectiles. Le dijo algo sobre recomposición de fibras, gravedad cero y líquido cefalorraquídeo. Toro se preguntó dónde estaba Pa. Si estaba muerta y Ashford había sobrevivido, iba a ser un problema.

La recuperación de aquel desastre solo podía transcurrir de dos formas: o todos se unían y conseguían sobrevivir o seguían con su miedo y diferencias tribales y moría más gente.

Tenía que encontrar la manera de coordinarse con la Tierra y con Marte. Todos iban a necesitar suministros médicos. Si quería que aquello saliera bien, tenía que hacer que todos trabajaran juntos. Necesitaba descubrir si Monica Stuart y su equipo, o al menos la parte de su equipo que no estaba acusada de sabotaje y a la que le caería pena de muerte, estaban vivos. Si pudiera ayudarle a enviar sus propias retransmisiones, algo parecido a lo que había hecho con Holden...

La doctora empezó a incomodarse por algo. Toro no se dio cuenta de que Sam había entrado en la estancia, estaba allí y flotaba junto a él. Su pierna izquierda tenía una férula improvisada hecha de nailon y espuma de embalaje.

Toro le enseñó la palma de la mano a la doctora para que se quedara en silencio y se giró hacia Sam.

—¿Tienes el informe? —preguntó.

—Lo tengo —respondió Sam—. Y te lo daré tan pronto como empieces a escuchar lo que te dice la doctora.

—¿Qué?

Señaló hacia la doctora Sterling.

—Tienes que oír lo que te ha dicho, Toro. Tienes que escucharla. Es importante.

—No tengo tiempo ni paciencia para...

—¡Toro! —espetó Sam—. ¿Podrías dejar de mirarte el ombligo de una vez?

Lo atenazó aquella sensación de que todo iba mal, un miedo profundo y visceral. Volvió a sentir vértigo y cerró los ojos. Todas las palabras que la doctora había dicho: «columna vertebral, hemorragias internas, paraplejia» llegaron al fin a su cerebro. Se sintió avergonzado cuando las lágrimas inundaron sus ojos e hicieron que las mujeres se emborronaran.

—Si las fibras crecen mal —dijo la doctora—, el daño será permanente. Nuestros cuerpos no están diseñados para recuperarse en ingravidez. Estamos fabricados para que todo fluya. Tiene un cúmulo de sangre y de líquido cefalorraquídeo haciéndole presión en la herida. Tenemos que drenarlo y también retirar las astillas de hueso. Podemos empezar la recomposición ahora mismo, pero también hay una docena de personas que necesitan nootrópicos para sobrevivir.

—Entiendo —dijo Toro, esforzándose para hablar a pesar del nudo en la garganta y con la esperanza de que la doctora se callara. Pero la mujer siguió hablando por inercia.

—Si podemos estabilizar la herida, normalizar la presión y ponerlo al menos a un tercio de g, quizás exista la posibilidad de que empiece a recuperarse.

—Muy bien —dijo Toro. Aquel sonido de fondo de alarmas médicas, voces y el zumbido de los recicladores de aire de emergencia se había vuelto muy parecido al silencio de verdad—. ¿Qué me recomienda?

—Un coma inducido —dijo la doctora sin titubear—. Podemos adormitar su sistema. Estabilizarlo hasta que podamos evacuar.

Toro cerró los ojos y los párpados aplastaron las lágrimas. Solo tenía que decir que sí y todo aquello se convertiría en un problema para otra persona. Se acabaría todo y se volvería a despertar en algún lugar con gravedad artificial y

con la forma física recuperada. O quizá no se despertara nunca. El instante se le hizo largo. Recordó caminar entre los paneles solares averiados. Subirse a ellos. Agarrar una viga de cerámica entre las rodillas mientras otro de los miembros de su equipo la cortaba. Correr. Recordó a una mujer con la que había tenido un lío en la estación Tycho y la sensación de sus cuerpos al rozarse. Podría recuperar todo eso. O al menos una parte. Aún tenía la oportunidad.

—Gracias por su recomendación —dijo—. Sam, ya me puedes dar ese informe.

—Toro, no —dijo Sam—. ¿Sabes lo que ocurre cuando una de mis redes se recompone mal? Que la quemo y tengo que empezar de nuevo. Esto es biología. No podemos quitarte todos los cables y reiniciarte. Y tú no puedes dártelas de machito y hacer como si nada.

—¿Crees que es eso lo que estoy haciendo? —preguntó Toro con una voz que parecía darle la razón a Sam.

—Lo digo en serio —aseguró ella—. No me importa lo que le hayas prometido a Fred Johnson ni lo duro que creas que eres. Vas a ser un niño bueno y a tomarte esa medicina repugnante para ponerte mejor. ¿Lo pillas?

Estaba a punto de llorar. La sangre le oscurecía la cara. Seguro que algunos de su equipo habían muerto. Gente que conocía desde hacía años. Quizá de toda la vida. Gente con la que trabajaba cada día. Con una claridad que le pareció casi espiritual, vio las profundidades de su desdicha y la sintió resonar en su interior. Era algo que todo el mundo iba a sentir a partir de ahora. Todos los que habían vivido en una de esas naves tendrían a alguien conocido muy herido o muerto. Y la gente así de apenada hacía cosas que no hacían en otras circunstancias.

—Mira dónde estamos, Sam —dijo Toro con amabilidad—. Mira lo que estamos haciendo. Hay cosas que no volverán a la normalidad. —Sam se enjugó los ojos con la manga, y Toro se giró hacia la doctora—. Entiendo y respeto su consejo médico, pero ahora mismo no puedo hacerlo. Cuando la nave y la tripulación estén fuera de peligro, lo volveré a considerar, pero hasta ese momento tendré que seguir trabajando. ¿Puede mantenerme consciente?

—Puedo hacerlo un tiempo —respondió la doctora—. Pero habrá consecuencias.

—Gracias —dijo Toro, con una voz suave y cálida como la franela—. Y ahora, jefa de ingeniería Rosenberg, deme el informe de daños.

No era nada bueno.

Lo mejor que Toro fue capaz de afirmar después de leer el informe de Sam y consultar con los doctores y con las fuerzas de seguridad que quedaban era que la *Bégimo* había salido mejor parada del chaparrón que cualquiera de las otras naves. Al haber sido diseñada y fabricada como una nave generacional, las juntas y los sistemas medioambientales se habían construido para durar. Viajaba a un diez por ciento menos de la anterior velocidad máxima de la zona lenta cuando se produjo el cambio.

La enorme desaceleración había alcanzado todas las naves al mismo tiempo, y las había hecho pasar en menos de cinco segundos de la velocidad anterior a la propulsión casi imperceptible que las llevaba hacia el anillo de desperdicios de la estación. De haber sido instantáneo, no hubiese sobrevivido nadie. A pesar de haber sido un frenazo, había llevado a muchos al límite de la supervivencia. Los que estaban dormidos o en sus estaciones de trabajo sobre los asientos de colisión no lo habían sufrido tanto. Los que se encontraban en un pasillo abierto o levantándose para ir a por una burbuja de café en el momento equivocado habían muerto. Las cifras ascendían a doscientos muertos y el doble de heridos. Tres de las naves marcianas que iban a mucha más velocidad que la *Bégimo* no respondían, y el resto había informado de muchísimas bajas. La situación de las naves más grandes de la Tierra era algo mejor.

Para empeorar las cosas, las señales de radio y de láser que salían del Anillo hacia lo que quedaba de la flota estaban tan distorsionadas que hacían imposible la comunicación. Aunque tampoco es que pudiesen hacer mucho. La zona lenta (mierda, ahora él también la llamaba así) se encargaba bien de recordarles la gran distancia a la que se encontraban. A la velocidad a la que se podían desplazar ahora, llegar desde donde se encontraban hasta el Anillo les llevaría el mismo tiempo que habrían tardado desde el Cinturón. Meses, como mínimo. Y eso con las lanzaderas, las naves estaban atrapadas.

Quedaran los que quedasen, tendrían que ingeniárselas por su cuenta.

La atracción de la estación los había puesto en una especie de órbita alrededor de la estructura azul resplandeciente, y por mucho que aceleraran les era imposible cambiar de trayectoria. No había gravedad artificial, lo que hacía que las emergencias médicas empeoraran, ya que la ingravidez complicaba las heridas. La red eléctrica de la *Bégimo*, que ya estaba debilitada y remendada después del problema con el lanzamiento del torpedo, había sufrido un fallo en cascada a lo largo de toda la nave. El equipo de Sam se había dedicado a recorrerla para solucionar los problemas de seguridad y

arreglar todo lo que pudieran de aquel entuerto. Una de las naves de la Tierra había tenido que realizar un volcado de memoria, lo que había forzado un apagado automático y tener que funcionar con las baterías; otra tenía un problema con los sistemas medioambientales debido a los recicladores de aire. Las naves de la armada marciana quizás estaban bien o quizás estaban destrozadas, pero el almirante no les había dicho nada.

De haber sido una batalla, aquello hubiese sido una derrota aleccionadora. Ni siquiera habían llegado a atacarles.

—Entonces, ¿cómo lo llamaría? —preguntó Pa desde la pantalla de su terminal portátil. Ashford y ella habían sobrevivido. Ashford supervisaba a fondo las acciones de recuperación para poco a poco conseguir acabar con la crisis, o eso le gustaba pensar a Toro. Eso obligaba a Pa a tener que coordinarse con el resto de las naves. Se le daba mejor, de hecho. Así por lo menos tenían una posibilidad de que los escuchasen.

—Si me encargara yo, lo llamaría control progresivo —respondió Toro—. Ese gilipollas que se lanzó contra el Anillo supuso una amenaza y la bloquearon. Cambiaron las reglas de la velocidad máxima. Luego, Holden y esos marines entraron en la estación y también ocurrió algo. Sea lo que sea lo que está al mando de la estación, no nos aguanta ni media y las cosas se bloquean aún más. No sé cómo lo hacen, pero usan la lógica del entrenamiento básico. Nos brindan toda la libertad de la que son capaces, pero a medida que la vamos cagando se ponen más estrictos.

—Muy bien —comentó Pa mientras se pasaba una mano por el pelo. Parecía cansada—. Eso lo entiendo. Por lo que, quizá mientras no se sientan amenazados, las cosas no empeorarán.

—Pero como alguien se harte... —dijo Toro—. No sé, imagine que uno de esos pendejos marcianos ha perdido a todos sus amigos o algo así. Y decide activar una bomba nuclear, entrar en la estación y soltarla allí. Quizá las cosas empeoren mucho.

—Muy bien.

—Tenemos que compenetrarnos —afirmó Toro—. La Tierra, Marte y nosotros. Todos. Porque si yo estuviese al otro lado, el siguiente paso después de pasar de un control a un control más restrictivo sería empezar a pegar tiros. Y no queremos que la situación se vuelva...

—He dicho que muy bien, señor Baca —gritó Pa—. Eso quiere decir que le he entendido. Puede dejar de explicármelo. Porque lo que menos necesito en estos momentos es a un hombre mojigato explicándome la gravedad de la situación y que más nos vale no cagarla. Lo entiendo. Muchas gracias.

Toro parpadeó, abrió la boca y volvió a cerrarla. En la pantalla, Pa se pellizcaba el tabique. Su frustración le recordó a la de Ashford.

—Lo siento, segunda —dijo—. Tiene razón. Me he sobrepasado.

—No se preocupe, señor Baca —dijo pronunciando bien cada sílaba—. Si tiene alguna recomendación concreta y específica, mi puerta siempre está abierta.

—Se lo agradezco —dijo Toro—. Entonces, ¿el capitán...?

—El capitán Ashford está haciendo todo lo que está en su mano para mantener la nave en condiciones y que todo funcione. Cree que si la tripulación lo ve hacerlo mejorará la moral.

«Y va genial, ¿verdad?». Toro no lo pronunció. No fue necesario. Pa vio cómo se reprimía.

—Aunque no lo crea, todos formamos parte del mismo equipo —dijo la mujer.

—Lo tendré en cuenta.

La expresión de Pa se ensombreció y se inclinó hacia la pantalla. Un gesto íntimo del todo artificial en un entorno de ingravidez y en una videollamada, pero del que aun así era imposible escapar.

—Me he enterado de lo que le ha pasado. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Toro.

—¿Le parece que le ordene aceptar ese coma inducido?

Rio. Hasta aquello le parecía extraño. Fingido.

—Ya pondré los pies en la tierra cuando toque —dijo antes de darse cuenta de que la respuesta podía interpretarse de dos maneras diferentes—. Cuando salgamos de este entuerto, dejaré a los doctores hacer su trabajo.

—Como quiera —dijo, y su terminal portátil emitió un sonido. Soltó un improperio en voz baja—. Tengo que dejarle. Hablamos más tarde.

—Sin problema —dijo Toro. Luego se desconectó.

Lo mejor hubiese sido dejarse dormir. Llevaba despierto catorce horas en las que se había encargado de coordinar al personal de seguridad que aún estaba vivo, preparar los horarios y hacer todo lo que podía hacer desde la enfermería para que la nave siguiese funcionando. Un turno de catorce horas no era tanto en medio de una crisis, pero ahora estaba lisiado.

Lisiado.

Con miedo, bajó las puntas de los dedos por la garganta hasta el pecho y pasó la línea invisible en la que dejaba de sentir que su piel era suya y se convertía en otra cosa. En carne. Intentó evitar pensar en ello. No era la primera vez que resultaba herido y lo había superado. Había estado cerca de

morir cuatro o cinco veces. Siempre ocurría algo que hacía que se recuperara. Siempre tenía suerte. Esta vez sería igual. Lo superaría de alguna manera. Tendría otra batallita que contar y nadie a quien contársela.

Sabía que se estaba mintiendo a sí mismo, pero ¿qué podía hacer? Además de apartarse, que era lo que debería haber hecho. Dejar que Pa se encargara de todo. Darle una oportunidad a Ashford. Nadie le diría nada por aceptar el coma inducido. Ni siquiera Fred. Vaya, seguro que Fred le hubiese dicho que lo hiciera. Se lo hubiese ordenado.

Toro cerró los ojos. No sabía si se iba a dormir o pasaría a un estado semilúcido sin llegar a estar del todo consciente. Uno de los doctores lloraba en el pasillo, un sonido lento e involuntario que era más indicativo de enfermedad que una manera de expresar tristeza. Se oyó una tos flemática. Ahora la neumonía era el peor de los peligros. La ingravidez fastidiaba los sensores que activaban la tos, que servía para limpiar los pulmones antes de que fuera demasiado tarde. Era el paso antes de las apoplejías y las embolias, cuando la sangre que la gravedad debería haber ayudado a drenar se acumulaba y coagulaba. En el resto de las naves ocurría lo mismo. Las heridas a las que se podía sobrevivir se convertían en heridas mortales por el simple hecho de flotar. Si pudiesen acelerar y conseguir algo de gravedad...

«Todos estamos en el mismo equipo», oyó decir a Pa en la duermevela, y Toro se despertó del todo de improviso. Sacó el terminal portátil, pero Ashford y Pa no aceptaban llamadas. Se le ocurrió que podía llamarlos con el control manual de emergencia, pero no lo hizo. Aún no. Primero lo intentó con Sam.

—¿Toro? —dijo la mujer. Tenía la piel grisácea, y en las comisuras de sus labios vio líneas que antes no estaban ahí. Su ojo rojo parecía un mal presagio.

—Oye, Sam. Mira, necesitamos que la tripulación del resto de las naves se suba a la *Bégimo*. Juntar a todo el mundo para que nadie haga algo estúpido.

—¿Y no quieres un poni también?

—Claro —respondió Toro—. Sé que tenemos que darles una razón para venir. Algo que necesiten y no puedan tener en otro lugar.

—Suená bien —aseguró Sam mientras negaba con la cabeza—. Cielo, quizá no estoy en mis mejores condiciones mentales, pero ¿me estás pidiendo algo?

—Todos tienen heridos. Todos necesitan gravedad. Mi pregunta es: ¿cuánto tardarías en empezar a hacer rotar el tambor de la nave?

Melba

La oscuridad era hermosa e irreal. Las naves de la flotilla, unidas por la asombrosa energía de la estación, estaban más cerca de lo que habían estado nunca cuando las controlaba una persona. Las únicas luces que se veían venían de la estructura de mantenimiento exterior y del brillo inquietante de la estación. Era como andar por un cementerio a la luz de la luna. El anillo de naves y de desperdicios resplandecía y formaba un arco encima y detrás de ella, como si eligiera la dirección que eligiera fuera a acabar en ese mismo lugar.

El traje extravehicular tenía combustible limitado, y quería reservarlo para escapar. Avanzó por el vacío mientras sus botas magnéticas traqueteaban contra el casco de la *Prince*, hasta que llegó a un borde y se impulsó en dirección a una nave de suministros marciana por encima del hueco que había entre los dos navíos. El *mecha* de medio cuerpo y la esclusa de aire de emergencia estaban a su espalda y pesaban unos cincuenta kilos, pero llevaban su mismo rumbo y eran tan ligeros como ella. Sabía que era una ilusión, pero en el camino que la llevaría de la *Thomas Prince* a la odiada *Rocinante* cualquier peso le parecía insignificante.

El traje extravehicular tenía tan solo una sencilla pantalla de aviso que marcaba la *Rocinante* con una línea verde y delgada. No era la nave más cercana. El viaje le llevaría horas, pero no le importaba. La nave estaba tan atrapada como las demás. No podía marcharse a ninguna parte.

Tarareó en voz baja mientras se imaginaba su llegada. La ensayó. Fantaseó con que estaría en la nave, que James Holden habría regresado de la estación. Se lo imaginó furioso con ella mientras ella destruía la nave. Se lo imaginó llorando y suplicándole perdón, y la desesperanza en su mirada cuando ella se lo negaba. Eran sueños bonitos y, si se resguardaba en ellos, podría olvidar la sangre y el terror que había dejado a su paso. No solo la catástrofe en la *Prince*, sino todo lo demás: Ren, su padre, Julie, todo. La

tenue luz azul de aquella luna ficticia le recordó a su hogar; y la violencia inminente, a una promesa a punto de ser cumplida.

Si quedaba en su interior otra parte de ella, algún resto de Clarissa que no hubiese quedado destrozado o que la hiciese sentir diferente, era muy pequeño y podía ignorarlo.

También era posible que todos hubieran muerto cuando llegara a la nave. La catástrofe debía de haberlos afectado igual que a la *Thomas Prince* o a cualquiera de las otras naves. Era posible que la tripulación de Holden no fuese más que papilla fría a esas alturas, que estuviesen esperando a que llegara ella para encender la pira funeraria. Pensó que había algo de atractivo en todo aquello. Recorrió los cascos de las naves, saltó de una a la siguiente como un impulso nervioso que recorría una sinapsis. Como una mala idea que recorre un cerebro enorme e iluminado por la luz de la luna.

El aire del traje olía a plástico viejo y a su sudor. Las vibraciones de las botas magnéticas al atraerla hacia las naves y luego soltarla le llegaban a las piernas. Tirón y salto. Tirón y salto. Y delante de ella, lenta como la manecilla de las horas de un reloj analógico, el verde fantasmagórico de la *Rocinante* crecía y se acercaba.

Se sabía de memoria las especificaciones de la nave. Las había estudiado durante semanas. Era una corbeta marciana, asignada en origen a la difunta *Donnager*. Los puntos de entrada eran la esclusa de aire de la tripulación que estaba a la popa de la cubierta del centro de mando, las puertas de popa de la bodega de carga y una entrada de mantenimiento que había junto al reactor. Si este estaba encendido, aquel acceso de mantenimiento no le serviría. Estaba casi segura de que cuando la nave cayó en manos de Holden le habrían cambiado el perfil de seguridad a la esclusa de aire delantera. Solo un estúpido no lo habría hecho, y Melba no quería creer que un estúpido había sido capaz de derrocar a su padre. Los registros de servicio que había recopilado sugerían que la bodega había sufrido daños en algún momento. En las reparaciones siempre se usaban materiales más débiles que los de la estructura original. La elección estaba clara.

La dirección de la nave hacía que la bodega se encontrara en la parte más alejada con respecto a Melba, como si la *Rocinante* intentara ocultar sus imperfecciones de la luz. Melba se internó en la oscuridad y sintió escalofríos, como si de verdad tuviese más frío entre las sombras. Amarró el *mecha* al casco de la nave y lo montó para usarlo a la luz de los focos de trabajo del traje extravehicular. El *mecha* era amarillo como los limones frescos y los cordones policiales. Tenía advertencias grabadas con tres alfabetos diferentes,

como si fuese la piedra de Rosetta. Sintió un orgullo inexplicable por la máquina mientras se la amarraba a la espalda y encajaba las manos en las grúas. El *mecha* no se había diseñado para la violencia, pero servía para ello. En ese sentido era como ella.

Encendió el soplete y la máscara del traje extravehicular se oscureció. Melba se aferró a la nave y comenzó su lenta invasión. Chispas y pequeños asteroides de acero fundido se desperdigaron hacia la oscuridad que la rodeaba. La reparación del punto en el que se habían forzado las puertas de la bodega era casi inapreciable. De no haber sabido el lugar exacto, no habría sido capaz de detectar la debilidad. Se preguntó si alguien sabía que iba a por ellos. Se los imaginó encorvados sobre los monitores de seguridad, con los ojos abiertos y aterrorizados mientras observaban lo que se abría paso a través del casco de la *Rocinante*. Descubrió que había empezado a cantar en voz baja, partes de canciones populares y antiguas tonadillas festivas, cualquier cosa que se le ocurriera. Las partes de las letras y de las melodías casaban con el zumbido de la vibración del soplete.

Atravesó el casco de la *Rocinante*, un pedazo de metal resplandeciente no más grande que su dedo salió disparado. Del agujero no salió aire hacia el vacío. No tenían la bodega presurizada, lo que significaba que no habían notado el cambio de atmósfera en el interior y las alarmas de la nave no habían empezado a sonar. Un problema resuelto sin que ella hubiese tenido que hacer nada. Sintió que el destino estaba de su parte. Apagó el soplete y desdobló la esclusa de emergencia para luego sellarla contra el agujero. Desabrochó la capa exterior, la cerró, desabrochó la interior y entró en la pequeña estancia adicional que acababa de crear. No sabía cuánto destrozo tendría que hacer para alcanzar las zonas interiores de la nave. No quería que una pérdida de atmósfera accidental le privara de su venganza. Holden tenía que saber quién había sido responsable de su desgracia, no ahogarse hasta morir pensando que se le había roto la nave sin más.

Con suavidad, encajó la mano del *mecha* en el agujero, la afianzó y empezó a tirar de la puerta de la bodega, a arrancar pedazos alargados de metal que parecían pétalos de una flor. Cuando la abrió lo suficiente, agarró ambos lados del hueco con las manos mecánicas y se abrió paso hasta la bodega. Había cajas de suministros alineadas en las paredes y en el suelo, sujetas con electroimanes. Una se había roto, víctima de la catástrofe. Una nube de paquetes de proteína texturizada flotaba en el aire. El led del panel junto a la esclusa de aire interior relucía verde, no habían bloqueado la bodega. ¿Por qué iban a hacerlo? Pulsó el botón para entrar en la esclusa y

comenzar el ciclo de apertura. Cuando se encendió la luz verde que indicaba que había presión, sacó las manos del *mecha* y se levantó el casco. No sonaba ninguna alarma. No oyó voces que gritaran ni la amenazaran. Había conseguido entrar sin que nadie se diese cuenta. Sonrió tanto que le dolió la cara.

Volvió a meterse en el *mecha* y abrió la puerta de la esclusa que daba al interior de la nave. Hizo una pausa. Aún no se oía alarma alguna. Melba se impulsó con suavidad y en silencio hacia territorio enemigo.

La *Rocinante* estaba construida piso a piso, empezando abajo por el reactor para luego, en dirección ascendente, encontrar la cubierta de ingeniería, el taller, luego la cocina y los camarotes, y la enfermería y la cubierta de almacenamiento en la que estaba la esclusa de la tripulación que daba al centro de mando y al puesto del piloto en el extremo. Cuando había aceleración era una especie de edificio estrecho. Sin ella, no había manera de orientarse.

Ahora tenía que tomar varias decisiones. La bodega estaba cerca de la zona de ingeniería y del reactor. Podía escabullirse hacia allí y empezar a sobrecargar el reactor. O también podía subir e intentar pillar por sorpresa a la tripulación y activar la autodestrucción de la nave en el centro de mando.

Respiró hondo. La *Rocinante* tenía cuatro tripulantes habituales entre los que se encontraba Holden, y no sabía si el equipo de documentales seguía a bordo. Al menos dos de los habituales tenían entrenamiento y experiencia militar. Quizá podría vencerlos en una pelea si los pillaba por sorpresa o conseguía enfrentarse a ellos por separado.

Pero era demasiado arriesgado. El reactor estaba más cerca, era más sencillo y luego podría volver a salir por la bodega. Se impulsó por los pasillos que solo conocía de las simulaciones hacia el reactor y hacia la destrucción de la nave.

Cuando abrió la escotilla que daba a ingeniería, una mujer que flotaba por encima abrió un panel de control con un soldador en una mano y una bobina de cable en la otra. Tenía la complexión alargada y la cabeza algo más grande de alguien que había crecido a baja gravedad. De piel oscura y pelo negro recogido en una cómoda coleta. Naomi Nagata. La novia de Holden.

Melba sintió un impulso repentino de quitarse el *mecha*, girar la punta de la lengua por el paladar y sentir aquel arrebató químico. De coger a la cinturiana por su frágil cuello y sentir cómo se le partían los huesos. Sería una manera tangible y perfecta de llevar a cabo una venganza que anhelaba desde hacía años. Pero había otros dos miembros de la tripulación en la nave, y no

sabía dónde. Volvió a sentir el mismo terror que en ese sórdido casino de Baltimore. Volvió a verse arrastrándose por el suelo con impotencia debido a la resaca de los narcóticos mientras alguien golpeaba en la puerta para entrar. No podía arriesgarse a una crisis hasta que supiera dónde estaban todos.

Al oír la puerta, Naomi levantó la vista con mirada amable en sus ojos oscuros, como si la interrupción fuese una sorpresa agradable, luego pasó a estupefacción y terminó con una rabia imperturbable.

Por un instante, ninguna se movió.

La mujer soltó un alarido y se lanzó hacia Melba mientras agitaba la bobina de cable. Melba intentó esquivarla, pero sus reflejos eran lentos debido a lo abultado del *mecha* y no lo consiguió. El cable le golpeó la mejilla izquierda con un sonido similar al de un ladrillo al caer al suelo, y durante un instante se quedó aturdida. Levantó el brazo del *mecha* para intentar bloquear el golpe y, por el camino, golpeó a la cinturiana en las costillas y ambas empezaron a girar. Melba se intentó agarrar a un asidero, no lo consiguió y luego lo intentó con otro. La mano del *mecha* se aferró, arrugó el metal y estuvo a punto de arrancarlo de la pared, pero la cinturiana seguía encima de ella intentando dirigirse hacia Melba mientras enseñaba los dientes como un tiburón. Melba intentó usar el brazo libre del *mecha* para darle un golpe, pero ya estaba demasiado cerca. Agarró la parte delantera del mono de Melba con el puño y usó el impulso para darle varios rodillazos en las costillas, mientras pronunciaba una palabra con cada golpe.

—No. Le. Hagas. Nada. A. Mi. Nave.

Melba sintió que una de sus costillas cedía. Se tocó el paladar con la lengua, pero no hizo los círculos pequeños e íntimos que hubiesen encendido en llamas su sangre. Tenía que estar despierta y alerta cuando terminara la pelea. Apretó los dientes y dobló el brazo libre del *mecha* para luego aferrar a la cinturiana, que soltó un grito. La garra de la máquina la tenía sujeta por el hombro. Melba volvió a apretar y sintió el sonido húmedo y quedo del hueso al romperse.

Tiró a la cinturiana por la estancia lo más fuerte que le permitían los motores de la máquina. Cuando la mujer rebotó en la pared del fondo, esta se quedó marcada con sangre. Melba esperó, vio cómo la cinturiana rotaba en el aire, desorientada y lánguida como un muñeco de trapo que se hunde en el fondo de una piscina. Una esfera de sangre empezó a aparecer en el hombro y el cuello de la mujer.

—Hago lo que me da la gana —dijo Melba con una voz que le sonó ajena.

Se impulsó con cuidado hasta la consola de control. Estaba apagada, sujeta a la cubierta con tiras de cinta adhesiva. El interior era un amasijo de cables y planchas de metal. La *Rocinante* había resultado dañada en la catástrofe, pero no tanto como para que Melba no pudiese hacer lo que tenía que hacer. Se quitó el *mecha*, se crujió los nudillos, localizó los nódulos de control más grandes y los volvió a conectar a la consola. La verificación de memoria local solo llevó unos segundos, y se saltó la comprobación general del sistema. No era algo que supiese hacer antes de haberse marchado de la Tierra, pero Melba Koh había pasado muchos meses aprendiendo las particularidades de las naves militares. Era el tipo de cosa que Soledad, Stanni y Bob habrían tenido que comprobar en caso de tener que realizar tareas de mantenimiento. Era algo que Ren le hubiese enseñado a hacer.

Enroscó los dedos y cayó sobre el teclado, pero no tardó en recuperarse.

Aparecieron las especificaciones de control del reactor. La acción de soltar la botella magnética que evitaba que el reactor fundiese la nave estaba diseñada deliberadamente para ser complicada. Cambiar los límites de la propia reacción hasta que superaran la capacidad de la botella para contenerlo también era difícil, pero no tanto. Y le daría algo de tiempo para decirle a Holden lo que había hecho, salir de la nave y volver a la *Thomas Prince*. Con todo el caos que había acontecido ese día, puede que nadie se diese cuenta de que alguien había sobrevivido a la destrucción de la *Rocinante*.

Un parpadeo en su visión periférica fue el único aviso que vio, pero fue suficiente. Melba se escabulló y la enorme llave inglesa de la cinturiana pasó silbando por el mismo lugar que hacía un instante había ocupado su sien. Melba se impulsó con las piernas y se afanó con desesperación para intentar volver a meterse en el *mecha*. Se tensó a la espera de otro ataque, pero no recibió ningún golpe. Se internó en el metal y metió las manos en las grúas, para luego apoyarse en la pared y darse la vuelta justo cuando la cinturiana levantaba la cabeza de la consola de control. El cuello de la mujer estaba ensangrentado, se le adhería a causa de la tensión superficial, y tenía la cara iluminada por una sonrisa triunfante. La consola de control resplandeció en rojo y apareció en ella una pantalla de código que se movía demasiado rápido para leerla. Se apagaron las luces de la estancia y se encendieron los leds de emergencia. Melba sintió que se le cerraba la garganta.

La cinturiana había realizado un volcado de memoria. La reacción que Melba pretendía sobrecargar se disipó en una nube de gas detrás de la nave. La sonrisa de la mujer era feral y victoriosa.

—Eso no cambia nada —dijo Melba. Hablar le hacía daño—. Tenéis torpedos. Los sobrecargaré.

—No mientras viva —dijo la cinturiana, y volvió a atacar.

Pero no atinó el golpe. Atacó con torpeza. La llave inglesa resonó al chocar contra las junturas del *mecha*, pero no le hizo nada de daño. La cinturiana se apartó justo cuando Melba la atacó con uno de los brazos. No usaba para nada el brazo que había resultado herido, y de él salían gotas de sangre cada vez que cambiaba de dirección.

Melba se preguntó si la mujer no habría pedido ayuda. En las naves pequeñas como aquella, abrir un canal de comunicaciones solía ser más sencillo que gritar. O los sistemas no funcionaban o el resto de la tripulación estaba muerta o incapacitada o no se le había ocurrido. No importaba. No afectaba para nada a lo que Melba tenía que hacer. Se desplazó a la derecha y flotó por los aires mientras se agarraba uno a uno a los asideros, sin dejar que la otra mujer la pillara desprevenida para lanzarla a la zona abierta del centro de la estancia. La cinturiana se agarró a la pared, y sus ojos oscuros se movieron de un lado a otro mientras buscaba la manera de conseguir ventaja. No vio miedo en ellos, ni sentimentalismo. Melba no tenía duda de que, si tenía oportunidad, Naomi iba a matarla.

Llegó hasta la escotilla e hizo que la garra del *mecha* se sujetara a un asidero para luego extender el brazo libre hasta los controles de la puerta. Era una provocación, y funcionó. La cinturiana saltó hacia Melba, no directo hacia ella, sino hacia la cubierta que tenía encima, y luego se giró, se impulsó con las manos y descendió hacia ella con los talones por delante apuntando hacia su cabeza.

Melba volvió a meter el brazo en el *mecha* y lo levantó para pillar a la cinturiana en medio del vuelo. El asidero se soltó de la pared, y ambas salieron flotando por la estancia. El brazo herido de la cinturiana acabó bajo el cepo del *mecha*, y la mujer pataleó con fuerza para soltarse. Uno de los golpes alcanzó a Melba, que quedó aturdida un instante. Arrastró a la cinturiana por los aires, asustada como un terrier de una rata, hasta que consiguió levantar el brazo libre y coger a la mujer por el cuello.

La cinturiana dirigió la mano hacia la garra con un gesto de pánico en la cara. Tenía los ojos abiertos como platos y resplandecientes. Melba solo necesitaba un pequeño apretón con los dedos para romperle la garganta, y ambas lo sabían. Sintió que la recorrían un júbilo y una alegría desmesurados. Puede que Holden no estuviese allí, pero tenía a su novia. Iba a arrebatársela.

alguien que amaba igual que él le había arrebatado a su padre. Aquello ya no era un enfrentamiento. Era justicia.

La cara de la cinturiana se puso roja y cada vez le costaba más respirar. Melba sonrió y disfrutó el momento.

—Es culpa de él —dijo—. Se merece todo lo que está pasando.

La cinturiana arañó la garra del *mecha*. Salió sangre, que bien podría haber sido de la antigua herida o a causa de que el agarre de la máquina le había abierto una nueva en el cuello. Melba cerró los dedos unos milímetros más e hizo una pizca más de presión. Los servos del *mecha* rechinaron al cerrarse un poco más. La cinturiana intentó decir algo y se esforzó para que las palabras atravesaran su debilitada tráquea. Melba sabía que no podía dejarla hablar. No podía dejarla suplicar ni sollozar ni pedir clemencia. Si lo hacía, no estaba segura de poder terminar lo que tenía que hacer, y eso sí que no lo podía permitir. «La compasión es una debilidad», oyó que le susurraba la voz de su padre al oído.

—Eres Naomi Nagata —dijo Melba—. Me llamo Clarissa Melpomene Mao. Tú y los tuyos atacasteis a mi familia. Todo esto que ha ocurrido y todo lo que va a ocurrir es por vuestra maldita culpa.

El brillo de los ojos de la cinturiana empezaba a apagarse. Su respiración era poco más que un resoplido irregular. Solo tenía que apretar. Solo tenía que apretar el puño para destrozarle el cuello.

La cinturiana levantó la mano que le quedaba libre con sus últimas fuerzas y le dedicó un gesto obscuro y amenazador.

El cuerpo de Melba se agitó como si hubiese recibido el impacto del agua de una manguera. La cabeza se le dobló hacia atrás y se le arqueó la columna. Abrió las manos de forma involuntaria y los dedos se le retorcieron tanto que parecía que se le iban a romper. Se oyó gritar. El *mecha* abrió los brazos a los lados y se quedó inerte, lo que la dejó crucificada dentro de aquella estructura de metal. El zumbido se detuvo, pero no podía moverse. Por mucho que lo intentaba, los músculos no le respondían.

Naomi se apoyó en la pared de enfrente para descansar, echa un ovillo y sin dejar de resollar y sangrar.

—¿Quién eres? —gruñó la cinturiana.

«Soy la venganza —pensó Melba—. Soy la encarnación de tu muerte», pero fue otra persona la que respondió detrás de ella.

—Anna. Me llamo Anna. ¿Estás bien?

28

Anna

La respuesta de la mujer, Naomi Nagata, fue un globo rojizo de sangre.

—Qué estúpida soy, claro que no estás bien —dijo Anna mientras flotaba hacia ella y hacía una pausa para impulsar a Melba, que aún temblaba, hacia el lado del compartimento. La mujer y el *mecha* flotaron por la estancia, rebotaron en un mamparo y se detuvieron a unos metros.

—Taquilla de emergencia —gruñó Naomi mientras señalaba a un panel rojo que había en una pared. Anna la abrió y encontró linternas, herramientas y una mochila blanca y roja que no era muy diferente a la que Tilly llevaba en la *Prince*. Mientras Anna sacaba un paquete de gasas y un bote de aerosol coagulante para la herida tan fea que Naomi tenía en el hombro, la cinturiana sacó varias hipoampollas y empezó a inyectárselas una a una con gestos eficientes y profesionales. Anna sintió los hombros doloridos cada vez que pasaba la gasa por la parte superior del torso de Naomi, y estuvo a punto de pedirle que le inyectara una ampolla.

Años antes, Anna había acudido a un seminario en el que se le enseñaba a ejercer de pastora con drogodependientes. El instructor, un enfermero de salud mental llamado Andrew Smoot, había insistido mucho en que las drogas no solo sirven para aportar placer y dolor. También cambian la cognición, eliminan inhibiciones y, con más frecuencia de la deseada, los peores hábitos o tendencias de una persona (lo que él llamaba «movimientos patológicos») se exageraban. Un introvertido se aislaría aún más, una persona agresiva se pondría violenta. Alguien impulsivo lo sería aún más.

En aquel momento, Anna había comprendido la idea. Después de casi tres horas de paseo espacial y ahora que el efecto de las anfetaminas que le había dado Tilly empezaba a desaparecer, notó una claridad mental que no había

echado de menos. Sintió que tenía una percepción mucho más precisa y personal de cuál podía ser su movimiento patológico.

Anna solo había pasado unos años viviendo entre cinturianos y habitantes de los planetas exteriores. Pero era suficiente para saber que la filosofía de esas personas se podía resumir en «lo desconocido te mata». Es algo que nadie que haya crecido en la Tierra llega a comprender, por mucho tiempo que pasara en el espacio. Ningún cinturiano se habría aventurado a lanzarse por una esclusa de aire con un traje espacial y una mochila extravehicular sin saber de antemano y con exactitud cuáles eran las condiciones del espacio que había en el exterior. Era algo que ni se les habría pasado por la cabeza.

Peor aún, ella había salido por la esclusa sin haber enviado siquiera un mensaje a Nono. «No pides permiso, pides perdón», oyó que le repetía en su mente. Si moría en aquellas circunstancias, seguro que Nono lo iba a grabar en su epitafio. Nunca tendría una última oportunidad de decirle que lo sentía.

La pantalla de colores relucientes que siempre parecía flotar por el rabillo del ojo sin importar hacia dónde mirara le indicó que le quedaba un ochenta y tres por ciento del suministro de aire. El hecho de no conocer el tiempo que duraba un tanque completo le quitaba a la información un contexto más que necesario.

Mientras intentaba recuperar el aliento y evitar entrar en pánico, la barra bajó al ochenta y dos por ciento. ¿Cuánto llevaba en el ochenta y tres antes de que mirara? No podía recordarlo. Sintió una ligera sensación de náuseas y recordó lo terrible que sería vomitar en su traje espacial, algo que la hizo sentir aún peor.

La chica, Melba, o Claire, mejor, estaba al otro lado de la estancia y empezaba a recuperarse, flotaba con una gracia fruto de la experiencia, de una persona para la que caminar con un traje espacial y botas magnéticas era normal. Anna intentó darse prisa y solo consiguió darle una patada a su bota con el otro pie y subir al máximo la potencia de los imanes para dejar las botas clavadas en el casco de la nave. El impulso se vio interrumpido por la potencia del agarre magnético. Después de perder varios segundos intentando solucionar el problema, encontró los controles y volvió a deslizarlos para reducir el agarre a uno que le permitiera moverse. Luego, decidió que sería mejor andar con paso seguro. Lento y firme, pero así no iba a ganar la carrera. Perdió de vista a la chica, y no le importó. Sabía bien dónde iría Clarissa Mao. O Melba Koh. Fuera quien fuese esa mujer.

Ya había visto imágenes de la *Rocinante* en los canales de noticias. Era una de las naves más famosas que existían. La importancia capital de James

Holden en los incidentes de Eros y Ganímedes, además de las trifulcas y las acciones antipiratería, habían hecho que aquella pequeña corbeta se mencionara en los medios de comunicación una y otra vez durante años. Si no había una corbeta marciana similar junto a ella, Anna estaba segura de que podía reconocerla.

Quince largos minutos después, así había sido.

La *Rocinante* tenía forma de una cuña de metal negra y ancha, con un cincel voluminoso por un lado. La superficie plana del casco tenía algunos bultos desperdigados. Anna no sabía lo suficiente sobre naves para saber lo que eran. Era una nave de guerra, por lo que quizá se tratara de sensores o de armas, pero seguro que no eran puertas. Había visto de frente la parte trasera de la nave, y la única abertura visible era el centro del enorme cono del motor. Se acercó al extremo de la nave en la que se encontraba y deambuló de lado a lado para echar un buen vistazo al resto de la *Rocinante* antes de saltar encima. La ironía que emanaba el hecho de mirar antes de saltar a estas alturas de la película la hizo reír y se sintió menos tensa y con menos ganas de vomitar.

Justo a la derecha del cono del motor había una burbuja de plástico sujeta a la nave, pálida como una ampolla. Un momento después atravesó la abertura que daba a las puertas de la bodega de la nave y entró. Mientras echaba un vistazo por el laberinto de cajas sujetas al casco con imanes parecidos a los que tenía en los pies, se le ocurrió pensar que no tenía un plan para cuando consiguiera entrar en la nave. ¿Conectaría esa estancia con el resto de la nave? Las puertas que había detrás no tenían una esclusa de aire, lo que significaba que era probable que aquel lugar pasara la mayor parte del tiempo despresurizado. No tenía ni idea de a qué distancia de aquel lugar se encontrarían los demás y, lo que era peor, tenía menos idea aún de si la chica a la que venía siguiendo estaría en la nave, oculta en una de aquellas cajas.

Anna avanzó con cuidado entre caja y caja hacia el otro lado del compartimento largo y estrecho. A su alrededor flotaban pedazos de plástico y comida congelada y deshidratada como si fuesen nubes de insectos de formas imposibles. Las cajas rotas podían ser consecuencia de una pelea o del cambio de velocidad, no tenía manera de saberlo. Extendió la mano hacia la bolsa pequeña que estaba unida a su mochila extravehicular y sacó el táser. Nunca había usado uno en microgravedad ni en ingravidez. Esperó que no pasara nada. Otro riesgo que un cinturiano jamás hubiese aceptado.

Se sintió aliviada al encontrar una esclusa de aire al otro lado de la estancia y tocó la consola para abrirla. El ciclo de apertura tardó varios

minutos, que Anna aprovechó para quitarse la pesada mochila extravehicular de la espalda y jugar con el táser para estar segura de que sabía quitar el seguro. Tenía un diseño militar intuitivo, pero no había tantas indicaciones como los modelos civiles a los que estaba acostumbrada. La consola se puso en verde y se abrieron las puertas interiores.

No había nadie a la vista. Solo una cubierta que se parecía a un taller, llena de taquillas de herramientas, mesas de trabajo y una escalera apoyada en una pared. A cada lado de la escalera había dos escotillas: una llevaba hasta la parte delantera de la nave, y la otra hasta la trasera. Anna pensó que habría más posibilidades de encontrarse con la tripulación si atravesaba la delantera, pero en ese momento oyó un ruido atronador que venía de la puerta que iba a la trasera y se apagaron las luces.

Unos leds amarillos se iluminaron en las paredes un instante después, y se oyó decir a una voz andrógina: «Volcado de memoria, sistemas en modo de emergencia», palabras que se repitieron varias veces. El casco ahogaba el sonido, pero que se oyera era indicativo de que en la nave había aire. Se lo quitó y lo dejó colgando del arnés.

Anna estaba muy segura de que los volcados de memoria solo se realizaban en caso de emergencias relacionadas con la sala de máquinas, por lo que se dirigió hacia esa escotilla. Ahora que no llevaba el casco y que se había dejado de oír el murmullo constante de la nave, oyó unos ruidos quedos que venían del otro lado de la escotilla. Le llevó varios minutos descubrir la manera de abrirla, pero cuando lo hizo, se abrió tan de improviso que casi pega un grito a causa de la sorpresa.

Dentro, Melba estaba asesinando a alguien.

Los brazos mecánicos que llevaba la mujer atenazaban la garganta de una cinturiana de pelo largo y negro que llevaba un mono lleno de grasa. Daba la impresión de que Melba le había dado una buena paliza, y ahora que la veía bien reconoció que era Naomi Nagata, la segunda de a bordo de Holden. Tenía los brazos y los hombros cubiertos de sangre, y la cara era un amasijo de arañazos y contusiones.

Anna flotó hacia la estancia abovedada. Las paredes de la zona del reactor se curvaban hacia dentro como las de una iglesia, como las catedrales de la era de la fusión. Sintió la abrumadora necesidad de darse prisa, pero solo podía lanzar un disparo con el táser y no confiaba en poder acertar en movimiento.

La cara de Naomi empezaba a ponerse azulada, cada vez más oscura, y su respiración era poco más que un carraspeo flemático. De alguna manera, la

cinturiana consiguió levantar una mano y hacerle una peineta a Melba. El pie de Anna se sujetó a la cubierta y las botas se clavaron al suelo. Estaba a menos de tres metros detrás de Melba y apretó el gatillo mientras apuntaba a la parte de la espalda de la mujer que no estaba cubierta por la estructura esquelética del *mecha* con la esperanza de que funcionara a través del traje espacial.

Falló, pero el resultado fue igual de impresionante.

En lugar de acertar en la tela del traje de Melba, los dos microdardos del táser golpearon al *mecha* justo en el centro. Los alambres resplandecieron de un rojo refulgente al instante y empezaron a caer al suelo como si se tratara de cuerdas en llamas. El táser se calentó tanto que Anna sintió el calor a través del guante, por lo que tuvo que soltarlo antes de que lo convirtiese en una masa de plástico viscoso y gris. El *mecha* se retorció, se estremeció y abrió los brazos de golpe. La estancia empezó a oler a cable eléctrico quemado. El pelo de Melba se encrespó al completo e, incluso después de que el táser se hubiese apagado, sus dedos y sus piernas no dejaron de sacudirse y estremecerse. En el brazo del *mecha*, una pequeña pantalla con un mensaje rojo y parpadeante mostraba un código de error.

—¿Quién eres? —preguntó Naomi Nagata mientras flotaba de una manera que indicó a Anna que caería a plomo al suelo al más mínimo indicio de gravedad.

—Anna. Me llamo Anna —había respondido ella—. ¿Estás bien?

Después de la tercera inyección, Naomi respiró hondo y de manera entrecortada para luego preguntar:

—¿Quién es Anna?

—Yo soy Anna —respondió ella, riendo entre dientes en voz baja—. ¿Te refieres a qué hago aquí? Soy una pasajera de la *Thomas Prince*.

—¿De la ONU? No pareces de la armada.

—No, pasajera. Soy miembro del grupo de asistentes enviado por el secretario general.

—Ah, ya. Esa pantomima —dijo Naomi, luego resolló a causa del dolor cuando Anna le apretó la venda y activó la carga que la iba a mantener en su sitio.

—Sí, es lo que opina todo el mundo —dijo Anna mientras comprobaba la venda. En aquellos momentos deseó haber prestado más atención en el curso

de primeros auxilios de la iglesia. Despejar las vías respiratorias, detener la hemorragia e inmovilizar la lesión era todo lo que recordaba.

—Porque lo es —dijo Naomi mientras extendía la mano ilesa para agarrarse a un peldaño de la escalera contigua—. No son más que esas mentiras polí...

La interrumpió una voz electrónica que anunció:

—Reinicio completado.

Anna se dio la vuelta. Melba las miraba a ambas con el pelo de la cabeza aún encrespado y las manos al fin quietas y bajo control. Probó a mover los brazos y el *mecha* de medio cuerpo rechinó, titubeó y luego se movió con ella.

—Me cago en todo —dijo Naomi. Sonaba enfadada, no sorprendida.

Anna extendió la mano para coger el táser, pero luego recordó que se le había estropeado. Melba enseñó los dientes.

—Por aquí —dijo Naomi mientras se abría la escotilla que tenían encima. Anna se abalanzó por ella, y Naomi se impulsó con su brazo bueno para seguirla. Melba fue detrás de ambas, con una mano extendida después de impulsarse en la carcasa del reactor.

Naomi apartó el pie justo a tiempo de evitar que la garra del *mecha* la cogiera, y luego pulsó con el pie el mecanismo para cerrar la escotilla, que se cerró de improviso alrededor de la garra de la máquina. La puerta chirrió al intentar cerrarse y aplastó la mano, que se convirtió en una lluvia de chispas y partes desvencijadas. Anna esperó el grito de dolor que nunca llegó, y luego se dio cuenta de que los guantes que Melba usaba para controlar la máquina se encontraban en los antebrazos del *mecha*, a varios centímetros del lugar que había resultado dañado. No le habían hecho daño, y había sacrificado una de las manos del *mecha* para mantener abierta la escotilla. La otra garra apareció por la abertura, agarró el metal y empezó a doblarlo.

—Venga —dijo Naomi con voz dolorida mientras con la mano buena señalaba a la siguiente escotilla que había en la parte superior de la escalera. Después de que ambas la cruzaran, Anna se tomó un momento para mirar alrededor por la nueva cubierta en la que se encontraban. Había pequeños compartimentos con puertas de apariencia endeble. No era un buen lugar en el que refugiarse. Naomi atravesó el aire y las tenues sombras que proyectaban las luces de emergencia, y Anna la siguió lo mejor que pudo, incapaz de obviar la sensación de que se encontraba en una pesadilla.

Después de que atravesaran la escotilla y llegaran al siguiente piso, Naomi se detuvo durante unos segundos para tocar la pequeña pantalla de control.

Las luces de emergencia se tornaron rojas, y la consola de la escotilla mostró un mensaje que rezaba: BLOQUEO DE SEGURIDAD.

—No está atrapada ahí debajo —dijo Anna—. Puede salir por la bodega. Hay un agujero en las puertas.

—Pues ya sería la segunda vez que alguien hace algo así —respondió Naomi mientras se impulsaba hacia la escalera—. De todas maneras, lleva un *mecha* de medio cuerpo y está en el taller. La mitad de las cosas que hay ahí sirven para atravesar la estructura de la nave. No es ella la que está atrapada, somos nosotras.

Aquella afirmación cogió por sorpresa a Anna. Habían escapado. Habían cerrado una puerta detrás de ellas. Aquello debería haber sido más que suficiente. El monstruo no podía abrir puertas. Era una reflexión vaga y juvenil, y Anna dudó que su cuerpo hubiese eliminado todo el rastro de las drogas.

—¿Y ahora qué hacemos?

—A la enfermería —dijo Naomi mientras señalaba hacia un pequeño pasillo—. Por ahí.

Eso tenía sentido. La piel oscura de la cinturiana de aspecto frágil había adquirido poco a poco una tonalidad grisácea que Anna pensó que se debía a una gran pérdida de sangre, y la venda de su hombro estaba empapada y empezaban a salir de ellas pequeñas esferas carmesí. Cogió a Naomi de la mano y la arrastró por el pasillo hacia la puerta de la enfermería. Estaba cerrada, y la consola junto a ella mostraba el mensaje de bloqueo de seguridad similar al que se podía leer en las escotillas de la cubierta. Naomi empezó a tocar la consola, y Anna esperó que la puerta se abriera. En lugar de ello, otra puerta de apariencia pesada se cerró sobre la primera y la consola que Naomi manipulaba se apagó.

—Puertas de presurización —dijo Naomi—. Son más difíciles de atravesar.

—Pero estamos al otro lado.

—Así es.

—¿Hay alguna otra manera de entrar?

—No. Venga.

—Espera —dijo Anna—. Necesitas entrar ahí. Estás malherida.

Naomi se volvió para mirarla y frunció el ceño como si fuese la primera vez que veía a Anna. Era un gesto inquisitivo. Anna sintió que la examinaba.

—Ahí dentro hay dos hombres heridos. Son de mi tripulación. Y están indefensos —dijo al fin Naomi—. Acabo de conseguir que estén lo más a

salvo posible. Ahora tú y yo vamos a subir a la cubierta superior a esta, coger un arma y asegurarnos de que nos siga. Y cuando nos encontremos con ella, la mataremos.

—Yo no... —empezó a decir Anna.

—Vamos. A. Matarla. ¿Puedes hacerlo?

—¿Matar? No, no puedo —respondió Anna. Era la verdad.

Naomi la miró durante un segundo más y luego se encogió de hombros haciendo un gesto con la mano buena.

—Bueno, pues ven conmigo.

Atravesaron la siguiente escotilla para llegar a la cubierta superior. La mayor parte del espacio estaba ocupado por una esclusa de aire y por taquillas de almacenamiento. Algunas de las taquillas tenían el tamaño suficiente para almacenar trajes espaciales y mochilas extravehiculares. Otras eran más pequeñas. Naomi abrió una de las pequeñas y sacó una pistola grande y negra.

—Yo tampoco he disparado nunca —dijo mientras tiraba de la corredera para cargar una bala, que a Anna se le asemejó a un pequeño cohete—. Pero esos dos que están en la enfermería son mi familia y este es mi hogar.

—Entiendo —dijo Anna.

—Bien, porque no puedo dejarte... —empezó a decir Naomi, pero luego sus ojos se quedaron en blanco y su cuerpo, inerte. La pistola salió flotando de su mano flácida.

—No, no, no —repitió Anna en un repentino arrebato de pánico. Flotó hacia Naomi y le agarró la muñeca. Aún tenía pulso, pero era débil. Escarbó en la mochila de primeros auxilios y buscó algo que le sirviera. Una de las ampollas indicaba que servía para evitar las conmociones, así que se la inyectó de golpe a Naomi. No se despertó.

El aire de la estancia empezó a oler diferente. Caliente y con el hedor a plástico quemado que había soltado el táser al romperse. En la escotilla apareció una marca roja que luego pasó a amarilla y luego a blanca. La mujer del *mecha* las había alcanzado.

La escotilla que tenían encima y llevaba a la parte delantera de la nave estaba cerrada y mostraba el mensaje de bloqueo. Naomi no le había revelado el código de control manual. Había una esclusa de aire junto a ellas, pero también estaba bloqueada.

La escotilla de la cubierta empezó a abrirse poco a poco. Anna oyó que Melba soltaba tacos y jadeaba mientras la forzaba. El código de bloqueo de Naomi no las había protegido contra esa loca, las había encerrado con ella.

Anna empujó el cuerpo inerte de Naomi hacia una de las taquillas de almacenamiento grandes, la metió dentro y luego se metió ella. La puerta no tenía cerradura. Entre la mujer inconsciente y el traje casi no tenía espacio para cerrarla. Puso ambos pies en la esquina en la que la puerta de la taquilla se unía con la cubierta y aumentó al máximo la potencia de los imanes. Sintió cómo el traje se aseguraba contra el metal, le atenazaba las piernas y la empujaba contra la puerta de la taquilla.

En el otro extremo, el metal chirrió. Algo húmedo rozaba la nuca de Anna. Era la mano de Naomi, inerte y sanguinolenta. Anna intentó no moverse y no respirar con fuerza. La oración que pronunció era poco más que un batiburrillo lleno de miedo y esperanza.

La puerta de una taquilla se abrió de improviso a su izquierda. Luego otra, más cerca. Y luego otra. Anna se preguntó dónde estaba el arma de Naomi. Se encontraba en algún lugar de la taquilla, pero no había luz y tenía que desactivar los imanes de las botas para buscarla. Esperó que no la hubiesen dejado fuera, en manos de esa loca. Se abrió otra taquilla.

La puerta, que estaba a unos centímetros de la cara de Anna, se movió, pero no se abrió. Los respiraderos y las grietas de la puerta de la taquilla resplandecieron a causa del blanco de un soplete y luego se quedaron a oscuras. Una voz electrónica dijo:

—Energía auxiliar agotada.

El taco que se oyó al otro lado de la puerta sonó a pura frustración. Lo siguieron una serie de gruñidos y golpes: Melba se estaba quitando el *mecha*. Anna sintió un arrebató de esperanza.

—Ábrela —dijo Melba. Habló con voz grave, severa y gutural.

—No.

—Ábrela.

—Noto... Noto tu enfado —dijo Anna, aterrorizada por las palabras mientras las pronunciaba—. Creo que deberíamos hablar. Si pudieras...

El grito de Melba no se pareció a nada de lo que Anna hubiese oído antes, era penetrante, rabioso y feroz. Si los instintos más primitivos hubiesen tenido voz, habría sonado igual. Era la voz del mismo diablo.

Algo golpeó la puerta de metal y Anna se encogió de miedo. Luego se oyó otro golpe. Y otro. El metal empezó a doblarse hacia dentro, y unas gotas de sangre empezaron a colarse por los respiraderos. «Los puños —pensó Anna—. La está golpeando con las manos desnudas».

Se oyó un grito rabioso, truculento e inhumano como un huracán. El metal grueso de la puerta se dobló hacia dentro, las bisagras empezaron a temblar y

a doblarse tras cada nuevo golpe. Anna cerró los ojos.

La bisagra superior cedió y quedó destrozada.

Y luego, sin previo aviso, llegó el silencio. Anna esperó, segura de que todo era una trampa. El único sonido era un suave gorjeo animal. Notó el olor repugnante y ácido de un vómito reciente. Después de lo que le parecieron horas, apagó los imanes y abrió de un golpe la puerta doblada y destrozada.

Melba flotaba echa un ovillo contra la pared, temblaba y tenía las manos apretadas contra el estómago.

Toro

La verdad era que la distancia siempre se medía en tiempo. No era algo en lo que Toro soliese pensar, pero la inmovilidad impostada afectaba de manera extraña a su conciencia. A pesar de la presión constante de los acontecimientos, de las llamadas, de la coordinación y de las reprimendas de la doctora, sentía que parte de su mente divagaba. Que no dejaba de pensar en cosas extrañas, como que la distancia se medía en tiempo.

Siglos antes, un viaje por el océano Atlántico podía llevar meses. Cerca de Nuevo México había una ciudad llamada Wheelless de la que se decía que unos antiguos viajeros acostumbrados a recorrer el polvo y el caliche habían tenido un accidente con sus carretas y habían decidido que era más fácil asentarse en el lugar que continuar el viaje. Pero habían llegado los progresos, que suplantaban uno tras otro al anterior, y los meses se habían convertido en semanas y luego en horas. Y fuera del pozo de gravedad, lugar en el que las máquinas eran libres de la tiranía de la resistencia del aire y de la gravedad, el efecto era aún más profundo. Cuando las órbitas eran las adecuadas, el viaje desde la Luna a Marte podía durar tan solo doce días. El de Saturno a Ceres, unos pocos meses. Y como habían salido ahí fuera con sus cerebros de primate que habían evolucionado en las llanuras de una África prehistórica, todos se daban cuenta de lo lejos que estaban. De Saturno a Ceres, unos pocos meses. De la Luna a Marte, unos pocos días. El tiempo era distancia, también una manera de evitar sentirse abrumados por ella.

La zona lenta había cambiado esa concepción. Las lecturas indicaban que las naves de la Tierra y de Marte estaban apiñadas como un puñado de guisantes deshidratados en un cuenco. Flotaban en el espacio y se acercaban y se distanciaban, para luego tomar posición en ese anillo de presas que rodeaba la inquietante estación. Comparado con el volumen de la totalidad del Anillo, parecían estar cerca entre ellas, pero la distancia que los separaba del Anillo era tiempo, y el tiempo era sinónimo de muerte.

Desde la nave más alejada hasta la *Bégimo* había dos días de viaje en lanzadera, eso si el máximo de velocidad no volvía a desplomarse. La más cercana estaba a distancia de un salto. El universo humano se había contraído y no dejaba de hacerlo. Cada llamada, cada frase asustada y lacónica que había oído en aquellas horas largas y agitadas, habían convencido a Toro de que su plan podía funcionar. La amplitud, la extrañeza y el peligro inaceptable del universo habían traumatizado a todos los que habían sobrevivido. Había muchas ganas de volver a casa, de reunirse todos juntos en la aldea. Era un instinto contrario al de la guerra, y mientras fuera capaz de cultivarlo, mientras la respuesta a los bloqueos de la estación siguiese siendo preocuparse por los demás y asegurarse de que los que necesitaban atención la recibían, la tristeza y el miedo no se convertiría en más violencia.

La imagen se volvió verde, luego azul y luego Monica Stuart apareció delante de la cámara con una sonrisa profesional. Tenía aspecto cansado, sereno y humano al mismo tiempo. Una cara conocida para todos. Una familiar y que les hacía sentir cómodos.

—Señoras y señores —dijo—, bienvenidos a la primera emisión de Radio Zona Lenta Libre, emitida desde nuestras oficinas temporales a bordo de la nave de la APE, la *Bégimo*. Soy ciudadana de la Tierra y civil, pero espero que este programa pueda sernos útil a todos en estos momentos de crisis. Además de sacar a relucir todas las noticias no confidenciales e información que podamos, también habrá entrevistas con los oficiales de las naves, con los líderes civiles de la *Thomas Prince* y actuaciones musicales en directo.

—Es todo un honor dar la bienvenida a nuestro primer invitado, el reverendo padre Hector Cortez.

Se abrió una ventana y apareció la cara del sacerdote. A Toro le dio la impresión de que tenía un aspecto harapiento. Tenía unos dientes demasiado brillantes que parecían falsos y su pelo blanco parecía grasiento.

—Padre Cortez —dijo Monica Stuart—. ¿Ha ayudado usted en las operaciones de salvamento de la *Thomas Prince*?

Por un instante dio la impresión de que el hombre no la había oído. Luego sonrió.

—Sí que lo he hecho —dijo el anciano—. Lo he hecho y ha sido... Monica, estoy sobrecogido... Estoy... sobrecogido.

Toro desconectó el canal. Aquello ya era algo. Era mejor que no hacer nada.

La fragata marciana *Cavalier*, que ahora estaba bajo el mando de un subteniente llamado Scupski, había apagado los reactores y enviado toda la

tripulación y los suministros que le quedaban a la *Bégimo*. La *Thomas Prince* había accedido a transferir a los heridos, al equipo médico y a todos los civiles restantes, entre los que se encontraban poetas, sacerdotes y políticos. Entre ellos, el sobrecogido Hector Cortez. Era un comienzo, pero aún podía conseguir más. Si no dejaban de venir, si llegaba a convertir la *Bégimo* en el símbolo de calma, estabilidad y seguridad en el que pretendía convertirla, conseguiría más. Aquel canal podía darle una voz y una cara a esa consolidación. Tenía que hablar más del tema con Monica Stuart. Quizás organizar un luto oficial para honrar a los muertos. Un concilio con representantes de todos los bandos que realizara un plan de evacuación y empezara a enviar personas al otro lado del Anillo, a casa.

Pero cuando se produjo el bloqueo perdieron todas las naves de larga distancia. Y el Anillo parecía inalcanzable, ya que tenían que moverse muy despacio y la distancia se medía en tiempo.

Su terminal portátil emitió un sonido, que le sorprendió y le devolvió al mundo real. Fuera de su habitación, una mujer gritaba y la voz tensa de un hombre le respondía. Toro reconoció el sonido del equipo de reanimación afanándose por revivir a un pobre desgraciado y evitar que se desmayara y muriese. Él hacía un trabajo similar, pero a una escala diferente. Movi6 los brazos, cogió el terminal y aceptó la llamada. Serge apareció en la pantalla.

—*Bist?* —preguntó.

—Genial —respondió Toro con indiferencia—. ¿Qué ocurre?

—Marte. Lo tienen. Han conseguido sacar de ahí a ese *bâtard* con vida.

El instinto hizo que Toro intentara levantarse, pero no lo consiguió. No podía sentarse, y enderezarse era poco más que un gesto educado.

—¿A Holden?

—¿A quién si no? Va en un esqui6 y flota muy despacio hacia la ARCM *Hammurabi*. Debería llegar en unas horas.

—No —dijo Toro—. Tenemos que traerlo aquí.

Serge levantó la mano para asentir con un gesto cinturiano, pero tenía una expresión escéptica.

—*C'est très bien*, pero no creo que lo hagan.

En algún lugar debajo del pecho de Toro, las fundas de presión sisearon con entusiasmo para masajear la sangre y la linfa por su cuerpo y evitar que los fluidos se le acumularan. No sentía nada. Si se prendía fuego, tampoco sentiría nada. En las profundidades de su metencéfalo volvió a recordar por enésima vez las heridas, algo recóndito y atávico que hizo que se agitara

debido al miedo y la indignación. Toro apoyó el canto de la mano contra el tabique.

—Muy bien —dijo—. Veré lo que puedo hacer. ¿Qué opina Sam del proyecto?

—Ha apagado los cañones de riel y están trabajando para desactivar los tubos de torpedos adicionales, pero el capitán lo ha descubierto y se ha puesto de los nervios.

—Bueno, contaba con ello —comentó Toro—. Supongo que también tendré que encargarme de eso. ¿Algo más?

—A menos que *láve mis yannis*, creo que tienes de sobra. Descansa, que nosotros nos encargamos, *sa sa?* No tienes que encargarte de todo.

—Tengo que hacer algo —dijo Toro mientras las fundas de presión se aflojaban con un sonido sibilante—. Estaré en contacto.

Voces tensas y tenues flotaban junto al olor a polilla quemada que emanaba de la carne cauterizada. Toro centró la vista en el techo blanco y azulado que había sobre la cama a la que estaba amarrado.

Holden había vuelto. No lo habían matado. Si había algo con el potencial de destruir la frágil cooperación que estaba construyendo, era la pelea para decidir quién pondría los cojones de Holden a calentar sobre un quemador Bunsen.

Toro se rascó el hombro, más para notar la sensación que porque le picara, y luego pensó en las consecuencias. El protocolo los obligaba a interrogarlo, dejarlo detenido y que empezaran a negociar la extradición con los responsables de la Tierra que investigaban los acontecimientos de la *Seung Un*. Toro supuso que le darían una paliza hasta hacerlo sangrar y luego lo lanzarían al vacío. Estaba en custodia, pero era responsable de demasiadas muertes como para dar por hecho que iba a estar a salvo.

Era el momento de volver a llamar a la *Rocinante*. Quizás ahora sí respondieran. Se habían quedado en silencio desde la catástrofe. Puede que se les hubiese estropeado el sistema de comunicaciones, que el silencio fuese otra táctica política o que todos estuviesen muertos o moribundos. Volvió a realizar una llamada, pero no tenía esperanza alguna de recibir respuesta.

Más adelante, cuando hubiesen vuelto a atravesar el Anillo, ya podrían pelearse todo lo que quisieran por la jurisdicción. En ese momento, Toro necesitaba que trabajaran juntos. Quizá si...

Contra todo pronóstico, la *Rocinante* aceptó la llamada. Apareció en la imagen una mujer que Toro no reconoció. De piel pálida y melena pelirroja y

suelta alrededor de sus facciones. La mancha que tenía en la mejilla bien podía ser grasa o sangre.

—¿Sí? —dijo la mujer—. ¿Hola? ¿Quién es? ¿Puede ayudarnos?

—Me llamo Carlos Baca —dijo Toro antes de que la impresión y la confusión lo dejaran sin habla—. Soy el jefe de seguridad de la *Bégimo*. Y sí, puedo ayudarles.

—Vaya, gracias a Dios —se alegró la mujer.

—¿Me podría decir quién es y cuál es la situación de la nave?

—Me llamo Anna Volovodov y tengo a la mujer que ha intentado asesinar a la tripulación de la *Rocinante*, bajo... ¿custodia? He usado todos los tranquilizantes de la mochila de emergencias porque no puedo acceder a la enfermería. La he atado a una silla. También creo que es la responsable de la explosión en la *Seung Un*.

Toro entrelazó los dedos de las manos.

—¿Por qué no me explica eso? —dijo.

La capitana Jakande era una anciana de pelo blanco con una actitud militar de no aguantar tonterías y a la que Toro respetaba, a pesar de que no le gustaba.

—Aún no he recibido las órdenes de soltar al prisionero —dijo la capitana Jakande—. Y tampoco veo probable recibirlas. Al menos no en un futuro cercano, no.

—Tengo una lanzadera preparada para recoger a su tripulación y a la mujer acusada de ser la auténtica sabotadora —afirmó Toro—. Y, la última vez que lo comprobé, había dos docenas de los suyos preparados para venir una vez que hayamos empezado a hacer rotar el tambor.

Jakande asintió para confirmar todo lo que Toro acababa de decir sin que pareciese afectarle. Toro entrelazó los dedos y los apretó hasta que los nudillos se le quedaron blancos, pero lo hizo fuera del alcance de las cámaras.

—Será mejor para todos que juntemos a la mayor cantidad de personal posible —comentó Toro—. Para acumular recursos y preparar la evacuación. Si no tiene lanzaderas, yo puedo prepararle el transporte para su tripulación y para usted. Aquí hay mucho espacio.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos tener solo una cadena de mando. Si su oferta es entregar la *Bégimo*, estoy dispuesta a aceptar el control y la responsabilidad.

—No, no me refería a eso —dijo Toro.

—Ya me lo imaginaba.

—Señor Baca —gruñó Ashford desde el umbral de la puerta. Toro levantó una mano e hizo un gesto para que esperara un minuto.

—Es algo de lo que vamos a tener que volver a hablar —dijo—. La respeto mucho a usted y a su situación, y estoy seguro de que podremos encontrar la manera de hacer las cosas bien.

La expresión de la mujer dejó claro que ella no veía que se estuviesen haciendo mal.

—Estaremos en contacto —dijo Toro justo antes de desconectar. Ya había tenido suficiente de la parte más agradable del día. Ashford se impulsó para entrar y se apoyó contra la pared más cercana a la parte baja de la cama de Toro. Parecía enfadado, pero era un enfado diferente. Toro tenía a Ashford por una persona precavida e incluso vacilante. Pero ahora tampoco tenía ese aspecto. Todos sus gestos hacían pensar en una rabia que le costaba mucho contener. «La pena vuelve loca a la gente», pensó Toro. La pena, la culpa y la vergüenza juntas quizás eran capaces de algo peor.

Quizá podían llegar a destrozar a alguien.

Pa flotaba detrás de él con la mirada gacha. Su cara tenía ese aspecto pringoso que era sinónimo de cansancio. Detrás de ella iba la doctora, y luego Serge y Macondo, que miraban a todas partes menos a él. La comitiva llenó la pequeña estancia hasta los topes.

—Señor Baca —dijo Ashford mascando cada sílaba—, me han informado de que ha dado la orden de desarmar la nave. ¿Es cierto?

—¿Desarmar la nave? —preguntó Toro sin dejar de mirar a la doctora Sterling. Ella miraba con fijeza y un gesto indescifrable—. Le he dicho a Sam que desmonte los cañones de riel para poder poner a rotar el tambor.

—Y lo ha hecho sin mi permiso.

—¿Permiso para qué?

La sangre oscureció la cara de Ashford, y la ira endureció su voz.

—Los cañones de riel son unos de los componentes principales de las defensas de la nave.

—No si no funcionan —dijo Toro—. También le he dicho que desmonte el sistema de reciclado de agua de gravedad artificial y lo reconstruya a noventa grados para que use la rotación. ¿Quiere que le comente todo lo que le he hecho cambiar porque ya no funciona o solo ha venido por las armas?

—También me han informado de que ha autorizado a personal que no es de la APE en los canales de comunicación de la nave. A terrícolas y marcianos. Los que vinimos a mantener a raya.

—¿Es esa la verdadera razón por la que hemos venido? —preguntó Toro. No era una negación, y a Ashford le dio la impresión de que parecía más una confesión. Además, tampoco es que Toro lo hubiese estado ocultando.

—Y a personal militar enemigo. ¿También ha hecho subir a mi nave a personal militar enemigo?

Pa estaba de acuerdo en todo lo que Ashford había comentado. Pero se quedó detrás del capitán y no dijo nada, con expresión indescifrable. Toro no estaba seguro de cuál era la relación de Ashford con su segunda, pero sí que tenía claro qué bando quería que triunfara en caso de que hubiese una lucha de poder. Por eso se tragó sus palabras y no mencionó que Pa lo había ayudado.

—Sí, he hecho subir a todos los que he podido. Compromiso humanitario y consolidación de control, es de manual. Uno de segundo año ya sabe que es lo que hay que hacer. —Pa hizo una mueca de dolor cuando Toro pronunció aquellas palabras.

—Señor Baca, ha excedido su autoridad. Ha ignorado la cadena de mando. Revoco todos los permisos que se le han otorgado y las órdenes que se le han dado. Lo relevo de su cargo y le informo de que se le impondrá un coma inducido hasta que pueda ser evacuado.

—Y una mierda —dijo Toro. No pretendía decirlo, pero pronunció las palabras por inercia. Quedaron flotando en el aire entre ellos, y Toro se dio cuenta de que eran justo lo que quería decir.

—No es algo debatible —afirmó Ashford con brusquedad.

—Por supuesto que no lo es —continuó Toro—. La razón por la que usted está a cargo de esta misión y no lo estoy yo es porque Fred Johnson no cree que la tripulación esté cómoda si un terrícola se pone al frente de una nave cinturiana. Le han dado este puesto porque ha besado los culos políticos que tenía que besar. ¿Y sabe qué? Que bien por usted. Espero que su puta carrera despegue hacia lo más alto. Pa está aquí por la misma razón. Tiene la cabeza del tamaño adecuado, aunque al menos la suya no parece estar vacía.

—Eso es racismo —dijo Ashford intentando interrumpirle—, y no tengo que...

—Estoy aquí porque necesitaban a alguien que pudiese hacer el trabajo y sabían que estábamos jodidos. ¿Y sabe qué? Que seguimos jodidos. Pero voy a sacarnos de este embrollo y voy a evitar que Fred se avergüence de lo que hemos hecho, y usted va a apartarse de mi camino mientras me encargo de hacerlo, pinche cabrón.

—Suficiente, señor Baca, voy a...

—Sabe que es verdad —dijo Toro, que miró a Pa. El gesto de la mujer era ilegible, impertérrito—. Si se queda al cargo, lo va a hacer mal. Sabe a qué me refiero. Sabe...

—Deje de hablar con la segunda, señor Baca.

—... Las decisiones que toma. Los enviará de vuelta a sus naves, aunque eso signifique que haya muertos...

—Está relevado de su cargo. Mantenga...

—... Y todo porque no ha sido él el que los ha invitado. Va a hacer que...

—... Silencio. No le he dado permiso...

—... Todo se vuelva más peligroso, y si alguien más...

—... Para hablar con mi personal. ¡Mantenga...!

—... Molesta a esa cosa, puede que todos...

—¡... Silencio! —gritó Ashford, y luego se inclinó hacia delante con la boca abierta en un gesto de rabia. Golpeó la cama de la enfermería con fuerza, se acercó a Toro y lo agarró por el hombro para luego empezar a zarandearlo con la fuerza suficiente para que se le cerrara la boca—. ¡Le he dicho que silencio!

El ataque de Ashford hizo que se abriera el velcro y se soltaran las correas. Toro sintió una punzada de dolor en el cuello, como si alguien le hubiese clavado un destornillador en la espalda. Intentó apartar al capitán, pero no tenía nada a lo que aferrarse. Se golpeó los nudillos contra algo duro: la mesa, la pared u otra cosa. No fue capaz de averiguar el qué. A su alrededor la gente gritaba. Estaba muy desorientado y el peso de su cuerpo se balanceaba lánguido e impedido en el aire, sostenido por los tubos y los catéteres.

Cuando todo pareció recobrar el sentido, se encontraba en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la mesa y con la cabeza mirando hacia abajo. Pa y Macondo habían agarrado a Ashford por los brazos, quien tenía las manos rígidas como garras. Serge estaba arrimado contra la pared, listo para abalanzarse, pero no muy seguro de hacia qué dirección.

La doctora Sterling apareció a su lado, le recogió las piernas y volvió a colocarlo con rapidez y con profesionalidad en la cama.

—¿Podríamos no atacar al paciente que tiene la columna destrozada, por favor? —dijo mientras lo hacía—. Porque es algo que no soporto.

Otra punzada de dolor brutal, abrasador, agudo y fatídico recorrió el cuello y la parte superior de la espalda de Toro mientras la mujer volvía a amarrarlo. Uno de los tubos se había quedado flotando con sangre y un poco

de carne adherida a un extremo. No sabía de qué parte de su cuerpo se había desenganchado. Pa lo miraba, e intentó controlar el tono de su voz.

—Ya la hemos cagado dos veces. Hemos atravesado el Anillo y dejamos que unos soldados entraran en la estación. No lo haremos una tercera. Podemos reunirnos y salir de aquí juntos.

—Eso que dice es muy peligroso, señor —espetó Ashford.

—No puedo ser el capitán —afirmó Toro—. Aunque no estuviese confinado en esta cama, soy terrícola. Tiene que haber un cinturiano al mando. Fred tenía razón.

Ashford se zafó de Pa y de Macondo, se volvió a colocar las mangas y se equilibró contra la pared.

—Doctora, haga que el señor Baca entre en coma inducido. Es una orden.

—Serge —dijo Toro—. Necesito que pongas al capitán Ashford bajo custodia, ahora mismo.

Nadie se movió. Serge se rascó el cuello y el sonido de las uñas contra el pelo rapado se oyó por toda la estancia. Pa observaba la escena con gesto iracundo y molesto. Ashford entornó los ojos y la miró. Cuando habló, la voz de la mujer sonó triste y desolada.

—Serge, ya has oído al jefe.

Ashford se preparó para abalanzarse sobre Pa, pero Serge ya había agarrado al capitán por el hombro.

—Esto es un motín —afirmó Ashford—. Tendrá consecuencias.

—Tiene que venir con nosotros —dijo Serge. Macondo cogió a Ashford por el otro brazo, lo colocó para escoltarlo y los tres se marcharon. Pa se quedó apoyada en la pared, sujeta con un amarre, mientras la doctora murmuraba y cuchicheaba en voz baja al tiempo que reemplazaba los catéteres y comprobaba los monitores y los tubos que Toro tenía enganchados al cuerpo. No notó casi nada.

Cuando terminó, la doctora se marchó de la habitación. La puerta se cerró detrás de ella. Durante casi un minuto, ninguno de los dos dijo nada.

—Supongo que su opinión de que esto era amotinarse ha cambiado —afirmó Toro.

—Eso parece —comentó Pa, y luego suspiró—. No está pensando con claridad. Y está bebiendo demasiado.

—Es el responsable de la decisión que nos ha llevado a esto. Puede firmar con su nombre todas las muertes de esas naves.

—No creo que él lo vea de esa manera —dijo Pa. Luego añadió—: Pero también creo que se está esforzando mucho para no verlo de esa manera. Y se

equivoca. No creo... no creo que esté bien.

—Habría sido más fácil si hubiese tenido un accidente —afirmó Toro.

Pa consiguió dedicarle una sonrisa.

—No he cambiado tanto de idea, señor Baca.

—Claro que no. Pero tenía que decirlo —comentó.

—Centrémonos en poner a salvo a todo el mundo y luego enviarlos a casa —dijo Pa—. Fue una buena carrera profesional mientras duró. Siento que tenga que terminar así.

—Quizás haya terminado —dijo Toro—. Pero ¿ha venido hasta aquí para ganar medallas o para hacer lo correcto?

Pa esbozó una ligera sonrisa.

—Esperaba poder hacer ambas cosas —respondió.

—Un poco de optimismo no está de más, mientras no siente cátedra —dijo Toro—. Voy a seguir trayendo gente a la *Bégimo*.

—Sin armas, solo las nuestras —advirtió Pa—. Aceptaremos personas mientras no sea sinónimo de tener otra fuerza armada en la nave.

—Ya está hecho —dijo Toro.

Pa cerró los ojos. Era fácil olvidarse de que era mucho más joven que él. Aquella no era su primera misión, pero sí que podría haber sido la segunda. Toro intentó imaginarse cómo se hubiese sentido él de haber sido aún medio crío y enviado al calabozo a su oficial al cargo. Seguro que hubiese estado cagado de miedo.

—Ha hecho lo correcto —dijo Toro.

—Es usted el que lo ha hecho. Yo solo le he apoyado.

Toro asintió.

—He hecho lo correcto. Gracias por apoyarme, capitana. Le aseguro que le devolveré el favor mientras siga al mando.

—No somos amigos —dijo ella.

—Tampoco tenemos que serlo, solo tenemos que hacer lo que nos corresponde.

30

Holden

Los marines no eran amables, pero sí profesionales. No era la primera vez que Holden veía a un marine de reconocimiento usar una servoarmadura. Holden, amarrado con espuma, rebotaba sobre la espalda de un soldado como una pieza de equipamiento mientras recorrían el camino de vuelta por las cavernas y los túneles de la estación. Era muy consciente del peligro en el que se encontraba. Los hombres y las mujeres de las armaduras acababan de ver cómo un alienígena mataba y se comía a uno de los suyos, estaban metidos hasta el cuello en un territorio amenazador y desconocido, y era probable que todos pensaran que la situación era culpa de Holden. Que no estuviese muerto se debía a la disciplina, al entrenamiento y a una profesionalidad que hubiese respetado aunque su vida no dependiera de ella.

No tenía acceso a las frecuencias que los marines usaban para hablar, por lo que el viaje furtivo desde la estancia de exposición o lo que quiera que fuese hasta la superficie se desarrolló para él en un silencio inquietante. No perdió la esperanza de ver a Miller por alguna parte. Pero, en lugar de eso, pasaron junto a las máquinas insectiles, ahora inertes como estatuas, y junto a la hierba del complejo. En las ondas y los rizos de las paredes y el suelo por los que pasaron, le dio la impresión de ver algo similar a un patrón, uno elegante y complicado como gotas de lluvia al caer en la superficie de un lago, o como la música. Pero no le reconfortó.

Intentó ponerse en contacto con la *Rocinante*, con Naomi, pero o el marine al que estaba sujeto había desactivado la radio de su traje al amarrarlo o había algo que bloqueaba la señal. Sea como fuere, no oía nada. Ni de la *Roci* ni de los marines ni de ninguna parte. Solo se oían pasos leves y un pavor insoportable.

Su traje le indicó que le quedaba poco aire.

No tenía ni idea de dónde se encontraba ni del camino que habían recorrido. La superficie de la estación podía encontrarse después del próximo

túnel o quizás aún estuviesen a mitad de camino. O a lo mejor hasta podría ser que la estación cambiase a su alrededor y el camino por el que había llegado hasta allí ya no existiese. El traje indicó que le quedaban veinte minutos.

—¡Oigan! —gritó. Intentó golpear con las piernas la armadura de la persona que lo llevaba—. ¡Oigan! ¡Voy a necesitar aire!

El marine no respondió. No importaba la fuerza con la que Holden intentara patear, su vigor y resistencia eran poco más que un error de redondeo en comparación con las capacidades de la servoarmadura. Todo lo que podía hacer era mantener la esperanza de no morir a causa de un despiste. Preocuparse de ello en realidad era mejor que hacerlo por Naomi, Alex y Amos.

El medidor de aire bajó hasta los tres minutos, y Holden gritó hasta quedarse ronco. El marine que cargaba con él se agachó un poco, volvió a levantarse y la estación quedó bajo ellos en la distancia. La puerta en forma de espiral de nautilo se cerró en la superficie reluciente detrás de ellos de manera automática. El esquife flotaba en el vacío a poco más de quinientos metros, y sus luces exteriores eran lo más resplandeciente que había en aquel cielo inquietante y sin estrellas. No tardaron en llegar a la enorme esclusa de aire. Las alarmas del traje de Holden habían empezado a sonar, los niveles de dióxido de carbono casi habían llegado a un punto crítico y tuvo que esforzarse para respirar.

El marine lo colocó en un asidero de la pared y lo amarró a él.

—¡Me quedo sin aire! —gritó Holden—. ¡Por favor!

El marine extendió la mano y abrió el sello del traje de Holden. La andanada de aire le olió a plástico viejo y a orina mal reciclada. Holden la aspiró como si se tratara de rosas. El marine se quitó el casco. Su cabeza real tenía un aspecto pequeño e inquietante en comparación con lo abultado de la armadura de combate.

—¡Sargento Verbinski! —espetó la voz de una mujer.

—Sí, señora —respondió el marine que se había encargado de transportar a Holden.

—¿Ocurre algo con el prisionero?

—Se ha quedado sin aire hace unos minutos.

La mujer gruñó. Nadie dijo nada más.

La gravedad de la aceleración que notó poco después le pareció casi subliminal. Una ligera sensación que lo fijaba dentro del traje y que se fue tan pronto como llegó. Los marines murmuraban entre ellos y lo ignoraban. Era la confirmación que necesitaba. Lo que había dicho Miller era cierto. La

velocidad máxima de la zona lenta había vuelto a cambiar. Y, por la expresión de sus caras, suponía que las consecuencias habían sido horribles.

—Necesito ponerme en contacto con mi nave —dijo Holden—. ¿Alguien puede llamar a la *Rocinante*, por favor? —Nadie le dijo nada. Puso a prueba su suerte—. Puede que mi tripulación esté herida. Si me dejaran...

—Que alguien silencie al prisionero —dijo la mujer que había hablado antes. Aún no había podido verla. El marine que tenía más cerca era un hombre de mandíbula prominente con la piel tan negra que parecía azulada. Holden se preparó para que lo amenazaran o lo golpearan.

—No hay nada que pueda hacer —dijo el hombre—. Quédese en silencio, por favor.

Su celda en el calabozo de la *Hammurabi* tenía poco más de un metro y medio de ancho y tres metros de largo. El asiento de colisión era de un azul de apariencia sucia, y las paredes y el techo, de un blanco uniforme que resplandecía a la penetrante luz de los leds que tenía encima. El mono que le habían dado parecía de cartón y crujía al moverse. Cuando los guardas vinieron a por él, ni se molestaron en volver a amarrarle las manos y las piernas.

La capitana flotó cerca de un escritorio, tenía el pelo corto y canoso, lo que le daba el aspecto de un emperador de la antigua Roma. Holden estaba amarrado a un asiento de colisión que estaba un poco inclinado hacia delante, lo que lo obligaba a levantar la cabeza.

—Soy la capitana Jakande —dijo—. Usted es prisionero militar. ¿Sabe lo que significa?

—He trabajado en la armada —respondió Holden—. Lo entiendo.

—Perfecto. Eso nos ahorrará una media hora de tonterías legales.

—No tengo problema en contarle todo lo que sé —afirmó Holden—. No tiene por qué ponerse agresiva.

La capitana le dedicó una sonrisa gélida.

—Si fuese otra persona, pensaría que lo ha dicho por decir —dijo ella—. ¿Cuál es su relación con la estructura que hay en el centro de la zona lenta? ¿Qué hacía ahí?

Llevaba muchos meses intentando no hablar sobre Miller, no decirle nada a nadie. Menos a Naomi, y se había sentido culpable por poner sobre sus hombros el peso de aquel misterio. Por una parte, la posibilidad de deshacerse de él lo atraía como la gravedad, pero por otra...

Respiró hondo.

—Esto va a sonar un poco raro —dijo.

—De acuerdo.

—Poco después de que la estructura de la protomolécula saliera de Venus y se dirigiera hacia el lugar en el que se empezó a construir el Anillo, me... Me contactó el inspector Josephus Miller. El que consiguió que Eros cayera en Venus. O al menos algo que tenía su aspecto y que hablaba como él. Desde aquel momento, se me apareció cada varias semanas, y llegué a la conclusión de que la protomolécula lo usaba. Bueno, a él y a Julie Mao, la primera infectada, para conseguir que yo atravesara el Anillo. Que... que querían que viniera hasta aquí.

La expresión de la capitana no cambió. Holden sintió que se le formaba un extraño nudo en la garganta. No quería tener aquella conversación en ese lugar. Quería hacerlo en su dormitorio junto a Naomi en la *Rocinante*. O en un bar de Ceres. No importaba dónde. Pero sí con quién.

¿Estaría muerta? ¿La habría matado la estación?

—Continúe —dijo la capitana.

—Al parecer, estaba equivocado —afirmó Holden.

Empezó a contar desde el momento que salió al vacío, de cómo aquella versión de la protomolécula con la forma de Miller lo había esperado en la estación. Luego el ataque de la marine, y las consecuencias que Miller le explicó que tendría. De las visiones de aquel gigantesco imperio y de la oscuridad que lo rodeaba, de la destrucción de los soles. Se relajó mientras hablaba, y las palabras empezaron a fluir con más facilidad y más rápido. Le parecía una locura incluso a él. Eran imágenes que solo él había visto. Secretos que solo le habían revelado a él.

Pero todo había sido un error.

Había pensado que él era importante. Que era especial y el elegido, y que todo lo que les había ocurrido a él y a su tripulación lo había decidido una inmensa y misteriosa autoridad. No había entendido nada. «Las puertas y las esquinas», le había dicho Miller y, como no había sido capaz de descifrar el significado de aquella expresión, todos habían atravesado el Anillo. E ido a la estación. El alivio se entremezclaba con un disgusto cada vez mayor a medida que pronunciaba las frases. Había sido un imbécil que se columpiaba al borde de un abismo porque estaba seguro de que no podía caerse. Que era imposible que le ocurriera a él.

—Y luego aparecí aquí y estoy hablando con usted —dijo con indiferencia—. No sé qué va a pasar ahora.

—Muy bien —afirmó la mujer con una expresión que no era indicativo de nada.

—No dudo que quiera realizarme pruebas médicas para ver si mi cerebro se ha visto afectado a nivel orgánico —aseguró Holden.

—Es probable —dijo la capitana—. Mi personal médico está muy ocupado en estos momentos. Lo mantendremos en detención administrativa por ahora.

—Entiendo —comentó Holden—. Pero necesito ponerme en contacto con mi tripulación. Si quiere puede vigilar la llamada. No me importa. Solo necesito saber que se encuentran bien.

El ángulo hacia el que se torció la boca de la capitana parecía preguntarle que por qué pensaba que podían estar bien.

—Intentaré conseguirle un informe —dijo—. Todo está patas arriba y la situación puede empeorar en cualquier momento.

—¿Tan mal estamos?

—Así es.

En la celda, el tiempo pasaba despacio. Un guarda le traía tubos de raciones: una pasta de proteínas, aceite, agua y verduras. En ocasiones también incluían una dosis de curri que parecía fortuita. Era comida pensada para mantenerlo con vida. Holden la comía para mantenerse con vida. Tenía que encontrar a su tripulación, su nave. Tenía que salir de ahí.

Había sido testigo de la destrucción de un gigantesco imperio alienígena. Había visto cómo estallaban soles. Había visto a un hombre sobrepasado y despedazado por mecanismos terroríficos en una estación espacial que no había sido construida por manos humanas. Solo podía pensar en Naomi, Amos y Alex. En si iban a ser capaces de conservar la nave. En cómo iban a volver a casa. Una casa que era cualquier lugar menos aquel. No era la primera vez que pensaba que ojalá se encontraran transportando cajas sospechosas de contenido desconocido a Titania. Flotó en la celda tamaño ataúd e intentó no volverse loco debido a la combinación perjudicial de inactividad y el miedo atroz que lo paralizaba.

Aunque toda la tripulación estuviese bien, él estaba bajo custodia de la armada marciana. No le había hecho nada a la *Seung Un*, y todos lo sabrían. No había realizado aquella transmisión falsa. Saldría bien parado de todas las cosas de las que se le acusaban, pero aun así quedaba el hecho de que Marte iba a hacerse con su nave. Intentó centrarse en esa desesperanza porque, aunque fuera algo malo, si conseguía quedarse con la nave pero perdía a su tripulación, se iba a sentir mucho peor.

—Tienes unos amigos muy particulares —dijo Miller.

—¿Dónde coño estabas? —espetó Holden.

El muerto se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos. En aquella habitación estrecha, Holden podía olerle el aliento. El parpadeo de una luciérnaga azul destelló alrededor de la cabeza de Miller como una aureola baja antes de desaparecer.

—Son momentos difíciles —dijo, como si el comentario no necesitara de contexto—. Sea como fuere, tenemos una conversación a medias.

—La estación. El bloqueo.

—Cierto —afirmó Miller al tiempo que asentía. Se quitó el ridículo sombrero y se rascó la sien—. Eso. El tema es que mientras haya tantas altas energías a su alrededor, la estación no se va a sentir cómoda. ¿Cuántas naves habéis traído, chicos? ¿Veinte de las grandes?

—Más o menos, supongo.

—Todas tienen motores de fusión y un suministro eléctrico interno enorme. No es que importe demasiado, pero la estación ya se ha asustado varias veces. Está a la que salta. Vais a tener que hacerle un pequeño masaje. Demostrarle que no sois una amenaza. Hacedlo y estoy seguro de que podréis volver a moveros. O eso u os reduce a todos a partículas.

—¿Que hará qué?

Miller esbozó una sonrisa de arrepentimiento.

—Lo siento —dijo—. Era un chiste. Limitaos a apagar los reactores y el suministro eléctrico. Eso os dejará por debajo del umbral, y yo me encargaré de todo a partir de ahí. Pero solo si decidís que eso es lo que queréis hacer.

—¿Cómo que si decidimos?

Holden se agitó. El techo le rozó los hombros. No podía estirarse ahí dentro. No había espacio para dos.

Durante una fracción de segundo, su cerebro intentó unir dos imágenes, la de Miller flotando junto a él y la de aquella celda muy pequeña, pero fue incapaz de hacerlo. Sintió que unos insectos le recorrían toda la espalda. Ambas imágenes no podían ser ciertas, y su cerebro se estremeció y dejó de pensar que lo eran. Miller tosió.

—No hagas eso —dijo—. Lo único que consigues así es que sea más difícil. Lo que quiero decir con ese «si decidís» es que un bloqueo es un bloqueo. No puedo elegir qué parte de la trampa se desactiva. Si cancelo la reducción de velocidad y empezáis a acelerar hacia casa o a dispararos o lo que sea, también se abrirán las puertas. Todas.

—¿Las que dan a los sistemas en los que han estallado las estrellas también?

—No. Esas puertas ya no sirven. Solo quedan las que tienen sistemas estelares de verdad al otro lado.

—¿Y eso es un problema?

—Depende de lo que las atraviese —dijo Miller—. Son muchas puertas que podrían abrirse de una patada y al mismo tiempo. —Solo se oía el siseo de los recicladores de aire. Miller asintió como si Holden hubiese dicho algo—. La otra opción es que encontréis una manera de volver a casa con el rabo entre las piernas e intentéis hacer como si nada de esto hubiese ocurrido.

—¿Crees que deberíamos hacerlo?

—Lo que creo es que hubo un imperio que alcanzó miles de estrellas. ¿El virus de Eros? Tan solo es una de sus herramientas. Una llave inglesa. Y ahora hay algo que ha sido capaz de acabar con él. Sea lo que sea lo que esté esperando detrás de esas puertas, está esperando a que alguien haga una estupidez. Por lo que quizá lo mejor sea que os asentéis aquí. Que os convirtáis en unos mártires. Que viváis y muráis en la oscuridad. Así, sea lo que sea lo que está ahí fuera, se quedará ahí fuera.

Holden se apoyó en el asiento de colisión para incorporarse. El corazón le latía a un kilómetro por minuto y tenía las manos pálidas y pegajosas. Sintió náuseas y se preguntó si le daría tiempo de levantar la tapa del inodoro en el vacío. En sus recuerdos, vio cómo las estrellas se apagaban.

—¿Crees que eso es lo que deberíamos hacer? —preguntó—. ¿Quedarnos en silencio y salir de aquí echando leches?

—No, yo quiero abrirlas. Ya he aprendido todo lo que podía aprender de este lugar, sobre todo del bloqueo. Quiero descubrir qué ha pasado, y para eso habría que salir ahí y echar un vistazo.

—Eres una máquina que quiere descubrir cosas.

—Sí —afirmó Miller—. Ten en cuenta quién te lo dice, ¿vale? Quizá también quieras hablar con alguien que no esté muerto. Los tuyos tienen más cosas que perder que yo.

Holden se quedó pensativo por un instante, luego sonrió. Luego rio.

—No creo que importe. La verdad es que no estoy en posición de poder tomar decisiones —comentó.

—Cierto —dijo Miller—. No es nada personal, pero tienes un gusto terrible para las amistades.

31

Melba

Cuando el tambor empezó a rotar, se encontraba en una celda. En la vida anterior de la nave, aquella celda había sido una sala de veterinaria para animales grandes. Caballos, quizás. O vacas. Una docena de casetas, seis a cada lado, con paredes de hierro pulido y barrotes. Barrotes de verdad, como en los vídeos de antaño, pero con una pequeña abertura en la parte superior para poder lanzar paladas de heno. Todo lo demás era de un blanco antiséptico. Todo estaba cerrado. Le habían quitado su ropa y la habían cambiado por un simple mono de color rosado pastel. Le habían quitado el terminal portátil. No lo echaba de menos. Flotaba en medio del espacio, y podía tocar las paredes con las puntas de los pies y de las manos. Le había llevado muchos intentos extender las extremidades hasta la pared e impulsarse con muchísimo cuidado para adecuarse a la aceleración y a la resistencia del aire y quedarse quieta donde no pudiese tocar nada y nada pudiese tocarla a ella. Un lugar en el que flotar y quedarse atrapada así.

El hombre de la otra celda rebotaba en las paredes. Reía y gritaba, pero estaba enfadado. La ignoraba. Melba era fácil de ignorar. El aire que la rodeaba formaba una pequeña brisa, como siempre ocurría en las naves. Una vez oyó una historia que hablaba de una nave que perdió la circulación del aire en medio de un turno de noche. Toda la tripulación murió ahogada a causa de los gases que habían expulsado y que se habían concentrado a su alrededor, ahogados en su propio aire reciclado. Pero Melba no pensaba que la historia fuese cierta, porque se habrían despertado. Habrían tosido y pateado hasta levantarse de sus asientos de colisión, por lo que habrían sobrevivido. Era lo que hacía la gente que quería sobrevivir. Por otra parte, los que no, se limitaban a quedarse flotando.

Atronaban alarmas por toda la nave, un sonido ensordecedor que resonaba por las cubiertas y parecido a una trompeta gigante. Primero, un aviso. Luego otro. Luego otro. Luego los barrotes se alejaron de ella, y cayó, y la pared de

atrás le rozó el hombro como si quisiera llamar su atención pero no se atreviera a preguntar. Centímetro a centímetro, su piel se fue apoyando contra la pared. Durante casi medio minuto, se quedó tocando la pared, la energía del muro y la inercia de la mujer se unieron como manos suplicantes. No era capaz de ver la aceleración del tambor. Solo sentía que la rotación la hacía flotar hacia delante y luego, como iba hacia delante, también caía. Su cuerpo se movió centímetro a centímetro, bajó por la pared hacia la cubierta. Empezó a ganar peso, las articulaciones de las rodillas y los huesos de su espalda empezaron a moverse, a tener que soportar su carga. Recordó que había leído en algún sitio que una mujer que volvía de un viaje muy largo en ingravidez podía llegar a crecer hasta cinco centímetros debido a que los discos intervertebrales no podían expulsar los fluidos. Entre eso y la atrofia muscular, volver a tener peso (ya fuera mediante rotación, aceleración o gravedad) era una situación peligrosa. Los discos intervertebrales tenían que aplastarse y los fluidos tenían que entrar y salir de ellos. Si no se hacía, se convertían en globos de agua y, a veces, estallaban.

Rozó el suelo con la rodilla y luego hizo presión. Tenía que haber pasado una hora o más desde que sonaron las alarmas. Volvía a distinguir entre arriba y abajo, y se dejó caer hacia abajo. Se hizo un ovillo, lánguida como papel mojado. Había una cañería en el suelo, de cerámica blanca y sin mancha alguna de sangre u orina animal. Las luces que tenía encima parpadearon y volvieron a quedarse fijas. El otro prisionero pedía algo a gritos. Comida, quizás. Agua. Un guarda que lo escoltara hasta el baño.

El baño de una nave. No los aseos. Ni el excusado. Ella no llamó a nadie para que la ayudara, solo notó que su cuerpo se hacía más pesado y caía hacia abajo. Era su masa, que intentaba flotar en la oscuridad, pero algo la contenía. Alguien vino en busca del otro prisionero. Vio unas botas de plástico grueso que aparecían y desaparecían de su línea de visión. Luego oyó voces. Palabras como «leal», «motín». Frases como «cuando llegue el momento» o «restaurar el orden». Se abalanzaron sobre ella, y ella las ignoró. Le dolía un poco la cabeza en el punto en el que su sien tocaba el suelo. Quería dormir, pero tenía miedo de soñar.

Más pasos, las mismas botas que se dirigían hacia la dirección contraria y pasaron a su lado. Más voces. Las botas volvieron. El traqueteo metálico y grave de los grilletos al soltarse de la puerta de la caseta. El cuerpo de Melba no se movió, pero sí se concentró. El guarda era diferente. Ahora era una mujer de hombros anchos con un arma en la mano. Miró a Melba, se encogió de hombros y puso un terminal portátil en su línea de visión.

El hombre de la pantalla no tenía aspecto de policía. Tenía la piel de un marrón claro, parecido al de las galletas. La forma de su cara era algo extraña (con la barbilla ancha, los ojos negros y arrugas en la frente y la comisura de los labios), pero no descubrió qué era hasta que el hombre se puso a hablar y lo vio en movimiento. Entonces le quedó claro que era porque estaba tumbado y miraba la cámara desde abajo.

—Me llamo Carlos Baca —dijo el hombre tumbado—. Estoy a cargo de la seguridad de la *Bégimo*. Eso quiere decir que esa prisión en la que te encuentras es mía.

«Pues vale», pensó Melba.

—Mira, sé que tienes una historia que contar. Los registros de ADN de la ONU afirman que tu nombre es Melba Koh. Y varias personas de las que no tengo razón para desconfiar afirman que eres Clarissa Mao. La segunda de a bordo de la *Rocinante* asegura que intentaste asesinarla, y una sacerdotisa rusa lo ha confirmado. Y luego también tengo a un ingeniero de sonido al que contrataste para sabotear los sistemas electrónicos de la *Rocinante*. —Se quedó en silencio un instante—. ¿Te suena de algo todo esto?

La carcasa del terminal portátil era de un color verde cerámica. O quizá de metal esmerilado. No de plástico. En la pantalla había un arañazo del grosor de un cabello que formaba otra línea en la mejilla del hombre, como la cicatriz de uno de los piratas que aparecen en los libros infantiles.

—Venga, a ver qué te parece esto —dijo—. La doctora dice que tienes una glándula endocrina artificial. Esas que usan los terroristas cuando tienen que hacer algo grandilocuente y evitar que los descubran. Y, bueno, cuando no les importa una mierda que su sistema nervioso se quede hecho papilla durante un par de años. No es el tipo de cosa que se pueda permitir una técnica de mantenimiento. Ni tampoco se puede decir que sea algo que tenga razones para usar.

Se sentía rara y se debía al peso de su cabeza contra el suelo y a tener que mirar hacia abajo para ver la cara del hombre al mismo tiempo. En parte suponía que era por haber estado tanto tiempo en ingravidez. Su mente aún se estaba acostumbrando a la gravedad artificial después de tener que depender solo de indicaciones visuales, y ahora tenía delante una indicación visual algo anómala. Sabía lo que era, pero la parte más analítica de su cerebro aún no había conseguido procesarla.

El hombre de la pantalla (le había dicho su nombre, pero no lo recordaba) unió los labios y tosió. Fue un sonido flemático, como de neumonía.

—No creo que llegues a entender del todo el problema en el que te encuentras —dijo—. Hay personas que te acusan de hacer estallar un navío militar terrícola y tienen unas pruebas muy sólidas. Te puedo asegurar que la ONU no tiene mucho sentido del humor con esa clase de cosas. Te matarán. ¿Lo entiendes? Te pondrán delante de un tribunal militar y tendrás que escuchar a unos abogados durante quince o veinte minutos. Luego te reventarán los sesos. Puedo ayudarte a evitarlo, pero tienes que hablar conmigo.

»¿Sabes lo que creo? Que no eres una profesional. Creo que eres una aficionada. Que cometiste varios errores de aficionada y los acontecimientos te sobrepasaron. Dime que tengo razón y tendremos un lugar por el que empezar. Pero si sigues con esta tontería de la catatonia vas a conseguir que te maten. ¿Me entiendes?

Tenía una voz bonita. Lo que su profesor de canto hubiese llamado un buen registro vocal. Grave como la roca, pero con matices atiplados. El tipo de voz que se podía esperar de un hombre curtido. La voz de canto de Melba también había sido siempre un poco atiplada, como un instrumento de caña, como la de su padre. El pobre Petyr nunca había sido capaz de mantener una melodía siquiera. El resto, Michael, Anthea, Julie y su madre, todos tenían voces puras. Como una flauta. El problema de las flautas es que no pueden evitar sonar como suenan. Incluso la tristeza sonaba impostada y demasiado acaramelada cuando se expresaba con una flauta. Los instrumentos de caña tenían un zumbido grave, cierta suciedad que le daba al sonido más autenticidad. Ella y su padre eran instrumentos de caña.

—¿Corin? —llamó el hombre de la pantalla—. ¿Entiende lo que digo?

La mujer del arma levantó el terminal portátil, miró a Melba y luego de nuevo a la pantalla.

—No lo creo, jefe.

—La doctora aseguró que no tenía daño cerebral.

—Así es —dijo la mujer—, pero eso no quiere decir que esté bien.

Se oyó un largo suspiro.

—Muy bien —se oyó la voz del hombre—. Vamos a enfocarlo de otra manera. Tengo una idea, pero vas a tener que volver.

—*Sa sa* —accedió la mujer.

Salió de la celda. Los barrotes volvieron a cerrarse. Tenían el ancho suficiente para evitar que la pezuña de un caballo los atravesara. Se imaginó a un caballo que daba coces y se le atascaba la pierna para luego entrar en pánico. Hubiese sido terrible. Mejor evitarlo. Era más sensato. Era mejor

quedarse fuera que salir. Era algo que le había dicho alguien en algún momento, pero no recordaba quién.

—Oye. Oye —llamó el otro prisionero. No gritaba, pero sí hablaba con la fuerza suficiente para que ella le oyera—. ¿Eso es verdad? ¿Tienes glándulas artificiales? ¿Puedes romper la puerta? Soy el capitán de esta nave. Si me sacas de aquí, puedo ayudarte.

Julie era la que mejor cantaba, pero no le gustaba hacerlo. No le gustaba la interpretación. Padre sí que era un intérprete. Siempre era el que elevaba la voz cuando había que cantar. Siempre era el que organizaba las poses cuando se tomaban fotos de familia. Era un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Pero ahora estaba en prisión. No era ni un nombre, solo un número. Se preguntó si la celda de su padre sería como esa. Eso le hubiese gustado. Aunque la de él seguro que estaría a un g. Allí, la gravedad rotacional no llegaba ni a medio g. Quizás un tercio, quizás incluso menos. Como en Marte o en Ceres. Era gracioso que, de todos los lugares en los que vivían los humanos, la Tierra tuviese siempre la mayor gravedad. Era como si, una vez que conseguías escapar de allí, podías escapar de cualquier parte.

—¿Estás ahí? ¿Estás despierta? Vi cómo te metieron ahí. Ayúdame y te ayudaré. Amnistía. Puedo conseguirte una amnistía. Y también protección. No pueden extraditarte a Ceres.

Eso no era cierto, y ella lo sabía. El enfado estuvo a punto de hacerla hablar. La incitó a moverse. Pero no duró mucho. El suelo era una única plancha de polímero, inclinada para caer hacia el sumidero. Con la cabeza pegada al suelo como la tenía, el sumidero era poco más que una línea negra en un fondo blanco. Un cuervo en un lago helado.

—Me han hecho prisionero debido a un motín ilegal —dijo el hombre—. Podemos ayudarnos.

No estaba segura del todo de que alguien pudiese ayudarla. Y, si podían, no sabía muy bien a qué. Recordó que antes sí que quería algo. Holden. Eso era cierto. Lo quería ver muerto y peor que muerto. La manera en la que se lo había imaginado era tan real que parecía un recuerdo. Pero no, sí que lo había hecho. Todo el mundo lo había odiado. Habían intentado matarlo. Pero otra cosa había ido mal, y luego pensaron que todo había sido cosa de Julie.

Había estado tan cerca. Si hubiese conseguido destruir la *Rocinante* nunca la hubieran encontrado. Si hubiese muerto en ella, nunca hubieran conseguido estar seguros, y Holden hubiese pasado a la historia como el cabrón egoísta y petulante que era. Y su padre se hubiese enterado. A pesar de lo apartado que

estaba, se hubiera enterado de las noticias y supuesto que ella era la responsable. Su hija. De la que por fin podía estar orgulloso.

Se dio cuenta de que el otro prisionero se había quedado en silencio. Menos mal. Era molesto. Le dolían las rodillas. La sien en el punto en el que rozaba contra el suelo. Lo llamaban escaras. Se preguntó cuánto tiempo tardaría la piel en ablandarse a causa de no moverse. Seguro que mucho tiempo y, en general, ella estaba sana. Se preguntó cuánto tiempo llevaba sin moverse. Había pasado mucho tiempo. Descubrió que, por alguna razón, estaba orgullosa de ello.

Volvieron los pasos. Más esta vez. Las botas de plástico emitían un satisfactorio retumbar, pero ahora había más. Pasos agudos que restallaban, como las patas de un perro en un azulejo. Sintió una ligera punzada de curiosidad que se iluminó como una vela en una catedral. Las botas se acercaron y, con ellas, los pequeños tacones azules. Los tobillos de una anciana. Los barrotes rechinaron y se abrieron. Los tacones dudaron antes de entrar, pero luego avanzaron. Cuando estaban en movimiento, los pasos denotaban confianza. Claro.

La mujer de los tacones se sentó y apoyó la espalda contra la pared. Tilly Fagan la miró desde arriba. Tenía el pelo teñido, y la barra de labios era de un rojo improbable que hacía que su boca pareciera más carnosa de lo que era.

—¿Claire, cielo? —Las palabras sonaron amables e incómodas—. Soy yo.

Se le tensaron la espalda y las mejillas. Tensión, y resentimiento por la tensión. La tía Tilly no tenía derecho a estar aquí. No debería haber estado aquí.

Tilly extendió una mano para tocarle la cabeza como si fuese un gato. El primer contacto humano que tenía desde que había llegado allí. El único amable que podía recordar. Cuando Tilly habló, su voz sonó sosegada, amable y llena de resentimiento.

—Han encontrado a tu amigo.

«No tengo amigos», pensó, pero luego algo que se encontraba en las profundidades de su esternón se movió y lo dejó hueco. Ren. Habían encontrado a Ren. Sacó el brazo de debajo de su cuerpo y se puso la palma de la mano en la boca. Las lágrimas eran cálidas, inoportunas y abundantes como una inundación. Habían encontrado a Ren. Habían abierto su caja de herramientas y encontrado sus huesos, y ahora Soledad se enteraría. Y Bob y Stanni. Sabrían lo que había hecho. El primer sollozo fue más parecido a una tos, y también el siguiente, y el siguiente, y luego Tilly la había rodeado con los brazos. Por Dios, empezó a gritar y a llorar entre los muslos de Tilly

Fagan mientras la mujer le acariciaba el pelo y hacía ligeros sonidos indicándole que se relajara.

—Lo siento —aulló. Las palabras le desgarraron la garganta. Como si tuviesen garfios—. Lo siento. Lo siento.

—Lo sé, cielo. Lo sé.

Pasó a rodear a Tilly con los brazos por la cintura y enterró la cara en un costado mientras la agarraba como si el cuerpo de la mujer pudiese evitar que se hundiese. Que se ahogara. El guarda dijo algo, y ella sintió que Tilly negaba con la cabeza, el movimiento se transfirió a lo largo de sus cuerpos.

—Lo hice —dijo—. Lo maté. Pensé que era lo que tenía que hacer. Le dije que mirara a las lecturas para que se inclinara y él lo hizo. Y yo... y yo... Por Dios, voy a potar.

—La gente vulgar es la que «pota» —dijo Tilly—. Las señoritas se sienten «indispuestas».

Aquello la hizo reír. A pesar de todo, Clarissa rio y luego volvió a bajar la cabeza y a llorar. El pecho le dolía tanto que estaba segura de que le había pasado algo. Un aneurisma de aorta, una embolia pulmonar, algo. La pena no podía hacerle sentir que el corazón se le rompía de verdad, ¿no? Eso solo era una expresión.

Duró una eternidad. Y, cuando pasó, se le alivió un poco. Sentía el cuerpo flácido como un trapo. La blusa de Tilly estaba empapada con sus lágrimas, mocos y saliva, pero seguía sentada en el mismo sitio. No había quitado la mano del pelo de Clarissa. Se lo había colocado detrás de la oreja con las uñas.

—Pusiste la bomba en la *Seung Un* —dijo Tilly—. Y luego incriminaste a Holden.

No era una pregunta ni una acusación. No quería que Clarissa confesara, solo quería confirmarlo. Clarissa asintió en el regazo de Tilly. Cuando habló, su voz fue poco más que un chasquido simple y enérgico.

—Hizo daño a papi. Tenía que hacer algo.

Tilly suspiró.

—Tu padre es de la peor calaña —dijo, y como lo había dicho ella, no le dolió oírlo.

—Tengo que decírselo al jefe —dijo la guarda, con una disculpa en su voz—. Tengo que decirle lo que ha ocurrido. Quiere que le informe.

—No la voy a detener —comentó Tilly.

—Tiene que venir conmigo —dijo la guarda—. No puedo dejarla aquí con ella. No es seguro.

Le sobrevino un arrebato de pánico. No podía quedarse sola. Ahora no. No podían dejarla sola y encerrada.

—No sea ridícula —dijo Tilly—. Vaya a hacer lo que tenga que hacer. Yo me quedo aquí con Claire.

—Oiga, señora. Esa chica ha matado a mucha gente.

El silencio duró un latido y, sin mover la cabeza, Clarissa sabía qué expresión tenía Tilly en ese momento. La guarda carraspeó.

—Tendré que cerrar la puerta, señora.

—Haga lo que tenga que hacer, oficial —afirmó Tilly.

Los barrotes se movieron y traquetearon. La cerradura se encajó en su lugar. Los pasos se retiraron. Clarissa lloró por Ren. Quizá luego lo hiciera por los demás. Por los soldados muertos de la *Seung Un*. Por la novia de Holden, a la que había atacado y golpeado. Por todos los hombres y mujeres que habían muerto a causa de perseguir a Holden al otro lado del Anillo. Puede que también tuviese lágrimas para ellos, pero ahora solo lloraba por Ren, y le dio la impresión de que se iba a pasar toda la vida llorando.

—Merezco morir —dijo—. Soy una persona terrible.

Tilly estaba de acuerdo, pero no dejó de acunarla.

—Me gustaría hablar contigo de algo —dijo.

Anna

Las fuerzas de seguridad habían sido las primeras en llegar: tres soldados en una lanzadera que llevaban armas y sujeciones para Melba. O para Clarissa. Fuera quien fuese. Luego, mucho después, había llegado una nave de evacuación médica para llevarse a la tripulación de la *Rocinante*.

El transporte para Anna llegó casi un día después. No se habían olvidado de ella, pero no era una prioridad. Tal y como se habían desarrollado las cosas, el hecho de no ser una prioridad era indicativo de que a ella no le iba a pasar nada.

Cuando llegó a la *Bégimo*, esperaba ver a alguien del equipo de seguridad de la nave. O, si estaban bien, a Naomi y los otros dos hombres de la tripulación de la *Rocinante*.

Pero quien la recibió al salir de la lanzadera fue Hector Cortez. Sonrió al verlo y levantó la mano para saludarlo. El movimiento le recordó a su abuelo en sus últimos días: cuidadoso y un poco torpe. Le dio la impresión de que Cortez había envejecido una década en unos pocos días, pero luego se dio cuenta de que era probable que hubiese resultado herido en la catástrofe.

—Anna —dijo—. Me alegro mucho de verla.

El gigantesco tambor de la *Bégimo* había empezado a rotar y creado una gravedad artificial que le daba vértigo. Los pies de Anna le indicaban que se encontraba en suelo firme. Su oído interno no estaba muy convencido y creía que caía de costado, por lo que ella no dejaba de inclinar el cuerpo en dirección contraria. No era suficiente para que sus pasos parecieran inseguros, pero sí que le hacía sentir que todo era un tanto irreal. Que Hector Cortez, una celebridad y el pastor de los poderosos, le hubiese dado un beso en la mejilla no ayudaba a que las cosas pareciesen menos oníricas.

—Yo también me alegro —dijo Anna—. No sabía que estaba en la *Bégimo*.

—Hemos venido todos —respondió—. Han dejado a una pequeña tripulación en la *Thomas Prince* y el resto hemos venido aquí. Todos los que quedaban. Hemos perdido a muchos. Ayer di varias misas por los fallecidos. El padre Michel. El rabino Black. Paolo Sedon.

Anna sintió una punzada de pavor.

—¿Alonzo Guzman?

Cortez negó con la cabeza.

—Ni vivo ni muerto —dijo—. Lo han dejado en coma inducido, pero no esperan que sobreviva.

Anna recordó los ojos suplicantes del hombre. Si hubiese conseguido ayudarlo antes...

—Siento haberme perdido las misas —dijo.

—Lo sé —afirmó Cortez—. Por eso quería verla. ¿Quiere dar un paseo conmigo?

—Por supuesto —respondió Anna—. Pero no conozco el lugar.

—Entonces haremos un recorrido general —dijo el anciano mientras se giraba un poco y hacía un gesto con la mano hacia el muelle de lanzaderas—. Venga conmigo y la llevaré a la gloria del sistema de ascensores.

Anna rio entre dientes y dejó que el hombre fuera delante. Él también caminaba con cuidado. Sin llegar a ser muy delicado, pero sin dar grandes zancadas. Parecía una persona diferente de la que había incitado a las tres facciones de la humanidad a atravesar el Anillo hacia lo desconocido. Había algo más aparte de su manera de andar.

—Pensé que era importante que aquellos que éramos parte de la petición habláramos en el servicio —dijo—. Quería que expresáramos nuestro arrepentimiento.

—¿Nuestro arrepentimiento?

El hombre asintió.

—El suyo. El mío. El de todos los que aconsejamos venir a esta oscuridad. Fue fruto de la soberbia, y los inocentes han sufrido por nuestra culpa. Han muerto por hacer caso a nuestro desafortunado consejo. Dios me ha hecho más humilde.

Su voz tenía los ricos matices de una vida de práctica, pero también había algo más. Un gimoteo agudo e infantil que se ocultaba debajo de aquella majestuosidad. Sintió de improviso y al mismo tiempo compasión por su aflicción y un enfado impasible.

—No sé si yo opino igual —dijo Anna—. No hemos venido para glorificarnos. Lo hicimos para evitar una pelea. Para recordarnos que estamos

todos juntos en esto. No creo que sea un impulso malévolos. Y tampoco creo que esta desgracia haya sido un castigo. Tiempo y ocasión...

—Acontecen a todos —dijo Hector—. Sí.

Detrás de ellos, el propulsor de altitud de una lanzadera rugió por un instante y luego se apagó. Un par de cinturianos con monos grises se bajaron de ella con cajas de herramientas en las manos. Cortez frunció el ceño.

—Pero a pesar de lo que ha acontecido después, ¿no cree que hayamos sido castigados? ¿Que no tomamos esa decisión debido a la arrogancia?

—La historia está llena de personas que tienen que recuperarse de un sínfin de desastres —respondió Anna—. Lo que ha ocurrido fue terrible. Es terrible. Pero no creo que forme parte de un castigo de Dios.

—Yo sí —afirmó Cortez—. Creo que hemos llegado a los dominios del mal. Y aún peor, doctora Volovodov, que nos ha tentado.

—No creo que...

—El diablo está entre nosotros —dijo Cortez. Negó con la cabeza al ver que Anna fruncía el ceño en muestra de protesta—. No un demonio cualquiera. No soy estúpido. El mismo diablo, que siempre ha vivido entre los hombres cuando se extralimitan, cuando fallan al cuestionarse si deberían hacer algo por el simple hecho de ser capaces de hacerlo. Hemos... he caído en su trampa. Y peor aún, hemos dejado un rastro. La historia no nos recordará con buenos ojos después de lo que hemos hecho.

Anna sabía que muchos miembros de las iglesias del movimiento de los Santos de los Últimos Días coincidían con los metodistas en algunas ideas menores como no beber alcohol, lo que provocaba que entre ellos hubiese cierta solidaridad en las reuniones interconfesionales. No coincidían en cosas importantes, como la naturaleza de Dios y Su plan para el universo, lo que no parecía importarles tanto como Anna esperaba. Tendían a ser personas felices, entregadas a la familia y modestas.

Cuando vio el centro de la *Bégimo*, Anna pensó que nunca hubiese adivinado que serían capaces de construir una nave generacional así de grande. Era demasiado grande y demasiado extravagante. Un grito indómito contra el vacío del espacio. «¿Que el universo es demasiado grande para que nuestra nave lo atravesase en un tiempo razonable? Muy bien. Pues meteremos en ella las cosas importantes del universo que necesitamos y viajaremos a nuestro ritmo». Las paredes interiores del tambor rotatorio se curvaban en la distancia y el efecto Coriolis se confundía con la masa, el metal se torcía y las

placas que simulaban sustratos esperaban la tierra, las plantas y los animales de granja. A lo largo del centro del tambor, a medio kilómetro por encima de la cabeza de Anna, los bañaba un estrecho hilillo de luz amarillenta y resplandeciente. Era como un sol alargado y que formaba una línea en el cielo. Una idea que era arrogante, desafiante y grandiosa en su propia concepción.

Le encantaba.

Mientras caminaba por una amplia extensión plana de metal que debería haber estado cubierta por un mantillo de tierra y cultivos, pensó que aquella osadía era justo lo que la humanidad había dejado por el camino hacía un par de siglos. Cuando los exploradores marítimos de antaño habían subido a sus rechinantes barcos de madera para intentar cruzar los grandes océanos de la Tierra, ¿acaso su viaje había sido menos peligroso que el que los mormones habían estado a punto de llevar a cabo? ¿Conocían mejor cuál sería su destino? En ambos casos, los motivaba el hecho de descubrir qué era lo que se ocultaba al otro lado de aquel largo viaje. La necesidad de ver costas que nadie había visto antes. Si se le enseña a un humano una puerta cerrada, da igual las puertas abiertas que encuentre, se obsesionará con lo que hay al otro lado de esa.

A ciertas personas les gustaba describir aquella obsesión como una debilidad. Un error de la especie. A la humanidad, como un virus. Una criatura que nunca deja de llenar de cosas el espacio donde vive. Al parecer, si se ceñía a la última conversación que habían tenido, Hector era una de las personas que pensaba así. Pero Anna no estaba de acuerdo con la idea. Si la humanidad fuese capaz de quedarse satisfecha, aún seguirían viviendo en árboles y comiendo bichos del pelo de otros. Anna había caminado por una luna de Júpiter. Había mirado al cielo a través de cúpulas y visto la gran mancha roja, a una distancia desde la que podía ver los remolinos y corrientes de una tormenta más grande que su mundo natal. Había probado agua derretida de un bloque de hielo tan antiguo como el propio Sistema Solar. Y era aquella insatisfacción propia de los humanos, aquella osadía, la que los había llevado hasta allí.

Al verlo, sabía que el pequeño mundo que giraba a su alrededor algún día los llevaría hacia las estrellas.

El campamento de refugiados era una red de tiendas y estructuras temporales prefabricadas que se había dispuesto en la cara interna del tambor y que contaba con una larga y delgada línea de luz solar artificial que los bañaba como si se tratara de una tarde primaveral de la Tierra. Le llevó casi

una hora encontrar la tienda de Chris Williams. El intermediario de la *Thomas Prince* le informó de que el joven oficial de la armada había sobrevivido a la catástrofe, pero sufrido heridas terribles en el proceso. Anna quería verle, y quizá gracias a él consiguiera reunir al resto de la congregación que había formado durante el viaje.

Después de hacer algunas preguntas a los refugiados de la zona, encontró la tienda. No podía tocar a la puerta ni al timbre, así que se limitó a rascar la tela de la entrada de la tienda y dijo:

—¿Chris? ¿Estás ahí?

—¿Es usted, pastora? Entre.

El intermediario no había sido muy específico con la descripción de las heridas de Chris, por lo que Anna se preparó para lo peor cuando entró en la tienda. El joven teniente estaba tumbado en un catre militar y apoyado en varias almohadas. Tenía un pequeño terminal portátil en el regazo que dejó a un lado cuando ella entró. Su brazo izquierdo y su pierna izquierda terminaban a mitad de la extremidad.

—Por Dios. Yo...

—Si sus próximas palabras van a ser «lo siento» —dijo—, voy a tener que levantarme y darle una buena patada.

Anna empezó a reír a pesar de tener los ojos bañados en lágrimas.

—Lo siento, pero ahora lo siento por sentirlo. —Se sentó al borde del catre y le cogió la mano derecha—. ¿Cómo estás, Chris?

—Teniendo en cuenta algunas excepciones —hizo un gesto hacia lo que le quedaba del brazo y de la pierna—, he escapado del desastre mejor parado que la mayoría. No tengo un morado siquiera.

—No sé cuánto te cubrirá la seguridad social de la armada... —empezó a decir Anna, pero Chris la interrumpió.

—Terapia de crecimiento completa. Si salimos de aquí y volvemos a la civilización, tendré que pasar unos pocos meses de dolor y escozor, y luego tendré unos recambios rosados y resplandecientes.

—Bien, me alegro —dijo Anna. Había estado a punto de ofrecerle pagar el tratamiento sin saber que sería capaz de hacerlo. Por un momento, se sintió aliviada y avergonzada—. ¿Sabes algo de los demás de nuestro grupo? Aún no he tenido tiempo de buscarlos.

—Claro —dijo Chris, riendo entre dientes—. He oído algo. He oído que usted ha hecho incursiones de comando mientras yo estaba aquí tumbado. De haber sabido que les entrenaban para capturar terroristas aumentados hubiese prestado más atención en la iglesia de pequeño.

—Conseguí escapar de ella justo cuando le dio un ataque y luego la até a una silla. No es que sea muy heroico.

—A mí me van a dar una medalla por quedarme atrapado en una escotilla de presurización y sacrificar un brazo y una pierna por evitar que siete tripulantes quedaran aislados en una parte de la nave que estaba destruida. En aquel momento no era consciente, pero al parecer no importa. El heroísmo es una etiqueta que recibimos por hacer cosas que nunca haríamos si tuviésemos que pensarlas antes.

Anna rio por la ocurrencia.

—He pensado mucho en esa misma idea durante estos días. —Chris se relajó en su pila de almohadas y asintió para que la mujer continuara—. En lo de las etiquetas, quiero decir. La gente asegura que los alienígenas son malvados porque nos hacen daño. Pero ¿cómo sabemos que es cierto sin contexto?

—Sí —afirmó Chris—. Si pierdo varios miembros por emborracharme y caer en una cosechadora, soy un imbécil. Pero si los pierdo porque da la casualidad de que estoy junto a la puerta adecuada cuando la nave resulta dañada, soy un héroe.

—Quizá sea así de simple. No lo sé. Siento que está a punto de ocurrir algo muy importante, y que todos intentamos prepararnos antes de tiempo para lo que está por venir.

Chris se rascó el muñón de su pierna izquierda con gesto reflexivo y luego puso una mueca de dolor.

—¿A qué se refiere?

—A que hemos atravesado el Anillo para evitar que James Holden hable primero con los alienígenas. Pero es la misma persona que ayudó a que Eros cayera en Venus en lugar de destruir la Tierra. ¿Por qué damos por hecho que está mal que sea la primera persona que ven los extraterrestres? Y también hay algo que nos ha hecho viajar más despacio e inutilizado todas nuestras armas, pero no nos ha matado. Eso debería significar algo. Seguro que algo con tanto poder podría matarnos con la misma facilidad con la que nos ha dejado sin garras. Pero no lo ha hecho. En lugar de intentar descubrir lo que significa, decimos que es malvado porque nos ha hecho daño. Nos veo como niños a los que han castigado y creen que es porque sus padres son malos.

—¿Para qué detuvieron nuestras naves? ¿Para apaciguarnos? —preguntó Chris.

—Quién sabe —dijo Anna mientras se encogía de hombros—. Lo que sí sé es que no nos hacemos esas preguntas. Los humanos hacen cosas malas

cuando tienen miedo, y ahora mismo todos tenemos mucho miedo.

—Tara ha muerto —afirmó Chris.

Anna organizó sus recuerdos para intentar recordar quién era Tara. Chris vio su gesto confundido y añadió:

—La que tenía el pelo rubio y corto. Que era marine.

—Oh, no —respondió Anna mientras sentía que las lágrimas volvían a aflorar en sus ojos. La marine enfadada había muerto. El futuro en el que iba a intentar hablar con ella para conocer la razón de su rabia se había esfumado. Las conversaciones que ya había practicado en su mente, el hilo de preguntas y la expectación por conseguir que la marine se sincerara con ella, también. Se habían esfumado con la misma facilidad que si alguien hubiese pulsado un interruptor. No era difícil empatizar un poco con el punto de vista de Cortez. Después de todo, ahora los alienígenas habían matado a un miembro de su congregación.

«Pero quizá no lo habían hecho a propósito», y la intención era importante. De no ser así, el universo no tendría sentido para ella.

Consiguió terminar la visita sin dar la impresión de que estaba muy distraída, o eso quiso pensar. Después se marchó a buscar la tienda que le habían asignado para intentar descansar. No tenía razón para pensar que le iba a entrar sueño. Después de encontrarla, apareció Tilly Fagan. Anna levantó el brazo para saludarla, pero antes de que pudiera decir nada, Tilly se abalanzó sobre ella con los brazos abiertos y la apretó con tanta fuerza que llegó a notar cómo le restallaban las costillas. Tilly tenía una fuerza sorprendente para ser una mujer tan delgada.

—Estaba enfadada conmigo misma por haberte dejado marchar —dijo Tilly mientras la apretaba con más fuerza aún y se inclinaba sobre ella. Pesaba mucho. Estaban en el tambor y había rotación. Le iba a llevar tiempo acostumbrarse.

Cuando Tilly aflojó un poco la presión, Anna dijo:

—Creo que estaba... alterada.

—Eso también fue culpa mía —dijo Tilly, que volvió a estrujarla. Anna se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era dejarse llevar y darle unas palmaditas en la espalda a su amiga hasta que se calmara.

Un instante después, Tilly soltó a Anna y dio un paso atrás, con ojos húmedos pero una sonrisa en la cara.

—Me alegro de que no hayas muerto. El resto de los que se encontraban en la *Prince* parecen vainas. —Anna decidió no preguntarle a qué se refería con que parecían vainas—. La *Bégimo* es el mejor lugar en el que se puede

estar ahora mismo —continuó Tilly—. Si no descubrimos jamás cómo escapar de esta trampa, será el lugar en el que más tiempo podremos sobrevivir. Eso la convierte en el barrio pudiente de la zona lenta.

—Sí, una conclusión... importante.

Tilly rio. Sacó un cigarrillo y lo encendió mientras caminaban. Al ver el gesto sorprendido de Anna, dijo:

—Aquí te dejan hacerlo. Muchos cinturianos lo hacen. Están obsesionados con los filtros de aire, pero luego inhalan partículas venenosas para entretenerse. Es una cultura fabulosa.

Anna sonrió y se apartó el humo de la cara.

—Bueno —dijo Tilly haciendo como que no la había visto—. Les he pedido que me dejen marchar en la primera lanzadera. ¿Conseguiste rescatar a Holden?

—No lo encontré —respondió Anna—. Solo a su tripulación. Pero creo que les he salvado la vida.

Al principio, pensó que la expresión de Tilly se había distanciado, pero no era eso en realidad. Era dolor. Anna puso la mano sobre el brazo de la mujer.

—Quiero que hables con alguien —dijo Tilly—. Y es probable que no te vaya a gustar, pero lo harás por mí. Nunca más volveré a pedirte nada, y quedaré a deberte una muy grande.

—Estoy a tu disposición.

—Vas a ayudar a Claire.

Anna sintió que la habitación se había quedado sin aire. Por un momento, volvió a oír los gritos desgarradores y a sentir las vibraciones de los golpes que se transferían a través de las bisagras de la puerta de la taquilla de almacenamiento. Oyó a Chris diciéndole que Tara había muerto. Vio a Cortez, y oyó su voz destrozada. Respiró hondo.

—Sí —respondió—. Claro que lo haré.

—Tienes que levantarte —dijo la doctora Sterling. La gravedad alteraba la forma de su cara, tiraba hacia abajo de sus mejillas y de su pelo. Parecía mayor, y también más reconocible.

—Pensaba que no tenía que moverme mucho —dijo Toro. Luego tosió.

—Eso era cuando estaba preocupada por tu columna. Ahora lo que me preocupa son tus pulmones. Tienes problemas para eliminar las secreciones, casi se podría considerar una neumonía leve.

—No es para tanto.

—La gravedad rotacional no te va a sentar bien si estás tumbado —dijo mientras le tocaba el hombro para enfatizar sus palabras—. Tienes que sentarte más.

—No puedo sentarme —aclaró Toro—. No tengo músculos abdominales. No puedo hacer nada de nada.

—Tienes una cama ajustable —dijo la doctora, impertérrita—. Ajústala. Ponla lo más alta que puedas.

—¿Eso no hará que mi espalda se ponga aún peor?

—Podemos amarrarte —respondió la doctora—. Sea como fuere, puedes vivir sin mover las piernas, pero no puedes vivir sin que te funcionen los pulmones.

Las salas médicas habían cambiado. Al hacer rotar el tambor, todas las zonas que se habían reacondicionado para transformar la nave en un navío de guerra habían vuelto al estado original de nave generacional. Los puestos médicos y las duchas de emergencia se habían girado noventa grados y estaban preparados para usarse con la gravedad de la aceleración o para no usarse. Lo que antes estaba diseñado para parecer suelo y se había convertido en pared, ahora volvía a ser suelo. La estructura al completo infundía una sensación de vacilación. Una finta hecha de acero y cerámica industriales. Como algo que se había roto y vuelto a crecer mal.

—Haré lo que pueda —dijo Toro mientras apretaba los dientes para volver a reprimir la tos—. Ya que tengo que estar sentado, ¿podría al menos subirme a algo que se mueva un poco? Me empiezo a cansar de estar siempre en la misma habitación.

—No se lo recomiendo.

—¿Va a detenerme?

—No, no lo haré.

Se quedaron en silencio. La frustración y la hostilidad flotaban en el aire a su alrededor. Ninguno había dormido lo suficiente. Ambos se estaban extralimitando para intentar mantener viva a la mayor cantidad posible de gente. Y no pretendían ser simpáticos entre ellos.

—Haré lo que pueda, doctora —repitió Toro—. ¿Qué tal las cosas ahí fuera?

—La gente se muere, aunque cada vez menos. En este momento, la mayoría de los casos graves ha muerto o se encuentra fuera de peligro. Ahora casi todo el mundo está en la misma situación, hay que curar heridas y ayudar. También echar un buen ojo a aquellos que tienen heridas internas y que no vimos en su momento para intentar que no empeoren. Descanso, líquidos, algo de ejercicio y oraciones.

—Muy bien —comentó Toro justo en el momento en el que sonó su terminal portátil. Otra solicitud de llamada. De la *Hammurabi*, la fragata marciana en la que el capitán James Holden estaba bajo custodia.

—¿Y qué tal su parte? —preguntó la doctora Sterling. Tenía los labios apretados. Sabía la respuesta. Toro usó los controles de su cama para enderezarse hasta adoptar una postura que casi lo dejaba sentado. Notó que algo cambiaba en su respiración, pero lo único que conseguía así era que le costara más evitar toser.

—En un minuto se lo digo —dijo. Luego aceptó la llamada. La capitana Jakande apareció en la pantalla.

—Capitana —dijo Toro, que convirtió el título en un saludo.

—Señor Baca —respondió ella—. Recibí su último mensaje.

—No creo que llame para preparar el transporte del prisionero y su tripulación restante, ¿no?

La mujer no sonrió.

—Quería darle las gracias por el área de preparación que le ha dejado a nuestro equipo médico. No obstante, no transportaremos más personal a su navío ni dejaremos al prisionero bajo su custodia.

—No tiene dotación suficiente para controlar la nave. Ni siquiera para llevar a cabo los servicios mínimos. Entre los heridos, médicos y los médicos heridos, ahora mismo tengo a mi cargo a dos tercios de su personal.

—Y se lo agradezco.

—Lo que quiero decir es que le queda un tercio o menos de su tripulación. Van a tener que realizar turnos de trabajo dobles o triples. Los terrícolas aún siguen empeñados en que les envíe a Holden para que responda por los cargos de la *Seung Un*. —No mencionó la confesión de Clarissa Mao. Esa era una carta que se guardaba para más tarde. Levantó la mano—. Todos hemos visto morir personas importantes para nosotros a causa de algo que no comprendemos. Todos estamos tristes y asustados. Si no nos unimos, alguien hará algo de lo que nos vamos a arrepentir.

—El código militar marciano nos obliga a...

—Aquí tenemos una investigación en marcha. Compartiré con usted toda la información que hemos reunido. Hay cosas muy interesantes.

Algo se movió en el pecho de Toro, que empezó a toser con tanta fuerza que no pudo hablar ni oír nada. La boca se le llenó de flemas, y se inclinó hacia delante y se apoyó con los brazos para escupir. Quizá sí que le fuera a venir bien lo de sentarse.

—El código militar marciano prohíbe el traspaso de prisioneros a menos que esté autorizado por el gobierno. No podemos hablar con la RCM, por lo que no nos pueden autorizar nada.

—Podrían rendirse.

En esa ocasión sí que rio, y se desvaneció su fachada de decoro militar.

—Ojalá. Eso me permitiría dormir durante un turno entero, pero esa barcaza en la que navega no podría con nosotros, ni aunque pudiésemos luchar.

—Y no podemos hacerlo, así que nos queda poco más que dispararnos misivas enardecidas. Aprecio la llamada —dijo—. Le haré saber a la capitana que no están dispuestos. Pero oiga, déjeme preguntarle una cosa. ¿Qué van a hacer cuando la Tierra envíe varias docenas de marines con sopletes y cuchillos de cocina?

—Luchar contra ellos con sopletes y cuchillos de cocina —respondió la mujer—. *Hammurabi*, corto.

Toro miró la anodina pantalla de desconexión durante un minuto antes de soltar el terminal. Tendría que decírselo a Pa, pero no es que le apeteciera hacerlo. Ya tenía suficientes problemas para coordinar todo lo que él no podía debido a que se encontraba postrado en la enfermería.

No importaba cuál fuera la condición criminal de Holden con relación a Marte o a la Tierra, no importaba cuántas personas aseguraran que eran responsables de lo que se le acusaba a él. No era más que una excusa. Era el único que no estaba protegido por un tratado militar y que se podía interrogar sobre lo que había en el interior de la estación alienígena. La Tierra lo quería. La APE lo quería. Marte lo tenía, y no iba a cederlo, solo por el hecho de que tenían algo que los demás deseaban tener.

Y, tarde o temprano, un marciano con mucho estrés y mucho más sueño que pensara que Holden era el responsable de haberlos llevado hasta el Anillo, iba a vengarse de él a causa de un amante o de un amigo que hubiese muerto. Toro se rascó el cuello, la incipiente barba le rascó la punta de los dedos. Su cuerpo, vacío, se extendía bajo él a un tercio de g.

—¿Toro?

Levantó la cabeza. El enfermero parecía aún más cansado de lo que le había parecido la doctora.

—Tiene varias visitas, si le apetece —dijo.

—Depende. ¿Quién ha venido?

—Sacerdote. —Le costó darse cuenta de que aquella palabra no era un nombre, sino un puesto de trabajo.

—¿La rusa de la *Rocinante*?

El enfermero negó con la cabeza.

—El político. Cortez.

—¿Qué quiere?

—Pues yo creo que salvar su alma. No deja de hablar de proteger a la humanidad del diablo. Creo que quiere que usted lo ayude a hacerlo.

—Dígale que hable con Serge en la oficina de seguridad. ¿Quién más ha venido?

El gesto del enfermero cambió. Por un instante, Toro no supo a qué se debía, pero luego se dio cuenta de que era la primera vez que veía sonreír a ese enfermero, que él recordara.

—Alguien que tiene un regalo para usted —dijo el enfermero. Luego se asomó por el pasillo—. Venga, puede entrar.

Toro volvió a toser y expulsó más flemas. Sam se abrió paso hasta el umbral de la puerta con una sonrisa. Detrás de ella, dos técnicos cargaban con una caja de plástico azul tan grande que podían haber metido dentro a la mujer.

—¿Rosenberg? ¿Perdiendo el tiempo en lugar de estar reparando mi nave?

—Todavía te queda un motín más antes de que puedas decir que la nave es tuya —respondió Sam—. Y bueno, cuando la tripulación se enteró de lo que había pasado entre Ashford y tú, nos dieron ganas de hacerte un pequeño regalo entre todos.

Toro se movió, luego se encogió. Estaba tan acostumbrado a sostenerse con los músculos del tronco que cada vez que le fallaban se sorprendía un poco. Era una de las cosas que echaba de menos de la ingravidez. Sam no se dio cuenta, o hizo como si no se hubiese dado cuenta. Se apartó a un lado y agarró la caja como un mago que está a punto de hacer un truco. La doctora Sterling apareció por la puerta, con una ligera sonrisa en los labios. Toro tuvo la sensación de que le habían preparado una fiesta sorpresa.

—Me estáis poniendo nervioso —dijo Toro.

—Eso es que estás mejor —afirmó la doctora—. ¿Listo?

—Bueno, diría que no.

La tapa de la caja se abrió. El *mecha* que había dentro parecía complejo, voluminoso y consistente. A Toro no se le ocurrió nada que decir y, en lugar de eso, rio.

—Es un *mecha* montacargas normal y corriente —dijo Sam—, pero le hemos quitado parte de los refuerzos del tronco y añadido una órtesis TLS que me han dado los médicos. Cambiamos el control de piernas para que se pueda realizar con una palanca de control. No podrás bailar y vas a seguir necesitando ayuda para hacer tus necesidades, pero no estarás confinado en la cama. No es tan cómodo como una silla de ruedas de último modelo, pero te llevará a cualquier lugar de la nave, esté adaptado para movilidad reducida o no.

A Toro le dio la impresión de que le había sobrevenido otro acceso de tos, pero entonces sintió cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Joder, mierda, Sam.

—A callar, grandullón. Vamos a meterte ahí para ajustar las placas de sujeción.

Sam lo agarró por un hombro y el enfermero por otro. La sensación de que lo llevaban en volandas le resultó extraña. Toro no recordaba la última vez que alguien lo había cogido así. El abrazo de la parte central del *mecha* se parecía al de una faja, y Sam puso montantes en las piernas para que las de Toro no quedaran colgando. Era lo contrario de lo habitual: en lugar de usar sus piernas para mover el *mecha*, Toro usaba el *mecha* para mover sus piernas. Por primera vez desde la catástrofe, Toro caminó por la estancia y se dirigió a la zona central. Sam iba a su lado para echarle un ojo al mecanismo,

como una pata que acompaña a sus patitos la primera vez que se lanzan a nadar. No lo hacía sentir del todo seguro, pero sí que lo ayudaba.

En aquel lugar se encontraban los heridos que habían salido peor parados, hombres y mujeres, terrícolas, marcianos y cinturianos. Un calvo con la piel de un tono cetrino enfermizo se afanaba por respirar; una mujer tan joven que Toro casi no podía creer que no fuese una niña estaba casi desnuda en cama, con casi toda la piel quemada y la mirada perdida; un hombre corpulento con barba de profeta del Antiguo Testamento y el cuerpo tan lleno de pelo que parecía un mono se agitaba a pesar de estar sedado. En las batas médicas de plástico que llevaban no había señal alguna de a qué bando pertenecían. Todos eran personas y todos estaban en su nave, por lo que eran de los suyos.

Al fondo del pasillo, Corin se encontraba frente a una puerta con una pistola en la cadera. El saludo de la mujer fue una mezcla entre serio y burlón.

—*Macht sly*, jefe —dijo—. Buena percha.

—Gracias —dijo Toro.

—¿Ha venido a ver a los prisioneros?

—Claro —respondió Toro. No pretendía ver a nadie en particular, pero ya que ahora podía, no estaba de más. La zona restringida era más pequeña, pero si no se tenía en cuenta al guarda que había en la puerta, el interior no era diferente al del resto de las zonas. «Prisioneros» era una palabra muy contundente. La ley no había puesto ahí a ninguno de ellos. Los heridos eran tanto civiles importantes de la Tierra como marcianos del más alto rango. Toro pensó que todos serían útiles tarde o temprano. La docena de camas estaba llena.

—¿Qué te parece? —preguntó Sam.

—Diría que se ladea un poco hacia la izquierda —respondió Toro.

—Sí, creo que quizá...

Se oyó una voz que venía del fondo de la estancia, débil y desorientada pero inconfundible.

—¿Sam?

Sam miró de improviso hacia atrás y dio algunos pasos titubeantes hacia la mujer que acababa de hablar.

—¿Naomi? Joder, cielo. ¿Qué te ha pasado?

—Me metí en una pelea —pronunció la segunda de a bordo de la *Rocinante* entre sus labios cuarteados y amoratados—. Le di para el pelo.

—¿Conoces a Nagata?

—De los viejos tiempos —respondió Sam mientras le cogía la mano a Naomi—. Fuimos compañeras de habitación durante seis días después de que

Holden y ella se pelearan.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar Naomi—. ¿Dónde está mi tripulación?

—Están aquí —respondió Toro mientras se acercaba a ella con el *mecha*—. Todos menos Holden.

—¿Están todos bien?

—He estado mejor —dijo un hombre rechoncho con indicios de alopecia y de piel tostada. Tenía acento del Valles Marineris de Marte o de la zona occidental de Texas en la Tierra. Costaba notar la diferencia.

—Alex —llamó Naomi—. ¿Dónde está Amos?

—En la cama de al lado —respondió el marciano—. Ha dormido mucho. Pero ¿qué ha pasado? ¿Nos han arrestado?

—Ocurrió un accidente —respondió Toro—. Hay muchos heridos.

—Pero no estamos arrestados —insistió Alex.

—No.

—Entonces bien.

Naomi Nagata se relajó en su cama. Saber que su tripulación estaba bien y junto a ella le había quitado un peso de encima. Toro se quedó con aquella información por si le era útil más adelante.

—La mujer que os atacó sí está bajo arresto —continuó Toro.

—Es ella. La de la bomba —afirmó Naomi.

—Lo estamos investigando —dijo Toro, intentando que su voz sonara tranquilizadora. Otro amago de tos echó por tierra el intento.

Naomi recordó algo y frunció el ceño. A Toro le dieron ganas de cogerle la otra mano. Crear entre ellos una relación de entendimiento. El *mecha* servía muy bien para caminar, pero para otras cosas le limitaba un poco.

—¿Jim? —preguntó la cinturiana.

—El capitán Holden se encuentra bajo custodia de la armada marciana —respondió Toro—. Estoy intentando negociar con ellos para que lo pongan bajo nuestra custodia, pero por ahora no ha ido bien.

Naomi sonrió como si le hubiese dado buenas noticias y luego asintió. Cerró los ojos.

—¿Y qué hay de Miller?

—¿De quién? —preguntó Toro, pero la mujer ya se había dormido. Sam se dirigió hacia la cama de Alex, y Toro dio un paso al frente para mirar de cerca al mecánico durmiente de la *Rocinante*. Amos Burton. Eran toda una panda, y una tripulación demasiado escasa para encargarse de manera segura de una nave como la que tenían. Quizá Jakande pudiera sonsacarles algo.

Iban a estar en desventaja hasta que consiguieran tener a Holden. Ese hombre se dedicaba de manera profesional a ser un símbolo, y los símbolos eran muy importantes para calmar las situaciones que no se prestaban a la calma. La capitana Jakande no se doblegaría, porque si lo hacía podía acabar ante un tribunal militar cuando regresaran. Si es que regresaban. A Toro no le gustaba, pero lo entendía. De haber estado en cualquier otro lugar que no fuese la zona lenta, hubiesen estado agitando las armas y enseñando los dientes. Pero ahí lo único que podían hacer era hablar...

A Toro se le secó la garganta. Sam no había dejado de mirar hacia la cama de Naomi Nagata, con gesto compungido y lleno de rabia.

—Sam —llamó Toro—. ¿Tienes un minuto?

Sam levantó la vista y asintió. Toro movió un poco la palanca de control y el *mecha* deambuló por el lugar con torpeza. Lo llevó hasta la puerta y entró en su habitación privada. Cuando llegaron, la expresión de Sam había pasado a ser una de curiosidad. Toro cerró la puerta y tosió. Le dolía un poco la cabeza y el corazón le latía con fuerza. Miedo, emoción o estar en vertical por primera vez desde que habían atravesado el Anillo, no sabía a qué se debía.

—¿Qué pasa, jefe?

—El láser de comunicaciones —dijo Toro—. Imagina que quiero convertirlo en un arma. ¿Qué cantidad de energía es la máxima que podemos lanzar a través de él?

Sam frunció el ceño, pero era más el típico gesto de un ingeniero haciendo cálculos mentales. La gravedad rotacional la hacía parecer mayor. O quizás era el efecto de estar rodeados de muerte y pavor.

—Puedo hacer que esté tan caliente como el núcleo de una estrella al menos durante una fracción de segundo —dijo Sam—. Pero dejaría esa parte de la nave echa una ruina humeante.

—¿Cuál es la potencia máxima que podemos conseguir para, digamos, disparar tres veces sin fundir nuestra nave?

—Ya puede atravesar el casco de otra nave si se dispone del tiempo necesario. Creo que podría conseguir reducir un poco ese tiempo.

—Ponte a ello, ¿vale?

Sam negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Toro.

—Esa pelota enorme de ahí fuera es capaz de apagar la inercia cuando se siente amenazada. No creo que sea seguro convertir la luz en un arma. Es que... ¿qué pasaría si decide hacer que se detengan todos los fotones o algo así?

—Cuando la tengamos, no necesitaremos usarla.

Sam volvió a negar con la cabeza.

—No puedo hacer eso por ti, Toro.

—¿Y por la capitana? ¿Lo harías por una cinturiana?

Sam se ruborizó. Toro no supo si era a causa de la vergüenza o de la rabia.

—Golpe bajo.

—Lo siento, pero ¿aceptarías una orden directa como esa de la capitana Pa?

—Suya sí, pero no porque sea cinturiana. Lo haría porque es la capitana y confío en su buen juicio.

—Más que en el mío.

Sam se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos.

—La última vez que hice lo que me dijiste acabé bajo arresto.

Toro tuvo que darle la razón. Se afanó para sacar el brazo del *mecha*, tomó el terminal portátil y realizó una solicitud de llamada prioritaria a Pa. La cogió casi de inmediato. También parecía mayor, cansada, firme, incuestionable. Las crisis le sentaban bien.

—Señor Baca —saludó—. ¿Qué tal ha ido?

—La capitana Jakande no va a traer a más de los suyos, aunque sepa que estarían mejor aquí. Y tampoco va a entregar a Holden.

—Muy bien —dijo Pa—. Bueno, lo hemos intentado.

—Pero quizá sí que se rinda ante usted —continuó Toro—. Y algo me dice que será mucho más sencillo ponernos en plan policía si conseguimos la única arma disponible de la zona lenta.

Pa ladeó la cabeza.

—Continúe —dijo.

Clarissa

Los guardas iban, le llevaban pequeñas raciones de proteínas alimenticias y la cantidad justa de botellas de agua y luego llevaban a los prisioneros al baño con las pistolas desenfundadas. Clarissa pasó la mayor parte del tiempo tumbada en el suelo, susurrando en voz baja antiguas canciones o haciendo dibujos en la piel de los brazos, pequeños arañazos blancos con las uñas. El aburrimiento hubiese sido devastador en caso de haberlo sentido, pero parecía encontrarse en una dimensión ajena al tiempo.

Las únicas veces que lloraba era cuando pensaba en el asesinato de Ren y cuando recordaba a su padre. Lo único que esperaba era otra visita de Tilly o de su amigo misterioso, y la muerte.

La mujer llegó primero y, cuando lo hizo, Clarissa la reconoció. La melena pelirroja le caía a causa de la gravedad, y parecía tener la cara más tersa, pero su mirada era inolvidable. La mujer de la cocina de la *Thomas Prince*. Y luego, la de la *Rocinante*. Anna. Le había dicho a Naomi que se llamaba Anna.

No era más que otra de las personas a las que Clarissa había intentado matar.

—Tengo permiso para hablar con ella —dijo Anna. El guarda, un hombre de cara ancha y un brazo lleno de cicatrices que parecía mostrar con orgullo, se cruzó de brazos.

—Está aquí, *ou non*? Pues habla.

—Imposible —respondió Anna—. Es una conversación privada. No puedo tenerla delante de otros.

—No puedes tenerla en ningún otro sitio —dijo el guarda—. ¿Sabes a cuántas personas ha matado esta coya? Tiene aumentos. Es peligrosa.

—Lo sabe —comentó Clarissa, y Anna esbozó una sonrisa como si compartieran un chiste. Clarissa notó que el estómago le daba un vuelco. Había algo amenazador en una mujer que era capaz de recibir ataques y ser

amenazada y tomárselo como algo íntimo entre ambas. Clarissa se cuestionó el hecho de que quisiera hablar con ella.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a asumir —dijo Anna—. Puede encontrarnos un lugar. Una... una sala de reuniones. Tienen alguna, ¿verdad?

El guarda pareció enterrarse aún más en el suelo, inamovible.

—Puede quedarse aquí hasta que se apague el sol —respondió—. No pienso abrir esa puerta.

—No pasa nada —afirmó Clarissa.

—Sí que pasa —dijo Anna—. Soy su párroca y tenemos que hablar de asuntos privados. Por favor, abra la puerta y llévenos a algún lugar en el que podamos hablar.

—Jojo —llamó el capitán que se encontraba al fondo de la estancia. Ashford. Así se llamaba—. No pasa nada. Puedes meterlas en el congelador de carne. No se usa y se cierra desde fuera.

—Una buena manera de hacer que maten a una sacerdotisa, *ano sa?*

—No lo creo —respondió Anna.

—Pues está claro que crees en las hadas del vacío —dijo el guarda, pero luego abrió la puerta de la celda. Los barrotes se abrieron hacia un lado. Clarissa titubeó. Detrás del guarda y de la sacerdotisa, el desacreditado capitán Ashford la observó entre sus barrotes. Necesitaba un afeitado y daba la impresión de haber estado llorando. Por un instante, Clarissa agarró los fríos barrotes de metal de su celda. Le abrumó la necesidad de tirar de ellos y cerrarlos, de alejarse.

—Tranquila —oyó decir a Anna.

Clarissa soltó la puerta y salió. El guarda desenfundó la pistola y la presionó contra el cuello de la mujer. Le dio la impresión de que a Anna no le gustaba aquella imagen. El gesto de Ashford no cambió ni un milímetro.

—¿Es necesario? —preguntó Anna.

—Los implantes —dijo el guarda, que empujó a Clarissa para que avanzara. La mujer avanzó.

El congelador era un lugar cálido y más grande que la cocina de la *Cerisier*. Había líneas de metal por el suelo, el techo y las paredes, con muescas cada pocos centímetros para que los colonos mormones que nunca habían ocupado la nave colocaran paredes y divisiones. Tenía sentido que las casetas de veterinaria que ahora se usaban como celdas estuviesen cerca del matadero. Unos leds blancos y penetrantes estaban encajados en las paredes. No había nada que los cubriera, eran fijos y proyectaban sombras estáticas en el lugar.

—Volveré en quince minutos —dijo el guarda mientras empujaba a Clarissa hacia dentro—. Como vea algo raro, te disparo.

—Gracias por la privacidad —agradeció Anna, que entró detrás de ella. La puerta se cerró. Las luces parpadearon, y el primer pensamiento que cruzó la cabeza de Clarissa sin que ella pudiese evitarlo fue: «La consola de control y el imán de cerrado no deberían usar el mismo circuito». Era una reliquia de otra vida.

Anna recuperó la compostura, sonrió y extendió la mano.

—Nos conocemos de antes —dijo—, pero no nos han presentado como es debido. Me llamo Anna.

Una vida acostumbrada a la formalidad hizo que aceptara la mano que le ofrecía la mujer. Tenía los dedos calientes.

—¿Mi párroca? —dijo Clarissa.

—Siento haberlo dicho —dijo Anna—. No me gusta presuponer nada. Me estaba poniendo de los nervios e intenté usar mi condición profesional.

—Conozco a algunos que se ponen mucho peor. Cuando se enfadan.

Clarissa soltó la mano de la mujer.

—Soy amiga de Tilly. Me ayudó después del desastre en la nave. Estaba herida y no tenía las ideas muy claras, y ella me socorrió —dijo.

—Se le da bien.

—También conocía a su hermana. A su padre. A toda la familia —dijo Anna. Luego apretó los labios con impaciencia—. Ojalá nos hubiesen dado unas sillas. Me siento como si estuviésemos en una parada de autobús.

Anna respiró hondo, soltó el aire por la nariz y luego se sentó en medio del lugar con las piernas cruzadas. Tocó la cubierta de metal que tenía junto a ella. Clarissa dudó, y luego se agachó para sentarse. Le vino un recuerdo sobrecogedor de cuando tenía cinco años y estaba sentada sobre una moqueta en la guardería.

—Mucho mejor —convino Anna—. Tilly me ha contado mucho sobre ti. Está preocupada.

Clarissa ladeó la cabeza. El lugar y la forma que tenía la invitaban a hablar. Sintió la necesidad de decir algo, pero no se le ocurrió nada. Un momento después, Anna continuó intentando hacerla hablar de forma indirecta.

—También estoy preocupada por ti.

—¿Por qué?

Anna puso la mirada perdida. Por un instante, a Clarissa le dio la impresión de que la mujer discutía consigo misma. Solo durante un momento.

Luego se inclinó hacia delante y entrelazó las manos.

—Por no ayudarte antes. Te vi justo antes de la explosión de la *Seung Un* —respondió—. Justo antes de que detonaras la bomba.

—Ya era demasiado tarde —dijo Clarissa. Ren ya había muerto—. No podrías haberlo evitado.

—Cierto —comentó Anna—. Pero esa no es la razón por la que estoy aquí. Yo también... he perdido a alguien. Cuando se detuvieron todas las naves, perdí a alguien.

—Alguien que te importaba —dijo Clarissa—. Alguien a quien amabas.

—Alguien a quien casi no conocía, pero que fue una gran pérdida. Y también tenía miedo de ti. Tengo miedo de ti. Pero Tilly me ha contado mucho sobre tu vida, y me ha ayudado a superar parte de mis miedos.

—¿Solo parte?

—Sí. Solo parte.

Algo en las profundidades del armazón de la nave hizo un ruido sordo, toda la estructura que tenían alrededor resonó como si alguien hubiese tañido una campana gigante muy lejos.

—Podría matarte —afirmó Clarissa—. Antes de que abran la puerta.

—Lo sé. Te he visto.

Clarissa sacó una mano y la apoyó en la guía llena de muescas. El acabado era suave, y el metal estaba frío.

—Entonces, ¿quieres una confesión? —preguntó.

—Si es lo que me ofreces.

»Lo hice —afirmó Clarissa—. Saboteé la *Rocinante* y la *Seung Un*. Maté a Ren. Maté a algunas personas en la Tierra. Mentí sobre mi identidad. Todo. Soy culpable.

—Muy bien.

—¿Hemos terminado?

Anna se rascó la nariz y suspiró.

—Vine al Anillo aunque sabía que mi mujer se iba a enfadar. Aunque significara no volver a ver a mi hija durante meses. Me convencí de que quería verlo de cerca. Ayudar a los demás a que lo comprendieran y, fuera lo que fuese, no sintiesen miedo. Tú viniste a... salvar a tu padre. A redimirlo.

—¿Es lo que te ha dicho Tilly?

—Ella no lo ha dicho de manera tan educada.

Clarissa soltó una risotada. Cualquier cosa que dijera iba a sonar manida. Peor aún, ingenua y estúpida. «Jim Holden destruyó a mi familia y quería que mi padre estuviera orgulloso de mí, pero estaba equivocada».

—Lo hecho, hecho está —dijo Clarissa—. Puedes decirles eso. A los de seguridad. Puedes decirles que he confesado.

—Si quieres que lo haga, lo haré.

—Sí. Quiero que lo hagas.

—¿Por qué intentaste matar a Naomi?

—Quería matarlos a todos —dijo Clarissa, y le costó pronunciar cada una de las palabras, como si fuesen demasiado grandes para atravesarle la garganta—. Formaban parte de él, y quería destruirlo del todo. Que no existiera de ninguna manera. Quería que todos supieran que es malvado.

—¿Y aún lo quieres?

—Ya me da igual —respondió Clarissa—. Puedes decírselo.

—¿Y Naomi? Voy a verla ahora. ¿Hay algo en particular que quieras que le diga?

Clarissa recordó la cara de la mujer, sanguinolenta y llena de moretones. Cerró la mano, sintió el guante del *mecha* entre los dedos. No le hubiese costado nada partirle el cuello, menos presión que la que ejerce el peso de una pluma. Se preguntó por qué no lo había hecho. Las diferencias entre la duda y el hecho de haber podido saborear aquel momento se enfrentaron en las profundidades de su mente, y sus recuerdos apoyaron ambas posibilidades. O ninguna.

—Dile que espero que se recupere pronto.

—¿Lo esperas de verdad?

—¿Te refieres a si solo pretendo ser educada? —preguntó Clarissa—. Dile lo que quieras. Me da igual.

—Muy bien —dijo Anna—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—¿Puedo evitar que lo hagas?

—Sí.

El silencio duró poco más de tres latidos.

—Puedes hacerme una pregunta.

—¿Quieres redimirte?

—No creo en Dios.

—Entonces, ¿quieres redimirte aunque no sea de mano de Dios? Si se te ofreciera el perdón, ¿lo aceptarías?

La rabia empezó a aflorar en las entrañas de Clarissa y se expandió hacia su pecho. Le retorció los labios y le frunció el ceño. Por primera vez desde que había perdido la conciencia cuando se disponía a destrozar la taquilla de la *Rocinante*, recordó lo que era la ira. Lo incontrolable que era.

—¿Por qué deberían perdonarme? Lo hice. Se acabó.

—Pero si...

—¿Qué clase de justicia sería esa? Bueno, mataste a Ren, pero lo sientes, así que no pasa nada. Que le den. Y si tu Dios funciona así, pues que le den también a Él.

La puerta del congelador resonó. Clarissa levantó la vista y la miró, al principio molesta por no haberse dado cuenta del tiempo para luego darse cuenta de que seguro que la había oído gritar. Venían a salvar a la sacerdotisa. Apretó los puños con fuerza y los miró. Iban a llevarla de nuevo a su celda. Sintió en las entrañas que era algo que no le apetecía nada.

—No pasa nada —dijo Anna mientras el guarda entraba en el congelador y apuntaba a Clarissa con la pistola—. Todo va bien.

—Yo creo que no —dijo el guarda. Tenía los ojos entornados, y la vista fija en la mujer. Estaba asustado—. Se ha acabado el tiempo. La reunión ha terminado.

Anna miró a Clarissa con una expresión similar a la frustración. No por ella, sino por la situación. Por no haber conseguido que se resolviera como ella quería. Clarissa se sintió identificada con la sensación.

—Me gustaría volver a hablar contigo —dijo Anna—. Si no te importa.

—Sabes dónde vivo —dijo Clarissa mientras se encogía de hombros—. No salgo mucho de casa.

Anna

Cuando llegó, Toro no se encontraba en su oficina. Una mujer joven y musculosa con una pistola grande en la cadera se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos cuando Anna le preguntó si podía esperar por él, luego la ignoró y siguió trabajando. Había una consola de pared en la que estaba sintonizado el canal de la Radio Zona Lenta Libre, en el que un joven terrícola se inclinaba sobre Monica Stuart y hablaba con seriedad. Tenía la piel de un rosado reluciente que no parecía ser su color natural. A Anna le dio la impresión de que estaba despellejado.

—No he cambiado mi compromiso por la independencia por la Zona de Interés Colectivo de Brasil —dijo el hombre—. Como mucho, podría decir que se ha ampliado.

—¿Ampliado en qué sentido? —preguntó Monica. Parecía interesada de verdad. Tenía un don. El hombre despellejado tocó el aire con la punta de los dedos. Anna estaba segura de que lo había visto en la *Thomas Prince*, pero por mucho que se esforzara no podía acordarse de su nombre. Tenía la ligera sensación de que se trataba de un pintor. Sin duda se dedicaba a algún oficio artístico.

—Todos hemos cambiado —aseguró—. Al venir aquí. Al superar las pruebas a las que nos hemos tenido que enfrentar, todos hemos cambiado. Cuando volvamos, ninguno seremos las personas que éramos antes de que ocurriera. La tragedia, la pérdida y el sentido de la maravilla cambian la esencia misma de la naturaleza humana. ¿Sabe a qué me refiero?

Por extraño que pareciera, Anna creyó entenderlo.

Ser pastora era sinónimo de entrometerse en la vida de los demás. Anna había aconsejado a miembros de su congregación sobre temas sentimentales, oficiado sus bodas, bautizado a sus bebés y, en una ocasión sobrecogedora, había oficiado el funeral de uno de esos bebés un año después. Los miembros de su congregación la incluían en los momentos más importantes de sus vidas.

Estaba acostumbrada y, en la mayoría de los casos, disfrutaba de esa profunda conexión con la gente. Seguirle el rastro a una vida era como hacer un mapa de la manera en la que ciertos acontecimientos cambiaban a una persona y dejaban atrás a una persona diferente. El hecho de haber atravesado el Anillo y la tragedia que había acontecido a raíz de él los había cambiado a todos.

El éxodo del resto de la flota a la *Bégimo* estaba en pleno auge. Los campamentos de tiendas que había repartidos por la superficie superior y curvada del habitáculo del tambor brotaban como flores silvestres en un campo de tierra lisa y del color de la cerámica y el acero. Anna vio a cinturianos altos y desgarbados que ayudaban a transportar a terrícolas heridos desde los carritos de emergencia, a ponerles intravenosas y demás equipo médico, a ahuecar almohadas, y todo sin fruncir el ceño. Los interianos y los exterianos descargaban cajas en grupos entremezclados sin hacer comentarios al respecto. Anna no pudo evitar sentirse conmovida, a pesar de lo reciente que aún estaba el desastre. Quizás hiciese falta una tragedia de verdad para hacer que trabajasen todos juntos. Había hecho falta. Estaban trabajando juntos. Aún quedaba esperanza.

Ahora solo hacía falta encontrar la manera de que volviese a ocurrir sin sangre ni gritos de por medio.

—Han criticado su trabajo —dijo Monica Stuart—, han dicho que respalda la violencia.

El hombre despellejado asintió.

—Solía rechazarla —respondió—. He llegado a la conclusión de que puede ser válida. Creo que cuando volvamos a casa habrá algunos reajustes.

—¿A causa del Anillo?

—Y de la zona lenta. Y de todo lo que ha ocurrido aquí.

—¿Cree que su trabajo hará que otros artistas políticos salgan a la palestra?

—Sin duda.

Chris, el joven oficial, le había pedido organizar grupos mixtos para las misas en la *Bégimo*. Al principio pensó que con lo de mixtos se refería a las religiones, pero resultó que lo que quería decir era que se formaran grupos de terrícolas, marcianos y cinturianos. Mixtos, como si Dios categorizara a la gente basándose en la gravedad del lugar en el que crecían. En ese momento, a Anna se le había ocurrido que no había un grupo «mixto» para las misas. No importaba cuál fuese su aspecto ni cómo decidieran llamarle, cuando un grupo de personas se entregaba a Dios, conformaban una única voz. Aunque no hubiese Dios, aunque hubiese uno, o muchos, no importaba. «Fe,

esperanza y amor —había escrito Pablo—. Pero el amor es lo más importante». La fe y la esperanza eran muy importantes para Anna, pero al contrario que antes, ahora sabía a qué se refería Pablo. El amor no necesitaba nada más. No necesitaba creencias comunes, identidades comunes. Anna pensó en su hija y sintió una punzada de añoranza y soledad. Casi podía sentir a Nami entre sus brazos y oler ese hipnotizante aroma a recién nacido de su cabeza. Nono la ugandesa y Anna la rusa se habían mezclado para crear a Nami. No era una mixtura, no era algo tan ordinario. Era algo más que la suma de sus partes y sus orígenes. Algo nuevo, individual y único.

Nada de grupos mixtos. Solo un grupo. Algo nuevo, perfecto y único. Le resultaba imposible pensar que Dios los veía de otra forma. Anna estaba muy segura de que aquel sería un buen sermón para comenzar. Cuando llevaba escrita en su terminal la mitad del resumen de su sermón «para Dios no hay grupos mixtos», Toro entró por la puerta y sus piernas mecánicas rechinaron e hicieron un ruido sordo a cada paso. Anna pensó que aquello le daba a Toro más dignidad de la que ya tenía antes. Se movía con el empeño que le aportaba esa necesidad mecánica, uno que se podía malinterpretar y dar pie a pensar que se trataba de formalidad o majestuosidad. El chirrido eléctrico de la máquina y el pesado retumbar de sus pasos parecían un heraldo que anticipaba su llegada.

Anna se imaginó lo molesto que se sentiría Toro si se lo decía, y rio en voz baja.

Toro estaba en medio de una conversación con un subordinado y ni siquiera se percató de su llegada.

—No me importa lo que opinen, Serge. El acuerdo no permitía personal militar armado en la nave. Y aunque no tuvieran una tonelada de armas integradas, esas armaduras aún podrían considerarse armas. Confisca ese equipamiento o títalo de la puta nave.

—*Oui, patron* —respondió el otro hombre—. ¿Cómo lo hago, *sa*? ¿Con un abrelatas?

—Engaña a esos cabrones. Si no conseguimos que nos hagan caso ahora que somos amigos, ¿qué vamos a hacer cuando decidan que no lo somos? Como cuatro marines con armadura de reconocimiento quieran hacerse con el control de la nave, lo van a conseguir, verga. Así que vamos a quitarles las armaduras antes de que lo hagan. No quiero que esas cosas estén en el tambor siquiera. Guárdalas bajo llave en la armería del puente.

Serge no parecía nada contento con las órdenes.

—¿Podría ayudarme alguien?

—Usa todo el personal que quieras, pero como no sea necesario, lo único que vas a conseguir es hacer enfadar a los marines. Y como se enfaden, el personal no te va a servir de ayuda.

Serge se quedó en silencio, abrió la boca y luego la cerró de improviso y se marchó. Toro vio a Anna por primera vez y dijo:

—¿Qué puedo hacer por usted, pastora?

—Anna, por favor. He venido a hablar de Clarissa Mao —respondió.

—Si no es su abogada ni su representante del sindicato...

—Soy su párroca. ¿Qué le pasará ahora?

Toro volvió a suspirar.

—Ha confesado ser responsable de destruir una nave. Después de eso no puede pasar nada bueno.

—Se dice que usted lanzó a un hombre por una esclusa por vender drogas. Que es cruel. Despiadado.

—¿Eso dicen? —dijo Toro. Anna no sabía si la sorpresa de su voz era genuina o fingida.

—No la mate, por favor —dijo al tiempo que se inclinaba hacia él y lo miraba con fijeza—. Tampoco permita que nadie la mate.

—¿Por qué no? —Lo dijo de una manera que no parecía un desafío ni una amenaza. Era como si de verdad no supiese la respuesta y, de alguna manera, tuviese curiosidad. Anna se tragó su miedo.

—Porque no puedo ayudarla si está muerta.

—No quiero ofenderla, pero eso me preocupa bien poco.

—Pensaba que usted representaba la ley y el orden del lugar.

—Digamos que me centro en el orden, más bien.

—Merece un juicio, y como todo el mundo se entere de las cosas que usted sabe sobre ella, no lo va a tener. Se rebelarán. La matarán. Ayúdeme a conseguirle un juicio, al menos.

El hombre corpulento suspiró.

—¿Quiere un juicio o una manera de ganar tiempo?

—Ganar tiempo.

Toro asintió mientras sopesaba algo y luego le hizo un gesto para que la acompañara a su despacho. Después de que Anna se sentara junto al maltrecho escritorio, Toro deambuló por la pequeña estancia mientras preparaba una cafetera. Le pareció una extravagancia ahora que se había implementado el racionamiento de agua, pero luego Anna recordó que Toro era la segunda persona con más poder de la zona lenta. Los privilegios del rango.

Ella no quería café, pero aceptó la taza para permitirle al hombre un instante de generosidad. Generosidad que quizá después necesitara, cuando le pidiera algo que quisiera de verdad.

—Cuando Holden le empiece a decir a la gente quién fue el auténtico responsable del sabotaje de la *Seung Un*, y es James Holden, así que lo hará, el personal de la ONU va a reclamar a Clarissa. Y si me ofrecen lo que necesito para mantener a salvo y unidos a todos los que tenemos aquí hasta que pase todo, la entregaré. No saldrá de esta nave, eso sí.

—¿Y qué harán con ella? —Anna dio un sorbo al café por educación. Le quemó la lengua y le supo ácido.

—Es probable que reúnan un tribunal de oficiales, le hagan un juicio corto y la tiren a un reciclador. Lo normal sería lanzarla por la esclusa, supongo, pero eso sería un desperdicio tal y como estamos ahora. Los suministros que nos envíen tardarán lo mismo en atravesar la zona lenta que en llegar hasta el Anillo.

Tenía voz indiferente e impassible. Hablaba de logística, no de la vida de una joven. Anna reprimió un escalofrío y dijo:

—Señor Baca, ¿cree en Dios?

Le sorprendió ver que Toro no puso los ojos en blanco. Pero luego arruinó el momento.

—Creo en todo lo que nos permita ver el mañana.

—No sea frívolo —dijo Anna, que se alegró de ver que Toro se había envarado un poco en aquella máquina que usaba para caminar. Sabía de buena tinta que detrás de todos los hombres fuertes había una madre fuerte, y sabía cómo tratar con esa clase de personas.

—Mire —dijo Toro, que intentó volver a llevar la iniciativa. Pero Anna le interrumpió.

—Olvídese de Dios por un momento —dijo la mujer—. ¿Cree en la idea del perdón? ¿En la posibilidad de la redención? ¿En el valor de todas las vidas humanas sin importar lo corruptas o mancilladas que estén?

—Joder, claro que no —dijo Toro—. Para mí llega un punto en el que la oscuridad se cierne sobre nosotros y ya no hay marcha atrás.

—Parece que habla desde la experiencia. ¿Cómo de cerca de ese punto ha estado usted?

—Lo suficiente para saber que existe un punto desde el que no hay marcha atrás.

—¿Y se cree digno juez para saber dónde se encuentra ese punto?

Toro se agitó en el interior de la estructura de aquel andador y movió las correas que lo sostenían. Miró con tristeza la silla del despacho que ya no podía usar. Anna se sintió mal al verlo, destrozado en el peor momento posible. Intentando mantener el orden en ese pequeño mundo mientras agotaba, desamparado e imprudente, las últimas reservas de fuerza que le quedaban. Sus ojos magullados y su piel cetrina se le parecieron de improviso a un indicador de batería que señalaba con una luz resplandeciente que estaba a punto de agotarse. Anna se sintió un poco culpable por ponérselo aún más difícil.

—No quiero matar a esa chica —dijo mientras daba otro sorbo a aquel café terrible—. De hecho, me importa una mierda lo que le pase mientras siga encerrada y no se convierta en un peligro para mi nave. La persona con la que debería hablar es con Holden. Él es el que va a hacer que todo el mundo salga ahí fuera con antorchas.

—Pero los marcianos...

—Se rindieron hace veinte horas.

Anna parpadeó.

—Llevaban días queriendo hacerlo —continuó Toro—. Solo tuvimos que encontrar la manera de que guardaran las apariencias.

—¿Cómo que guardaran las apariencias?

—Ahora tienen una versión que contar en la que no dan a entender que son débiles. Es lo que necesitaban. Pero de no haber encontrado la manera, se hubiesen mantenido firmes hasta la muerte. Pocas cosas han causado más muertes que el miedo a parecer un blandengue.

—Entonces, ¿Holden está de camino?

—Viene de camino en una lanzadera junto a cuatro marines de reconocimiento, lo que no deja de ser otro problema para mí. ¿Qué le parece esto? No hablaré de la chica a menos que tenga razón para hacerlo. Lo que haga Holden, ya no depende de mí.

—Muy bien. Hablaré con él cuando llegue —respondió Anna.

—Le deseo suerte —dijo Toro.

36

Holden

Cuando los marcianos vinieron a por él, dos hombres y dos mujeres armados y uniformados, la mente abotargada de Holden empezó a funcionar a toda máquina. La capitana le había encontrado un hueco en la clínica y quería volver a interrogarlo sobre lo que había ocurrido en la estación e iban a lanzarlo por una esclusa de aire y se habían enterado de que Naomi estaba muerta y luego de que no lo estaba. Sentía que todas sus neuronas desde la cabeza a los pies estaban a punto de estallar. Era lo único que podía hacer para no impulsarse de la pared de la celda hacia el estrecho pasillo.

—Por favor, identifíquese, prisionero —dijo uno de los hombres.

—James Holden. A ver, tampoco es que tengáis muchos prisioneros aquí. ¿O no? Porque, desde que llegué, llevo como una década intentando encontrar a alguien con quien hablar y estoy muy seguro de que aquí estamos solos el polvo y yo.

Se mordió la boca para dejar de hablar. Llevaba solo y asustado mucho tiempo. No había llegado a ser consciente de cuánto le había afectado. Aunque cuando llegó a la *Hammurabi* no tenía problemas mentales, no quedaba mucho para que empezara a sufrir las consecuencias.

—El registro indica que el prisionero se ha identificado como James Holden —dijo el hombre—. Acompañeme.

El pasillo de fuera de las celdas era tan estrecho que tener dos guardas delante y dos detrás era como estar rodeado por paredes. La baja gravedad que había en Marte había hecho que sus cuerpos fueran más parecidos a los de los cinturianos que al suyo, y todos se alzaban sobre él y andaban un poco encorvados. Holden nunca se había sentido tan aliviado de encontrarse en un pasillo tan pequeño y estrecho. Pero a pesar del alivio, no pudo evitar sentir ansiedad. Los guardas empezaron a moverse con una autoridad que sugería que debía seguirlos, pero no le empujaron. La escotilla se encontraba a tan

solo cinco metros, pero después de haber estado en la celda, la distancia le parecía enorme.

—¿Se sabe algo de la *Roci*?

Nadie dijo nada.

—Pero qué... Vaya. ¿Qué ha pasado?

—Le estamos evacuando —respondió un hombre.

—¿Evacuando?

—Forma parte del acuerdo de rendición.

—¿Acuerdo de rendición? ¿Os habéis rendido? ¿Por qué lo habéis hecho?

—Hemos perdido a los políticos —respondió una de las mujeres que tenía detrás.

No sabía si el esquiife en el que lo subieron era el mismo en el que había llegado desde la estación, pero era tan parecido que no notó la diferencia. Esta vez solo lo acompañaban cuatro soldados, todos con armadura de combate completa. El resto de los asientos los ocupaban hombres y mujeres que llevaban uniformes normales de la armada. Al principio, Holden pensó que eran heridos, pero cuando se fijó vio que ninguno parecía tener heridas graves. El agotamiento de sus caras y de sus gestos era lo que hacía que parecieran destrozados. La aceleración no llegó ni a anunciarse siquiera. La propulsión apenas movió los asientos de colisión. A su alrededor, los marcianos dormían o tenían la mirada perdida. Holden tiró de las correas de plástico duras y flexibles que tenía en las muñecas y en los tobillos, y nadie le dijo que se estuviese quieto. Quizá fuese una buena señal.

Intentó hacer los cálculos de cabeza. Si la nueva velocidad máxima era la del proyectil de un lanzagranadas, viajarían cada hora... Estaba cansado, no podía hacer cálculo alguno. De haber tenido consigo el terminal portátil solo le hubiese llevado unos segundos. No creía que pudiese pedirlo. Y no le importaba.

Durmió, se despertó y se volvió a dormir. La alarma de proximidad le sacó de un sueño en el que hacía pan con alguien parecido a su padre Caesar y al mismo tiempo a Fred Johnson, y buscaban la sal. Le llevó un momento recordar dónde se encontraba.

El esquiife era tan pequeño que cuando la tripulación de la otra nave golpeó la puerta exterior, Holden fue capaz de oírlos. Desde su asiento no vio cómo se abría la esclusa. Lo primero que notó fue que el aire tenía un olor diferente. Uno intenso y de una humedad peculiar. Y luego aparecieron en su campo de visión otras cuatro personas. Eran cinturianos. Una mujer de cara ancha, un hombre corpulento de barba blanca e inquietante y dos hombres de

cabeza afeitada que se parecían tanto que bien podrían haber sido gemelos. Los gemelos tenían el círculo dividido de la APE tatuado en los brazos. Los cuatro llevaban pistolas.

«La *Bégimo*», pensó Holden. Se habían rendido a la *Bégimo*. Era muy extraño.

Uno de los marines, que aún llevaba la armadura de batalla, se acercó flotando a ellos. Los cinturianos no dieron señal alguna de estar asustados. A Holden le sorprendió aquella valentía.

—Soy el sargento Alexander Verbinski —dijo el marciano—. Tengo órdenes de entregar este esquite, su tripulación y los pasajeros como parte del acuerdo de rendición.

La mujer y el hombre de la barba blanca se miraron. A Holden le vino a la mente una pregunta tácita entre ellos: «¿Les dices tú que no pueden entrar con la armadura?». La mujer se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos.

—*Bien alles* —dijo—. Bienvenidos a bordo. Entrad en grupos de seis y os iremos guiando, *sa sa?*

—Sí, señora —respondió Verbinski.

—Corin —dijo uno de los gemelos. La mujer se volvió y vio que el hombre hacía un gesto hacia Holden con la barbilla—. *Pa mit esá parlan, oui?*

La mujer asintió con brusquedad.

—Nos llevaremos a Holden ahora mismo —dijo ella.

—Todo vuestro —dijo el marine. El tono de voz indicó a Holden que lo mismo le hubiese dado que le dispararan. Aunque quizá fuera culpa de la paranoia.

Los cinturianos lo escoltaron a través de la esclusa de aire y luego por un tubo de polietileno tereftalato que llevaba a la cubierta de ingeniería de la *Bégimo*. Había una docena de personas esperando con terminales portátiles listos para realizar el lento y pesado trabajo administrativo que hay que hacer con un enemigo derrotado. Holden pasó junto a ellos sin estar muy seguro de sentirse honrado.

La mujer que flotaba junto a las puertas enormes en el punto de transferencia entre la sección de ingeniería y el tambor parecía demasiado joven para la insignia de capitana que llevaba. Tenía el pelo recogido en una coleta muy tirante que hacía que le recordara a una profesora que tuvo cuando aún se encontraba en la Tierra.

—Capitana Pa —dijo la mujer de seguridad a la que uno de los gemelos había llamado Corin—. Quería hablar con este.

—Capitán Holden —dijo la capitana Pa al tiempo que asentía con la cabeza—. Bienvenido a bordo de la *Bégimo*. Le voy a dar libertad para recorrer la nave, pero me gustaría que supiera que hay algunas condiciones.

Holden parpadeó. Como mínimo, esperaba otro calabozo. Tener libertad en la nave era casi lo mismo que la libertad condicional. Tampoco es que pudiese ir muy lejos.

—Vaya. Muy bien —dijo.

—Tendrá que estar disponible para los interrogatorios en cualquier momento en el que se le llame. Sin excepción. No podrá hablar sobre lo que ocurrió o dejó de ocurrir en la estación con nadie que no sea yo misma o el jefe de seguridad.

—Sé cómo desconectarla —dijo Holden.

El gesto de la joven capitana cambió.

—¿Que sabe qué?

—Sé cómo hacer que la protomolécula nos libre a todos de este bloqueo —dijo, y luego empezó a explicar lo mismo que le había dicho a la capitana Jakande, que había visto a Miller y el plan para tranquilizar a la estación y hacer que bajara el nivel de alerta para que el muerto pudiese desconectarla. Todo mientras intentaba sonar calmado, racional y cuerdo. No llegó tan lejos como para hablar de la invasión que había destruido las enormes civilizaciones y a los creadores de la protomolécula. Bastante mal sonaba ya todo como para encima añadir eso.

Pa escuchó en silencio con gesto adusto. No era una persona con la que se podía salir bien parado jugando al póquer. Recordó aquel momento vívido y doloroso en el que Naomi le había dicho que le iba a enseñar a jugar y se le cerró la garganta.

El hombre de seguridad de la barba blanca se impulsó hacia ellos. Detrás de él había dos marcianos con gesto enfadado que se habían impulsado en la misma dirección.

—¿Capitana? —llamó el cinturiano con una rabia en la voz que casi era incapaz de reprimir.

—Un momento, señor Gutmansdottir —dijo. Luego se volvió a girar hacia Holden. Tenía que estar abrumada, pero Holden solo notó que apretaba un poco la mandíbula, si acaso—. Haré que... que se investigue su declaración, pero durante el futuro inmediato...

—¿Mi tripulación?

—Se encuentra en la enfermería civil —respondió Pa mientras el hombre de la barba blanca carraspeaba de una manera que indicaba que no le hacía

falta hacerlo—. Siga las indicaciones para encontrarla. Si me perdona.

—Capitana, ha incrementado el contrabando entre los nuevos prisioneros —indicó Gutmansdottir, recalcando la última palabra—. Pensé que quería encargarse de ello antes de que la información llegara a Toro.

Pa respiró hondo y se impulsó hacia el hombre de seguridad. Unos segundos después, Holden se dio cuenta de que más que despedirse de él, le habían olvidado, que había quedado sepultado bajo la lista de cosas que la joven capitana tenía que hacer en ese mismo instante y lo había mandado a paseo. Atravesó el punto de transferencia y llegó a las plataformas en las que giraba el eje de aquel pequeño mundo. Había una gran rampa para los carritos y cayó sobre ella mientras la rotación hacía que pasara del efecto Coriolis a una sensación de peso. Notó en las rodillas todo el tiempo que llevaba flotando y esperó que la enfermería no se encontrara muy lejos.

Pero de haberse encontrado al otro extremo del sistema, habría cogido un traje extravehicular, tanto aire como pudiera conseguir y empezado el viaje. La idea de respirar el mismo aire que Naomi, Alex y Amos era para él como una droga.

Aunque la capitana Pa no había dicho nada de eso. Lo único que le había comentado era que su tripulación estaba allí. Podría haberse referido a la tripulación «restante». Intentó trotar, pero se agotó en unos pocos minutos y tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento.

La enorme estructura del tambor se extendía ante él, era un mundo encerrado en el interior de un tubo. La larga línea que hacía las veces de sol artificial brillaba blanca encima de él, ahora que se podía distinguir con claridad lo que era «encima», y se extendía a lo largo de dos kilómetros hasta empezar a torcerse y formar una pendiente en el otro extremo, que era justo igual que en el que se encontraba ahora. Unas nubes vaporosas y con forma de toroide flotaban alrededor de aquel brillo insoportable. El aire se le adhería y el calor le oprimía la piel, pero fue capaz de imaginarse el metal desnudo de la superficie del tambor cubierto de verde y el olor dulce de las flores de los manzanos y el ciclo de evaporación y condensación refrescándolo todo. O no refrescándolo, pero al menos creando una larga y permanente tarde de estío.

Era como un sueño. El sueño de otra persona que había quedado condenada al fracaso, pero valía la pena. Era bello a pesar de estar en ruinas.

—¿Capitán Holden? ¿Puedo hablar con usted?

Era una mujer pequeña con melena pelirroja y resplandeciente recogida en unas trenzas que llevaba un traje marrón y liso. Era de mediana edad, de esa edad tranquilizadora que siempre le hacía recordar a sus madres.

—Me llamo Annushka Volovodov —dijo con una sonrisa—. Pero puede llamarme Anna si le apetece.

—Usted puede llamarme Jim —respondió Holden mientras le extendía la mano. Ya casi había recuperado el aliento. Anna se la estrechó sin miedo alguno. Al parecer no sabía nada de su reputación de ser «el hombre más peligroso del Sistema Solar»—. ¿Europa del Este?

—Rusia —respondió mientras asentía—. Nací en Kimry, pero he sido moscovita durante gran parte de mi vida adulta. ¿De América del Norte?

—De Montana. Una granja comunitaria.

—Me han dicho que Montana es un lugar agradable.

—La densidad de población es buena. Aún hay más vacas que personas.

Anna asintió y se tiró del traje. A Holden le dio la impresión de que había algo que quería decirle, pero le costaba sacar el tema.

—Kimry era así. Un lugar turístico, con lagos y... —empezó a decir Anna.

—Anna —la interrumpió Holden con amabilidad—. ¿Quieres decirme algo?

—Sí —respondió—. Necesito pedirte que no le cuentes nada a nadie sobre Clarissa y lo que hizo.

Holden asintió.

—Muy bien —afirmó—. ¿Quién es Clarissa y qué hizo?

La mujer ladeó la cabeza.

—¿No te lo han contado?

—Creo que no les gusto mucho —dijo Holden—. ¿Hay algo que debería saber?

—Bueno, esto va a ser embarazoso. Justo después de la catástrofe, una chica que se hacía llamar Melba atacó tu nave —explicó Anna—. Es una larga historia, pero digamos que la seguí e intenté ayudar. Tu segunda de a bordo... ¿Naomi? Resultó herida en el ataque. Está grave.

Holden sintió que el universo se contraía. Naomi había resultado herida mientras él hacía el imbécil con Miller en la estación. Las manos empezaron a temblarle.

—¿Dónde está? —preguntó, sin estar seguro de si se refería a Naomi o a la mujer que la había atacado.

—Naomi está aquí. La trajeron a la *Bégimo* —respondió Anna—. La están tratando en la enfermería. Me han asegurado que se recuperará. El resto de tu tripulación también está aquí. Ellos resultaron heridos antes. Cuando cambió el límite de velocidad.

—¿Están vivos?

—Sí —respondió Anna—. Lo están.

La mezcla de alivio, tristeza, rabia y culpa hizo que le diera la impresión de que la nave viraba bajo sus pies. Anna le puso una mano en el brazo para sujetarlo.

—¿Quién es esa Melba y por qué atacó a mi tripulación?

—No es su nombre real. Tengo una amiga que la conoce, a ella y a su familia. Al parecer se había obsesionado contigo. Se llama Clarissa Mao.

«Mao».

La misteriosa e influyente Julie. La Julie que había sido reconstruida por la protomolécula igual que el fantasmagórico Miller. La Julie que había contratado a Cohen el encargado de sonido para piratear la nave, la Julie que el hombre había esculpido para ellos más tarde y que nunca llegó a parecerse del todo a la verdadera. La Julie que había manipulado cada detalle de su vida el último año para que atravesaran la puerta y llegaran a la estación.

En realidad, no era Julie.

—No está bien —continuó Anna—, pero creo que podemos ayudarla. Solo hace falta tiempo. Pero si la matan...

—¿Dónde está Naomi? ¿Sabes dónde está?

—Sí que lo sé —respondió Anna. Luego añadió—: Lo siento, me he centrado demasiado en mis cosas. ¿Quieres que te lleve?

—Por favor —respondió Holden.

Quince minutos después, Holden entró en la pequeña habitación de la enfermería en la que se encontraba su pequeña familia. Naomi estaba en una camilla, tumbada y con un brazo en una escayola hinchable. Tenía la cara cubierta de arañazos a medio curar. Las lágrimas le nublaron la vista a Holden y, por un instante, no fue capaz de pronunciar palabra. Una rabia asesina brotó de su interior. Alguien era culpable de lo que le había pasado.

Cuando Naomi le vio, esbozó una sonrisa amable y llena de alegría.

—¿Qué tal? —saludó Naomi.

Holden se acercó al instante y le cogió la mano buena, aunque tenía tal nudo en la garganta que no pudo decir nada. Las lágrimas también inundaban los ojos de Naomi, pero no había rabia en ellos. Se sorprendió de lo agradecido que se sintió al verlas.

—Anna —llamó Naomi. Parecía muy complacida de ver a la otra mujer, lo que era un buen comienzo—. Jim, ¿has conocido a Anna? Me salvó de la psicópata que llevaba ese *mecha* de demoliciones.

—Supongo que también nos salvó a nosotros —afirmó Amos—. Así que gracias, pelirroja. Te debo una.

Holden tardó un instante en darse cuenta de que con «pelirroja» se refería a Anna. Ella también parecía sorprendida.

—Me alegro de haber podido ayudar, aunque me temo que en aquel momento estaba drogada por los analgésicos. Todo podría haber salido muy mal.

—No te quites el mérito —dijo Alex—. Amos te puede devolver el favor, aunque tendrás que descubrir algo que se le dé bien.

—Gilipollas —dijo Amos, y luego le tiró la almohada.

—Gracias —dijo Holden—. Si los has salvado, te lo debo todo.

—Me alegro de haber podido ayudar —repitió. Luego dijo a Naomi—: Te veo mejor que la última vez.

—Voy mejorando —respondió Naomi, luego probó a mover el brazo herido e hizo un gesto de dolor—. Veremos cómo queda cuando terminen de soldar los huesos.

Anna asintió y le sonrió, pero luego la sonrisa desapareció de su gesto.

—¿Jim? Lo siento, pero necesito hablar contigo —dijo—. ¿Podría ser en privado?

—No. Creí que no iba a volver a verlos. No me voy a mover de aquí. Si quieres hablar conmigo, tendrá que ser aquí.

La mujer echó un vistazo a la tripulación con una expresión que bien podría haber sido esperanza o una respetuosa resignación.

—Tengo que pedir algo —dijo al fin.

—Cualquier cosa —respondió Amos al momento mientras se incorporaba un poco en la camilla. Holden sabía que Anna no sabía hasta qué punto llegaba la literalidad de la respuesta de Amos. Con suerte, una pastora no necesitaría matar a nadie.

—Si está en nuestra mano —continuó Alex—, lo tendrás.

Amos asintió para secundarlo.

Anna se dirigió a Holden.

—He hablado con el jefe de seguridad y está de acuerdo en ocultar la confesión de Clarissa. Todo lo que ha hecho. Necesito que no digáis nada.

Holden frunció el ceño, pero no respondió.

—¿Por qué? —preguntó Naomi.

—Bueno —empezó a decir Anna—. Es James Holden. Y se le conoce por decir cosas que...

—No. ¿Por qué nos pides eso? —preguntó Naomi—. ¿Por qué no quieres que la gente lo sepa?

Anna asintió.

—Si sale a la luz en nuestra situación actual, es probable que la ejecuten.

—Pues bien —afirmó Holden.

—Diría que se lo merece —añadió Amos.

Anna entrelazó las manos delante del cuerpo y asintió. No hizo el gesto porque estuviese de acuerdo, lo hizo para afirmar que los había oído. Que lo entendía.

—Necesito que la perdonéis —dijo—. Aunque solo sea por hacerme ese favor. Dijisteis que podía pedir cualquier cosa. Eso es lo que quiero.

Se hizo una pausa y Amos respiró hondo. Alex arqueó las cejas hasta mitad de la frente.

—¿Por qué? —repitió Naomi con voz calmada.

Anna apretó los labios con fuerza.

—Porque no es mala. Creo que Clarissa lo hizo por amor. Un amor enfermizo, pero amor al fin y al cabo. Y si muere, no quedará esperanza alguna para ella. Y me gustaría que contara con esa esperanza.

Holden vio que las palabras afectaban a Naomi y su mirada se nublaba con un súbito dolor que él no llegaba a entender. Encogió los labios y enseñó los dientes. Respondió en voz tan baja y ofensiva que solo Holden llegó a oírla. Él le apretó la mano y notó los huesos de sus dedos.

—Muy bien —dijo Naomi—. No diremos nada.

Holden notó que la rabia estallaba en su pecho. De repente no le costaba hablar.

—Yo sí que lo diré —aseguró Holden—. Esa mujer es una demente y pertenece a la familia Mao, los mismos que han intentado matar en dos ocasiones a todas las personas del Sistema Solar y que luego nos han seguido al otro lado del Anillo para tratar de matarnos. También a ti. Hizo estallar una nave espacial llena de personas inocentes solo para arruinar mi reputación. ¿Quién sabe a cuántos más ha matado? Si la ONU quiere tirarla por una esclusa, yo mismo pulsaré ese botón de los cojones.

Se hizo un largo silencio. Holden vio que el gesto de Anna se llenaba de angustia al ver que había destrozado sus esperanzas. Alex empezó a reír entre dientes, y todos se volvieron para mirarle.

—Sí —dijo Alex con su marcado acento—. Ya, solo ha dejado a Naomi medio muerta, y la segunda no le da más importancia y lo deja pasar. Pero

claro, el capitán ha visto que han dejado muy herida a su novia. Está claro que él es la verdadera víctima.

La habitación volvió a quedarse en silencio y todos dejaron de respirar. La sangre se arremolinó en la cara de Holden y se desbordó como un río hacia sus orejas. Era odio, rabia e ira. Holden titubeó y casi no pudo reprimir las ganas de golpear a Alex por haberlo insultado así.

Y fue luego cuando comprendió las palabras del piloto. Vio que Naomi le miraba y se le olvidó todo. Le dieron ganas de preguntarle la razón, pero daba igual. Era Naomi, y había tomado una decisión. No era su venganza.

Se notaba vacío. Agotado. Quería hacerse un ovillo en el suelo rodeado por los suyos y dormir durante días. Intentó sonreír.

—Vaya —dijo al fin—. A veces soy un gilipollas de mucho cuidado.

—No —negó Amos—. Yo te apoyo. Mataría a esa Clarissa por todo lo que ha hecho, joder. Pero la pelirroja nos ha pedido que no lo hagamos y Naomi le sigue el juego, así que supongo que no nos queda otra.

—No te confundas conmigo —dijo Holden a Anna—. No voy a perdonarla nunca por lo que ha hecho. Nunca. Pero no la entregaré a la ONU para devolverte el favor. Y como Naomi lo ha dejado pasar, supongo que yo también tengo que hacerlo.

—Gracias —dijo Anna.

—Si las cosas cambian, pelirroja —terminó Amos—, háznoslo saber. Porque me haría muy feliz arrancarle las tripas.

Clarissa

Al principio no supo cuál había sido el cambio. Se manifestó en cosas pequeñas. La cubierta en la que había podido dormir como un tronco de improviso le resultaba incómoda. Se dio cuenta de que cada vez se preguntaba más a menudo qué estaría haciendo su padre en la celda, a cinco mil millones de kilómetros de distancia, lo que llegó a considerar casi otro universo. Tocaba los barrotes para sentir las sutiles diferencias de tono que cada una de las barras hacía al golpearla. Y sentía mucho odio.

El odio no era nada nuevo. Lo había sentido durante tanto tiempo que incluso los recuerdos anteriores a que ocurriera todo también llevaban los mismos colores de la rabia y la justicia. La única diferencia era que antes el odio estaba dirigido hacia Jim Holden, y ahora odiaba a Clarissa Mao. Odiarse a sí misma tenía cierta pureza que encontraba atractiva. Catártica. Jim Holden se había distanciado de su sed de venganza y había conseguido evitar ser consumido por ella. Clarissa podía vivir entre aquellas llamas y sabía que merecía arder. Era como jugar a un juego en el nivel de dificultad más fácil.

Tocó los barrotes. No sonaban tan diferentes como para tocar una melodía. De haber podido lo habría hecho, solo para distraerse. Se preguntó si sus glándulas adicionales servirían para doblar los barrotes o arrancar la puerta de los goznes. Tampoco importaba. Lo mejor que podía pasarle al salir de la celda era que un guarda de la APE la cosiera a tiros. Lo peor, conseguir la libertad.

Al menos, el capitán había dejado de hablar con ella. No dejó de ver la oleada de visitantes que acudían a su celda. Sabía muy bien quiénes eran los guardas que le hacían caso. También acudieron algunos marcianos con trajes de la armada y unos pocos oficiales de la ONU. Venían a reunirse con el capitán Ashford y hablaban con esa voz baja de quienes se toman muy en serio a sí mismos. Reconoció aquel sonido de cuando escuchaba a escondidas

a su padre. Recordó que en una ocasión se había quedado impresionada. Ahora tan solo la hacía reír.

Deambuló por su pequeño mundo. Hizo flexiones, zancadas y todos los ejercicios inútiles que podía con aquella poca gravedad. Luego esperó a recibir su castigo o a que llegara el fin del mundo. Ren se le aparecía en sueños, por lo que intentaba no dormir mucho.

Y poco a poco, con un terror que cada vez era mayor, se dio cuenta de que aquel cambio se debía a que estaba volviendo a la normalidad. Despertando. Después de su error en la *Rocinante* había sentido algo parecido a la paz. Una desconexión de todo lo demás. Pero ya incluso antes de aquello, le había dado la impresión de estar en una especie de sueño. No podía decir si había comenzado el día que había matado a Ren o en el momento en que había ido a recoger la identificación para convertirse en Melba Koh. O incluso antes. Cuando había oído la noticia de que habían arrestado a su padre. Fuera cuando fuese ese momento en el que se había perdido, ahora volvía en sí, y sentía un hormigueo que recorría toda su conciencia. Era peor que el dolor, y la obligaba a deambular en círculos.

Cuanto más pensaba en ello, más claro tenía que aquella párroca pelirroja se había aprovechado de ella. Tanto ella, a su manera, como Tilly Fagan. Quizás Anna pensara que necesitaba ofrecerle la promesa del perdón para conseguir una confesión. De ser así, aquella mujer era imbécil por partida doble: primero, por pensar que Clarissa no iba a admitir lo que había hecho, y segundo por pensar que Clarissa quería ese perdón. O que lo iba a aceptar siquiera.

«Me gustaría volver a hablar contigo», había dicho. Y en ese momento le había parecido tan sincera. Tan real. Pero no había vuelto. Una pequeña parte racional de la mente de Clarissa sabía que en realidad no había pasado tanto tiempo. Estar en la celda hacía que el tiempo transcurriera para ella de manera diferente y también la hacía sentir aislada. Para eso eran las celdas. Aun así, Anna no había vuelto. Ni tampoco Holden. Ni Naomi, a quien Clarissa no había llegado a matar. Estaban hartos de ella. ¿Cómo no estarlo? Clarissa ya no tenía nada que ofrecerles, excepto quizás una advertencia de que el mando de la nave estaba a punto de volver a cambiar de manos de nuevo. Como si eso importara. Qué más daba quién estuviese sentado en el maldito asiento del capitán, era algo insignificante. Era como discutir sobre quién era la más guapa en un campo de concentración.

Pero bueno, era la única serie que echaban, así que se dedicó a verla.

Las voces de la otra celda sonaban diferentes. Con urgencia. Incluso antes de que aquel hombre bien vestido se acercara a ella, sabía que estaba a punto de tener lugar un numerito. El hombre se quedó de pie junto a su puerta y miró hacia dentro. Tenía el pelo blanco, brillante y bien peinado, lo que le hacía parecer aún mayor. Había cierta oscuridad en aquellos ojos en los que se entreveía una mirada paternalista muy profesional. Cuando rodeó los barrotes con sus manos, dio la impresión de que era él el que estaba encerrado.

—Supongo que no me recuerdas —dijo. Su voz se debatía entre la tristeza y la simpatía.

—Padre Cortez —dijo Clarissa—. Recuerdo quién es. Solía jugar al golf con mi padre.

Rio entre dientes con remordimientos y dio un paso atrás para alejarse de los barrotes al tiempo que acercaba la frente a ellos.

—Eso hacía, pero hace mucho tiempo. Tú no tendrías más de... ¿Cuántos? ¿Siete años?

—Luego no he dejado de verlo en los canales de noticias.

—Vaya —dijo él con la mirada fija en la nada—. Eso también parece que fue hace mucho tiempo. Estaba hablando con el capitán ahora mismo. Dice que ha intentado convencerte de que te unas a nosotros, pero no lo ha conseguido.

Entraron dos guardas que pasaron junto a las hileras de compartimentos. Vio que ambos eran aliados de Ashford. Cortez no los vio venir.

—No, no lo ha hecho —respondió Clarissa—. Miente mucho.

Cortez arqueó una ceja.

—¿Miente?

—Dice que me puede conseguir una amnistía. Que cuando volvamos a casa me llevará a Ceres y quedará bajo la protección de la APE. Pero no puede hacerlo.

Cortez respiró hondo y soltó el aire.

—No. No puede. ¿Puedo ser sincero contigo?

—No creo que tenga opción de detenerle —respondió Clarissa.

—Creo que tú y yo tenemos mucho en común. Tienes las manos manchadas de sangre. Sangre de inocentes.

Clarissa intentó mirarlo con desdén, poner una pose despectiva, pero solo consiguió sentirse expuesta y parecer una adolescente. Cortez continuó como si no se hubiese dado cuenta. Quizá no lo había hecho.

—En su momento fui... clave en la decisión de atravesar la puerta. Para unir en una única y gloriosa fuerza a las tres facciones de la humanidad. —La amargura empañaba sus palabras, pero luego sonrió, y Clarissa pensó que quizás aquel hombre estaba tan afectado como lo estaba ella—. La jactancia es uno de los peligros profesionales de mi oficio. Uno al que me he enfrentado sin demasiado acierto, me temo.

—Yo fui la que obligó a Holden a atravesar el Anillo —dijo Clarissa, sin estar muy segura de estar confesando un crimen u ofreciéndole una vía de escape a Cortez.

—Sí. Y yo fui el que hice que todos los demás lo siguieran. Por lo que soy el culpable de haberles ocultado el peligro al que se enfrentaban. Guie a mi rebaño hacia el matadero. Pensé que ponía mi fe en manos de la Providencia, pero...

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y puso gesto impasible.

—¿Padre? —llamó Clarissa.

—Cuando era un niño —empezó a decir Cortez—, mi prima encontró el cadáver de un hombre. El cuerpo se encontraba en un arroyo cerca de nuestras tierras. Me desafió para que fuera a verlo. Yo tenía un miedo atroz, pero fui con la cabeza bien alta y fingí que no me había afectado. Cuando llegaron los médicos, descubrimos que el hombre había muerto a causa de una de esas antiguas fiebres hemorrágicas. Me administraron varias antivirales profilácticas durante el resto del verano. Quizá siempre haya hecho lo mismo. Quizá siempre me haya dedicado a poner mi fe en manos de la Providencia para ocultar mis miedos. Y son mis miedos los que han matado a toda esa gente.

—No es su culpa.

—Pero sí es mi problema. Y quizá mis errores estén al servicio de un bien mayor. Tenías razón, querida. No habrá amnistía ni para ti ni para mí. Pero no por la razón que imaginas.

Clarissa se quedó quieta. La mirada de Cortez le aprisionaba como un lastre. La intimidad de la confesión que le había dedicado el anciano y el miedo y la tristeza que soportaba con tanta dignidad hicieron que lo respetara aunque nunca le había gustado demasiado.

—Los peligros a los que nos exponen los alienígenas son demasiado grandes. Pensar que podíamos controlarlos o tratarlos como iguales fue fruto de la soberbia, y las muertes que hemos vislumbrado hasta el momento no son más que la punta del iceberg. Nos hemos entregado a manos del diablo. Es algo que no entiende todo el mundo, pero creo que tú sí.

Se sorprendió al sentir cómo el pánico le atenazaba la garganta. Al fondo de la estancia, resonó un metal. La puerta del compartimento de Ashford se abrió. Uno de los guardas dijo algo, pero Cortez estaba concentrado en ella, y eso le sentaba como si le echaran agua fría en una quemadura.

—Creo que sí lo entiendo —dijo Clarissa en voz baja.

—Soy el responsable de la libertad del capitán Ashford porque él y yo estamos de acuerdo en ciertos temas con los que no he podido ponerme de acuerdo con la capitana actual. Cuando empezaron a traer aquí a la tripulación del resto de las naves, en parte lo hicieron para crear un arma.

—Aquí no funcionan las armas.

—La luz sí que funciona, y han creado un arma con ella. Han conseguido que el láser de comunicaciones tenga la potencia suficiente como para atravesar los cascos de las naves. Y podría tener más potencia aún. Lo suficiente, o eso creemos, para cerrar el Anillo y cerrar la puerta.

—Si lo hacemos, nos quedaremos en el lado equivocado —afirmó Clarissa.

—Sí, pero si esperamos vendrán más. Los tentarán para entrar. Casi puedo oírlos afirmar: «Si podemos controlar esas puertas, cuánta gloria podríamos alcanzar».

—Eso es lo que decía usted. Usted era uno de ellos.

—Lo era, y he aprendido una lección horrible. Y lo que te trajo a ti hasta aquí fue el odio. ¿No es cierto?

Ashford rio. Uno de los guardas dijo:

—Bienvenido de nuevo, capitán. —Los barrotes resonaron cuando Clarissa tamborileó en ellos con la punta de los dedos.

—Estábamos equivocados —dijo Cortez—. Y ahora tenemos la oportunidad de resarcirnos. De proteger a la humanidad y evitar que cometan los mismos errores que cometimos. Podemos hacerlo, pero tendremos que hacer un sacrificio.

—Nosotros somos ese sacrificio. Todos.

—Así es. Pereceremos en esta oscuridad, aislados de aquellos a los que hemos protegido. Aquellos que se queden entre nosotros nos difamarán. Puede que nos castiguen. Incluso que acaben con nuestra vida. —Acercó sus manos a las de ella. El contacto de la piel fue electrizante—. No te miento, Clarissa. Lo que te pido no te será recompensado en esta vida.

—¿Qué es lo que me pide? —preguntó—. ¿Qué es lo que puedo hacer al respecto?

—La gente intentará detenernos. Puede que intenten matar al capitán. Sé que las modificaciones que tienes en tu cuerpo sirven para mejorar tus capacidades naturales y convertirte en algo excepcional. Ven con nosotros. Asegúrate de que el capitán no resulta herido y de que nada lo detiene. Puede que no sea necesario que hagas nada. O quizá seas lo que marque la diferencia entre el éxito o el fracaso.

—Pase lo que pase, voy a morir.

—Sí. Pero puedes darle un significado a tu muerte.

El capitán Ashford y sus guardas empezaron a caminar hacia ellos. El repiqueteo de sus botas contra la cubierta se parecía a los suaves sonidos de un reloj mecánico. Aquel momento estaba a punto de llegar a su fin, pero la embargaba el resentimiento. No quería que Ashford se acercara. Quería quedarse allí y hablar con el reverendo sobre muerte y sacrificios. Sobre la carga de haber hecho algo tan horrible que no podía haber equilibrio alguno mientras siguiera viva.

A pesar de tener la boca cerrada, los ojos azul claro de Cortez le sonrieron. No se parecía en nada a su padre. Tenía la cara demasiado rechoncha y la mandíbula muy ancha. Al contrario que su padre, que siempre daba la impresión de estar riéndose del mundo detrás de una máscara, aquel hombre solo destilaba sinceridad. Pero en aquel momento a quien vio fue a Jules-Pierre Mao.

—Si lo hacemos, todos habrán muerto también por una razón —dijo Clarissa—. Todas las personas a las que hemos matado.

—Por una razón noble —añadió Cortez.

—Tenemos que marcharnos —dijo Ashford, y Cortez se retiró de la puerta y entrelazó las manos. Ashford se giró hacia ella. Tenía la cara demasiado grande y una complexión cinturiana que lo hacían parecer una criatura de pesadilla—. Última oportunidad —anunció.

—Iré con vosotros —dijo Clarissa.

Ashford arqueó las cejas, y su mirada pasó de ella a Cortez para luego volver a centrarse en ella. Esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Estás segura? —preguntó, pero el placer que emanaba de su voz dejaba claro que le daba igual lo que ella pensara y cómo justificara lo que estaba a punto de hacer.

—Me aseguraré de que nadie se interpone ante usted —dijo.

Ashford miró a Cortez un momento y su expresión denotaba asombro. Ashford le dedicó un saludo militar a Clarissa, y ella le devolvió el gesto con torpeza.

Se desorientó un poco al salir de la celda, pero no fue a causa de la gravedad ni del efecto Coriolis. Era el primer paso en libertad que había dado desde que se encontraba en la *Rocinante*. Ashford iba delante, mientras los dos guardas comentaban algo sobre grupos de acción y bloquear la *Bégimo*. Hablaron sobre la cubierta de ingeniería y el centro de mando, que no se encontraban en el tambor y no estaban rotando, por lo que tendrían que hacerse con el control de los puntos de transferencia que se encontraban en la parte septentrional y meridional del tambor y el ascensor exterior que las atravesaba. Sobre que tendrían que conseguir mantener la calma en el tambor hasta que pudiesen bloquearlo todo, de las personas encargadas de vigilar los pasos del enemigo, de los que ya les eran leales y de aquellos a quienes iban a tener que persuadir. Clarissa no prestó demasiada atención. Era más consciente de que Cortez caminaba a su lado y de haber dejado una pesada carga en aquella celda. Iba a morir, pero iba a conseguir que todas las cosas que había hecho mal tuviesen sentido. Todos los niños nacidos en la Tierra, en Marte o en las estaciones del Cinturón quedarían a salvo de la protomolécula gracias a lo que estaban a punto de hacer. Y Soledad, Bob y Stanni, su padre, su madre y sus familiares sabrían que ella había muerto. Todos los que habían querido a Ren podrían dormir un poco mejor cuando su asesina hubiese sido ajusticiada. Incluso ella dormiría mejor, en caso de que pudiera conciliar el sueño.

—Y tiene implantes de combate —dijo Ashford mientras la señalaba con el puño. Uno de los guardas miró hacia ella. El de los ojos descoloridos y la cicatriz en la barbilla. Jojo.

—¿Seguro que es de los nuestros, capitán?

—Es el enemigo de mi enemigo, Jojo —respondió Ashford.

—Yo respondo por ella —afirmó Cortez.

«No deberías», pensó Clarissa. Pero no dijo nada.

—*Sûr* —dijo Jojo mientras hacía un gesto cinturiano que equivalía a encogerse de hombros—. Irá al centro de mando con *du alles du*.

—Me parece bien —afirmó Ashford.

La estancia se abrió a un pasillo más amplio. Unos leds blancos hacían que las paredes pareciesen deslumbrantes y antisépticas. Una docena de personas armadas con lanzaproyectiles, hombres y mujeres, se encontraban sentados en carritos eléctricos o en pie junto a ellos. Clarissa quería que el aire oliera diferente, pero no era así. Solo olía a plástico y a calor. El capitán Ashford y tres hombres armados se metieron en el carrito que tenían justo delante.

—Llevará algo de tiempo conseguir asegurar la nave al completo —dijo Cortez—. Tendremos que reunir a todos los aliados que podamos. Eliminar toda resistencia. Cuando tengamos todo lo necesario y salgamos del tambor, no podrán detenernos. —Sonaba como si intentara convencerse a sí mismo—. No tengáis miedo. Todo ha ocurrido por una razón. Si tenemos fe, no hay nada que temer.

—No tengo miedo —afirmó Clarissa. Cortez la miró con una sonrisa en los ojos. Cuando ella miró hacia él, notó que la sonrisa titubeaba un poco. Luego el hombre apartó la mirada.

Toro

Toro intentó no toser. La doctora escuchó su respiración, movió el estetoscopio unos centímetros y volvió a escuchar. No podía decir si aquel pequeño disco plateado estaba frío. No lo sentía. Tosió con fuerza y cogió un poco de papel que le ofrecía la doctora para que escupiera. Apuntó algo en el terminal portátil. La luz de la pantalla iluminaba su gesto agotado.

—Bueno, parece que estás un poco menos congestionado —dijo la doctora—. Pero aún tienes los glóbulos blancos por las nubes.

—¿Y la columna?

—La columna la tienes destrozada y va a peor. Y como sigas así va a ser difícil que mejore.

—Tengo que hacer el sacrificio.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esto? —preguntó la doctora.

—Depende de a qué te refieras —respondió Toro.

—Querías unir las tripulaciones. Ya están juntas.

—Aún queda tripulación en la mitad de las naves.

—Son muy pocos —dijo la doctora—. Sé cuántos tenemos aquí. Me encargo de cuidarlos. Querías unir las tripulaciones. Ya están juntas. ¿No es suficiente?

—Tengo que asegurarme de que no empiecen a dispararse entre ellos —respondió Toro.

La doctora levantó las manos con desesperación.

—Bueno, pues esperaré a que los humanos dejen de ser humanos para que me dejes hacer mi trabajo.

Toro rio, lo que fue un error. Su tos sonaba más grave, como un estertor que retumbaba en las cavernas de su pecho, pero no era un sonido brusco. Antes de sacar todo lo que tenía dentro iba a necesitar músculos abdominales que funcionaran bien. La doctora le pasó otro pañuelo. Lo usó.

—Cuando lo tengamos todo bajo control —dijo Toro—, podrá dejarme inconsciente. ¿De acuerdo?

—¿Ocurrirá en algún momento? —preguntó. Era lo que todo el mundo quería saber, lo expresaran con palabras o no. La verdad era que a él no le gustaba el plan. En parte porque había sido cosa de Holden, porque también estaba inmiscuida la protomolécula y porque quería con todo su ser que fuese cierto. El plan B era empezar a evacuar a todos los que pudiera con las lanzaderas, pero no estaban preparadas para los viajes largos. No era viable.

Tenían que empezar a producir comida. Generar tierra para rellenar la parte interior del tambor. Hacer crecer cultivos debajo de ese sol linear y falso que recorría el eje de la *Bégimo*. Y mantener el maldito calor bajo control. Los comas inducidos podrían durar mucho tiempo cuando las naves que iban más despacio que una buena bola rápida recorrían un vacío mayor que los océanos de la Tierra.

Las razones por las que cada una de las tres facciones, la Tierra, Marte y la APE, habían zarpado hacia ese viaje le parecían muy lejanas. Preocuparse de cuál era el papel político de la APE en el Sistema Solar era como intentar recordar si le había devuelto el dinero a un amigo que le había comprado una cerveza cuando tenía veinte años. Pasado cierto punto, el pasado se volvía irrelevante. Ya no importaba nada que no ocurriera en el interior de la zona lenta. Lo único que importaba ahora era mantenerse civilizados hasta que descubrieran si el loco plan de Holden era algo más que una quimera.

Y, para hacerlo, tenía que seguir respirando.

—Puede que sí. La capitana Pa tiene un plan que puede que nos permita volver a acelerar —dijo Toro—. Mientras esperamos, ¿qué le parece si me da un poco de eso?

La mujer frunció el ceño, pero sacó un inhalador de la mochila que había junto a la cama y se lo pasó a Toro. Los brazos aún le funcionaban. Meneó aquel aparato dos veces, se puso la cerámica moldeada en la boca y respiró. Los esteroides olían a océano y quemaban un poco. Intentó no toser.

—Eso no va a arreglar nada —dijo la doctora—. Lo único que estamos haciendo es enmascarar los síntomas.

—Me ayuda a superarlo —afirmó Toro mientras intentaba esbozar una sonrisa. La verdad era que estaba hecho polvo. No le dolía, pero se sentía cansado. Y enfermo. Y desesperado.

Guardó el inhalador y enfiló el andador hacia el pasillo. La enfermería seguía llena. El calor era cada vez mayor, lo que le daba al ambiente la sensación agobiante y nauseabunda de un verano tropical. El olor de los

cuerpos y de la enfermedad, de la sangre, la corrupción y los antisépticos con falso aroma floral hacía que las habitaciones pareciesen más pequeñas de lo que eran. Con práctica había conseguido acostumbrarse a aquel aparato. Usó las dos palancas de control para abrirse paso entre los enfermeros y los terapeutas, e intentó pasar todo lo desapercibido que le permitía el equipo mientras se dirigió hacia la oficina de seguridad.

El terminal portátil emitió un sonido. Se acercó a una curva del pasillo y se hizo a un lado para intentar no quedarse en medio, luego soltó las palancas de control y sacó el terminal. Era una solicitud de llamada de Corin. La aceptó con el pulgar.

—Corin —saludó Toro—. ¿Qué tienes?

—¿Jefe? —llamó la mujer. La tensión que emanaba de su voz hizo que Toro levantara un poco la cabeza—. Agárrese a algo.

—¿Qué ocurre?

—Jojo y Gutmansdottir acaban de entrar y han afirmado que se han hecho con el control de la oficina de seguridad. Cuando les he dicho que podrían hacerlo cuando terminara mi turno, me han echado.

Toro sintió un pánico espeluznante que le recorría todo el cuerpo. Agarró con fuerza el terminal y siguió hablando en voz baja.

—¿Que han hecho qué?

Abrió el interfaz de seguridad, pero unos bordes rojos no le permitieron el acceso. Le habían bloqueado el acceso a los comandos de control. Se movían rápido.

—Creía que era una especie de prueba. Por la manera en la que hablaban, creo que pensaban que usted se encontraba allí. Estoy de camino a encontrarme con Serge. Está intentando descubrir qué coño ha ocurrido —afirmó la mujer—. Espero no haberme equivocado...

—No lo has hecho. Has hecho bien en marcharte. ¿Dónde les tocaba estar?

—¿Señor?

—Tenían que haber estado trabajando. ¿Dónde les tocaba?

Por un instante, la cara amplia de Corin pasó a ser una máscara de confusión. Luego vio que empezaba a entenderlo, sus ojos pasaron a destilar una concentración calmada y precisa. No hacía falta que dijera nada. Jojo y Gutmansdottir se encontraban vigilando a los prisioneros. O sea, a Ashford.

Pa debería haberle dejado matar a ese cabrón.

—Muy bien. Encuentra a Serge y a todo en quien confíes. Tenemos que intentar que este desastre no vaya a más.

—*Gut*.

Irían a por la armería. Si habían conseguido hacerse con la oficina de seguridad, ya tendrían armas y equipamiento. Toro dejó que se le escapara una retahíla de tacos mientras no dejaba de pensar. Lo primero era saber cuántos de los suyos se habían unido a Ashford para tener una idea de a qué se enfrentaba.

—No podemos dejar que lleguen hasta Monica y el centro de emisiones —afirmó Toro—. Si sale a la luz que hay disturbios en el tambor, todo el mundo empezará a enviar misiones de rescate improvisadas para sacar de allí a los suyos.

—¿Quiere que nos centremos en esa zona? —preguntó Corin.

—No nos vamos a centrar en ninguna parte —respondió Toro—. No hasta que sepamos qué es lo que ocurre. Límate a conseguir tantas armas y personal como puedas y mantente en contacto.

Tenía que desarrollar un plan. Lo necesitaba ya, pero su cerebro no funcionaba como debería. Estaba enfermo. Por Dios, se moría. Era muy injusto tener que improvisar algo mientras le ocurría todo aquello.

—Busca a Serge —continuó—. Ya veremos luego lo que hacemos. Tengo que hablar con varias personas.

—*Gut*, jefe —repitió Corin antes de desconectarse.

Un enfermero pasó por la esquina empujando un carrito, y Toro tuvo que guardar el terminal para apartarse del camino. Poder caminar mientras sostenía el terminal portátil era una de las cosas que más anhelaba. Envío una solicitud de llamada prioritaria a Pa. Durante un rato, estuvo casi seguro de que no lo iba a coger, que Ashford ya se habría encargado de ella. La pantalla parpadeó, y la mujer apareció en ella. Toro no fue capaz de ver en qué habitación se encontraba, pero se oían unas voces de fondo.

—Señor Baca —saludó Pa.

—Ashford anda suelto —dijo—. No sé a cuántos tiene con él ni lo que está haciendo, pero algunos de los míos acaban de hacerse con el control de la oficina de seguridad por la fuerza.

Pa parpadeó. Toro se sorprendió al ver que la mujer no mostraba ni un atisbo de miedo, tan solo el gesto de que cambiaba el chip en su mente.

—Gracias, señor Baca —afirmó Pa. Por el movimiento de la pantalla, Toro fue capaz de discernir que había empezado a moverse. A ocultarse en algún lugar impredecible. Él también tenía que hacerlo.

—Intentaré volver a ponerme en contacto cuando tenga mejor idea de lo que ocurre —dijo.

—Se lo agradezco —dijo la mujer—. Estoy cerca de personal de confianza. Me dirijo hacia ellos.

—Me imagino que intentará hacerse con el control del centro de emisiones.

—Pues enviemos refuerzos al lugar —dijo Pa.

—Quizá solo sean unos pocos gilipollas —comentó Toro—. Puede que Ashford intente pasar desapercibido.

—O quizás esté preparándose para tirarnos en un reciclador de tierra —aseguró Pa—. ¿Cuál es su apuesta?

Toro sonrió. Una sonrisa casi sincera.

—Cuídese, capitana.

—Usted también, señor Baca.

—Y, oiga —interrumpió—. Siento haberla metido en esto.

Ahora fue Pa la que sonrió. Parecía cansada. Anciana.

—Usted no toma las decisiones por mí —respondió—. Si esto es lo que merezco por mis pecados, déjeme ser la que pague por ello.

Levantó la vista del terminal portátil hacia algún lugar. Apretó los labios y se desconectó. Toro tuvo que reprimir las ganas de volver a llamarla para saber qué era lo que había ocurrido. Pero no había tiempo. Tenía que darse prisa. Intentó llamar a Ruiz de infraestructuras y a Chen, pero ninguno respondió. Se preguntó con cuántos apoyos de cargos importantes contaba Ashford. Se castigó a sí mismo por haberlo pasado por alto. Había estado tan ocupado...

Intentó llamar a Sam, y la ingeniera cogió la llamada tan pronto como le fue posible.

—Tenemos un problema —dijo Toro—. Ashford está intentando recuperar la nave. Ya se ha hecho con seguridad.

—Y con ingeniería —añadió Sam.

Toro se humedeció los labios.

—¿Dónde estás, Sam?

—¿Ahora? Qué gracia que preguntes. En ingeniería. Ashford se ha marchado hace unos cinco minutos. Me ha dado una lista de cosas para hacer y ha dejado aquí a una docena de tipos con armas y malas caras. Ese tío está colgado, Toro. En serio. Antes era un capullo, pero ahora... Quiere que destruya el Anillo. ¿Te acuerdas del truco con el láser de comunicaciones? Pues quiere que lo forcemos aún más.

—¿Es una broma?

—No lo es.

—¿Quiere destruir la única manera de volver a casa?

—Dice que es para salvar a la humanidad de la amenaza alienígena — afirmó Sam con voz tranquila. Tenía el gesto serio.

—Muy bien —dijo Toro, a pesar de que nada iba bien.

—Y no está muy contento contigo. ¿Estás a salvo?

Toro miró a su alrededor por el pasillo. No tenía lugar en el que cubrirse. Y, aunque lo tuviera, no era más que un hombre metido en un *mecha* montacargas modificado y sin médula espinal de cuerpo para abajo.

—No —respondió—. La verdad es que no lo estoy.

—Pues más te vale empezar a moverte.

—No tengo ningún lugar seguro al que ir —dijo Toro.

Alguien gritó cerca de Sam, y ella levantó la mirada.

—¡Estoy intentando reunir a todos los técnicos que puedo! —respondió ella entre gritos.

La primera voz volvió a gritar. Toro no fue capaz de oír las palabras, pero por el timbre de voz sabía quién era. Garza. El que siempre llevaba burbujas de café al que se encontrara en la oficina de seguridad. Garza era uno de los enemigos. A Toro le hubiese gustado conocer mejor a aquel hombre. Debería haber pasado más tiempo con el personal, sobre todo después de la catástrofe. Debería haberlo visto venir.

Aquello era culpa suya. Todo era culpa suya.

Sam volvió a mirar la pantalla. Hacia él.

—Muy bien, cielo —dijo—. Deberías salir de ahí. Dirígete al segundo nivel, sección M. Hay varios almacenes vacíos. Los códigos de las puertas son los originales. Todo ceros.

—¿Por qué no se han cambiado?

—Porque no hay nada ahí dentro, jefucho, y cambiar los códigos de los almacenes vacíos no estuvo nunca entre mis prioridades. ¿De verdad crees que es el mejor momento para hablar de esto?

—Lo siento —dijo Toro.

—No te preocupes —dijo ella—. Ambos estamos un poco estresados. Límitate a esconderte antes de que alguien vaya a por ti. Y Pa...

—Pa ya lo sabe. También se dirige a un lugar seguro.

—Muy bien. Intentaré conseguirte algo de ayuda.

—No —dijo Toro—. No sabes en quién puedes confiar.

—Sí que lo sé —aseguró Sam—. Venga, no me hagas discutir delante de los niños.

Una voz hizo que Toro volviera a mirar hacia el pasillo, hacia el centro médico. No eran los gruñidos de los heridos ni la calma profesional de los enfermeros. Había alguien alterado y agresivo. Enfadado. Alguien le respondió en voz baja, y el primero le espetó un «¿Tengo pinta de que me importe?». Eran problemas y, a pesar de todo, el primer impulso de Toro fue acercarse. Interponerse en este tipo de cosas era su trabajo, asegurarse de que nadie resultaba herido o que lo hirieran a él en caso de que no quedara otro remedio. Primero él y luego los malos.

—Tengo que dejarte —dijo Toro antes de desconectarse. Solo tardó un segundo en guardar el terminal y volver a colocar las manos en los controles del *mecha*. Tiempo más que suficiente para volver a tener que enfrentarse a sus instintos. Enfiló el *mecha* hacia el pasillo, hacia el lado contrario al de las voces. Eran los de Ashford. De Ashford y de quienquiera que lo estuviese ayudando. Si lo pillaban ahora, no le sería de ayuda a nadie. Había muchas probabilidades de que lo mataran. Quizá ni llegaran a tirarlo por una esclusa. Las piernas del *mecha* se movían despacio. Aunque fuera a la máxima velocidad, no eran más que un paseo rápido. Las voces que tenía detrás cambiaron. Se oyó un estruendo. Oyó que su doctora gritaba y esperó a que sonaran los tiros. Si alguien empezaba a disparar, tendría que ir hacia allí. El *mecha* se acercaba poco a poco a la puerta del otro extremo, hacia la salida y lo que se suponía que era un lugar seguro. Toro empujó la palanca hacia delante con tanta fuerza que le dolieron los dedos, como si eso sirviese para hacer comprender a la máquina el peligro en el que se encontraba.

Las voces sonaron más alto, se acercaban. Toro desplazó el *mecha* para hacerlo andar junto a la pared. Si alguien giraba la esquina detrás de él, Toro tendría una fracción de segundo más para reaccionar antes de que lo vieran. Las gruesas patas de metal avanzaban, sostenían el peso y luego volvían a avanzar.

La puerta se encontraba a dos metros. A uno y medio. A uno. Soltó los controles y extendió los brazos hacia ella demasiado pronto, por lo que tuvo que hacer avanzar el *mecha* un poco más antes de volver a intentarlo. Estaba sudando, y esperó que solo fuera a causa del miedo. De haberle pasado algo en las entrañas, no se habría dado cuenta. Era probable que solo fuese el miedo.

La puerta se abrió, y Toro empujó la pequeña palanca de control hacia delante de nuevo. El *mecha* lo llevó a través de la puerta, que se cerró detrás de él. No tenía tiempo para esperar ni para pensar. Llevó la máquina a lo largo

de otra habitación para llegar a los ascensores internos y el largo viaje que le quedaba para llegar al segundo nivel, sección M.

Las grandes estancias y los pasillos interiores de la *Bégimo* nunca le habían parecido tan ajenos. Mientras descendía, la gravedad rotacional aumentó de manera casi imperceptible. Su cuerpo insensible parecía pesar un poco más debajo de aquel arnés. Dentro de poco iba a tener que pedirle a alguien que le cambiara la bolsa de orina, a menos que descubriera la manera de meter las manos dentro de la estructura del *mecha*. Solo podía mover los hombros en una dirección mientras estaba amarrado, así que no lo veía muy factible. Y si no le volvía a crecer la médula, si no conseguía sacar la nave y a todo el mundo de la trampa en la que los había metido la protomolécula, tendría que vivir así el resto de su vida.

«No pienses en eso —se dijo a sí mismo—. Aún queda mucho. No pienses en eso y haz lo que tienes ahora entre manos».

No cogió uno de los ascensores internos. Era muy probable que los hombres de Ashford esperaran que lo hiciera. En lugar de eso, encontró uno de los pasajes en espiral de mantenimiento y dejó que el *mecha* caminara solo. Si se acercaba demasiado a cualquiera de las paredes, le daría tiempo de corregir el rumbo. Así ganó un poco de tiempo. Sacó el terminal portátil. Temblaba y tenía la piel cenicienta debajo de su marrón natural.

Serge respondió casi al instante.

—*Ganne nacht*, jefe —dijo el cinturiano tatuado—. Me preguntaba cuándo ibas a dar señales de vida.

—Ashford —espetó Toro.

—Estoy en ello —comentó Serge—. Parece que se ha hecho con un tercio de los nuestros y también con un puñado de coyos locos de las otras naves. Ahora mismo se encuentran en los puntos de transferencia del tambor que llevan al centro de mando por el norte y los que llevan a ingeniería, la oficina de seguridad y la armería por el sur. *Und* también tiene a varios sabuesos que recorren el tambor para armar jaleo.

—¿Cómo van de armas?

—*Nicht tan gut sa moi* —dijo Serge con una sonrisa—. También creen que se han adueñado de las comunicaciones, pero tengo acceso a una puerta trasera.

—¿Que tienes qué?

—Siempre hay que estar listo para una *große Scheiße*. Ya me reprenderás luego —dijo Serge—. Voy a unir a los equipos y limpiar el tambor. Lo tendremos todo controlado antes de que sea la hora de irnos a dormir.

—Ten cuidado con esos tipos, Serge.

—Lo tendré, jefe. Sé lo que están haciendo y conozco la nave mejor que nadie. Ponte a salvo y deja que nos encarguemos.

Toro tragó saliva. Le dolía no estar al mando.

—Muy bien.

—Hemos intentado ponernos en contacto con la capitana —afirmó Serge.

—Ya la he avisado. Puede que no acepte llamadas hasta que sepa bien en quién puede confiar —dijo Toro. Pero no añadió: «O quizá la hayan encontrado».

—Recibido —dijo Serge, y por su tono de voz, Toro supo que el hombre había pensado lo mismo—. ¿Cuándo iremos a por Ashford?

—No tenemos permiso para matarlo —respondió Toro.

—Bueno, se nos puede escapar el dedo. ¿Crees que nos perdonarán?

—Es probable.

Serge sonrió.

—Tengo que dejarte, jefe. Pero cuando *c'est fini* y te hagan segundo de a bordo, acuérdate de mí, *non?*

—Y una mierda —espetó Toro—. Cuando esto acabe, tú serás el segundo de a bordo.

—Te tomo la palabra, jefe —dijo Serge antes de desconectarse.

Anna

El primer sermón que había dado Anna delante de una congregación, justo después de salir del seminario y cuando estaba llena de entusiasmo, tenía diecisiete páginas de notas a interlineado simple. Era un análisis largo del primer capítulo de Malaquías que se centraba en la exhortación que el profeta hacía para no hacer sacrificios de baja calidad a Dios y cómo esa idea se relacionaba con la adoración moderna. Era un sermón detallado, basado en todo tipo de pruebas y argumentado gracias a la naturaleza académica de Anna, que había pasado siete años en la escuela de posgrado. Al terminar, Anna estaba casi segura de que ninguno de los feligreses seguía despierto.

De eso había aprendido algunas lecciones importantes. Que había lugar para el academicismo bíblico. Que incluso podía llegar a hacerse delante de una congregación. Pero no era la razón por la que la gente iba a la iglesia. Aprender cosas sobre Dios era una manera de sentirlo más cerca y de sentirse más conectado a Él, y esa cercanía era importante. Por esa razón, ahora los sermones de Anna solían tener una o dos páginas de notas, mientras que el resto lo recitaba desde el corazón. Había pronunciado el mensaje sobre que no había grupos «mixtos» a ojos de Dios sin mirar las notas ni una vez, y al parecer había ido muy bien. Después de terminar una oración corta y empezar el sacramento, los cinturianos, marcianos y terrícolas habían formado una fila en silencio y sin problemas. Algunos estrecharon las manos o se dieron palmaditas en la espalda. Anna sintió que había conseguido expresar bien el mensaje más importante.

—Bueno, la verdad es que he oído cosas peores —dijo Tilly después de que terminara la misa. De ella emanaba esa inquietud que era sinónimo de que necesitaba un cigarrillo, pero Anna le había pedido que no fumara en la reunión y ella había aceptado—. Pero reconozco que mi tolerancia hacia este compañerismo afectuoso es escasa.

—Es muy halagador —susurró Anna, luego hizo una pausa para estrecharle la mano a una cinturiana que le había agradecido entre lágrimas aquel oficio. Tilly dedicó a la mujer una sonrisa nada sincera, pero consiguió no poner los ojos en blanco.

—Necesito una copa —afirmó después de que se marchara la mujer—. Vamos, te invito a una limonada.

—Han cerrado el bar. El racionamiento.

Tilly rio.

—Tengo un proveedor. El que lleva el racionamiento me vendió una botella del mejor aguardiente de Ganímedes por tan solo mil dólares. La limonada me la dio gratis.

—Mil dóla...

—Mira, pueden pasar una de estas dos cosas —empezó a decir Tilly mientras sacaba un cigarrillo y se lo ponía en la boca sin encenderlo—: Que consigamos salir de aquí y volvamos al Sistema Solar, donde soy rica y me dan igual mil dólares. O que no salgamos de aquí y que todo lo demás no importe.

Anna asintió porque no se le ocurría nada que decir. Por mucho que le gustara y confiara en la amistad de Tilly, de vez en cuando la mujer le recordaba que pertenecían a dos mundos muy diferentes. Si ella y Nono hubiesen tenido mil dólares de la ONU para gastar, habrían ido directos a la cuenta de ahorros para la universidad de Nami. Tilly nunca había tenido que sacrificar un lujo en su vida para poder comprar una necesidad. Esa diferencia daba más pie a crear un grupo mixto en la congregación. Lo que los cinturianos y los integrantes de la armada de los planetas interiores tenían en común era que ninguno de ellos iba a beber alcohol valorado en mil dólares aquella noche, mientras que Tilly sí.

Puede que a Dios no le importara la situación económica, pero era el único que pensaba así.

—Admito que lo de la limonada suena bien —dijo Anna mientras se abanicaba con el terminal portátil. La zona habitada del tambor se había construido para albergar a muchas más personas de las que había en aquellos momentos, pero cuando convirtieron la nave en un navío de guerra habían eliminado muchos de los sistemas medioambientales. Empezaba a parecer que habían llegado al límite de procesamiento atmosférico. O quizá todo fuera problema del aire acondicionado. La temperatura del lugar siempre solía ser alta para una chica criada en Rusia que había estado viviendo hacía poco en una de las lunas heladas de Júpiter.

Después de un paseo más por la carpa para despedirse de los últimos integrantes de la congregación, Anna salió del lugar con Tilly. Fuera de la carpa el lugar no estaba mucho más fresco, pero la rotación del tambor y los sistemas de reciclado de aire se combinaban para dar lugar a una ligera brisa. Tilly miró la cara roja y el pelo sudado y pegajoso de Anna y dijo:

—No te preocupes, todos los que han venido a la nave están por aquí. Hace unos días oí que Cortez hablaba con uno de los peces gordos de la APE. Más calor no va a hacer. Y cuando encuentren una manera de enfriar la nave que no sea descargar la atmósfera al vacío, lo harán.

Anna no pudo reprimir una risa. Al ver que Tilly arqueaba una ceja, Anna se explicó:

—Hemos atravesado todo el Sistema Solar, hemos estado muy cerca de la órbita de Neptuno, un planeta tan frío y alejado del Sol que ni sabíamos que estaba ahí hasta que Bouvard se dio cuenta de que había algo que empujaba un poco a Urano.

Tilly arqueó la ceja aún más.

—Muy bien.

—Y cuando llegamos aquí, a una distancia del Sol que desconocemos y rodeados de miles de millones de kilómetros de vacío en todas direcciones, ¿qué pasa? Que de alguna manera nos las apañamos para estar acalorados y hacinados.

—Y demos gracias que a los cinturianos se les ocurrió traer esta barcaza —dijo Tilly mientras se agachaba para entrar en su tienda. Se dejó caer en una silla plegable y empezó a rebuscar en un frigorífico de plástico que había junto a ella—. ¿Te imaginas cómo estaríamos ahora de encontrarnos en la *Prince*? Allí tendríamos un catre para cada doce. Qué cultura tan maravillosa la de los cinturianos.

Anna se quitó la sotana y la dejó al borde del catre de Tilly. Debajo llevaba una blusa blanca y una falda hasta las rodillas, una indumentaria mucho menos agobiante. Tilly sacó una burbuja de plástico con limonada del frigorífico y se la dio, luego se sirvió un vaso de algo parecido al agua que olía a productos de limpieza de hospital. Cuando Anna cogió la burbuja le sorprendió lo fría que estaba. En su superficie se habían formado pequeñas burbujas de condensación. Se la puso en la nuca y sintió que le recorría la espalda un frío muy agradable.

—¿De dónde sacas el hielo?

—Es hielo seco —dijo Tilly, que ya se había encendido el cigarrillo. Hizo una pausa para darle la primera calada—. Al parecer no les cuesta nada

hacerlo a los que están en el sistema de procesamiento de la atmósfera. Ahí tienen mucho dióxido de carbono.

Si Tilly se había gastado mil dólares en la botella de antiséptico que estaba bebiendo, Anna no quería ni saber el precio de un suministro constante de hielo. Bebieron en la comodidad del silencio durante un rato mientras la limonada fría hacía maravillas con la deshidratación de Anna. A Tilly se le ocurrió la idea de ir a por algo de comer, y salieron de la tienda en busca de un quiosco de suministros.

La carpa de la ciudad estaba llena de personas que andaban por ahí con armas.

—Esto no pinta bien —dijo Tilly. Era cierto. No eran guardas de seguridad aburridos con las armas enfundadas. Eran cinturianos con malas caras, hombres y mujeres que se aferraban a rifles de asalto y escopetas. El grupo se movía entre las tiendas y estaba compuesto por al menos más de una docena. Buscaban algo. O a alguien.

Anna tiró de la manga de Tilly.

—Quizá deberíamos reunir a la gente en la carpa de la iglesia hasta que terminen.

—Annie, si empiezan a disparar, ni siquiera Dios será capaz de hacer que la tela de esa carpa sea un buen lugar en el que refugiarse. Me gustaría saber qué ocurre.

Anna la siguió a regañadientes por un camino paralelo al del grupo armado, que avanzaba decidido y se detenía en ocasiones a mirar en el interior de las tiendas o a hacer preguntas en voz baja a la gente. Anna empezó a sentirse muy asustada sin tener muy clara la razón.

—Vaya —dijo Tilly—. Empiezan los problemas.

El segundo al mando de Toro, que Anna creía que se llamaba Serge, rodeó una de las tiendas más grandes seguido de media docena de personal de seguridad. También iban armados, aunque llevaban pistolas. A pesar de la inexperiencia de Anna, ver a seis personas con pistolas enfrentándose a doce con rifles era una situación dramática. Serge esbozaba una ligera sonrisa, como si no se hubiese dado cuenta. Anna vio a la joven musculosa de la oficina de seguridad, que caminaba con gesto preocupado. Por muy raro que pareciera, ver que más personas estaban preocupadas hacía que Anna se sintiese mejor.

—No se permiten armas en el tambor, *sa sa?* —imprecó Serge al grupo de cinturianos armados, aunque el volumen de su voz dejaba claro que también quería que lo oyera todo el mundo—. Soltadlas.

—Vosotros también tenéis armas —dijo una cinturiana con tono de burla. Preparó el rifle.

—Nosotros somos los policías —dijo Serge mientras ponía la mano sobre la culata de su arma y le sonreía a la mujer.

—Ya no —respondió ella, que realizó un movimiento rápido para mover el rifle y le disparó en la cabeza. Se abrió un pequeño agujero en la cabeza de Serge, y un cúmulo de niebla rosada flotó en el aire detrás de él. Cayó despacio al suelo, con una ligera expresión de perplejidad en el gesto.

Anna sintió que se le cerraba la garganta y tuvo que doblarse hacia delante y jadear para evitar el vómito.

—Dios Santo —exclamó Tilly en un susurro ahogado. La velocidad con la que se habían desarrollado los acontecimientos había hecho que la situación pasara de ser incómoda a aterradora y dejó sin aliento a Anna. «Acabo de ver cómo le revientan los sesos a un hombre». Era lo peor que había visto después de todo el horror que había causado la zona lenta. El hombre de seguridad no pensaba que la mujer fuese a dispararle, no había llegado a entender el verdadero alcance de la amenaza, y el precio a pagar por ello había sido demasiado alto.

Mientras pensaba en ello, Anna vomitó sobre sus zapatos y luego se arrodilló entre arcadas. Tilly se agachó junto a ella sin darse cuenta de que tenía las rodillas inundadas en vómito. La abrazó un segundo y luego susurró:

—Tenemos que irnos.

Anna asintió porque no podía abrir la boca a causa del miedo a volver a perder el control. A una docena de metros, los cinturianos habían empezado a desarmar al equipo de seguridad y les ataban los brazos a la espalda con bridas de plástico.

Al menos no habían disparado a nadie más.

Tilly la ayudó a incorporarse y se dieron prisa por volver a la tienda. Se habían olvidado del hambre.

—Está pasando algo horrible en la nave —dijo Tilly. Anna tuvo que reprimir una risilla nerviosa. Dadas sus circunstancias actuales, las cosas tenían que estar mal de verdad para que Tilly afirmara que la situación había empeorado. Se encontraban atrapados en órbita alrededor de una estación espacial alienígena que de vez en cuando cambiaba las leyes de la física y había matado a muchos de ellos, pero ahora habían decidido empezar a dispararse.

«Sí, horrible».

Hector Cortez apareció por la tienda de Tilly sobre una hora después del tiroteo. Anna y Tilly habían pasado aquel rato lo más cerca del suelo que podían y colocando alrededor los pocos muebles de Tilly que había en el lugar. Les había dado la sensación de que se trataba de una especie de ritual mágico. Nada de lo que había en la estancia era capaz de detener una bala, pero lo hizo de igual manera. Como un fuerte de mantas colocado para mantener alejados a los monstruos.

Por suerte no habían oído ningún disparo más.

Las pocas veces que miraron fuera de la tienda, vieron pequeños grupos de no más de dos o tres cinturianos armados que patrullaban las zonas civiles. Anna evitó mirarlos a la cara, y ellos la ignoraron.

Cuando llegó Cortez, el hombre carraspeó con fuerza por fuera de la tienda y luego pidió permiso para entrar. Ambas tenían miedo de responder, pero él entro de igual manera. Había varias personas que lo esperaban fuera, aunque Anna no fue capaz de ver de quién se trataba.

Echó un vistazo rápido a la sombría estancia y a la endeble barricada. Luego cogió de ella una silla y se sentó sin hacer ningún comentario.

—El tiroteo se ha acabado —dijo mientras hacía un gesto a otras sillas. Hacía tiempo que no tenía tan buen aspecto. Había limpiado el traje y, de alguna manera, se había apañado para lavarse la tupida y blanca melena. Parecía confiado y que volvía a estar al mando. Anna se levantó y cogió una silla. Un instante después, Tilly hizo lo mismo.

—Siento haberlas asustado —dijo Cortez con una sonrisa de la que no emanaba arrepentimiento.

—¿Qué ocurre, Hank? —preguntó Tilly con los ojos entornados. Sacó un cigarrillo y empezó a jugar con él sin encenderlo—. ¿Qué tramas?

—No tramo nada, Matilda —respondió Cortez—. Lo que ocurre es que se ha restablecido el mando legítimo de la nave y el capitán Ashford vuelve a ser la autoridad.

—Muy bien, Hector —respondió Tilly—, pero ¿cuál es tu papel? Diría que es un tema de política interna de la APE. ¿A qué juegas?

Cortez la ignoró y se dirigió a Anna:

—Doctora Volovodov, ¿podemos hablar en privado?

—No me importa que Tilly nos oiga... —empezó a decir Anna, pero Tilly la interrumpió.

—Creo que voy a salir a fumar.

Cuando se marchó de la tienda, Cortez acercó la silla a una distancia en la que sus rodillas casi tocaban las de Anna. Se inclinó hacia delante y le cogió

las manos. Anna nunca había sentido que Hector estuviese interesado en su sexualidad, y así lo creía aún, pero de alguna manera aquella cercanía le pareció de una intimidad muy incómoda. Invasiva.

—Anna —dijo mientras le daba un apretón—. Las cosas están a punto de cambiar mucho en la nave, así como nuestro papel aquí. Tengo la suerte de que el capitán Ashford confía en mí y acepta mi consejo, por lo que he tenido algo de influencia en dichos cambios.

Aquella intimidad forzada, combinada con el mal sabor de boca que se le había quedado después de ver cómo asesinaban a un hombre, le hizo sentir una rabia que no esperaba. Le apartó las manos con más violencia de la que pretendía y luego no pudo evitar sentir una punzada de satisfacción al ver el gesto molesto y sorprendido de la cara del hombre.

—Qué amable —dijo Anna con cuidado de mantener un tono neutral.

—Doctora Volovodov... Anna, me gustaría contar con tu apoyo. —Anna no pudo reprimir un resoplido de incredulidad, pero el hombre no se achantó—. Se te da muy bien la gente. Yo me siento cómodo delante de una cámara, pero no tanto en el cara a cara. Y por eso eres muy valiosa. Es un don. Estamos a punto de enfrentarnos a unos desafíos personales horribles. Cosas que la gente tardará en llegar a comprender. Me gustaría contar con tu voz para tranquilizarlos.

—¿De qué hablas? —preguntó Anna, cuyas palabras se deslizaron a duras penas entre los resquicios del nudo que se le había formado en la garganta. Tenía la sensación de que estaba a punto de revelar un terrible secreto. Cortez resplandecía con la certeza invencible de un verdadero creyente.

—Vamos a cerrar la puerta —afirmó—. Tenemos en nuestras manos un arma que creemos que funcionará.

—No —dijo Anna, más a causa de la incredulidad que por negar lo que el hombre acababa de decir.

—Sí. En estos momentos, los ingenieros de este navío están reacondicionando el láser de comunicaciones para conseguir que tenga la potencia suficiente para destruir el Anillo.

—No me refería a eso —empezó a decir Anna, pero Cortez se limitó a seguir hablando.

—Estamos perdidos, pero aún podemos proteger a los que hemos dejado atrás. Podemos acabar con la mayor amenaza que ha conocido la humanidad. Lo único que requiere es que sacrifiquemos todas nuestras esperanzas de regresar. Un pequeño precio a pagar por...

—No —repitió Anna, con más ímpetu en esa ocasión—. No, no puedes sellar el destino de todas estas personas.

«Y en mi caso —pensó— no puedes apartarme de mi esposa y de mi hija de esa manera. Solo porque tengas miedo».

—En momentos de gran peligro que requieren un sacrificio como este, tiene que haber alguien que dé un paso al frente y tome las decisiones difíciles. Es lo que ha hecho Ashford, y yo le apoyo. Ahora tenemos la misión de asegurarnos de que todo el mundo lo comprende y coopera. Tienen que saber que este sacrificio protegerá a miles de millones de personas que hemos dejado atrás.

—Eso no lo sabemos —comentó Anna.

—La estación ya se ha llevado cientos de vidas, miles incluso.

—Porque no hemos dejado de tomar decisiones sin saber cuáles iban a ser las consecuencias. Perseguimos la nave de Holden a través del Anillo y enviamos soldados a la estación para darle caza. No hemos dejado de actuar sin tener información y luego nos hemos enfadado al ver que resultábamos heridos.

—No nos ha herido. Nos ha asesinado. A muchos.

—Somos como niños —afirmó Anna mientras se incorporaba para sermonearlo desde arriba—. Niños que se queman las manos en un fogón y creen que la solución es destrozarse todos los fogones.

—Eros —empezó a decir Cortez.

—¡Fue culpa nuestra! ¡Y Ganímedes y Febe y todas las demás! Fuimos nosotros. No hemos dejado de actuar sin pensar y crees que la solución es hacerlo una vez más. Te has aliado con hombres violentos y estúpidos e intentas convencerte a ti mismo de que ser estúpido y violento es la solución. Eso también te convierte en un estúpido. Nunca te ayudaré. Voy a enfrentarme a ti.

Cortez se levantó y llamó a la gente que lo esperaba fuera. Un cinturiano con pechera y rifle entró en la tienda.

—¿También me vas a disparar? —dijo Anna con tanto desprecio como fue capaz.

Cortez se dio la vuelta y se marchó con el hombre del arma.

Anna se dejó caer en la silla de improviso, las piernas habían empezado a temblarle tanto que no se podía mantener en pie. Se dobló hacia delante y empezó a balancearse mientras respiraba entre jadeos para calmarse. De alguna manera, consiguió evitar desmayarse.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Tilly detrás de ella. Su amiga le puso una mano con suavidad en la nuca mientras se mecía.

—No —dijo Anna. En realidad, no era mentira.

—Vaya, Annie. Tienen a Claire. No me van a dejar hablar con ella. No sé si es una rehén o...

Antes de siquiera darse cuenta de que iba a hacerlo, Anna se había puesto en pie de un salto y salió corriendo de la tienda. Estarían camino del ascensor que recorría el tambor y conectaba con los pasillos que llevaban a los centros de mando y a la cubierta de ingeniería. Estarían camino del puente. Hombres como Cortez y Ashford, que querían estar al mando, llegarían hasta el puente. Corrió hasta el ascensor lo más rápido que le permitieron las piernas. Llevaba años sin correr. Había vivido en una pequeña estación formada por túneles excavados en el hielo de Europa, por lo que tampoco le había surgido la oportunidad. Se quedó sin aliento en varias ocasiones, pero continuó a pesar de las náuseas y de las punzadas en las costillas.

Llegó al ascensor justo cuando Cortez y su pequeño grupo de matones armados entraban. Clarissa estaba detrás del resto del grupo, con aspecto frágil e insignificante entre los soldados con armadura. Mientras las puertas se cerraban, sonrió a Anna y levantó una mano para saludarla.

Luego desapareció.

Holden

—Oye, capi —dijo Amos desde la cama—. Ese era el tercer grupo armado que pasa por la estancia en unas tres horas. A saber qué coño está pasando.

—Me he dado cuenta —dijo Holden con tranquilidad. Era obvio que la situación en la *Bégimo* había cambiado. Había gente armada que paseaba por los pasillos con gesto serio. Algunos de ellos habían llevado a un lado a una doctora, tenido con ella una corta y airada discusión y luego se habían llevado a un paciente que estaba amarrado. Daba la sensación de que había en marcha un golpe de Estado, pero según Naomi, Toro, el jefe de seguridad, ya se había amotinado y tomado la nave de manos del anterior capitán cinturiano. Y no había pasado nada que explicase por qué de repente necesitaba poner más vigilancia o empezar con los arrestos.

Daba la impresión de que se cocía una guerra civil, o que un bando estaba siendo aplastado.

—¿Deberíamos hacer algo? —preguntó Amos.

«Sí —pensó Holden—. Deberíamos hacer algo. Deberíamos volver a la *Rocinante* y escondernos hasta que Miller termine de hacer lo que quiera que esté haciendo para que las naves puedan salir de la zona lenta». Así podrían salir pitando de aquel lugar sin mirar atrás. Por desgracia, su tripulación seguía tumbada y tampoco es que tuvieran la manera de que los llevaran a su nave.

—No —dijo, contradiciéndose—. No hasta que sepamos lo que ocurre. Acabo de salir de una celda. No tengo prisa por volver.

Alex se incorporó en la cama y gruñó por el esfuerzo. Tenía la parte superior de la cabeza cubierta de vendas ensangrentadas y la parte izquierda de la cara hinchada y rojiza. El cambio del límite de velocidad lo había lanzado de cara contra las pantallas panorámicas de la cabina. Era muy probable que hubiese muerto de no haber tenido puesta alguna correa.

—Quizá debería encontrar un lugar más tranquilo que este para pasar el rato —dijo—. No parece que les cueste mucho arrestar a los pacientes.

Holden asintió con el puño. Los gestos cinturianos de Naomi empezaban a pegársele, pero se sentía incómodo cada vez que los hacía, como si fuese un niño que intentara dárselas de adulto.

—Esta estancia y el muelle es todo lo que conozco de esta nave. No tengo ni idea de dónde puede haber un lugar más tranquilo.

—Bueno —comentó Naomi—, ya sabes algo más que nosotros. No estábamos conscientes cuando nos trajeron.

Holden saltó del borde de la cama de la cinturiana y se acercó a la puerta para luego cerrarla con el menor ruido posible. Miró alrededor para buscar algo con lo que atrancarla, pero no tardó en darse cuenta de que era inútil. Las estancias del tambor de la *Bégimo* estaban fabricadas para pesar poco, no para durar. Las paredes y la puerta de la enfermería estaban formadas por capas finas como el papel de poliepóxido y fibra de carbono. Una buena patada era suficiente para tirar abajo la estructura. Atrancar la puerta solo avisaría a las patrullas de que algo iba mal, y luego tan solo los retrasaría un segundo antes de romperla.

—Quizás esa predicadora pueda ayudarnos —dijo Alex.

—Eso —dijo Amos—. Pelirroja parece buena gente.

—Nada de tirarle los trastos a la sacerdotisa —dijo Holden mientras señalaba a Amos con un dedo acusador.

—Solo decía que...

—Da un poco igual, porque aunque no tenga muchas luces, y diría que tiene eso y mucho más, seguro que está ocupada buscando un lugar en el que esconderse. Además, tampoco conoce la nave. Necesitamos a alguien de dentro.

—Sam —dijo Naomi al mismo tiempo que a Holden se le ocurrió el mismo nombre—. Es la ingeniera jefe de este navío. Nadie lo conoce tan bien como ella.

—¿Te debe algún favor? —preguntó Holden.

Naomi le dedicó una mirada triste y cogió el terminal portátil que Holden llevaba en el cinturón.

—No. Yo le debo miles a ella —dijo mientras realizaba una solicitud de llamada a Sam—. Pero es mi amiga. Los favores dan igual.

Dejó el terminal sobre la cama con el altavoz puesto. El pitido triple de una llamada sin responder sonó una vez por segundo. Alex y Amos lo miraron con fijeza y los ojos abiertos como platos, como si fuese una bomba a

punto de estallar en cualquier momento. Holden pensó que no estaba muy alejado de la realidad. Que él recordara, nunca habían estado tan indefensos. Holden deseó que Miller volviera a aparecer para solucionarlo todo con su magia alienígena.

—Qué pasa —se oyó una voz en el terminal—. Nudillos.

En algún momento del último año, Sam había empezado a llamar Nudillos a Naomi. Holden nunca había descubierto la razón, y Naomi nunca se lo había explicado.

—Sammy —respondió Naomi con alivio manifiesto en la voz—. Necesitamos muchísimo que nos ayudes.

—Qué raro —dijo—. Estaba pensando en pasarme por ahí para pedirnos ayuda a vosotros. ¿Será coincidencia u otra cosa?

—Te llamábamos para ver si conoces algún lugar en el que podamos escondernos —gritó Amos—. Como nos fueras a llamar para lo mismo, estamos jodidos.

—No, pero es buena idea. Conozco un sitio en el que podréis resguardaros durante un tiempo. Iré a reunirme con vosotros allí. Nudillos, te envió los planos en un momento. Límitate a seguir el mapa. Estaré allí lo antes posible. Tened cuidado, niños.

—Tú también, Sammy —dijo Naomi antes de desconectarse. Siguió toqueteando el terminal durante unos segundos—. Bien, ya lo veo. Parece un almacén sin usar que se encuentra a unos cientos de metros en dirección popa y en sentido de la rotación.

—Se te da bien la navegación —le dijo Holden. Luego añadió—: ¿Podemos caminar todos?

Amos y Alex asintieron, pero Naomi dijo:

—El cráneo de Alex está muy frágil. Si se marea y se cae es probable que no se vuelva a levantar.

—Un momento, segunda —objetó Alex—. Puedo...

—Naomi no puede caminar —dijo Amos—. Así que vas a tener que ponerla en una camilla con ruedas junto a Alex para que podamos empujarlos. Yo iré delante. Dame el mapa.

Holden no discutió. Levantó a Naomi de la camilla con cuidado de moverla lo menos posible y la puso en la de Alex junto al piloto.

—¿Y por qué soy yo el que empuja en lugar de ir delante?

—Amos se ha roto el brazo izquierdo —respondió Naomi mientras se acercaba todo lo posible a Alex y luego amarraba a ambos con la correa de la

cadere. Cuando oyó que Amos empezaba a protestar, Naomi añadió—: Y todas las costillas del costado izquierdo.

—Muy bien —dijo Holden al tiempo que agarraba la barra de la parte trasera de la camilla y soltaba los frenos de las ruedas—. Ve delante.

Amos los guio por los pasillos de la enfermería improvisada mientras sonreía a todos con los que se encontraban y avanzaba con el paso decidido de alguien que sabe adónde va pero no tiene prisa por llegar. La patrulla armada junto a la que pasaron le dedicó poco más que un vistazo. Cuando se quedaron mirando a Holden, que empujaba a dos heridos en la misma camilla, Amos dijo:

—Camillas para dos. Estamos a rebosar.

La patrulla asintió y pasó de largo, con gesto aburrido y taciturno.

Holden no había tenido oportunidad de investigar el resto de la enfermería. Justo después de salir del muelle, lo habían llevado al lugar en el que se encontraba su tripulación y no se había marchado de allí desde entonces. Pero en aquel momento, mientras atravesaba las habitaciones y las intersecciones que llevaban a la salida, tuvo oportunidad de observar las consecuencias del daño que había causado el catastrófico límite de velocidad.

Todas las camas de la enfermería estaban ocupadas por heridos y, en ocasiones, también los bancos y las sillas de las salas de espera. La mayor parte de las heridas eran contusiones o huesos rotos, pero había algunas más graves. Vio más de una amputación, algunas personas colgadas de amarres con heridas muy graves de columna. Pero lo que le impactó no era el daño físico, sino el gesto de conmoción de todas las caras. Era una expresión que Holden asociaba con los testigos o las víctimas recientes de un crimen violento. Hacía unos meses, la *Rocinante* había perseguido y desmantelado una nave pirata esclavista, y los prisioneros abatidos y famélicos que habían sacado de los calabozos tenían ese aspecto. No solo estaban heridos, les habían privado de toda esperanza.

Una persona con uniforme de doctor se quedó mirando con fijeza cuando Holden pasó a su lado empujando la camilla, pero su agotamiento superaba a la curiosidad. De una pequeña estancia que había a su derecha, Holden oyó el chasquido de una pistola cauterizadora, y un olor a carne quemada inundó el ambiente.

—Esto es horrible —dijo a Naomi en voz baja. Ella asintió, pero no dijo nada.

—Ninguno de nosotros debería estar aquí —dijo Alex.

«Las puertas y las esquinas», le había advertido Miller. Lugares en los que puedes morir si no prestas atención. En los que tienen lugar las emboscadas.

«Podría haber sido un poco más explícito», pensó Holden. Luego se imaginó a Miller haciendo un gesto con las manos para encogerse de hombros con cara de arrepentimiento y estallando en una nube de mosquitos azules.

Amos se encontraba varios metros por delante en una intersección de dos pasillos y giró hacia la derecha. Antes de que Holden alcanzara la intersección, un par de matones de la APE apareció por el pasillo de la izquierda.

Hicieron una pausa y miraron a Naomi y a Alex, que estaban apretujados en la camilla con ruedas. Uno de ellos esbozó una sonrisa y se giró un poco hacia su compañero. Holden casi pudo oír el chiste que estaba a punto de hacer después de haber visto a dos personas en una cama. Se preparó con una sonrisa y esperó el momento para soltar una carcajada. Pero antes de que el chistoso dijera nada, su compañero afirmó:

—Ese es James Holden.

Después se precipitaron los acontecimientos.

El par de matones de la APE se afanaron para coger las escopetas que tenían colgadas al hombro. Holden empujó la camilla rodante hacia sus muslos para tirarlos al suelo y luego echó un vistazo rápido por el pasillo para encontrar un arma. Uno de los matones fue capaz de coger la escopeta que tenía al hombro y prepararla, pero Naomi sacó un pie de la camilla y le golpeó con el talón en la ingle. Su compañero dio un paso atrás, consiguió hacerse con la escopeta y luego la apuntó. Holden empezó a correr hacia delante, a sabiendas de que no le iba a dar tiempo, de que vería a Naomi recibir un tiro mucho antes de que él alcanzara al hombre armado.

Un instante después, los matones se abalanzaron el uno sobre el otro y se golpearon las caras entre sí. Cayeron al suelo despacio, y las armas se resbalaron de sus dedos inertes. Amos apareció detrás de ellos con una sonrisa y sin dejar de masajearse el hombro izquierdo.

—Lo siento, capi —dijo—. Me adelanté demasiado.

Holden se apoyó en la pared del pasillo, y las piernas le temblaban tanto que casi no eran capaces de sostenerle incluso a tan poca gravedad.

—No te disculpes. Gracias por salvarnos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el hombro que Amos no había dejado de masajearse con expresión dolorida—. Pensaba que lo tenías roto.

Amos soltó un bufido.

—Tampoco se me va a caer. Todavía puedo encargarme de muchos más de estos imbéciles. —Se inclinó y les quitó el arma y la munición a los caídos. Una enfermera se acercó por detrás de Holden con una carcasa de plástico en las manos y gesto inquisitivo.

—Aquí no ha pasado nada —dijo Holden—. Nos marcharemos en un minuto.

Señaló hacia una puerta cercana.

—Ese es el armario de suministros. Si los meten ahí, nadie los descubrirá en un buen rato. —Luego se dio la vuelta y volvió por el lugar por el que había venido.

—Tienes una fan —dijo Naomi desde la cama.

—No todos los de la APE nos odian —respondió Holden al tiempo que rodeaba la camilla para ayudar a Amos a coger a los hombres inconscientes y meterlos en el armario—. Hicimos un buen trabajo para ellos durante un año. Todo el mundo lo sabe.

Amos le pasó a Holden una pistola negra y compacta y un par de cargadores extras. Holden se colgó el arma del cinturón y se bajó la camisa para cubrirla. Amos hizo lo mismo con otra pistola y luego puso las dos escopetas en la camilla junto a Naomi y las cubrió con la sábana.

—No queremos vernos envueltos en un tiroteo —advirtió Holden a Amos cuando empezaron a moverse de nuevo.

—Claro —respondió Amos—, pero si no nos queda otro remedio, mejor hacerlo con unas buenas armas.

La salida de la enfermería se encontraba a poca distancia por el pasillo de la derecha, y no tardaron en llegar al exterior. O todo lo exterior que uno podía estar en la gigantesca estancia que era el tambor de la *Bégimo*. Desde fuera, la estructura de la enfermería daba la impresión de ser cutre y de que la habían montado con prisas. Era una chabola del tamaño de un campo de fútbol fabricada con fibra de vidrio y polímero reforzado con fibra de carbono. A unos cientos de metros de distancia se distinguía el comienzo de una ciudad de tiendas de campaña que se extendía como el acné por la piel lisa del tambor.

—Por ahí —anunció Naomi mientras señalaba una estructura de acero que parecía más antigua. Holden empujó la camilla, y Amos caminó unos metros por delante sin dejar de sonreír ni de asentir a todos los que los miraban. Había algo en la cara de Amos que conseguía que los curiosos se apartaran sin mirar atrás.

Mientras se acercaban a la achaparrada estructura de metal, se abrió una puerta en ella y apareció la cara de duende de Sam, que empezó a hacer aspavientos con impaciencia. Unos minutos y algunos pasillos enrevesados después, llegaron a una estancia pequeña y con paredes metálicas. Amos se lanzó al suelo de inmediato y se tumbó bocarriba para apoyar la espalda y el brazo izquierdo.

—Duele —dijo.

—¿Estás herido? —preguntó Sam mientras cerraba la puerta detrás de ellos con una pequeña tarjeta de metal y luego se la daba a Naomi.

—Estamos todos heridos —respondió Holden—. ¿Qué coño está pasando?

Sam resopló y se pasó una mano grasienta por la melena pelirroja. Las manchas negras que adornaban su pelo le indicaron a Holden que no era la primera vez que lo hacía.

—Ashford se ha vuelto a adueñar de la nave. Ha conseguido formar una coalición de peces gordos de la armada de la ONU, los marcianos y algunos civiles importantes.

—Muy bien —afirmó Holden, quien se dio cuenta de que el hecho de que le faltara tanto contexto hacía que aquella respuesta fuese para él casi incomprensible. Pero tampoco quería perder el tiempo con explicaciones—. Entonces, ¿los que van por ahí armados están de parte de Ashford?

—Eso es. Ha eliminado a todos los que ayudaron a Toro o a Pa con el primer motín. Y bueno, a todos los que él considera una amenaza.

—Nos han intentado disparar, así que diría que también estamos en esa lista —aseguró Naomi.

—Sin duda —dijo Sam—. No sé dónde se encuentra Pa, pero Toro me ha llamado y sé que está bien.

—Sam —llamó Holden mientras hacía un gesto sereno con los brazos—. Ten en cuenta que no tengo ni idea de quiénes son esta gente ni de por qué son importantes, y que no tenemos tiempo para explicaciones. Límitate a contarnos lo necesario.

Sam estuvo a punto de objetar, pero luego se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos y explicó con brevedad el plan de usar el láser de comunicaciones.

—Si hago lo que me piden, podremos lanzar un haz de luz que será más caliente que una estrella durante tres cuartos de segundo. El disparo fundirá uno de los flancos de la nave.

—¿Y Ashford no lo sabe? —preguntó Naomi con incredulidad.

—No le importa. Funcione o no, tenemos que detenerle. En esta nave hay miles de personas, y todas morirán si se sale con la suya.

Holden se dejó caer en la camilla y soltó un suspiro.

—Vaya, nosotros somos el menor de los problemas —dijo—. Al parecer las cosas se han complicado muchísimo.

Sam ladeó la cabeza y puso gesto inquisitivo.

—He sido testigo de cómo la estación reacciona a las amenazas —explicó Holden—. Miller me lo enseñó cuando me encontraba en ella. Que yo sepa, todo esto de la zona lenta es una medida disuasoria no letal. Si esa pelota grande y azulada de ahí fuera decide que los monos somos una amenaza de verdad, prenderá fuego al Sistema Solar.

—¿Quién es Miller? —preguntó Sam.

—Un muerto —respondió Amos.

—¿Y estaba en la estación?

—Al parecer sí —respondió Amos con un encogimiento de hombros asimétrico.

—¿Jim? —llamó Naomi mientras le ponía la mano en el brazo a Holden. Era la primera vez que lo oía hablar de lo que había experimentado en la estación, y él se sintió culpable por no haberle contado nada hasta entonces.

—Algo los atacaba, a los maestros de la protomolécula o lo que quiera que fueran. Su defensa consistía en hacer que cualquier estrella de un sistema estelar «infectado» se convirtiera en una supernova. Esa estación tiene la capacidad de hacer estallar estrellas, Naomi.

—Si Ashford se sale con la suya, matará a todos los humanos que existen. A todos.

Se hizo un largo silencio. Amos dejó de frotarse el brazo y de gruñir. Naomi miró a Holden desde la cama con los ojos abiertos como platos y el mismo gesto aterrorizado que luego vio en la cara del capitán.

—Bueno —terminó por decir Sam—. Lo bueno es que no vamos a dejar que lo consiga, ¿verdad?

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —dijo Amos desde el suelo.

—No tenía ni idea de eso de los fantasmas y los alienígenas —dijo Sam con un tono de voz que dejaba entrever que no creía del todo lo que le había contado Holden—, pero sí que me he encargado de sabotear las mejoras del láser. He retrasado el proceso y también incorporado fallas. Debilidades que harán que todo se vaya al traste cada vez que lo intente disparar. Debería ser fácil de justificar, ya que el sistema nunca se diseñó para este tipo de cosas, y

la nave ya es poco más que cachivaches unidos que forman una barcaza voladora.

—¿Cuánto tiempo nos puedes conseguir?

—Un día. Quizás un día y medio.

—Creo que te quiero —dijo Alex con un tono que parecía producto del dolor y la medicación.

—Todos te queremos, Sam —dijo Holden para cubrir a Alex—. Eres brillante, pero no somos muchos y la nave es enorme y muy complicada. Lo importante es descubrir la manera de hacernos con ella.

—Toro —respondió la ingeniera—. Es la razón por la que os iba a llamar. Toro está un poco indispueto, necesita ayuda y no conozco a nadie más de esta nave en quien pueda confiar. —Esa última frase iba dirigida a Naomi.

—Haremos lo que podamos —respondió Naomi mientras levantaba la mano. Sam atravesó la estancia y se la estrechó—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarte, Sammy. Dinos dónde está Toro y ordenaré a los chicos que vayan a por él.

Amos se incorporó en el suelo con un gruñido y se movió hacia la camilla.

—Eso. Todo lo que esté en nuestra mano, Sam. Te debemos tantas que ya ni sé. Además, el Ashford ese tiene pinta de ser un gilipollas.

Sam sonrió aliviada y apretó los dedos de Naomi.

—Os lo agradezco mucho, pero tened cuidado. Los hombres de Ashford están por todas partes y ya han matado a gente. Si os encontráis con alguno, tendréis problemas.

Amos sacó una de las escopetas de debajo de la sábana y se la colocó al hombro con naturalidad.

—Ojalá.

Las estancias de almacenamiento eran demasiado grandes para ser una prisión. Almacenes que deberían haber acaparado los suministros necesarios para volver a empezar después de cualquier tipo de desastre ecológico. Cajas de semillas, tierra e hidrógeno y oxígeno, recursos suficientes para recrear la superficialidad de una nave generacional. Toro dirigió el *mecha* por el gigantesco espacio abierto, que tenía las dimensiones de una catedral pero ninguna representación de Dios. Era un templo dedicado a los servicios públicos y a la ingeniería, a la belleza de la funcionalidad y a la grandeza del experimento que habría lanzado a la humanidad hacia las estrellas.

A su alrededor, todo se estaba yendo a la mierda. Toda la información que había conseguido recabar, agazapado sobre su terminal portátil como si intentase meterse en él, confirmaba que Ashford se había hecho con ingeniería y el reactor por la parte sur de la nave y con el centro de mando por la parte norte. Sus equipos recorrían el tambor con impunidad. Pa estaba desaparecida y puede que muerta. La capitana aún contaba con un montón de tripulantes que le eran leales (incluido él mismo, lo que le sorprendía), pero si encontraban su cuerpo en algún reciclador, todo aquello se desvanecería en un instante. Había hecho todo lo posible. No tenía el liderazgo, por lo que había probado con la sutileza y, dado que no había funcionado, se hizo con el control. Había usado la masacre de miles de personas causada por la estación de la protomolécula y conseguido crear casi media ciudad gracias a ella. Una pequeña civilización a las puertas del vacío. De haber sido un poco más implacable quizás hubiese conseguido que tuviera éxito. Rechinaba a cada paso que daba en aquel espacio enorme, eso era lo que le afligía. No sus pecados ni la gente a la que había matado, sino pensar que quizá matar a uno o dos más hubiese sido suficiente para resolverlo.

Y, a pesar de aquella oscuridad que atribulaba su corazón, no podía evitar sentirse conmovido por la escala de todo aquel metal y cerámica. Por la

belleza industrial de su diseño. Deseó que hubiesen podido viajar a las estrellas en lugar de a las puertas del infierno. Deseó que hubiesen podido salir adelante.

Intentó llamar a Serge, pero no recibió respuesta. Lo intentó con Corin. Quería llamar a Sam, pero no arriesgarse a que Ashford descubriera que estaban en contacto. Echó un vistazo por el canal de noticias y por Radio Zona Lenta Libre, pero Monica Stuart y su equipo no habían realizado ningún anuncio. Esperó que el plan de Ashford se fuera al traste de igual manera que lo había hecho el suyo. Pero no había muchas posibilidades. Ashford solo quería hacer que todo saltara por los aires. Eso siempre era más fácil que crear algo.

Pensó en grabar un último mensaje para Fred Johnson, pero en realidad no sabía si quería disculparse, compadecerse o hacer que se sintiera culpable por poner al mando a un niño vanidoso como Ashford, por lo que en vez de hacerlo se limitó a esperar con la esperanza de que ocurriese algo inesperado. Y que cambiara las cosas para bien.

Oyó pasos que venían del pasillo de acceso que se encontraba en dirección a popa. Más de una persona. Dos. Quizá tres. Si eran los hombres de Ashford que iban a por él, no iba a tener que preocuparse mucho de qué decir a Fred. Sacó la pistola de la cartuchera y comprobó el cargador. Se oyó el retumbar de los suaves sonidos metálicos. Los pasos titubearon.

—¿Toro? —llamó una voz familiar—. ¿Estás ahí dentro?

—¿Quién pregunta? —dijo Toro. Luego tosió. Escupió en la cubierta.

—Jim Holden —respondió la voz—. No vas a dispararme, ¿verdad? Porque Sam nos comentó que estábamos en el mismo bando.

Holden entró en la zona de almacenamiento. A eso era a lo que esa mujer se refería cuando afirmó que sabía en quién podía confiar. Y vaya si lo sabía. La reputación de Holden se cimentaba en que era un hombre sin secretos. El que iba detrás de él con una escopeta era Amos Burton. Por un instante, Toro se sorprendió al ver en pie al terrícola herido, luego recordó cómo estaba él mismo y sonrió. Bajó el arma, pero no la guardó.

—¿Y por qué Sam pensaría algo así? —preguntó Toro.

—Porque tenemos un enemigo común —respondió Holden—. Tenemos que detener a Ashford. Si consigue salirse con la suya, nos quedaremos atrapados aquí hasta nuestra muerte. Y estoy seguro de que el Anillo acabará con todos los que se encuentren al otro lado. Con la Tierra. Con Marte. Con el Cinturón. Con todos.

Toro sintió que algo le atenazaba el pecho. No sabía si era el peso de sus peores miedos al hacerse realidad o si les ocurría algo desagradable a sus pulmones. Guardó el arma en la cartuchera, cogió las palancas de control y enfiló el *mecha* hacia los dos hombres. Los movimientos de la máquina parecían hacer más ruido ahora que había otras personas para oírlos.

—Muy bien —afirmó Toro—. ¿Qué te parece si empezamos por el principio y me cuentas de qué coño va todo esto?

No era la primera vez que Toro se topaba con alguien carismático. Con esa sensación que transmiten algunas personas que hace que a su alrededor todo sea una burbuja cautivadora llena de energía. Fred Johnson tenía carisma, y también había cierto retazo de ello en Holden. De hecho, la simpleza del gesto sincero de Holden hacía recordar a Toro la franqueza del joven Fred Johnson. Decía las cosas de una manera simple y directa: la estación no dejará de estar bloqueada hasta que apaguemos los reactores y gran parte de los sistemas electrónicos de las naves; los creadores de la protomolécula han sido devorados por una fuerza misteriosa que tiene incluso más poder que ellos; la estación destruirá el Sistema Solar al completo si llega a la conclusión de que los humanos y sus armas constituyen una amenaza real. Todo lo que decía Holden parecía verosímil. Quizá fuera a causa de la convicción que había en sus palabras. Quizá se tratara de un talento con el que solo nacen unos pocos. Toro sintió respeto por Jim Holden, uno similar al que sentiría por una serpiente de cascabel. Aquel hombre era peligroso solo por ser quien era.

Cuando Holden se quedó sin fuelle y empezó a repetir que tenían que detener a Ashford, que Sam les había conseguido algo de tiempo y la escasa tripulación que quedaba en las otras naves tenía que apagar los reactores y los sistemas de reserva, Toro se rascó la barbilla.

—¿Y si Ashford tiene razón? —preguntó.

—No entiendo —respondió Holden.

—¿Qué ocurriría si todo esto que me estás contando del alienígena fuese mentira y te estuviera engañando?

Holden apretó los dientes, pero un instante después asintió.

—Podría ser —dijo—. No tengo ninguna manera de estar seguro. Pero Sam dice que Ashford va a sacrificar a la *Bégimo* cuando realice el disparo al Anillo y, si Miller no miente, también sacrificará todo lo demás. ¿Seguro que quieres correr el riesgo?

—Míralo de otra manera —respondió Toro—. Imagina que lo detenemos y salvamos el Sistema Solar. Pero quizá dejemos el Anillo abierto para que

nos invadan criaturas capaces de comerse nuestro cerebro para desayunar. Nos la estamos jugando, güey. Y no tenemos tiempo para probar nada. No podemos asegurarnos. Hagamos lo que hagamos, es arriesgado.

—Lo es —aseguró Holden—. Así que venga. ¿Qué piensas hacer?

Toro suspiró y no pudo evitar volver a toser. Las flemas que le llegaron a la boca sabían a aerosol de esteroides. Escupió. Aquel era el momento decisivo. En realidad Holden no le había hecho una pregunta.

—Imagina que tenemos que volver a hacernos con ingeniería —dijo Toro—. El enfrentamiento va a ser complicado, pero tenemos que hacerlo. Ahora que el tambor está rotando, el único camino entre ingeniería y el centro de mando es el ascensor externo o atravesar el punto de transferencia del centro de mando para luego recorrer todo el tambor hasta el punto de transferencia de ingeniería con un nutrido grupo de personas y con gravedad rotacional para retrasarlos. Cualquier refuerzo que pretenda enviar, no llegará antes de que termine el enfrentamiento, sea cual sea el resultado.

—Sammy ya está en ingeniería —dijo Amos—. Quizás ella pueda allanarnos un poco el camino antes de entrar.

—Eso estaría bien —afirmó Toro.

—¿Y cuando lo consigamos? —preguntó Holden.

—Pues supongo que insuflaremos una buena cantidad de nitrógeno en el centro de mando y los dejamos fuera de juego después de que se hayan dormido —respondió Toro—. Si la capitana Pa sigue viva, serán problema de ella.

—¿Y si no está viva? —preguntó Amos.

—Pues entonces será problema mío —respondió Toro. La sonrisa de Amos era indicativo de que había entendido al dedillo la respuesta de Toro.

—¿Y el reactor? —preguntó Holden—. ¿Vas a apagarlo?

—Ese es el plan secundario —dijo Toro con una sonrisa en la cara—. Lo apagamos y hacemos que todos los demás también lo apaguen.

—¿Por qué secundario?

—Porque así quizá podamos convencer a esa cosa para desactivar el bloqueo y no cargarse el Sol incluso después de que Ashford consiga realizar un disparo —respondió Toro.

—Me parece bien —sentenció Holden—. Yo cuento con mi tripulación, aunque estamos un poco jodidos.

—Pero en el buen sentido —apuntilló Amos.

—Yo no sé a cuántos tengo de mi parte —explicó Toro—. Cuando me ponga en contacto con algunos me podré hacer una idea.

—Vale. ¿Dónde plantamos el cuartel general?

Toro hizo una pausa. Si pretendían intentar asaltar ingeniería, una distracción les vendría bien. Algo que distrajera a Ashford de lo que importaba de verdad. Una buena manera de encargarse de él era atacar su orgullo. Antes de la catástrofe, Ashford no era el tipo de hombre que pensara bien las cosas, pero sí que era cuidadoso. Tenía que haber alguna manera de hacerlo enfadar y conseguir que no fuese tan cauto. Pero hacerlo y a la vez ponerse en contacto con las otras naves para que desconectaran los sistemas requeriría más tiempo del que tenían. A menos que...

—Sí —dijo con desagrado—. Sé dónde tenemos que ir. Quizá sea un poco peligroso llegar. Los de Ashford están por todo el tambor.

—Quedan menos que cuando empezamos —afirmó Amos. Toro no preguntó a qué se refería.

—Guíanos —dijo Holden—. Te seguimos.

Toro tocó las palancas de control con los dedos. Se sintió avergonzado y abochornado. Una ligera confusión cruzó por la cara de Holden. Toro se sintió disgustado consigo mismo. Estaba a punto de poner en peligro a un grupo de civiles para llamar la atención de Ashford, iba a hacerlo por voluntad propia, pero lo que le avergonzaba eran cosas sobre las que no tenía control alguno. Desconocía qué imagen proyectaba a los demás, pero suponía que no era buena.

Radio Zona Lenta Libre se encontraba en el lugar que antes eran las oficinas administrativas coloniales. La oficina estrecha se había diseñado en el interior de las paredes y los mamparos de la nave original, cuando aún recibía el nombre de *Nauvoo*, y la cantidad de trabajo que habría llevado quitar los cubículos para que el espacio se pudiese utilizar para algo diferente nunca había llegado a merecer el esfuerzo. Toro se la había cedido a Monica Stuart y su tripulación porque era un favor que no le costaba mucho. Era algo que no necesitaba, unas oficinas viejas, a cambio de algo que sí: una cara familiar y una voz reconfortante que ayudara a convertir la *Bégimo* en un lugar de reunión para la totalidad de aquella flota destrozada.

El estudio de retransmisiones era una plancha de plástico verde modelado que alguien había colocado para hacer de separador. Las luces eran chapuceras y se encontraban encajadas en la primera superficie que habían pillado a mano. Toro reconoció la mayoría de las caras, aunque había otras muchas que desconocía. Monica Stuart, claro. Su equipo de producción, que

había quedado reducido a una terrícola llamada Okju y a un marciano de piel oscura llamado Clip. Holden le había dicho a su tripulación que fueran hasta el lugar, pero aún no habían llegado.

Toro analizó la estancia desde un punto de vista táctico. No sería complicado bloquear las entradas. Las pocas paredes a media altura ofrecían algo de cobertura y tenían el grosor suficiente para detener la mayoría de los proyectiles. Una hora o dos, un poco de acero laminado y unos soldadores y el lugar podría llegar a ser incluso defendible. Esperó no llegar a necesitarlo, pero sí poder defenderlo si llegaba a darse el caso.

—Dejamos de emitir desde que empezaron los enfrentamientos —dijo—. Pensamos que sería mejor para no meternos en problemas.

—Buen plan —aseguró Toro, y en ese momento le sonó el terminal portátil. Levantó un dedo y aceptó la llamada con torpeza.

La cara de Corin parpadeó hasta empezar a moverse. Tenía aspecto pálido. Estaba conmocionada. Toro conocía la expresión.

—¿Cómo vais?

—Tengo a unos treinta, señor —afirmó Corin—. Armados y con armaduras. Hemos tomado el control de la cafetería y protegido a gran parte de los civiles. Cuando Ashford se hizo con el control de los puntos de transferencia, empezó a retirarse.

—¿Y Pa?

—Está viva —respondió Corin—. En mal estado, pero viva.

—Vamos a considerarlo una victoria.

—Hemos perdido a Serge —dijo Corin con voz impertérrita y calmada. Eso era lo que había pasado. Toro estuvo a punto de pronunciar un «lo siento», pero consiguió reprimirlo. Más tarde. Ya habría tiempo para las condolencias. Ahora solo cabía la posibilidad de ser fuertes.

—Muy bien —dijo—. Trae a todos los que puedas a las oficinas administrativas coloniales. Y armas. Trae todas las armas que tengas.

—¿Es el nuevo cuartel general?

—Unas oficinas de seguridad improvisadas —dijo Toro, que estuvo a punto de arrancar una sonrisa del gesto de Corin. No había lugar para la alegría, pero un poco de humor nunca estaba de más. Suficiente por el momento. Corin le dedicó un saludo militar, y Toro se lo devolvió de la mejor manera que pudo antes de desconectarse.

—Así que vamos a dar un golpe de Estado —dijo Monica.

—Un contracontragolpe de Estado, en realidad —aclaró Toro—. Esto es lo que necesitamos que hagáis. Quiero que informes sobre cómo van las cosas

por aquí. Que reanudes la emisión. A la *Bégimo* y al resto de las naves de la flota. Joder, a la estación también si crees que es capaz de recibir la transmisión. Relevamos del mando al capitán Ashford por su condición psicológica. El trauma le afectó demasiado. Él y los pocos que le apoyan han decidido encerrarse en el centro de mando, y el equipo de seguridad de la *Bégimo* está decidido a sacarlos de ahí.

—¿Y hay algo de verdad en esas afirmaciones?

—La mitad, más o menos —respondió Toro.

A la espalda de Monica, la terrícola corpulenta llamada Okju levantó la vista y luego la apartó.

—No soy activista —dijo Monica.

—Ashford nos va a matar a todos —dijo Toro—. Si hace lo que tiene en mente, quizá también mate a todos los que están en casa. ¿La catástrofe? ¿Todo a lo que nos hemos enfrentado aquí? No es más que un prelude. Lo que está a punto de hacer es mucho más grave.

Notó una sensación extraña al pronunciar aquellas palabras y que le parecieran mucho más reales que cuando las había dicho Holden, a pesar de no estar seguro de si en realidad eran ciertas o no. Lo cierto en aquel momento era que tenía que creer que sí. Monica abrió un poco los ojos y un ligero rubor adornó sus mejillas.

—Cuando todo acabe —dijo—, quiero un reportaje completo. En exclusiva. Sobre todo lo que está pasando y por qué hemos llegado a este punto. Entrevistas en profundidad con todos los implicados.

—Ahora mismo solo puedo hablar en mi nombre —respondió Toro—, pero me parece bien. También necesito que convenzas al resto de las naves de la flota para desconectar los reactores y los sistemas eléctricos, que saquen las baterías de todos los dispositivos que puedan.

—¿Y eso por?

—Vamos a intentar que se retire el bloqueo —respondió—. Que se nos permita ir a casa. Y si no podemos detener a Ashford, retirar ese bloqueo es la única oportunidad que tenemos de evitar que la estación tome represalias contra los que se encuentran al otro lado del Anillo.

Y aunque todos los insultos y las provocaciones, las amenazas falsas y todos los desvíos de atención no llegaran a funcionar, sería suficiente. Si Ashford se enteraba de que había un plan alternativo en marcha, si llegaba a ver aquel gesto heroico, que su gran sacrificio perdía razón de ser, se achantaría. Ashford iba a hacer todo lo posible para acabar con el estudio, y

todas las armas que enviara allí serían una menos en ingeniería o en el centro de mando.

Monica parecía desconcertada.

—¿Y cómo se supone que voy a convencerlos para hacer algo así?

—Tengo una idea para conseguirlo —respondió Toro—. Conozco a una sacerdotisa que ha conseguido que personas de casi todas las naves acudan a sus misas. Creo que voy a requerir sus servicios.

«Aunque eso la ponga en la línea de fuego», pensó para sus adentros.

Clarissa

Llegó el final. Se terminaron las carreras, y Ashford llegó a calmarse un poco. También Cortez. Todos. Tomaron el control de los puntos de transferencia. Nadie podía entrar ni salir del tambor. Ni ahora. Ni nunca más.

Sintió una especie de alivio.

—He estado pensando en tu padre —dijo Cortez mientras el ascensor ascendía por el punto de transferencia, la gravedad rotacional descendía y el efecto Coriolis, que cada vez se incrementaba más, hacía que todo se moviera a su alrededor. Como si se tratara del comienzo de un sueño o de una enfermedad inesperada—. Era un hombre muy listo. Brillante, diría yo, y muy receloso con su privacidad.

«Intentó convertir la protomolécula en un arma y venderla al mejor postor», pensó Clarissa. Aquel pensamiento debería habersele quedado grabado, pero no lo hizo. Solo era un hecho. En las estrellas se formaban átomos de hierro, un transmisor de energía Daimo-Koch tenía algo menos de potencia que los modelos normales, su padre había intentado militarizar la protomolécula. No sabía lo que era. Nadie lo sabía. Eso no evitó que se dedicaran a jugar con ella. Que intentaran descubrir qué podían hacer con ella. Le vino a la mente el recuerdo de un día en el que había visto a un soldado borracho pasándole el rifle a un chimpancé. Lo que ocurría a continuación podía considerarse trágico o divertido, dependiendo del estado de ánimo que tuviese en ese momento. Su padre no había sido muy diferente del chimpancé. Era lo mismo a una escala mayor.

—Siento no haber tenido la oportunidad de conocerle mejor —continuó Cortez.

Ashford y siete de sus hombres iban con ellos en el ascensor. El capitán iba al frente, con las manos entrelazadas a la espalda. La mayoría de sus hombres también eran cinturianos. De complexión y cabezas alargadas. Ren también tenía aquel aspecto. Como si todos formasen parte de la misma

familia. Los soldados de Ashford llevaban pistolas y chalecos antibalas. Ella no. Y aun así, siempre los pillaba mirándola con el rabillo del ojo. Seguían pensando que era Melba. Que era la terrorista y asesina con aumentos de combate. Que pareciera una mujer normal solo conseguía que les diera más miedo. Esa era la razón por la que Ashford tenía tanto interés en que se uniera a ellos. Era un adorno. Un trofeo que servía para demostrar lo fuerte que era y hacer olvidar el error que había cometido al no haber sido capaz de mantener el control de su nave.

Le hubiese gustado que uno de ellos le sonriera. Cuanto más actuaban como si ella fuese Melba, más sentía que aquella versión de sí misma volvía a la superficie, apoderándose de su conciencia como tinta que se extiende por una hoja de papel.

—En una ocasión, tu hermano Petyr vino a los edificios de Naciones Unidas cuando yo también estaba de visita.

—Habrá sido Michael —interrumpió Clarissa—. Petyr odia la ONU.

—¿Ah, sí? —preguntó Cortez con una sonrisa amable—. Error mío.

El ascensor llegó al eje del tambor y frenó poco a poco para que todos pudiesen sujetarse a la barandilla y no salir despedidos hacia el techo. Detrás de ellos, una serie de enormes conductos y transformadores daban energía al sol alargado y lineal del lugar. Antes de que ella partiera hacia el Anillo, nunca había pensado en serio sobre equilibrar cargas de energía ni sistemas de control medioambiental. Era la clase de cosas a la que se dedicaban otros. Gente inferior. Ahora, después de todo lo que había aprendido, la escala del diseño de la *Bégimo* era sorprendente. Deseó que los demás también fueran capaces de verlo. Soledad, Bob, Stanni. Y Ren.

Las puertas se abrieron, y los cinturianos se abalanzaron hasta el punto de transferencia con la gracia de hombres y mujeres que han pasado su infancia en ingravidez o a poca gravedad. Cortez y ella no se avergonzaron, pero nunca llegarían a tener la gracilidad y libertad de un cinturiano a la hora de flotar.

Las cubiertas del centro de mando eran bonitas. La luz suave e indirecta proyectaba sombras alargadas. Melba se impulsó por los aires detrás de Ashford y de los cinturianos como un delfín en el mar.

El centro de mando también tenía un diseño bonito. Era una estancia con forma de rombo alargado con consolas de control incrustadas en escritorios de cerámica. En una de las esquinas del rombo había una puerta que daba al despacho del capitán; en la otra, una que daba al puesto de seguridad. Los asientos de colisión con cardanes no parecían necesidades funcionales, sino

algo que había crecido de la nave. Como una orquídea. Las paredes tenían ángeles pintados y escenas pastorales. La sensación solo se veía un poco deslucida por la media docena de paneles de acceso que había abiertos debido a las reparaciones necesarias y que aún no habían terminado, todo a causa del frenazo imprevisto. Hasta las tripas del centro de control eran bonitas a su manera. Clarissa descubrió que le habían dado ganas de acercarse a mirar para ver si podía comprender el diseño.

Tres hombres flotaban junto a consolas de control, todos cinturianos.

—Bienvenido de nuevo, capitán —dijo uno de ellos.

Ashford flotó por el aire vacío hasta el puesto de capitán. Tres de los soldados se movieron para tomar posiciones junto al pasillo y el resto se dispersó por la estancia, sin dejar de mirar hacia las puertas. Todo el que intentara tomar por la fuerza el centro de control tendría que atravesar una andanada de proyectiles. Clarissa se impulsó hacia la puerta del puesto de seguridad, más bien para apartarse del medio, y Cortez la siguió con gesto concentrado, serio y un poco molesto.

Ashford tocó varios comandos en la consola, que empezó a brillar con más fuerza. Echó un vistazo a las lecturas y las pantallas. Con aquella iluminación no daba para nada la impresión de ser un hombre que estaba a punto de salvar a toda la humanidad y a sacrificarse junto a su tripulación, sino a un insignificante profesor de ciencias de la universidad que intentara conseguir hacer funcionar una de sus simulaciones como es debido.

—Jojo —llamó Ashford. En ese momento, la voz del guarda de la prisión se oyó por toda la cubierta como si el hombre estuviese junto a ellos.

—Aquí estoy, capitán. Hemos bloqueado el punto de transferencia de ingeniería. Todo el que quiera entrar tendrá que atravesar las puertas del infierno.

—Buen chico —dijo Ashford—. ¿Tenemos a la jefa de ingeniería Rosenberg?

—Sí, señor. Se encuentra realizando las modificaciones a la batería de comunicaciones.

—¿Todavía?

—Todavía, señor.

—Gracias —espetó el capitán. Luego tocó la pantalla, y las puntas de sus dedos resonaron con cada golpe—. Sam. ¿Cuánto queda para que las modificaciones estén terminadas?

—Dos horas —afirmó la ingeniera.

—¿Por qué tanto?

—Voy a tener que anular todas las medidas de seguridad de los sistemas de control —dijo—. Gran parte del diseño básico estaba preparado para evitar en gran medida esto que intentamos hacer.

Ashford frunció el ceño.

—Dos horas —dijo. Y se desconectó con un golpe del dedo.

Comenzó la espera. Dos horas después, la misma mujer explicó que el sistema de objetivo se había descolocado a causa de la catástrofe. Aquello solo significaba que habría más retrasos, pero como solo pretendían usarlo para disparar una vez más, la mujer se limitó a volver a colocarlo. Tres horas más. Luego descubrió que había un error en bucle que tenía que rastrear. Dos horas más.

Clarissa vio que el estado de ánimo de Ashford se ensombrecía con cada excusa y a cada hora que pasaba. Vio que los baños se encontraban en la parte de atrás del puesto de seguridad y empezó a pensar en agenciarse algún que otro tubo de comida. Si la única cafetería que seguía funcionando se encontraba en el tambor, podía llegar a ser un problema. Cortez se había amarrado a un asiento de colisión y se había dejado dormir. Los guardas se inquietaban más y más a cada hora que pasaba. Clarissa pasó una hora analizando todos los paneles de control, las consolas y los relés que había en el puente. Le sorprendió descubrir la similitud que tenían con los que había trabajado en las naves de la Tierra. La misma sangre recorría el cuerpo de los terrícolas y de los cinturianos. Los mismos búferes intermedios cortocircuitados recorrían los paneles de acceso de la *Bégimo* y de la *Prince*.

Se preguntó cómo se sentiría la *Bégimo* por ser la *Bégimo* y no la *Nauvo*. Se preguntó cómo se sentiría ella por ser Clarissa Mao y no Melba Koh. ¿Llegaría a sentir la nave la nobleza del sacrificio que estaban a punto de realizar? Perdidos para siempre en el abismo, pero redimidos por sus acciones. La analogía le pareció válida, pero quizá solo se debiera a la agotadora combinación de miedo e incertidumbre.

Siete horas después de haber tomado el puente, Ashford volvió a golpear con los dedos la consola de control, esperó unos segundos y le dio un puñetazo con tanta fuerza que salió despedido hacia su asiento. La violencia hizo que Cortez se despertara sobresaltado y que los guardas dejaran de murmurar entre ellos. Ashford los ignoró a todos y volvió a tocar la pantalla. La punta de sus dedos resonaba como el granizo al rechinar contra una roca.

La luz de la pantalla parpadeó.

—¿Señor?

—¿Dónde está Sam Rosenberg? —espetó Ashford.

—La última vez que la vi se encontraba revisando el suministro de energía auxiliar de la botella del reactor, señor. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—¿Quién es su sustituto?

—Anamarie Ruiz.

—Dígales a ambas que vengan al puente, por favor. Si tiene que apresarlas para hacerlo, que así sea.

—Sí, señor.

Ashford se desconectó y se impulsó en la consola, lo que hizo resonar el asiento de colisión.

—¿Hay algún problema, capitán? —preguntó Cortez con voz grave y adormilada.

—Nada de lo que no me pueda encargar —respondió Ashford.

Había pasado casi otra hora cuando Clarissa oyó que las puertas del ascensor exterior se abrían. Llegaron voces desconocidas desde el vestíbulo. Era una de esas conversaciones con las que se intentaba aliviar la tensión. Ashford se alisó el uniforme.

Dos mujeres entraron flotando en la estancia. La primera era guapa, tenía la cara con forma de corazón y una melena pelirroja y manchada de grasa recogida en un moño. Le recordó a Anna. La segunda era delgada, incluso para tratarse de una cinturiana, tenía la piel del color de la tierra seca y ojos marrones y tan oscuros que parecían negros. Las seguían tres hombres con pistolas.

—Jefa Rosenberg —saludó Ashford.

—Señor —respondió la pelirroja. Su voz no se parecía en nada a la de Anna.

—Van cuatro veces que me anuncia uno de estos retrasos de última hora. Cuanto más tiempo desperdiciamos, más nos exponemos a que las cosas se compliquen en el tambor.

—Hago todo lo que puedo, capitán. No es el tipo de cosa para la que vayamos a tener una segunda oportunidad. Tenemos que ser exhaustivos.

—Hace dos horas me dijo que estaría listo para disparar en dos horas. ¿Ya está listo?

—No, señor —respondió—. He comprobado las especificaciones y los sistemas de seguridad del reactor no permiten usar una potencia de salida como la que necesitamos. Estoy fabricando nuevos interruptores que nos permitan hacerlo. Y también tenemos que reemplazar parte del cableado.

—¿Cuánto le llevará? —preguntó Ashford. Su voz sonaba incisiva. A Clarissa le dio la impresión de que sonaba peligrosa, pero la ingeniera no

mostró reacción alguna.

—Seis horas. Seis horas y media —respondió—. La impresora de materiales no da abasto.

Ashford asintió y se giró hacia la otra mujer. Ruiz.

—¿Está de acuerdo con la estimación?

—Con todos mis respetos a la jefa Rosenberg, no lo estoy —respondió Ruiz—. No entiendo por qué no podemos usar espuma conductiva en su lugar.

—¿Cuánto tiempo le llevaría de esa manera?

—Dos horas —respondió Ruiz.

Ashford sacó una pistola. Antes de que la jefa de ingeniería pudiese siquiera abrir los ojos, disparó. En aquella estación tan reducida, el disparo resonó con fiereza. La cabeza de Sam salió disparada hacia atrás y sus pies hacia delante. Una burbuja roja y resplandeciente se estremeció en el aire y salieron de ella pequeñas gotas. Como lunas vehementes que orbitan alrededor de un planeta muerto.

—Señora Ruiz —llamó Ashford—. Prepare todo para disparar en dos horas, por favor.

Por un instante, la mujer se quedó en silencio. Agitó la cabeza como si intentara recuperarse después de un sueño.

—Señor —dijo al fin.

Ashford sonrió. Le gustaba el efecto que acababa de conseguir.

—Puede marcharse —dijo—. Tic. Tac. Tic. Tac.

Ruiz y los tres guardas se impulsaron hacia la salida. Ashford guardó la pistola.

—Que alguien limpie este desastre —dijo.

—Por Dios —dijo Cortez con una voz que bien podría haber sido una oración o una blasfemia—. Dios mío. Pero ¿qué ha hecho?

Ashford estiró el cuello. Dos de los guardas avanzaron y uno de ellos llevaba una aspiradora. Se oyó el gimoteo del motor al encenderse. Cuando la acercó a la sangre, el sonido bajó medio tono, de mi a re sostenido.

—He disparado a una sabotadora —respondió Ashford—. Y aligerado el camino para salvar a la humanidad de la amenaza alienígena.

—La ha asesinado —afirmó Cortez—. No ha tenido un juicio ni manera de defenderse.

—Padre Cortez —dijo Ashford—, nos encontramos en una situación desesperada.

—Pero...

Ashford se volvió e inclinó hacia delante su cabeza alargada y cinturiana.

—Con todos mis respetos, se encuentra en mi centro de mando. Estos son mis soldados. Y si cree que estoy dispuesto a aceptar otro motín está muy equivocado.

La voz del capitán tenía el mismo tono que la de un borracho a punto de empezar una pelea. Clarissa tocó a Cortez en el hombro y negó con la cabeza.

El anciano frunció el ceño, se atusó el pelo blanco y le dedicó un gesto de compasión muy profesional.

—Entiendo que necesitamos disciplina, capitán —afirmó Cortez—. Incluso algo de violencia si es necesaria, pero...

—No me haga enviarle al tambor —dijo Ashford. Cortez cerró la boca y agachó la cabeza como si estuviese acostumbrado a la humillación. Clarissa sabía que aquello no era cierto. Sintió un atisbo de compasión por él. Aquel hombre había visto muertos. Había visto gente morir. Ver cómo asesinaban a alguien era diferente. Y asesinar a alguien era diferente en cierta manera, por lo que ella le llevaba ventaja en ese sentido.

—Venga —dijo Clarissa. Cortez la miró y parpadeó. Vio lágrimas en los ojos del hombre, que flotaban de manera irregular en su esclerótica y no llegaban a caer—. El baño está por aquí. Acompáñame.

—Gracias —se limitó a decir.

Dos de los guardas envolvían en cinta a la ingeniera muerta. La bala le había impactado justo encima del ojo derecho, y tenía un semicírculo de sangre adherido a él, uno que temblaba pero no crecía. La mujer ya no sangraba. «Era el enemigo —pensó Clarissa, pero era una afirmación que no tenía muy clara y que no dejaba de intentar justificar—. Era el enemigo, por lo que se merecía morir a pesar de que era pelirroja como Anna». La justificación no le sirvió de tanto como pensaba.

En el baño, Cortez se lavó la cara y las manos con unas toallitas y luego las tiró al reciclador. Clarissa las siguió con la imaginación a través de los conductos hasta las entrañas de la nave. Sabía cómo funcionaban en la *Cerisier* y en la *Prince*, pero aquí lo único que podía hacer era especular.

«Intentas encontrar una distracción», afirmó una pequeña parte de sí misma. Oyó el pensamiento con la misma intensidad que si ella misma lo hubiese pronunciado. Pero no venía del exterior ni de otra persona. Era una parte de ella que hablaba al resto. «Intentas encontrar una distracción».

«¿De qué?», se preguntó.

—Gracias —afirmó Cortez. Ahora su sonrisa le resultaba más familiar. Más parecida a la del hombre que había visto en las pantallas—. Sabía que

algunos se negarían a hacer lo correcto, pero no estaba listo para este tipo de cosas. A nivel espiritual, me refiero. Me ha impactado.

—Es lo que tiene —comentó Clarissa.

Cortez asintió. Tenía la edad de su padre. Intentó imaginar a Jules-Pierre Mao flotando en aquella pequeña estancia y llorando por una ingeniera muerta. No podía. No podía imaginarlo allí ni imaginarse su aspecto. Todas las imágenes que le venían de él estaban relacionadas con su poder, su astucia y su enorme fama. Los detalles físicos se le escapaban. Cortez se miró al espejo y recuperó la compostura.

«Está a punto de morir —pensó Clarissa—. Está a punto de condenar tanto a él como al resto de la nave a morir sin remedio, aquí en la oscuridad, porque cree que es lo correcto y lo más noble». ¿Sería lo mismo que pensaba Ashford? Ahora le dieron ganas de haber hablado más con él cuando estaban encerrados el uno junto al otro, de poder comprenderlo y conocerlo mejor. De conocer mejor por qué estaba dispuesto a morir por algo así. Y, sobre todo, de saber por qué estaba dispuesto a matar. Quizá fuese altruismo y nobleza. Quizá miedo. O tristeza. Mientras hiciese lo necesario, no importaba la razón, pero Clarissa sentía curiosidad. Al menos sabía la razón por la que ella estaba allí. Para redimirse. Para morir por una razón y compensar sus errores.

«Intentas encontrar una distracción».

—¿... No crees? —preguntaba Cortez. Tenía una sonrisa amable y arrepentida, y Clarissa no tenía ni idea de lo que había dicho antes.

—Supongo —respondió, y luego se impulsó hacia la puerta para dejarle espacio.

Cortez se impulsó por los asideros mientras intentaba mantener el cuerpo orientado con la cabeza hacia el techo y los pies hacia el suelo, aunque agarrarse a las paredes seguro que hubiese sido más prudente y eficiente. Era algo que la gente acostumbrada a vivir en gravedad hacía por instinto. Clarissa se dio cuenta porque ella no lo estaba haciendo. La habitación era tan solo la habitación, no había un arriba ni un abajo, ni nada que considerar suelo, pared o techo. Esperó una punzada de vértigo que nunca llegó a sentir.

—Sabes que da igual —continuó ella.

Cortez le sonrió y ladeó la cabeza con gesto inquisitivo.

—Da igual. Si todos vamos a sacrificarnos, da igual cuándo venga la muerte a por nosotros —afirmó—. Ella se ha ido un poco antes que nosotros. Nosotros nos iremos un poco después. Ni siquiera importa que se haga de manera voluntaria, ¿verdad? Lo único que importa es que rompamos el Anillo para que todos los que se encuentran al otro lado estén a salvo.

—Sí, tienes razón —dijo Cortez—. Gracias por recordármelo.

Sonó una alarma en la habitación contigua, y Clarissa se giró hacia ella. Ashford se había desabrochado los amarres y flotaba sobre la consola de control con gesto impasible y lleno de rabia.

—¿Qué ocurre, Jojo?

—Creo que tenemos un problema, señor...

Holden

Todo lo que había en las antiguas oficinas administrativas coloniales ponía triste a Holden. Las paredes de oficina verdes, los grupos de cubículos en el área de trabajo central o la ausencia de ventanas y de adornos arquitectónicos. Los mormones tenían pensado convertirse en la primera colonia extrasolar de la especie humana desde un lugar que bien podría haber sido una oficina de contabilidad. Le parecía anticlimático. «Hola, ¡bienvenidos a un viaje que durará siglos y que tiene como objetivo construir un asentamiento humano alrededor de otra estrella! Este es su cubículo».

El espacio se había redistribuido de una manera con la que al menos daba la impresión de estar habitado. Había una radio cochambrosa que ocupaba un armario entero y se encontraba junto al equipo de transmisiones principal. El tamaño era más indicativo de que se trataba de un trabajo chapucero que de la potencia del aparato. La flota actual estaba tan unida que hubiese servido igual un equipo portátil decente. Una pantalla táctil que había en una de las paredes hacía las veces de pizarra, y en ella había una lista de posibles entrevistas y reportajes junto a nombres de personas de contacto y de posible interés público. Holden no sabía si sentirse halagado por ver su nombre junto a una nota que rezaba: «Importante. Encontrar la manera de conseguirla».

La habitación estaba a rebosar de actividad. Los leales a Toro llegaban en pequeños grupos. La mayoría traía morrales llenos de armas y munición. Algunos trajeron herramientas en el interior de maletines de plástico moldeado con ruedas en la parte inferior. Se preparaban para convertir aquella pequeña oficina en una minifortaleza. Holden se apoyó en un escritorio vacío e intentó dejar espacio libre a los demás.

—Anda —dijo Monica a su lado como si hubiese aparecido de la nada. Señaló la pantalla con la cabeza—. Cuando oí que había regresado de la estación, esperaba que me concedieras una entrevista. Supongo que he perdido la oportunidad.

—¿Por qué?

—Bueno, todo este rollo del fin del mundo que protagonizas nos ha chafado un poco la programación.

Holden asintió y luego se encogió de hombros.

—Ya he sido famoso antes. No es tan bueno.

Monica se sentó en el escritorio que había junto a él y le extendió una burbuja de bebidas. Holden la probó y resultó ser un café excelente. Cerró los ojos por un instante y suspiró con placer.

—Venga, vale, me acabas de enamorar un poco.

—No te burles de mí —respondió ella—. ¿Funcionará? ¿El plan de Toro?

—¿Me estás grabando?

Alguien empezó a soldar una plancha de metal a la pared, y ambos se vieron obligados a protegerse la cara con las manos para evitar la luz. El aire empezó a oler a azufre y a metal recalentado.

—Siempre —respondió Monica—. ¿Funcionará?

—Quizás. Hay una razón para considerar que las naves quedan saboteadas en el momento en el que alguien se hace con ingeniería. Si se pierde esa zona, se pierde la nave.

Monica sonrió como si lo entendiera. Holden se cuestionó si de verdad lo hacía. No era reportera de guerra. Era una productora de documentales que se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Terminó el café con una punzada de remordimiento y esperó por si la mujer quería preguntarle algo más. Si se mostraba amable quizá le rellenara la burbuja.

—¿Y esa Sam puede hacerlo? —preguntó.

—Sam lleva casi tres años encargándose de que la *Roci* no deje de volar. Era una de las mejores y más brillantes de Tycho. Sí, si se mete en tu sala de máquinas y no le gustas, estás jodido.

—¿Quieres más café?

—Sí, por Dios —dijo Holden mientras le extendía la burbuja como un vagabundo.

Antes de que Monica la cogiera, Toro se acercó a ellos entre el traqueteo metálico del andador mecánico. Intentó hablar, pero una tos flemática lo interrumpió durante unos segundos. A Holden le dio la impresión de que aquel hombre se moría por momentos.

—Lo siento —dijo mientras escupía en un trapo arrugado—. Qué asco.

—Como mueras voy a perder la exclusiva —dijo Monica.

Toro asintió y le dio otro ataque de tos.

—Si mueres, ¿puedo quedarme con tus cosas? —preguntó Holden.

Toro hizo un gesto con las manos con el que recorrió la totalidad de la oficina que les rodeaba.

—Hijo mío, algún día todo lo que ves será tuyo.

—¿Cómo va todo? —preguntó Holden mientras se llevaba la burbuja a los labios y se decepcionaba al recordar que seguía vacía.

—Corin encontró a la sacerdotisa, y está con la mitad de su congregación resguardados en la carpa de la iglesia.

—Genial —afirmó Holden—. Parece que las cosas empiezan a ir bien.

—Mejor de lo que crees. La mitad de la gente que está con ella son militares de la ONU y de Marte. La apoyan. Ha dicho que le harán caso cuando les pida a las otras naves que desconecten los sistemas. Tampoco nos vendrá mal tener una docena más de efectivos para enfrentarnos a los hombres de Ashford cuando vengan a por nosotros.

Mientras Toro hablaba, Holden vio que Amos entraba en las oficinas empujando la camilla en la que se encontraban Alex y Naomi. Notó que se deshacía de un peso del que no había sido consciente hasta el momento. Toro siguió hablando sobre usar esas nuevas tropas para los planes defensivos, pero Holden no le escuchaba. Vio que Amos apartaba la camilla hasta una esquina al fondo de la habitación y luego se acercó a ellos.

—Fuera todo sigue igual —dijo Amos cuando Toro dejó de hablar—. Las mismas patrullas pequeñas de matones de Ashford que recorren el tambor, pero no actúan como si hubiese pasado algo.

—Lo harán cuando emitamos por primera vez —dijo Monica.

—¿Qué tal va el hombro? —preguntó Holden.

—Duele.

—He pensado que deberías encargarte de la defensa aquí cuando la cosa se anime.

—Vale, sin problema —respondió Amos. Sabía que Holden le estaba pidiendo que protegiera a Alex y a Naomi—. Supongo que eso significa que tú vas a...

Lo interrumpió un ruido atronador que salió del bolsillo de Toro. Este sacó un terminal portátil hecho trizas y se quedó mirándolo como si fuese a explotar.

—¿Es una alarma? —preguntó Holden.

—Una señal de emergencia en mi canal de seguridad privado —respondió Toro sin coger la llamada—. Solo la puede usar el personal que se encuentra en ese canal y tiene la categoría necesaria.

—¿Será que Ashford intenta descubrir dónde estamos? —preguntó Holden, pero Toro lo ignoró y respondió a la llamada.

—Aquí Toro. Ruiz, tengo... —empezó a decir, pero luego se detuvo y se limitó a escuchar. Gruñó un par de veces, aunque Holden no fue capaz de distinguir si eran afirmaciones o negaciones. Cuando colgó la llamada, soltó el terminal portátil sobre el escritorio que tenía detrás sin mirarlo. Su piel marrón, que ahora estaba más grisácea debido a la enfermedad, se había puesto casi blanca. Extendió ambas manos para enjugarse lo que Holden se asombró al descubrir que eran lágrimas. Jamás hubiese imaginado que vería llorar a ese hombre.

—Ashford... —empezó a decir, pero luego empezó a toser entre lo que parecieron sollozos. Cuando terminó, tenía los ojos y la boca cubiertos de flemas. Sacó un trapo del bolsillo y se limpió lo mejor que pudo—. Ashford ha matado a Sam.

—¿Qué? —preguntó Holden. Se negaba a creer que pudiese ser cierto. Había oído muy bien las palabras, pero no podían ser ciertas, tenía que haber oído mal—. ¿Qué?

Toro respiró hondo y se limpió la cara con el trapo por última vez. Luego dijo:

—La mandó acudir al puente para preguntarle sobre las modificaciones del láser, y luego le pegó un tiro. Ha ascendido a Anamarie Ruiz a jefa de ingeniería.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Monica.

—Porque me acaba de llamar Ruiz. Quiere que la saquemos de allí lo más pronto posible —dijo Toro. Casi todo rastro de pena había desaparecido de su cara. Volvió a respirar hondo de forma entrecortada—. Sabe que Ashford ha perdido el juicio, pero no puede hacer nada.

Holden negó con la cabeza como si aún no se lo creyera. La pequeña y magnífica Sam, la que arreglaba su nave, la mejor amiga de Naomi, esa con la que Amos y Alex habían tenido un flechazo muy respetuoso. Esa Sam no podía estar muerta.

Amos se lo quedó mirando. El hombretón había cerrado las manos y tenía los nudillos blancos como huesos.

—Tenemos que defender esta zona —dijo Holden con la esperanza de que Amos no dijera nada—. Necesito que la defiendas o el plan se irá al traste.

—Pues mátalos —pidió Amos con tono categórico e impertérrito—. Nada de juicios de mierda. Nada de ser un hombre civilizado entre salvajes. Joder, es que o lo matas o juro por Dios que...

Holden sintió que las náuseas estaban a punto de hacer que cayera de rodillas. Respiró hondo varias veces para reprimirlas. Aquello era todo lo que podían ofrecer a la memoria de Sam. Después de todo lo que había hecho por ellos, de lo que había significado para ellos. Podían ofrecer violencia y una discusión sobre cuál era la mejor forma de vengarse. De Sam, quien, que ellos supieran, jamás le había hecho daño a otra persona en su vida. ¿Querría que hiciesen algo así? Se la podía imaginar allí mismo diciéndole a Amos que dejara a un lado su testosterona y actuara como un adulto. Aquella imagen estuvo a punto de hacerle vomitar.

Monica le puso una mano en la espalda.

—¿Estás bien?

—Tengo que decírselo a Naomi. —Fue todo lo que pudo decir, luego apartó la mano de la periodista y caminó por un suelo que parecía moverse bajo sus pies como si se tratara de la cubierta de un transoceánico.

La reacción de Naomi fue de pena, no de rabia. Lloró, pero no exigió venganza. Repitió el nombre de Sam entre lágrimas, pero no nombró a Ashford ni una vez. Parecía la reacción correcta. Parecía amor.

Holden sostuvo a Naomi mientras lloraba con tranquilidad y, en ese momento, Toro apareció detrás de ellos. Sintió una punzada de rabia, pero la reprimió.

—¿Qué pasa?

—Mira —dijo Toro mientras se atusaba el pelo rapado con ambas manos—, sé que es el peor momento, pero tenemos que hablar de lo que vamos a hacer ahora.

Holden se encogió de hombros.

—Sam ha muerto y era muy importante para nuestros planes...

—No pasa nada —aseguró Naomi—. Iré yo.

—¿Qué? —preguntó Holden como si la conversación se hubiese ido por unos derroteros que no llegaba a comprender—. ¿Ir adónde?

—Ahora que Sam ha muerto, Naomi es la mejor ingeniera que tenemos —dijo Toro.

—¿Y esa tal Ruiz? Pensé que ahora era la jefa de ingeniería.

—Estaba a cargo de la infraestructura —respondió Toro—. Y he visto el currículo de Nagata. Tiene el entrenamiento y la experiencia necesarios. Y confiamos en ella. Si hay alguien capaz de ocupar el puesto de Sam...

—No —negó Holden sin pensar. Naomi estaba herida. No podía abrirse camino hasta la sala de máquinas. Y habían asesinado a Sam.

—Iré yo —repitió Naomi—. Tengo el brazo destrozado, pero puedo caminar. Si alguien me puede ayudar a llegar hasta allí, me puedo encargar de recuperar el puente y desconectar el reactor.

—No —repitió Holden.

—Sí, yo también —comentó Alex. Se encontraba sentado al borde de la camilla y les daba la espalda. Llevaba un rato temblando como si llorara, pero no había emitido sonido alguno. Su voz sonó brusca, como hojas caídas que crujen en la brisa. Vacía y quebradiza—. Supongo que yo también tengo que ir.

—Alex, tú no... —empezó a decir Naomi, pero el piloto siguió hablando sin hacerle caso.

—Nadie apagó las baterías de la *Roci* cuando nos marchamos, por lo que si vamos a apagarlo todo, alguien tendrá que ir a hacerlo.

Toro asintió. A Holden le dieron ganas de golpearles por estar de acuerdo con lo que decían.

—Y seré yo —continuó Alex—. Puedo seguirla hasta ingeniería, coger una mochila extravehicular y usarla para salir por la esclusa de popa.

Amos se colocó detrás de Toro, con gesto inexpresivo y adusto, pero con las manos cerradas.

—¿Alex va?

—Tenemos un nuevo plan —dijo Toro en voz alta para que lo oyese todo el mundo. Los que se encontraban en la estancia dejaron todo lo que tenían entre manos y se acercaron para escuchar. Al parecer llegaron incluso más, porque terminaron por ser casi cincuenta en la oficina. Al fondo de la habitación había un pequeño grupo de personas con uniformes militares. Anna, la sacerdotisa pelirroja, estaba con ellos. Iba cogida de la mano con una mujer de una delgadez extrema que alternaba caladas a un cigarrillo con tocarse las paletas con la uña del dedo meñique. Toro las vio al mismo tiempo que Holden y les hizo un gesto para que se acercaran.

—Anna, ven aquí —dijo—. Ahora que casi todos estamos reunidos, os comento lo que vamos a hacer.

La estancia se quedó en silencio. Anna se abrió paso hasta Toro y esperó. Su amiga delgada se acercó con ella, sin dejar de observar a todos los que las rodeaban con los ojos entornados de un guardaespaldas.

—Dentro de... —Toro se quedó en silencio y miró una consola de pared cercana en la que había un reloj—... treinta minutos partiré con un equipo formado por personal de seguridad y la tripulación de la *Rocinante* al punto de transferencia del tambor que se encuentra al sur. Lo recuperaremos y

conseguiremos abrirnos paso hasta ingeniería. Cuando consigamos el control de ingeniería, Monica y su equipo empezarán a emitir para explicar al resto de la flota que necesitamos apagarlo todo. Sacerdotisa, ese es el momento en el que tú y tu equipo entran en juego.

Anna se volvió para sonreír a los suyos, un grupo variopinto de personas uniformadas perteneciente a una variedad de fuerzas armadas y alianzas planetarias. La mayor parte de ellos estaban heridos de una forma u otra. Algunos de gravedad.

—El objetivo es conseguir apagarlo todo a las diecinueve horas, dentro de unas dos horas y media. Tenemos que conseguir que se mantenga así durante dos horas. Y ahí entramos nosotros. Necesitamos que la *Bégimo* también se apague durante esas dos horas.

—Lo conseguiremos —dijo Naomi.

—Pero cuando comience la emisión, es probable que Ashford intente hacerse con este lugar por la fuerza. Amos y el resto de mi equipo junto a cualquier voluntario entre vosotros tendrá que mantener la posición tanto tiempo como sea posible. Cuantos más tipos malos seáis capaces de contener, menos habrá intentando recuperar ingeniería. Pero necesito que los contengáis. Si no conseguimos que Anna y los suyos emitan el mensaje al completo para que se nos unan el resto de las naves al plan de apagarlo todo, no habremos conseguido nada.

—Mantendremos la posición —dijo Amos. Nadie objetó.

—Cuando controlemos ingeniería, enviaremos un equipo para amarrar a los que, con suerte, hayan quedado inconscientes en el puente y en ese momento nos haremos con la nave. Apagaremos todo, los alienígenas nos dejarán marchar y saldremos pitando de este lugar horrible perdido en el espacio de una vez por todas. ¿Qué os parece?

Toro levantó la voz durante la pregunta final para conseguir una ovación del grupo, y el grupo respondió. La gente empezó a impulsarse para dirigirse a realizar lo que les correspondía. Holden agarró el hombro de Naomi que no había resultado herido y se acercó a Anna. Parecía perdida. Por el camino, cogió a Amos del brazo.

—Anna —llamó Holden—. ¿Recuerdas a Amos?

La mujer sonrió y asintió.

—Hola, Amos.

—¿Cómo va la cosa, pelirroja?

—Amos te protegerá a ti y a los demás —continuó Holden—. Si necesitas cualquier cosa, díselo a él. Tengo muy claro que no habrá nada que te impida

hacer tu trabajo mientras él siga vivo.

—Eso es muy cierto —dijo Amos—. Señora.

—Chicos —llamó alguien desde la puerta—. Mirad lo que me ha seguido hasta aquí. ¿Me los puedo quedar?

Holden tocó a Anna en el brazo y le dedicó una mirada significativa. «Protégela con tu vida». Amos asintió. Parecía un tanto ofendido.

Los dejó juntos y pilló a Toro de camino a la puerta. La oficial de seguridad Corin, segunda al mando de Toro, estaba apoyada en ella con una sonrisa bobalicona.

—Venga, chicos —dijo al tiempo que cuatro marcianos con cortes de pelo militar entraban en la estancia. Se quedaron de puntillas y observaron el lugar de cabo a rabo. Holden había conocido a alguien que siempre entraba de la misma manera a todas partes. Bobbie. Deseó que la marciana estuviese allí con ellos. El hombre que iba al frente le era muy familiar.

—Sargento Verbinski —dijo Toro a uno de ellos—. Menuda sorpresa.

Holden no había reconocido al hombre ahora que no llevaba armadura. Era grande.

—Señor —saludó Verbinski—. He oído que está a punto de empezar una refriega para sacarnos a todos de aquí.

—Sí —respondió Toro—. Así es.

—Me parece una causa noble —respondió Verbinski—. ¿Necesita cuatro soldados de infantería sin nada mejor que hacer?

—Claro —respondió Toro con una sonrisa cada vez mayor—. Nos vendrían muy bien.

Habían fallado.

En aquellas oficinas de radio, Anna vio a hombres y mujeres ocupados que se colocaban armaduras, cargaban armas y se colgaban granadas de los cintos, y solo fue capaz de sentir tristeza y desesperación.

Recordó una historia que le había contado una vez un profesor de la universidad: «La violencia es el recurso que nos queda cuando nos quedamos sin buenas ideas. Es atractiva porque es simple y directa, una opción que siempre está disponible. Cuando no eres capaz de refutar los argumentos de tu oponente, siempre puedes darle un buen puñetazo en la cara».

Se habían quedado sin ideas. Y ahora solo les quedaba lo simple y lo directo, la opción siempre disponible de pegar tiros a todo aquel con el que no estuviesen de acuerdo. Anna lo odiaba.

Monica la llamó desde el otro lado de la habitación y levantó un termo de café para invitarla a acercarse. Anna rechazó la oferta con una sonrisa.

—¿Estás loca? —preguntó Tilly. Se encontraba sentada en el suelo junto a ella en una de las esquinas del fondo de la oficina e intentaba no estorbar a nadie—. Esa mujer tiene el único café decente de toda la nave. —Hizo un gesto a Monica y luego se señaló a ella misma.

—Debería haber hablado más tiempo con Cortez —afirmó Anna—. Puede que el capitán de la APE sea intratable, pero de haber tenido el tiempo suficiente podría haber convencido a Cortez.

—La vida no es eterna, querida, y Cortez es un gilipollas. Saldremos mejor parados de esta si alguien le pega un tiro antes de que todo acabe. — Tilly aceptó un poco del café de Monica con una sonrisa de agradecimiento. Monica dejó los termos a un lado y se sentó en el suelo junto a ellas.

—Chicas, qué... —empezó a decir, pero Anna la ignoró.

—Seguro que no lo dices en serio —dijo Anna a Tilly con una voz cada vez más molesta—. Cortez no es mala persona. Está asustado, inseguro y ha

tomado algunas malas decisiones, pero como mucho se puede decir que está equivocado, no que sea mala persona.

—No se merece tu compasión —dijo Tilly, que se tomó el último trago de café como si estuviese enfadada con él.

—¿De quién estamos...? —intentó interponerse Monica.

—Sí. Sí que la merece —respondió Anna. El hecho de ver a hombres y mujeres jóvenes preparándose para la guerra, para matar y que los maten justo delante de ella hacía que estuviera más enfadada con Tilly de lo que seguro estaría en cualquier otra situación—. Esa es la clave. Todos merecen nuestra compasión. Si Toro está en lo cierto sobre Ashford y se ha vuelto loco a causa del miedo, la humillación y el trauma causado por ver cómo asesinaban a su tripulación, entonces merece nuestra compasión. Es una situación muy complicada. Cortez merece nuestra comprensión, porque está haciendo justo lo mismo que nosotros. Intenta hacer lo correcto en una situación imposible.

—Vaya —continuó Monica—. Cortez. Es...

—Y una mierda, Annie. Esa es la mejor manera de distinguir entre los buenos y los malos: ver qué hacen cuando se encuentran acorralados.

—Esto no va de buenos ni malos —respondió Anna—. Sí, ahora estamos en bandos diferentes porque algunas de nuestras acciones tendrán consecuencias muy importantes y vamos a intentar detenerlos. Pero lo que tú acabas de hacer es demonizarlos, convertirlos en el enemigo. El problema de hacerlo es que cuando los detengamos y ya no sean capaces de hacernos daño, seguirán siendo malvados. El enemigo.

—Créeme —aseguró Tilly—, cuando acabe todo, no descansaré hasta que consiga hacerle la vida imposible a Cortez.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Ya no estará en una nave para destruir el Anillo. Ya no ayudará a Ashford. Todas las circunstancias que lo convertían en tu enemigo desaparecerán. ¿De qué sirve aferrarse a ese odio?

Tilly apartó la cara y rebuscó en un bolsillo para luego sacar un cigarrillo. Se fumó otro con brusquedad, sin mirar a Anna a posta.

—¿Cuál es la respuesta a esa pregunta? —preguntó Monica después de unos instantes de tensión.

—No la sé —dijo Anna mientras cerraba las piernas y apoyaba la barbilla en las rodillas. Apoyó la espalda en la esquina de la estancia, como si su cuerpo buscara un lugar seguro con el ímpetu de un niño. Pero las paredes verdes y sólidas no le ofrecieron consuelo.

—Entonces no es más que una teoría académica —afirmó Monica. Tilly resopló para mostrar que estaba de acuerdo sin mirar aún a Anna.

Anna señaló hacia la gente que se preparaba alrededor de ellos en la estancia.

—¿Cuántos de ellos morirán hoy?

—No hay manera de saberlo —respondió Monica.

—Debemos buscar otras respuestas. Les hemos fallado. Nos hemos quedado sin ideas y ahora hemos sacado las armas. Pero quizá la próxima vez, si tenemos en cuenta cómo hemos llegado a esta situación, quizá la próxima vez demos con una solución diferente. Quizá no haya que recurrir a la violencia para estar seguros.

Se quedaron en silencio durante un rato. Tilly encendió enfadada otro cigarrillo con los restos del anterior. Monica escribió a golpetazos en su terminal portátil. Anna vio cómo los demás se preparaban para la guerra e intentó ponerle nombre a todas esas caras. Aunque consiguieran la victoria aquel día, había muchas posibilidades de que al día siguiente se tuviera que encargar de más de un funeral.

Toro se acercó a ellas entre repiqueteos, y su máquina para andar rechinó hasta detenerse. Había empeorado durante las pocas horas que habían pasado en las oficinas. Tosía menos, pero había empezado a usar el inhalador mucho más a menudo. Ahora hasta la máquina parecía enferma, los sonidos eran más estridentes y los movimientos más bruscos. Era como si Toro y aquel andador se hubiesen convertido en una persona y muriesen al mismo tiempo.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Bien —respondió Anna. Pensó decirle que necesitaba tomarse un descanso, pero luego desechó la idea. No estaba preparado para perder otra discusión.

—Nos acercamos al momento clave —aseguró Toro antes de toser entre flemas—. ¿Tenéis todo lo necesario?

«No —pensó Anna—. Necesito una respuesta en la que haya cabida para lo que estás a punto de hacer».

—Sí —dijo en lugar de eso—. Monica ha tomado notas para la emisión. Yo he preparado una lista con todas las naves de las que tenemos representantes. Nos falta alguna que otra, pero espero que la alianza planetaria sea suficiente para la cooperación. Chris Williams, un joven oficial de la *Prince*, ha sido de gran ayuda.

—¿Y tú? —preguntó Toro mientras señalaba a Monica con una manaza.

—Mi equipo está listo —dijo—. Estoy un poco preocupada por no poder emitir el mensaje al completo antes de que nos detengan los hombres de Ashford.

Toro rio, un sonido húmedo y desagradable.

—Un momento. —Llamó a Jim Holden, que estaba ocupado y montaba desde cero lo que parecía un rifle mientras hablaba con uno de los marines de Marte. Holden dejó el rifle a medio montar en una mesa y se acercó a ellos.

—¿Qué pasa?

—Necesitan que les asegures que van a estar protegidos mientras retransmiten el mensaje al completo —afirmó Toro.

Holden parpadeó dos veces, una vez mientras miraba a Toro y luego mientras se giraba hacia las tres que estaban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas. Anna tuvo que reprimir una risilla. La seriedad de Holden era tan cómica que solo quería darle un abrazo y unos golpecitos en la cabeza.

—Amos se asegurará de que nadie os interrumpa —afirmó al fin.

—Muy bien —dijo Toro—. Dile por qué lo tienes tan claro.

—Vaya, claro. Cuando Amos está enfadado es la persona más sádica y terrorífica que he conocido jamás, y es capaz de pasar por encima de la montaña de cadáveres que ha dejado en el suelo para ayudar a un amigo. Y una de sus mejores amigas acaba de ser asesinada por la gente que va a intentar hacerse con la oficina.

—Eso he oído —aseguró Anna—. Lo siento.

—Sí —dijo Holden—. No me gustaría nada estar en el pellejo de esos que están a punto de entrar aquí para intentar deteneros. Amos no procesa bien la tristeza. La suele convertir en rabia o en violencia. Y tengo la sensación de que les va a procesar muy bien la cara a los que son leales a Ashford.

—Matar personas no hará que se sienta mejor —dijo Anna, que se arrepintió de las palabras nada más pronunciarlas. Iban a arriesgar sus vidas para protegerla. No necesitaban que ella les diera lecciones de moral.

—En realidad —aseguró Holden mientras esbozaba media sonrisa—, creo que él sí que se siente mejor, pero el caso de Amos es particular. Tienes razón con la mayoría de los demás.

Anna echó un vistazo por la estancia para mirar a Amos. Se encontraba sentado en silencio delante de la puerta de la oficina de transmisiones con una especie de rifle muy grande entre las rodillas. Era un hombre corpulento, alto y de hombros y torso anchos. Pero a pesar de la cabeza rapada y la cara alargada, a Anna no le parecía que fuese un asesino. Le parecía más bien un mecánico bonachón. El tipo de persona que se ofrece para arreglar las

cañerías o cambiar los filtros de los recicladores de aire. Pero según Holden, era capaz de matar sin remordimientos para protegerla.

Se imaginó intentando explicar a Nono la situación en la que se encontraba. «Me he dejado llevar por unos asesinos, cierto, pero no pasa nada porque son asesinos que tienen razón. Asesinos de los buenos. No disparan a jefas de ingeniería inocentes. Disparan a personas que se lo merecen».

Monica le pidió algo a Holden. Cuando el hombre empezó a responder, Anna se levantó y se disculpó ante todos para marcharse, aunque no le hicieron caso. Atravesó la oficina llena de gente sin dejar de sonreír ni tocar el hombro a todos con los que se topaba, para aportar algo de consuelo a su alrededor. Era todo lo que podía ofrecer.

Acercó una silla libre junto a Amos y se sentó.

—Pelirroja —saludó el hombre mientras asentía un poco.

—Lo siento. —Le puso la mano en el brazo. Él la miró, como si no comprendiera por qué se lo decía.

—Vale —respondió sin hacer la pregunta más obvia. No fingió que no entendía nada. A Anna le gustó aquel hombre de inmediato.

—Gracias por todo.

Amos se movió en la silla para mirarla de frente.

—No tienes que...

—Puede que en unas horas estemos todos muertos —dijo la mujer—. Quiero que sepas que valoro lo que haces, y que sé la razón y que no me importa. Gracias por ayudarnos.

—Joder, pelirroja —dijo Amos al tiempo que le ponía la mano encima de la de ella—. Tienes que ser una sacerdotisa de la hostia. Has conseguido que me sienta mejor y peor que nunca al mismo tiempo.

—Solo quería decírtelo —dijo Anna mientras le daba un golpecito en la mano y se levantaba.

Antes de que se marchara, Amos le agarró la mano con tanta fuerza que estuvo a punto de dolerle.

—Nadie te va a hacer daño hoy.

No había alarde ninguno en sus palabras. Era una afirmación directa. Anna sonrió y apartó la mano. Los asesinos impenitentes de buen corazón no eran personas que tuviese en buena consideración antes de todo aquello, y no estaba segura de qué pensar al respecto. Pero tendría que darles una oportunidad.

—Gente, escuchad un momento —gritó Toro por encima del tumulto. La estancia quedó en silencio—. Ha llegado la hora. Que los equipos de asalto se

dividan y se preparen para empezar.

Anna sintió que la atenazaba la oscuridad. Amos se encontraba detrás de ella aferrado a esa arma gigantesca.

—Defensa —gritó—. Venid conmigo.

Un grupo compuesto por unas dos docenas se separó de la multitud y se acercó a Amos. Anna se vio rodeada por cinturianos armados y con armadura y alguna que otra persona de los planetas interiores. No era una mujer alta, sintió que se encontraba al fondo de un pozo.

—Perdonad —dijo, pero nadie la oyó. Una manaza la cogió del brazo y la dirigió hacia fuera del grupo. Amos le sonrió y dijo:

—Quizá prefieras buscar una esquina más tranquila, pelirroja.

Anna pensó en intentar cruzar de nuevo la estancia para volver con Tilly y Monica, pero se interponía mucha gente en su camino. Amos tenía una especie de aura con la que evitaba que los demás se le acercaran demasiado, por lo que Anna se quedó junto a él para que no la pisotearan. Al hombre pareció no importarle.

—Equipo de asalto —llamó Holden—. Venid conmigo.

En un instante se vio rodeado por un grupo de dos docenas de personas, entre las que se encontraban Naomi y Alex de la *Rocinante*, los cuatro marines marcianos, el grupo del personal de seguridad de Toro y el propio Toro. Los únicos del grupo que parecían no estar heridos eran los cuatro marines. Alex y Naomi tenían heridas muy graves. Naomi tenía un arnés en el hombro que también le inmovilizaba el brazo y ponía un gesto de dolor cada vez que daba un paso. Alex tenía la cara tan hinchada que tenía el ojo izquierdo cerrado casi por completo. Las vendas que le rodeaban la cabeza estaban teñidas de sangre.

«Son las personas que ayudaron a acabar con Protogen, los que lucharon contra monstruos en Ganímedes —pensó Anna—. Son fuertes. Lo conseguirán». Intentó convencerse a sí misma, pero no lo tenía muy claro.

—Bueno —dijo Toro. La multitud parecía esperar a que dijera las últimas palabras—. Supongo que ha llegado el momento. Buena caza a todos. Algunos aplaudieron o vitorearon. La mayoría se quedó en silencio. Al otro lado de la estancia, Monica hablaba con sus cámaras. Anna sabía que debía ir con ella, pero descubrió que no quería hacerlo. Todas aquellas personas iban a arriesgar su vida para conseguirle tiempo. A ella. De ella dependía que todo aquel plan tuviese éxito o no. Si no era capaz de convencer a toda una flotilla de naves de tres gobiernos diferentes que desconectar todo durante un par de horas era lo correcto, todo aquello no iba a servir para nada. Descubrió que

quería retrasar aquel momento todo lo que pudiera. Evitar al máximo que fuese responsabilidad suya.

—Será mejor que te vayas, pelirroja —le susurró Amos.

—¿Y si todos están muy asustados y no quieren apagar las naves? —preguntó—. Estamos en una casa encantada y estoy a punto de decirle a todo el mundo que hay que apagar las luces para escapar. Yo no me creería nada si estuviese en su lugar.

Amos asintió, reflexivo. Anna esperó sus palabras de aliento.

—Tienes razón —dijo al fin—. Es una jodienda. Mi trabajo es mucho más fácil. Buena suerte.

De alguna manera, la sinceridad y el hecho de que no intentara edulcorar la respuesta hizo que Anna se olvidara de sus miedos y empezara a reír. Antes de que le diera tiempo a arrepentirse, rodeó a Amos por la cintura y le dio un apretón.

—Gracias —dijo al soltarlo unos segundos después—. Gracias otra vez. Estaba muy asustada. Eres una buena persona, Amos.

—Qué va, no lo soy. Solo estoy con las personas adecuadas. Venga, pelirroja. Voy a hacer mis cosas por aquí.

El equipo de asalto se dirigió hacia la puerta, y Anna se acercó a la pared para dejarlos pasar. Holden se detuvo junto a Amos y dijo:

—Quiero verte aquí cuando vuelva, grandullón.

Amos le estrechó la mano y le dio una palmada en la espalda. La preocupación inundaba el gesto de Holden. De improviso, Anna tuvo una visión de su futuro en la que se veía a sí misma despidiéndose de Nami al ir a la escuela, muy asustada por no poder estar junto a ella para cuidarla pero sin poder hacer nada para evitarlo.

—Cuida de Naomi y de Alex —respondió Amos mientras empujaba a Holden hacia la puerta. Desde su posición, Anna vio como la gravedad de la expresión de Holden aumentaba al oír aquellas palabras. También iba a tener que dejarlos marchar. Aunque sobrevivieran al asalto de ingeniería, Alex tendría que abandonar la nave para llegar a la *Rocinante*, y Naomi se quedaría atrás para desconectar la energía mientras Holden continuaba su camino hacia el puente. Anna sabía que aquella pequeña tripulación llevaba junta varios años. Se preguntó si había tenido que separarse y enfrentarse a una situación así desde entonces.

La cara de Holden parecía dejar claro que no.

Anna observó mientras salían en fila por la puerta e intentaba memorizar nombres y caras, sin pararse a pensar en la razón. Monica la agarró y empezó

a tirar de ella hacia el estudio de grabación improvisado.

—Es hora de ponernos a trabajar —dijo. Dejó a Anna fuera del encuadre de la cámara y se colocó frente a la pared verde y sin adornos que usaban de fondo.

—Bienvenidos —dijo con una cara y una voz que pasaron a ser las de una alegre presentadora—. Soy Monica Stuart desde las oficinas de Radio Zona Lenta Libre. Hoy tenemos a unos invitados muy especiales, entre los que se encuentran la doctora Anna Volovodov y varios oficiales militares de la armada de Marte y de la ONU. Pero mejor aún, también os traemos el programa más importante que hemos realizado hasta el momento.

»Hoy os contaremos cómo volver a casa.

Toro

Toro sintió que el tiempo pasaba como si se tratase de algo físico, como si cayera y no tuviese manera de incorporarse. A Anamarie Ruiz le quedaba una hora para decidir si hacer lo que Ashford le había pedido o que la mataran. Si no se veía obligada a elegir, no podría elegir mal, por lo que cada minuto que pasaba sin que Toro llegara hasta la cubierta de ingeniería era un minuto menos que les quedaba para encontrarse en una situación irreversible.

Se habían marchado de las oficinas de administración colonial en una pequeña comitiva. Seis carritos eléctricos con veinticinco personas, entre las que se encontraban Jim Holden y tres cuartas partes de su tripulación, los cuatro marines marcianos, una docena de la tripulación de la *Bégimo* que aún era leal a Pa y cinco soldados terrícolas que Corin había encontrado en el tambor y habían venido con ella. Tenían unas armaduras antidisturbios que habían sacado de la armería antes de que Ashford se hiciese con ella. Contaban con una amenazadora colección de pistolas y escopetas lanzaproyectiles cargadas con munición de gel balístico, un elenco de armas no letales diseñado para tareas de contención, así como otras capaces de dar muerte al enemigo. Los cuatro marcianos tenían las mejores armas que habían podido reunir, pero aun así eran muy pocas. Todo aquello apestaba a improvisación.

No podía sentarse, por lo que había quitado el techo de un carrito eléctrico para colocar el *mecha* en la parte de atrás. Recorrió el aire caliente y viciado del tambor como el mascarón de proa de un barco pirata fantasma. Corin iba al volante, inclinada sobre él como si pudiese hacer que fuera más rápido solo con pensarlo. Verbinski, el sargento marciano que había traído esposado a Jim Holden a la *Bégimo*, estaba sentado junto a ella, concentrado y perplejo al mismo tiempo.

Atravesaron los pasillos principales para dirigirse hacia el sur. Las ruedas hacían mucho ruido contra la cubierta. Muy por encima de ellos, la tira

alargada y estrecha de luz blanca y cegadora iluminaba la curvatura del tambor. El punto de transferencia meridional se erguía sobre ellos como la fachada de un acantilado de acero y cerámica.

La gente se apartaba a su alrededor para dejarles paso. Toro los miraba al pasar. En sus caras había miedo, rabia y curiosidad. Eran los suyos. Había más que al principio. Él se había encargado de traerlos a la *Bégimo*. Había convertido la nave en algo importante y le había dado a la APE un papel destacado en la misión de exploración al otro lado del Anillo. Eran terrícolas, marcianos y cinturianos. Los que habían sobrevivido. Mientras las caras se volvían hacia él, como flores de la Tierra siguiendo el arco que traza el Sol, se preguntó qué pensaría Fred Johnson sobre lo ocurrido. Había sido un fracaso sin precedentes, de eso no cabía duda. Esperaba haber conseguido hacer más bien que mal cuando llegara el momento de arreglar cuentas.

—Vamos escasos de efectivos —dijo Verbinski, estirando el cuello atrás y arriba para mirar a Toro—. ¿A cuántos crees que nos enfrentamos?

—No estoy seguro —respondió Toro—. Puede que sean más que nosotros, pero están divididos entre ingeniería y el centro de mando.

—¿Están tan maltrechos como nosotros?

Toro miró hacia atrás. La verdad era que casi la mitad de quienes iba a llevar a la batalla estaban heridos. Había algunos con escayolas de presión que les sujetaban los brazos y puntos de sutura que les mantenían las heridas cerradas. En otras circunstancias, la mitad de sus efectivos aún seguirían en la enfermería. Por Dios, él tampoco tenía mucho que hacer en un tiroteo, pero no iba a quedarse atrás y enviar a otros a una muerte segura sin estar junto a ellos.

—Más o menos —respondió Toro.

—Si aún tuviese esa armadura de reconocimiento que nos quitaste, podría encargarme de esto sin problema. Y no me refiero a mí y a mi pelotón, sino yo solo.

—Sí, lo sé.

—Te arrepientes un poco de no haber confiado en mí, ¿verdad?

—Más o menos —dijo Toro.

Había dos maneras de llegar al punto de transferencia. El ascensor tenía el tamaño suficiente para transportar a la mitad de los suyos hacinados en una caja tan pequeña que, al llegar a lo alto, una sola granada bastaría para incapacitarlos a todos. La alternativa era una rampa amplia e inclinada que iba desde la parte inferior del tambor y ascendía en espiral hasta el eje. La curva seguía la rotación del tambor, por lo que, cuanto más rápido subiesen, más se

verían impulsadas hacia el suelo las ruedas de los carritos. Era algo que no importaba demasiado abajo, pero cuando llegaran arriba, lugar en el que el combate se iba a desarrollar prácticamente en ingravidez, les vendría bien toda la estabilidad y el control que pudiesen conseguir.

Los primeros disparos llegaron desde el eje y levantaron pequeñas esquirlas de la carretera delante del primer carrito. Toro intentó mirar hacia arriba para ver desde dónde los habían atacado, si desde el mismo punto de transferencia o desde la barricada que había cerca.

—¡Juarez! —gritó Verbinski—. Cúbranos.

—Sí, señor —respondió una voz desde uno de los carritos de atrás.

Toro hizo virar el *mecha* lo suficiente para mirar por encima del hombro. En el tercer carrito que tenían detrás, un marine marciano se había tumbado bocarriba para apuntar con el rifle. Daba la impresión de estar descansando, pero en ese momento pegó un tiro. Toro volvió a intentar mirar hacia arriba, pero el *mecha* se lo impidió. Sacó el terminal portátil y usó la cámara a modo de espejo. Muy por encima, un cuerpo flotaba en la zona de ingravidez mientras una nube rosada de sangre se formaba a su alrededor.

—Uno menos —dijo Verbinski.

El tiroteo continuó mientras ganaban velocidad por la rampa. Los desgarrones semiadhesivos de la rueda contra la cubierta cambiaron de tono a medida que se ejercía cada vez menos peso contra ellas. Toro sintió que su cuerpo se hacía más ligero en el interior de la máquina. Los bordes de la rampa parecían un acantilado y había una caída de más de trescientos metros hasta el suelo del tambor. Los hombres de Ashford estaban por encima de ellos, pero no tanto como para poder ocultar las barricadas que habían soldado a las paredes y a la cubierta. Toro era dolorosamente consciente de ser el objetivo más valioso. Notó un picor en el cuello.

Aparecieron dos cabezas por detrás de las barricadas. Los resplandores que surgían de los cañones parecían chispazos. El rifle del marciano atronó detrás de él, y uno de los atacantes se desplomó mientras el otro se retiraba.

—Muy bien —dijo Toro—. Esto es lo máximo que podemos acercarnos sin cobertura.

Corin enfiló la parte delantera del carrito hacia la pared y salió para cubrirse detrás del vehículo con Verbinski, mientras el carrito que iba detrás pasaba junto a ellos para hacer lo mismo. Había microgravedad. Quizás estuvieran a un décimo de g. O menos. Toro se vio obligado a encender los imanes de las patas del *mecha* para evitar salir flotando. Cuando logró salir del carrito, los suyos ya habían avanzado mucho. Dirigió el *mecha* hacia ellos

y pasó entre las barricadas improvisadas que habían formado con los carritos. La más avanzada había llegado a colocarse a tan solo diez metros de distancia de la primera barricada de Ashford, y Jim Holden, Corin y uno de los terrícolas ya presionaban a los enemigos, agachados a un lado, disparando y cubriéndose. El olor a pólvora gastada inundaba el ambiente.

—¿Dónde está Naomi? —gritó Toro. No tenía ni idea de cuánto personal técnico aparte de Ruiz aún era leal a Pa, y perder a la única ingeniera que tenían antes de llegar a ingeniería sería un desastre.

Algo detonó detrás de una barrera y dos cuerpos salieron rotando por los aires. El resplandor venía de detrás de ellos, y no fue capaz de discernir si eran de los suyos o de los de Ashford. Se detuvo junto al último carrito. La batalla continuaba, pero mucho más adelante, casi en el mismo punto de transferencia. Iba bien. Estaban ganando.

Había un hombre delgado aún al volante del carrito. A Toro le pareció que debía de tener poco más de veinte años; piel oscura y pelo rapado. El agujero que tenía en el pecho había dejado de sangrar y tenía la mirada perdida. Toro sintió una punzada de arrepentimiento, pero consiguió ignorarla. Sabía que pasaría. Todos lo sabían. No solo al acudir a aquel combate, sino cuando se habían preparado en la *Bégimo* para aventurarse hasta los confines del espacio habitado por los humanos: sabían que quizá no volvieran para contarlo. Quizás hasta supieran que lo que los iba a matar no tenía por qué ser el Anillo, sino la gente que los acompañaba. Gente como Ashford. Gente como él.

—Lo siento, *você* —dijo Toro antes de empujar las palancas de control hacia delante.

Las fuerzas de Ashford habían empezado a ceder terreno. No cabía duda. Verbinski y su equipo disparaban una andanada fulminante y profesional de proyectiles. El francotirador, Juarez, no disparaba tanto, pero conseguía una baja más cada vez que lo hacía. La combinación entre los disparos constantes de las armas automáticas y el gruñido ocasional pero mortífero del rifle de Juarez hacía que el enemigo no dejara de retirarse hacia el punto de transferencia, arrinconados como una reina en un tablero de ajedrez. Ni siquiera las armas más potentes de Ashford podían alcanzarlos sin peligro, y Verbinski no menguó la presión ni un ápice, haciendo que los hombres de Ashford retrocedieran sin cesar hasta que rompieron filas y salieron huyendo despavoridos.

El punto de transferencia era un pasillo corto con unas puertas de despresurización de emergencia a cada lado. Toro vio que las enormes

escotillas redondas pintadas de rojo empezaban a cerrarse. No bastarían para detener a Toro y a los suyos, pero sí para retrasarlos. Quizá demasiado.

—¡A la carga! —gritó Toro justo antes de empezar a toser sin remedio. Cuando consiguió parar, solo fue capaz de graznar—: ¡Venga, cabrones! ¡Entrad ahí antes de que se cierre!

Se abalanzaron por los aires con las armas centelleando. El ruido era ensordecedor, y Toro no fue capaz de imaginarse cómo debía de sonar desde más lejos. Como un trueno distante en un territorio que no sabía lo que era la lluvia. Avanzó con el *mecha* y las botas magnéticas repicaron al golpear y separarse de la cubierta, mientras las puertas de la escotilla iban cerrándose poco a poco. Al fondo solo se veía una nube de humo y sangre. La puerta más alejada estaba a punto de cerrarse, pero Naomi Nagata había conseguido llegar hasta el panel de acceso y Holden se encontraba detrás de ella con el rifle preparado. Mientras Toro se acercaba, la mujer arrancó algo de allí. Un chorro de gotas negras salió esparcido hacia el espacio vacío del pasillo y el aire se llenó del olor del líquido hidráulico. La puerta se detuvo.

En aquel caos era difícil afirmar nada, pero Toro calculó que le quedarían entre quince y veinte personas en pie. No era ideal, pero podría haber sido peor. Cuando llegaran a ingeniería, el espacio volvería a abrirse. Tendrían lugares en los que cubrirse. Eso sí, los pocos metros que había que recorrer al otro lado de la segunda puerta para llegar hasta esa cobertura podían convertirse en una carnicería. Era un espacio que los suyos no tenían más remedio que atravesar. Si los hombres de Ashford sabían algo de táctica, estarían esperando justo allí a que algo se moviera.

Estaban en tablas, y él tendría que ser el encargado de decantar la balanza a su favor. Verbinski pasó por encima de él, cómodo en la ingravidez como un pez en el agua. Se giró, apoyó el pie en la pared y consiguió detenerse casi del todo.

—Va a ser toda una proeza avanzar lo que nos queda —dijo el marciano.

—Justo lo que estaba pensando —convino Toro.

Verbinski miró la puerta medio cerrada como un carpintero que mide un tablón.

—Estaría genial tener explosivos —dijo—. Algo para limpiar un poco la zona. Nos daría algo de tiempo.

—¿Me quiere decir algo, sargento?

Verbinski se encogió de hombros y sacó un cartucho negro y pequeño del bolsillo. Toro arqueó las cejas.

—¿De conmoción?

—Dos mil kilojulios. Las llamamos rompelomos.

—¿Ha entrado en mi nave con armas, sargento?

—Me sentía desnudo sin ellas.

—Voy a pasarlo por alto esta vez —dijo Toro mientras levantaba las manos para indicar a las tropas que se acercaran.

Se cubrieron detrás de la puerta a medio cerrar. Verbinski se acercó a la superficie y echó un rápido vistazo por un lado, sacando y escondiendo la cabeza como la lengua de un lagarto. Media docena de balas inundaron el lugar en el que un momento antes había estado su cabeza. El marciano se quedó flotando, puso las piernas en la posición del loto y preparó la pequeña granada negra. Toro esperó, con Holden y Corin a su lado.

—Una duda —dijo Holden—. ¿Vamos a tirar granadas en el lugar desde el que se controla el reactor?

—Eso mismo —respondió Toro.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Lo peor que puede pasar es que perdamos y Ashford destruya el Sistema Solar —dijo Toro—. Que el reactor pierda contención y muramos todos en realidad va segundo en la lista.

—Nadie dijo que fuese a ser fácil —dijo Holden.

Verbinski levantó un puño y todos se llevaron las manos a las orejas. El marciano hizo un gesto complicado con los dedos y lanzó el cartucho negro por el hueco que había entre la puerta y el marco. La detonación fue casi instantánea. Toro sintió como si lo hubiesen tirado al fondo de una piscina. La visión le latía al mismo tiempo que el corazón, pero fue capaz de empujar las palancas de control hacia delante. Le zumbaron los oídos y sintió que empezaba a perder la consciencia. Mientras entraba en ingeniería con el *mecha*, se le ocurrió que tendría mucha suerte si no se desmayaba durante la refriega. Tenía la columna rota y los pulmones inundados. Nadie se lo habría reprochado si hubiera decidido no hacer nada. Pero poco le importaba lo que la gente pensara de él. Lo único que le importaba era Ashford.

El tiroteo al otro lado no duró mucho. La granada había devastado a los defensores. La mitad de los soldados ya había tirado las armas antes de que los hombres de Toro consiguieran entrar. Garza fue el único que plantó cara para defender el largo pasillo que separaba la estancia principal de ingeniería y los controles de la batería de comunicaciones, pero Corin se adelantó y le pegó un tiro con una pistola en el caballete de la nariz, algo que habría resultado difícil de conseguir incluso con un rifle con mira. Capturaron vivos

a media docena de hombres de Ashford, a quienes ataron a los asideros de los mamparos. Ninguno era personal a cargo de Toro.

Encontraron a Ruiz debajo de una mesa de trabajo, hecha un ovillo con los brazos alrededor de las rodillas. Al salir vieron que tenía la piel pálida y le temblaban las manos. Naomi se movía a su alrededor sin dejar de revisar las pantallas de una consola y las lecturas de varias partes del equipamiento para comprobar que la información que aparecía en ambos lugares era correcta. Holden flotaba detrás de ella como la cola de una cometa.

—Anamarie —llamó Toro—. ¿Estás bien?

Ruiz asintió.

—Gracias —dijo. Y luego, antes de que dijera nada más, Naomi los interrumpió y se colocó delante de la mesa.

—¿Sam estaba trabajando con esto? —preguntó.

Ruiz la miró por un instante y lo entendió. Cuando asintió, el gesto fue un tanto vacilante.

—¿Qué ves? —preguntó Toro—. ¿Puedes apagarlo?

—No habría problema si solo quisiéramos hacer un volcado de memoria —respondió Naomi—. Pero no sé si podré volver a reiniciarla. Además, supongo que los que están en la nave querrán seguir respirando. Será mejor hacer una desconexión controlada.

Toro sonrió.

—Necesitamos apagarlo todo —afirmó Holden—. El reactor. El sistema eléctrico. Todo.

—Lo sé, cariño —dijo Naomi, y Holden pareció algo molesto.

—Lo siento.

En una esquina al fondo de la cubierta, alguien gritó. Corin se acercó a flote en ingravidez y, con toda la tranquilidad del mundo, agarró por el cuello a un terrícola al que Toro no conocía. Se le ocurrió que quizá la mujer se divertía demasiado con esa parte del plan. Quizá no fuese muy saludable.

—No sé lo que hizo Sam para sabotear el láser de comunicaciones —dijo Naomi—. Tengo que hacer una inspección antes de meter mano aquí. Y sin...

—Naomi hizo una pausa. Apretó la mandíbula. Carraspeó y luego tragó—. Sin Sam va a ser más difícil. Era su nave.

—¿No puedes apagar el láser y ya está? —preguntó Toro.

—Claro —respondió Naomi—. Si nadie me dispara mientras me pongo a ello.

—¿Y qué tal si subes los niveles de nitrógeno en el centro de mando para hacer que todo el mundo se eche una pequeña siesta?

—Puedo ayudar con eso —dijo Ruiz. Su voz sonaba un poco más decidida.

—Muy bien —dijo Toro—. Esto es lo que vamos a hacer. Nagata se queda a cargo de ingeniería. Haced todo lo que os diga. —Ruiz asintió, demasiado aletargada como para oponerse—. Vuestra prioridad es apagar el láser para que ningún pendejo del centro de mando pueda dispararlo. Vuestra segunda prioridad es modificar los sistemas de control ambiental de la cubierta en la que están. Vuestra tercera prioridad es apagar la nave para que, al volver a encenderla, podamos comprobar si ese fantasma que dice el señor Holden cumple sus promesas.

—Señor... —dijo Naomi.

—¡Corin! —gritó Toro. La tos lo silenció por un instante. No era fuerte y tampoco le hizo escupir flemas. No sabía si era buena o mala señal. Corin se impulsó hacia la consola de control—. Holden y tú dirigíos hacia el hueco del ascensor externo con un puñado de bridas. Cuando todos los de ahí arriba estén durmiendo, aseguraos de que no despierten confundidos y empiezan a hacerse daño entre ellos.

Corin esbozó una sonrisa impasible. Quizá Toro se librara de tener que decidir qué hacer con Ashford. Intentó convencerse de que tenía que preocuparle lo que le ocurriera a ese hombre, pero el cuerpo le pesaba como si llevara despierto toda una semana.

—¿Por qué me encargo yo de eso? —preguntó Holden.

—Para que no la estorbes a ella —respondió Toro—. Nosotros nos encargaremos de proteger a tu segunda de a bordo. La necesitamos.

Casi pudo ver cómo las objeciones se arremolinaban en la garganta de Holden, pero Naomi las detuvo.

—Me parece bien —afirmó la mujer. Y nadie dijo nada más al respecto.

—Alex irá a la *Roci* para apagar lo que quede encendido —dijo Holden mientras se encogía de hombros—. Lo ayudaré con la mochila extravehicular antes de marcharme.

—De acuerdo —dijo Toro con seriedad. Estaba dispuesto a fingir que habían llegado a algún tipo de acuerdo, si ayudaba en algo. Oyó que varios hombres se reían y reconoció el tono de voz del sargento Verbinski—. Disculpad.

El *mecha* rechinó por la cubierta, sus cierres magnéticos activándose y liberándose. Todos los demás flotaban a su alrededor en el aire, pero como Toro no sentía tres cuartas partes de su cuerpo, le habría sido imposible

maniobrar. Era como si fuese el único que no podía hacer nada para librarse de la gravedad.

Verbinski y su pelotón estaban en un hueco junto al almacén de suministros. Un marine había recibido un tiro en el codo. Su antebrazo era un amasijo de carne y hueso, pero reía y hablaba mientras los demás se encargaban de la herida. Toro se preguntó cuánta droga le habrían suministrado. Cruzó la mirada con Verbinski y le indicó que se acercara.

—Tú y los tuyos —dijo Toro cuando se alejaron lo suficiente— habéis hecho un buen trabajo.

—Gracias —respondió el marine. El orgullo se abrió paso por encima de la humildad en sus facciones—. Hacemos lo que podemos. De haber tenido las armaduras...

—Lo que quería decirte... —continuó Toro—. Las granadas. ¿Cuántas te quedan?

—Media docena —respondió Verbinski.

—Vale —suspiró Toro—. No es nada personal, pero voy a tener que requisarlas.

La sorpresa inundó el gesto de Verbinski por un instante. Luego rio.

—Es usted un mandón —dijo.

Clarissa

—¿Qué ocurre, Jojo?

—Creo que tenemos un problema, señor. Eche un vistazo.

Monica Stuart apareció en los monitores con un gesto calmado y profesional, como si se encontrase en una realidad alternativa.

—Hoy —dijo con las manos entrelazadas en el regazo y ojos resplandecientes— os explicaremos cómo volver a casa.

—¡Pero! ¡Qué! ¡Coño! —gritó Ashford mientras pasaba la mano por la pantalla—. ¿Esto a qué viene?

—Acaban de empezar a emitir, señor —dijo el de seguridad. Clarissa vio cómo Ashford se giraba para observar al hombre, que empezaba a temblar bajo el peso de su mirada.

—En exclusiva para Radio Zona Lenta Libre —dijo Monica—. Tenemos razones para creer que, si toda la flota reduce todo lo posible sus emisiones de energía, ya no aparentaremos ser una amenaza para...

—Haced que se calle —dijo Ashford—. Llamad a todos los que aún estén en el tambor y que interrumpan esa emisión. Quiero hablar con Ruiz. Cortad la corriente de toda la zona si es necesario.

—¿Es algo de lo que tengamos que preocuparnos? —preguntó Cortez. Su voz sonó parecida a un lamento—. Lo que hagan o digan debería darnos igual, ¿no?

—¡Esta es mi nave! —gritó Ashford—. Está bajo mi control.

—Pero cuando destruyamos el Anillo...

Clarissa puso una mano en el hombro de Cortez y negó una vez con la cabeza.

—Imagínelo como un padre —explicó Clarissa—. Y la nave como su casa.

—Gracias —le dijo Ashford sin dejar de mirar a Cortez—. Me alegra ver que alguien comprende cómo funcionan las cosas.

—El equipo de represión ya está en camino —informó Jojo—. ¿Quiere que también envíe efectivos de la guardia?

—Lo que haga falta —dijo Ashford—. Todo lo necesario para detenerlos.

En la pantalla, la imagen cambió y apareció un primer plano de la cara de Anna. Tenía el pelo recogido y alguien la había maquillado de una manera que le daba el aspecto típico de la televisión. Clarissa sintió que se le hacía un extraño nudo en el estómago, de resentimiento e inquietud. «Salid de ahí —pensó sin dejar de mirar la pantalla—. Dios no va a detener los disparos».

—El problema —explicó Anna— es que la estación nos ha identificado como una amenaza en curso. Sus acciones contra nosotros se han basado en algo parecido al miedo. Bueno, en realidad no. Más bien son medidas cautelares. Para ella somos igual de forasteros e impredecibles que ella para nosotros. Y es por ello que tenemos razones para creer que, si nos mostramos menos amenazadores, puede que aligere las limitaciones.

La cámara volvió a enfocar a Monica Stuart, que asentía con gesto serio. Todas las expresiones físicas que aparecieran en pantalla iban a indicar que Anna era una mujer seria y que su opinión era importante.

—¿Y cuáles son los detalles de su plan? —preguntó Monica.

Se oyó la risa de Ana.

—No lo considero mi plan. Creemos que, si apagamos los reactores de todas las naves y reducimos la energía que se usa, puede que la estación llegue a pensar... bueno, puede que nos vea menos como una amenaza y más como algo curioso. Es decir, intentemos ponernos en su lugar. Se abre una puerta y, fuera lo que fuese lo que esperaba que saliese por ella, en su lugar aparece una nave en trayectoria balística a una velocidad tremenda. Luego, una flotilla de otras naves detrás de ella, con soldados armados que suben a bordo de la propia estación y disparan sus armas. De encontrarnos en su situación, para nosotros sería una invasión.

—¿Y es por eso por lo que si le aseguramos que no vamos a escalar el ataque...?

—Así damos la oportunidad a lo que sea eso de ahí fuera de abandonar su carrera armamentística contra nosotros —aseguró Anna—. Hemos pensado en la protomolécula y en todas las cosas que sucedieron debido a...

La pantalla se apagó. Ashford frunció el ceño y miró las consolas de control mientras abría y cerraba pantallas de información golpeando con fuerza la superficie. Cortez flotaba junto a Clarissa, también con el ceño fruncido. Humillado. Era el responsable de la liberación y posterior reconquista de la *Bégimo* por parte de Ashford, y Clarissa vio en su mirada

que aquello no era lo que había esperado. Se preguntó si su padre tendría la misma expresión en su celda de la Tierra o dondequiera que lo hubiesen encerrado.

—Ruiz —espetó Ashford—. Informe. ¿Cómo va su trabajo?

—Aún me queda media hora, señor —respondió la mujer al otro lado de la línea.

—No le he preguntado cuánto tiempo le queda —dijo el capitán—. Le he pedido un informe.

—El conductor está en posición y empieza a funcionar —respondió la mujer—. Parece que terminará a tiempo. He encontrado una sección del sistema de interruptores que Sam... que Sam había dejado sin energía.

—¿La ha reemplazado?

—Eso he hecho, pero no sé si hay más. Podría haber saboteado el circuito al completo.

—Bueno —dijo Ashford—, le queda media hora para comprobarlo.

—Eso hago, señor.

Ashford volvió a tocar el panel de control. A Clarissa le habría gustado volver a ver el canal de noticias. Quería saber lo que iba a decir Anna, aunque fuese tan solo para matar el tiempo. Aunque el aire estaba caliente y viciado, no lo estaba tanto como en el tambor, pero no era algo reconfortante. Si acaso, era indicativo del tiempo que llevaban esperando. El hambre empezaba a hacerle mella en el estómago y tuvo que suponer que el resto empezaba a sentirse igual. Resistían en el puente de la mayor nave que la humanidad había construido jamás, atrapados en un vacío sin estrellas por culpa de una fuerza alienígena que no eran capaces de comprender, pero estaban limitados por las insignificantes necesidades de la carne y cada vez tenían menos azúcar en sangre. Se preguntó qué podrían pensar de ella si, dos horas después de ver cómo le pegaban un tiro en la cabeza a una mujer, lo único que sentía eran unas ganas tremendas de almorzar. Se preguntó qué habría pensado Anna al respecto.

—¿Ya hemos conseguido que esas zorras cierren el pico? —espetó Ashford.

—Los equipos de supresión están llegando a las oficinas de administración colonial, señor —respondió Jojo. Un momento después añadió—: Han encontrado algo de resistencia.

Ashford sonrió.

—¿Tenemos sistemas de objetivo? —preguntó.

—¿Señor? —dijo uno de los otros guardas.

—¿Funcionan los sistemas de objetivo del láser de comunicaciones?

—Pues sí. Funcionan.

—Muy bien. Pues mientras los nuestros se encargan de tirar la basura, vamos a preparar el disparo. ¿Le parece?

—Sí, señor.

Clarissa estaba agarrada a un asidero de la pared, mirando sin mucha atención cómo se coordinaban el capitán y sus hombres. Era difícil para ella recordar lo pequeño que era el Anillo y lo grande que era la distancia que habían atravesado para llegar hasta allí. Le parecían admirables la precisión y el cuidado que iban a necesitar para destruirlo. Era un acto de una belleza quirúrgica. Detrás de ella, la estación de seguridad resonaba y chasqueaba. Entre las alarmas, oyó el murmullo de una voz familiar impregnada de miedo. Miró a su alrededor. Nadie le prestaba atención, por lo que se impulsó con suavidad.

En el monitor del canal de noticias apareció la imagen inerte de la estación. Monica Stuart estaba pálida a pesar del maquillaje, con los dientes y los labios apretados. A su lado, Anna no dejaba de estrujarse la punta de un dedo gordo con desesperación. Había otro hombre entre ellas tumbado en una camilla médica.

—... Cualquier cosa que esté en nuestra mano para cooperar —decía el hombre con seriedad mientras miraba a la cámara.

—Gracias, teniente Williams —dijo Monica Stuart—. Odio verme obligada a complicar las cosas, pero me acaban de informar de que hay hombres armados fuera del estudio y que al parecer estamos siendo atacados. —Rio con nerviosismo, lo que quizás en el idioma de los presentadores de noticias fuese sinónimo de: «Oh, Dios, voy a morir en directo». La voz de Anna llegó un momento antes de que las cámaras la enfocaran.

—Nos encontramos en una situación desesperada —dijo Anna—, pero creo que ocurre algo similar en cada una de las naves que nos escuchan ahora mismo. Estamos en un punto en el que, como comunidad, tenemos que tomar una decisión. Y seguimos asustados, afligidos y traumatizados. Nadie está seguro de qué es lo correcto. Y...

Al fondo sonó el inconfundible estallido de un lanzaproyectiles, que interrumpió a Anna por unos instantes. Se puso pálida, pero se limitó a carraspear y continuó.

—Y la violencia es la respuesta a esos miedos. Pero tengo esperanzas de que seamos capaces de llegar a comprendernos y...

—No se achanta —dijo Cortez. Clarissa no lo había oído ponerse detrás de ella y no había notado que se acercara—. Le tengo muchísimo respeto a esa mujer.

—Pero crees que se equivoca.

—Creo que su optimismo es inapropiado.

—... Si incrementamos los ataques a la estación y al Anillo —continuó Anna—, solo podemos esperar que el ciclo continúe y crezca y se vuelva más peligroso hasta que uno de los dos bandos resulte destruido. Espero que...

—¿Qué crees que opinaría ella sobre tu pesimismo? —preguntó Clarissa.

Cortez levantó la cabeza para mirarla, con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa y la distracción.

—¿Mi pesimismo?

Clarissa reprimió la apremiante y repentina necesidad de disculparse.

—¿Cómo lo llamarías si no?

—Hemos mirado al diablo a la cara ahí fuera —afirmó Cortez—. Lo llamaría realismo.

«No has mirado al diablo a la cara —pensó la mujer—. Has visto morir a un puñado de personas. No tienes ni idea del aspecto del verdadero mal». Titubeó un instante al recordar y, de improviso, volvió a encontrarse en la *Cerisier* mientras el cráneo de Ren cedía bajo la palma de su mano. «Hay una diferencia entre la tragedia y el mal, y yo soy esa diferencia».

—¡Capitán! ¡Hay disparos en ingeniería!

Cortez se giró hacia el puente y se impulsó con torpeza por los aires. Clarissa miró por última vez a Anna en la pantalla, se inclinó hacia delante y echó ambas manos al frente, como si pretendiera hacer ver a todos los que se encontraban alrededor que era capaz de contagiarse de la calma y la cordura de las imágenes. Luego siguió a Cortez.

—¿Cuántos han caído? —preguntó Ashford.

—Lo desconocemos, señor —respondió Jojo—. Pero tenemos imágenes.

El monitor parpadeó y se encendió. La cubierta de ingeniería se veía pixelada, pero luego la imagen mejoró. Una docena de hombres de Ashford apuntaba hacia una puerta de presurización que estaba casi cerrada. Ashford se agitó en los amarres para intentar acercarse a la imagen. Algo, un pequeño objeto o un artefacto de transmisión de vídeo, flotó por la pantalla y todo se volvió blanco. Cuando regresó la imagen, Ashford vio algo terrible.

Personas armadas atravesaban el hueco como si fuesen arena que cae por un reloj. Clarissa reconoció a Jim Holden por la manera en la que se movía, a causa de esa íntima obsesión que había tenido por él y que hacía que fuese

capaz de reconocerlo con la misma facilidad que a alguien de su familia. La figura alta que iba detrás de él tenía que ser Naomi, a quien Melba había estado a punto de matar. Y luego, cerca del final, el único que caminaba pegado al suelo en la ingravidez, Carlos Baca. Toro. El jefe de seguridad y enemigo acérrimo de Ashford. Caminaba despacio por la cubierta con sus piernas de verdad atadas a las mecánicas, que se movían con pesadez paso a paso. Un hombre de Ashford intentó dispararles, pero le pegaron un tiro y su cuerpo se retorció en el aire de una manera que a Clarissa le recordó a una oruga partida por la mitad. Se dio cuenta de que el sonido que había empezado a oír era Ashford, que soltaba tacos en voz baja. No lo oyó parar para respirar.

—Aseguren el perímetro —gritó Ashford—. ¡Ruiz! ¡Ruiz! Tenemos que disparar. ¡Hay que disparar ya!

—No puedo —se oyó decir a la mujer—. No tenemos conexión.

—No me importa que no sea estable. Tengo que disparar ya.

—No es inestable, señor —dijo la mujer—. Es que no está.

Ashford golpeó con fuerza la consola de control e hizo una mueca de dolor. Clarissa no sabía si se había roto los nudillos, pero no le habría extrañado. Durante los quince minutos siguientes, observaron el desarrollo de la refriega, cómo las fuerzas invasoras se abrían paso por la cubierta de ingeniería. Clarissa intentó seguir las posiciones de Holden y Naomi, igual que haría cualquiera que estuviese viendo a dos de sus actores secundarios favoritos en una serie.

—¡Redirige a los equipos de supresión!

—Sí... esto...

Ashford se giró hacia Jojo. El guarda tenía la cara pálida.

—Tengo problemas con los controles. Creo... Creo que han conseguido bloquearnos.

La ira de Ashford estalló y luego se sumió en una especie de calma funesta. Flotaba en su asiento con las manos entrelazadas mientras se tocaba los labios con ambos dedos índices.

—Los controles medioambientales no responden —informó Jojo con una voz que evidenciaba un tono cercano al pánico—. Están cambiando la atmósfera, señor.

—Trajes de aislamiento —afirmó Ashford—. Vamos a necesitar trajes de aislamiento.

Clarissa suspiró y se lanzó por la estancia hacia los paneles de acceso que estaban abiertos.

—¿Qué haces? —le gritó Ashford. La mujer no le hizo caso.

La estructura interna de la *Bégimo* no era tan diferente a la de cualquier otro puente, aunque sí tenía más redundancia de la que esperaba. De haberse mantenido su forma original, habría sido robusta, pero las exigencias de una nave de guerra eran más rigurosas que las de una nave generacional y algunos sistemas duplicados se habían reacondicionado para usarse con los CDP, los cañones Gauss y los torpedos. Encendió un monitor y vio que los niveles de nitrógeno habían subido en el puente. Al no aumentar el dióxido de carbono, no se iban a sentir asfixiados, solo un poco mareados justo antes de desmayarse. Se preguntó si Holden los dejaría morir así. Seguro que no. Pero no podía afirmar lo mismo de Toro.

No importaba. Ren la había entrenado bien. Inutilizó el acceso remoto a los sistemas de control medioambiental desactivando un único circuito.

—¡Señor! ¡Hemos conseguido recuperar el control atmosférico! —gritó Jojo.

—Bueno, ¡pues aligera un poco el aire por aquí! —gritó Ashford.

Clarissa observó los resultados de su trabajo con una sensación de calma y orgullo. No era un trabajo perfecto y no le gustaba tener que dejarlo así mucho tiempo, pero había hecho lo necesario para no tener que apagar el sistema. Era suficiente, dadas las circunstancias.

—¿Está todo bajo control? —espetó Ashford.

—Hemos recuperado el control atmosférico y mecánico... todos los sistemas del centro de mando, señor.

«Un “gracias” tampoco estaría de más», pensó Clarissa mientras atravesaba flotando la puerta de la estación de seguridad para volver.

—¿Podemos hacerles lo mismo a ellos? —preguntó Ashford—. ¿Podemos cortarles el aire?

—No —dijo Jojo—. Solo tenemos el control local, pero al menos no vamos a necesitar esos trajes.

El ceño fruncido de Ashford no cambió, pero el carácter del hombre dio un giro.

—Trajes —dijo—. Jojo, ¿tenemos acceso a las servoarmaduras que Pa les quitó a esos marines marcianos?

Jojo parpadeó y luego asintió con fuerza.

—Sí, señor.

—Quiero que busques a otras tres personas a las que les sirvan. Y que luego bajéis todos a ingeniería para recuperar el control de mi nave.

Jojo realizó un saludo militar con una sonrisa en el gesto.

—Sí, señor.

—Y Jojo, matad a todo el que se interponga en vuestro camino. ¿Entendido?

—Afirmativo.

El guarda se desamarró y se impulsó hacia el pasillo. Clarissa oyó voces que venían de allí, gente que se preparaba para la batalla. «Solo podemos esperar que el ciclo continúe y crezca y se vuelva más peligroso hasta que uno de los dos bandos resulte destruido». ¿Quién había dicho eso? Le sonó a algo que acababa de oír. Con el control del lugar recuperado, el sistema de ventilación adquirió un ritmo algo diferente, y las exhalaciones de los recicladores llegaron más seguidas y durando la mitad. Se preguntó cuál sería la razón. Era algo que seguro que Ren le habría podido responder. El tipo de cosa de la que ella antes no se habría dado cuenta.

Ren. Intentó imaginárselo. Intentó verse a sí misma de la misma manera que la veía él. Iba a morir. Iba a morir y, con ello, conseguir que los demás estuviesen a salvo. No serviría para resucitarlo, pero al menos sí para que su muerte sirviera para algo. Era una manera de vengarlo. Aún podía verlo sonreír en su cabeza.

Media hora después, los cuatro que Jojo había elegido entraron con torpeza en la estancia. La fuerza de las armaduras hacía que moverse sin romper cosas fuera complicado. El carenado resplandecía negro y rojo con la luz que se reflejaba en él para luego difuminarse. Le recordaron a escarabajos gigantes.

—No tenemos munición, señor —dijo uno de ellos. Jojo. La voz tenía un tono artificial, monótono y crepitante a través de los altavoces de la armadura.

—Pues matadlos a golpes —respondió Ashford—. Vuestro objetivo principal es el reactor. Si conseguís de alguna manera que podamos disparar el láser, habremos ganado. Lo siguiente es matar a Toro y a los suyos. Todo el que esté allí y no se ponga de vuestra parte de manera activa es un enemigo. Si no están con nosotros, están contra nosotros.

—Sí, señor.

—¡Señor! —llamó alguien desde los controles.

—¿Qué ocurre?

—Creo que hay intrusos en el hueco del ascensor externo, señor.

—¿Una fuerza de asalto?

—No, pero pueden estar tendiéndonos una trampa.

Clarissa se volvió.

En la estación de seguridad, el canal de noticias no había dejado de emitir. Se oían voces de mujeres entre los disparos. Los hombres de Ashford aún no se habían hecho con el lugar. Se preguntó si Ashford dejaría que los suyos dispararan a Monica Stuart y a Anna en directo para que todo el mundo pudiese verlo. Luego pasó a pensar en qué haría Ashford para evitarlo, si quisiera hacerlo. Habría consecuencias. Pero si ganaban y destruían el Anillo, morirían todos de una forma u otra. Era inevitable que hubiese alguna muerte prematura por el camino. Cuando no había futuro por delante, todo el mundo podía hacer lo que le viniera en gana. No habría consecuencias.

«Todo el mundo muere. Eso es lo que debes tener claro».

Cortez flotaba junto al puesto de seguridad. Tenía la cara iluminada desde abajo por el monitor. Levantó la cabeza mientras ella se acercaba, con una sonrisa amable y tranquila en el gesto.

—Ashford ha enviado hombres para recuperar ingeniería —dijo Clarissa.

—Bien. Muy bien.

—... En la *Corvusier* —comentaba una mujer de piel oscura—. Me conocéis. Podéis confiar en mí. Lo único que os pedimos es que apaguéis el reactor durante unas pocas horas y retiréis las baterías de emergencia. Apagad todos los sistemas para que podamos salir de aquí.

—Valoran demasiado sus vidas —dijo Cortez—. No piensan en el precio a pagar por la supervivencia. El precio que todos tendremos que pagar.

—No lo hacen —afirmó Clarissa, pero había cierta reticencia en sus palabras. Algo que la molestaba—. ¿Crees en la redención?

—Claro que creo —dijo Cortez—. Todo lo que me ha ocurrido en la vida me ha demostrado que no hay nada que nos llegue a separar del todo de la posibilidad de recuperar la gracia de Dios, aunque a veces requiera sacrificios demasiado grandes.

—... Si nos unimos —decía Anna en la pantalla mientras se inclinaba hacia la cámara. Un mechón de pelo rojo le cayó sobre el ojo izquierdo—. Podremos salir de esta.

—¿Y tú? —preguntó Cortez. Le puso la mano en la espalda—. ¿Crees en la redención?

—No —respondió Clarissa—. Solo en el sacrificio.

—Mao —ladró Ashford desde la estancia contigua—. Ven aquí.

Clarissa flotó a través del umbral de la puerta. El capitán tenía el rostro más descompuesto que antes. Alrededor de los ojos tenía una hinchazón que habría estado morada de no haberse encontrado en ingravidez.

—¿Capitán?

- Parece que entiendes el embrollo de cables que nos rodea.
- Un poco —dijo ella.
- Necesito que hagas algo.

Holden

Delante tenía el hueco del ascensor, que recorría de cabo a rabo los veinte kilómetros del tambor de la *Bégimo* y se perdía en la distancia. Mientras Naomi consolidaba su control sobre la nave, la mayoría de los sistemas auxiliares estaban desconectados o no eran seguros. El ascensor principal estaba bloqueado en mitad del hueco. Había un ascensor secundario almacenado cerca de la parte superior, pero solo se podía activar si se retiraba el principal de las vías y se bloqueaba. Y, en consecuencia, el cómodo viaje de cuatro minutos hacia el puente se había convertido en un impulso de dos kilómetros en ingravidez y a través del vacío a lo largo de una enorme caja de cerámica y acero.

Podía haber sido peor. Naomi había echado un vistazo a las cámaras de seguridad y, al parecer, Ashford no esperaba que nadie subiera al puente de esa manera. Había reforzado las defensas en el punto de transferencia del puente de mando cuando se había enterado del ataque en ingeniería. Pero hasta el momento, no había tomado medidas en el hueco del ascensor. Daban por hecho que controlaban ambos extremos, pero al parecer aún no se les había ocurrido que no era así.

Toro le había advertido que, aunque Ashford estuviese perdiendo la cabeza por el estrés de la situación, no era estúpido. Tenía una carrera impecable como capitán de la APE hasta el momento, razón por la que le había parecido la mejor elección a Fred Johnson. Holden no podía contar con que el hombre cometiera errores que le pusieran las cosas más fáciles. Pero si Naomi conseguía hacerse con ingeniería, daría igual. Cuando llegaran al puente, todos estarían durmiendo a pierna suelta.

Holden tenía puesta la emisión de Radio Zona Lenta Libre a volumen bajo en el casco. Anna y Monica aún explicaban a la flotilla la necesidad de apagar todos los dispositivos en una acalorada entrevista que se veía interrumpida de vez en cuando por andanadas de disparos que sonaban de fondo. De alguna

manera, ese estruendo conseguía que las locuras que contaba Anna parecieran razonables. Sabía que Monica lo había tenido en mente. Y, por ahora, los ruidos de la refriega parecían dispersos. Seguro que Amos estaba aburrido.

Tenían un plan, y por el momento todo iba más o menos según lo previsto. Pensar en ello hizo que Holden empezara a asustarse.

Sin previo aviso, los leds que había en las paredes del hueco se apagaron. Holden encendió las luces del traje y siguió avanzando con el mismo ímpetu. Cuando Corin también encendió las luces de su traje, vio que proyectaba una sombra doble y extraña en el mamparo.

—No estoy seguro de si esto significa que vamos ganando o perdiendo —dijo, por decir algo.

Corin gruñó para obviar el comentario.

—Veo el ascensor.

Holden ladeó el cuerpo para iluminar hacia arriba por el hueco. La pared de metal y cemento que formaba la parte baja del ascensor estaba cientos de metros por encima.

—Se supone que tiene que haber una escotilla de mantenimiento que podamos abrir.

Corin levantó un puño para asentir y, sin dejar de subir por el hueco del ascensor, se afanó en rebuscar en el morral que había traído de ingeniería. Sacó un soplete de plasma portátil.

Holden giró el cuerpo para caer con los pies sobre la parte baja del ascensor y encendió de una patada las botas magnéticas. Caminó hacia la escotilla e intentó abrirla, pero, como sospechaba, estaba cerrada desde el interior. Sin esperar señal alguna, Corin empezó a cortarla con el soplete.

—Toro, ¿estás ahí? —llamó Holden al tiempo que cambiaba al canal de comunicaciones que habían acordado.

—¿Algún problema?

—Estamos cortando en el ascensor. Solo era para saber cómo os iba.

—Bueno —empezó a decir Toro arrastrando las vocales—. Nos hemos marcado unos buenos tantos. Hemos conseguido hacernos con los sistemas principales, apagado el láser y ahora vamos a desconectar el reactor.

—¿Y qué falta? —preguntó Holden. El soplete de Corin chisporroteó y se apagó, tras lo que la mujer empezó una malhumorada conversación consigo misma mientras reemplazaba la batería por otra que había traído en el morral.

—Naomi no puede acceder a los sistemas del puente. Los han bloqueado por completo, lo que significa que no vamos a poder dejarlos fuera de combate para cuando entres.

También significaba que Corin y él tendrían que abrirse camino a través de quince hombres de Ashford, puede que más. A través de una puerta estrecha y de un largo pasillo sin cobertura. Aquello dejaba la entrada en ingeniería al nivel de un paseo por el parque.

—No podemos hacerlo solos —dijo Holden—. Es imposible.

Corin, que los había estado oyendo por la radio, levantó la cabeza. Golpeó la puerta de la escotilla con una manopla y la parte cortada, que tenía los bordes de un rojo mate, se desprendió. No hizo amago de entrar y esperó a que concluyera la conversación con Toro. Tenía un gesto inexpresivo, que podría haber significado cualquier cosa.

—Vamos a enviaros algo de ayuda, así que esperad junto a la escotilla de entrada al puesto de mando y... —Se quedó en silencio, y Holden oyó que alguien hablaba con él, aunque en voz tan baja que no entendió nada. La voz parecía la de Naomi.

—¿Qué ocurre? —preguntó Holden, pero Toro no respondió. Al otro lado de la línea, la conversación empezó a subir de tono y duró varios minutos. Las respuestas del jefe de seguridad no eran más que fragmentos sin contexto que no significaban nada para Holden. Esperó impaciente.

—Vale. Hay un nuevo problema —dijo al fin Toro.

—¿Peor que el pequeño contratiempo de que no podamos entrar en el puente sin que nos acribillen?

—Eso parece —respondió Toro. Holden sintió que el estómago le daba un vuelco—. Naomi ha visto algo por una cámara de seguridad que tenían olvidada en el pasillo que sale del puente. Cuatro personas con servoarmaduras acaban de abandonar la cubierta. Son las armaduras que les quitamos a los marcianos. No tenemos forma de seguirlos, pero tengo claro hacia dónde se dirigen.

Solo había un lugar al que Ashford enviaría un contingente así. A ingeniería.

—Salid de ahí —dijo Holden con un tono más asustado que el que le habría gustado oír—. Salid de ahí ya.

Toro rio entre dientes. No era un sonido muy tranquilizador.

—Amigo mío, seguro que este nuevo problema te afecta a ti antes que a nosotros.

Holden esperó. Corin se encogió de hombros haciendo un gesto con las manos y entró en el ascensor para abrir la escotilla superior. No hizo falta cortarla. Los cierres se operaban desde dentro.

—Solo hay tres formas de llegar hasta aquí —continuó Toro—. Podrían bajar por el tambor, aunque eso sería un embrollo. No se puede entrar al pasillo de mantenimiento del otro lado del tambor cuando está rotando. Por lo que solo les queda una opción para acabar con su problema.

—Por donde estamos nosotros —dijo Holden.

—Eso mismo. ¿Y sabes qué? Que vuestra misión acaba de cambiar.

—Retrasarlos —aventuró Corin.

—Punto para la señora. Puede que aún tengamos posibilidades de salirnos con la nuestra si le conseguimos un poco más de tiempo a Naomi. Te toca conseguirlo.

—Toro —dijo Holden—. Somos dos personas con rifles de asalto ligero y pistolas. Ellos son un pelotón con armadura de reconocimiento. He visto muy de cerca cómo se las gasta ese equipamiento. No los vamos a retrasar. Nos pasarán por encima y nos convertirán en una nube de polvo rosa al momento.

—No tan rápido. No soy estúpido. Saqué toda la munición de las armaduras y, como precaución, bloqueé los gatillos de las armas.

—Sí que son buenas noticias, pero ¿no pueden arrancarnos las extremidades una a una?

—Sí —respondió Toro—. Así que evitad a toda costa que os cojan. Conseguid todo el tiempo que podáis. Corto.

Holden miró a Corin, quien le devolvía la mirada con el mismo gesto inexpresivo en su cara ancha. El corazón le latía a toda máquina. De improviso, la situación se había puesto en su contra. Era como si acabara de despertar en una realidad aterradora.

Estaba a punto de morir.

—Venga, un último esfuerzo —dijo, intentando que no le titubeara la voz.

—Este me parece tan buen sitio como cualquiera. —La mujer señaló el ascensor robusto y cuadrado—. Podemos usar la escotilla superior para cubrirnos, y ellos tendrán que acercarse a nosotros sin poder cubrirse y, al no tener armas, no les quedará más remedio que ponerse cuerpo a cuerpo para atacarnos. Nos dará tiempo a coserlos a balazos antes de que se acerquen.

—Corin —llamó Holden—. ¿Has visto alguna vez una de esas armaduras en funcionamiento?

—Qué va. ¿Deberíamos cambiar de estrategia?

Holden titubeó.

—No —respondió—. Supongo que no. —Cogió el rifle de asalto que llevaba a la espalda y lo dejó flotando a su lado. Comprobó la munición. Aún tenía seis cargadores que había metido en la bandolera.

Solo tenían que esperar.

Corin encontró un punto junto a la escotilla en el que podía meter un pie en un asidero, que habría estado en la pared en caso de que la nave acelerara. Se colocó y apuntó hacia la escotilla a través de la mira. Holden intentó hacer lo mismo, pero se puso nervioso y tuvo que empezar a deambular por el lugar.

—¿Naomi? —dijo, después de cambiar al canal privado que tenían y con la esperanza de que siguiera conectada.

—Aquí estoy —respondió ella unos segundos después.

Holden empezó a articular una frase, pero se detuvo. Todo lo que le venía a la mente le parecía trillado. Había estado a punto de decir que la quería desde el primer momento que la había visto, pero eso era ridículo. Por aquel entonces casi ni se había fijado en ella. No era más que una ingeniera alta y delgada. Cuando se conocieron mejor, se había convertido en una brillante ingeniera alta y delgada, pero poco más. Sabía que se habían hecho amigos poco a poco, pero la verdad era que ya casi ni recordaba la persona que él mismo había sido en la *Canterbury*.

Todos habían perdido algo por culpa de la protomolécula. Toda la especie había perdido la sensación de ser importante. El protagonismo en el plan del universo.

Holden había perdido la seguridad.

Cuando intentó recordar el tipo de hombre que era antes de la destrucción de la *Cant*, lo que le vino a la mente fue un hombre lleno de confianza en sí mismo y de sentido de la justicia. Lo correcto era lo correcto, y lo que estaba mal estaba mal; había fronteras muy bien delineadas. El tiempo que había pasado con Miller le había hecho cambiar un poco de ideas. El tiempo que había trabajado para Fred Johnson no le había terminado de quitar el resto, pero sí había hecho que se olvidara de ellas. Dichas ideas habían sido reemplazadas por un insidioso nihilismo. Una sensación de que la protomolécula había destrozado la especie humana a unos niveles que nunca podrían volver a recuperarse. La humanidad había conseguido prorrogar su desconocida sentencia de muerte durante dos mil millones de años, pero se había agotado el tiempo. Lo único que les quedaba era gritar y patalear.

Aunque pareciese extraño, había sido Miller quien le había devuelto el sentido a la vida de Holden. O lo que quiera que fuese esa aparición de Miller. Holden ya no recordaba a la versión de sí mismo que era capaz de saber dónde se trazaban los límites. Ya no estaba seguro de nada. Pero fuera lo que fuese lo que había salido de Venus y construido el Anillo, también le había dado forma a Miller.

Y había querido hablar. Con él.

Quizá no fuese mucho. El nuevo Miller no decía cosas con mucho sentido. Tenía un plan, pero no se explicaba. La protomolécula no parecía demasiado afectada por todo el caos y la muerte que había causado.

Pero quería hablar. Y quería hablar con él. Holden se dio cuenta de que aquello se había convertido en su sustento. De que quizás había una manera de escapar de todo ese caos. Y de que a lo mejor él podía ayudar a encontrarla. Se dio cuenta de que aferrarse a la idea de que la protomolécula, o ese Miller que la representaba, lo había elegido a él para contactar alimentaba sus peores tendencias a la arrogancia y la prepotencia. Pero era mejor que la desesperación.

Y ahora que empezaba a ver la salida de aquel mugriento túnel que había excavado la protomolécula y en el que la humanidad se había precipitado debido a su apego a la autodestrucción, estaba a punto de ser asesinado por otro ser humano insignificante con más fuerza que juicio. No le parecía justo. Quería vivir y poder contemplar cómo la humanidad salía de esta. Quería formar parte de ello. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que era capaz de convertirse en el tipo de hombre que podía marcar la diferencia.

Y también quería poder llegar a explicarle todo aquello a Naomi. Decirle que se estaba volviendo mejor persona. La clase de persona que la habría visto como algo más que una buena ingeniera, mucho tiempo atrás. Como si al ser mejor persona pudiese, de manera retroactiva, mejorar el hombre egoísta y superficial que había sido por aquel entonces. Quizás hasta ser digno de ella.

—Me gustas —se limitó a decir.

—Jim —respondió ella un momento después. Tenía la voz compungida.

—He disfrutado de tu compañía desde que nos conocimos. Incluso cuando solo eras una ingeniera y una compañera de tripulación, eras una persona muy agradable.

Se oyó un ligero chasquido de estática en la radio. Holden imaginó que Naomi se había encerrado en sí misma y cómo se dejaba caer el pelo sobre los ojos para ocultarlos, como siempre que se veía en una situación incómoda a nivel emocional. Pero era una tontería. No había gravedad y su pelo no podría haber reaccionado así. No obstante, imaginárselo le hizo sonreír.

—Gracias —continuó sin darle tiempo a reaccionar—. Gracias por todo.

—Te quiero, Jim —dijo Naomi al fin. Holden sintió que se le relajaba el cuerpo. Se enfrentaba a una muerte inminente, pero ya no tenía miedo. Le molestaba no llegar a formar parte de todo lo que estaba por venir, pero

lucharía para que se hiciera realidad. Y una persona muy buena lo amaba. Era mucho más de lo que muchas personas conseguían en toda una vida.

Se oyó un chirrido grave que aumentó de volumen hasta convertirse en un aullido. Holden pensó por un instante que Naomi se había puesto a gritar por los auriculares. Estuvo a punto de ponerse a consolarla, pero de pronto se dio cuenta de que había empezado a sentir unas vibraciones bajo los pies. El sonido no procedía de la radio. Se propagaba por sus botas y por la pared del ascensor. La nave al completo estaba vibrando.

Holden pegó el casco a la pared para oír mejor y el grito de la nave pasó a ser ensordecedor. Paró, después de un minuto interminable, con una explosión atronadora. Luego se hizo el silencio.

—¿Qué coño? —pronunció Corin entre jadeos.

—¿Naomi? ¿Toro? ¿Hay alguien al otro lado? —gritó Holden, asustado por si la nave había quedado muy dañada.

—Claro —respondió Toro—. Aquí estamos.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Holden.

—Cambio de objetivo —continuó Toro—. El sonido eran los frenos de emergencia del tambor. Otro golpe de inercia catastrófico. Tiene que haber muchas personas volando por los aires ahora mismo.

—¿Por qué lo han hecho? ¿Para detener la emisión?

—Qué va —dijo Toro con un suspiro que denotaba agotamiento. Sonaba como un hombre al que le acaban de informar que tiene que quedarse a trabajar otro turno más—. Significa que creen que nos hemos apostado en el hueco del ascensor y vienen por el otro camino.

—Volvemos para allá —dijo Holden al tiempo que le indicaba a Corin que le siguiera.

—Negativo —dijo Toro—. Si consiguen volver a poner en funcionamiento el láser mientras Ashford sigue en su puesto, estamos perdidos.

—Entonces, ¿qué? ¿Subimos ahí, nos abrimos camino hasta el puente y les disparamos a ellos mientras los suyos están ahí abajo abriéndose camino hasta ingeniería y disparándoos a vosotros?

El suspiro de Toro sonó exhausto.

—Pues sí.

Toro

Salieron del hueco de mantenimiento como una explosión. Cuatro monstruos rojos y negros de silueta humanoide. Toro y la gente que había conseguido reunir abrieron fuego tan pronto como los vieron. Una docena de armas contra una vorágine.

—¡No dejéis que se acerquen a los controles del reactor! —gritó Toro.

—Recibido —dijo un terrícola—. ¿Alguna idea de cómo detenerlos, señor?

Toro no la tenía. Sacó el cargador de la pistola con una mano mientras dirigía el *mecha* hacia atrás por la cubierta con la otra. Uno de los marines marcianos le pasó por encima sin dejar de disparar con el rifle. Unas pequeñas muescas blancas aparecieron en la pechera del atacante más cercano, como si fuesen las huellas de un niño en una ventana. El hombre de la servoarmadura llegó al puesto de trabajo que tenía más cerca, arrancó el asiento de colisión de la cubierta con una mano y lo lanzó como si fuese una pelota de béisbol enorme. El asiento salió despedido y quedó destrozado contra el mamparo al golpearlo. De haberse topado con alguien en su camino, el impacto habría sido peor que el de una bala.

Toro siguió retrocediendo. Cuando se le terminó el cargador, centró la atención en dirigir el *mecha*. El último atacante salió del hueco e intentó saltar por los aires en la estancia, pero la amplificación de fuerza de la armadura hizo que más bien pareciese un despegue. La mancha negra y roja se estampó contra la pared del fondo con un sonido similar al de un accidente de coche.

—Y esa es la razón —dijo el sargento Verbinski por la radio— por la que pasamos seis meses entrenando antes de ponernos esos trastos. —Parecía que la situación le había resultado divertida. Menos mal que alguien tenía sentido del humor.

Que el tiroteo tuviese lugar en ingravidez complicaba la táctica a seguir, pero la idea general era la misma: mantener la posición, quedarse a cubierto y

que siempre hubiese alguien para mantener ocupados a los del otro bando cuando hubiera que moverse. Toro supo al instante que el problema era que no tenían nada para hacer daño a sus contrincantes. Lo máximo que podían hacer era mucho ruido y confiar en que los de las armaduras actuaran con cautela por acto reflejo. No les iba a servir para ganar la guerra. De hecho, apenas les iba a servir para retrasar la derrota.

—Naomi —llamó Toro—. ¿Qué tal va ahí detrás?

—Puedo hacer el volcado de memoria y apagar esta cabrona. Dame solo tres minutos más —respondió ella. Toro notó la concentración y el ímpetu que denotaba su voz. La determinación. No le iban a servir para nada.

—Va a ser imposible —dijo él.

—Solo... solo un poco más.

—Vienen hacia aquí —dijo Toro—. Y no hay nada que podamos hacer para detenerlos.

Los cuatro atacantes trotaron por ingeniería como si fuesen saltamontes, sus cuerpos enormes chocando contra las paredes y las consolas y levantando las partes del mamparo contra las que se rozaban. En aquel momento, su única esperanza era que los enemigos se mataran a golpes contra las paredes. Toro se retiró hasta la entrada que daba al tambor, se ocultó detrás de una caja y empezó a dispararles para atraerlos hacia él. Si conseguía distraerlos, quizá pudiesen cerrar el punto de transferencia y obligar a esos imbéciles a tener que destrozar la puerta para volver a entrar. Quizás así consiguiera darle a Naomi esos minutos que necesitaba.

Los de las servoarmaduras no parecieron darse cuenta de que estaba allí. Uno se agarró a un escritorio, que se dobló bajo la fuerza del guante de la armadura, y empezó a tirar de su cuerpo hacia los controles del reactor.

—¿Podría alguien detener a ese tipo? —preguntó Toro. Nadie le respondió por la radio. Suspiró—. Naomi. Tienes que irte ya.

—Listo. Ahora voy a por la electricidad. Solo unos minutos más.

—No los tienes. Sal de ahí ahora mismo e intentaremos que vuelvas cuando las cosas se calmen un poco.

—Pero...

—No sirves de nada si te matan —dijo Toro.

El canal se quedó en silencio un rato, y Toro pensó que habían pillado a la cinturiana, que la habían asesinado. Entonces Naomi salió por el pasillo con el mentón por delante y su brazo bueno y el pelo por detrás, como aletas estabilizadoras. El atacante más cercano a ella intentó agarrarla, pero Naomi fue más ágil y ellos no se atrevieron a abalanzarse sobre la cinturiana.

Toro vio que otro de los enemigos se afanaba con algo. Un arma. El guante era demasiado grande para meter el dedo por el agujero del gatillo. Mientras Toro miraba, el enemigo arrancó el armazón del gatillo y consiguió coger el arma, que parecía un juguete infantil en manos de un adulto. Toro le disparó algunas veces más sin esperanza de hacerle daño.

Cuatro terrícolas gritaron al unísono y se abalanzaron sobre el que tenía el arma. El enemigo no disparó, sino que se limitó a hacer un barrido con el brazo y lanzó por los aires a los hombres de Toro como si fuesen gorriones.

Iban a matar a los suyos, ya los estaban matando. Y Toro no podía hacer nada para evitarlo.

—Muy bien, chicos —dijo—. Recojamos y volvamos a casa. La cosa se está poniendo muy fea por aquí.

—¡Toro! —gritó Verbinski—. ¡Cuidado a tus seis!

Toro intentó hacer girar el *mecha*, pero algo lo golpeó con fuerza en la espalda. Las patas magnéticas chirriaron, perdieron el agarre y la máquina empezó a flotar. El mundo a su alrededor brillaba azul y dorado a medida que perdía la consciencia. Le pareció notar que le ponían una mano en el hombro para detenerlo y luego vio la cara de Naomi. Tenía un arañazo en la mejilla y una burbuja de sangre alargada pegada a la piel. Toro intentó girarse, pero no pudo. Ah, sí. Tenía la columna destrozada. Tendría que haberse acordado.

—¿Qué? —preguntó.

—Nos han aislado del tambor —dijo Naomi al tiempo que lo giraba para que las patas del *mecha* tocaran el suelo.

El aire estaba lleno de escombros. Amasijos de metal y esquirlas de cerámica, regueros de sangre que se unían poco a poco y crecían como planetas que se van formando a partir de motas de polvo. Unas chispas surgieron de los restos de una consola de control para luego retozar entre los trozos de cristal que flotaban alrededor. Dos de los que llevaban servoarmadura se habían apostado en la salida que daba al punto de transferencia. Uno agarraba un rifle por la culata como si fuese una porra y el otro llevaba dos pistolas a las que había arrancado el armazón del gatillo. Había un tercero que flotaba junto al hueco de mantenimiento por el que habían llegado y se esforzaba en agarrarse a algo. El cuarto deambulaba por la cubierta y se dirigía hacia ellos, con movimientos deliberados y controlados para evitar salir despedido por los aires.

—La esclusa de aire del hueco del ascensor —dijo Toro—. Nos retiramos.

—Vamos todos —dijo Naomi a su terminal portátil—. Nos retiramos hacia el hueco del ascensor a mi señal. ¡Ya!

Naomi tiró de él para hacerlo rodar, se agarró en la espalda de Toro y saltó. Los enemigos abrieron fuego. Toro vio por un instante cómo una bala atravesaba la pierna de una mujer. Vio el gesto de dolor en su cara y cómo la sangre salía a borbotones. «Lo siento», pensó.

La pared del hueco del ascensor se cernía sobre ellos, y Naomi se impulsó para separarse de él y aterrizó en el mamparo con la gracia de una mujer nacida en ingravidez. Dos personas más se apostaron alrededor, ambos marines marcianos. Reconoció a un hombre que se llamaba Juárez y a Cass, una mujer. Naomi golpeó los controles y las puertas de la esclusa de aire empezaron a abrirse. Con el hueco entre las puertas todavía demasiado estrecho para una persona, aparecieron también el sargento Verbinski y un hombre del cuerpo de seguridad que era leal a Toro.

Toro estaba desorientado. Se sentía como si hubiese corrido treinta kilómetros bajo el sol implacable de Nuevo México. Dio una palmada, más para llamarse la atención a sí mismo que a quienes lo rodeaban.

—El hueco está despresurizado —dijo—. Si decidimos entrar, vamos a necesitar trajes. Las taquillas están por allí. Veamos lo que podemos sacar. — Se oyó un golpe atronador contra la puerta de la esclusa. Luego otro—. Será mejor que nos demos prisa —añadió.

—No vas a caber —dijo Verbinski—. No dentro de ese artilugio.

—Lo sé —afirmó Toro—. No pasa nada.

—Venga, grandullón —dijo el sargento—. Vamos a sacarte de ahí.

«No —quiso decir Toro—. Da igual». Pero Juárez y la marine ya habían empezado a sacarlo del soporte para luego separarlo del *mecha* que Sam había fabricado para él. Volvía a ser un tullido. Aunque eso no era del todo cierto. Había sido un tullido desde el comienzo de la catástrofe. La diferencia era que había pasado a contar con una herramienta menos.

Había trabajado en peores condiciones.

El retumbar de la esclusa aumentó de volumen e intensidad. Además del impacto, también sonaba a que se estaba rajando algo. Se imaginó a un atacante arrancando el metal a puñados con los dedos gigantescos de su servoarmadura para atravesar la nave. Se acercó al *mecha* mientras la parte inferior de su cuerpo revoloteaba detrás de él, inerte como una cometa. Abrió la caja de almacenamiento y sacó lo que le quedaba de munición de pistola y el terminal portátil. Por un instante, no reconoció el paquete negro y liso que sacó después. Entonces recordó lo que era.

—Si no vamos a quedarnos aquí, será mejor que nos marchemos ya —dijo Verbinski.

—Vamos —ordenó Toro, al tiempo que metía las granadas en el bolsillo de la pierna del traje extravehicular.

Naomi activó el ciclo de apertura de la puerta. Los sonidos del ataque se debilitaron a medida que escapaba el aire, y luego apareció el hueco ante ellos. Un kilómetro de caída hacia el ascensor atascado y luego otro para llegar hasta... ¿Hasta dónde? ¿Hasta Ashford? ¿Hasta una muerte segura? Toro ya ni sabía de lo que estaba huyendo. Ni hacia dónde.

Se impulsaron uno a uno a través del vacío. Verbinski y el de seguridad, Naomi y el marine, luego Toro y Juárez. Sin decir nada, se habían emparejado con alguien que no era de los suyos. A pesar de lo embotado que estaba, Toro se dio cuenta de que era un paso importante.

—¿Juárez? —llamó Verbinski por la radio, y Toro se sorprendió al oír su voz.

—Señor.

—¿Crees que puedes resquebrajar los visores de los trajes con un buen tiro si te lo propones?

—Del suyo, quizá —respondió Juárez—. Yo mantengo el mío en muy buen estado.

—Haz lo que puedas —dijo Verbinski.

Toro lo notó cuando los enemigos quebraron la esclusa de aire. No habría sido capaz de explicar cómo. Una ligera presión ejercida por una reverberación, o el suave susurro de la atmósfera. Miró hacia sus pies inertes y vio que había luz al fondo del hueco en un lugar en el que no debería haberla. Las medidas de seguridad en ingeniería debían de haber saltado. O eso esperaba. Mucho más abajo, vio el resplandor de un cañón, pero estaban a mucha distancia y la bala perdería energía impactando contra las paredes del hueco y se detendría antes de llegar hasta ellos.

Juárez se giró con el rifle preparado entre los pies. El hombre tenía el gesto impertérrito y tranquilo, y el rifle resplandeció una vez en silencio.

—Le he dado a uno, Verb —dijo. Y luego añadió—: ¿Sargento?

Verbinski no respondió. Flotaba inerte entre las vías de metal que servían de guía al ascensor y tenía los ojos cerrados.

—¡Sargento! —gritó Juárez.

—Ha muerto —dijo Cass.

El resto del viaje hasta el ascensor les pareció sacado de una pesadilla. El cuerpo de Toro flotaba a la deriva detrás de él, y sentía los pulmones llenos de líquido. Pero había dejado de toser. No sabía si era buena señal. Cuando llegaron al ascensor, una bala perdida de los perseguidores impactó en la

espalda al hombre de seguridad y le destrozó el suministro de aire. Toro vio morir al hombre, pero no lo oyó. La escotilla que Corin había abierto con el soplete en la base del ascensor le pareció demasiado pequeña, pero metió un brazo y Naomi tiró de él para que la atravesara.

Juarez se atrincheró en el interior de la cabina del ascensor y apuntó hacia sus enemigos. Toro no sabía cuánta munición le quedaba al marine, pero no debía de ser mucha. De haber tenido gravedad, Toro se habría apoyado contra la pared, pero en lugar de eso se limitó a cambiar el canal de radio para hablar con Naomi.

—Dame un arma —le dijo la mujer antes de que él pudiese articular palabra—. Dame algo.

—Sigue adelante —ordenó Toro—. Llega hasta lo alto del hueco.

—Pero...

—Quizá tú puedas abrirles la escotilla. Entrad en el centro de mando.

—No se puede acceder a los controles desde el interior del hueco.

—En esta barcaza uno no puede estar seguro de nada —dijo Toro—. Quizás alguien haya montado un botón de autodestrucción. No me sorprendería.

—¿Ese es tu plan B?

—Creo que a estas alturas ya vamos por el plan Z —respondió Toro—. En todo caso, eres ingeniera. Aquí no vas a hacer un carajo. Y he oído tu conversación de antes con Holden. Seguro que estás desesperada por volver a verle. Tampoco es que vayamos a perder mucho si te vas.

Vio cómo a Naomi le iba cambiando la cara mientras se decidía. Miedo, desesperación, arrepentimiento y calma, en ese orden. Era una mujer impresionante. Deseó tener la oportunidad de conocerla mejor. Y si una mujer así era capaz de tener una relación con Jim Holden y amarlo, quizás aquel hombre tampoco fuese tan malo como Toro pensaba.

—Gracias —dijo Naomi. Se dio la vuelta y se impulsó por el hueco del ascensor hacia el centro de mando y hacia su amante.

«Qué amable», pensó Toro. El rifle de Juarez volvió a relampaguear y Toro cambió la radio a la frecuencia en la que estaban los dos marines.

—También deberíais iros. Hacia arriba. Intentad tomar el centro de mando.

—¿Estás seguro? —preguntó Cass con voz calmada y profesional—. Aquí podemos cubrirnos. Es el mejor sitio que hay en todo el hueco.

—Sí, estoy muy seguro —respondió Toro.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Juarez.

—Me quedaré aquí —dijo Toro.

—Muy bien, tío —repuso Juárez, y luego Cass y él también se marcharon.

Toro pensó en mirar por el hueco del ascensor para ver cuánto se había acercado el enemigo, pero no lo hizo. Era gastar demasiada energía. Además, si le disparaban en el ojo a esas alturas, bueno, sería demasiado triste. La pequeña cabina del ascensor era monocromática y solo estaba iluminada por el reflejo de la luz de su traje. Respiró lo más hondo que pudo, pero no consiguió inhalar mucho aire. Se sacó las granadas del bolsillo, cogió una con cada mano y las configuró en el programa de detonación más corto.

Iba a morir allí. No era un lugar que le hiciese mucha ilusión, pero qué más daba. Seguro que era mejor que sobrevivir y que le recompusieran mal la columna. Había visto personas vivir toda la vida drogadas para olvidar el dolor provocado por una mala recomposición. Había intentado evitar pensar en ello hasta ese momento. Ya daba igual.

Intentó decidir si lamentaba morir, pero la verdad era que estaba demasiado cansado para que le importase. Y le estaba costando un cojón respirar. Sí que se arrepintió de no haber matado a Ashford, pero esa sensación no era nueva. Se arrepentía de no haber podido vengar a Sam ni descubrir si Pa seguía con vida. Y de no llegar a saber si Ashford conseguiría destruir el Anillo. Si había algo que lo ponía triste de verdad era saber que todo lo que ocurría podía seguir sin que él interviniese para nada, y que nunca sabría cómo iba a acabar. Nunca llegaría a saber si lo que había hecho marcaría la diferencia.

Su terminal portátil parpadeó. Una solicitud de llamada de Monica Stuart. Se preguntó por un instante qué querría de él la presentadora, y luego recordó que Ashford había detenido la rotación del tambor. El lugar tenía que estar hecho un desastre. Desvió la llamada a su traje. No habría imagen, pero la voz sería suficiente.

—Toro —dijo la mujer—. Nos atacan por aquí. Creo que Anna está muerta. ¿Qué coño pasa ahí abajo? ¿Cuánto queda?

—Bueno, hemos perdido ingeniería —respondió él. Se sintió mal por lo de Anna, pero llegados a ese punto era tan solo una más entre tantos—. Casi todos los del grupo de ataque han muerto. Somos unos cinco los que quedamos en el hueco del ascensor, pero estamos rodeados de tipos malos por arriba y por abajo, así que no pinta bien. Hemos conseguido hacer el volcado de memoria, pero la energía sigue conectada. Será suficiente para disparar el láser. Es posible que los de Ashford estén en ingeniería, activándolo ahora mismo. No se me ocurre ninguna forma de detenerlos, joder.

—Dios mío —dijo Monica, compungida.

—Sí, es horrible.

—Y qué... ¿qué piensas hacer?

Un haz de luz resplandeció en el suelo a través de la escotilla. Partículas de polvo y esquirlas de metal brillaron como si flotasen en el agua. Toro lo miró con una ligera sonrisa en el gesto. Aquello significaba que los malos estaban cerca, pero le parecía una imagen muy bonita. Recordó que Monica seguía en la llamada. Le había preguntado algo.

—Sí —continuó Toro—. ¿Te acuerdas de eso de apagar la nave y salvar a todo el mundo? Pues es probable que no lo vayamos a conseguir.

—No te puedes rendir —dijo la mujer—. Por favor. Tiene que haber una manera.

«No tiene por qué haberla —pensó él, pero no dijo nada. Anna siempre había creído que había una manera. ¿Y de qué le había servido?—. Pero si la hay, espero que alguno de vosotros la encuentre».

—¿Cómo está la cosa por ahí? —preguntó Toro.

—Es... es horrible. Como si hubiese vuelto a ocurrir la catástrofe anterior.

—Ya, me imagino —respondió Toro.

—No podemos más —dijo Monica—. Por Dios, ¿qué vamos a hacer?

La luz se volvió más intensa. Más brillante. Las partículas de polvo desaparecieron del haz.

—¿Monica? —llamó Toro—. Mira, lo siento, pero tengo que dejarte. Haced lo que podáis. Aguantad ahí, ¿vale? Y una cosa, si todo sale bien...

—¿Sí?

—Si todo sale bien, dile al cabrón de Fred Johnson que me debe una.

Colgó la llamada y desconectó el terminal portátil. Cogió una granada con cada mano y colocó los pulgares en los detonadores. Vio que una cabeza asomaba por la escotilla y se retiraba al momento. Al ver que no les disparaban, volvió a asomarse más despacio. Toro sonrió y la saludó con la cabeza, afable. El carenado opaco se iluminó y vio que el que lo miraba con fijeza era Casimir. Toro sonrió aún más. Bueno, una satisfacción, al menos. Un pequeño regalo antes de marcharse para siempre.

—¿Qué tal? —saludó Toro, aunque el otro no podía oírlo—. ¿Me podrías sujetar esto?

Lanzó las dos granadas y vio cómo cambiaba la expresión al hombre al darse cuenta de lo que eran.

Anna

Cuando Anna recuperó la consciencia, estaba flotando y hecha un ovillo con la operadora de cámara Okju, dos sillas de oficina y un ficus metido en una maceta. Alguien había hecho estallar una gran traca de petardos. Había otra persona que gritaba. Anna veía borroso, por lo que parpadeó y agitó la cabeza para despejarse. Pero resultó ser un error: agitar la cabeza hizo que sintiera punzadas de dolor por toda la espalda y estuvo a punto de volver a perder el sentido.

—¿Qué pasa? —intentó decir, pero solo fue capaz de pronunciar un balbuceo.

—Por Dios, pelirroja, pensaba que te habían frito —respondió una voz familiar. Amos—. Menos mal que no he roto mi promesa.

Anna volvió a abrir los ojos, con cuidado de no mover la cabeza. Flotaba en el centro de lo que había sido el estudio. Okju flotaba junto a ella y tenía el pie metido en su axila. Anna desenredó sus dos piernas de las dos sillas de oficina en las que se habían atascado y se apartó el ficus de la cara.

Se oyeron más estallidos irregulares de petardos. El cerebro embotado de Anna tardó varios segundos en darse cuenta de que en realidad eran disparos. Al otro lado de la estancia, Amos estaba apoyado en la pared de la puerta delantera y reemplazaba el cargador de su arma con un gesto rápido, nacido de la práctica. Al otro lado de la puerta, uno de los soldados de la ONU a los que habían acogido disparaba a alguien que estaba fuera. Los disparos que respondieron a su ráfaga levantaron pedazos de fibra de vidrio de la pared, unos metros por detrás de Anna.

—Si no estáis muertas... —dijo Amos, e hizo una pausa para asomarse y disparar otra ráfaga corta—. Lo mejor será que salgáis del centro de la habitación.

—Okju —dijo Anna mientras tiraba del brazo de la mujer—. Despierta. Tenemos que movernos.

El brazo de Okju flotó inerte cuando tiró de él, y la mujer empezó a rotar despacio en el vacío. Anna vio que el cuello de la mujer tenía un ángulo poco natural en relación con sus hombros. Vio su gesto petrificado y su mirada perdida. Anna retrocedió de forma involuntaria y el pájaro de mal agüero que llevaba dentro le dijo que se alejara del cadáver cuanto antes. Dio un grito y se impulsó en el cuerpo de Okju para alejarse, lo que hizo que ambas salieran despedidas en direcciones opuestas. Cuando llegó a la pared, se agarró al plafón de un led con todas sus fuerzas. El dolor del cuello y la cabeza se había convertido en un latido constante.

Los disparos no dejaron de atronar. Amos y su pequeño y variopinto grupo de defensores disparaban a través de todas las aberturas de la estancia de la oficina, muchas de las cuales habían abierto ellos mismos para crear troneras.

Los estaban atacando. Ashford había enviado a los suyos para detenerlos. Anna recordó de improviso lo que había ocurrido hacía un instante. Un chirrido terrible que la había lanzado de lado contra la pared.

Ashford debía de haber detenido el tambor para demorarlos y que sus hombres terminaran de acabar con ellos. Pero si Okju había muerto a causa del frenazo, quizás hubiese ocurrido lo mismo con docenas o cientos de personas que conformaban la comunidad improvisada de la *Bégimo*. Ashford quería matarlos para hacerse con el control. Anna se sintió cada vez más rabiosa, y también agradecida por que nadie le hubiese dado un arma.

—¿Seguimos emitiendo? —gritó a Amos por encima del ruido de los disparos.

—No lo sé, pelirroja. Monica está en el estudio de grabación.

Anna se impulsó por la pared hacia el armario en el que guardaban el equipo de emisión. La puerta estaba entreabierta, y vio que Monica flotaba en el interior mientras comprobaba el equipo. No había mucho espacio para ambas, por lo que Anna empujó la puerta un poco más y preguntó:

—¿Seguimos emitiendo? ¿Podemos volver a hacerlo?

Monica rio sin ganas, pero no se giró hacia ella.

—Creía que estabas muerta.

—No, pero Okju sí. Creo que se ha roto el cuello. Puedo encargarme de la cámara si me necesitas. ¿Dónde está Clip?

—Clip estaba ayudando a Amos, pero le han disparado en la cadera. Se está desangrando en un despacho de ahí al lado. Tilly intenta ayudarle.

Anna se impulsó al interior de la pequeña estancia y puso una mano en el hombro de Monica.

—Tenemos que volver a emitir. Tenemos que seguir informando o esto no servirá para nada. Dime lo que tengo que hacer.

Monica volvió a reír y se quitó la mano de Anna de un golpetazo.

—Pero ¿qué vamos a hacer nosotras? Los hombres de Ashford están fuera e intentan matarnos. Toro y los suyos han perdido la sala de máquinas, y Juarez dice que han matado a Toro. Quién sabe cuánta gente...

Anna apoyó los pies en el marco de la puerta, agarró a Monica por los hombros y la empujó contra la pared.

—¿Funciona aún el equipo? —Se sorprendió de lo firme que sonaba su voz.

—Está un poco machacado, pero...

—Pregunto. Si. Funciona.

—Sí —respondió Monica. La sílaba sonó como un gemido asustado.

—Conéctame al canal que estaba usando el equipo de asalto y dame unos auriculares —dijo Anna, y soltó los hombros de Monica.

Monica hizo lo que le había pedido con presteza, deteniéndose solo de vez en cuando para mirarla con gesto aterrorizado. «Ahora doy miedo», pensó Anna. Le dio unas pocas vueltas a la idea y se dio cuenta de que no le parecía nada halagüeña. Era una situación desesperada.

—¡Joder! —gritó Amos en la otra habitación. Cuando Anna miró hacia allí, vio que uno de los jóvenes oficiales marcianos flotaba en mitad de la estancia con pequeños globos sanguinolentos a su alrededor. Su amigo Chris se lanzó por el vacío impulsándose con la pierna que tenía bien y cogió al hombre herido con su único brazo para luego volver a cubierto.

—Nos quedamos sin tiempo —gritó Anna a Monica—. Más rápido.

La respuesta de Monica consistió en pasarle unos auriculares con micrófono.

—¿Hola? Soy Anna Volovodov de Radio Zona Lenta Libre. ¿Queda alguien en este canal?

Alguien respondió, pero le fue imposible entenderlo por el ruido cercano de los disparos. Anna subió el volumen al máximo y dijo:

—Repíte, por favor.

—Aquí estamos —dijo James Holden con voz ensordecedora.

—¿Cuántos quedan y cuál es vuestra situación?

—Bueno —dijo Holden, que hizo una pausa y gruñó para hacer algo de tiempo. Cuando volvió a hablar, sonó agotado—. Estamos encerrados en el hueco del ascensor de babor, justo al otro lado de la esclusa de aire que lleva al centro de mando. Somos tres. Toro y el resto de los marines se están

enfrentando al equipo de asalto en la parte inferior del hueco. No tengo ni idea de cómo les va. No tenemos ningún lugar al que huir. Hasta que alguien decida abrir la escotilla y dejarnos entrar al puente, nos hemos quedado sin opciones.

La última parte de la frase quedó ahogada por una atronadora andanada de disparos que venían de cerca de donde se encontraba Anna. Amos y su grupo estaban agachados y apoyados contra los paneles reforzados que habían enganchado a las paredes. Los disparos y el sonido de las balas al impactar con el metal eran ensordecedores. Cuando el fuego amainó, un par de hombres con la armadura de seguridad de la *Bégimo* entró al trote en la estancia disparando armas automáticas. Acertaron a dos del equipo de Amos, y empezaron a flotar más globos rojos. Amos cogió al segundo atacante cuando cruzó la puerta, lo arrancó del agarre magnético de las botas y lo tiró contra su compañero. Se revolvieron por los aires y Amos les disparó una larga ráfaga mientras flotaban. El lugar se llenó de una infinidad de orbes rojos de varios tamaños que dificultó mucho la visión. El resto del equipo de Amos abrió fuego y, fuera cual fuese el ataque que habían preparado los hombres de Ashford, pareció que habían conseguido contenerlo, ya que ningún otro soldado cargó hacia la puerta.

—¿Hay algo que podamos hacer? —gritó Anna a Holden.

—Diría que ya tenéis suficiente con lo vuestro, sacerdotisa —respondió Holden. Su voz sonaba agotada. Triste—. A menos que tengáis cerca los controles de acceso al puente, lo mejor será que os centréis en vuestros problemas.

Llegaban más disparos a las oficinas, pero eran esporádicos. Amos se había encargado de frustrar el gran ataque y ahora solo se dedicaban a pegar tiros al aire. Monica la miraba y esperaba a que Anna le diese otra orden. De alguna manera, se había convertido en la que estaba a cargo de todo.

—Ponme a emitir por el canal de Radio Zona Lenta Libre —dijo Anna. A fin de cuentas, lo único que tenía para ofrecer eran sus palabras. Monica asintió con la cabeza y le apuntó una pequeña cámara al rostro—. Aquí Anna Volovodov, emitiendo desde las oficinas de Radio Zona Lenta Libre a todos los que se encuentren en la *Bégimo* y sigan escuchando. No hemos podido defender ingeniería, por lo que el plan de apagar el reactor y conseguir volver a casa no va bien. Hay gente atrapada en el hueco del ascensor externo y no pueden llegar al puente.

»Por favor, si alguno de los que estáis escuchando podéis ayudar, os necesitamos. La gente muere a vuestro alrededor. Pero, sobre todo, los que

más os necesitan son las personas que hemos dejado atrás en la Tierra, Marte y el Cinturón. Si el capitán se sale con la suya, si dispara el láser al Anillo, todos los que están en nuestro hogar también morirán. Por favor, si me oís, ayudadnos.

Se quedó en silencio, y Monica bajó la cámara.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Monica.

Anna estaba a punto de decir algo, pero en ese momento la consola de pared emitió un zumbido. Una voz dijo:

—¿Cómo estás tan segura? —Era una voz joven, de mujer, triste. Clarissa —. De que destruiremos la Tierra si atacamos el Anillo. ¿Cómo estás tan segura?

—Clarissa —dijo Anna—. ¿Dónde estás?

—Aquí, en el puente. En el puesto de seguridad. Estaba viendo tu emisión.

—¿Puedes abrir las puertas y dejar entrar a nuestra gente?

—Sí.

—¿Y vas a hacerlo?

—¿Cómo estás tan segura de lo que has dicho? —preguntó Clarissa sin que el tono de su voz cambiara un ápice.

«Un hombre al que se considera el instigador de dos guerras por todo el Sistema Solar consiguió la información de un fantasma creado por la protomolécula que solo él es capaz de ver». No era un argumento muy convincente.

—Se lo explicaron a James Holden cuando estaba en la estación.

—Entonces ha sido él quien te lo ha dicho —dijo Clarissa con indecisión.

—Sí.

—¿Y cómo estás tú tan segura?

—No lo estoy, Claire —dijo Anna, apropiándose del apodo que usaba Tilly para intentar crear una conexión—. No lo estoy. Pero Holden cree que es cierto, y si tiene razón las consecuencias son demasiado grandes como para arriesgarse. Por eso me lo tomo como dogma de fe.

Se hizo un largo silencio. Luego se oyó la voz de un hombre:

—Clarissa, ¿con quién estás hablando?

Anna tardó un instante en reconocer la voz de Hector Cortez. Sabía que el hombre estaba en el puente con Ashford, pero, de alguna manera, la abrumó recordar que se había alineado con los hombres que habían matado a Toro. Tuvo que contenerse para no insultarle.

—Anna quiere que abra la esclusa del ascensor y que permita la entrada al puente al otro bando. Quiere que la ayude a impedir que Ashford destruya el Anillo. Dice que, si lo destruimos, asesinaremos a todos los que están en la Tierra.

—No la escuches —dijo Cortez—. Solo tiene miedo.

—¿Miedo? —gritó Anna—. ¿Oyes eso, Hector? Son disparos. Balas que flotan a mi alrededor mientras hablamos. Tú estás encerrado, a salvo y muy cómodo en el centro de mando mientras planeas cómo destruir algo que no comprendes. Y yo me estoy arriesgando a que me peguen un tiro para detenerte. ¿Quién es el que tiene miedo?

—Tienes miedo de hacer los sacrificios necesarios para proteger a los que hemos dejado atrás. Solo piensas en ti —respondió él también a gritos. Anna oyó que se cerraba una puerta a lo lejos. Alguien había aislado el puesto de seguridad para evitar que se oyera la discusión. Si había sido Clarissa, era buena señal.

—Clarissa —dijo Anna con voz calmada, a pesar de los disparos que se oían a su alrededor—. Claire, los que están al otro lado de la esclusa van a morir si no la abres. Están atrapados. Van a asesinarlos.

—No cambies de tema —dijo Cortez.

—Los que están ahí fuera son Holden y Naomi —continuó Anna, sin hacerle caso—. Y Toro también está ahí. Ashford va a matarlos a todos.

—No estarían en peligro si no se hubiesen opuesto al mando de Ashford —dijo Cortez.

—Son tres personas que tomaron la decisión de darte una segunda oportunidad —dijo Anna—. Toro decidió protegerte de la venganza de la flota de la ONU a pesar de que no tenía razones para hacerlo. Cuando se lo pedí, Naomi te perdonó por haber estado a punto de matarla. Y Holden accedió a no hacerte daño a pesar de todas tus provocaciones.

—Son criminales... —intentó interrumpirla Cortez, pero Anna mantuvo la voz firme y continuó.

—Esas personas, capaces de perdonar, están intentando ayudar a los demás. Son personas que arriesgan sus vidas para salvar a desconocidos y ahora mismo se encuentran al otro lado de esas puertas y van a morir. Eso no tengo por qué tomármelo como dogma de fe. Es un hecho. Y va a ocurrir bien pronto.

Anna hizo una pausa y esperó a que Clarissa le diera una señal de que la había oído. No oyó nada. Cortez también había dejado de hablar. Sonó el

ligero siseo de la acústica, única señal que indicaba que las comunicaciones seguían abiertas.

—Lo que te pido es que los ayudes —continuó Anna—. El hombre a quien te pido que traiciones es alguien que mata inocentes por conveniencia. Olvídate de la Tierra, del Anillo y de cualquier otra cosa que deberías tomarte como dogma de fe. Pero hazte una pregunta: ¿quieres dejar que Ashford mate a Holden y a Naomi? No metas la fe de por medio. Solo hazte esa simple pregunta, Claire. ¿Serías capaz de dejarlos morir? ¿Qué decisión tomaron ellos cuando les hicieron la misma pregunta sobre ti?

Anna sabía que empezaba a divagar. Que se estaba repitiendo. Pero no podía dejar de hablar. No estaba acostumbrada a intentar salvar el alma de una persona sin contacto visual, sin poder valorar el efecto que tenían sus palabras en el gesto de los demás. Llenaba ese vacío con más palabras.

—Me gusta tan poco como a ti que esas personas vayan a morir —dijo Cortez. Sonaba triste, pero firme en su decisión—. Pero necesitamos hacer un sacrificio. Sacrificio significa convertir algo en sagrado, literalmente.

—¿En serio? —Anna rio sin ganas—. ¿Quieres que nos pongamos etimológicos?

—Nos enfrentamos a cosas para las que la humanidad no está lista —afirmó Cortez.

—Tú no eres el que tiene que decidirlo, Hank —dijo Anna mientras daba un golpetazo con el dedo índice a la radio, como si estuviese junto al hombre—. Piensa en todos los que vas a matar. Fíjate de parte de quién estás y dime sin cargo de conciencia que sabes que haces lo correcto.

—¿Falacia de asociación? —preguntó Cortez—. ¿En serio? Las herramientas de Dios siempre han sido imperfectas. Somos pecadores, pero tener la fuerza de voluntad necesaria para hacer lo que debemos hacer a pesar de enfrentarnos a la muerte es lo que nos convierte en criaturas morales. Y tú más que nadie deberías...

El canal se quedó en silencio un instante.

—¿Cortez? —preguntó Anna. Pero cuando el hombre volvió a hablar, ya no se dirigía a ella.

—Clarissa, ¿qué has hecho?

La voz de Clarissa sonó calmada, casi adormecida.

—He abierto las puertas.

50

Holden

Naomi había sacado un panel de acceso de la pared junto a la esclusa del centro de mando. Se había empezado a meter en él y solo quedaban fuera su abdomen y sus piernas. Holden había plantado sus botas magnéticas junto a la puerta exterior de la esclusa de aire y esperaba instrucciones de la ingeniera. De vez en cuando, Naomi le pedía que volviera a intentar abrir la puerta, pero hasta el momento no había tenido éxito. Corin flotaba junto a él y observaba el hueco del ascensor a través de la mira del arma. Habían visto un resplandor que había hecho vibrar los mamparos hacía unos minutos. Algo violento y explosivo.

Holden, que se enfrentaba a una muerte segura por segunda vez en el mismo día, empezó a ver todo aquello con un sentido del humor un tanto hastiado. La pequeña plataforma entre el hueco del ascensor y la esclusa era tan buen lugar para morir como cualquier otro. Era como un nicho en la pared del hueco y tenía unos tres metros de largo. El suelo, el techo y los mamparos eran de acero y cerámica, como el casco exterior de la nave. La pared de atrás era la puerta de la esclusa de aire. La delantera era el espacio vacío donde, en circunstancias normales, se encontraría el ascensor. Al menos, cuando los hombres de Ashford entraran en el hueco para acabar con ellos, el suelo del nicho les ofrecería algo de cobertura.

Naomi se giró hacia un lado con presteza y pateó con una pierna. Holden la oyó gruñir por la radio, como si intentara alcanzar algo que le quedaba muy lejos.

—¡Lo tengo! —anunció triunfante—. Venga, inténtalo ahora.

Holden pulsó el botón para abrir la puerta exterior de la esclusa de aire. No ocurrió nada.

—¿Ya lo has intentado? —preguntó Naomi.

Holden pulsó el botón dos veces más.

—Sí. Nada.

—Joder. Habría jurado que...

Corin se movió para dedicarles una mirada sarcástica, pero no dijo nada.

Lo cierto era que Holden se había quedado sin combustible emocional. Había gastado todo el que tenía en su interior cuando pensó que se enfrentaba a una muerte segura en el ascensor para darle algo de tiempo a Naomi. Luego se había sentido aliviado al enterarse de que los atacantes habían decidido tomar otro camino, pero eso había puesto en peligro directo a Naomi, lo que era mucho peor. Y luego, la mujer había aparecido unos minutos antes para informarles de que Toro la había enviado para abrir la puerta mientras él les cubría la retaguardia.

Todos los planes que habían preparado habían fracasado estrepitosamente y solo habían conseguido acumular más bajas. Y ahora se enfrentaba a otra muerte segura, con una puerta cerrada detrás de él, los matones de Ashford delante y sin ningún lugar al que huir. Debería haber estado aterrorizado, pero llegados a este punto, Holden solo tenía sueño.

—Prueba ahora —dijo Naomi. Holden golpeó el botón varias veces más sin mirarlo.

—Nada.

—¿Y si? —dijo mientras se movía con otra patada.

—Vienen dos —anunció Corin, cuya voz chasqueó con estridencia por la radio. Holden nunca había oído su voz al natural. Se preguntó si se parecería en algo. Se acercó al borde de la plataforma y miró hacia abajo. Las botas magnéticas habían vuelto a hacerle creer que había un arriba y un abajo.

A través del aumento de la mira del arma vio que dos marines marcianos ascendían por el hueco lo más rápido que les permitían los trajes de aislamiento baratos. No los reconoció. Toro no estaba con ellos.

—Prueba ahora —dijo Naomi.

—Estoy ocupado —respondió Holden mientras miraba detrás de los marines en busca de perseguidores. No vio ninguno.

Naomi salió del panel de acceso y flotó hasta ponerse junto a él para ver qué ocurría. Los marines flotaron hacia ellos a gran velocidad por el hueco, se dieron la vuelta en el último instante y aterrizaron de improviso con los pies en el techo. Luego se impulsaron, se colocaron junto a Holden y activaron las botas magnéticas.

A esa distancia, Holden fue capaz de ver a través de la protección facial de los marines y reconoció al francotirador, Juarez, y a la mujer de piel oscura de cuyo nombre siempre se olvidaba.

—Hemos perdido la posición —dijo Juárez. Aferraba el largo rifle con una mano y sostenía un cargador sin usar en la otra. Cargó el arma y dijo a su compañera—: Último cargador.

Ella se miró el arnés y respondió:

—Tres.

—Informen —dijo Holden, que pasó a un tono de mando militar sin ni siquiera planteárselo. Había sido teniente en la armada. Juárez era recluta. Costaba quitarse las costumbres que arraigaban en los entrenamientos sobre quién daba las órdenes y quién las obedecía.

—He eliminado a un hostil de un tiro en la cabeza. Creo que un segundo ha quedado inutilizado por los explosivos que nos quedaban. No tengo información sobre los otros dos. Puede que hayan resultado heridos o hayan muerto en la explosión, pero no podemos darlo por hecho.

—¿Y Toro? —preguntó Corin.

—Tenía los explosivos en la mano. La segunda muerte ha sido gracias a él.

—Toro —repitió Corin, compungida. Holden se sorprendió al ver que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Tenemos que traerlo.

—Negativo —dijo Juárez—. El ascensor se ha convertido en una barrera. Él está dentro. Todo lo que hagamos para sacar de ahí su cuerpo pondrá en entredicho nuestra capacidad defensiva.

—Que te jodan —dijo Corin al tiempo que avanzaba con agresividad hacia Juárez con los puños en alto—. No vamos a dejarlo...

Antes de que diera otro paso, Holden la agarró por el arnés de munición, tiró de ella hacia el suelo y giró para empujarla hacia el mamparo más cercano. Oyó por la radio cómo la mujer resoplaba a causa del golpe.

—Dejemos el duelo para luego —dijo Holden sin soltarla—. Cuando acabemos. Entonces podremos llorarlos a todos.

La mujer lo agarró por las muñecas, y durante un momento aterrador, Holden creyó que se iba a enfrentar a él. No tenía muy claras sus posibilidades de vencer en un combate cuerpo a cuerpo en ingravidez a la corpulenta oficial de seguridad. Pero la mujer se limitó a quitarle las manos del arnés para luego volver a impulsarse hacia el suelo.

—Entendido, señor —afirmó.

—Seguid vigilando —dijo Holden con el tono más amable de que fue capaz.

La mujer se acercó de nuevo al borde de la plataforma. Juárez los miró sin decir nada. Se quedó en silencio un instante por respeto y luego preguntó:

—¿Cuál es el plan, señor?

—Naomi está intentando abrir la puerta, pero no lo consigue. La explosión del ascensor puede que nos haya dado un par de minutos, pero dudo que tengamos mucho más.

—Intentaremos ganar todo el tiempo posible —dijo la otra marine mientras esbozaba una ligera sonrisa. Juárez rio entre dientes y le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Bueno, pues esta es la última posición defensiva que vamos a tener. Cubríos bien y usad fuego de contención. Si tenemos suerte, quizá podamos romper otro protector facial. Cass, si te parece, ponte en la esquina derecha. Corin ocupará la izquierda y yo me quedo en el centro. Que Holden vaya rotando para apoyar al que vea peor. —Dejó de hablar un momento e hizo un gesto con la cabeza a Holden—. Si le parece bien, señor.

—De acuerdo —accedió Holden—. De hecho, le cedo el control táctico de la posición. Voy a intentar ayudar a Naomi con la puerta. Avisen si tienen problemas.

Juárez dio una patada a las botas magnéticas y saltó para plantar los pies en el techo. Se envaró y estiró los brazos por encima de la cabeza para apuntar con el largo rifle hacia el hueco del ascensor. Desde la perspectiva de Holden, parecía un murciélago que colgaba del techo muy bien armado.

—Movimiento —dijo casi al instante.

—Mierda —espetó la marine que se llamaba Cass—. No han tardado en atravesar la barrera.

—Parece que aún no la han atravesado del todo, pero la pared se mueve como si la golpeasen para pasar.

—Tengo una idea —dijo Naomi mientras se acercaba al borde de la plataforma, se apoyaba en la pared y luego se impulsaba hacia el lado opuesto del hueco.

—¿Adónde vas? —preguntó Holden.

—Al panel —se limitó a decir Naomi antes de abrir una escotilla de acceso en el mamparo del hueco del ascensor y meterse. Tenía el tamaño suficiente para que Naomi desapareciera en el interior. Holden no creía que ahí dentro hubiese nada que les ayudara a abrir la puerta de la esclusa de aire, pero no le importó. Mientras se quedara dentro, Naomi estaba escondida. Puede que los hombres de Ashford ni se molestaran en buscarla. Seguro que no estaban muy al tanto de las personas a las que se habían enfrentado en ingeniería.

—Ahí vienen —dijo Juarez sin dejar de vigilar el hueco por la mira telescópica—. Quedan dos. —El cañón del arma se iluminó una vez—. Mierda, no le he dado.

El cañón se iluminó dos veces más. Cass empezó a disparar con el rifle de asalto en modo de acción simple y apuntando con mucho cuidado antes de disparar. Los enemigos estaban a menos de un kilómetro de distancia. Holden no se veía capaz ni de impactar en una lanzadera de transporte aparcada a esa distancia, y mucho menos a un objetivo en movimiento y del tamaño de un hombre, pero, después de haber pasado algo de tiempo con Bobbie Draper, sabía que si Cass disparaba era porque creía a pies juntillas que tenía posibilidad de alcanzar su objetivo. Tampoco iba a discutir con ella.

—Ochocientos metros —anunció Juarez con una voz similar a la que habría usado para decirle la hora a un extraño—. Siete cincuenta. —Volvió a disparar.

Cass disparó el resto del cargador y luego lo reemplazó con un gesto fluido. Le quedaba uno más. Holden sacó tres cargadores de su bandolera y los dejó flotando junto al hombro izquierdo de la mujer, que asintió para darle las gracias sin dejar de disparar. Juarez disparó dos veces más y luego dijo:

—Vacío. —No dejó de mirar por la mirilla y cantar las distancias a Cass. Cuando llegó a quinientos metros, Corin también empezó a disparar.

Había mucha valentía en sus actos, pensó Holden. Ninguno de ellos era la clase de persona que abandonaba, sin importar cuáles fueran las probabilidades de victoria. Pero también era inútil. Juarez era el único que tenía un arma capaz de resultar una amenaza para tropas con esa armadura de reconocimiento de última generación, pero se había quedado sin balas y solo había logrado matar a uno. De modo que seguían disparando andanadas de balas al enemigo, porque eso era lo que hacían las personas como ellos, incluso cuando no tenían ninguna oportunidad. Pero Ashford terminaría por ganar. De no haber estado tan hastiado a nivel emocional, Holden se habría enfadado mucho.

Se encendieron los leds del hueco del ascensor y los bañaron a todos de luz blanca. Los dos soldados que llevaban las servoarmaduras robadas no habían dejado de ascender hacia ellos. Antes de que Holden tuviese ocasión de preguntarse la razón por la que volvía a haber suministro eléctrico, llegó un golpe seco que Holden notó vibrar bajo los pies. Se había abierto una sección muy grande del mamparo del hueco. Unos brazos hidráulicos colocaron despacio el ascensor de repuesto en el hueco y lo llevaron a las vías de la pared. Las luces resplandecieron en el panel de control del ascensor

mientras los sistemas empezaban a ponerse en funcionamiento. Luego, una luz roja parpadeó tres veces en el panel y el ascensor se abalanzó hacia abajo por las vías a toda velocidad.

—Vaya —dijo Juárez.

El impacto del ascensor de repuesto al precipitarse contra el ascensor principal que estaba inmóvil hizo vibrar los mamparos con tanta fuerza que el casco de Holden tañó como una campana.

—Bueno —dijo Cass.

Corin se asomó por el borde de la plataforma, miró hacia abajo y gritó al vacío dentro de su traje:

—¡Que os den!

Unos segundos después, la cabeza de Naomi volvió a salir por el panel de acceso que había quedado abierto. Miró hacia arriba y saludó con una mano.

—¿Ha funcionado?

Holden descubrió que no estaba tan cansado como para no sentir alivio después de lo que acababa de ocurrir.

—La armadura es muy resistente —anunció Juárez—. Puede que no le haya pasado nada. Pero a esa velocidad, lo que había dentro seguro que está hecho papilla.

Naomi caminó por el mamparo para luego pegar un salto y caer en la plataforma en la que se encontraban los demás.

—No se me dan bien las armas —dijo, casi con tono de arrepentimiento.

—No pasa nada —dijo Juárez mientras levantaba las manos en gesto de rendición—. Tú sigue con lo tuyo y avisa si en algún momento te estorbo.

—Aun así, no he conseguido solucionar el problema de la puerta —añadió Naomi, aún con ese tono arrepentido.

Como no podía besarla mientras llevaba puesto el traje de aislamiento, Holden la rodeó con el brazo por encima del hombro y la acercó hacia él con fuerza.

—Me alegro de que hayas solucionado el problema de «estaban a punto de hacernos picadillo».

Corin, que se había girado hacia la esclusa al oír que Naomi la mencionaba, dijo:

—Ábrete sésamo.

Y la puerta exterior de la esclusa de aire se abrió.

—Hostia puta —dijo Holden—. ¿La acabas de abrir con magia?

—La luz verde del ciclo de apertura estaba parpadeando —respondió Corin.

—¿Y lo has hecho tú? —preguntó Holden mientras se giraba hacia Naomi.

—Qué va.

—Entonces deberíamos tener cuidado. —Holden pasó a Juarez el rifle y los cargadores que le quedaban y luego sacó la pistola—. Juarez, cuando se abran las puertas interiores, tienes el mando.

Cass asintió, y Naomi pulsó el botón para iniciar el otro ciclo de apertura. Las puertas exteriores se cerraron y, durante dos minutos muy tensos, se equilibró la presión del aire. Todos menos Naomi estaban apuntando con sus armas hacia las puertas interiores cuando se abrieron.

Al otro lado no había nada a excepción de un pasillo corto que terminaba en otro ascensor y un segundo corredor que se desviaba hacia la izquierda a mitad de camino.

—Ese es el que lleva al puente —dijo Corin—. Tiene cinco metros de largo y un metro y medio de ancho, más o menos. Hay una escotilla, pero solo se cierra en caso de despresurización. O si alguien del puesto de seguridad lo hace con el control manual.

—Pues ese es nuestro primer objetivo —afirmó Holden—. Cass, cuando entremos, corre hacia la derecha y hazte con el control del puesto de seguridad. Juarez, tú a la izquierda mientras intentas dar fuego de cobertura a Cass. Corin y yo seguiremos de frente e intentaremos ir directos a por Ashford. Si conseguimos ponerle un arma en la sien, se acabó todo. Naomi, tú te quedas aquí, pero prepárate para entrar a la carrera cuando te avisemos. Te encargarás de recuperar el control de la nave.

—Menudo plan de mierda, teniente —dijo Juarez con una sonrisa en el gesto.

—¿Tienes uno mejor?

—Qué va, así que vamos a ello. —Juarez se puso el rifle al hombro y empezó a caminar por el pasillo con el balanceo característico de las botas magnéticas. Cass lo siguió de cerca y le puso la mano en la espalda. Holden fue tercero y Corin cerró la comitiva. Naomi esperó junto a las puertas del ascensor mientras aferraba con nerviosismo su caja de herramientas.

Cuando llegaron a la intersección, Juarez indicó por gestos que se detuvieran y se asomó por una esquina. Al retirar la cabeza, dijo:

—Parece despejado hasta la entrada del puente. Tenemos que hacerlo rápido. No os paréis. La agresividad total será lo único que nos valga. —Después de que todos asintieran, realizó una cuenta atrás desde tres y gritó—: ¡Vamos, vamos, vamos!

Se abalanzó por la esquina y le pegaron un tiro al momento.

Fue inesperado del todo. Cass dio un paso atrás y tropezó con Holden. Juárez gritó de dolor y se lanzó hacia atrás por el pasillo. Las balas rebotaron en los mamparos y la cubierta a su alrededor. Después del largo silencio del que habían gozado en el hueco del ascensor, el sonido de los disparos y los impactos de las balas los desorientaron. Era ensordecedor.

Cass y Holden cogieron a Juárez por los brazos y lo arrastraron por la esquina para alejarlo de los disparos. Cass se quedó cubriendo el cruce mientras Holden comprobaba las heridas de Juárez. Tenía un disparo en la cadera, otro en la parte superior del brazo y otro en el pie. Ninguno parecía letal, pero juntos podían hacer que se desangrara en poco tiempo. Holden lo llevó por el pasillo hasta la esclusa de aire. Allí señaló la taquilla de emergencia hasta que Naomi vio a qué se refería y asintió.

—Haz lo que puedas —dijo Holden, y volvió por el pasillo para reencontrarse con Cass.

Cuando le tocó la espalda para hacerle saber que había vuelto, la mujer dijo:

—Por la cadencia de las ráfagas, diría que son unos diez o veinte, la mayoría con rifles de asalto ligeros y pistolas. Una escopeta. Ese pasillo es un matadero. No podemos pasar.

—¡Joder! —gritó Holden, presa de la frustración. El universo siempre esperaba a que se encontrara en las últimas para luego darle un atisbo de esperanza y terminar por volver a aplastarla.

—¿Cuál es el nuevo plan? —preguntó Corin.

—Disparar, supongo —respondió Holden al tiempo que se asomaba con prudencia por la esquina y disparaba tres veces con cuidado. Se apartó justo a tiempo para evitar una andanada que destrozó el mamparo que tenía detrás.

Cuando amainaron los disparos, Cass se lanzó hacia el otro lado del cruce por el hueco. Un movimiento arriesgado del que salió airosa sin un rasguño. Después empezó a disparar a los atacantes con su rifle de asalto. Cuando los disparos la obligaron a cubrirse, Corin se asomó junto a Holden y pegó un par de tiros.

Antes de que pudiese retirarse de la línea de fuego, una bala le atravesó el brazo del traje de aislamiento y llenó el aire de pedazos de relleno y de gel sellador negro.

—No me han dado, no me han dado —gritó, al tiempo que Cass volvía a asomarse para disparar e intentar desequilibrar a los defensores.

Holden echó un vistazo hacia atrás y vio cómo Naomi quitaba el traje a Juarez y le iba colocando varias vendas.

Otra ráfaga de disparos hizo que Cass y Corin tuviesen que ponerse a cubierto. Cuando paró, Holden se asomó y pegó otro par de tiros más.

Era lo que hacía la gente como ellos, incluso cuando no tenían ninguna oportunidad.

Clarissa

—Pero ¿qué coño has hecho? —gritó Ashford.

El capitán tenía una expresión preocupada y la cara púrpura. La ira hacía que retrajera los labios, como un perro que enseña los dientes. Clarissa sabía que debería haberse sentido asustada. Que debería haber sentido algo. Pero en lugar de ello, se encogió de hombros de la misma manera que hacía cuando tenía catorce años y repitió:

—He abierto las puertas.

Un hombre apareció por el pasillo durante una fracción de segundo, y los hombres de Ashford abrieron fuego para rechazarlo.

—Hay cinco en el pasillo —dijo uno de los de Ashford. Miraba las cámaras de seguridad—. Tres mujeres y dos hombres. Corin es una de ellos. Creo que otro es Jim Holden.

Ashford negó con la cabeza, disgustado.

—¿Por qué los has dejado entrar? Joder —dijo con un tono que parecía que supuraba ácido.

—No los maté yo —dijo Clarissa—, así que tú tampoco puedes.

—Estaba angustiada —dijo Cortez mientras se colocaba entre ella y Ashford para cubrirla con su cuerpo—. Ha entendido mal lo que le he dicho. No lo ha hecho con malicia, capitán. La chica solo...

—Que alguien le pegue un tiro —ordenó Ashford.

—¡No! —gritó Cortez. Sonó como si alguien estuviera a punto de dispararle a él.

El guarda que tenían más cerca se volvió. El cañón del arma del hombre pareció enorme de improviso, pero cuando Clarissa oyó el ruido de un disparo, se dio cuenta de que no salía de él. Una figura, quizá de una mujer o quizá de un hombre, apareció al fondo del pasillo que daba al puente, y el sonido entrecortado de unos disparos inundó la estancia. Todos se olvidaron de Clarissa, quien se impulsó por la puerta hacia la oficina de seguridad.

Cortez la siguió mientras se tapaba las orejas con las manos para bloquear el ruido o una bala o ambos. El sacerdote le puso la mano en el hombro como si intentase reconfortarla, pero solo consiguió empujarla un poco más hacia el suelo y salir flotando un poco hacia arriba.

—Vaya —murmuró Cortez—. Ojalá no lo hubieses hecho. Ojalá no lo hubieses hecho.

Anna no había dejado de hablar por el monitor del puesto de seguridad. Radio Zona Lenta Libre a su servicio. En el puente volvieron a resonar los disparos. Ashford gritó:

—¡Acabad con ellos! ¡Acabad con todos!

Pero que ella viera, los guardas no se habían lanzado hacia el pasillo. No necesitaban hacerlo. Tarde o temprano, Holden, Naomi y quienquiera que estuviese con ellos se quedarían sin balas y morirían. O lo harían Ashford y los suyos, y entonces Holden los mataría a ellos. Sea como fuere, Clarissa no sabía cómo iba a salir bien parada de la situación. Y no pasaba nada. Para eso estaba ahí.

Solo que...

—¿Has oído lo que ha dicho? ¿Lo que ha dicho Anna?

—Anna Volovodov está muy equivocada sobre los acontecimientos —afirmó Cortez—. Sin duda fue un error dejarla participar en el proyecto. Sabía que debería haber pedido que viniera Muhamad al Mubi en lugar de ella.

—Pero ¿has oído lo que ha dicho?

—¿De qué hablas, niña?

—Ha dicho que, si atacamos el Anillo, esa cosa acabará con los que hay al otro lado. Con todos.

—Eso ella no lo sabe —replicó Cortez—. Es el tipo de argumento que utilizaría el enemigo para engañarnos.

—No es idea suya —dijo Clarissa—. Se lo dijo Holden.

—¿El mismo James Holden que empezó una guerra «diciendo» cosas a la gente?

Clarissa asintió. Aquel hombre había hecho estallar al menos una guerra. Había destruido Protogen y, al hacerlo, había colocado las piezas que terminarían por derrocar Mao-Kwik y a su padre. Todo era culpa suya.

Pero...

—No ha mentido. Lo sabemos por todo lo que ha hecho. Nunca ha mentido.

Cortez abrió la boca para replicar y el desdén ya asomaba en su gesto. Pero antes de que dijera nada, volvió a oírse el estallido de un disparo.

Clarissa vio que Cortez se encogía de miedo al oírlo. El aire estaba impregnado del olor a pólvora gastada, y los recicladores habían pasado a máxima potencia. Oyó la diferencia en el ruido de los ventiladores. Seguro que el resto del personal que se encontraba en el puente no tenía ni idea de a qué se debía. Para ellos, sería poco más que un zumbido algo más fuerte. Si es que se daban cuenta siquiera.

Cortez se atusó el pelo.

—No te entrometas más —dijo—. Cuando todo haya terminado, cuando Ashford se haya encargado de todo, hablaré con él. Le intentaré explicar que no tenías intención de ponerte en su contra. Que fue un error. Te perdonará.

Clarissa agachó la cabeza. Tenía la mente hecha un lío, y el hambre y los disparos no ayudaban. Jim Holden estaba en el pasillo. Era el hombre al que ella se había tomado tantas molestias para hacer caer en desgracia y destruir, pero ya no quería verlo morir. El padre de Clarissa estaba en la Tierra y ella se proponía salvarlo a él y a todos los demás, o quizá destruirlos a todos. Había asesinado a Ren y no podía hacer nada para enmendarlo. Ni siquiera morir por él.

Qué segura había estado. Lo había dado todo. Todo y, al final, se había sentido vacía. Y sucia. Había sacrificado dinero, tiempo y todo lo que podría haber sido en caso de haberse entregado en cuerpo y alma a su familia. Ahora había sacrificado su vida, pero después de hablar con Anna dudaba de si aquel sacrificio serviría para algo.

La confusión y la desesperación no dejaban de atormentarla con una voz que no podía dejar de oír y que se parecía mucho a la suya: una que le hablaba de desprecio, rabia y de la única certeza a la que podía aferrarse.

—¿Quién se cree Ashford que es para perdonarme nada a mí? —preguntó Clarissa.

Cortez parpadeó, como si fuese la primera vez que la miraba.

—Y ya que estamos —continuó ella—, ¿quién te crees tú?

Se volvió y dio una patada suave al marco de la puerta para dejar atrás a Cortez. Ashford y los suyos estaban bien armados y esperaban la próxima ráfaga de disparos. Ashford se tumbó detrás de su puesto de control sin dejar de apuntar con la pistola y dio una palmada a los controles con la otra mano.

—¡Ruiz! —gritó. Estaba ronco. ¿Cuántas horas llevaban esperando a que se desatase aquel apocalipsis? Notó el estrés en el tono de voz del hombre—. ¿Estamos listos para disparar? ¡Dime que está todo listo!

Se oyó la voz de la mujer, que respondió aterrorizada.

—Listo, señor. Ha vuelto la electricidad. Todos los sistemas en verde. Debería funcionar. Por favor, no me mate. Por favor.

Había llegado el momento, pues. En ese preciso instante le vino a la cabeza con un impacto casi tangible lo que tenía que hacer para solucionarlo, si es que le daba tiempo.

Se pasó la lengua por el paladar y apretó, luego formó con suavidad dos círculos en sentido antihorario. Las glándulas artificiales de su cuerpo volvieron a la vida como si la hubiesen estado esperando, y el mundo entero se volvió blanco por un instante. Le dio la impresión de que había gritado al sentir el primer subidón, pero cuando volvió en sí, en una versión mejorada de sí misma, nadie parecía haberla visto. Todos apuntaban con las armas hacia el pasillo. Centrados en la amenaza de James Holden, igual que lo había estado ella. Todos menos Ashford. El capitán había dejado la pistola flotando junto a él mientras pulsaba los códigos de disparo. Se le acababa el tiempo. No tenía suficiente. A pesar de estar hasta arriba de drogas, no podía hacer lo que había que hacer antes de que Ashford disparara el láser.

Así que fue a por él.

Se impulsó con ambos pies en el marco de la puerta y se lanzó flotando por el puente. El aire le pareció viscoso y pesado, como agua pero sin la flotabilidad. Una mujer salió de la cobertura en el pasillo y disparó hacia Ashford, pero los hombres del capitán devolvieron los disparos y los cañones se iluminaron para luego soltar humo y volver a estallar. Clarissa no veía las balas, pero en el aire sí se distinguían los surcos que dejaban durante una fracción de segundo, como túneles de nada en la nada. Acercó las rodillas al pecho. Casi había alcanzado a Ashford. El hombre bajaba el dedo, preparado para tocar la pantalla de control, listo quizá para disparar el láser de comunicaciones. Clarissa extendió las piernas con todas sus fuerzas.

Notó el dolor de los músculos al estirarse y de los tendones y los ligamentos al ceder más de lo que estaban preparados para soportar, pero se alegró. Solo se había desviado un poco, y golpeó a Ashford en el hombro y la cabeza en lugar de en el pecho, como había calculado. Sintió el impacto por todo el cuerpo y cómo se le cerraba la mandíbula de improviso a causa del golpe. El hombre salió despedido por los aires, lejos del panel de control, con los ojos abiertos como platos. Dos guardas se acercaban hacia ella flotando, pero Clarissa dobló todo el cuerpo y se apoyó en la base del asiento de colisión para luego impulsarse con fuerza y alejarse. Las armas resplandecieron, primero una, luego otra, luego ambas a la vez, como si fuera

una tormenta eléctrica. Las balas volaban, y ella rotó por los aires con los brazos pegados al cuerpo para ir más rápido.

Una de las mujeres del pasillo se asomó y disparó hacia la estancia. Una bala alcanzó a uno de los guardas, y Clarissa vio cómo la mujer cambiaba de lado. Era como ver los fotogramas de una película vieja. La mujer del pasillo, el cañón de su arma en llamas, luego Clarissa dándose la vuelta. El guarda inerte mientras le empezaban a salir chorros de sangre del cuello, las pequeñas ondas que se le formaban en la piel a causa del impacto, como una piedra al caer en una charca. Luego Clarissa dándose la vuelta de nuevo. El guarda cayendo mientras la sangre se expandía como una rosa en flor. Sabía que le iba a pasar lo mismo. Las drogas recorrían su torrente sanguíneo y se habían apoderado de su cerebro, pero no podían alterar las capacidades de su cuerpo. No podía esquivar una bala si le disparaban, por lo que confió en que no llegara ninguna e hizo lo que había que hacer.

El panel de acceso estaba abierto y las tripas de la nave, al descubierto. Agarró con suavidad un extremo del panel para detenerse. La sangre se le acumuló en el punto de la palma en el que el metal la había cortado. No sintió dolor, sino calor. Un mensaje de su cuerpo que podía ignorar. Había un búfer intermedio cortocircuitado detrás de un tablero de control. Extendió la mano para alcanzarlo y agarró con suavidad la cerámica blanquecina. El indicador de desperfectos se iluminó en verde. Respiró hondo, agarró con fuerza el búfer, empujó hacia dentro, lo giró y luego tiró hacia atrás. La unidad cayó suelta en su mano.

Oyó un disparo. Vio que en la pared a su lado había aparecido una muesca, y pedazos de metal salían despedidos de ella. Le estaban disparando. O lo intentaban, al menos. Daba igual. Dio la vuelta a la unidad para reiniciarla. El indicador del búfer parpadeó en rojo por un instante y luego pasó a verde. Justo como Ren le había enseñado. «Están mal diseñados», pensó con una sonrisa mientras mantenía apretado el botón de reinicio. Dispararon dos veces más, y el sonido retumbó en sus tímpanos como si le hubiesen dado un golpe. No sabía cuánto tiempo llevaba con el botón apretado ni si lo había soltado y vuelto a apretar. Pensó que ya debería haberse *reseteado*, pero el tiempo era muy traicionero. El mundo volvió a retumbar.

El indicador del búfer se puso en rojo. Clarissa sonrió y se relajó. Contempló el fallo en cascada como si ella misma fuese la nave. Un indicador erróneo que llevaba a otro y luego a otro, cada vez más rápido y creciendo exponencialmente. El sistema nervioso de la *Bégimo* había detectado un

peligro que no era capaz de determinar y hacía lo posible para mantenerse a salvo, o al menos para que no empeorara.

Fallando, cerrándose.

Clarissa se volvió. Ashford había llegado al asiento de colisión de su puesto y sostenía los amarres con una mano mientras apoyaba los pies en el gel. Tenía un rictus furioso en la boca. Dos de sus hombres también se habían encarado hacia Clarissa y la apuntaban con gesto casi inexpresivo.

Detrás de todos, al otro lado del puente, Cortez estaba en el umbral de la puerta de la oficina de seguridad. Su cara era una mezcla de sorpresa y desesperación. Clarissa llegó a la conclusión de que era un hombre que no estaba acostumbrado a lidiar con lo inesperado. Debía de ser difícil para él. Clarissa no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que se parecía a su padre. Era algo en la forma de la mandíbula, quizá. O en la mirada.

Las luces parpadearon. Sintió que el cuerpo le empezaba a temblar. Se había acabado. Para ella y para todos. Notó un calambre en la espalda, primer indicio del bajón. Empezó a sentir náuseas. No le importaba.

«Lo he conseguido, Ren —pensó—. Me enseñaste a hacerlo y lo he conseguido. Creo que los acabo de salvar a todos. Tú y yo lo hemos conseguido».

Ashford cogió la pistola que no había dejado de flotar y se abalanzó sobre Clarissa. El grito del hombre sonó en sus oídos como la carne al rajarse. Detrás de él, Cortez gritaba y también se había impulsado por los aires. Vio que lo que había en la mano del anciano sacerdote era un táser de contacto y Clarissa se alegró de ver la aflicción en el gesto del hombre. Era bueno descubrir que, en cierto modo, Cortez se preocupaba de lo que pudiera ocurrir. Las luces relampaguearon y se apagaron mientras Ashford alzaba el cañón hacia ella. Las luces de emergencia no se encendieron.

Todo quedó sumido en la oscuridad. Y luego, por un instante, se hizo la luz.

Y luego todo quedó a oscuras de nuevo.

52

Holden

Holden sacó el cargador gastado y extendió la mano para coger uno nuevo. Sus dedos atravesaron el espacio vacío en el que creía que iba a estar. No había gestionado bien la munición. Había pensado en conservar al menos un cargador de reserva. Corin seguía disparando con el rifle, pero tenía munición de pistola sin usar en el cinto. Sin preguntarle, Holden empezó a sacar cargadores del cinto de la mujer y a ponerlos en el suyo. Corin hizo unos pocos disparos más y esperó a que Holden terminara. Era esa clase de tiroteo.

Cass estaba asomada por la esquina y no había dejado de disparar. Las balas que recibía a cambio impactaban en todas partes de la zona del pasillo en la que se encontraba, menos en ella. Cuando Holden estaba a punto de gritarle que se pusiera a cubierto, las luces se apagaron.

No fueron solo las luces. Cambiaron al mismo tiempo tantas cosas de su situación física que su rombencéfalo no fue capaz de mantener el ritmo. Le hizo sentir náuseas por si lo habían envenenado. Funcionaba con unos algoritmos que tenían una antigüedad de cincuenta millones de años.

Holden cayó de rodillas por las náuseas, ya que la repentina aparición de la gravedad fue uno de los muchos cambios. Las rodillas golpearon contra el suelo porque ya no llevaba un traje de aislamiento pesado. Lo que también significaba que podía oler el aire. Tenía un ligero hedor cenagoso y acre. Su oído interno no informó de ningún efecto Coriolis, por lo que no rotaban. No oyó el sonido de los motores, por lo que la *Bégimo* no había empezado a acelerar.

Holden palpó el suelo a su alrededor. Le dio la impresión de que era tierra. Barro y rocas pequeñas. Algo parecido a la hojarasca.

—Vaya, esto... lo siento —dijo una voz. Era la de Miller.

Los niveles de luz aumentaron, pero Holden no fue capaz de determinar la causa. Se hallaba arrodillado y desnudo en una amplia llanura de algo que parecía una mezcla de musgo y hierba. Estaba oscuro como en una noche de

luna llena, pero ninguna luna ni estrella brillaba sobre él. En el horizonte logró discernir algo parecido a un bosque. Detrás, montañas. Miller estaba de pie a unos metros y miraba hacia el cielo. Aún llevaba puesto su viejo traje gris y aquel ridículo sombrero. Tenía las manos en los bolsillos, y la chaqueta se le arrugaba alrededor.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar Holden.

—Este planeta estaba en la lista. Es el más parecido a la Tierra que pude encontrar. He pensado que te relajaría.

—¿Estoy aquí?

Miller rio. Algo en el tono de su voz había cambiado desde la última vez que Holden había hablado con él. Parecía sereno, íntegro. Vasto.

—Chico, ni siquiera yo estoy aquí. Pero necesitábamos un lugar en el que hablar y este me pareció más agradable que una nada blanca. Ahora tengo capacidad de procesamiento para aburrir.

Holden se puso en pie, avergonzado de su desnudez a pesar de estar en una simulación, pero sin manera de poder solucionarlo. Pero si aquello era de verdad una simulación, tenía problemas más inminentes de los que preocuparse.

—¿Sigo en el tiroteo?

Miller se volvió, sin llegar a encararlo del todo.

—¿Cómo dices?

—Antes de que me metieras aquí, estaba en un tiroteo. Si esto no es más que una simulación que tiene lugar en mi cerebro, ¿quiere decir que sigo en ese tiroteo? ¿Me he puesto a flotar en el aire con los ojos en blanco o algo así?

Miller parecía disgustado.

—Quizá.

—¿Quizá?

—Quizá. Mira. No te preocupes. No tardaremos mucho.

Holden caminó para acercarse a él y mirarlo a los ojos. Miller esbozó su sonrisa de triste sabueso. Sus ojos resplandecieron de un azul eléctrico.

—Pero ¿lo hemos conseguido? ¿Hemos podido reducir la electricidad por debajo del límite?

—Así es. Y yo he convencido a la estación para que crea que sois poco más que tierra y rocas.

—¿Significa eso que hemos salvado la Tierra?

—Bueno —respondió Miller, haciendo un gesto con las manos para encogerse de hombros como un cinturiano—. Mejor decir que *también* hemos

salvado la Tierra. Nunca fue la parte importante del plan, pero sí un buen añadido.

—Me alegro de que te preocupes por nosotros.

—Hombre —dijo Miller, con la misma sonrisa y un tono jocoso y algo aterrador—. La verdad es que no mucho. Quiero decir, recuerdo ser humano. La simulación es buena, pero también recuerdo preocuparme sin estar preocupado de verdad. No sé si sabes a lo que me refiero.

—Muy bien.

—Vaya, oye, mira eso —dijo Miller al tiempo que señalaba hacia el cielo negro.

De improviso, el espacio se llenó de unos Anillos azules y resplandecientes. Los miles de puertas de la zona lenta flotaban a su alrededor como las semillas de diente de león a las que había hecho referencia Alex, y ellos se encontraban en el centro.

—¡Abracadabra! —exclamó Miller. Al mismo tiempo, las puertas cambiaron de color y se convirtieron en espejos en los que se reflejaban miles de sistemas estelares. Holden alcanzaba a ver aquellas estrellas alienígenas y los mundos que orbitaban entre zumbidos a su alrededor, por lo que dio por hecho que Miller se había tomado una pequeña licencia artística en su simulación.

Holden oyó un croar a sus pies. Miró hacia abajo y vio algo parecido a una rana de extremidades alargadas con una piel de color ceniciento y que no parecía tener ojos. Su boca estaba llena de lo que parecían dientes afilados, y Holden recordó que tenía los pies al descubierto y que estaban a escasos centímetros de la criatura. Sin bajar la mirada, Miller dio una patada a la especie de rana con el zapato. Se convirtió en un borrón que voló por los aires con sus extremidades alargadas.

—¿Se han abierto todas las puertas?

Miller le dedicó una mirada inquisitiva.

—Digo —continuó Holden— que si se han abierto en la realidad.

—¿Qué es la realidad? —preguntó Miller, que había vuelto a levantar la cabeza hacia la aglomeración de puertas y el cielo nocturno.

—¿El lugar en el que vivo?

—Entonces, sí. Se han abierto todas las puertas.

—¿Y llegarán flotas invasoras de monstruos a través de ellas para matarnos a todos?

—Aún no —respondió Miller—. Lo cual resulta interesante por sí mismo.

—Era un chiste.

—Lo mío no —dijo Miller—. Era un riesgo calculado. Pero por ahora parece que no hay problema.

—Podemos entrar en esas puertas, ¿no? Podemos llegar a todos esos lugares.

—Podéis —aseguró Miller—. Y conociéndoos, seguro que lo hacéis.

Por un instante, Holden dejó de pensar en Ashford, en la *Bégimo*, en las muertes, en la violencia y en el otro millar de cosas que le habían hecho olvidar el lugar en el que se encontraban. Lo que hacían allí en realidad.

Lo que significaba todo aquello.

Viviría para ver cómo la humanidad se dispersaba por las estrellas. Naomi, él y los hijos de ambos, los hijos de sus hijos. Miles de mundos sin restricciones para la procreación. Una nueva era dorada para la especie. Y, en cierta manera, era la *Nauvoo* la que lo había conseguido. Fred tendría que decírselo a los mormones: quizás así dejaran de demandarlo.

—Qué pasada —exclamó.

—Ya te digo, pero bueno, tampoco nos pongamos muy contentos —advirtió Miller—. Te lo sigo advirtiendo. Puertas y esquinas, chico. Así es como te pillan. Los humanos son demasiado estúpidos para hacer caso, joder. Pero pronto aprenderéis la lección y no es mi trabajo hacer de niñera durante el próximo avance de la especie.

Holden hizo un surco en el suelo con el dedo gordo del pie. Al desprender la tierra, rezumó un líquido transparente que olía parecido a la miel. Miller había dicho que el planeta estaba en la lista de la estación. «Algún día podríamos llegar a vivir aquí». La idea era abrumadora.

El cielo cambió y se hicieron visibles todas las naves que habían quedado atrapadas alrededor de la estación. Se alejaron despacio las unas de las otras.

—¿Las has soltado?

—No he sido yo. La estación ha levantado el bloqueo —respondió Miller—. Y yo he destruido el sistema de seguridad para siempre. No es necesario. Podría volver a ocurrir otro accidente cuando algún mono de tu especie ponga un dedo donde no debe. ¿Ese chupapollas de Ashford en serio piensa que puede destruir las puertas?

—¿Y hay mundos como este al otro lado de todas esas puertas?

—Algunos, quizá. ¿Quién sabe? —Miller se giró para volver a mirar a Holden, con sus ojos azules e inquietantes llenos de secretos—. Ha tenido lugar una guerra, chico. Una que se ha extendido por toda esta galaxia y quizá más. Mi equipo perdió y todos han muerto. De eso hace ya varios miles de millones de años. ¿Quién sabe lo que os espera al otro lado de esas puertas?

—Supongo que lo descubriremos —respondió Holden en un arrebato de valentía, pero asustado al mismo tiempo.

—Puertas y esquinas —repitió Miller. Algo en su voz hizo saber a Holden que se trataba de la última advertencia.

Miraron hacia el cielo y vieron cómo las naves se alejaban despacio. Holden esperó a ver cómo salían despedidos los primeros misiles, pero no ocurrió. Todos se estaban comportando. Quizá lo que había ocurrido en la *Bégimo* los había cambiado. Quizá fueran capaces de llevar ese mismo cambio al lugar de donde provenían e infectar con él a todos los demás. A lo mejor era mucho pedir, pero Holden era un optimista sin remedio. Siempre le daba a la gente la información que necesitaba. Confiaba en que tuvieran la cabeza necesaria para hacer lo correcto. No conocía otra manera de actuar.

O quizás aquel movimiento de las naves no era más que Miller jugando con la simulación y la humanidad no había aprendido nada.

—Bueno —dijo Holden después de pasar unos minutos en silencio mirando el cielo—. Gracias por la visita. Supongo que será mejor que me vuelva a mi tiroteo.

—No he terminado contigo —replicó Miller. Su tono era ligero, pero las palabras sonaron ominosas.

—Vale.

—No me fabricaron para solucionar las cagadas de la humanidad —dijo Miller—. No he venido aquí para abrir os puertas y desbloquear la estación para que os podáis marchar. Eso ha sido un imprevisto. Lo que me creó se limita a construir caminos. Y ahora me usa para descubrir qué le ocurrió a esa civilización galáctica que quería ese camino.

—¿Y eso de qué sirve, si ya están todos muertos?

—De nada —dijo Miller haciendo un gesto con las manos para encogerse de hombros con indiferencia—. No sirve de nada. Si ordenas a los sistemas de navegación de la *Roci* que te lleven a alguna parte y mueres un segundo después, ¿la *Roci* es capaz de decidir que ya no es necesario ir?

—No —dijo Holden, que lo entendió y se sintió triste por aquel constructo de Miller de una manera que nunca llegó a imaginar posible.

—Se supone que teníamos que conectar con la red. Es lo que intentamos hacer, aunque la red ya haya desaparecido. Lo que surgió de Venus no tiene conciencia, chico. Solo sabe hacer una cosa. No sabe investigar. Pero yo sí. Y ahora me tiene a mí. Así que voy a investigar, aunque ninguna de las respuestas que consiga signifique nada en la inmensidad del puto universo.

—Entiendo —dijo Holden—. Buena suerte, Miller. Yo...

—He dicho que no he terminado contigo.

Holden dio un paso atrás y de improviso se asustó mucho por cómo se empezaban a desarrollar los acontecimientos.

—¿A qué te refieres?

—Chico, significa que necesito que me lleves.

Holden flotaba en caída libre dentro de un traje de aislamiento en la más absoluta oscuridad. Oyó gritos y luego un disparo. Después silencio y más tarde un chasquido eléctrico y un gruñido.

—¡Quietos! —gritó alguien. Holden no reconoció la voz—. ¡Dejad de disparar! ¡Todos!

La gente lo hizo porque la voz sonaba autoritaria. Holden se afaná con los controles que tenía en la muñeca y se encendieron las luces del traje. El resto de su equipo no tardó en hacer lo mismo. Corin y Cass seguían ilesas. Holden se preguntó cuánto tiempo habría pasado en aquella simulación.

—Me llamo Hector Cortez —dijo la voz que había ordenado el alto el fuego—. ¿Qué ocurre ahí fuera? ¿Alguien lo sabe?

—Se ha terminado —respondió Holden a viva voz, y dejó que su cuerpo se relajara y se quedó flotando como un cadáver en el pasillo. Estaba tan cansado que tuvo que hacer un esfuerzo para no permitirse dormir allí mismo—. Se ha terminado todo. Podéis volver a conectar los sistemas.

El puente empezó a iluminarse a medida que sus ocupantes sacaban los terminales portátiles y las linternas de emergencia.

—Llamad a Ruiz —dijo Cortez—. Que envíe a un equipo para arreglar lo que quiera que haya hecho Clarissa. Necesitamos volver a conectar los sistemas. En el tambor ya habrán empezado a entrar en pánico. Y que también venga un equipo médico.

Holden se preguntó dónde estaba Ashford y por qué ese tipo llamado Cortez se había puesto al mando. Pero por el momento estaba de acuerdo con él, así que no se opuso. Se impulsó hacia el puente, preparado para ayudar con lo que pudiese, pero con la mano cerca de la pistola. Cass y Naomi intercambiaron puestos para ocuparse de Juárez, por lo que Naomi pudo ayudar con las reparaciones.

Clarissa, que antes se había llamado Melba, flotaba cerca de un panel de acceso abierto mientras sangraba por una herida de bala. Cortez le estaba aplicando un vendaje de emergencia. Ashford flotaba por la estancia con la boca abierta y los músculos retorcidos. Holden se preguntó si el capitán había muerto, pero le daba igual.

—Naomi, llama a la oficina de radio. Comprobemos si funcionan las comunicaciones. Descubre cómo están Anna, Monica y Amos. Luego intenta ponerte en contacto con la *Roci*. Tengo unas ganas tremendas de largarme de aquí.

Naomi asintió y empezó a comprobar las comunicaciones.

—¿Vivirá? —preguntó Holden al hombre de pelo blanco que atendía a la chica.

—Creo que sí —respondió él—. Es la responsable de esto —dijo al tiempo que hacía un gesto con la mano para indicar la ausencia de luces y energía.

—Vaya —dijo Holden—. Supongo que tendré que alegrarme por no haberla lanzado por una esclusa.

Clarissa

Se despertó varias veces, consciente de que estaba incómoda incluso antes de empezar a discernir qué era lo que le dolía. Ya sabía que algo iba mal incluso antes de empezar a recordar qué había ocurrido, de conseguir dar un sentido al vago y bullicioso cúmulo de sensaciones de su interior. Incluso cuando regresaron a ella las partes más abstractas de su existencia (su nombre y dónde estaba), Clarissa fue sobre todo consciente de que estaba en apuros. De que algo iba mal.

La estancia estaba sucia, y la temperatura, unos grados demasiado alta. Estaba tumbada en una cama estrecha que apestaba a sudor y un recipiente de goteo por intravenosa colgaba encima de ella. Le costó comprender del todo el significado de aquella imagen. La bolsa colgaba. No flotaba. Había gravedad. No sabía si era rotacional, se debía a la aceleración o a la suave atracción que ejercía el hecho de estar en un planeta. No disponía del contexto para saberlo, pero sí estaba segura de que le agradaba volver a sentir el peso. Significaba que algo había ido bien. Que algo funcionaba.

Cuando cerró los ojos, soñó que había matado a Ren y que lo escondía dentro de su cuerpo, por lo que tenía que evitar que le hicieran un escáner, no fuesen a descubrir que el hombre estaba dentro de ella. Fue un placer despertarse y recordar que todos ya lo sabían.

A veces Tilly la visitaba y se sentaba junto a la cama. Tenía aspecto de haber estado llorando. Clarissa quería preguntarle qué ocurría, pero no le llegaban las fuerzas. A veces era Anna la que la acompañaba. La doctora que se encargaba de su salud era una anciana muy guapa con unos ojos que parecían haberlo visto todo. Cortez no fue nunca. La frontera entre la conciencia y el sueño perdió cuerpo. También la que había entre estar sana y estar enferma. Era difícil, si no imposible, trazar una línea.

En una ocasión la despertaron unas voces, una voz odiada, la voz de Holden. Estaba al pie de la cama y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Naomi estaba junto a él, y también los demás. El pálido que parecía un camionero y el moreno que parecía un profesor de colegio. Amos y Alex. La tripulación de la *Rocinante*. Las personas a las que no había conseguido matar. Se alegró de verlos.

—De ninguna manera —dijo Holden.

—Mírala —dijo Anna. Clarissa estiró el cuello para mirar a la mujer que tenía detrás. La sacerdotisa parecía haber envejecido. Parecía agotada. O quizá destilada. Reducida a algo similar a su esencia. También era guapa. Guapa, espeluznante y de una compasión intransigente. Era algo en su gesto, algo que incomodaba a la hora de mirarla.

—La matarán.

Alex, el profesor de colegio, levantó una mano.

—¿Quieres decir que la juzgarán en los tribunales, con un abogado, por matar a un buen puñado de personas que sabemos a ciencia cierta que mató?

«Lo hice —pensó Clarissa—. Es cierto».

Encima de ella, Anna unió las manos.

—Me refiero a que eso es lo que quiero que ocurra —respondió Anna—. Quiero que haya un juicio. Abogados. Justicia. Pero necesito a alguien que la lleve a salvo desde aquí a los tribunales de la Luna. Ahora que ha empezado la evacuación, tenéis la única nave independiente de la zona lenta. Sois la única tripulación en la que puedo confiar para ponerla a salvo.

Naomi miró a Holden. Clarissa fue incapaz de descifrar la expresión de la mujer.

—No la voy a llevar en mi nave —dijo Holden—. Ha intentado matarnos. De hecho, casi mata a Naomi.

—También os salvó a ambos —dijo Anna—. Y a todos los demás.

—No creo que el hecho de haberse comportado como un ser humano decente por una vez signifique que le debo algo —dijo Holden.

—No digo que le debas nada —dijo Anna—, pero si no la tratamos con la misma justicia que exigimos para nosotros mismos...

—Mira, pelirroja —dijo Amos—. Todos los que estamos en esta habitación menos quizá tú y el capitán tenemos una moralidad algo flexible. Ninguno estamos limpios. El asunto no es ese.

—Es una cuestión táctica —afirmó Alex.

—¿Lo es? —preguntó Holden.

—Lo es —dijo Naomi—. Podemos fingir que no representa un peligro por sí misma ni por el hecho de meterla en la nave, pero subirla a bordo y llevarla a un lugar seguro es una acción que nos pone en aprietos frente a tres sistemas

legales diferentes. Y digamos que nuestra situación ya es algo... delicada, por decirlo de alguna manera.

Clarissa extendió un brazo, agarró la camisa de Anna con los dedos y tiró de ella como una niña de su madre.

—Da igual —gruñó—. Lo entiendo. No pasa nada.

—¿Cuánto? —preguntó Anna. Y luego, al ver que ninguno hacía amago de responder, añadió—: Si solo es por el riesgo que os plantea volver con ella, ¿por cuánto diríais que os sale rentable?

—Más de lo que tienes —dijo Holden con un tono algo pesaroso. No quería decepcionar a Anna, pero tampoco hacer lo que les pedía. Era un callejón sin salida.

—¿Y si compro la *Rocinante*? —preguntó Anna.

—No está en venta —dijo Holden.

—A vosotros no. Conozco el problema legal que tenéis. ¿Y si le compro la *Rocinante* a Marte y os consigo el derecho de volar libres y sin cargos?

—¿Vas a comprar una nave de guerra? —preguntó Alex—. ¿Ahora las iglesias se dedican a eso?

—Claro —dijo Holden a Anna—. Si haces eso, me la llevo sin que nadie se entere.

Anna levantó un dedo y luego sacó el terminal portátil del bolsillo. Clarissa vio que a la mujer le temblaban las manos. Tocó la pantalla y, unos segundos después, salió de aquella caja una voz familiar.

—Annie —saludó Tilly Fagan—. ¿Dónde estás? Estoy de cócteles con media docena de celebridades y empiezo a aburrirme como una ostra. Lo menos que podrías hacer es pasarte por aquí para que te adulen un rato.

—Tilly —dijo Anna—. ¿Recuerdas ese favor tan caro que me debías? Ya sé lo que quiero.

—Soy toda oídos.

—Necesito que le compres la *Rocinante* a Marte y se la des al capitán Holden. —Tilly se quedó en silencio. Clarissa se imaginó con claridad cómo se habrían arqueado las cejas de la mujer—. Es la única manera que tenemos de cuidar de Clarissa.

El ruido que emitió Tilly podría haber sido tanto un suspiro como una carcajada.

—Claro, qué coño. Le diré a Robert que lo haga. Lo hará. Costará menos de lo que tendría que pagar con el divorcio. ¿Algo más, querida? ¿Quieres que cambie la órbita de la Tierra, ya puestos?

—No —dijo Anna—. Con eso es suficiente.

—Y tanto que lo es. No tardes en subir. En serio, aquí están todos extasiados contigo y para mí será mucho más divertido ver cómo reaccionan cuando te tengan al lado.

—En un momento —respondió Anna. Luego volvió a meterse el terminal portátil en el bolsillo y cogió la mano de Clarissa. La tenía caliente—. ¿Y bien?

Holden se había puesto pálido. Miró a Clarissa, luego a Anna y luego de nuevo a Clarissa mientras soltaba un largo suspiro.

—Hummm —dijo—. Vaya. Bien. Pero a lo mejor tardamos un poco en volver a casa. ¿Te parece bien?

Clarissa extendió la mano, asombrada por cuánto pesaba. Al resto les llevó un momento comprender lo que estaba haciendo. Luego Holden, el hombre al que había querido humillar y asesinar y que le había hecho remover el cielo y la tierra para conseguirlo, le cogió la mano.

—Encantada de conocerte —gruñó Clarissa.

Le colocaron una tobillera médica programada para sedarla en caso de que cualquier integrante de la tripulación lo considerara oportuno o se le detectara en la sangre cualquier rastro de los productos generados por las glándulas artificiales o abandonara la cubierta de tripulación de la nave. Eran tres kilos de plástico moldeado amarillo que le colgaban de una pierna como si fuese un percebe. La habían trasladado a la nave durante el funeral. La capitana Michio Pa, con la cara aún vendada a causa de las heridas de la batalla, dedicó palabras muy obsequiosas a Carlos Baca, Samara Rosenberg y otra docena de nombres para luego lanzar las cenizas de todos ellos al vacío. Después, cada uno de los comandantes del resto de las naves de la flotilla se turnaron para pronunciar unas palabras ante las cámaras en las cubiertas de sus respectivas naves. Nadie mencionó a Ashford, que estaba encerrado y sedado. Nadie la mencionó a ella.

Era la última ceremonia antes del éxodo. Antes del regreso. Clarissa la vio por su terminal portátil en los momentos en los que no miraba la pantalla que mostraba la cámara exterior de la lanzadera. La estación alienígena había quedado inerte. No brillaba, no reaccionaba y tampoco aparecía en los sensores, como si se tratara de un pedazo enorme formado por una amalgama de metales y estructuras de carbono que flotan en un vacío sin estrellas.

—Pues no van a regresar todos —dijo Alex—. Los marcianos planean quedarse aquí y analizar todas las puertas. Quieren ver qué hay al otro lado.

—No lo sabía —afirmó Clarissa.

—Pues sí. Mira —dijo el piloto al tiempo que señalaba una pantalla en la que una capitana de la ONU miraba a la cámara con seriedad, hablando con la mirada fija y los dientes apretados, recitando los nombres de todos los fallecidos—. Este es el punto de inflexión. Antes de esto, solo había miedo. Después, solo habrá codicia. Pero este... —Suspiró—. Bueno, digamos que al menos es un buen momento.

—Lo es —afirmó Clarissa.

—Solo por asegurarme, ¿aún tienes pensado matar al capitán? Porque si es así, deberías saber que nos debes al menos una advertencia.

—No voy a hacerlo —dijo ella.

—¿Y si fueras a hacerlo?

—También diría que no. Pero no lo voy a hacer.

—Me parece bien.

—Muy bien, Alex —dijo Holden detrás de ellos—. ¿Hemos llegado ya?

—Estaba a punto llamar a la puerta —respondió Alex. Tocó el panel de control, y en la pantalla se encendieron las luces exteriores de la *Rocinante*. La nave resplandeció dorada y plateada en aquella oscuridad, como una ciudad vista desde arriba—. Listo, chavales. Estamos en casa.

El catre de Clarissa era más grande que el camarote que había tenido en la *Cerisier* y más pequeño que el de la *Prince*. Al menos no lo compartía con nadie. Se podría decir que era suyo, aunque no lo fuera.

La única ropa que tenía era un mono con el nombre «Tachi» grabado en la tela. Sus artículos de aseo personal se limitaban a los que había en la nave. Nada le pertenecía. Nada de nada. Se quedó en su habitación, e iba a la cocina y al baño cuando lo necesitaba. En realidad no era miedo, sino más bien ganas de estar apartada. No era su nave, era de ellos. Ella no era una de ellos, y no merecía serlo. Era una pasajera que había pagado para que la llevaran, y ni siquiera la habían aceptado en un primer momento. Era algo que no podía olvidar.

Con el tiempo, empezó a sentir que el camarote se parecía más a la celda que había ocupado en la *Bégimo*. Fue suficiente para que se pusiera un poco de los nervios. Pero solo un poco. Había visto la cocina en las simulaciones mientras buscaba un lugar en el que colocar el dispositivo de sabotaje cuando intentaba destruir la nave. Vista con sus propios ojos, tenía un aspecto diferente. No era más pequeña ni más grande, pero sí diferente. La tripulación

deambulaba por el lugar de una manera de la que ella no era capaz. Comían, mantenían reuniones y la ignoraban como si fuese un fantasma. Como si ya no formara parte del mundo.

—Bueno —anunció Holden con voz seria—, tenemos un gran problema. No hay café.

—Aún queda birra —dijo Amos.

—Cierto —accedió Holden—, pero la cerveza no es café. He realizado una solicitud a la *Bégimo*, pero no me han respondido, y no me veo viajando por la inmensidad del vacío sin café.

Alex miró a Clarissa y sonrió.

—Al capitán no le gusta el café falso que prepara la *Roci* —informó—. Le da gases.

Clarissa no dijo nada. No estaba segura de si esperaban que lo hiciera.

—No me da gases —dijo Holden—. Solo fue una vez.

—Más de una vez, capi —aseguró Amos—. Sin ofender, pero olía como si se te hubiese metido una ardilla por el culo y se hubiera muerto ahí dentro.

—Vale —dijo Holden—, pero tampoco te pongas exquisito. Te recuerdo que fui el que limpió tu camarote después de aquel experimento de estofado con vodka.

—Ahí te ha pillado —dijo Alex—. Menuda guarrada.

—Cierto, por poco se me salen los intestinos —dijo Amos con gesto filosófico—, pero lo sigo prefiriendo a los pedos de café del capitán.

Alex hizo una pedorreta, y Amos se llevó la mano a los labios para hacer lo propio. Naomi se limitó a mirarlos a ambos como si no supiera si reír o golpearles.

—No es porque no me dé gases —repitió Holden—. Es porque me gusta más el sabor del café de verdad.

Naomi puso la mano en el antebrazo de Clarissa y se inclinó hacia ella. Le dedicó una sonrisa amable e inesperada.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto me gusta tener a otra mujer en la nave? —preguntó.

Era un chiste. Clarissa lo sabía. Pero era un chiste que la incluía a ella, y se sorprendió al sentir las lágrimas.

—Gracias por decir todas esas cosas sobre Toro —dijo la voz de un hombre. Clarissa, que recorría la nave, no la reconoció. En una nave, una voz desconocida era algo que llamaba mucho la atención, igual que si hubiese oído un sonido extraño en su habitación. Se detuvo—. Fue un gran amigo durante muchos años y... lo echaré de menos.

Cambió de dirección y se dirigió hacia los camarotes del resto de la tripulación. La puerta del de Holden estaba abierta, y él se encontraba sentado en el asiento de colisión mirando el monitor. En lugar de la pantalla táctica de las naves, las estaciones o los Anillos, lo que dominaba la imagen era la cara de un hombre. Vio que era Fred Johnson, traidor de la Tierra y líder de la Alianza de Planetas Exteriores. El Carnicero de la Estación Anderson. Parecía mayor, tenía casi todo el pelo blanco y los ojos amarillentos como marfil viejo.

—Le pedí demasiado —continuó la grabación—. Me dio demasiado. Me ha... Me ha hecho pensar. Capitán, en ocasiones tengo la mala costumbre de pedir a la gente más de lo que me puede ofrecer. De exigir más de lo que debería. Me pregunto si quizá me haya pasado lo mismo contigo.

—¿En serio? —dijo Holden a la pantalla aunque, que ella viera, no estaba grabándose.

—Si lo he hecho, te pido perdón. Entre nosotros, de capitán a capitán, me arrepiento de algunas decisiones que he tomado. Supongo que tú también.

»He decidido dejar la *Bégimo* donde se encuentra. Hemos enviado tierra y suministros para empezar a cultivar en el tambor. Eso significa que la armada de la APE acaba de perder a su gran *kahuna*. Pero hay que tener en cuenta que tenemos miles de planetas listos para explorarlos, y la única gasolinera de la autopista de peaje es nuestra, por lo que hay que aprovechar la situación. Si tu tripulación y tú queréis ayudar con la empresa y escoltar algunas naves desde Ganímedes hasta el Anillo, hay mucho trabajo para vosotros. Eso en lo que respecta a los asuntos oficiales. Coméntalo con los demás e infórmame de vuestra decisión.

Fred Johnson asintió una vez hacia la cámara, y la pantalla pasó al fondo de tonalidad azul con el círculo de la APE que tenía por omisión. Holden miró hacia atrás. Clarissa vio que el hombre la había visto.

—¿Qué tal? —saludó la mujer.

—¿Qué tal?

Se quedaron un momento en silencio. Ella no sabía qué decir. Quería pedir perdón, seguir el camino que Fred Johnson le había mostrado, pero no sabía cómo.

Esperó a que Holden le dijera algo. Al ver que no, la mujer se impulsó hacia el resto de los camarotes. El estómago le había dado un vuelco y se sentía incómoda.

No eran sus amigos. No iban a serlo nunca, porque había cosas que no se podían arreglar.

Era algo que iba a tener que aprender a aceptar.

Amos olía a sudor y disolvente. De toda la tripulación, era el que más se parecía a las personas que ella había conocido, a Soledad y a Stanni. Y a Ren. Entró en la cocina con el equipo de soldadura puesto y el protector levantado sobre la frente. Sonrió al verla.

—Menuda chapuza me dejaste —dijo Amos. Ella sabía que, si llegaba la ocasión, el hombre no dudaría en matarla. Pero hasta que ocurriera, le hablaba con naturalidad y alegría. Eso la agradó más de lo que esperaba—. A ver, es que tenías un *mecha* de rescate. Están fabricados para destrozarse el metal.

—Al final no —respondió—. Se quedó sin energía. El destrozo de la taquilla de la esclusa de aire fue solo cosa mía.

—¿En serio? —preguntó Amos.

—Pues sí.

—Bueno —dijo el hombre al tiempo que sacaba una burbuja de café falso de la máquina y flotaba hacia la mesa—. Pues es impresionante, la verdad.

Se lo imaginó trabajando con el protector bajado para taponarle la cara, las chispas y el parpadeo de su enorme sombra encorvada. Como Hefesto, el herrero de los dioses, trabajando en el inframundo. Era el tipo de asociación que hubiese hecho Clarissa Mao. Melba Koh solo habría pensado en la temperatura de la llama y la composición de las planchas de metal que tenía que soldar. Podría haber pensado en ambas cosas, pero en realidad ninguna de las dos era un pensamiento del todo suyo.

Estaban flotando. Pero en el futuro, cuando la nave empezara a acelerar y la gravedad de la aceleración la bajara a la cubierta, también seguiría sintiéndose flotar. Su mundo había llegado a estar definido por su identidad. Había sido la hija de Jules-Pierre, la hermana de Julie Mao, la líder del equipo de la *Cerisier*, la herramienta principal de la venganza de su padre. Ahora no era nadie. Era poco más que un fardo en la nave de su antiguo enemigo que se dirigía de una prisión a otra, y saberlo ni siquiera la molestaba. Seguro que la última vez que se había sentido así de anónima había sido en el saco amniótico.

—¿Cuál es el problema?

—¿Cómo?

—Dijiste que había dejado una buena chapuza. ¿Cuál es el problema?

—La escotilla de la cubierta que separa el taller y este lugar se atasca desde que la destrozaste. Se queda a medio abrir.

—¿Has comprobado el brazo retractor?

Amos se giró hacia ella y frunció el ceño. Ella se encogió de hombros.

—A veces, ese tipo de actuadores empiezan a perder fuelle por el uso continuado. Yo habré cambiado unos cuatro o cinco solo en el viaje de ida.

—¿Ah, sí?

—Solo era una sugerencia —respondió ella. Luego añadió—: Cuando volvamos a la Luna van a matarme, ¿verdad?

—Si tienes suerte, sí. La ONU aún tiene implantada la pena de muerte, aunque no suelen usarla. Supongo que acabarás viviendo en una celda enana durante el resto de tu vida. Si fuera yo, preferiría que me pegaran un tiro.

—¿Cuánto nos queda para llegar?

—Unas cinco semanas.

Se quedaron un momento en silencio.

—Echaré de menos este lugar —dijo ella.

Amos se encogió de hombros.

—El brazo retractor, entonces. Voy a mirar. ¿Quieres ayudarme a echarle un vistazo?

—No puedo —dijo ella al tiempo que hacía un gesto hacia la tobillera que tenía en la pierna.

—Mierda. Puedo reprogramarla, al menos lo suficiente como para que puedas bajar al taller. Te conseguiré un cinturón portaherramientas, bombón. Vamos a abrirle las entrañas a esa cosa.

Una hora después, tenía puesta la mano en el marco de la escotilla y echaba un vistazo al destrozo que había hecho. «Esto fue cosa mía —pensó—. Yo la rompí».

—¿En qué piensas, bombón? —preguntó Amos detrás de ella.

—En que me gusta arreglar cosas —respondió.

Epílogo

Anna

Anna estaba sentada en la sala de observación de la *Thomas Prince* y contemplaba las estrellas.

La sala era una estancia con forma de cúpula en la que todas las superficies planas eran una pantalla de alta definición en la que se mostraba una vista en trescientos sesenta grados del exterior. A Anna le daba la impresión de estar volando por el espacio en el banco de un parque. Era uno de sus lugares favoritos de la nave, con esas estrellas que resplandecían con colores inmutables sin atmósfera de por medio que las hiciera titilar. Parecían estar muy cerca. Como si pudiese extender la mano y tocarlas.

Le sonó el terminal portátil para recordarle que estaba en mitad de la grabación de un mensaje de vídeo. Borró el tiempo que había pasado observando las estrellas y empezó a grabar otra vez.

—Pues esa carta de la conferencia episcopal resultó ser una solicitud para una reunión formal. Al parecer hay personas que se han quejado de mí. Puede que Ashford, que está hasta arriba de problemas legales con la APE y aún pretende hundir a todos los demás. Pero no te preocupes. Me harán preguntas y las responderé; tengo buenos motivos para todo lo que hice. Muchos de los integrantes de la flota que me acompañaban me han ofrecido ayuda. Aunque es posible que no la necesite. Hablando de la gente de la flota, he invitado a mi amiga Tilly Fagan a visitarnos a Moscú. Es gruñona, desagradable y pierde la compostura con facilidad. Te encantará. Tiene muchas ganas de conocer a Nami.

Anna hizo una pausa para adjuntar al mensaje una foto que había sacado a Tilly. La mujer miraba a la cámara con los ojos entornados, unos segundos antes de haberle dicho a Anna: «Quítame esa puta cosa de delante». Tenía un cigarrillo en una mano y con la otra la señalaba con un dedo acusador. No era la mejor fotografía de Tilly que tenía, pero sí la más fiel a su personalidad.

—Hablando de Nami, muchas gracias por los vídeos que me has enviado. No me puedo creer cuánto ha crecido. Y tampoco que haya empezado a gatear en gravedad, como si hubiese nacido allí. No tardará nada en volver a caminar. Gracias por llevarla a casa. A veces pienso que debería haber ido con vosotras. Muchas veces, en realidad. Pero luego pienso en todas las cosas que he hecho en el interior del Anillo y me pregunto si todo habría salido bien de no haber aportado yo mi granito de arena. Es una manera un tanto arrogante de pensar, pero creo que Dios empuja a la gente al lugar que les corresponde. Quizá me necesitaran. Aun así, me verás muy arrepentida cuando vuelva. Por ti, por el obispo, por Nami, por mi familia. Tengo muchas razones para pedir perdón.

Anna oyó hablar a Nono como si estuviese allí mismo con ella: «Eres de esas personas que piden perdón en lugar de permiso». Rio hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. Se los enjugó, miró a la cámara y dijo:

—Sigues aquí, Nono. Sigues en mi cabeza. Y lo cambiaría todo por estar en tus brazos. Aún queda un mes para que la *Prince* regrese. Me parece una eternidad. Te quiero.

Cogió la almohada que había llevado con ella y la apretó con fuerza contra su pecho.

—Esta eres tú y Nami. Sois vosotras. Os quiero muchísimo.

Cortó la grabación y la envió disparada desde la *Prince* hacia Nono a la velocidad de la luz. Muy lenta, aun así. Se enjugó las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos.

En el exterior, un resplandor blanco iluminó el espacio, una línea de fuego de unos pocos centímetros de largo. Otra nave de la flotilla que volvía a casa. Una de las naves escolta de la *Prince*, si la tenían tan cerca. Al fin regresaba, pero sin muchos de los tripulantes con los que había llegado al Anillo. Familias que estarían esperando a que sus seres queridos regresaran a casa y que solo recibirían banderas, medallas póstumas y cartas compasivas. Elementos que no serían suficientes para llenar el vacío que los fallecidos iban a dejar en sus vidas. Nunca eran suficientes.

Aun así, naves de la Tierra, Marte y de varias estaciones de los planetas exteriores volvían a casa. Y llevaban consigo noticias de la mayor de las oportunidades que se les habían presentado jamás a la humanidad. Un atisbo de esperanza entre tanta tragedia y desconsuelo.

¿Pasaría Nami el resto de sus días en uno de esos puntos de luz que Anna estaba mirando? Era posible. Su hija había nacido en un mundo en el que sus madres no podían permitirse darle un hermano. En uno en el que tendría que

trabajar durante dos años para demostrarle al gobierno que era digna de recibir una educación. En uno en el que los recursos no dejaban de menguar cada vez más rápido y en el que la batalla por eliminar los desperdicios que se acumulaban usaba cada vez más de esos recursos.

Pero también iba a crecer en un mundo sin límites. En uno en el que un viaje corto podía llevarla a una de esas estrellas y a todos los mundos que la rodeaban. En uno en el que el trabajo que iba a realizar, la educación que iba a recibir y los hijos que iba a tener serían decisiones suyas, no una imposición del gobierno.

Solo pensarlo era abrumador.

Alguien entró en la estancia detrás de ella, y Anna oyó el repiqueteo de sus pasos.

—Tilly, acabo de enviar... —empezó a decir Anna, pero se detuvo cuando se volvió y vio que se trataba de Hector Cortez.

—Doctora Volovodov —dijo él con cierto arrepentimiento en la voz.

—Doctor Cortez —respondió ella. La formalidad que había vuelto a surgir entre ellos le resultaba algo extraña a Anna, pero Hector había insistido en mantenerla—. Siéntese, por favor —dijo, al tiempo que daba unas palmadas en el asiento junto a ella.

—Espero no molestarla —dijo el hombre, que se sentó y miró hacia las estrellas. No la miró a ella. No había vuelto a mirarla a los ojos.

—Para nada. Solo grababa un mensaje para enviar a casa y disfrutaba de las vistas.

Se quedaron en silencio unos instantes mientras ambos observaban el firmamento.

—Esteban ha perdido —dijo Cortez, como si aquello formara parte de una conversación que hubiese quedado a medias.

—Yo no... Vaya, el secretario general. ¿Ha perdido?

—Nancy Gao ha sido elegida nueva secretaria general. Sin duda es obra de Chrisjen Avasarala.

—¿De quién?

Cortez rio. La risa sonaba franca, un estremecimiento sincero y estruendoso que salía de sus entrañas.

—No sabe cuánto le hubiese gustado oírle decir eso.

—¿Quién es?

—Es una política a la que no ha votado nunca nadie, que manda en la ONU como si se tratase de su feudo y que evita salir en los medios. El hecho

de que controle el gobierno de su hogar y usted jamás haya oído hablar de ella es indicativo de que es buena. Muy buena.

—Ah —dijo Anna, que no era una persona muy política. Creía que la política era la segunda creación más malvada que había inventado la humanidad, a poca distancia del *lutefisk*.

Se volvió a hacer un largo silencio. Anna se preguntó dónde estaba Tilly y si aparecería por ahí para rescatarla de aquella situación tan incómoda.

—Usted apostó al caballo ganador —dijo al fin Cortez—. Yo al perdedor. Espero que no me lo tenga en cuenta. He llegado a respetarla mucho, a pesar de nuestras diferencias. No me gustaría que me odiara.

—No le odio, Hector —respondió Anna al tiempo que cogía la mano del hombre y la metía entre las suyas—. Para nada. Hemos pasado por una situación terrible. Todos tomamos malas decisiones porque estábamos asustados. Pero usted es un buen hombre. Lo sé.

Cortez le dedicó una sonrisa agradecida y le dio una palmada en las manos. Anna señaló con la cabeza las estrellas que inundaban la pared.

—Hay tantas estrellas —afirmó—. Puede que algunas lleguen a ser nuestras algún día.

—Me pregunto... —empezó a decir Hector en voz baja y con tristeza—. Me pregunto si deberíamos hacernos con ellas. Dios le dio la Tierra al hombre. Nunca le prometió las estrellas. Me pregunto si nos seguirá hasta ahí fuera.

Anna volvió a apretarle la mano y luego la soltó.

—El Dios en el que yo creo es mayor que todo esto. Nada de lo que podamos llegar a descubrir jamás puede plantearle amenaza alguna.

Cortez gruñó para evitar responder.

—Quiero que ella llegue a tenerlas —dijo Anna al tiempo que señalaba el cúmulo de estrellas que la rodeaba—. Quiero que mi pequeña Nami las tenga todas algún día.

—Sea lo que sea lo que encuentre ahí fuera —dijo Cortez—, recuerde que ese es el futuro que usted ha elegido para ella.

Aquellas palabras destilaron esperanza y amenaza.

Como el firmamento.

Agradecimientos

Como ya es costumbre, tenemos más personas a las que agradecer que espacio para hacerlo. Este libro y esta saga no existirían sin el trabajo duro de nuestro agente Danny Baror ni sin el apoyo y la dedicación de Tom Bouman, Susan Barnes, Ellen Wright, Tim Holman, Alex Lencicki y todo el equipo de Orbit. Gracias al maravilloso Daniel Dociu por las ilustraciones que hacen que los lectores no se puedan resistir a coger los libros de las estanterías y a Kirk Benschhoff por alumbrar el diseño que le da continuidad a la saga en ese sentido. Nunca podremos agradecer suficiente a Carrie, Kat y Jayné por los comentarios y el apoyo, ni a Scarlet por permitirnos distraerla con *Cazadores de mitos* mientras trabajamos. Gracias al equipo de *Cazadores de mitos* por crear un programa tan entretenido e impregnado de curiosidad científica como para distraer a los niños de seis años. Gracias de nuevo a los chicos de Sake River. Muchas de las cosas guais de la novela están ahí gracias a ellos. Como siempre, todos los errores, los desastres y la molesta verborrea son culpa nuestra.